



se

# SUPREMACIA

CARTER DAMON

Lectulandia

Ya sucedió en el pasado. Hace treinta mil años dos especies humanas coexistieron en nuestro planeta. Neandertales y cromañones compartieron territorios en extensas áreas de Europa. Pero dicha convivencia está ensombrecida por un hecho inquietante. Solo perduró una estirpe. Hoy, después de decenas de miles de años de supremacía del homo sapiens, una nueva especie humana irrumpe en la Historia y amenaza nuestra supervivencia.

*Supremacía* asume estas interesantes premisas y las desarrolla a través de una fascinante aventura, repleta de imaginación. Una sucesión de misterios atraparán nuestra atención, que cautivada por un desarrollo frenético de la trama, no nos permitirá abandonar la lectura hasta descubrir un desenlace sorprendente.

**Lectulandia**

Carter Damon

# **Supremacía**

ePub r1.0

Titivillus 11.06.17

Título original: *Supremacía*  
Carter Damon, 2017

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Todo lo que vemos o parecemos es, solamente, un sueño dentro de un  
sueño.  
Edgar Allan Poe

Los monos son demasiado buenos para que el hombre pueda descender de  
ellos.  
F. Nietzsche

# Capítulo 1

Se despertó abrumado por el dolor. Todos los músculos de su cuerpo clamaban con una aguda crispación, como si cada fibra y cada ligamento estuvieran pinzados por cristales afilados. El sufrimiento provocó que todo él vibrase como si lo atravesara una potente descarga eléctrica. La consciencia iba y venía, los desmayos sucedían a despertares no menos terribles. Cuando su lucidez se lo permitía pensaba, en su agonía, que la muerte sería un alivio bienvenido. Faltaba poco para que todo terminara. Su piel permanecía bañada en un sudor frío. A veces, esa sensación de frialdad se imponía sobre el resto, y comprendía que se encontraba en un ambiente húmedo y frío. Después las convulsiones se fueron haciendo cada vez más esporádicas.

La oscuridad era absoluta.

No sabría decir cuánto tiempo había transcurrido, su desorientación era total, pero finalmente tuvo la impresión de que era capaz de imponer su voluntad, y a pesar de una enorme dificultad para flexionar las articulaciones, pudo desencajar los brazos de la posición en la que se hallaban. Comprendió que yacía sobre su costado derecho, en posición fetal. Logró que sus dedos tocaran su cara. Algo permanecía enredado junto a sus sienes. Después de un breve forcejeo se desembarazó de un cuerpo alargado y viscoso. Parecía una gran lombriz adherida a su piel. Poco después comprendió que la totalidad de su cuerpo se hallaba salpicada de aquella extraña presencia anélida y a duras penas, con ambas manos, cuyos dedos aún no dominaba completamente, fue desprendiéndose de lo que el tomaba por sanguijuelas. Una sensación de estupor y asco se sumaba al miedo y al desconcierto.

Sí, sentía un miedo cerval. No entendía nada.

Abría los ojos. Sabía que era el acto que antecedería a la visión... pero la oscuridad era impenetrable. Pudo incorporarse finalmente y se sentó. Había permanecido acostado sobre una superficie dura y pulida que acumulaba un pequeño depósito de agua ligeramente tibia. Seguramente era su cuerpo el que la había calentado, la temperatura ambiente era más bien baja. Muy baja. Tiritaba.

Giró la cabeza en varias direcciones, desesperadamente, intentado atisbar algo, cualquier cosa, que le sirviera de referencia. Nada.

De pronto lo sintió. Una caricia. Era una brisa, una leve corriente de aire.

Eso le llevó a pensar que tal vez aquel lugar tuviera una puerta, un acceso... una salida.

Mover las piernas le resultó extraordinariamente difícil. Apenas colocó sus pies sobre el suelo, incómodamente frío y resbaladizo, concluyó que no hallaría las fuerzas suficientes para erguirse y mantener el equilibrio. El vacío que le rodeaba resultaba sobrecogedor, pero sobre todo, desconcertante. Tal vez estuviera ciego.

Su pulso latía rápido. Desbocado. Era necesario tranquilizarse. Un pensamiento dominaba a todos los demás. «Sal de aquí».

Se vio obligado a avanzar a gatas, con torpeza. Sus rodillas se lastimaban con cada gateo. Con cada movimiento sus extremidades tropezaban dolorosamente con alguna piedra o se apoyaban sobre una arista puntiaguda. Entre temblores avanzó trabajosamente hasta dar con una pared de piedra. Decidió seguir avanzando junto a la misma y usarla como referencia en su desplazamiento hacia el origen de los esporádicos hálitos de corriente.

El dolor iba remitiendo poco a poco y ese alivio le permitía liberar parte de su mente. Pensar. Comprendía que experimentaba una gran debilidad. Además su boca estaba reseca, como si hubiera permanecido un día entero en un desierto abrasador sin una gota de agua. Su cuerpo parecía escuálido. Cuando se había palpado el codo al darse un golpe inesperado, comprobó que su musculatura era mínima. Estaba literalmente en los huesos.

«Sal de aquí», se apremió.

Tenía miedo. Pero otros pensamientos se iban agolpando en su mente. Intentaba poner orden y evitar que la histeria pudiera apoderarse de su juicio. Intentó controlar la respiración y una vez más logró sosegar. Siguió avanzando.

A menudo debía detenerse a descansar. Las fuerzas le fallaban y entonces se recostaba contra la pared, recogido sobre sí mismo, como si de esa manera su cuerpo desnudo fuera capaz de retener mejor el calor que se desperdiciaba en aquella atmósfera fría. En esos descansos era habitual que perdiera la consciencia y quedara sumido en un sopor delirante. Después de que esa circunstancia se hubiera repetido varias veces empezó a entender que tal vez alguno de esos sueños pudiera ser el último. Tal vez no llegara a despertar si se rendía. No podía desfallecer porque de lo contrario sería su fin. Aquella idea lo azuzó y reaccionó. Logró acaparar energías para proseguir.

No sabría decir si fueron varias horas o si tal vez transcurrió un día completo. Al final vio una luz. Era una hiriente franja de luz, como una raja en un velo de seda negra, por la que llegaba un mensaje de esperanza. Había una salida y estaba cerca.

La franja se ensanchó conforme se aproximaba a ella, pero sus ojos no lograban enfocar las imágenes con nitidez. Todo era ceniciento. Después la luz se transformó en claridad y ésta empezó a hacerse más intensa. La visión resultaba dolorosa. Debía mantener los párpados semicerrados y mirar obstinadamente al suelo, compuesto de una gravilla redondeada y pulida, multicolor, sobre la que se desplazaba produciendo un arenoso sonido de rozamiento.

Salió al exterior de la gruta. Una tibia luz bañó su cuerpo, pero resultaba demasiado intensa para soportarla con los ojos abiertos y dejó que aquel fulgor benévolo lo calentara mientras descansaba semidormido, apoyado contra una roca caliente. Fue la primera sensación placentera desde que había despertado. El calor pareció disipar poco a poco el entumecimiento que dominaba sus articulaciones. Dejó que esa placidez lo embargara.

Había recuperado fuerzas. Aquel sol benéfico le había insuflado vida. La sentía.

Se incorporó lentamente. Al principio se tambaleó, pero por último su equilibrio se afianzó. Entonces, poco a poco, con mucha cautela, fue abriendo los ojos mientras se protegía con las manos. Sintió que sendas lágrimas resbalaban por sus mejillas, pero paulatinamente el sentido de la vista iba recuperando sus funciones. Veía. Casi sonrió.

Los dedos se fueron retirando poco a poco. Miraba al suelo, pero fue alzando la mirada lentamente, como un niño tímido asustado al enfrentarse a un progenitor enfadado. Sus pies desnudos... una ladera rocosa que descendía abruptamente en un vertiginoso descenso... y más allá... una vasta extensión de selva de verdor lujurioso, que se perdía en toda la amplitud del horizonte como si se hallara ante un océano boscoso. Abrió la boca, extasiado, incrédulo.

No había prestado atención, pero entonces aquella selva viva y pujante le hizo llegar una ensordecedora algarabía de sonidos, de exuberancia de vida, de trinos, aullidos y rugidos, que despertó finalmente su conciencia. Era como si su oído acabara de liberarse de unos tapones invisibles.

Desconcertado, el hombre, comprendió que era un joven varón, sintió la conmoción de hallarse en un lugar que le resultaba por completo desconocido.

«¿Cómo he llegado hasta aquí?».

Poco después de enfrentarse a aquella pregunta otro descubrimiento lo dejó tan anonadado que debió inclinarse y poner rodilla en tierra pues sentía que un súbito mareo lo dominaba. Una pregunta aún más hiriente clamaba en su interior sin hallar respuesta.

«¿Quién soy yo?».



## Capítulo 2

Tardó tiempo en reaccionar. La conmoción que le produjo contemplar que todo lo que debía estar allí, su memoria al completo, había sido borrada totalmente, resultó una experiencia tan dolorosa como la que había sufrido al despertar. El paisaje de la selva, en su rotunda viveza y colorido, suponía un aldabonazo terrible en su consciencia. No entendía cómo había llegado allí, no comprendía qué hacía allí... pero lo peor de todo era no saber quién era él mismo. Le resultaba imposible por completo identificarse con aquel ambiente, con ese ecosistema selvático que le intimidaba tanto como le resultaba desconocido.

Apoyado junto a una roca, tibia por el sol del atardecer, dejó que pasaran las horas mientras en su mente bullían mil pensamientos. Poco a poco fue renunciando a entender. Demasiadas preguntas para las que no hallaba la más mínima explicación. Cada vez que intentaba buscar un argumento en su memoria, sufría un desaliento feroz, como el que encuentra que sus propiedades han sido brutalmente saqueadas y descubre que no le queda nada en el mundo. Ese sentimiento de desamparo dominaba su ser cada vez que consideraba su propia persona. Había llorado y gemido. Su cara se había crispado en un fútil intento por entender. En ocasiones había gritado largamente, aullidos de dolor y frustración, y en otras había proferido sonidos sin sentido pero que le servían para exteriorizar su miedo e indefensión. Comprendió, cuando ya casi anochecía, que su única alternativa era pensar en su futuro inmediato. Tenía que sobrevivir.

Entonces lo vio. En las últimas luces del día percibió en el horizonte una débil mancha grisácea que ensuciaba el límpido cielo azulón. Se trataba de una tenue columna de humo, frágil y borrosa, pero distinguible gracias a la limpieza de la atmósfera. Intuyó que si había fuego debía haber gente, y esa era su mejor opción. En aquel mar frondoso y vasto de vegetación que abarcaba todo cuanto la vista alcanzaba, no existía ningún otro signo de civilización.

Emprendió el descenso. No había sendero alguno y se vio obligado a improvisar el camino según su criterio y sus escasas fuerzas. Procuró elegir los pasos más fáciles y evitar saltos y maniobras complicadas, pero aún así no pudo impedir que su piel se lastimara una y otra vez contra las piedras ásperas de la montaña. Las plantas de sus pies sangraban levemente.

No iba a llegar al umbral de la selva. El descenso resultaba lento y el mar de verdor se iniciaba varios cientos de metros por debajo de él. La montaña era demasiado escarpada y rocosa como para permitir que la vegetación selvática prosperase en esas alturas y tan solo matorrales y algunos árboles raquíuticos raleaban en la abrupta ladera. Finalmente encontró el lecho de un barranco con un pequeño cauce de agua cristalina. Dejó que su garganta se llenara vorazmente del agua que manaba de un pequeño salto y sintió que con cada trago recuperaba las ansias de vivir. Un absurdo sentimiento de triunfo se apoderó de él. Saciada la sed tuvo la

impresión de que lo más problemático estaba ya resuelto. Había esperanza.

Anocheceía y decidió pernoctar allí mismo, en un pequeño remanso del torrente que formaba una pequeña piscina natural. A su alrededor la roca había sido erosionada y pulida en formas curvas y sinuosas, creando recovecos artísticos y sugerentes. En uno de ellos, que aún guardaba el calor del sol, se refugió. Mientras intentaba conciliar el sueño se entretuvo en los lejanos pero enigmáticos sonidos de la selva. Tal vez habría monos, porque se oían unos aullidos agudos y penetrantes que a él le sugerían la presencia de ese animal. Sin embargo un poderoso rugido le indicó que también debían existir animales de presa de gran tamaño. Seguramente felinos. Inquieto, las preguntas que había estado evitando durante horas volvieron a apelotonarse en su mente. ¿Qué hacía él allí? ¿Cómo había llegado hasta ese lugar?

Poco antes de sumirse en un sueño profundo, con la última claridad del día, descubrió en su antebrazo una cicatriz extraña en la que no había reparado hasta entonces. Se había sentado, acuclillado, recogido sobre sí mismo, abrazando las piernas a la altura de las rodillas flexionadas. Así se sorprendió al ver que su antebrazo izquierdo lucía una figura. No era un tatuaje artístico sin más. Se trataba de un dibujo geométrico, una figura tridimensional que por un lado era cerrada mientras que por su contrario las líneas permanecían inconclusas, quedaban abiertas. Viendo la parte simétrica era obvio qué líneas faltaban para completar el diseño. Pasó la yema de los dedos sobre la cicatriz. Mostraba un ligero altorrelieve. Seguramente había sido producto de un corte muy fino y preciso, que al cicatrizar había conformado el dibujo. Un misterio más sobre sí mismo que no podía explicar. Mientras acariciaba la extraña cicatriz, cerró los ojos, pensativo. Tampoco aquello aclaraba nada de sí mismo. Pocos minutos después dormía profundamente.

\* \* \*

Cuando despertó ya clareaba. El amanecer era fresco y sentía su cuerpo aterido. Las temperaturas habían bajado considerablemente. No le quedó más opción que ponerse en movimiento para entrar en calor. Bebió abundantemente antes de seguir. Debía abandonar el cauce del torrente porque con frecuencia se precipitaba en saltos imposibles de seguir.

La selva parecía cercana, pero era una sensación engañosa. Necesitó varias horas de paciente descenso para llegar hasta sus lindes, cuando ya el sol del mediodía caía sobre él, implacable. Había tomado como referencia la columna de humo, que aún permanecía casi indistinguible en el horizonte lejano, como la dirección en la que encaminar sus pasos una vez se adentrara en la fronda. Esa decisión, cuando se estaba en lo alto de la montaña, parecía fácil, pero una vez se adentró en la foresta, sombría, impenetrable y de atmósfera cargada, pareció que todos sus propósitos habían pecado de absoluta ingenuidad. Iba a ser muy difícil orientarse en aquel laberinto de árboles enormes, lianas y vegetación exuberante. Troncos caídos se interponían una y otra

vez en su camino. Charcas cenagosas y pantanales, zanjas y todo tipo de obstáculos conformaban un terreno accidentado que aún resultaba ser demasiado agreste para caminar por él con facilidad.

Por si fuera poco no dejaba de recordar los temibles rugidos nocturnos, un recuerdo que le producía una preocupación que crecía según se internaba en el bosque profundo.

El juego de luces y sombras del mediodía creaba un variopinto contraste de formas visibles sobre las que recaían los escasos haces de luz directa. Un sinfín de figuras sinuosas e indiscernibles propiciaban que la imaginación le hiciera pasar malos tragos. Sin embargo descubrió a un enorme ofidio enroscado sobre una rama bajo la cual iba a pasar. La serpiente pareció mirarle con cierto desinterés, pero él evitó pasar junto a ella. Su corazón se había acelerado considerablemente.

Poco después, en un pequeño claro de la selva, apoyado junto a un tronco, le pareció distinguir un espejismo imposible, pero conforme se fue acercando, pudo comprobar con horror que no era víctima de un engaño. Efectivamente, allí, recostado contra un enorme tronco de un enorme laurel, yacían los restos de un ser humano. El esqueleto, limpio y blanco resplandeciente, permanecía diseminado a los pies de una calavera que miraba hacia el infinito. Junto al cráneo observó un palo largo cuyo extremo afilado sugería que aquella había sido antaño un arma defensiva. Sin pensarlo dos veces la tomó y comprobó que la vara resultaba resistente y dura. La punta era roma. Había sido usada seguramente para su defensa personal, concluyó para sí. También, en el húmero del antebrazo, brillaba una pequeña pulsera de metal con una placa. «Tom». Un sombrero tejano roto yacía junto al cadáver.

Aquel encuentro resucitó una vez más sus miedos y optó por alejarse raudo de allí y apretar el paso. Su única opción era llegar al foco de aquel humo. El fuego debía implicar forzosamente presencia humana. Le ayudarían. Tendrían que ayudarlo.

Las horas transcurrían lentamente mientras avanzaba de forma penosa sorteando todo tipo de obstáculos. Comprobó que había una sobreabundancia de insectos y el hambre le obligó a considerar la posibilidad de comérselos. También tropezó con grupos nutridos de pequeños monos aulladores que le miraron con hostilidad. Esgrimió su lanza a la defensiva y estos siguieron su camino armando una bulla insufrible.

Finalmente encontró fruta para comer. Un fecundo árbol de mango, de tronco delgado y copa redondeada estaba siendo saqueado por otra especie de simios más pequeños y de color blanquecino. Al parecer no les importó compartir su botín y comió hasta saciarse. Era una fruta jugosa de color rojo. La devoró con fruición mientras por la comisura de sus labios se desbordaba el alimento, que en sus prisas, se escapaba de su boca.

Comprendió que aquel golpe de suerte tal vez no volviera a repetirse en mucho tiempo. Llevaba horas en la jungla y era la primera ocasión que tenía de probar bocado. Decidió construir una pequeña alforja utilizando todo tipo de materiales a fin

de proveerse de un buen número de frutos. Se aprovechó de las hojas de gran tamaño de una planta que abundaba en las cercanías para completar su propósito. Cuando terminó se sentía con más determinación y confianza. Debía seguir.

## Capítulo 3

Luck corría como alma que lleva el diablo. Su zancada era larga, y no en vano era de los mejores corredores del equipo de la universidad. Sorteaba a la gente en los pasillos como una centella, recibiendo miradas tanto de sorpresa como de indignación. La facultad de antropología no era un sitio para ir de esa manera. Y Luck, bien consciente de ello, no dejaba de decir, «lo siento» o «disculpe», cada vez que sorteaba a un grupo de estudiantes, o a un corrillo de profesores, dejándolos tras de sí sobresaltados e incluso enfadados. Pero antes de que nadie tuviera tiempo de abrir la boca, él ya se había perdido a lo lejos o había desaparecido, previo derrape sobre el suelo pulido y resbaladizo, girando velozmente por una esquina.

Sobre él pesaba una grave responsabilidad, y sólo si obraba con absoluta premura sería capaz de evitar un grave deshonor que recaería sobre la cátedra de antropología biológica, e incluso, más allá de él mismo, sobre el prestigio de la propia universidad de Columbia, Nueva York. Era mucha responsabilidad, demasiada, y se sentía por completo agobiado. Maldecía la hora en la que se había hecho cargo del evento.

Saltó los escalones de dos en dos, y finalmente de tres en tres, en un supremo esfuerzo de agilidad y fuerza. Así ascendió dos plantas y rápidamente tomó velocidad de nuevo en dirección a los despachos de los profesores. Después de una larga carrera en la que sólo tuvo un tropiezo con el carro de la señora de la limpieza, que no tuvo reparos en gritarle una andanada de improperios, llegó a una puerta acristalada. Dr. Samuel Roy. Allí era. Sacó un manajo de llaves que no eran suyas y probó pacientemente cada una de ellas, pero todas se resistían irremisiblemente a encajar en el ojo de la cerradura. El profesor le había pasado grácilmente aquel pesado manajo de llaves lanzándolo por el aire, con un desparpajo y frescura muy propias de él, dando la impresión de que él era una especie de lazarillo amaestrado dispuesto siempre a su servicio, cuando le encomendó la misión que lo había llevado presuroso hasta la puerta de su despacho. Pero faltaba un pequeño detalle que en su naturalidad y desenfado no había resuelto, y esto era que no había facilitado ninguna instrucción en relación a cuál era la llave acertada. Finalmente fue la señora de la limpieza, que se había acercado parsimoniosamente empujando el carrito de la limpieza, la que resolvió el enigma.

—Muchacho, Sam siempre deja su puerta abierta.

Luck se quedó conmocionado, no sabía si por el hecho de que el profesor Roy dejara su despacho siempre abierto o porque la señora de la limpieza se refiriera a él coloquialmente como «Sam». Cuando la veterana señora giró el picaporte y la puerta se abrió con un leve gruñido de desconfianza Luck se sintió un tanto aliviado además de un poco tonto. Gruesas gotas de sudor resbalaban por sus sienes.

Ni siquiera agradeció el servicio y la limpiadora, una gruesa hispana de tez morena, se fue murmurando para sí acerca de la falta de educación de la juventud de hoy en día.

Por su parte Luck se sentía entre desconcertado aún por la entrega de aquel manojito de llaves y la búsqueda de lo que le había llevado hasta allí. El despacho del profesor Roy era una auténtica leonera. Montones de libros mal apilados sobre su mesa de trabajo, en la que el teclado, ratón y pantalla de un ordenador, yacían, arrinconados, en el extremo más alejado del tablero. Una gruesa capa de polvo cubría los tres elementos. En el centro de la mesa un batiburrillo de papeles, exámenes sin corregir... algunos del año pasado... paquetes de chicles, revistas de yates mezcladas con otras de *running*, varias hojas garabateadas con una letra ininteligible... Le había dicho que estaría sobre la mesa así que Luck removió todos aquellos papeles en diferentes direcciones, esperando que de esa manera apareciera el dichoso artefacto del que dependía su vida. Pero no, no hacía acto de presencia. Decidió echar un vistazo a los cajones... pero el desorden era mayúsculo. Un sándwich medio mordisqueado y ya un tanto mohoso fue lo primero que encontró así que desestimó seguir en esa dirección.

Se sentó en la mullida silla del escritorio y observó el caos que tenía ante sí. Suspiró. A veces con paciencia se resolvían mejor las emergencias. Agrupó un montón de papeles sueltos con la intención de ordenarlos y... de pronto un chasquido plástico reveló la presencia de lo que había estado buscando, su santo grial, el *pendrive* del profesor Roy.

Lo atrapó al vuelo y de nuevo inició la frenética carrera de regreso. Largas zancadas hasta la escalera, saltos acrobáticos de cinco en cinco escalones hasta llegar a la planta baja, carrera veloz salpicada de comentarios y miradas de asombro del personal docente y alumnos, y así hasta llegar al campus, presidido por el magnífico edificio neoclásico de planta cuadrangular y de inconfundibles columnatas estilo griego que lo presidía, que cruzó velozmente hasta alcanzar el Lerner Hall, el edificio de usos múltiples en que se encontraba el Roone Arledge Auditorium, dónde tenía lugar la conferencia del profesor Roy. Allí, entre varios cientos de asistentes, figuraban numerosos invitados de primer orden, incluidos importantes prebostes millonarios que tal vez se dejaran aflojar algo de su calderilla. Todos ellos, profesor Roy y público, aguardaban impacientes aquel dichoso *pendrive* que el profesor, según Luck consideraba, había olvidado por despiste en su despacho. En cualquier caso el profesor no había tenido reparo alguno, ante aquella presencia insigne entre la cual también se incluía todo el rectorado, catedráticos y profesores titulares de su facultad, en poner cara de circunstancias y advertir que su «doctorando, aunque muy sagaz en algunas cosas, a veces tenía lapsus». Luck había enrojecido hasta las pestañas, pero no era cuestión de iniciar un debate sobre el autor del desliz. El público había reído la chanza, cosa que a Luck le había sulfurado, pero por su propio bien más valía asumir esa injusta reprimenda pública. Para colmo, el profesor Roy, en medio de la sala, se dirigió hacia la zona donde estaba sentado con las orejas coloradas como tomates, y le había lanzado las llaves como diciendo, «anda muchacho, a por el hueso».

Le caía bien el profesor Roy, pero a veces... tenía que esforzarse para que ese

sentimiento se mantuviera tal cual.

Ahora, sudoroso y agotado había regresado. Llegó por la parte de la tramoya hacia el escenario donde el profesor, andando de un lado para otro del mismo, monologaba mientras el auditorio parecía estar pasárselo bastante bien, porque se oían numerosas risas y a veces incluso aplausos. Sí, el profesor no carecía de recursos en absoluto, debía reconocerlo Luck.

El profesor Roy era un hombre de complexión delgada, de caminar flexible, atlético, que con su vestir de forma informal resaltaba aún más. Su tez, curtida y morena, hablaba de una vida llevada al límite que había conocido muchos excesos. Su sola presencia bastaba para llenar el amplio escenario. Ocasionalmente, cuando callaba para pensar su siguiente frase, se mesaba su cabellera larga, ligeramente rubia, con un ademán estudiado, como un actor de cine de los años cincuenta. Su porte elegante reflejaba una enérgica personalidad, exceso de seguridad en sí mismo, sentenciaba Luck con cierto sentimiento de compasión. Era él el que se imponía a su auditorio, y no al revés. Pero eran los ojos del profesor, extraordinariamente vivos y expresivos, los que mantenían a Luck en una situación de desconcierto permanente. Admiraba a aquel hombre que no dejaba de sorprenderle, aunque a veces fuera para mal.

Luck sudaba como si hubiera corrido una maratón. Su camisa azul estaba empañada por sendos charcos de sudor en las axilas, y sucedía otro tanto en el pecho y en la espalda. A duras penas consiguió sosegar la respiración lo suficiente como para susurrar el nombre del profesor a fin de llamar su atención. Finalmente lo logró.

—Ah... observó que mi ayudante ha regresado ya con el artilugio... pero pasa Luck, pasa... acércate, —el profesor le hacía gestos para que se adentrara en el escenario, situación que a Luck le resultaba sumamente incómoda. ¿Qué le costaba al profesor dar dos pasos y recoger el dichoso chisme?

—No por favor... —murmuró.

—Pido un aplauso para mi ayudante... la verdad es que ha ido y vuelto a mi despacho en un tiempo récord. Asombroso. Es francamente formidable... Un aplauso para Luck Wright. Adelante Luck, sin miedo.

Luck no tuvo más remedio que salir al escenario con sonrisa forzada a fin de entregar el *pendrive* al profesor. La gente aplaudía divertida mientras Luck sentía que su semblante adquiría el color de la grana.

Le habría encantado desaparecer discretamente por un lateral. Gruesas gotas de sudor resbalaban por todo su cuerpo y se sentía por completo fuera de lugar. No podía regresar a su asiento... pero el propio doctor le indicó cómo regresar al mismo por las escaleras centrales del escenario. No podía desdeñarlo en público, así que como una mansa mascota se dejó conducir y ocupó su lugar. A su lado una chica de posgraduado, Marcie, con la que se había dado la circunstancia ideal de coincidir en la conferencia y con la que Luck tenía esperanzas de entablar conversación a lo largo de la misma, observó su presencia sudorosa y se echó hacia el lado opuesto del

reposabrazos. Era una clara sentencia de ostracismo.

«Genial», pensó Luck mientras sus labios intentaban forzar una sonrisa.

La conferencia iba a empezar... o a proseguir. Luck no lo sabía bien, porque el profesor Roy no era en absoluto convencional. No necesitaba el *pendrive* para realizar la típica y aburrida presentación de diapositivas en las que se acumulaban textos, diagramas y esquemas, en una sucesión aburridísima de enunciados. No, él improvisaba por completo. Sabía perfectamente lo que quería contar a su audiencia, pero como el mejor de los monologuistas, disfrutaba inventando su discurso, introduciendo ocurrencias, preguntando a los presentes o incluso recordando divertidas anécdotas que hubieran compartido con alguno de ellos. No, el profesor Roy no era un conferenciante ortodoxo, y de hecho, según iniciaba su discurso, había tenido la ocurrencia de querer mostrar las fotografías de sus últimos viajes que lo habían llevado por medio mundo. Había tenido una semana para pensar en ello, maldecía Luck interiormente... pero había decidido incorporar las imágenes sobre la marcha, ya en el escenario. Y esa repentina e inoportuna ocurrencia tomó a Luck, responsable de la organización de la conferencia, completamente desprevenido. Era muy propio del veterano doctor hacerle pasar malos tragos como aquel.

—Como podrán observar, la morfología craneal de los habitantes de Papua Guinea —retomó el doctor la conferencia dirigiéndose al público mientras introducía el *pendrive* en el puerto del portátil que la organización había dispuesto en un atril—, no tiene diferencias respecto a cualquiera de nosotros, a pesar de que culturalmente podemos apreciar esos cuerpos tatuados, pintados, vestidos de formas tan dispares según dictan nuestros cánones occidentales...

Un leve rumor del público, incluso alguna risa ahogada, recorrió la sala. Aunque el profesor se dirigía al público, la primera imagen de las diapositivas que estaba proyectando mostraba a una estupenda Scarlet Johansson en bikini, saliendo de un mar lapislázuli en una playa paradisiaca de arenas doradas y sugerentes cocoteros. Junto a ella, asiéndola sin ningún pudor por la cintura, permanecía el profesor Roy, bronceado como el más veterano de los marinos y con un bañador que mostraba un torso moreno y musculoso, aún empapado por el agua marina del océano del cual ambos acababan de emerger. Miraban a la cámara risueños, como si estuvieran riéndose a carcajadas y pasándoselo en grande.

El profesor Roy se rió al ver la imagen durante unos buenos segundos en los que ningún sentimiento de pudor le avergonzó. Todo lo contrario. Se veía que aquella imagen le traía buenos recuerdos.

—Disculpen... las fotos están un tanto desordenadas. En el viaje a Madagascar, coincidimos con el rodaje de una película de acción... Madagascar era uno de los puntos calientes para mi teoría de la evolución antropológica que voy a ir desgranando a lo largo de la charla. Vamos a pasar algunas imágenes hasta llegar a dónde me interesa. —Cualquier otro ponente se habría ruborizado ante aquel desliz, pero Luck diría que el doctor disfrutaba en ese tipo de situaciones embarazosas. ¿La



habría buscado voluntariamente a fin de lucir palmito y de presumir de amistades envidiables? Luck no estaba muy seguro, pero cuanto más conocía al profesor más sospechaba que muy probablemente fuera así.

Entonces el profesor inició una rápida sucesión de imágenes en las que podía verse a sí mismo buceando en compañía de diversas personas, algunas de las cuales eran chicas bastante atractivas, con la propia Scarlett tomando el sol, brindando en una playa mientras atardecía, alguien con una especie de guitarra y sombrero de paja, gente riendo al calor de una hoguera, saltando y brincando en medio de una tribu africana... El que más frecuentemente aparecía en las imágenes, siempre con aspecto de estar disfrutando plenamente y otras veces haciendo claramente el ganso, era el propio profesor Roy. El público sentía una rara mezcla de envidia y desasosiego, como el invitado que es sorprendido por su anfitrión, que de improviso saca un grueso álbum de fotos y empieza a mostrar, una a una, las imágenes de su último viaje, convencido de que su visita está disfrutando tanto como él.

Finalmente llegaron las fotografías apropiadas. Entonces el profesor Roy inició su conferencia propiamente dicha, salpicada de chistes y anécdotas, de las cuales el propio Luck no pudo evitar reírse, a pesar que su humor inicial no era propenso a relajarse. Repasaron infinidad de grupos étnicos de todo el mundo, desde los Xinane del Amazonas hasta los inuit canadienses, desde las tribus maoríes neozelandeses o los moriori menos conocidos, hasta los pueblos más recónditos del Nepal. Vieron al doctor escalando en regiones remotas del Himalaya para contactar con poblados aislados de esas estribaciones, saltando en paracaídas para acceder a un rincón inaccesible de Nueva Guinea en el que habitaba una tribu que nunca había visto al hombre blanco, o empujar trineos arrastrados por una retahíla de husky siberianos en mitad de una infernal tormenta de nieve camino de quién sabía qué lugar olvidado del mundo. Después de casi hora y media de conferencia el tono distendido del doctor se alteró. Su voz perdió la cordialidad y se hizo más serena y firme. Quería llamar la atención sobre lo que iba a decir a continuación.

—Querido público, toda esta disertación con la que espero que hayan disfrutado, no era sino el prólogo a lo que sigue. Lo que pretendía era subrayar un hecho que podemos obviar fácilmente. Pese a la globalización, quién lo diría, existen núcleos humanos que están a salvo de la enorme mezclanza genética que tiene lugar hoy en nuestra especie. La conexión intercontinental está a la orden del día. Razas y etnias se mezclan incesantemente, haciendo que nuestro acervo genético como especie se enriquezca. Pero también es cierto que a pesar de ello, existen grupos aislados, sobre los que... las leyes de la evolución actúan inexorablemente. —El doctor sonrió como preámbulo a su próximo chiste—. Porque es evidente que allá donde exista una tribu aislada en este planeta allí he ido, no cabe duda al respecto, ¿verdad? —El público rió la broma, casi aliviado al comprobar que, efectivamente, ya no hubiera más tribus aisladas que el profesor tuviera a bien mostrar. El profesor esperó a que reinara el silencio de nuevo y prosiguió—. Y todos hemos sido testigos del grado de

aislamiento en el que viven. Mayor o menor, en general se trata de poblaciones relativamente inaccesibles con poco contacto con el mundo... llamemoslo «exterior». Y dicho esto me gustaría hacer una reflexión crítica sobre la teoría de la evolución... una reflexión que muchos de ustedes, seguramente, como legos en la materia, desconocerán en mayor o menor medida.

El doctor se dirigió hacia el púlpito que habían dispuesto pero que no había utilizado ni una sola vez a lo largo de la hora y media de conferencia. Después de beber un vaso de agua paseó tranquilamente por el escenario de un lado para otro.

—La teoría de la evolución de las especies, tal y como la conocemos, señores, hace aguas por todos lados.

Dejó que el mensaje fuera calando entre el público. Algunos murmullos se oyeron en la sala. Luck sabía cuánto agradaba al profesor Roy una buena polémica. ¿Por qué exponer una idea de una forma sencilla y delicada, si tienes la alternativa primero de exaltar a tu oponente y lograr que se tire de los pelos? Esa era su forma de pensar. El profesor Roy era un provocador nato. Un oso frente a una colmena. Disfrutaba siendo políticamente incorrecto.

—Sí, señores, la teoría de la evolución tiene fallos... y son muchos los que los ignoran. Entre el público general puedo entenderlo. Hay que explicar ideas simples que no soportan críticas complejas, lo acepto. Pero me cuesta comprenderlo entre compañeros y colegas de profesión que miran cómodamente para otro lado... ah..., el estatus adquirido incita a posicionamientos estáticos. Y también a acusar de «creacionista» al que plantea ideas revolucionarias, como intentando meter miedo a los díscolos. Lo dicen... y se sientan tan tranquilos mientras se acarician sus orondas barrigas, tan contentos de sí mismos. Muy mal estos señores inquisidores que defienden un paradigma como si fuera un dogma.

El profesor Roy dirigió una mirada encendida al público. Resultaba intimidatoria.

—Algunos de ellos están aquí, entre nosotros...

Luck empezó a sentirse realmente incómodo. Aquello iba por un par de compañeros de departamento con los que se cruzaba todos los días. ¿Era necesario que el doctor vapuleara a sus enemigos en público de esa manera? Había hablado más de una vez con él de que no le convenía de ninguna manera resultar molesto a sus colegas, pero el profesor vivía despreocupado por todo y por todos e, incluso Luck tenía la impresión que cuanto más se preocupaba por esa cuestión, más insidioso resultaba el profesor con sus diatribas. Y es que coleccionaba ofertas de diferentes universidades del país. Podía ser excéntrico, lo sabía, y además le encantaba. De hecho, cuanto más lo era, la venta de sus libros de divulgación más subían... o eso decían las malas lenguas.

El profesor Roy volvió a romper el hielo. Su rostro, un tanto ajado pero atractivo, se suavizó con una sonrisa amplia. Sus dientes blancos contrastaron con su tez morena y la barba rubia de dos días sin afeitarse. Más que nunca, tenía el aspecto de un hombre de cincuenta años que ha exprimido la vida. Sus ojos chispeaban cargados de

la ironía que brinda una vida saturada de emociones.

—No nos precipitemos. Veamos... ¿qué nos dice la teoría de la evolución? Pues que las especies tienen individuos que mutan, y que, tras prueba y error, pueden surgir individuos con características ganadoras que lentamente se acaban imponiendo al resto. Bien, esta idea, desde la perspectiva de lo que sabemos de la genética... es un disparate mayúsculo.

Nueva ola de murmullos reprobatorios entre el público. Luck bajó la cabeza. ¿No podía utilizar el doctor un par de eufemismos para dejar la fiesta en paz? Pensar que estaba redactando su doctorado con el que seguramente era el profesor más impopular dentro de las altas esferas universitarias le resultaba frustrante. Cada día estaba más convencido que el haberse ofrecido al profesor Roy para trabajar con él había sido algo así como empezar a cavar su propia tumba académica. Pero era un paso que había dado que no tenía marcha atrás. Tal vez si enviara su currículum a otras universidades... en el otro extremo del país.

—Un único individuo no puede imponer un gen, por muy exitoso que sea, a un rebaño de por ejemplo, un millón de ñus. Por el camino el gen se habrá perdido, mezclado, debilitado... se necesita demasiado tiempo para lograrlo... Pensar así, eso sí que es verdadero creacionismo, digo y afirmo. —El doctor retomó aire e hizo una larga pausa tras la cual su voz volvió al tono amistoso—. Resulta realmente curioso porque el propio Darwin, en su famoso viaje del *Beagle*, cuando llegó a las Galápagos, tenía todos los elementos que necesitaba para construir su teoría correctamente. Precisamente estaba en un archipiélago, y cada pequeña isla había desarrollado especies y subespecies diferentes, adaptadas cada cual a su medio. No se daba cuenta el buen naturalista que allí mismo tenía la respuesta. Los cambios de una especie, para que tengan lugar, requieren un requisito imprescindible... ¡islas!, ¡lugares aislados!, ¡poblaciones marginales! De otra manera sería imposible que una característica ganadora se impusiera a una población enorme.

Se hizo el silencio en la sala. El profesor Roy había perdido por completo su aire campechano y el público se sentía impresionado.

—Y eso no es todo, ni mucho menos. Hay otro factor que durante décadas los defensores del darwinismo puro se han atrincherado en una defensa absurda y dogmática. A estas alturas los paleontólogos hemos desenterrado millones de fósiles de todo el mundo y se ha reconstruido con cierto tino el árbol de la evolución de decenas de miles de especies. Señores, si la evolución es un lento proceso, una degeneración gradual de una especie en la siguiente... me pregunto; ¿dónde están esos seres a mitad de camino entre una especie y la siguiente? Jamás hemos encontrado los famosos eslabones perdidos. No, no se equivoquen. Como muchas otras cosas en el orden universal, la naturaleza no es amable y cuidadosa con sus experimentos. Todo lo contrario. Y es lo que sostengo en la teoría que próximamente postularé en mi nuevo libro que llevará por título *Supremacía*. Lo digo para que no me lo birlen —algunas risas aisladas, pero el doctor retomó el discurso con fuerza—.

¡La evolución!... ¡es explosiva!... ¡es caótica! No es un lento devenir de un anfibio en un animal terrestre que dura millones de años. Es un individuo aislado, que en un momento dado del tiempo, por una alteración genética fortuita, desarrolla un metabolismo que... ¡Eureka!, le permite adaptarse a otro medio. Y eso sucede en ¡zas!, —el doctor hizo un aspaviento con un brazo, lleno de energía y fuerza— nada de tiempo. Porque lo que sí sabemos seguro es que la vida de las especies suele ser de millones de años, a veces cientos de millones de años. Las especies propiamente dicho no evolucionan. O perviven... o se extinguen. Lo que surgen son individuos en comunidades aisladas que, si tienen características ganadoras, serán aptos para ser fundadores de nuevas especies.

De nuevo tomó aliento aprovechando una pausa en la que bebió un largo trago de agua. Volvió a abandonar el atril y se dirigió sonriente al público. Los había contrariados, otros asombrados o escépticos, y unos pocos que asentían convencidos.

—La genética, otra vez, damas y caballeros, vuelve a darnos la respuesta. ¿No sabemos acaso que toda la humanidad tiene una única madre común, una primera Eva, de la cual descendemos todos y cada uno de los presentes? ¿Verdad que resulta fascinante que la ciencia pueda afirmar algo así? Y... ¿qué nos dice ese hecho? Que al igual que los humanos, todos los individuos de cada especie han de tener su Eva particular, es decir, siempre existe un individuo diferente con el que todo cambia, y para que este imponga sus genes, de una manera explosiva, exponencial, triunfadora, el individuo ha de vivir en un reducto de pocos especímenes dónde su gen ganador rápidamente predomine sobre individuos de menor capacidad.

Una larga pausa en la que el doctor se paseó cabizbajo meditabundo por el escenario de un lado a otro, sopesando lo siguiente que pensaba decir. Luck, que lo conocía bien, sabía que no se contentaría con afirmaciones académicas insulsas. Sabía que el aventurero profesor Roy estaba buscando las palabras. De hecho, las temía. Su carrera académica estaba asociada a aquel erudito polémico y provocador.

—Bien... y todo este argumentario... ¿para qué? Digo yo, ¿de qué sirve la teoría científica si no puede ser contrastada? ¿Acaso no es cierto también que un paradigma demuestra su validez por su capacidad de predicción?

El profesor Roy recorrió con la mirada a todo el público. Luck sabía que no era en absoluto convencional, ni en las formas ni en la exposición. Cualquiera ponente que se preciara seguiría el meticuloso y lento camino de la divulgación científica; publicaciones, foros de expertos, incluso libros... El profesor Roy prefería titulares de prensa y polémicas para llamar la atención. No en vano tenía varios *best sellers* de divulgación científica en su haber. Realmente su forma de entender la ciencia era absolutamente heterodoxa. No le convencían los formalismos ni los cauces académicos habituales. Una de las tareas que le había encomendado a Luck era asegurarse la presencia de periodistas de diferentes medios, como así había logrado. «Si esto sale en la prensa, muchacho», le había dicho en confidencia, «conseguiremos todo el dinero que queramos», y le guiñó el ojo a un Luck que se sentía tan

asombrado como escandalizado.

El aventurero académico deshizo el silencio absoluto que se había impuesto en la sala como un narrador a punto de relatar el final de un trepidante *thriller*.

—Hace treinta mil años dos especies convivieron en el viejo mundo. Los cromañones y los neandertales. Eran diferentes. Incluso podría decirse que los neandertales, sobre el papel, tenían cierta ventaja. Se suponía que eran más listos, tenían algo más de capacidad craneal que su especie rival. ¿Lo sabían? — El profesor Roy recorrió con su mirada el amplio auditorio, interrogador. —¿Y qué sucedió? Una especie desplazó a la otra... y sólo quedó una, nosotros, los cromañones. ¿Los más listos... o los más brutos?— de nuevo risas del público—. Bien... tenemos ya todos los datos para comprender cuál será el futuro de nuestra especie, el homo sapiens, damas y caballeros. La extinción. Tarde o temprano, si no estamos atentos, volverá a suceder lo mismo. Un primer individuo con una capacidad ganadora prosperará en una comunidad pequeña y aislada... y ese grupo medrará... y observará sus congéneres inferiores y decidirán que los escasos recursos que ofrece el planeta les corresponden a ellos... de la misma manera que debieron pensar en su día el homo sapiens cuando observaba que los neandertales, asentados antes que ellos en Europa, gozaban de los mejores territorios de caza, de los mejores refugios, de los mejores recursos. Sí... tal vez el futuro de la humanidad sea la extinción... y tal vez ese futuro no esté tan lejos como muchos desearían... a juzgar con la fuerza con la que se aferran a sus sillones académicos.

La broma final del conferenciante dejó a todos perplejos. Entre el público se veían sonrisas incrédulas e incluso hubo risas aisladas que rápidamente, al cabo de unos segundos eternos, unos tímidos aplausos acabaron encontrando eco, y finalmente el auditorio dedicó una fría ovación al académico que sonreía impertérrito ante aquel variopinto elenco de profesores, alumnos, periodistas y millonarios.

## Capítulo 4

Luck se presentó al cóctel que tenía lugar tras la conferencia con un leve retraso, el ocasionado por darse una ducha y cambiarse de indumentaria. Había aprovechado el momento para intentar relajarse.

Su carrera pendía de un hilo. No sucedía otro tanto con lo que hiciera su mentor, el profesor Roy, que tenía mil puertas abiertas en diferentes instituciones académicas del país. A diferencia de él, Luck era un don nadie aún y su futuro estaba ligado a la beca que el doctor había propuesto en su nombre a la Universidad de Columbia y que en esa misma velada se jugaban las mejores bazas a fin de obtener financiación privada, una tarea que el profesor Roy parecía estar completamente convencido de lograr, no tanto así el propio Luck, al que aterraba la espantosa informalidad y desenfado con la que el doctor asumía su papel. Un estudio sobre poblaciones aisladas de la amazonia peruana así como dos años de remuneración dependían del talento y desparpajo del profesor. Y Luck no las tenía todas consigo.

Lo había visto tratar casi irreverentemente a todos cuantos le rodeaban. A la vez que envidiado, también era denostado por lo más selecto de la cúpula docente de la facultad. A sus espaldas todo eran rumores y maledicencias, a las cuales el veterano académico, o bien fingía ignorar o bien bromeaba a su costa. Lo cierto es que toda la junta rectora lo toleraba a regañadientes y todos esperaban su estrepitoso fracaso para respirar aliviados y restañarse las heridas de tanto desplante del insidioso profesor.

Desgraciadamente esa reputación de *enfant terrible* también alcanzaba los oídos de quien no debía, aquellos que tenían los bolsillos repletos del dinero que necesitaban. Y Luck amaba demasiado su carrera y su proyecto para ver cómo aquel hombre lo arrastraba por el fango, creando enemistades, obrando con arrogancia, sin el más mínimo escrúpulo diplomático. Resultaba agobiante y también agotador. Se sentía como la niñera a la que han dejado al cuidado un niño desobediente y maleducado. Nunca pensó que redactar una tesis doctoral iba a resultar tan frustrante.

El escaso efecto relajante de la ducha se disipó como por ensalmo cuando Luck puso el pie en el salón comedor en el que se ofrecía el ágape. En un momento se hizo una composición de lugar. Por un lado el buen profesor Roy, rodeado de un nutrido grupo de alumnas de últimos cursos y algunas doctorandas, que reían embelesadas sus chanzas, mientras que por otro lado el selecto grupo de patrocinadores era copado por toda la junta directiva y varios profesores más, que aprovechaban la ocasión para explicar sus proyectos particulares y lo bien que encajarían en ellos una sustanciosa aportación de capital privado. Luck quedó desalentado. No se sentía con ánimos de llegar por su cuenta y sumarse a aquel efervescente grupo de hablar sosegado y miradas circunspectas, en las que fácilmente su intervención sería silenciada como el molesto aleteo de un insecto bajo la suela de un zapato. Se suponía que esa labor descansaba en manos experimentadas de su mentor.

Se acercó como pudo al grupo de chicas que rodeaban a Samuel Roy. Con

estupor observó que éste pasaba la mano por la cintura a la chica con la que Luck llevaba tiempo soñando con pedir una cita, Marcie. Reían distendidos y el doctor la acercaba de vez en cuando junto a sí como si fueran pareja de toda la vida. Luck se indignó. Le había dicho un par de meses atrás que estaba tras esa joven en una conversación de altas horas de la noche, cuando estaban terminando de redactar los prolegómenos del proyecto de investigación, y su tutor se empeñó en tirarle de la lengua y pedirle explicaciones acerca de su vida sentimental. Bien sabía Luck que debía haber mantenido la boca cerrada, pero Roy se dejaba querer y resultaba irresistible cuando se empeñaba en interrogar a alguien. Así que después de saber por quién bebía los vientos, aquel hombre demostraba no tener el más mínimo escrúpulo ni respeto por su persona obrando de aquella manera.

Luck sintió que su ánimo trasmutaba, como por ensalmo, del frío desencanto al franco enfado.

Con cierta rabia toqueteó el hombro del doctor a fin de llamar su atención. Al parecer interrogaba a su amplio repertorio femenino acerca de la idoneidad de algo. Luck, fuera del corrillo, prestó atención a las palabras del doctor que ignoraba su requerimiento.

—Por supuesto que se estaría expuesta a infinidad de peligros. Mis viajes, como sabéis, suelen contener ciertas dosis de riesgo... pero también —el doctor guiñó el ojo pícaramente— abundan los buenos ratos y la diversión —las chicas rieron—. Sí, en mis viajes es verdad que pasa de todo, pero lo que nunca faltan son los buenos momentos... así que... necesito una voluntaria para la próxima expedición que espero no se demore mucho en el tiempo, busco a una joven voluntariosa con disponibilidad. —Luck juraría que el doctor guiñaba el ojo cuando exponía las cualidades que buscaba en una posible colaboradora.

Además, razonaba Luck indignado, se suponía que el próximo trabajo iba a ser el suyo... siempre y cuando contaran con patrocinio. El profesor Roy estaba embarcando en el proyecto a una persona adicional... sin contar con él para nada. Y resultaba obvio que la selección no dependía de la cualificación académica ni de la preparación ni de ninguna otra consideración que no fuera lo que Luck se temía que estaba viendo. Estaba invitando a una chica a participar de su proyecto... simplemente con tal de que fuera guapa y simpática, y estuviera «dispuesta a todo». Luck sintió que la sangre aflucía a sus mejillas.

—Como os decía... —pero la insistencia de Luck interrumpió al doctor, que descubrió a sus espaldas a un inexpresivo Luck que lo miraba con obstinación—... os presento a mi colega, el señor Luck Wright. Es joven y atractivo, y muy inteligente. También es un cortado de mil demonios, pero en suma, el aporta algo de seriedad y responsabilidad al equipo... —El propio profesor Roy soltó una risotada, divertido por su inesperada sinceridad, y las chicas rieron la broma tras el nuevo guiño. Luck se sofocó pero correspondió a los saludos tan educadamente como supo, aunque no pudo evitar atragantarse cuando cruzó la mirada con Marcie.

Finalmente el profesor finalizó sus bromas entre risas e incluso algún aplauso. Luck se dio cuenta de que toda aquella manada de mujeres suspiraban por aquel hombre, su corazón se había derretido ante aquella desmedida combinación de hombría, talento y pillería. Luck aprovechó la pausa para imponerse a Roy, y se hizo oír hablando discretamente junto a su oído.

—Profesor... por favor, es necesario prestar atención a los posibles patrocinadores. Comprenda que...

Pero el profesor lo apartó y se mesó la barbilla. Lo miraba con esos ojos entrecerrados, completamente impenetrables, que a Luck le daba más miedo que otra cosa. No sabía lo que pensaba aquel hombre que le miraba como si fuera un completo desconocido.

—Luck... Luck... —dijo finalmente, como recordando una lección a un alumno poco aplicado al que se le ha repetido una regla una y otra vez—. Esto de interrumpir una entretenida charla de selección de personal... —chasqueó los labios y oteó al horizonte. Escrutaba el heterogéneo grupo de financieros y profesores, estaban mezclados, pero cada categoría era perfectamente distinguible de la otra hasta para el observador menos avezado. Había varios filántropos que obraban a título personal, pero también había representantes de instituciones financieras y de diversas fundaciones empresariales, todos ellos vestidos de gala, que en comparación con los trajes un tanto desgastados de los profesores, o los sencillos vestidos de noche de las académicas, marcaban una diferencia ostensible. Luck sabía que Roy sopesaba si merecía la pena acercarse a territorio hostil. Esperó con paciencia a que su mentor evaluara pros y contras, y tras echarse al colete y de un trago su *whisky* con hielo, se encaminó murmurando y seguro de sí en pos de su presa. Luck le siguió como un perrito faldero, esperanzado por el giro que tomaba la acción, pero temeroso aún de que ésta terminara en descalabro.

Poco tardó Luck en comprender cuál era la presa seleccionada por el veterano depredador. Se trataba de una mujer madura, despampanante, alta, de larga melena de un color castaño claro que descendía en sensuales bucles hasta su hombro desnudo. Un broche de diamantes sostenía, cual toga, un impresionante y ajustado vestido rojo escarlata. Era sin duda la mujer más bella de toda la sala. Luck se sentía desfallecer.

No estaba sola. A su alrededor una nube de voraces profesores, entre los que sobreabundaba el género masculino, peleaba por tener un lugar destacado en el corrillo que la rodeaba. Por el camino el profesor Roy atrapó al vuelo dos copas de champán de una bandeja que un comedido camarero ofrecía, en ese momento, a una pareja. Tanto camarero como invitados quedaron escandalizados por el desparpajo con el que le fueron arrebatadas las copas, pero su estupor sólo encontró en Luck, que iba a la zaga, la posibilidad de reprochar la acción de piratería. Luck se zafó entre disculpas de aquel molesto trío. Aquel retraso bastó para que el profesor Roy le sacara una ventaja crucial.

Cuando llegó al corrillo Sammuel Roy ya se había hecho un hueco junto a la



dama, había desplazado al mismísimo rector de su lado, y había interrumpido lo que sin duda constituía una aburridísima charla, logrando que la mujer riera con ganas ante algún disparate que le había susurrado en un aparte. En menos de diez segundos había dejado descolocados a todo el corrillo, que se miraban atónitos los unos a los otros, mientras que la pareja reía como si fuera la situación más cómica que imaginarse pudiera. Se creaba la molesta impresión de que el dúo se reía del resto de sus contertulios. De lo más desagradable, pensó Luck estupefacto. Si a Luck le preguntaran por lo que siente una *au pair* superada por las travesuras de sus niños, habría sabido dar una aproximación muy certera al describir lo que sentía en ese instante.

Un pensamiento emergió en su mente con claridad. Su futuro académico había muerto antes de nacer. La mirada del rector, cuando se cruzó con la suya, le pareció hosca, llena de animadversión, como si él fuera el culpable de la desafortunada intervención. El máximo representante de la Universidad de Columbia giró sobre sus talones y se incorporó a otro discreto corrillo. Luck quería abordar a la pareja, tomar al profesor educadamente del brazo y llevarlo a un aparte, pero cuando esperaba la ocasión fue inesperadamente él el apartado. Entre la pareja y Luck se interpuso el profesor Logan.

Hugh Logan era todo un personaje de la facultad de psicología. Si el profesor Roy era un excéntrico en cuanto a vida disipada y ausencia de formalidad, el profesor Logan lo era pero más bien por ser el estereotipo perfecto de académico volcado en sus estudios, hasta el punto de tener una percepción de la realidad difusa y poco comprensible, tan absorto estaba en su mundo de estudios. Luck habría expresado esta idea diciendo que el profesor era un despistado de narices.

El caso es que no podía desembarazarse de él fácilmente. Sammuel Roy y Hugh Logan eran inseparables en los últimos tiempos, y éste último revoloteaba alrededor del aventurero profesor siempre que este se dejaba ver por Nueva York. Luck se esforzaba, pero a duras penas podía seguir la conversación, cada vez más relajada, entre el profesor Roy y su atractiva interlocutora sin desplantar maleducadamente al sexagenario profesor que tenía ante sí.

—¿Pero de verdad piensa profesor en esa posibilidad? —preguntaba la hermosa mujer al profesor Roy—. Que de pronto emerja una nueva especie humana, como por generación espontánea, entre nosotros... parece una fantasía. Yo siempre había creído que la inteligencia provocaría controladamente su propia evolución. Me entiende ¿no? Me refiero a la posibilidad de modificar a mejor la genética de la especie a medida que avance el conocimiento de nuestro genoma. Es obvio que estamos a un paso de empezar a erradicar enfermedades hereditarias, disminuir o erradicar genes que propician otras tantas enfermedades... Tengo colegas dentro del mundo de la medicina que me proponen becas realmente interesantes para invertir en esos campos. ¿De veras cree que su planteamiento es más acertado? ¿No parece mucho más factible y real que sea el propio homo sapiens el que evolucione su especie? Y eso

por no hablar de posibilidades aún más futuristas; la existencia virtual o la robotización de componentes reemplazables del ser humano... La tecnología nos abre las puertas a la inmortalidad. Parece que es obvia la evolución de nuestra especie.

El profesor Roy asentía y replicaba, pero el profesor Logan insistía en conversar con él y Luck asentía a su perorata mientras su atención y sus oídos seguían a la pareja. Sin embargo no pudo evitar prestar atención a las palabras finales del profesor Logan, que finalmente logró interponerse entre su foco de atención y él. Sus pequeños ojos detrás de sus lentes de concha le miraban como un insecto de tamaño descomunal inspeccionado un grano de azúcar.

—...el conocimiento del subconsciente ofrece una aproximación ciertamente muy interesante para cualquier erudito que quiera construir una teoría de la evolución de la inteligencia completa y veraz. —Argüía el profesor Logan—. Por eso recibí con mucha alegría su solicitud para incorporarme a su proyecto de investigación.

De pronto Luck fue incapaz de seguir prestando atención a la conversación de Samuel Roy. Había entendido algo que no encajaba en absoluto en su esquema de trabajo.

—Perdón... ¿incorporarse a nuestro equipo de investigación? —Luck intentaba que su incredulidad no resultara embarazosa para el profesor.

—Sí, por supuesto. El profesor Roy me aseguró que estaba muy deseoso de que participara en su proyecto. El estudio del subconsciente es clave, me aseguró.

Luck suspiró. De todos era conocido lo despistado que resultaba el profesor a veces. En su proyecto el subconsciente no figuraba siquiera en una sola línea de la sinopsis. Es más, de casi mil páginas redactadas hasta la fecha era una palabra que no figuraba en una sola ocasión, estaba seguro. Él mismo había mecanografiado cada uno de esos folios.

—Lo siento doctor, tal vez se trate de un mal entendido. Mi proyecto aún no cuenta con fondos suficientes... y me temo que tal vez nunca pueda arrancar, —dijo, mientras su mirada se perdía en el profesor Roy, que engullía una nueva copa con la ansiedad de un hombre que llevara varios días perdido en el Sahara. Al menos sentía que podía desahogar su frustración con el académico—. Sí, el proyecto creo que no cuenta con fondos suficientes.

El profesor Logan le miró fijamente unos instantes.

—Tal vez sea usted el equivocado. Mi amigo el profesor Roy no suele errar en asuntos crematísticos. Me dio la impresión que estaba todo a punto.

Luck no se vio con fuerzas para contradecirle. La animada conversación de Roy y la mujer seguía su curso.

—...por supuesto que la mayoría de las personas piensan en pintorescas formas de evolución, —explicaba Roy—. Seres más fuertes... o más inteligentes, modificados genéticamente ¿verdad? Quizás la industria del cine ha fijado modelos llamativos; superhéroes, mutantes, y cosas parecidas. Todos son mitos de nuestro tiempo, similares a los dioses griegos, humanos, pero con cualidades o poderes

excepcionales. Estoy seguro que la mayoría de la gente piensa en un hombre más evolucionado y en seguida vienen a la imaginación ideas como la telepatía, la telequinesis, o a saber qué tonterías... Pero no, la evolución, cuando alcanza la inteligencia, avanza de una manera muy diferente a la de los parámetros físicos; tamaño, fuerza, capacidad, habilidad... ni siquiera se trata de ser aún más inteligentes. La inteligencia introduce una magnitud nueva en la evolución y es en ese orden donde la evolución se puede manifestar. Es una magnitud sutil pero que nos diferencia por completo del resto de la fauna animal y estoy convencido que la evolución hacia una especie superior tendrá lugar siguiendo ese mismo patrón, como ya lo ha hecho en el pasado. A fin de cuentas muchos animales tienen capacidades lógicas, emociones... que a veces pensamos erróneamente son exclusivamente nuestras. Ellos también tienen inteligencia... pero son menos evolucionada en el parámetro al que me refiero, un parámetro que me gustaría desvelar cuando quede confirmado definitivamente una vez dé con lo que estoy buscando. Y sí, sé perfectamente que ese conocimiento que poseo aún me hace un hombre más interesante.

La mujer le miró divertida, de reojo.

—Usted, además de aventurero, parece poseedor de un secreto inconfesable.

Sammuel Roy sonrió enigmáticamente y ambos brindaron con sus copas.

Luck sintió que el profesor Logan reclamaba de nuevo su atención. Le tocaba del brazo a fin de que fijara su mirada en él. Le recordaba al gato de su tía Sara, siempre mirándole de hito en hito y requiriéndole con la pata para una nueva caricia.

—...le comentaba jovencito, que uno de los medios principales para llegar al corazón del subconsciente es la hipnosis.

—La hipnosis... —repitió Luck desconcertado. Sentía que el tiempo se escurría entre los dedos. Siempre había creído en el éxito de la velada, pero el profesor Roy consumía su tiempo charlando con aquella mujer mientras ni siquiera dedicaba una mirada al resto de ilustres visitantes. ¿No debía tocar más teclas en vez de centrarse en una única oportunidad de exponer su proyecto? Además, ni siquiera había hablado una sola vez de la amazonia peruana...

—Sí, la consciencia del hombre se asemeja a un iceberg. Sólo despunta el diez por ciento de su verdadero volumen. Así nos sucede a nosotros. Nuestro inconsciente domina el noventa por ciento de nuestra capacidad mental. Todo un desperdicio en cierto sentido. Tanta capacidad oscurecida por el hecho de que somos incapaces de acceder a ella. Tan sólo nos llegan extraños efluvios de la misma, emociones escondidas e incomprensibles, intuiciones y premoniciones... que tienen toda su lógica y explicación, pero cuyos cálculos desconocemos por completo. Nadie es capaz de explicar una intuición... y sin embargo nuestro cerebro es posible que haya trabajado con una lógica exquisita. Lo dicho, un desperdicio.

—Un desperdicio, sí —repitió Luck mecánicamente mientras miraba desconsolado a la pareja que brindaba otra vez ante él.

—Sin embargo con la hipnosis somos capaces de acceder a ese abismo de lo desconocido. Actualmente estoy desarrollando una técnica que permite al sujeto visualizar el conocimiento inconsciente a través de... algo parecido a sueños, o vivencias muy realistas. Al menos eso trato de hacer... Sigo las técnicas del doctor Jung, ya sabe, todo un hito en el estudio del inconsciente. Él lo intentó repetidamente y de hecho viajó por todo el mundo, como ha hecho el profesor Roy, interesando por descubrir los mitos oníricos de todo tipo de pueblos y razas primitivas.

Luck asintió. No sabía de lo que le hablaba aquel buen hombre.

—Un hito, sí.

—Yo he retomado ese hilo en el que el mismísimo Jung no pudo avanzar demasiado, me comprende ¿no? Descubrir, desenmascarar al inconsciente a través de los sueños, y de provocar estos a través de un proceso hipnótico inducido, completamente nuevo, mediante el uso de determinadas drogas. De hecho podríamos hacer ahora mismo una pequeña prueba —sugirió el profesor Logan.

—Sí, por supuesto —replicó Luck mientras observaba a la pareja que espiaba. El profesor había cuchicheado algo al oído de la mujer y esta le había devuelto una mirada casi escandalizada. Después el profesor volvió a susurrar algo a su oído y la mujer estalló en carcajadas.

Luck echó mano de una copa de champán que el doctor le ofrecía y echó un lago trago. Tal vez aquello lograra relajarle un tanto.

—Calma, calma... no debería haber ingerido esto tan rápido... —El profesor Logan le miró con los ojos abiertos como platos a través de sus lentes de concha redondas como si esperase encontrar en el semblante de Luck una señal escondida—. Si me lo permite le iré provocando un estado de hipnosis latente para después hundirle en lo más profundo de su subconsciente. Es necesario que esté pensando en algo agradable que le produzca un sentimiento de relajación y paz. Es muy probable que ello derive en un cúmulo de experiencias muy realistas, así que procure estar relajado... Despeje su mente de aspectos que pudieran traducirse en sensaciones angustiosas y tan sólo desee un profundo bienestar... paz... tranquilidad.

—Por supuesto doctor... —Luck observaba aquella cháchara entre el profesor Roy y la atractiva mujer que evidentemente no abundaba en la financiación de su proyecto. Recordaba la mala cara del rector, y consideraba que tal vez después de aquella velada tuviera que ir actualizando su currículum a fin de enviarlo a las cuatro esquinas del país. Cuanto más alejado de aquel escenario tanto mejor.

—Cuando diga tres quedará sumido en un profundo sueño...

Luck observaba atento. La confianza entre el doctor y su interlocutora no hacía sino aumentar. Él a veces la tomaba del brazo y ella le correspondía apoyando levemente su mano en el antebrazo del profesor. Debía hacer algo. Debía intervenir, presentarse, explicar su proyecto a la fuerza, y en caso de que no resultara interesante conducir al doctor, a rastras si era preciso, a cada uno de los invitados de interés que aún no se habían marchado. Debía atajar la conversación del profesor Logan y...

—Tres.  
Y de pronto todo se oscureció para Luck.

## Capítulo 5

Habían pasado dos largas semanas. La búsqueda de la columna de humo había resultado infructuosa. Comprendió que tal vez su sentido de la orientación le había jugado una mala pasada. Incluso aunque la decisión que tomó en pos de seguir una dirección imaginaria fuera acertada, en mitad de aquel medio selvático se hacía muy difícil llegar a un punto determinado sin conocerlo muy bien. Tal vez había pasado a cincuenta metros de su objetivo y ni se había dado cuenta. Demasiado tarde había comprendido que tenía que haber trepado a lo alto de los árboles de vez en cuando a fin de otear el horizonte y corregir su rumbo cada vez que fuera preciso. Pero la foresta brindaba pocas oportunidades para algo así y él no se sentía demasiado seguro de sí mismo para emprender un ascenso muy complicado. Cuando encontró la primera ocasión de trepar a la alta copa de un frondoso árbol fue incapaz de distinguir ningún rastro de la hoguera allá donde dirigiera la mirada. Se sintió terriblemente abandonado.

Pero el joven se había habituado a la selva. Se había surtido de diversas especies de frutas y gracias a ellas su alimentación era regular. No se sentía débil, es más, sus fuerzas medraban día a día. Se decía que era simple cuestión de tiempo que finalmente diera con alguien. A partir de ese momento las cosas debían irse resolviendo poco a poco.

\* \* \*

Después de varios días de marcha al fin había vuelto a encontrar un árbol que resultaba accesible. Tenía un tronco grueso, harían falta varios hombres con los brazos extendidos para rodearlo, y sus raíces se esparcían en multitud de direcciones antes incluso de hundirse en el suelo. Pero lo que le brindaba accesibilidad era un tronco caído y en proceso de descomposición, que como una rampa inclinada, descansaba sobre una de las gruesas ramas superiores. Aquel acceso le permitía llegar a la parte baja de una voluminosa copa arbórea, desde la cual resultaba mucho más fácil y seguro trepar en búsqueda de la luz directa del sol y de la visión del paisaje circundante.

Estaba iniciando el ascenso por la rampa cuando oyó algo que le llamó la atención. Se trataba de un ronroneo y un gruñido. No parecía tratarse de una fiera peligrosa, si acaso un cachorro, dado el volumen y el timbre, y la curiosidad pudo más que la prudencia.

Efectivamente, el tronco por el que trepaba había ido acumulando ramas y hojas bajo el mismo y había formado una especie de covacha natural que servía de refugio a dos sorprendentes inquilinos. Se trataba de pequeños cachorros de tigre. No supo exactamente cómo alcanzó aquel conocimiento, lo poco que creía saber con

seguridad no enlazaba con ningún recuerdo o proceso de aprendizaje. Sin embargo estaba seguro de que aquellos animales eran crías de tigre. Y el conocimiento de la existencia de aquel depredador en estado libre, posiblemente muy cerca de allí, lo sobrecogió. Asíó con más fuerza la lanza, pero se sintió infantil pensando que aquel tosco palo pudiera servirle de ayuda ante una emergencia así. Dudó qué hacer.

Entonces se dio cuenta. Uno de los cachorros le gruñía, entre jugueteo y amenazador, pero el otro gemía de dolor. Se lamía su pata delantera y lloraba lastimeramente. No le costó mucho comprender que se trataba de una herida por la que brotaba algo de sangre. Dado que no parecían amenazadores decidió tomarse un segundo por ver si podía hacer algo. El cachorro sano se abalanzó sobre él y retrocedió sucesivamente. Mostraba unos grandes deseos de jugar. Pero la situación no se prestaba precisamente a perder el tiempo en frivolidades. A su alrededor abundaban huesos molientes y restos en descomposición de toda suerte de presas. Aquellos cachorros estaban bien cebados, no estaban abandonados.

Tomó la pata del animal herido y la observó mientras el cachorro se dejaba hacer y le miraba con curiosidad. Una afilada astilla de madera, seguramente de alguna de las ramas rotas que formaban parte de aquella especie de cueva natural, se le había incrustado en la planta del pie, en medio de sus dedos esponjosos y mullidos. No le costó nada arrancársela y observó que la punta de la astilla salía intacta. El cachorro pareció agradecer de inmediato la acción y le lamió la mano con una lengua áspera como la lija. Era la primera muestra de cariño que sentía desde que había despertado y le emocionó. Pero no era buen lugar aquel para quedarse. Lo supo sin conocer la razón exacta de ello. Saltó como un resorte hacia el tronco caído por el que había decidido emprender el ascenso al árbol. Intuyó que en aquel árbol podría hallar refugio caso de que apareciera la madre de la criatura. Cuando ya estaba llegando al final del recorrido, a punto de encaramarse en una de las ramas bajas, un sonido, a sus espaldas, como de hojarasca pisoteada y ramas agitadas, le advertía de que un animal corpulento se dirigía hacia allí a gran velocidad.

Instantes después un tigre de un tamaño descomunal hizo su aparición a escasos diez metros de dónde se encontraba. Se detuvo sólo una fracción de segundo, lo justo para lanzar un rugido amedrentador y mostrar unos colmillos enormes y afilados, y acto seguido emprendió una carrera en pos de su presa.

Comprendió entonces que el tigre no tendría ningún problema en trepar hasta donde se encontraba. El tronco inclinado resultaba un acceso fácil para el felino. Se encaramó sobre el tronco y casi corrió sobre el mismo mientras el carnívoro seguía sus pasos de cerca. Oía sus garras clavarse en la madera y arrancar la corteza podrida mientras ascendía en pos de él.

Alcanzó el final del tronco y dando un saltó se aferró a una rama gruesa, desde la cual se incorporó. Un poco más abajo el tigre avanzaba con resolución hacia él. Era necesario ganar más altura. Con las prisas se le había caído tanto la lanza como su pequeña alforja con alimentos. Aquello poco importaba ahora. La adrenalina le

impedía pensar en otra cosa que no fuera trepar más alto. Salto vertiginosamente sobre una rama ligeramente más alta sobre la que se encontraba, y de ésta a otra aún más elevada. Llegó a un punto dónde podía seguir ganando altura, pero de forma más dificultosa. Con ayuda de manos y pies se encaramó a una rama que le llegaba a la altura de la cabeza. La tensión del momento crispaba sus músculos con una fuerza que no creía poseer. Comprendió que el tigre no podría realizar aquella maniobra y se sintió más tranquilo. Aún así prosiguió más lentamente su ascenso. Ahora era cuestión de no cometer un error fatal.

Cuando miró hacia abajo observó que el tigre había trepado mucho más allá de lo que parecía posible. Era verdad que se había detenido en un ascenso que ya resultaba imposible, pero apoyado sobre sus cuartos traseros el joven empezó a dudar que no fuera capaz de impulsarse lo suficiente como para llegar más alto. Redobló su ascenso y así llegó a una zona de la copa del árbol dónde las ramas eran más delgadas pero aún mantenían su peso sin mostrar signos de ceder o doblarse. Decidió acomodarse en aquel lugar. Su piel estaba cubierta de sudor.

El tigre no se había movido de su sitio y de vez en cuando emitía un espeluznante rugido que sabía iba dirigido a él. Pero pronto iba a hallar réplica a su cólera. Al parecer una manada de pequeños simios había sido testigo de la persecución y disfrutaban rabiosamente del espectáculo. Cuando vieron que el tigre era burlado, sus tímidos gritos de entusiasmo y expectación se transformaron en una verdadera algarabía que celebraba el fiasco del felino. Algunos incluso le arrojaban algún tipo de pequeño fruto disponible a su alcance, del tamaño de una aceituna, con lo que la ira del tigre fue en aumento. Pero era una guerra estéril que no podía ganar, y finalmente reculó y en varios saltos rápidos y gráciles le llevaron de nuevo al suelo junto con sus cachorros.

Suspiró aliviado.

\* \* \*

Transcurrieron horas interminables. Quizás no fuera tanto el tiempo como lo largo que se le hizo el rato que duró el acoso de la fiera. Se mantuvo rondando la base del árbol y finalmente optó por trasladar los cachorros. Al reparar en ello se sintió esperanzado y, por primera vez en horas, su cuerpo se relajó. Después comprendió que debía haber aprovechado aquella pausa de poco más de media hora para abandonar su refugio y huir del depredador. Cuando se percató de su oportunidad perdida era demasiado tarde. El tigre rondaba de nuevo, sigiloso, su árbol. Ahora ya no lo consideraba un intruso. Ahora lo consideraba su presa.

Oscurecía. Las sombras se imponían sobre los claros de la fronda, y ocasionalmente creía percibir una silueta oscura deslizándose entre la maleza. Ya no emitía sus amenazadores rugidos, sino que se limitaba a mantenerlo vigilado desde las penumbras. Cuando la noche terminó por difuminar la selva y convertirla en una



sombra amorfa e impenetrable el tigre se convirtió en un fantasma. Creía distinguirlo en un punto, y segundos después en otro completamente distinto... los nervios hacían de nuevo presa en él y la sed y el hambre acrecentaban su inquietud.

Resultó una vigilia aterradora. La selva prorrumpía en su habitual estrépito nocturno, salvo la porción de territorio que rodeaba su árbol, en el que los animales parecían evitar sus lindes. Intentó establecerse lo más cómodamente posible y buscó una rama apropiada para intentar dormir. Aprovechó una gruesa y lisa, y en conjunción con unas cuantas hojas, carnosas y grandes, arrancadas de ramas cercanas, logró crear un lugar relativamente cómodo para descansar. Pero permanecía insomne, tenso. Su mente agitada resultaba imposible de acallar. Aunque intentaba aferrarse a la idea de que se mantenía a salvo en aquel lugar, también se daba perfecta cuenta de que se enfrentaba a un hábil cazador. Aprovecharía el momento en el que se creyera seguro para dar buena cuenta de él.

La llegada del alba se eternizó. Su cuerpo se hallaba absolutamente anquilosado. Se puso de pie sobre el grueso tronco a fin de estirar sus extremidades y comprendió que al menos podría aprovechar la coyuntura para llegar a lo más alto de la copa de árbol. Tal vez desde allí lograra otear el horizonte y detectar presencia humana. Era un plan que le infundía esperanzas. Fue pensar la idea y ponerse de inmediato manos a la obra. El árbol era fácil de escalar una vez se había logrado acceder a las ramas más bajas, y había tenido la suerte de contar con el tronco caído para esa cuestión. Cuando llegó a las ramas más endeblees hubo de detener su ascenso, pero desde donde se encontraba, apartando el ramaje, era capaz de ir captando fragmentos parciales de un horizonte verde que abarcaba los cuatro puntos cardinales. Aún así ni siquiera fue capaz de percibir las estribaciones montañosas desde las que había descendido cuando despertó sin memoria y sin saber quién era. En su deambular por la selva había debido recorrer una distancia considerable.

Sin embargo no todo fue decepción. Cuando pensaba que ya había concluido su inspección sin novedad, de nuevo distinguió una columna de humo. No parecía tan lejana como la primera vez que la había visto. Ignoraba ya si se trataba del mismo campamento o era otro. Tomó nota mental de que el origen estaba en el este, allí por dónde amanecía, y resolvió encaminarse en esa dirección. Llevaba el suficiente tiempo en la selva para comprender que era crucial identificar la posición del sol en cada momento del día para mantener un rumbo. En sus primeros días de marcha, atolondradamente, había confiado todo a un intuitivo sentido de la orientación que se había demostrado completamente inservible.

Escrutó el sotobosque. Abajo todo permanecía en calma. Una tranquilidad sospechosa.

Tomó una decisión. Se alejaría de aquel árbol, pero no lo haría poniendo pie en tierra, sino pasando de árbol en árbol, siguiendo un sinuoso camino de ramas entrelazadas. Con cierto alivio descubrió un árbol de gruesas ramas que competía con el que era su refugio, en una silenciosa pugna por ganar los rayos del sol. Esa vía le

permitiría cambiar su posición respecto de su perseguidor. Tal vez si emprendía una marcha arbórea pudiera despistarle, o al menos desanimarle de su objetivo.

No le resultó demasiado difícil desplazarse conforme a su propósito. Se descolgó sobre una rama procedente de un árbol vecino y desde allí se dirigió hacia su tronco central, al que se abrazó, nervioso por el vértigo que le provocaba la altura. Oteó el suelo de la jungla en busca de indicios que delataran al tigre, pero resultó en vano. La tentación de retornar al suelo, recuperar sus escasos bártulos y seguir camino, crecía en su interior. Decidió mantener el criterio de la prudencia ante todo. La imagen del esqueleto de Tom que había descubierto en su primer día de andanzas en la selva vino a su memoria y sus dudas se disiparon. Seguiría en lo alto.

Avanzó lentamente, pasando de unas ramas a otras, a veces con movimientos más o menos acrobáticos, pero a medida que ganaba confianza avanzaba más y más rápido. Incluso tuvo la fortuna de tropezar con un mango, donde se pudo surtir de un alimento jugoso que compartió con un grupo de monos aulladores. Le recibieron con cierta indiferencia, aunque parte de la manada se retiró, cediéndole su espacio.

Al poco rato sin embargo empezaron a aullar con furia inusitada. Pensó que era debido a su presencia, pero con desaliento comprobó que no era así. Los monos habían descubierto lo que él había sido incapaz de detectar. El tigre seguía sus pasos, bajo la sombras, esperando que cometiera el desliz de poner un pie en el suelo. Se alegró infinitamente de haber vencido la tentación de hacerlo.

Los aullidos no cesaron durante un largo periodo de tiempo en el que el tigre finalmente se dejó ver, y acurrucado bajo las sombras de un arbusto de hojas anchas que se abrían como en abanico, aguardaba lleno de paciencia a que la algarabía cesase.

Se sintió desalentado. Su estrategia de despistar al felino había resultado por completo infructuosa. Ya no sabía qué hacer. Permanecería en lo alto hasta que el tigre se cansara de esperar... y aún así seguiría aguardando hasta estar completamente seguro de ello. Comprendió que sus primeros días en la selva vagando irreflexivamente de un sitio a otro había pecado de una gran imprudencia.

Lo que no entendía era cómo, si en algún momento de su vida, había sido un habitante de aquella jungla, hubiera sido capaz de olvidar por completo todas y cada una de sus características. Todo le resultaba nuevo en la selva, incluso sus peligros.

## Capítulo 6

Tras el almuerzo se sintió repentinamente agotado por lo que optó por descansar recluido entre las enormes ramas de un laurel de tronco grueso y de corteza suave y de aspecto pulido. Dejó pasar varias horas sumido en un sopor vacío de pensamientos, pero reparador. El jugoso fruto del mango alivió tanto su hambre como su sed, y esa satisfacción mínima pareció reducir el dramatismo de su situación. Si fuera preciso permanecería allí todo el tiempo que fuera necesario.

Los monos abandonaron finalmente su compañía y se quedó solo, dejando pasar las horas y alimentando la esperanza de que su perseguidor, aquel tigre tenaz que lo acosaba, se cansara. Pero un sonido en el que no había reparado hasta entonces le sugirió que tal vez existiera otra alternativa. Había oído un chapoteo. Decidió que no costaba nada encaminarse en esa dirección a fin de ver de qué se trataba.

Pronto la vegetación cambió. Los árboles grandes se alternaban con otros más impenetrables pero de menor tamaño. Era un manglar, y entre sus finas y enrevesadas raíces arbóreas se distinguía un curso de agua terrosa. Se acercó cuanto pudo para descubrir finalmente un río, no demasiado ancho, cuyas aguas terrosas apenas discurrían con fluidez. Sopesó varias alternativas. Acercarse al agua, lanzarse al río e intentar cruzarlo velozmente era una opción a considerar. Pero el presentimiento de que seguramente el tigre fuera un excelente nadador desaconsejó la idea. Tal vez en la otra orilla no encontrara un refugio a tiempo. Otro factor hacía desestimar esa temeridad. Flotando, desapercibidos, entre las raíces de los manglares que formaban una densa maraña por completo inaccesible, descubrió el brillo inmóvil de unos ojos que lo observaban. Era un cocodrilo que tan sólo mantenía fuera del agua la parte superior de su cráneo y las fosas nasales. Era prácticamente invisible. Un movimiento casi imperceptible lo había delatado. Poco después, una vez inspeccionó con detalle las inmediaciones fluviales, comprobó que el río estaba infestado de aquellos animales. No podía ni pensar en sumergirse en el río. Estaría perdido en cuestión de segundos. Casi era preferible enfrentarse al tigre con sus manos desnudas.

Estaba sumido en un estado de resignación cuando de pronto su ánimo cambió bruscamente. No demasiado lejos, más allá de la orilla opuesta, una voluta de humo subía hacia el cielo conformando una nube oscura y perfectamente discernible, como una señal divina marcando el camino de su salvación. Había logrado avanzar en la dirección correcta por una vez. Quizás aquella desagradable aventura tuviera una consecuencia positiva. Pero era imprescindible cruzar aquel cauce turbio y peligroso.

De nuevo emprendió el camino rodeando las lindes de la ribera. No era tarea fácil. A menudo el manglar abundaba tanto que había desplazado a los árboles de copas altas por los que le resultaba más fácil avanzar. Se vio obligado a dar largos rodeos, alejarse del río para intentar abordarlo desde zonas distintas.

Así llegó a un escenario por completo nuevo. Una pequeña cascada precipitaba las aguas desde un terraplén elevado, creando una ancha cortina de espuma. Se

trataba de un pequeño salto de agua de menos de diez metros, en cuya parte superior afloraban gran número de rocas y mostraban un río ancho y de aguas someras que no debían esconder enemigos inesperados. Sería fácil acceder hasta allí desde las ramas más altas del árbol en el que se encontraba, y tras una rápida carrera, adentrarse en la jungla impenetrable de la ribera opuesta. Era un plan arriesgado. Pero al descubrir que desde allí la columna de humo parecía aún más cercana se animó. Su rodeo en pos de un vado le había acercado a su objetivo. Era una señal.

Ascendió a las ramas más altas. Escudriñó una vez más el sotobosque cercano, pero no distinguió rastro alguno del felino. Era el momento. Se descolgó sobre una roca húmeda, alrededor de la cual las aguas se precipitaban al vacío. Tocarlo y echar a correr fue una misma cosa. Su corazón se aceleró. Por donde corría el río era extremadamente ancho y su escaso caudal llegaba a la cascada sin demasiada fuerza. Comprendió al ver la gran cantidad de afloramientos rocosos de aspecto desgastado y redondeado, que fuera cual fuera el régimen de lluvias de aquella región, debían hallarse en la estación seca. Era fácil de imaginar aquel mismo paisaje resonando por el estrépito de un caudal mucho mayor, salvando aquel desnivel que intuía debía prolongarse por varios centenares de metros tanto por delante como por detrás de dónde se encontraba. Desde la parte baja de la cascada era imposible determinar, en aquellas aguas casi estancadas e invadidas por la vegetación, la verdadera magnitud de aquel río que en su parte superior mostraba riberas tan alejadas la una de la otra.

Su carrera llegaba a su fin, pero su corazón latía acelerado, no tanto por el esfuerzo como por el temor. Intuía que tal vez el felino hubiera sido más inteligente de lo que él estaba considerando. Bastó una simple mirada sobre el hombro para confirmar sus sospechas. El tigre galopaba en pos de él, creando sendas cortinas de agua cada vez que aterrizaba sobre el lecho del río y tomaba fuerzas para impulsarse de nuevo en un veloz y poderoso salto adelante.

En la ribera se llevó una desagradable sorpresa. El lecho rocoso fue sustituido por un pegajoso lecho de limo en el que sus pies se hundieron torpemente. Justo cuanto más urgencia le apremiaba, más difícil se tornaba el avance. ¿Cuánto tiempo tenía de ventaja? Eran instantes lo que le separaban de la muerte... de una muerte extremadamente desagradable.

Sus músculos se crisparon. Logró avanzar más rápidamente y llegar a terreno seco. Pudo correr entonces entre malezas y arbustos, buscando desesperadamente un posible refugio. Pronto su cuerpo entero se llenó de arañazos y pequeñas heridas en las que ni siquiera reparaba. Sus músculos se hallaban tan tensionados que se sentía capaz de realizar cualquier proeza atlética, pero al menos necesitaba una oportunidad, y por lo que veía, el bosque allí no iba a tener piedad de él.

Finalmente lo vio. Un enorme árbol, de un tronco descomunal del cual nacían ramas que se habían combado por su propio peso. Una de ellas se hallaba relativamente cerca del suelo. Podría alcanzarla de un salto y encaramarse sobre ella. Después buscaría mejor protección trepando hacia lo alto.

Dos metros era lo que le separaba de su salvación cuando un peso descomunal lo desplazó por completo, arrojándolo al suelo. El tigre había dado con él alcanzándolo de un zarpazo. Una herida lacerante en la espalda lo dejó sin aliento. Notaba como la vida se le escapaba con cada espiración. Transcurrió lo que para él fue un tiempo eterno. Caído sobre el suelo, de bruces, pudo ver por el rabillo del ojo como el tigre lo miraba con las fauces abiertas, se encaminaba hacia él para rematarlo y ni siquiera podía moverse. El zarpazo lo había dejado fuera de combate.

Pero inesperadamente el tigre se detuvo. Rugió con fiereza mostrando sus temibles colmillos amarillentos, pero no avanzó, sino que adoptó una postura defensiva. Había algo más... algo que estaba tras de él y que no alcanzaba a ver, pero oía sonidos, pisadas sobre la hojarasca. Algo estaba acercándose y se interponía entre él y el felino. Entonces lo oyó con claridad. Era una voz humana.

Al fin una figura apareció en su campo de visión... Era un hombre, ataviado con un taparrabos, joven, de espaldas anchas, con una melena rizada que ocultaba su rostro. Armado con una antorcha ardiente en una mano y en la otra una lanza, estaba logrando intimidar al animal. El tigre se enfurecía y contraatacó a su defensor, saltando sobre él con las garras extendidas, pero éste se movió increíblemente rápido. No sabría decir cómo, porque la escena escapaba a veces de su campo de visión, apenas podía moverse salvo con un gran esfuerzo y sufriendo un agudo dolor. Cuando divisó de nuevo a los dos contendientes el tigre tenía una herida abierta en su costado por la que manaba sangre. Su aspecto era más fiero si cabe, no cesaba de rugir, se revolvía en la hojarasca embistiendo a su enemigo una y otra vez, pero éste lo esquivaba, o bien por lo bajo, o incluso volteándose por encima de la fiera, y cuando podía, chamuscaba su hocico con la antorcha o intentaba clavar su lanza en su lomo.

El chico tendido en el suelo suspiró mientras se sentía desfallecer. Cerró los ojos. La pelea debía haber terminado porque rugidos y gritos habían cesado. Ya no se oía el murmullo de la hojarasca provocada por el combate. No tenía fuerzas siquiera para abrir los ojos e indagar lo ocurrido. Un alivio enorme recorrió su ser. Era como si después de tanto tiempo en solitario, todos sus miedos, toda la angustia con la que se había acostumbrado a vivir, hubiera desaparecido de golpe, y ante ese descanso comprendiera cuál había sido la magnitud del peso que había acarreado. Pensaba que iba a morir y que todo daba igual.

—Está vivo todavía —dijo una voz, mientras sentía que alguien alzaba su cabeza del suelo, tirando desconsideradamente de su cabellera.

—Tal vez sea uno de ellos... un espía —dijo una voz con timbre femenino.

Durante unos instantes no se oyó sino un leve cuchicheo. Finalmente alguien lo volteó y entonces, fugazmente, vio a un heterogéneo grupo de personas. Pero fue una visión extremadamente breve. Uno de ellos se agachó, y antes de que pudiera decir nada, lo golpeó violentamente en la cara, dejándolo conmocionado. El golpe, junto con la herida en la espalda, por la que se desangraba abundantemente, lo sumieron en

un estado de inconsciencia.

Sus ojos se cerraron. Dejó de percibir cuanto sucedía a su alrededor.

## Capítulo 7

Luck se despertó sintiendo que una terrible resaca le aquejaba. Era extraordinaria la intensidad de la migraña y se sorprendía de que hubiera sido capaz de dormir algo. Aunque pensándolo mejor, se preguntaba si realmente había dormido algo, o incluso más allá de eso, cómo era posible que estuviera tumbado cuan largo era en el dormitorio de su apartamento... si lo último que recordaba era estar en pleno cóctel académico, instándole al profesor Roy a que jugara sus cartas.

Se incorporó sobresaltado. «¡El cóctel!», exclamó para sí, nervioso. Por un momento sintió que aún estaban a tiempo de hacer algo, pero la realidad implicó un duro varapalo para sus aspiraciones. El cóctel había terminado. Estaba en su dormitorio, la luz del mediodía se filtraba por la ventana de la habitación... ¿y qué hacían todos esos cables pegados a su cabeza?... ¿y qué hacía el profesor Logan mirándole fijamente a través de sus gafas?

—¡Profesor Logan! ¿Qué hace usted aquí... en mi habitación? ¿Qué diablos ha pasado?

—Tranquilízate hijo, ya estás despierto y estás bien. Ya sabía yo que no debías haber ingerido la droga con tanta precipitación.

—¿Droga? ¿Qué drogas? Yo jamás he tomado droga alguna.

—Claro que sí. Te serví un vaso de agua con un poderoso sedante a fin de inducir un sueño hipnótico. ¿Eso lo recuerdas no?

Luck se desplomó sobre su catre de nuevo. Sí, recordaba vagamente una conversación extravagante con aquel científico excéntrico. Un profundo desánimo se apoderó de él al verificar la imposibilidad de ejercer algún género de influencia en la velada académica. Su suerte estaba echada.

—¿Qué hace con todos estos cables, profesor Logan? —murmuró abatido. Sentía que la realidad había impuesto un rumbo a su vida contra el cual ya nada podía hacer. Se imaginó al profesor Roy pasándosele en grande con sus conquistas de la noche. La que debía ser la gran velada, la oportunidad para obtener fondos para su proyecto de investigación, habría quedado como un ímprobo esfuerzo destinado a convertirse en una amarga anécdota. Un verdadero fracaso. Sus días en Columbia estaban contados. Su actual beca finalizaba. Ya podía ir haciendo las maletas rumbo a alguna universidad del interior.

—Un electroencefalograma, muchacho. Siguiendo con detalle la evolución de tus sueños. Verás, como te comentaba ayer noche, el maestro Jung quería acceder al inconsciente a través de varios caminos, y uno de ellos, en el que él por cierto no obtuvo demasiados buenos resultados, era el de los sueños y la hipnosis. Me propongo hacer algo meritorio en ese ámbito. Me alegro tanto de su colaboración... Creo que he obtenido interesantes resultados en fase REM. Ahora empieza una etapa verdaderamente fascinante...

—Sí, sí, claro... —Luck empezó a quitarse los sensores de la cabeza, no sin soltar

algún que otro gemido y perder unos cuantos cabellos en el íterin. Necesitaba un café... y después una ducha fría. El malestar se intensificaba con cada palabra del profesor.

—...proseguir el estudio con un amplio interrogatorio tendente a reconstruir los sueños que ha tenido así como realizar la oportuna interpretación... —pero viendo que Luck se incorporaba y abandonaba la habitación dio otro enfoque a sus palabras —. Claro está, cuando tengamos tiempo para ello. No hay prisa, por supuesto.

Estaba vestido con las ropas del cóctel. No recordaba nada de lo sucedido. ¿Se habría desmayado? Pero la pregunta permaneció en el aire sin que pudiera hallar respuesta en sus recuerdos. Según abrió la puerta de su habitación se topó con Marcie, vestida con unos pantalones cortos y una camiseta ajustada. Le sonrió al verle, con una mirada divertida y cómplice a la vez, que logró encender las mejillas de Luck con un leve rubor. Su pelo estaba recogido en una graciosa y chispeante coleta rubia. Se sintió agradablemente sorprendido... y después aún más desconcertado. Más allá charlaban animadamente... ¡el mismísimo profesor Roy y la mujer de la víspera! Al igual que Marcie vestían ropas informales. ¿Cuánto tiempo había pasado durmiendo? ¿Era aquello un sueño surrealista? ¿Qué hacían todos ellos en su apartamento?

—Caramba muchacho, eso es dormir y lo demás son tonterías —exclamó el profesor Roy—. Anda, acércate, quiero presentarte a alguien importante. Luck Wright, Susan Andersson. Luck, Susan es presidenta de una importante fundación empresarial. Va a ser nuestra patrocinadora.

—¡Ah caramba! —Luck sintió como un relámpago de emoción a la vez que una terrible migraña que le hizo contraer el rostro. Se estrecharon la mano mientras Luck comprobaba que era, efectivamente, la atractiva mujer del cóctel y que de día no perdía ni un ápice de dicha cualidad.

—¿Estás bien Luck? —preguntó Susan observando su mueca de dolor.

—Sí, ...yo estoy bien... —balbuceó—. Mi cabeza... Creo que es esa maldita droga...

El profesor Roy lo miró con severidad y lo llevó en volandas a la cocina, mientras decía en voz alta que iba a prepararle un café.

—Mira chico. Ignoro si consumes... —le cuchicheó mientras preparaba la cafetera— lo que sea, pero te aseguro que eso de airearlo en público delante de la persona que va a financiar nuestro proyecto es una mala idea. Si persistes en esa actitud me buscaré a otro. No me gusta trabajar con... «fumetas», me entiendes, ¿no? Y que conste que me caes bien, muchacho. Te tenía por alguien más serio, la verdad.

Le dio dos contundentes palmotazos en la espalda y se dirigió, puro nervio, a saludar al profesor Logan, que salía de la habitación de Luck cargando con su portátil y un montón de utensilios que había utilizado en el electro.

Luck se sentía completamente desconcertado. «Tenemos dinero... tengo dinero para mi proyecto», pensaba anonadado mientras esperaba a que la infusión estuviera lista. El sentimiento de dicha debería ser completo, pero un intensísimo dolor de



cabeza se lo impedía. Sí, tomaría un café y algún analgésico para aliviar aquel horror e intentar disfrutar del momento.

Una vez tomó la primera taza, y sopesando que había muchas incógnitas en el aire, viendo el heterogéneo grupo de gente apretujada en su pequeño salón comedor, decidió tomarse un segundo café bien cargado. Después se dirigió hacia el grupo, dispuesto a integrarse en la conversación, fuera cual fuera. Observó extrañado que junto a la puerta que daba a las escaleras había varias maletas y bultos de viaje. No eran suyos.

Se sentó en el único hueco del sillón que quedaba libre, Marcie a un lado y Susan al otro. Sorbió un poco de café y confió que el analgésico hiciera efecto cuanto antes. Samuel y Hugh conversaban en susurros, como si planearan una conspiración, y le observaban de reojo de vez en cuando, en tanto que Marcie y Susan hojeaban un par de revistas, aparentemente de viajes. Se veían fotos de impresionantes yates, estampas marinas y playas salvajes.

—Pero Luck... ¿no sabes que estamos esperando por ti? —El profesor Roy le interpeló con aire ofendido al observar el aire disipado de su expresión y de cómo se recostaba en su sillón con afán de relajarse.

—¿Por mí? —preguntó absolutamente perplejo.

—Claro... ¿por qué crees que hemos venido todos a tu apartamento? ¿A despertarte de tus sueños y darte los buenos días a estas horas del mediodía? ¡No! — el profesor Roy lo miraba casi amenazador. Luck sentía que el café empezaba a hacer efecto. O era eso o se trataba del tono imperativo del académico lo que le estaba espabilando—. Estamos esperando por ti, ¡para irnos! ¿No tenías un proyecto entre manos? ¿Un viaje? ¿Una investigación? ¿Recuerdas? ¿O es que acaso los... «cigarrillos» que fumas te hacen perder el contacto con la realidad?

Luck se levantó del asiento azorado y terminó el café de un trago. ¿Emprender el viaje, ahora, ya? Pero miró de hito en hito a los presentes y finalizó su mirada escrutadora en la pila de maletas y bultos.

—Sí, sí... claro —musitó.

Se metió en su cuarto con una sensación de agobio. ¿Hacer su mochila de viaje en unos minutos? Pero... ni siquiera habían estudiado el viaje a fondo. Claro está que primero tenían que llegar a Perú y allí... bien, teniendo dinero y un buen patrocinio todas las puertas se abrirían. Contratarían guías, vehículos... a fin de adentrarse en la profunda y recóndita amazonia peruana. Él siempre había sido meticuloso. Pensaba organizar la expedición para contactar con los isconahuas con un año de anticipación. Hacían falta permisos oficiales para ello. Claro, sin tener un patrocinador era algo que ni se había molestado en preparar... y ahora, de un día para otro emprendía la aventura. Sonrió. Después su rostro se volvió bruscamente serio.

Abrió la puerta de su habitación y se dirigió al grupo, con voz un tanto confundida.

—Pero... ¿no habría que vacunarse para este viaje?

Tanto Marcie como Susan rieron por su pregunta. El profesor Roy también sonriente le respondió.

—Qué guasón estás esta mañana. Venga Luck, prepara el equipaje y no nos hagas perder más tiempo. Tenemos un *jet* privado en el aeropuerto, cortesía de la Fundación Leonard Hope, esperando por nosotros.

Luck se introdujo en la habitación enarcando las cejas. Tenía la impresión de que algo se le escapaba. Aún no había hecho las preguntas correctas. Pero antes de que pudiera aclarar sus ideas el profesor Roy se metió en la habitación entornando la puerta tras de sí y se dirigió a él en tono confidencial, apoyando su fornido brazo sobre el hombro y parte de la espalda de Luck.

—¿Qué tal Luck? ¿No te dije que conseguiría los fondos para nuestro proyecto de investigación? Tenemos a un promontorio empresarial de enfoque cristiano baptista a punto para darnos un espléndido empujón. ¿No te parece maravilloso? —cuchicheó.

A Luck no le gustó mucho eso de «nuestro». Siempre había pensado que era «su» proyecto y que el profesor Roy era el que lo supervisaba.

—Pero es que nos vamos de viaje a un lugar que...

—No te preocupes por vacunas ni por chorradas ahora. Tenemos los motores calientes, vive el momento. Así empiezan las mejores aventuras, Luck. Espero que no seas esos timoratos universitarios, ratones de biblioteca, incapaces de recorrer el ancho mundo y ver con sus propios ojos la naturaleza de las cosas. Lo que todo buen científico ha de hacer. ¿Eh? ¿Qué me dices?

Luck se abismó en la mirada chispeante y cargada de vitalidad de aquel hombre. «Cualquiera le dice otra cosa ahora», pensó.

—No, por supuesto profesor Roy —musitó. Sentía la boca tan seca como el desierto del Gobi.

—Muy bien. Sabía que no me había equivocado contigo. Y además... he conseguido que la muchacha que te gusta se embarque con nosotros. —El doctor le guiñó el ojo al más puro estilo de pícaro buhonero.

El profesor ya abandonaba la habitación, pero se volvió en un último instante.

—Por cierto, tenemos cinco minutos para salir... ¡Y llámame Sam!

\* \* \*

Un taxi enorme cargó con ellos y puso rumbo al JFK. Luck seguía sintiendo en su cabeza un barullo de emociones. No cabía de gozo ante la perspectiva de ver salvada su carrera y sobre todo porque tantos meses de esfuerzo, de trabajo preliminar comprendiendo las diversas etnias y culturas amazónicas, no iban a caer en saco roto. Tanto estudio, tanta concentración sin fin en aquella materia inacabable había logrado que hasta soñara obsesivamente con aquellas selvas y aquellos pueblos aislados, tal había sido la magnitud de su obsesión. Poder realizar aquel viaje le permitía suspirar aliviado porque no sólo podría completar sus estudios, sino mantener su beca uno o

dos años más, algo que debía hablar con el profesor Roy en cuanto tuviera un momento de intimidad con él. Pero por otro lado aquel ritmo trepidante, aquel viaje improvisado en el que se sumaban personas que nada tenían que ver con él, le resultaba contradictorio. Porque no había ninguna duda. Tanto Susan como Marcie llevaban su equipaje de mano, bastante abultado, con lo que era evidente que iban a participar en aquella expedición. Ignoraba las dotes de persuasión del profesor Roy, pero sin duda debían ser extraordinarias. Y aún le sorprendía más, muchísimo más, la participación del extravagante profesor Logan. No se imaginaba a aquel académico próximo a la jubilación traqueteando por las selvas de la amazonia. Haciendo un supremo esfuerzo de fe logró acallar sus dudas pensando que el profesor Roy sabía lo que hacía. Él había estado ya en sitios mucho peores...

Lo que sí estaba casi seguro de haber leído es que para viajar a aquellos lares era necesaria la vacunación preventiva de una serie de enfermedades; hepatitis, fiebre tifoidea, fiebre amarilla... Aquello le preocupaba un tanto. Confiaba en que tal cosa pudiera hacerse en Lima. No creía que el profesor Roy consintiera en exponerles a todos ellos a semejantes peligros. En cuanto a organización el profesor Roy dejaba mucho que desear.

Un pequeño reactor aguardaba la llegada de científicos y patrocinadora. Apenas habían hablado en el trayecto. El profesor Logan había ocupado gran parte del tiempo hablando de su admirado Gustav Jung y Sammel Roy había estado entretenido con su móvil. Susan miraba distraída por la ventanilla y Luck se esforzaba por no enrojecer demasiado cada vez que su mirada se cruzaba con la de Marcie, que sonreía verdaderamente encantada con aquella precipitada marcha.

Se acomodaron en la carlinga del avión. Lujosa y cómoda, Luck se percató que nunca había viajado en un vehículo tan confortable. Se sentía importante. Realmente la capacidad de persuasión del profesor Roy causaba su más completa admiración. Frente a él, el asiento fue ocupado para su entera insatisfacción por el profesor Logan, que mantenía una actitud ávida sobre él.

—Espero que durante el viaje podamos mantener una interesante conversación sobre sus sueños, señor Wright.

Luck le miró perplejo. Aquella insistencia empezaba a resultar cansina.

—¿Mis sueños, profesor Logan? —Luck se estaba convenciendo de que era necesario liquidar ese tema de una vez. Existía un malentendido que aspiraba a resolver, porque el profesor en cuestión empezaba a ser molesto. Además, el viaje habría resultado infinitamente más gratificante si hubiera sido Marcie la que se hubiera sentado frente a él. Sam y Susan estaban sentados el uno frente al otro en la otra parte de la carlinga mientras que Marcie había quedado descolgada sin compañía en una pareja de asientos, más al fondo, que sólo ocupaba ella.

—Verá profesor Logan, lo cierto es que no entiendo el sentido de su investigación. Creo que aborda campos completamente diferentes al que me ocupa y, sinceramente, creo que poco puedo hacer...

—No sea usted humilde, mi joven discípulo. El profesor Roy me comentó lo fascinado que estaba usted por el estudio del subconsciente, más aún teniendo en cuenta los antecedentes familiares.

—¿Antecedentes familiares?

—Sí, por supuesto, creo que me explicó que había varios casos de paranoia además de...

El rugido de los motores durante el despegue impidió a Luck escuchar con claridad las palabras del profesor, pero creyó entender algo de bipolaridad y esquizofrenia. Miró alarmado al profesor Roy. ¿Pero qué clase de malentendido era aquél? No tenía antecedentes de ninguna clase de enfermedad mental en su familia. Sus miradas se cruzaron casualmente, y el profesor Roy, que no era tonto, comprendió el género de problema que estaba teniendo su discípulo. Le sonrió ampliamente y le indicó que tuviera calma. Luck creyó entender, por el movimiento de los labios, que le dijo algo así como «Aguanta el rollo. Después te explico».

No le gustaba a Luck el cariz que tomaba aquella conversación, pero decidió dar una oportunidad a su mentor. A fin de cuentas, allí estaban, camino de la Amazonia.

—Así pues el mundo de los sueños nos abre las puertas al mundo del inconsciente, todo un universo, mi querido amigo, donde reside un potencial oculto y al que desgraciadamente no podemos acceder. Y esto resultaría extraordinariamente importante, no sólo por la cura de enfermedades psicológicas, sino también por las cualidades intelectivas que ese tesoro nos podría brindar.

Luck asentía más aburrido que interesado. El profesor Logan era un apasionado de Jung, de la psicología, del inconsciente colectivo y de los arquetipos psicológicos. Le había brindado una clase magistral sin él pretenderlo, y sólo el servicio de *catering* había permitido descansar un poco de semejante charla, que después de un larguísimo rodeo, volvía a retomar el tema inicial.

—Por ello es extraordinariamente importante que recuerde el sueño que tuvo cuando lo hipnoticé en el cóctel y se durmió, inducido por el poderoso sedante que le administré. Ese sueño nos permitiría adentrarnos en su inconsciente y descubrir cuál es su verdadero mito.

—¿Mi mito? —preguntó Luck desconcertado. Él no ansiaba conocer ningún mito, ni personal ni ajeno.

—Sí, su mito, su verdadera fe, podríamos decir. Todo hombre mantiene un mito en su subconsciente. Es congénito, primitivo, ancestral. Jung tenía identificado diferentes arquetipos...

—Pero perdone doctor. No nos perdamos en divagaciones. Verá... lo cierto es que no recuerdo ningún sueño. Simplemente iba a decir algo cuando me encontraba con usted..., y lo siguiente que recuerdo es despertar en mi cama.

—Pero tuvo una fase REM muy intensa y muy larga. Forzosamente ha tenido que soñar algo... Tal vez si le hipnotizara de nuevo...

Luck se alarmó. Otra experiencia rara como la de la del cóctel le resultaba del

todo indeseable.

—Muchacho, necesito consultarte algo inmediatamente. —Era el profesor Roy el que acudía en su auxilio—. Ven a mi despacho. Disculpa Hugh.

El profesor Roy lo llevó a la parte delantera de la carlinga y se sentaron en sendos asientos contiguos.

—Necesitamos a Hugh, Luck. Tengo una corazonada y en ella los conocimientos de neurología e inconsciente del profesor Logan son inigualables.

Luck agitó la cabeza, contrariado, y repuso cuando el profesor Roy dejó de insistir en la importancia del profesor Logan en el grupo.

—Pero... sinceramente, no sé si ha llegado a leer algo de mi extensa tesis. Sé que es un borrador, pero no sé qué tiene de interés el subconsciente con las tribus de la amazonia peruana. De acuerdo que son pueblos que en muchos casos no han tenido contacto con la civilización... pero ¿estudiar su subconsciente? Creo que existen aspectos mucho más interesantes para abordar. Culturales, sociales...

—Luck, Luck... —el profesor Roy interrumpía a Luck que hablaba precipitadamente. Estaba un tanto alarmado por no entender la fijación del profesor Logan con él—. Verás. Le necesitamos, aunque ahora no lo comprendas.

Ambos se miraron de hito en hito. Luck quería entender el punto de vista de su mentor, pero no lo conseguía.

—Pero en la Amazonia...

—Luck...

—¿Sí?

—No vamos a la Amazonia.

—¿No? —Luck murmuró, más que preguntó. El doctor le reprendió.

—No, no vamos a la Amazonia. Tenemos algo infinitamente más interesante que nos capultará a la fama y al éxito... académico.

—Pero mi tesis... tengo casi mil páginas redactadas...

—Luck, nadie se leerá jamás esas casi mil páginas. No tienen demasiado interés.

—Pero... pero...

—Luck. ¿Recuerdas algo de mi conferencia de ayer? —Luck asintió compungido—. Un par de semanas antes recibí un aviso. Un aviso que es toda una premonición... porque todo cuadra. De hecho eso motivó que cambiara un tanto el tema principal de la conferencia. Y créeme, como te digo, todo cuadra.

—Todo cuadra —repitió desconsolado el becario.

—Todo cuadra, Luck. Escucha. —La mirada de Samuel Roy se encendió. Luck temía esa mirada febril, resultaba contagiosa, aunque se daba cuenta que en esta ocasión iba a estar completamente inmunizado respecto a la misma. El doctor bajó el volumen de su voz, como si estuviera confesando un secreto de estado—. Hace unos días recibí una llamada, Luck, una llamada... que procedía de la CDC, ya sabes, Centers of Disease Control and Prevention, por si no lo sabes. Era Raymond... bueno, no lo conoces, pero es un buen colega. Hace años que tengo contactos en

diferentes organismos públicos del país, esperando algún tipo de señal que coincida con lo que estoy esperando, Luck, el despertar.

—¿El despertar?

—El despertar, sí, de una nueva especie. Fue a raíz de un seminario muy creativo que impartí en Acapulco hace ahora una década. Realmente lo pasamos muy bien... —el semblante distendido del doctor demostraba que se estaba entreteniéndolo en recuerdos satisfactorios pero que no iba a compartir. Luck aguardó paciente a que el *flashback* finalizara—. Era un ejercicio muy imaginativo, pero me resultó inspirador. El caso es que establecimos protocolos... alarmas que saltarían si «el despertar» tuviera lugar en nuestro tiempo. Ya en aquel entonces yo tenía en mente mi teoría de la «evolución explosiva». Así que aguardaba a que en alguna tribu aislada, en algún recóndito lugar del mundo, pasara algo relativamente anormal, algo que pudiera hacer saltar alguna pequeña alarma en algún organismo oficial nacional. Por ello acordé determinados protocolos, aunque, sinceramente, nunca pensé que llegaran a funcionar. Y para mi sorpresa... algo ha disparado una de esas alarmas en un apartado rincón del mundo... y además ¡Eureka!

—¿Eureka?

—Sí, todo cuadra, muchacho. Nunca lo había visto así, pero... es un lugar perfecto porque todo apunta a que esta vez sí que vamos a acertar de pleno.

—¿Y ese lugar es? —Luck no estaba seguro del todo de querer saberlo. Estaba comprendiendo que era un simple peón en manos de un jugador impulsivo que jamás iba a atender a otras razones que no fueran las suyas propias.

—Las Bermudas, por supuesto.

Luck suspiró. Dijo adiós mentalmente a sus desconocidos isconahuas. Ni siquiera quedaba cerca. Ni siquiera estaba en el continente sudamericano. Tal vez en otra tesis posterior... Había sido derrotado con todas las de la ley. Mil páginas, casi, a la papelera.

—Aún así sigo sin comprender qué papel juega el profesor Logan en todo esto, señor.

—Llámame Sam, por favor. Haces que me sienta hasta respetable —protestó el profesor—. Verás Luck, de momento te aseguro que lo necesitamos. No me atrevo a prescindir de él. Estoy convencido que si existe una nueva especie humana, él va a tener mucho que contarnos.

—Sí, profesor pero...

—Sam.

—Está bien, Sam. El caso es que me está pidiendo que le cuente un sueño del que no recuerdo absolutamente nada. —Luck se daba cuenta que al plantear esa cuestión estaba claudicando definitivamente en sus pretensiones. Pero, ¿qué podía hacer ya?

—Bueno, cuéntale algún otro sueño que hayas tenido...

—Últimamente he tenido sueños con los isconahuas, en la selva amazónica. —El profesor Roy lo miró perplejo—. Estaba tan ilusionado con ese viaje de investigación

y había dedicado tanto tiempo al estudio y recopilación de datos que... —explicó Luck un tanto avergonzado.

Ambos asintieron en silencio.

—Muy bien Luck. El profesor Logan quiere conocer tus sueños, ¿no? Pues cuéntale lo que puñetas hayas soñado con los isconautas esos. No lo olvides, ¡lo necesitamos!

Luck suspiró mientras el profesor Roy volvía a su asiento. Oyó que por el camino pedía un *whisky* a la azafata. El haría otro tanto. Lo iba a necesitar si quería que sus sueños inconexos, raros y medio olvidados, tuvieran cierta consistencia y un mínimo argumento.

## Capítulo 8

El Rosewood Tucker's Point era mucho más de lo que Luck habría imaginado en sus más aventuradas ilusiones. Un complejo hotelero destinado al descanso y al relax, en el que habían dispuesto una lujosa *suite* para su uso exclusivo. La lista de servicios disponibles era inmensa pero lo que quizás más le sorprendió fue enterarse de que contaban con campo de golf, ya que cuando efectuaban el registro, oyó como el profesor Roy y la señorita Andersson abonaban dos *green fees* para primera hora del día siguiente. Aquella ausencia de disciplina invitaba a pensar que se encontraban de vacaciones más que de trabajo. Luck se sentía extraordinariamente incómodo y desilusionado. Estaba mentalizado para un trabajo intensivo en plena jungla, no para un relax dominguero de alto *standing* como el que intuía.

—Mañana serás mi *caddie*, y Marcie hará los honores a Susan, —le comentó el profesor Roy por lo bajo—. Así podremos dar un espléndido paseo matutino que aprovecharemos para tener la primera reunión informal en relación al tema que nos ocupa. He decirte que he logrado picar la curiosidad de Susan, aunque es terriblemente escéptica en relación a mi teoría. Aún así creo que tiene ganas de pasárselo bien. —Concluyó propinando un codazo a un Luck que no se lo esperaba.

La habitación de la que disponía, estilo victoriano, muy rococó, hasta el extremo de resultar cursi, era, eso sí, de un lujo exquisito. Pensó en hacer fotos y enviárselas a sus colegas de Columbia, y también a un par de amigos... pero consideró que muy probablemente se vería envuelto en una serie de explicaciones sobre un sin fin de cuestiones embarazosas. La primera de ellas aclarar el asunto de por qué no estaba en su cacareadísimo viaje a la amazonia, aquella aventura de la que había hablado hasta por los codos en los meses previos. La segunda, asumir lo que muchos ya le habían advertido, el profesor Roy no era una cabalgadura fácil de montar. Reconocer que se había dejado arrastrar a las Bermudas en vez de plantarse en el Amazonas, sin prácticamente oposición, iba a servir para que más de uno le dijera un «ya te lo advertí» que Luck no estaba dispuesto a escuchar. Al menos de momento, su humor taciturno, no lo consentía. Y tercera razón, por si fuera poco, más que un viaje de trabajo aquellas instalaciones hablaban de una bacanal suntuosa y desenfrenada. Sin duda daría mucho que hablar a todo el profesorado de la universidad, además de que la maltrecha reputación académica del profesor Roy se extendería cual mancha de grasa sobre su propio currículum. No, era preferible mantener aquel viaje y aquellas circunstancias en un absoluto anonimato. Bien era cierto que todo estaba costado con fondos privados y que la Universidad poco tenía que opinar al respecto, pero evidentemente, todo parecía salirse de los cauces ortodoxos que una tesis doctoral imponía.

«Sí», se dijo Luck acostado en la mullida cama de su habitación mientras se deleitaba en la espléndida vista del atardecer sobre la bahía de las Bermudas, «esto lo vamos a mantener en secreto».



\* \* \*

Lo que no esperaba Luck es que lo despertaran casi de madrugada. Al parecer el profesor Roy había dispuesto que recepción avisara al grupo tan pronto estuviera disponible el servicio de desayuno porque, según se enteró después, la única manera de adquirir *green fees* era a muy temprana hora de la mañana. Habían sido los únicos en desayunar en un espléndido salón comedor y apenas habían intercambiado palabra. El apetito tanto del profesor Roy como de Susan Andersson demostró ser a prueba de bomba, no así el de Luck, que apenas tomó un amargo *expresso*. Marcie llegó justo a tiempo de tomarse un par de vasos de jugo de naranja y comunicar, sonriente, que había estado corriendo cuarenta minutos como tenía por costumbre. El sol apenas había despuntado en el horizonte cuando ya se emplazaban en el *tee* de salida.

—Luke, el *driver*, por favor.

Luke miró atónito su enorme saca de palos de golf con aire de esperar una súbita inspiración. Para él aquello era territorio desconocido.

—Madera uno —repitió paciente el veterano.

Luke distinguió algo así como tres palos que terminaban en una cabeza de madera. Alargó uno al azar, pero el profesor lo desechó y tomó otro como si hubiera sido el propio Luke el que se lo hubiera alcanzado.

Susan inició el recorrido con un golpe soberbio, según confirmó Samuel Roy. A Luke se le antojó que a él le resultaría por completo imposible desarrollar semejante habilidad. Recordó sus escasas incursiones en el terreno del minigolf con sus compañeros de estudio... Sonrió.

La bola alcanzó el centro de la calle y trotó alegremente hasta perderse de vista.

Por su parte el doctor no estuvo menos acertado, un golpe potente que también se perdió en la lejanía, bien centrado.

—Bien damas y caballeros. Iniciemos nuestra jornada. —Y mientras paseaban al encuentro de las bolas, pues habían prescindido de los carritos de golf para moverse por las calles, Samuel Roy inició sus explicaciones—. Aún no saben con exactitud qué es lo que nos ha traído hasta aquí, y cuáles son las conjeturas que me llevan a mirar a las Bermudas con una atención especial. —El profesor Roy andaba con desenfado y el aire de un distinguido lord inglés, vestido especialmente para la ocasión con pantalón a cuadros, polo y chaleco de punto. Otro tanto había hecho Susan, que lucía unos elegantes pantalones blancos y una blusa a cuadros. Tanto Marcie como él, con vaqueros y camiseta, parecían absolutamente fuera de lugar en aquellos verdes prados que recordaban a la campiña inglesa.

—El señor Raymond Floyd es investigador en el CDC, Druid Hills, Georgia. Es uno de los contactos a los que tenía advertido, desde hacía años, para que me avisara en caso de tener noticia de cualquier género de singularidad médica, por muy leve o

insignificante que ésta fuera, que se produjera, eso sí, en algún lugar remoto o de difícil acceso de los cinco continentes. Las instrucciones a ese respecto eran precisas. —El profesor dio entonces una palmada, explicitando su emoción y prosiguió—. Hace escasas semanas me llegó un aviso por su parte. Una extraña dolencia afectaba a los adolescentes de Bermudas, no en un número significativo, porque son pocos casos, desde luego. Se trata de una patología epidemiológica singular, porque por un lado no se trata de una enfermedad contagiosa, no se han detectado agentes transmisores de ningún género, al menos de momento, y tampoco tiene efectos secundarios para la salud una vez concluye el periodo de convalecencia. De hecho no ha generado ningún tipo de alerta entre la comunidad médica, pero mi buen amigo recordó que yo estaba a la caza de singularidades, y... afortunadamente me avisó.

El profesor Roy se detuvo a valorar la dirección y fuerza del viento arrojando unas briznas de hierba al aire. Todos le esperaron, expectantes por su explicación.

—Bien, la dolencia consiste en un proceso febril que provoca ligeras hemorragias en oídos y nariz y poco más. En una semana concluyen todos los síntomas y el proceso patológico termina. Los adolescentes afectados se reintegran a su vida normal sin que se deban registrar ulteriores secuelas. El CDC tuvo constancia de este proceso debido a que en ocasiones puntuales los pacientes pierden la consciencia durante más de veinticuatro horas y es necesario administrarles suero. Esto sucede durante la etapa crítica de esta patología. Una vez superada, la fiebre remite y en dos días están de vuelta en sus hogares.

Luke se sentía impaciente por preguntar.

—Pero doctor... ¿Y eso qué tiene que ver con...?

—Hierro dos, Luke.

Luke se afanó en buscar el palo en cuestión mientras hervía interiormente. Opinaba que era una conjetura pueril inferir de aquel proceso una prueba de la teoría de la evolución súbita. Se sentía demasiado defraudado por la cancelación de su proyecto y su sustitución por aquel otro para no mostrar una actitud un tanto crítica al mismo, casi hostil. Samuel Roy esperó paciente a que su pupilo diera con el palo mientras miraba en lontananza la loma donde se erguía la bandera del *green*.

—Ajá, muchacho, vas mejorando. Y ahora observa y aprende.

Luke se mordió la lengua. Tampoco pudo hablar de nuevo hasta que Susan golpeó unos minutos más tarde su propia bola. Ambos se comportaban como espléndidos jugadores. Habían dejado sus respectivas bolas cerca del *green*, aunque la de Samuel Roy se encontraba más escorada y un árbol de ancha copa le impedía apuntar directamente a la bandera.

—Bien, ¿dónde estábamos? —prosiguió el doctor una vez reiniciaron la marcha—. Sí. El proceso epidemiológico. Quiero subrayar que se trata de un proceso, no una enfermedad, dado que no existen agentes patógenos detectados. Este hecho es precisamente el que ha provocado la indiferencia de la comunidad médica. Si no hay enfermedad... ¿para qué intervenir? Sin embargo, para alguien como yo que está

buscando pautas de evolución... ese proceso puede ser una señal interesante. Y os explicó por qué. —El doctor hizo una pausa en su explicación. Todos paseaban lentamente, pendientes de sus palabras—. No sé si saben pero... cuando un ser humano viene al mundo, un órgano tan crucial como es el cerebro aún no ha alcanzado su desarrollo pleno. De hecho, el cerebro, como órgano, no deja de conformarse durante muchos años... aproximadamente hasta la cuarentena su crecimiento no se detiene, incluso hay indicios de que el desarrollo de redes sinápticas neuronales no finaliza nunca, según muchos autores. ¡El cerebro! A fin de cuentas si existe un órgano que sea capaz de producir un rasgo distintivo en las distintas especies de homínidos, es éste, ¿no? A estas alturas otras variables que harían de cualquier otra especie una cualidad ganadora, como una mejor visión, mayor fuerza bruta, o el camuflaje, son obviamente ridículas para nuestra especie dado el constante progreso tecnológico con el que convivimos y que dejan obsoletas todas esas cualidades exclusivamente físicas. Sin embargo el cerebro ofrece campos de expansión con los que la mejor tecnología no puede ni soñar.

Todos asintieron.

—En el cerebro reside la inteligencia. Obviamente todos pensamos que la inteligencia es la clave. Si el hombre evolucionara, debería ser mucho más inteligente. Comprendo que es una deducción fácil, me atrevería casi a decir que incluso vulgar. Sin embargo la historia nos dice que no necesariamente es una cuestión de inteligencia, ni siquiera de mayor capacidad craneal. Ya recordé que los neandertales tenían mayor capacidad cerebral que nosotros, y ya ven con qué resultado. No, existen cualidades más interesantes como el carisma, la inteligencia emocional, podríamos decir, que deben tenerse en cuenta. A menudo individuos muy inteligentes resultan poco sociables o no obtienen el éxito evolutivo. El triunfo social lo es todo en nuestro mundo. Consideramos la inteligencia bruta como el gran logro de la evolución del género homo... y ¡no!, damas y caballeros, no es así. Y ahora Luck, si me permites un hierro ocho...

De nuevo una pausa en la explicación. Ambos jugadores golpearon sus respectivas bolas. Susan con una habilidad prodigiosa dejó la bola clavada en el centro del green. Samuel Roy sin embargo vio como la suya pasaba de largo del green, y trotaba loma abajo, unos metros más allá.

Estuvo con cara de pocos amigos y concentrado en la faena hasta que finalizó el hoyo. Susan había hecho el par del campo y él firmaba un *bogey*.

Iniciaron la marcha al segundo *tee*. Después de sendos drives el profesor retomó el hilo. Luke había optado por callar prudentemente, pero acumulaba un arsenal de preguntas no exentas de cierta ironía e incredulidad.

—Sí, la cuestión no es la inteligencia bruta. Es muy posible que mi discípulo, por ejemplo, sea mucho más inteligente que yo... y sin embargo... —el profesor Roy se rió burlón por su propia broma y el mismo Luck se vio obligado a sonreírle—. El caso es que la historia reciente del siglo xx nos muestra infinidad de líderes que no

eran especialmente inteligentes, pero desarrollaron cualidades carismáticas de dominio sobre el resto de sus conciudadanos que bien podríamos pensar en ellos como en apuntes de lo que podría ser un *homo sapiens* evolucionado. Pero no. Si observamos la evolución propiamente dicha vemos que tras la vida simple surge la vida compleja, y más tarde aparecen las primeras formas de inteligencia, que cada vez se hacen más y más sofisticadas hasta que... surge la chispa de la consciencia. Algo que nos hace completamente diferente al resto de los seres vivos que cuentan con lo que podríamos denominar un cerebro inteligente. La consciencia es un rasgo evolutivo aún más importante que la mismísima inteligencia. Se trata de una cualidad distinta, de un orden superior.

—Pero profesor... —terció Luck, pero el profesor chistó.

—Sí, y yo sostengo que el rango en el que se va a producir el siguiente paso evolutivo será cuando nuestra capacidad consciente rebase a nuestra capacidad inconsciente. Si han escuchado al profesor Logan con tanta atención como mi discípulo el señor Wright, sabrán ya que el inconsciente abarca una gran parte de la actividad cerebral, pero que enterrada en la oscuridad de nuestra mente, desconocemos por completo su potencial. En palabras del propio Hugh, la consciencia es un breve destello de la luz de la inconsciencia que escapa por una rendija de nuestra mente. Bajo esta perspectiva vemos como la evolución no es sino un devenir de la inconsciencia absoluta, los primitivos seres vivos, a la consciencia parcial, que sería la nuestra, y culmina en la plena consciencia, que es lo que yo me propongo descubrir, damas y caballeros. Y si nos atenemos a los hechos hay dos circunstancias en esta isla que me llaman mucho la atención... Pero señorita Andersson, le toca a usted golpear. Su bola es la más alejada del *green*.

De nuevo ambos jugadores hicieron gala de su habilidad, pero esta vez la fortuna estuvo del lado del caballero, que dejó su bola a los pies del *green* mientras que la de Susan terminó en un bunker, en su parte más profunda. Afrontó esa fatalidad con una espléndida sonrisa.

Luke estaba deseoso de contraargumentar al profesor. Se sentía un tanto violento por cómo había sido desbancado su estudio y todo lo que argüía el profesor se le antojaba inverosímil, un santo grial en el que se podían perder muchos fondos y un montón de tiempo, sin descubrir absolutamente nada.

—¿Cuáles son esas circunstancias excepcionales, Sam, que te llevan a fijarte en este bello lugar como cuna de una nueva especie? —preguntó sin embargo Susan, mientras se encaminaban hacia el *green*.

—Bien, la primera es sin duda ese extraño proceso. Creo que tiene que ver con una fase de evolución cerebral significativamente diferente al nuestro.

—¿En plena adolescencia?

—¿Por qué no? El cerebro aún sigue creciendo incluso en el caso del *homo sapiens*. Sería lógico pensar que lo hace aún con mayor intensidad en una especie superior.

Susan asintió y volvió a preguntar.

—¿Y la segunda?

—La segunda... bien, es un hecho en el cual no había reparado hasta la fecha. He viajado por medio planeta recogiendo muestras de ADN de las tribus más remotas, la mayoría viviendo al margen de la civilización, sin encontrar nada. Y de repente venimos aquí, a las Bermudas, una de las regiones del planeta con mayor renta per cápita mundial... eso ya de por sí es un buen indicio de la existencia de alguna clase de superioridad evolutiva, ¿no creen?

\* \* \*

Almorzaron en el hotel. En esta ocasión Luck intentó vestirse más elegantemente a fin de estar a la altura del profesor. Marcie apareció de nuevo muy informal y a Luck se le derretía el semblante en una sonrisa cada vez que cruzaba la mirada con ella, aunque le resultaba casi imposible articular una conversación coherente con la becaria. El doctor llevaba pantalones y camisa de lino y Susan Anderson lucía un vestido veraniego estampado y el pelo ligeramente echado hacia un lado. El profesor Logan había almorzado según su costumbre a una hora mucho más temprana. Habían quedado con él para departir sobre la visita al hospital, concertada para la tarde, cuando estuvieran de regreso.

—Brindo por su excelente partido, Sam, aunque tengo mis sospechas de que se ha dejado ganar... ignoro el motivo de ello, o tal vez prefiero ni pensar en ello. —Los ojos de la mujer se entrecerraron en una sonrisa cómplice y todos brindaron alegres.

Durante la comida se dedicaron a comentar las incidencias del partido y tanto Sam como Susan demostraron tener una gran habilidad para reinterpretar las lides del duelo que hicieron reír a Luck y Marcie. Por un largo rato a todos se les fue de la cabeza lo que les había llevado a aquel alejado archipiélago atlántico.

—¿Sabéis que las Bermudas deben su nombre al capitán de navío que las descubrió? —Todos se mostraron sorprendidos por el comentario de Samuel Roy. Estaban tomando un café, una vez concluida la comida, y llegaba el momento de abordar de nuevo cuestiones de trabajo.— Juan Bermúdez. Las reclamó para España, pero nunca desembarcaron ni tomaron posesión real del archipiélago. Sólo un siglo después los británicos pusieron su bandera en estas tierras debido a un naufragio. Curioso, ¿verdad? Más de la mitad de la población es de raza negra, seguramente descendiente de los esclavos que eran importados durante los siglos diecisiete y dieciocho... Y la principal fuente de riqueza actual de estas islas reside en multinacionales de los seguros, así como el turismo de lujo, como podéis observar.

—Y es esa riqueza de la que hablaba esta mañana es el claro indicio para ti de que se trata de un territorio donde se ha producido lo que denominas una «evolución explosiva». —A Luck le habría gustado ser más fulgurante en su planteamiento. No acababa de ver claro la intuición del profesor, pero con el estómago lleno y después

de una divertida tertulia, resultaba difícil adquirir el tono impertinente que había reprimido durante el partido de golf.

—No olvides Luck el asunto médico que nos ha conducido hasta aquí. De hecho... estaría dispuesto a apostar algo a que tengo razón. ¿Qué te parecen mil dólares?

Luck, que en ese momento se llevaba la taza de café a la boca se atragantó y parte del contenido de la taza fue a parar al mantel y a sus pantalones. Las mujeres rieron la situación con regocijo, mientras Luck se sentía como un perfecto provinciano al que tomaban el pelo. Su sonrisa de normalidad no logró disimular que era forzada, lo cual propició aún más la hilaridad de sus compañeros.

Finalmente las mujeres optaron por ir a descansar a sus respectivas habitaciones. Quedaron en una hora y media en la recepción del hotel para partir rumbo al King Edward Memorial Hospital, donde tenían cita con el doctor Rose, que trataba a los pacientes aquejados por los extraños síntomas.

Luck se disponía a levantarse de su asiento cuando Sam lo frenó y lo obligó a quedarse junto a él.

—No suelo ser amigo de fumar, pero en esta espléndida ocasión me apetece un puro. Espero que me hagas compañía.

Luck leyó entrelíneas. El profesor quería que se quedara junto a él. No iba a fingir que lo hacía de buena gana. Samuel Roy realizó el ceremonial del corte del habano poniendo los cinco sentidos. Una vez hecho contempló su obra satisfecho. Encendió el habano con parsimonia, haciendo girar el cigarro y observando el resultado a cada momento. Miraba de reojo a Luck, que se comportaba como un niño enfadado e impaciente pero que se mordía la lengua para no estallar.

—¿Y tú también Luck crees que dejé ganar a la señorita Susan? ¿Tan torpe resulto como actor?

Luck hizo una mueca hostil. No se sentía animado para una conversación intrascendente. Se conocía bien. Pasarían varios días antes de que su estado de ánimo se suavizara.

—Verás Luck... te habría ganado la apuesta de los mil dólares que te proponía —dijo con voz suave el profesor, como quien comenta lo bueno que está el día.

Luck le miró con el ceño fruncido.

—Sí. Verás. Muchas veces he sido un invitado incómodo. Incluso en mi periplo como profesor por distintas universidades. Como sabes, en Columbia me toleran, pero mi nombre, asociado a la Universidad en la que me encuentre, da prestigio. He vendido cientos de miles de ejemplares de distintos libros, Luck, y se me dan bien los medios. He salido en varios documentales y se la da circunstancia de que suelo caer simpático a la gente. —El profesor Roy dio una estudiada calada al Montecristo y después exhaló el humo pausadamente, saboreando el tabaco en el paladar y destilando en su tono de voz una comedida sensación de satisfacción de sí mismo. Pidió un Rum Swizzle para él y otro para Luck, al que no le agradó mucho la idea de

compartir un cóctel, aunque fuera un clásico de las Bermudas, pero no contradijo al profesor. El profesor Roy retomó el hilo de su explicación donde lo había dejado—. Lo cierto es que en ocasiones he estado en países realizando actividades... un tanto mal miradas, Luck. Esto abarca un gran espectro de actuaciones. A veces se trataba de localizar yacimientos arqueológicos, lo cual provocaba recelos en las autoridades locales, y en otras he acumulado pruebas de cómo se reprimían a tribus indígenas por parte de empresas con autorizaciones gubernamentales para explotar recursos naturales. Ya sabes, petróleo, tala de bosques... En esos casos, en los que había mucho dinero por medio, los gobiernos no se suelen andar con chiquitas, ¿sabes?

Luck asintió enfurruñado. No le hacían gracia las aventuritas del profesor. El no era un público entregado al que hacía falta sorprender con hazañas inverosímiles. Ya se conocían bien.

—A lo que voy, Luck, es que tengo cierta experiencia de mundo. Y esa experiencia me advierte de algo que ha sucedido desde que hemos llegado a esta isla, en la que según tú, mis conjeturas son erróneas por completo. —Luck enarcó una ceja, extrañado—. Sí, desde que hemos puesto pie a tierra en las Bermudas no hemos dejado de estar vigilados, Luck, y me sorprende que no estés al tanto de esto, pero dada tu bisoñez... lo comprendo. Y ahora coge ese ron con piña, lima, naranja y no sé que más y brinda conmigo sonriendo, como si estuvieras dispuesto a correrte estos días la mejor juerga de toda tu vida.

Luck brindó siguiendo el juego al profesor Roy, pero su ánimo volvía a sufrir un sobresalto.

—¿Es esto peligroso, profesor... Sam? —preguntó atribulado.

—Bueno, depende de lo que entiendas por peligro... —Después de estudiar con detenida calma el semblante aprensivo de Luck, dictaminó—. Bueno, sí, Luck... sin duda se trata de algo peligroso según tu código de valores. Pero ya te contaré en otro momento que tengamos más tiempo.

Finalizaron el cóctel en silencio, pensativos.

Cuando ya se retiraban Sam hizo un último apunte a su pupilo.

—Por cierto, mucho ojo con lo que le cuentas a Marcie. Tenía sospechas sobre sus deseos incontenibles de apuntarse a este programa. Sospecho de ella... he comprobado su currículum. Es más falso que un billete de dos dólares. —Sammuel Roy le hizo un guiño jovialmente mientras le propinaba una sonora palmada en la espalda de despedida.

Cuando Luck llegó a su habitación unos minutos después un mar de confusas emociones dominaba su ánimo. Al final pudo poner algunos pensamientos en orden, aunque una pregunta rondaba su cabeza que le llevaba a tranquilizarse, hasta cierto punto, viendo en las conjeturas del profesor un alarmismo desmedido. A fin de cuentas, si Marcie, de alguna manera resultaba sospechosa... ¿por qué además eran seguidos por otras personas? Resultaba paranoico.

## Capítulo 9

Había soñado algo. Era importante... pero su conocimiento, el recuerdo de una vívida sucesión de imágenes que intuía era importante, crucial, se desvaneció por completo de su memoria, y le dejó un vacío tan terrible que incluso resultaba más doloroso que la lacerante herida de la espalda.

Estaba tumbado bocabajo, con las muñecas y tobillos atados, se daba cuenta de que su inmovilización era completa. Intentó forzar sus ataduras, pero sólo logró gemir de dolor. Al hacerlo alguien se movió a su lado. Su larga melena rubia caía sobre sus ojos y le impedía ver de quién se trataba, tan sólo una vaga silueta que se acercó y se sentó junto a él. Una mano suave y tibia le tocó el hombro.

—Tranquilo. Te desataré, pero no has de moverte. La herida debe cicatrizar y para ello es conveniente que tu espalda permanezca quieta.

Era una voz joven de mujer, que hablaba con la ternura de quien se dirige a una fiera silvestre a la que se intenta amansar.

—¿Has comprendido lo que te he dicho? —preguntó al cabo de un rato.

Él asintió gruñendo.

Entonces ella soltó los lazos que mantenían sus brazos atados e inmediatamente aprovechó para cambiar su posición hacia otra donde sus músculos pudieran relajarse. Se sentía agarrotado. En cuanto intentó moverse un dolor opresivo y profundo lo obligó a detenerse. Sí, la herida no estaba curada. Finalmente la joven desató sus tobillos.

—Tuvimos que atarte. No cesabas de moverte en sueños. Has tenido pesadillas... y fiebre alta. Llevas varios días así, pero las curas que te hemos hecho han servido de algo. Tienes mejor aspecto.

Con movimientos torpes logró apartar el cabello que caía sobre sus ojos. Percibió que estaba en penumbras, en el interior de una choza fabricada con palmas, y una claridad intensa penetraba por la abertura que hacía de puerta. Intentó mirar a su interlocutora pero le resultó un movimiento imposible. Ella volvió a tranquilizarlo y le dijo que iba a practicarle una nueva cura por lo que debía tener paciencia.

Sintió como con una delicadeza exquisita le eran retirada una cataplasma que reposaba sobre sus heridas. Después, mientras las lavaba aplicando agua tibia con cuidado, no pudo evitar sentir estremecimientos de dolor.

—No están infectadas afortunadamente —murmuró la joven—. Voy a dejarlas al aire libre para que terminen de cicatrizar, pero todo apunta a que te vas a recuperar completamente —sentenció con voz serena.

Sin embargo no se movió de su lado, parecía aguardar algo. Intuía que él quería interrogarla.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí? ¿Dónde estamos? —Las preguntas que durante tanto tiempo lo habían acosado, ahora que tenía compañía humana en quien volcarlas, acudían en tropel a su boca como si una sed imperiosa le obligara a



saciarlas obteniendo rápidas respuestas.

La joven tardó en responder.

—Somos los renacidos.

—¿Los renacidos? —preguntó completamente desorientado.

—Sí... no deberías extrañarte. Tú también lo eres. Tienes las marcas.

—¿Las... marcas...?

Pero el esfuerzo estaba siendo demasiado para él. La consciencia escapaba a su control y su mente se dejaba llevar por un profundo sopor. Aún no estaba completamente repuesto del agotamiento que sufría. No quería desfallecer, pero eso no dependía de su voluntad. Las palabras murieron en sus labios sin ser pronunciadas.

\* \* \*

Transcurrieron una sucesión de días y noches en las que recobraba la consciencia aleatoriamente. En ocasiones la oscuridad y los sonidos de la noche le advertían que era de madrugada, en otras ocasiones era la calígene del mediodía la que con sus temperaturas elevadas le incitaban a sumirse de nuevo en el sueño. Incluso diluvió un día entero y la estrecha abertura de la cabaña le permitía ver correntías de agua que discurrían sobre la tierra arcillosa de la jungla.

Diferentes personas tuvieron alguna relación con él. Un chico obeso se ocupaba de su alimentación. No era nada hablador y le trataba distante, como si no se fiara mucho de él y en cualquier momento pudiera revolverse sobre su lecho y emprender un ataque en su contra. Varias jóvenes se turnaban para ayudarle a incorporarse cuando era necesario y lo mantenían limpio y aseado, pero debían tener órdenes en cuanto a no mantener ninguna conversación con el convaleciente, porque callaban a todas sus preguntas, y todo lo que lograba con su avidez era que éstas esbozaran tímidas sonrisas y salieran apresuradas del recinto.

En una ocasión entró un hombre joven que ostentaba algún género de autoridad. Su voz era firme y parecía estar acostumbrado a organizar las cosas a su alrededor. Bastó que cuchicheara algo al oído de un acompañante para que éste saliera raudo a cumplir un cometido. Pero también se negó a hablar. Echaba de menos a la que había sido su primera cuidadora, la única que había tenido la valentía de dirigirse a él y que, en vez de acallar y dar solución a las preguntas que lo atormentaban, con su respuesta enigmática, había acrecentado aún más su propia incertidumbre.

Por fin llegó una mañana donde se sintió pleno de facultades. Pudo incorporarse y mantenerse erguido en el lecho, e incluso recostarse contra una de las paredes de la choza sin que su espalda se resintiera. La herida debía estar bien cicatrizada. Hacía tiempo que no le ponían emplastos y una fresca sensación en sus sienes era la mejor señal de que la fiebre se había extinguido.

En esa postura llegó Dev, un muchacho que no debía llegar a la veintena pero que ya contaba con una oronda barriga. Andaba con cierta torpeza, como tropezando con

todo aquello que pudiera convertirse en un obstáculo. Sus mejillas carnosas contribuían a que sus ojos lucieran pequeños y tímidos. Mantenía con sus manos una tosca bandeja con alimentos. Él era el que solía cuidar de su sustento. En esta ocasión eran unas tortas, seguramente de maíz, y algo de carne asada, que le ofreció amedrentado. Olía bien y se sentía hambriento. Si antes del percance ya estaba enflaquecido, después del tiempo que había pasado enfermo su delgadez se había agudizado.

—¿Cuánto tiempo llevo así? —preguntó mientras engullía atropelladamente la comida.

Dev le acercó un cuenco con agua, pero no respondió.

—¿Por qué nadie quiere hablar conmigo? ¿Os doy miedo acaso?

Dev negó con la cabeza, y le susurró algo muy bajo, para mirar a continuación a la entrada de la choza, como con desconfianza.

—Es por Timber. Nos ha ordenado no hacerlo.

Masticó con fuerza. Timber.

—¿Es vuestro jefe?

Dev asintió despacio. Le miraba ansioso mientras deglutía.

—Es el mayor de nosotros... —comentó en un susurro—. Aún no ha sufrido... la enfermedad.

Terminó de tragar lo que tenía en la boca y después vació el cuenco de un largo trago.

—¿La enfermedad?

Pero Dev observó que había terminado con el almuerzo, así que recogió los bártulos y abandonó la choza raudo.

Suspiró. Se alegraba infinitamente de estar acompañado. Habría sido capaz de dar un abrazo a Dev pero seguramente éste habría huido aterrado. Lejos de servir para hallar respuesta a sus interrogantes, aquel poblado le estaba planeando nuevos misterios sobre los que no entendía ni recordaba nada. Su desconcierto era tal que incluso pensaba que la joven que lo había cuidado en los primeros días y de la que guardaba una imagen que evocaba constantemente, había sido propiciada por su imaginación. Su memoria estaba tan desprovista de recuerdos que cada acontecimiento implicaba mil preguntas. ¿Era posible que él mismo hubiera vivido en algún poblado como aquel antes de olvidarlo todo? Sin embargo nada de cuanto le rodeaba lograba provocar ni la más leve evocación.

Aunque le faltaban fuerzas aún, pudo incorporarse, y con pasos vacilantes se dirigió a la abertura de la cabaña. Desde allí observó la vida de la tosca aldea en la que se encontraba. Había varias chozas como la que le hospedaba. Era evidente que no se trataba de un poblado fijo. Todo estaba impregnado de un aire de provisionalidad e incluso, de inexperiencia, que le llamó la atención de inmediato. Estaban instalados en un pequeño claro de la jungla, a orillas de un riachuelo por el que transcurría el agua mansamente. No había niños pequeños, ni tampoco personas

adultas. A la vista tenía un par de docenas de adolescentes, e incluso algunos veinteañeros. Él sin duda debía ser uno de los mayores, si no el mayor, de los allí congregados.

Torpemente avanzó entre las chozas, observando la vida que tenía lugar ante sí. Varias muchachas amasaban algo de comer sobre cuencos de madera. Algunos muchachos practicaban tiro con arco algo más allá. Descubrió a Timber, rodeado de una serie de acólitos, sentados alrededor de un fuego en el que crepitaba la carne mientras debatían acaloradamente. No estimó conveniente inmiscuirse en asuntos que en principio no eran los suyos, al menos de momento, y se volvió. Su mirada descubrió entonces a la chica que había sido su enfermera en los momentos críticos provocados por el zarpazo del tigre. Era alta y esbelta, aunque estaba acucillada, cuidando a una adolescente que se había herido. La consolaba mientras le ponía un vendaje. Su perfil le pareció delicado y hermoso, impropio de un lugar tan salvaje y agreste.

Se retiró a su choza. Se sentía agotado, y también abrumado. Después de una existencia en absoluta soledad, ver tanta gente le causaba una honda impresión, se sentía mareado. Pero también se dio cuenta que sus emociones se aposentaban. La tensión y la incertidumbre de la vida en soledad se habían disipado por completo.

\* \* \*

En los días siguientes sus paseos por el poblado fueron haciéndose más largos. Hablaba con la gente. Comprobó que había unos cuantos veinteañeros, pero el resto eran muchachos en plena adolescencia. No había niños. También observó que las actividades se regían con orden y disciplina, todos parecían ocupados en algo, bien en cocinar, bien en cazar o recolectar alimentos, o haciendo cualquier tarea, desde reparar techumbres, mantener el fuego encendido o remendar ropas. Todo se aprovechaba y cuando empezaba a indagar demasiado por saber cómo funcionaban las cosas, el nombre de Timber salía a relucir como el que había dado las instrucciones para que todo se completara según un propósito. Y Marl volvía la cabeza y buscaba con la mirada a Timber, que como siempre, se mantenía ocupado en alguna tarea que le incumbía a él y a su grupo de fieles seguidores. Marl no estaba muy seguro, pero parecía que disponía de exploradores que enviaba constantemente a recorrer vastos territorios en busca de lugares seguros o posibles fuentes de peligro. Sin embargo el espíritu férreo y militar con el que Timber gobernaba no le agradaba, había algo que le intranquilizaba de todo aquel orden estricto.

Se acostumbró a dar paseos en el perímetro del campamento, y así averiguó que tal vez podría unirse a algún grupo de recolectores que habitualmente exploraban en busca de frutas, a fin de aprovisionarse. Salían a primera hora de la mañana y en ocasiones caminaban hasta dos y tres horas para alcanzar una arboleda de frutales, aunque aquella mañana en la que se decidió a participar se trataba de un palmeral.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a una muchacha de ojos castaños y pelo ensortijado y oscuro que actuaba como la líder del grupo.

—Sira —le respondió sonriente. Su rostro lleno de pecas pareció divertido y agradable y presintió que sería un día grato.

Caminaban por la espesura, pero siguiendo un sendero que se había formado a lo largo de días de ser recorrido incontablemente. Iban a un aguajal, una zona de la jungla encharcada donde predominaba un tipo de palmera que proporcionaba un fruto rojo y comestible. Era el primer día en que sentía que iba a poder empezar a contribuir con su esfuerzo a devolverles el favor a quienes lo habían rescatado. Un sentimiento de gozo lo embargaba. El grupo consistía en media docena de recolectores.

—¿Llevas mucho tiempo en el poblado, Sira? —preguntó al cabo de un rato.

—Dos estaciones. Cuando desperté en la cueva no fui la única en hacerlo, para mi fortuna. Éramos un pequeño grupo y gracias a ello pudimos sobrevivir hasta que llegamos a la aldea. En aquel entonces las cosas eran diferentes... no huíamos tanto como ahora. Tú también despertaste en la cueva, ¿verdad?

—Sí, es cierto. Desperté en una cueva oscura y fría. ¿Cómo lo sabes?

—Tienes las marcas, por todo el cuerpo. Fíjate en esos moratones que recorren intermitentemente tus brazos y piernas. Te tienes que fijar porque son tenues, pero ahí están. Igual que cada uno de nosotros.

El chico se miró la piel de los brazos. Era verdad. No sabía por qué, no había reparado en ellos... o tal vez no les había prestado atención. Pensaba que eran marcas normales, naturales. Eran diferentes de la cicatriz que formaba una figura inacabada que tenía en el antebrazo. Esos puntos morados eran subcutáneos.

—¿Qué cosas eran diferentes en la aldea? —preguntó. Le había llamado la atención el comentario y estaba ávido por saber cosas de sus anfitriones.

—Bueno... Timber no era el jefe. Había un consejo que tomaba las decisiones, y creo recordar que había un hombre mayor que gobernaba. Cuando nos atacaron la aldea fue destruida y muchos desaparecieron. Timber refundó el clan... y puso normas nuevas.

—¿Qué clase de normas? —Cada vez estaba más interesado en la historia de aquel pueblo.

—Bueno... no sé decirte. Creo que se resumiría en que él asumía el mando y el que no quisiera obedecer se podría ir. Echaba la culpa de lo que había sucedido a que antes las decisiones se tomaban de manera muy lenta y que no hubo capacidad ni de organización ni de respuesta al peligro que corríamos. Timber hizo que... dejáramos de tener miedo.

Se quedó unos minutos rumiando esa respuesta mientras caminaban bajo las sombras del bosque. Era un día agradable empañado como siempre por la omnipresencia de infinidad de insectos que acababan posándose sobre la piel sudorosa. Llegaron a una explanada donde la jungla dejaba de ser tan exuberante y

densa y abundaban pequeños árboles y manglares. Más allá de los mismos, en un pequeño islote situado en el centro de una laguna de aguas espejadas, se erguían un centenar de majestuosas palmeras, los aguajes. El ánimo del grupo cambió. Dos chicos llevaban la iniciativa. Eran los encargados de realizar la peligrosa tarea de trepar por los troncos de las palmeras, desempeño del que habían presumido a lo largo del camino de realizar con suma pericia. Pero un problema previo preocupaba al grupo. Para llegar al aguajal había que adentrarse y nadar por aquellas peligrosas aguas.

El sol del mediodía reflejaba en ellas el verdor de la selva y el cielo azul salpicado de nubes algodonosas, pero la apariencia inocente del paraje no engañaba a los recolectores. La laguna podría estar atestada de cocodrilos camuflados en las luces y sombras de los manglares. El grupo permanecía en silencio. Era necesario que todos llegaran al aguajal. Los recolectores resultaban tan imprescindibles como los trepadores, ya que se ocupaban de ir cosechando los frutos de las ramas que se cortaban en lo alto de la palmera.

—Nunca habíamos llegado a este aguajal, pero nos comprometimos con Timber que haríamos una gran cosecha. —La explicación de Sira estaba cargada de tensión. Su voz sonaba distinta.

Decidieron rodear la laguna para ver si encontraban un vado más corto y fácil. Desde donde se hallaban había una cincuentena de metros de aguas completamente abiertas. Al final fue él mismo el que dio con un posible lugar de paso. Había un tronco podrido, que derrumbado sobre la parte más estrecha de la laguna, permitía llegar al pequeño islote de las palmeras. Era un vado peligroso. El tronco parecía ya más descompuesto que entero, y desconocían si se apoyaba sobre el lecho o flotaba precariamente en el agua. Si ese fuera el caso podría crearse una situación muy peligrosa.

Si por él dependiera darían media vuelta y buscarían otro lugar para realizar su tarea de cosecha, olvidándose por completo de los aguajes. Por el camino habían visto otras posibilidades, como guayabos o nísperos, que no ofrecían tantas dificultades. Sin embargo el ánimo del grupo era firme y su decisión obstinada, y cuando proponía emprender otro género de actividad se cruzaban la mirada entre ellos sin mediar palabra. Había algo que pesaba sobre su ánimo pero no eran capaces de expresarlo con palabras. Finalmente fue la propia Sira la que tomó la iniciativa. Antes de que nadie pudiera hacer nada, tomó el camino del tronco y se aventuró a vadear la laguna.

Anduvo con mucha prudencia. Hubo un par de ocasiones en los que la corteza podrida del tronco resbaló bajo su peso y estuvo a punto de precipitarse al agua. Más tarde, a mitad de camino, el tronco crujió levemente y un reguero de ondas se difuminó por el lago. Observaron que varios cocodrilos que permanecían atentos en la rivera se adentraron en las aguas perezosamente. La muchacha, aunque atemorizada, no retrocedió. Prosiguió su avance hasta culminar en el otro extremo del

vado, perdiéndose momentáneamente de vista.

Rápidamente uno de los muchachos emprendió el camino en pos de ella, y en unos largos minutos, uno a uno, realizaron la proeza sin mayores contratiempos. El humor tras aquella peligrosa peripecia había cambiado. Todos eran conscientes que después habrían de regresar por el mismo camino, y entonces lo harían cargados con los pesados fardos de aguajes. No era una maniobra apetecible en absoluto.

Los trepadores de palmeras resultaron ser verdaderos expertos en el arte de la recolección. Trenzaron una cuerda entre los pies, y ayudados con un cuero que sujetaban con las manos, se encaramaron palmera a palmera, dispuestos a desbrozar sus espigas de frutos. Las horas transcurrieron ocupadas en un trabajo silencioso y agotador. La humedad del ambiente era muy elevada y los trepadores, cimbreados en lo alto por el vaivén de las palmeras, mantenían su piel morena perlada de gotas de sudor. Abajo, los que recolectaban, se ataban una cinta en la frente a fin de evitar que el pelo les entorpeciera en la tarea de recoger la cosecha.

Habían hecho acopio de más frutos de los que podrían cargar. Por un momento la satisfacción imperaba en todos ellos. Había sido un trabajo formidable. Él se sentía especialmente contento. Por primera vez su presencia en el grupo era una ayuda en vez de un lastre.

Se preparó la comitiva de regreso. Cada uno de ellos cargó un pesado fardo a su espalda, que sujetaba con una correa que pendía de sus hombros. El peso los hacía hundirse en aquel terreno húmedo y cenagoso. Cuando llegaron al tronco por el que debían vadear la laguna el panorama se había vuelto mucho más lóbrego que al mediodía, cuando el sol alcanzaba su cénit. Ahora, en el atardecer tardío, la luz que bañaba las aguas era mortecina, y la laguna asemejaba un lecho oscuro y amenazador. No había ni rastro de los cocodrilos que durante las horas de sol habían remoloneado en un lejano lodazal. Éste permanecía completamente vacío de su presencia por lo que la cuestión de dónde podrían encontrarse el nutrido grupo de carnívoros fue una pregunta que, aunque nadie formuló a viva voz, todos tuvieron muy presente.

Esta vez quiso ser él el primero en vadear la laguna. Era el mayor, se sentía el responsable del grupo, así que siguió la estrategia que usó Sira por la mañana, y se encaminó decidido en busca del paso.

Tal y como sospechaba la cuestión de realizar el vadeo con la carga que llevaban a los hombros no tenía nada que ver con el hecho de cruzarlo con las manos libres. El tronco gimió bajo su peso y las aguas chapoteaban cada vez que daba un tambaleante paso. Era verdad que el tronco se iba haciendo más grueso conforme se recorría longitudinalmente, pero sus pies húmedos resultaban especialmente proclives a resbalar sobre su superficie, que ya había perdido su corteza más áspera. No podía utilizar las manos para equilibrarse porque debía sujetar el fardo. Cada paso era todo una proeza. Cuando finalmente llegó al otro extremo se sentía agotado. ¿Podrían aquellos chicos realizar aquel esfuerzo hercúleo después del día sin descanso que habían soportado?

Uno a uno realizaron el cruce del vado. Hubo varias escenas de tensión porque uno de los cocodrilos empezó a mostrar un claro interés por lo que estaba aconteciendo en aquella zona de la laguna y montó guardia impudicamente junto al tronco. Decidieron quedarse quietos y esperar a que desapareciera. Después de una larga hora, inesperadamente, el reptil se sumergió y desapareció de su vista. Era de noche y sólo faltaba por cruzar Sira.

Apenas era visible desde el extremo donde se encontraba. Algunos jirones de nubes de lluvia oscurecían la escena por completo y el joven sentía una extraordinaria preocupación, como una premonición, de que algo iba a salir mal. Inconscientemente achacaba toda responsabilidad de cuanto sucediera a Timber. Si no fuera tan temido y respetado no habría habido problema en obviar aquel peligro innecesario. Sobre todo teniendo en cuenta la abundante disposición de alimentos mucho más asequibles que aquellos malditos guajes.

Sira se movía extraordinariamente despacio, pero nadie le animaba a ir más deprisa. Los inicios eran particularmente difíciles y además, la penumbra hacía aún más arriesgado el pasaje. Su cuerpo oscilaba tenso por la carga colocada en su espalda. El joven se maldijo por no haber intervenido antes, por no haber cargado aún más su fardo y haber liberado más el de la muchacha. Se dio cuenta de que había agarrado una rama con sus manos y sus puños emblanquecían de la fuerza que estaba ejerciendo sobre la misma.

De pronto Sira trastabilló. Su cuerpo se inclinó excesivamente a un lado, pero supo rehacerse enseguida y recondujo el peso hacia el lado opuesto. Entonces la carga jugó su baza en contra y la desequilibró por completo. Cayó a la laguna hundiéndose completamente en sus aguas oscuras. El grupo exclamó por el horror, pero el joven, que ya esperaba algo así, emprendió una carrera por el tronco, veloz, dispuesto a salvar a la chica como fuera.

Algo se agitaba en el agua, por delante de él. Apenas lo vio, una sombra sinuosa que reptaba bajo la superficie atraída por el chapoteo de lo que tenía delante. El joven vio entonces que la cabeza de Sira emergía y un grito agudo resonó en la jungla. Todos le gritaron que se encaramara al tronco cuanto antes.

Dio las últimas zancadas. Faltaba poco para llegar junto a ella, pero a pesar del peligro, Sira no hacía nada por subirse al tronco, sino gimoteaba algo que él no podía entender. Desapareció una vez más de su vista.

Entonces se formó un remolino de cieno que oscureció las aguas. El joven miraba aterrado el lugar donde justo unos instantes antes había estado Sira pero sin ver nada. Sentía los latidos de su corazón en el pecho, como si fuera a escapar por su boca. Murmuraba el nombre de Sira mientras sus ojos se humedecían por las lágrimas. No podría creer que aquello que estaba viendo fuera real. Debía ser una pesadilla.

Entonces algo emergió del agua bruscamente. El joven reculó, asustado. Pero no eran las fauces de un temible cocodrilo, sino Sira. Esta vez el joven no lo dudó, tomó del brazo de la muchacha y la sacó limpiamente del agua. Un instante después

emergía la cabeza de un temible cocodrilo que aún agitaba entre sus dientes el pesado fardo de aguajes que había confundido con su víctima. El fardo se deshizo como arena entre los dedos.

—Mi fardo... mi fardo... —Sira gemía de pena.

Entonces el joven lo comprendió. Sira se había sumergido, aún a riesgo de perder su vida, en busca de aquel maldito fardo de aguajes. Quería complacer a toda costa a Timber, maldito fuera.

Le ayudó a incorporarse y ambos sin carga, alcanzaron la orilla sin más contratiempos.

—Maldito sea Timber y sus órdenes disparatadas. Hemos corrido un riesgo enorme por recolectar esos frutos cuando hemos tenido opciones mucho mejores. — Se desahogó.

Nadie de los presentes replicó, salvo la propia Sira, que estaba convencida de lo contrario.

—Hemos hecho bien. Así que calla —replicó lacónica, como si no hubiera estado a punto de conocer una muerte horrible.

Su rostro aún estaba surcado por las lágrimas. Aún no se había recuperado del susto aunque intentaba recomponerse.

—Tonterías. Esta era una empresa demasiado arriesgada. Sois demasiado jóvenes para asumir estos peligros y cargar con estos fardos. Timber debería saberlo. Es una absoluta imprudencia. —Replicó aún así el joven, enfadado.

Sira se encaró con él, molesta.

—Calla. Tú eres el que menos debería protestar nada.

El joven le miró intrigado. Sabía que era el último en llegar, pero la alusión de Sira se refería a algo que escapaba a su comprensión. Iba a replicar algo pero la muchacha lo acalló definitivamente.

—¿Quién crees que te salvó la vida, estúpido? ¿A quién crees que le debes el permanecer aquí, vivo y alimentado? Fue Timber el que encontró moribundo en la selva y se enfrentó al tigre que iba a acabar contigo. Así que lo mínimo que te corresponde es guardar respeto y obediencia a quien se lo debes todo.

Y dicho esto emprendió el camino de regreso a la aldea con paso vivo. El resto del grupo tomó sus fardos y con la cabeza gacha, siguieron en pos de ella.

El joven se encontró sólo y abrumado. El cielo estrellado callaba mientras un confuso mar de emociones le embargaba.

—Así que fue él —murmuró para sí.

Y tomó su fardo y emprendió la marcha, también cabizbajo y pensativo.



## Capítulo 10

A la mañana siguiente aún no se había disipado del todo la conmoción que le había supuesto comprender que le debía la vida a Timber. Por un lado no le convencía el cómo organizaba despóticamente la aldea. Parecía un reyezuelo al que nadie podía chistar y esa sensación que se permeaba en cada actividad que emprendía cada miembro del clan, le desagradaba. Por otro lado saber que estaba en deuda con él agarrotaba cualquier iniciativa que pudiera dar en contra de aquella forma de gobierno. La única opción viable era desentenderse.

En esto cavilaba mientras paseaba por la aldea cuando alguien le saludó a sus espaldas.

—Me alegra ver que ya te encuentras con fuerzas —saludó jovialmente la joven.

Era ligeramente más baja que él, y no había duda de que era hermosa y esbelta. Su tez era de un moreno suave, y sus ojos claros chispeaban al hablar. Su sonrisa le cautivó y se sintió un tanto azorado. De pronto se dio cuenta de que lo habían vestido con unos toscos pantalones de fina piel curtida y permanecía con el torso desnudo. Había pasado tanto tiempo vagando como un salvaje por la selva que resultaba un alivio encontrarse de forma un tanto más civilizada en medio de tantas personas, aunque aún su aspecto parecía el de un naufrago recién recuperado del mar.

—No temas —prosiguió la joven, asumiendo que el azoramiento de su interlocutor le impedía responder—. Aquí estás a salvo, eres uno de nosotros. Mi nombre es Jeny.

—Hola Jeny... mi nombre es... mi nombre es...

—Sí, lo sé. No recuerdas nada. Como cada uno de nosotros que estamos aquí. Nadie recuerda nada... Por eso nos llamamos así, los renacidos. Hemos vuelto a nacer, ¿no crees? Como un bebé, que nace con la mente en blanco, no sabe nada y no recuerda nada. Así tenemos nuestra alma despojada de todo.

—¿También tú...?

—Sí... todos despertamos en una gruta en las montañas, como tú. Nos adentramos en la selva hasta encontrar a gente que nos acoja... o que, desgraciadamente, acabe con nosotros.

—¿Alguien nos quiere matar?

—Nos quiere matar sí, o atrapar como si fuéramos trofeos de caza, lo mismo da. Y desgraciadamente a menudo lo consiguen. Pero no hablemos de eso ahora. —Apartó la mirada y la dirigió hacia donde se encontraba el grupo de Timber—. Ahora están ocupados, pero después querrán hablar contigo. Demos un paseo.

Caminaron por la orilla del riachuelo. Conformaba una pequeña playa de guijarros multicolores en las que el agua formaba charcas. Había tramos donde el río bajaba con más fuerza y entonces abundaban rocas húmedas y grandes sobre las que era fácil caminar. El sol tibio del atardecer favorecía que el ambiente refrescara.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—¿En este campamento? Mucho tiempo, demasiado quizás para lo que solemos permanecer en el mismo sitio. Tú tienes en parte la culpa. No podíamos movernos si queríamos llevarte con nosotros. Ahora que estás bien emprenderemos camino de inmediato. Timber tenía ganas de hacer una mudanza desde varias semanas atrás.

—¿A dónde?

—¿Dónde? A ningún sitio particular. Siempre nos movemos. Siempre huimos.

—Pero... ¿de quién? ¿No podéis hacerle frente?

La chica le miró de hito en hito.

—Hace tiempo tuvimos un líder que pensó que era eso lo que debíamos hacer. Nos masacraron. El grupo se dispersó y... al cabo del tiempo se pudo recomponer. Ahora somos la mitad de los que éramos. Timber nos organizó de otra manera. No tenemos capacidad de combate... no hay nada que hacer en ese aspecto.

Él murmuró por lo bajo, asumiendo ese hecho.

—¿Sabes qué? Deberías tener un nombre. Todos aquí hemos pasado por eso. Así que sería conveniente que elijas uno cuanto antes, de lo contrario la gente acabará poniéndote uno, o lo que es peor, te llamarán por algún mote que se le ocurra al bueno de Dev.

Él se quedó en silencio. Desde su despertar había querido saber su propio nombre. La mera idea de inventarse uno nuevo suponía claudicar, una derrota que no quería asumir. Implicaba aceptar que nunca recuperaría su identidad.

—No temas. —Jeny adivinó los pensamientos que cruzaban por su mente—. Algún día recuperarás la memoria... todos lo haremos. Pero hasta entonces...

La voz de Jeny era amable y dulce. Parecía ser capaz de sosegar hasta a la fiera más peligrosa. Se sintió reconfortado por la esperanza de sus palabras. La miró como perdido, a la vez que sentía que su pulso se aceleraba. La encontraba preciosa.

—No se me ocurre ningún nombre... no logro identificarme con ninguno...

Ella le volvió a sonreír.

—Entonces te lo pondré yo. Ven, sígueme, daremos un paseo mientras pienso en algo.

Pasearon por la rivera y se adentraron en la jungla, después regresaron al río por otro sendero que moría al pie de una pequeña cascada que formaba una poza de aguas tranquilas y oscuras.

—Me gusta venir aquí... pero no mires mientras me desvisto.

Se sintió por completo azorado y se volvió mientras Jeny se despojaba de su escueto vestido y saltaba de cabeza al agua.

—Ahora tú... —sonrió desde el agua una vez emergió.

Pero no se sentía con fuerzas para repetir el salto de Jeny, efectuado desde una roca inclinada sobre las aguas. El simple hecho de andar le recordaba con cada paso la herida abierta en su espalda. En vez de ello se desnudó, oculto tras esa misma roca, y se adentró en las aguas desde un punto en el que Jeny no podía observarlo.

—Ya sé cómo te voy a llamar —dijo la chica cuando lo vio emerger a unos

metros de distancia. Él le devolvió la mirada, inquisitivo—. Marl.

—¿Marl?... ¿Qué es? ¿De dónde viene ese nombre?

Ella sonrió levemente.

—No sé. Al mirarte pienso en ti y... se me ocurre ese nombre. Es una inspiración —dijo riendo.

Las aguas frías en las que se bañaban le hacían tiritar, pero al ser bautizado con ese nombre sintió extrañamente reconfortado y alegre. Sonrió.

—Dime Marl, —Jeny mostró un semblante más serio. Sintió que iba a hacerle una pregunta más comprometida—. Tienes una marca en tu antebrazo derecho. ¿Sabes qué significa? Lo siento. Mientras estabas herido te atendí los primeros días. No pude evitar fijarme en ella. Es una cicatriz muy leve... pero soy observadora.

Marl cabeceó en señal de desconocimiento. Una expresión de abatimiento lo confirmó. No, no podía recordar quién era, ni mucho menos qué significaba aquel pequeño jeroglífico.

Jeny asintió comprensiva. Después volvió a iluminar su rostro con una sonrisa.

Pero ese momento agradable terminó bruscamente. El nombre de Jeny resonó en las cercanías, y segundos más tarde un joven musculoso y alto, de piel atezada y ojos claros se aproximó a la linde de la poza.

—Jeny, Timber está como loco buscándoos a los dos. Venid rápido. —No era una petición, sino una orden.

Y dicho esto se giró y regresó sobre sus pasos. Había un cierto malestar en cómo había pronunciado esas palabras, cuya causa Marl no comprendió en ese momento.

—Vámonos —indicó Jeny contrariada—. Ése por cierto era Sando, el lugarteniente de Timber. —Suspiró—. Y Timber no suele ser muy paciente. No le gusta que le hagan esperar.

La expresión de Jeny había cambiado, parecía tensa.

\* \* \*

Se trataba de una reunión donde estaban presentes la gran mayoría de integrantes del clan. No llegaban a la cincuentena, según calculó Marl, y pudo confirmar que todos eran muy jóvenes. Vestían ropas rudimentarias, su aspecto era desastrado, aunque consideró que él mismo no debía diferir mucho del de aquella gente, dado que su propia indumentaria era del mismo género de confección tosca.

Resultó fácil identificar a Timber. En el centro del cónclave, dirigía la reunión. Hablaba con autoridad, que no autoritariamente, y todos escuchaban en silencio. Estaba proponiendo una ruta a seguir así como una serie de medidas y puntos de reunión en caso de dispersión. Marl observó que se refería a aquella eventualidad con casi tanta frecuencia como al hecho de que debían levantar el campamento a la mañana siguiente sin falta. Los demás asentían, y aunque Timber daba pie a que la gente preguntara dudas o planteara alternativas, nadie replicaba. Aquellas eran sin

duda estrategias de movimiento que llevaban tiempo repitiéndose, concluyó Marl para sí.

—...así que seguiremos rumbo al sur. Nuestros perseguidores siempre han aparecido desde el norte. Los puntos de reunión serán las cascadas de Fuenteverde y el osario junto a Troncopodrido. Será preciso buscar por el camino algún otro lugar de referencia. Los exploradores se ocuparán de eso. —Miró orgulloso en su derredor y observó algunos cuchicheos—. Sí, lo sé. Nunca hemos estado tan al sur y será territorio desconocido... pero lo único que sé es cuanto más nos alejamos del norte más les cuesta a nuestros enemigos dar con nosotros. Y también sé lo que dice el vagabundo del sur... pero no voy a dejar que por hacer caso a leyendas y mitos los oscuros nos alcancen. —Su voz sonaba desafiante, pero a la vez era capaz de infundir valor. Nadie osó contradecirle, aunque algunos bajaban la cabeza incapaces de mostrar sus miedos en público.

Finalmente Timber optó por zanjar el tema y abordar la presencia de Marl como recién llegado al grupo. Timber se refirió a él y le invitó a ocupar el círculo central donde se encontraba junto con algunos de sus lugartenientes, uno de los cuales, Sando, le miraba con animadversión.

—Tenemos un nuevo renacido entre nosotros. Ven, acércate —le conminó—. Cómo sabéis lleva las mismas marcas que nosotros. También ha sufrido el mismo género de conmoción que nos afecta a todos. No recuerda ni su nombre, ni su historia personal. —Y diciendo esto obligo a Marl a girar sobre sí mismo a fin de que el clan pudiera ver como las marcas moradas se repartían simétricamente por su cuerpo. Lo ignoraba, pero al parecer su espalda debía mantener sendos surcos de puntos oscuros siguiendo líneas paralelas a la columna vertebral, tal y como él mismo había observado en aquellos que como él iban con el pecho descubierto. Marl pensó que descubrir el origen de aquellos puntos sería algo más que un indicio que le podría proporcionar un chispazo de luz, de entendimiento, que le permitiera recordar. Una vez finalizó su exposición al público la gente cuchicheó. Aceptaban su presencia como uno más de ellos.

—Sea pues así —concluyó Timber, con voz neutra e inflexible. Marl habría agradecido alguna muestra más entusiasta que aquella fría declaración de integración en el clan.

—¿Cómo quieres que te llamemos, renacido? —preguntó Timber en voz alta a fin de que todos pudieran oír su nombre.

—Marl —contestó con fuerza.

—¿Desde cuándo te llamas así, Marl?

Marl sonrió.

—Desde hace poco tiempo. En realidad el nombre se le ocurrió a Jeny... —Marl giró la cabeza en torno a sí, buscándola, pero sus ojos no la encontraron.

Tan pronto dijo esto el ambiente se enrareció. De nuevo el grupo empezó a cuchichear y el mismo rostro de Timber se ensombreció.

—Está bien, sea así, Marl —concluyó Timber—. Eres fuerte, mayor que la mayoría de nosotros... —Marl, viendo los rostros jóvenes de los congregados más bien pensó que él era el mayor de todos, más que incluso el propio Timber. Los dos únicos varones adultos de la tribu. En cualquier caso la forma de decirlo era un eufemismo tendente a que no se creyera con más autoridad que nadie por el hecho de ser mayor—. Necesitamos brazos fuertes que puedan defendernos de los «oscuros». Eres bienvenido, pero has de saber que te acogemos y a cambio esperamos tu lealtad. No consentiré la traición, Marl.

—Contad conmigo —dijo Marl con tono convencido, pero sin excesivo entusiasmo. No sabía en qué género de vida se iba a implicar. Demasiadas preguntas y dudas se agolpaban en su cabeza como para expresar un compromiso sin fisuras. Observó aquellos rostros que le miraban inexpresivos, reticentes. Se mostraban cansados y temerosos. Comprendió que sus propios rasgos debían expresar esos mismos sentimientos. No, no parecía un día alegre.

## Capítulo 11

Tomaron un taxi para llegar a su destino, el *King Edward Memorial Hospital*, pero para sorpresa de todos, Sammuel Roy decidió primero hacer una escala en Chatham House, en Hamilton. Quería proveerse de una caja de cigarros puros.

—Comprendedme, se trata de un compromiso ineludible. Un regalo que debo hacer.

Tomaron un taxi para desplazarse a Hamilton, la capital del archipiélago. No fue una carrera precisamente veloz según pudieron comprobar. Existía una limitación de velocidad de treinta y cinco kilómetros hora en toda la colonia, por lo que, a pesar de no hallarse muy lejos de allí, el recorrido les llevó una interminable media hora. Durante ese tiempo Luck oteaba por encima del hombro, cada cierto tiempo, a fin de verificar si era cierta la declaración de Sam en relación a que eran seguidos, pero no llegó a ninguna conclusión salvo que casi todos los utilitarios que circulaban por allí le resultaban muy parecidos unos a otros.

El establecimiento en cuestión se encontraba en la colorida calle principal, situada frente al litoral de la ciudad. La avenida dónde se emplazaba la tabaquería consistía en uno de sus lados de una larga hilera de pequeñas casas de color pastel, cuyas ventanas y puertas contaban frecuentemente con coquetos dinteles pintados de blanco, con balconadas de madera y diseños de casa de muñecas, y en frente de dichas construcciones una larga hilera de palmeras enmarcaba una preciosa vista del mar abierto de la bahía portuaria. El mar, de un azulado intenso, en absoluta calma, era surcado por cruceros y toda clase de elegantes barcos de recreo. Era un escenario paradisiaco que incitaba a la tranquilidad y la relajación. Luck era incapaz de imaginar en ese ambiente algo distinto a una vida anodina y placentera en el que algo importante pudiera pasar.

El establecimiento ocupaba una pequeña esquina de la concurrida calle. Una vez en su interior a Luck le sorprendió, mientras aguardaba pacientemente, que el profesor resultara tan sofisticado a la hora de seleccionar lo que iba a ser un regalo de compromiso. Ignoraba por completo que su mentor fuera un especialista en materia de cigarros puros. No se trataba de escoger una caja de Partagás cualquiera y envolverla en papel de regalo, ni mucho menos. Mientras escuchaba la conversación entre vendedor y cliente bostezó en varias ocasiones. Sammuel Roy se tomó su tiempo, olisqueó cada cigarro, valoró sus precios, y podría decirse que para desesperación de sus acompañantes, escogió, de entre las cientos de cajas disponibles, aquella que estimó ideal después de una exquisita valoración. Todos estaban un tanto de mal humor por la espera. En el ínterin las mujeres optaron por dar una vuelta para «ir de tiendas» por los alrededores, mientras que el único que se quedó haciendo compañía al sibarita del tabaco fue el propio Luck.

Finalmente Sam concluyó su compra y una vez lograron reagruparse tomaron un nuevo taxi con destino a su cita en el hospital. Según el profesor iban bien de tiempo

y parecía muy complacido por su adquisición.

No tardaron mucho en llegar porque su destino no estaba muy alejado de la pequeña ciudad de Hamilton. El hospital era un edificio convencional y moderno recién inaugurado. El antiguo hospital, que seguía una línea arquitectónica con una estética colonial más convencional, había sido demolido recientemente. Tras preguntar en recepción les condujeron a la sala de espera de las consultas del laboratorio, en la primera planta del inmueble principal. Al cabo de escasos minutos fue el propio director de área, el doctor Rose, quien los recibió y acompañó a su amplio despacho.

El doctor era un hombre de calva bruñida y barba cana y cuidada, de movimientos meticulosos, que mantenía su escritorio perfectamente ordenado. Ocuparon unos minutos intrascendentes en contemporizar sobre el clima de las islas y el tiempo de vuelo desde Nueva York. Finalmente el doctor aprovechó una pausa en la conversación para introducir el tema.

—Así que vienen interesados por la epidemia alérgica que sufrimos aquí —comentó tras la presentación inicial.

El profesor Roy asintió mientras todos se sentaban en las sillas que se les ofrecía.

—Realmente se trata de un proceso al que ya nos hemos acostumbrado y que afecta a un porcentaje infinitesimal de la población comprendida entre los doce y dieciocho años. La mayoría de los casos no requiere hospitalización. Sólo en un veinte por ciento de los reportes la patología es más severa y resulta necesaria la administración de suero. Por lo demás no deja secuelas de ninguna clase.

—¿Cómo pueden estar tan seguros de las secuelas? Tenía entendido que el CDC recibió el aviso recientemente —inquirió el profesor.

—Bueno... realmente esto ha sucedido con anterioridad. Fue a raíz de los convenios de colaboración firmados tras la pasada epidemia de ébola en África Occidental cuando se introdujeron protocolos de comunicación de este género de incidencias. Se ve que la burocracia ha hecho bien su trabajo. —El doctor Rose esbozó una sonrisa forzada aunque para Luck era más de fastidio, como el que descubre un inconveniente imprevisto. Después relajó un tanto los rasgos de su semblante y prosiguió—. Pero sinceramente, creo que en este caso es una pérdida de tiempo investigar algo que no representa ningún peligro.

—Bueno, no es un peligro hasta que... suceda un hecho luctuoso —sentenció el profesor—. Tal vez exista una población de riesgo que aún no se ha visto afectada y que caso de hacerlo... el cariz de la afección no se considere tan benévolo.

El profesor Roy extendió entonces al doctor un sobre que extrajo del bolsillo interior de su chaqueta. Del mismo el doctor extrajo dos documentos, ambos en papel verjurado, con diferentes membretes y firmas.

—Entiendo... —murmuró finalmente. Su rostro tenía un aire severo, al que sus ojos claros contribuían en hacer más frío. Suspiró con cierto aire de fastidio—. Bien, por lo que veo en el CDC no tienen mejores cosas que hacer.

—Es el protocolo —comentó Sam contemporizando—. Comprendo que puede resultar un fastidio pero a fin de cuentas tomar unas muestras de sangre a unos pocos pacientes no va a resultar un trastorno excesivamente complejo.

—Ya hemos realizado las analíticas oportunas y no se ha determinado ningún agente patógeno. Sospechamos que se trata de algún género de alergia propio de estas latitudes, seguramente con origen en alguna clase de endemismo, aunque en las pruebas seguimos igualmente sin detectar nada. —La mirada del doctor Rose se mantenía firme.

—Verá, doctor —replicó Sam con parsimonia—, no se trata de incomodarlos con una intrusión médica. Sabemos de hecho que el CDC no tiene competencia alguna en este territorio, ahora bien, como consta en el documento adjunto, el NHS británico entiende la cooperación como interesante y necesaria. Por supuesto que podrían poner trabas y retrasar esta petición, pero lo único que lograrían con ello es... dar más publicidad al asunto y lo que ahora es una simple carta de cortesía del NHS se convierta en un mandato imperativo... y descortés. —El profesor se recostó en su silla para hablar con más desenvoltura—. Doctor Rose, como sabe, el presupuesto del CDC rebasa en la actualidad los once mil millones de dólares. Con esa cifra le aseguro que si existe un agente patógeno de la clase que sea en esas muestras lo encontraremos... Imagínese si un día esta patología benévola... deviene en algo peor y en ese momento crítico se filtra que el BHB no colaboró con organismos de investigación internacionales que podían haber atajado el mal. Sería realmente... escandaloso. —El profesor Roy enarcó ambas cejas, como para dar a entender mucho más de lo que sus explícitas palabras insinuaban—. También, como ve, se le insta a facilitar radiografías así como material médico vinculado con esta patología, como puedan ser tomografías cerebrales, que suponemos habrán realizado dados los síntomas del proceso.

El doctor Rose mantuvo su mirada severa, inspeccionando ambos documentos una vez más con gesto contrariado. Finalmente se levantó y les rogó que le aguardaran unos minutos. Debía hacer una llamada. En tanto salía del despacho el profesor Roy sonreía con placidez.

Al cabo de un par de minutos en el que los cuatro aguardaron en silencio, regresó el doctor Rose. Parecía más relajado y hasta sonreía levemente.

—Está bien —consintió—. He dispuesto que una enfermera les acompañe y realice la extracción de muestras para ustedes. Observo que traen equipo para guardarlas convenientemente. —El doctor se refería a una pequeña y discreta nevera portátil que había cargado el profesor Roy.

—Así es doctor Rose. Es una tarea que llevo haciendo desde hace años —comentó con una sonrisa franca.

El doctor Rose se levantó a fin de despedirse y acompañarlos a la puerta. Mientras estrechaba sus manos comentó algo más.

—Por cierto, el presidente de la Junta de hospitales de Bermudas, el señor



Pemberton me comenta si aceptarían una invitación a cenar en su domicilio esta noche. —Los cuatro intercambiaron miradas de sorpresa, pero viendo la respuesta afirmativa de todos ellos fue Susan la que respondió.

—Será un placer aceptar la invitación.

—Muy bien, en ese caso tomen esta tarjeta. Ahí tienen la dirección de su domicilio y si pueden acudir a las ocho de la tarde me dice que serán muy bien venidos. Así podrán hablar directamente con él lo que incumbe a facilitar los expedientes médicos de nuestros pacientes. Me temo que nuestras directivas son tajantes al respecto, como el señor Pemberton sin duda les explicará pormenorizadamente. Por otro lado les dejo con la señorita Parker. Ella les acompañará y extraerá las muestras que requieren.

La tal señorita Parker era una mujer de anchas caderas, de color tostado, cuyos rasgos más sobresalientes lo constituían unas mejillas anchas y carnosas, acostumbradas a redondearse con una sonrisa casi permanente, así como un moño que mantenía su cabellera extraordinariamente tensa.

—Por favor, llámenme Helen. Si quieren seguirme vamos a realizar una visita a esos chicuelos.

Y tras ella emprendieron camino al ala general del edificio, donde se encontraban las habitaciones de los pacientes ingresados.

El primero al que visitaron era un muchacho de nombre Timothy. Se trataba de un adolescente de doce años, de pelo rubio y mejillas y nariz pecosa. Respiraba lentamente y mantenía los ojos cerrados. Parecía sedado. Según explicó Helen lo mantenían con suero a través de una bomba de infusión intravenosa. Había entrado en la fase de inconsciencia aunque sus constantes vitales eran normales para la fiebre que padecía, según indicaba el cardiograma que emitía un leve pitido con cada pulso. Con agilidad nacida de la práctica la enfermera extrajo un poco de sangre del niño aprovechando la vía del suero, que desconectó momentáneamente. En seguida etiquetó con un código de barras la pequeña probeta que entregó al profesor Roy.

A lo largo de una serie de habitaciones consecutivas fueron visitando a distintos pacientes, todos ellos en idénticas condiciones. La única niña que encontraron despierta era algo mayor, de dieciséis años, y los miraba con expresión de desconcierto.

—Caramba, Rachel, hoy veo que estas despierta del todo. Me alegro. Como ves tienes visitas. Estos señores han venido del continente para informarse de cómo estás.

La adolescente los miró con interés, escrutando a cada uno de ellos meticulosamente, antes de abrir la boca. Finalmente dijo un «entiendo».

—Veo que vienen a investigarme como si fuera un conejillo de indias o algo así, ¿no? —preguntó directamente, aunque sin malicia en su tono.

—No, claro que no —intervino Marcie, que siendo la más joven de los cuatro se dio cuenta de que seguramente lograría con más facilidad la simpatía de Rachel. Se sentó junto a ella en la cama y le tomó de la mano—. Simplemente queríamos ver que

todos os curáis de vuestra dolencia sin mayores contratiempos. Aunque no es ninguna enfermedad grave los médicos siempre quieren estar seguros de que es así.

—Oh, por supuesto que estoy bien. Estoy mejor que nunca, eso lo puedo asegurar.

—Bien, pero para eso es necesario hacer analíticas, mantenerte en observación unos días...

La chica la miró como sorprendida.

—Pero si estoy perfectamente. Lo sé, estoy segura de ello... pero entiendo que quieran comprobarlo —dijo finalmente con cierto retintín paciente.

Marcie miró al profesor Roy, que obviamente tenía ganas de hacer preguntas pero que prefería que siguiera siendo ella la que mantenía la batuta de la conversación.

—¿Cómo empezó todo esto, Rachel? ¿Cuáles fueron los primeros síntomas?

—Fuerte dolor de cabeza. Empezó una mañana. Al principio pensé que era una migraña más. Antes padecía de migrañas. Después el dolor se hizo tan intenso que no podía ni andar. Entonces empecé a sangrar por la nariz y oídos.

—Me imagino que tus padres se preocuparían por ti mucho, ¿verdad?

La chica sonrió como si hubiese dicho Marcie una tontería.

—No, por supuesto que no. Mi hermano Van ya tuvo lo mismo hace unos años. Sabían que no iba a ser nada grave. Me tranquilizaron y me trajeron aquí para que me administrasen sedantes y analgésicos.

Marcie y el profesor Roy intercambiaron una significativa mirada.

—¿Qué sucedió entonces, Rachel?

—Nada... el proceso siguió su curso, mejoré, y ya estoy con ganas de salir de aquí.

—¿El proceso?

—Sí... quiero decir que no se trata de una enfermedad, eso espero que lo tengan claro.

Al cabo de unos minutos habían concluido su visita al hospital. La enfermera los acompañó hasta la puerta principal y Samuel Roy mantenía a buen recaudo la docena de probetas con muestras que le habían proporcionado.

## Capítulo 12

El regreso al hotel en el taxi fue en silencio. Cada cual iba abstraído en sus propios pensamientos, e incluso Sammuel Roy parecía poco dispuesto a compartir sus ideas, si bien una ancha sonrisa de satisfacción iluminaba su semblante. Había un intenso pero lento tráfico por la serpenteante carretera que les conducía de regreso al hotel. El cielo azul del atardecer era vivo y luminoso. Luck se sentía inquieto, un remordimiento que no lograba identificar plenamente aún lo corroía. Se preguntaba una y otra vez cuándo lograría emprender su ansiado estudio antropológico en la Amazonia profunda. Pero cada poco tiempo, cuando el taxi tomaba una curva o frenaba, sentía el cuerpo de Marcie junto a sí, y aquel roce lograba apartarle por completo de sus pensamientos. Por el rabillo del ojo observaba las facciones hermosas de la chica mientras se recordaba las palabras de advertencia del profesor Roy. Era verdad que no sabía absolutamente nada de ella. Además de atractiva mostraba un carácter risueño. No le entraba en la cabeza que hubiera falsificado su currículum y que tuviera tanto interés en participar en un trabajo junto al profesor Roy. Lo que le asqueaba aún más era que el propio profesor, aun conociendo esa circunstancia, la había admitido en su equipo de trabajo, simplemente porque era guapa. Para su propia vergüenza, Luck reconocía que en parte él mismo estaba encantado con su presencia allí.

Cuando abandonaron el taxi en el pórtico del hotel, Sam lo retuvo por el brazo mientras las mujeres se encaminaban hacia su interior. Le susurró que no mirase descaradamente, pero que había dos hombres de color, vestidos con prendas holgadas y claras, charlando de pie a unos cincuenta metros de distancia. Luck no había reparado en ellos. Uno era grueso y calvo y el otro tenía un aspecto más atlético. Ambos llevaban gafas de sol de aspecto deportivo. Sammuel le indicó simplemente que se fijara en ellos y lo condujo al interior del hotel. Allí les aguardaba impaciente el profesor Logan. Les invitó a tomar algo en el enorme salón cafetería que había junto a la recepción. Eligieron una mesa con una vista soberbia de la bahía.

—¿Qué tal les ha ido con su entrevista, profesor Roy?

Sammuel Roy asintió largamente antes de terminar sonriendo.

—Bien, Hugh, muy bien. —Después de una pausa en la que se abstrajo mirando al techo continuó con su explicación—. Creo que he pecado de soberbio, Luck, Hugh... el viejo pirata que ha recorrido medio planeta en busca del nacimiento de una nueva especie humana, de su despertar, estaba equivocado. He sido un presuntuoso.

Hugh Logan miraba al profesor con rostro impertérrito, pero Luck no pudo evitar una sonrisa. Así que... ¿su viaje a las Bermudas había concluido? ¿Qué le había hecho cambiar al profesor de opinión tan rápidamente?

—Oh, Luck... no me interpretes mal. Por supuesto que hemos dado con algo. Estoy plenamente convencido. Encuentro demasiadas señales que me lo confirman.

Lo que me ha decepcionado es el hecho en sí, es decir. Yo creí que podría llegar a contemplar ese despertar... la existencia de seres humanos evolucionados, conviviendo entre nosotros y yo ser una especie de doctor Livingstone, que llegando donde nadie ha llegado antes, descubriría una tribu perdida y aislada cuya humanidad había dado un salto del cual ni ellos mismos eran conscientes. Y no... esto no ha sido así.

Pero el profesor Roy interrumpió su explicación para pedir unas infusiones a un camarero que acababa de presentarse. Se quedó en silencio sin que nadie lo deshiciera hasta que el camarero reapareció minutos después con el pedido, que colocó con exquisita elegancia delante de cada cual. Luck no podía dejar de intervenir. Veía al profesor con demasiada confianza en una teoría y en unas conclusiones que a él le seguían pareciendo extraordinariamente aventurados. No, las Bermudas no era la cuna de la nueva humanidad, definitivamente.

—Pero profesor —intervino—, un proceso patológico que afecta, no lo olvidemos, a una parte ínfima de la población del archipiélago, no tiene por qué ser necesariamente el síntoma de lo que propone. Me parece muy precipitado formular esas conclusiones.

Sammuel Roy le miró distraídamente, como si esa objeción no fuera otra cosa que un molesto abejorro que le impidiera concentrarse en su discurso.

—Ya lo decía el famoso escritor, es mejor tener la boca cerrada y parecer estúpido que abrirla y disipar la duda. —El profesor se rio de buena gana, quitando hierro a la sentencia que acababa de enunciar—. Si, mi buen Luck, —admitió con más condescendencia—, es posible que sea cierta tu aseveración, y comprendo que tienes mucha razón en lo que dices. La mera acumulación de indicios no demuestra nada. Pero ya tengo pensado como vamos a resolver esa cuestión tú y yo una noche de estas. —Y de nuevo el veterano profesor dirigió al joven uno de sus guiños que Luck tanto estaba aprendiendo a temer. De hecho no le gustó aquel apunte hacia próximas actividades nocturnas. ¿A qué se refería exactamente? Había una sospecha de ilegalidad encubierta que no le gustaba un ápice.

—Sí... Mucho me temo que la evolución del homo sapiens es un hecho, —prosiguió el profesor Roy—, y hace tiempo que ha tomado conciencia de su superioridad sobre nosotros —concluyó al cabo de un rato, casi hablando para sí mismo—. No hemos asistido a su despertar porque este ya ha tenido lugar.

El profesor Logan tomó un sorbo de su taza, y después la dejó delicadamente sobre su platillo.

—Siempre habla de la evolución del hombre moderno, profesor Roy, pero nunca le he oído aclarar en qué sentido espera que se produzca. Usted niega que el ser humano más evolucionado deba ser más inteligente, si no le entendí mal en la explicación del otro día.

—Así es. No creo que la inteligencia sea el parámetro ganador, Hugh. La humanidad es ante todo social. Hace relativamente pocos años se creó el concepto de

inteligencia emocional, como bien sabrás, y aún para mí esa sigue siendo una abstracción que se queda corta. Incluso me atrevería a decir que existe un nivel de inteligencia aún más importante, la inteligencia social, o la empatía, pero no a un grado interpersonal, sino una que relaciona al individuo con la masa social, con su conciudadanía, porque a fin de cuentas esa es la que hoy por hoy más ligada está al éxito y a la prosperidad de un individuo. Podría resumirse en la capacidad de un único individuo de imponerse sobre una masa social, bien sea sobre un clan que vive en una caverna, o bien sobre un país entero organizado como estado. Según la teoría de la evolución el éxito es garantía de propagación de un gen ganador, ¿no? La historia del siglo xx nos muestra buenos ejemplos, para bien y para mal, de personas con dicho talento, desde líderes carismáticos a dictadores a los que nadie osa contradecir. Pero estas cualidades son incapaces de prosperar como estirpe y generar una nueva especie. Por otro lado conocerán la teoría de las inteligencias múltiples de Gardner, me imagino. Propone que en la mente del hombre existen diversas capacidades inteligentes, y no la que vulgarmente asociamos exclusivamente a la capacidad matemática y de operaciones lógicas, que tan sólo es una de ellas. Quizás sean demasiadas tantas «inteligencias» distintas... pero no creo que la evolución humana esté ligada a ninguna de la lista. —El profesor Roy suspiró—. Creo que el hombre evoluciona en otro rango mental distinto.

El profesor Logan entrecerró los ojos. Luck asistía expectante y callado a la exposición del profesor.

—No por favor, no estéis pensando en capacidades telepáticas ni poderes telequinésicos —dijo sonriendo el profesor Roy mientras miraba de reojo a Luck que le observaba con el ceño fruncido, incrédulo ante sus conjeturas ahora que el profesor Roy se empeñaba en descubrirlas en aquel lugar.

—¿Usted ha leído mi libro *El universo del inconsciente*? —preguntó el profesor Logan.

Sammuel Roy asintió.

—Por supuesto Hugh. Me fascinó, y de hecho me brindó una luz poderosa que me hizo comprender algo importante. Entendí que los seres vivos han evolucionado en sus diversas ramas y familias hasta generar un tipo de inteligencia, de comprensión de su entorno natural, que facilita su adaptación y supervivencia. Pero hay algo más. Después de cuatro mil millones de años, la vida en la Tierra ha sido capaz de generar algo que tiene un valor infinitamente superior, la consciencia. Y tú, Hugh, planteabas en tu libro la idea de nuestra consciencia incompleta, en relación a un universo de lo inconsciente muchísimo más amplio que el universo consciente. Entonces comprendí que efectivamente, el cerebro del hombre es un órgano inacabado. La evolución de nuestra especie se ha producido, es verdad, siendo más inteligentes, pero también, siendo más conscientes, y esta es una ventaja que brinda una cualidad muy superior. Así que mi tesis, aún pendiente de contrastar, podría enunciarse así: El nuevo homo sapiens será aquel individuo cuyo inconsciente haya

sido asumido plenamente por su consciente, o dicho de otra forma, toda su capacidad intelectual será plenamente consciente.

El profesor Logan abrió la boca y ojos sorprendido. Luck seguía mostrándose tan escéptico como antes.

—¡Caramba! —exclamó finalmente el profesor Logan—. ¡Un hombre sin inconsciencia! Es una afirmación extraordinaria. Jamás se me habría ocurrido abordar una cuestión similar. Y desde luego he de admitir que abre un mundo de conjeturas formidable.

—Efectivamente —corroboró Samuel Roy con satisfacción por haber despertado la admiración de su colega—. Sin embargo, aunque comprendo que puede ser un salto cualitativo enorme, no me aventuro a elucubrar en cómo afectará eso a los individuos de la nueva especie, caso de que mi conjetura fuera cierta...

—Mmm... Sería muy arriesgado precipitarse con algo así —prosiguió el profesor Logan—. ¿Qué significa realmente tener mayor capacidad consciente? ¿No estar refrenado por convencionalismos, creencias y mitos personales? ¿Poseer una capacidad analítica formidable? Piensen caballeros que nuestros cinco sentidos almacenan constantemente información de nuestro entorno... que queda sepultada en un marasmo de información y que, dicho entre comillas, olvidamos. Solo podemos utilizar una fracción, y gran parte de la información obtenida se desperdicia. Es como pasar un gran talud de material por un embudo estrecho. Pero una mente plenamente consciente... ¿podría acceder a cada dato, por irrelevante que parezca, de cuanto ha acontecido en su entorno?... —El profesor Logan suspiró largamente—. La verdad es que no sé qué clase de consecuencias tendría en un individuo trasponer su inconsciente por completo. La ciencia siempre había establecido que la inconsciencia era una suerte, un mecanismo necesario por el que se elimina un exceso de información inmanipulable, si me permiten el vocablo. Sólo a través del descanso y de una forma no voluntaria, el cerebro es capaz de asimilar información, enfrentarla, conceptualizarla. De ahí mi interés en profundizar en las teorías de Jung... pero por favor, no quiero divagar.

Los tres se quedaron callados. Luck estuvo a punto de decir algo. Una idea inspirada por las palabras del profesor Logan había fulgurado en su mente. Pero no, no quería seguir dando alas a la extraordinaria conjetura del profesor Roy. Se negaba a ilusionarse con un proyecto que no era el suyo y que pecaba de excesiva fantasía. Empezaba a tener ganas de regresar a Nueva York. Todavía estaba a tiempo de buscar patrocinador, e incluso un nuevo director de tesis. No estaba dispuesto a desperdiciar sus casi mil páginas de trabajo por muy sorprendente que le hubiera parecido aquella idea.

Fue el profesor Logan el que sacó a sus dos compañeros del ensimismamiento en que se habían sumido.

—Señores, es el momento de trabajar. Señor Wright, si me permite, teníamos un estudio pendiente que hemos de concretar.

Luck se disponía a protestar, pero una severa mirada del profesor Roy acabó de raíz con su incipiente rebelión. Sería el último favor, se dijo un tanto enfadado consigo mismo y su debilidad que le llevaba a evitar un enfrentamiento directo con su mentor. Pero intuía que su paciencia se estaba agotando.

—No se preocupe, señor Wright. Lo voy a sumir en un estado de relajación inducida por hipnosis. Eso le permitirá recuperar los recuerdos de su sueño con suma facilidad.

Luck no deseaba nada de todo aquello, pero se sentía atrapado por las circunstancias. ¿Qué hacer? ¿Negarse a colaborar? ¿Desdecir al profesor Roy? ¿Romper la baraja y largarse de allí? Simplemente debía aguantar un día o dos más para que aquel castillo de naipes del profesor Roy se desmoronase... y si aquello se prolongaba aún más de la cuenta, tomaría el primer avión con rumbo a Estados Unidos que pillara.

A regañadientes aceptó llevar a cabo la sesión allí mismo. Luck juraría que Samuel Roy sonreía divertido mientras los dejaba solos. El profesor le ofreció un vaso de agua con un sedante, que estimaba muy necesario para que le mente de Luck quedara por completo desinhibida.

—Y ahora es preciso que se relaje. Cierre los ojos e intente dejar su mente tan en blanco como pueda...

Sucedió de improviso. Una vorágine de ideas e imágenes aturrulló la mente de Luck mientras seguía disciplinadamente las instrucciones del profesor. Retazos de selva amazónica, niños sumidos en procesos enfermizos desconocidos, Marcie que le sonreía seductoramente, un peligro que le rondaba y lo perseguía, y la idea de que un sueño del que no recordaba nada... absolutamente nada... todo se mezclaba en una amalgama de ideas incomprensibles, que como una marea de visiones, iba y venía en su imaginación sin que sintiera que tuviera ningún control sobre ella.

## Capítulo 13

Despertaron al alba y Marl en seguida constató la férrea disciplina del grupo. Se turnaban en los desayunos mientras otros preparaban los pertrechos para abandonar el campamento. Cuando los primeros descansaban los otros dejaban la explanada limpia, evitando todo tipo de huellas que pudieran delatar fácilmente su reciente presencia. Cuando terminaron, tras echar un último vistazo a dónde había estado el campamento, Marl constató que sería imposible adivinar en un primer momento que allí hubieran permanecido acampadas durante días, semanas tal vez, una cincuentena de personas.

Se inició la marcha.

Emprendieron el camino con un ritmo vivo que se impuso durante largas horas. Caminaban en fila india y en silencio. La foresta, los matorrales y helechos no permitían gozar de un amplio campo visual, y Marl tan sólo discernía por delante de él tres o cuatro caminantes. Cada cual se esforzaba por no perder el paso y que no desapareciera de su vista los que iban más adelantados. En ocasiones se distanciaban tanto que se perdía el contacto visual por completo y obligaban entonces a un brusco apretón en el ritmo para no quedar definitivamente descolgados. Apenas había momentos de descanso, pero nadie rechistaba. Una consigna secreta mantenía a todo el grupo en permanente movimiento, a un paso vivo y sin proferir una sola voz de queja. Aquel espíritu aguerrido impresionó a Marl, cuanto más que el mismo se sentía agotado y le habría encantado disponer de tiempo para descansar. Pero le parecía infantil siendo él el mayor del grupo, sugerir que era el más débil. Aguantó estoicamente hasta que el calor del mediodía les obligó a hacer una parada para reponer fuerzas. Habían encontrado un manantial de agua fresca y todos se resarcieron de la sed que los atormentaba. Marl buscó con la vista a Jeny, pero no la encontró. Su mirada tropezó sin embargo con la de Sando, absolutamente impertérrita, tan fijos sus ojos en él que intimidaba.

A su alrededor tenía varios adolescentes. No había tenido tratos con ninguno de ellos. Todos estaban agotados, respiraban lentamente, dosificaban aquellos momentos de esparcimiento como si se tratara de un precioso bien que había que consumir con esmero. Mantenían la mirada perdida en la jungla, atenta, mientras cavilaban, silenciosos y pensativos.

—Me llamó Marl.

Se presentó a un joven que tenía a su lado. Había caminado tras de él durante la larga mañana. Ahora que lo observaba se percataba de que su mirada inteligente mostraban ideas que sus labios callaban.

—Mi nombre es Nist —respondió cauto.

Marl asintió. Hizo un esfuerzo por retenerlo en su memoria.

—¿No estás cansado, Nist? Llevamos una jornada de camino muy dura. Con esta humedad resulta agotador.



Nist no respondió sino que simplemente levantó los hombros, con resignación.

—Acabamos de empezar Marl. Ya estamos acostumbrados.

Marl observó el pecho desnudo del joven Nist, que respiraba acompasadamente. Sí, parecía estar en buena forma física, aunque fuera demasiado delgado, diría que era pura fibra. Se secó el sudor de su frente mientras pensaba como proseguir la conversación. Se hablaba poco en el grupo, salvo aislados cuchicheos para pedir agua fresca o algo de alimento. Nadie entablaba conversación ni tenía ganas de hacerlo.

—¿Qué tiene de peligroso el sur? —inquirió Marl. Era una de las preguntas que desde la víspera más le acuciaban, pero no había encontrado forma de establecer diálogo con nadie. Echaba de menos la compañía de Jeny, la persona con la que resultaba fácil sincerarse y hablar abiertamente de todo. El resto parecían juramentados por un pacto de silencio.

Nist le miró mientras mantenía los labios apretados, pero no dijo nada.

—¿Quién es ese vagabundo del que hablaba ayer Timber? —Intuía que iba a ser más difícil obtener información de lo que había previsto.

—Es una persona mayor... Timber cree que es una mala influencia y que por su culpa muchos murieron a manos de los oscuros cuando él guiaba el grupo. Yo no estaba entonces, pero todos dicen que el clan era mucho más numeroso.

Nist calló. Parecía que no quería dar más explicaciones, pero a Marl se le ocurrían infinidad de preguntas.

—Él os alentó a combatir, tengo entendido.

—Como te digo yo no estaba entonces. Sé lo que me han contado... pero a Timber no le gusta que hablemos de esa época... ni del vagabundo.

Aunque Nist le respondía a él, su mirada se perdía ocasionalmente por encima de su hombro. Marl hizo cálculos que enseguida le brindaron una explicación. Nist estaba indicándole que tras de él, Sando no se perdía una sola palabra de cuanto decía, y esto hacía que el muchacho no se sintiera cómodo facilitándole información. Marl optó por buscar un momento más oportuno. Nist le había caído bien, pero no quería forzar la situación.

La marcha prosiguió a un ritmo infernal. No había nuevas paradas y todos mantenían sus bocas cerradas. Los intentos de diálogo que procuró Marl murieron con incómodos monosílabos de Nist. Estaba claro que no era buena idea. Unos pocos metros por detrás Sando no le quitaba el ojo de encima.

La marcha pronto acumuló otras tantas horas de esfuerzo ininterrumpido. En todo ese tiempo la caminata a través de la jungla resultaba monótona dentro de lo que suponía avanzar por terrenos vírgenes en los que siempre había que salvar obstáculos, rodear pantanos, vadear riachuelos. En sí, cada uno de esos esfuerzos adicionales bastaba para que la jornada no resultara por completo aburrida. En ocasiones Marl comprendía que el conjunto del grupo estaba nervioso. Cuando se llegaba a un callejón sin salida y era necesario desandar lo andado y rectificar la ruta, las miradas con las que se cruzaban los ojos de Marl resultaban expresivas. Leía en ellas sin

dificultad lo que traslucían. Miedo.

En las últimas horas del atardecer, cuando se estaba decidiendo el mejor lugar para acampar, llegaron los exploradores. Marl no se había percatado de su existencia, pero al ver llegar uno a uno a varios corredores desde distintos puntos cardinales lo sospechó, y en una rara ocasión en la que Nist se mostró más proclive a dar explicaciones, le aclaró el cometido de los diferentes grupos. Varios miembros de la tribu se quedaban rezagados e incluso se aventuraban hacia el norte, en busca de señales que indicaran la presencia del enemigo. Otros, por el contrario, se adelantaban a la expedición y buscaban rutas que les permitieran seguir con su huida. Marl observaba el grupo compacto de todos estos exploradores que cavilaban junto con Timber. Le daba la impresión de que parecían preocupados de veras. Decidió acercarse discretamente hacia el grupo por ver si podía escuchar algo.

—... Phil no ha regresado, fue uno de los que partió hacia el norte... —decía Timber mientras se dirigía a sus pupilos.

—Tú, ¿a dónde vas? —Era Sando, que sin perder un detalle de cada uno de sus movimientos, le advertía que no le gustaba que se acercara al cónclave.

Marl se giró lentamente a fin de encararse con Sando. Debía tener sólo un par de años menos que él y era un palmo más bajo, pero su musculatura era imponente y daba la impresión que no le importaba lo más mínimo iniciar una pelea.

—Simplemente quería preguntar si podría ser de ayuda.

Sando lo miró con disgusto.

—No. Aún estás convaleciente. No podrías hacer nada de lo que hacen estos sin convertirte en una carga o en un peligro para el grupo. Además no conoces esta jungla lo suficiente, así que vuelve a tu sitio en la fila y ya te avisaré cuando haya algo para ti.

A Marl no le sentó nada bien el tono belicoso de Sando, ni sus órdenes directas que no empleaban la más elemental fórmula que pudiera suavizar su hablar arisco. Intuía que iba a tener problemas con él. La única ventaja que obtuvo fue que Sando fue requerido por Timber para incorporarse al cónclave con lo que Marl vio la oportunidad de hablar con Nist con más comodidad.

—¿Tienes miedo a Sando? —Le preguntó directamente y en voz baja según se sentó a su lado.

—No se trata de miedo, Marl. Aquí tenemos una disciplina muy rígida. Es necesaria si queremos sobrevivir. Lo que sucede es que Timber se toma muy a la tremenda cuando alguien comete un desaguisado.

—¿Muy a la tremenda? ¿Qué quiere decir eso?

—Da igual... ya lo verás más adelante. Siempre pasa alguna cosa. Y ese Sando es su mano derecha. No me gusta nada, es un matón. Ten cuidado con él.

Marl asintió. Quedaban tantas preguntas por hacer que... no merecía la pena aún entretenerse en las pequeñas disputas que pudieran existir entre ellos.

—¿Quiénes son los oscuros y por qué nos persiguen? ¿Qué les hemos hecho?

Nist volvió la mirada hacia él.

—Son demonios. Visten de negro y no tienen rostro. Son rápidos como relámpagos... y no sabemos por qué, nos quieren apresar. Muchos creen que es para destruirnos.

—¿No habéis hablado nunca con ninguno?

—No... de hecho nunca los he oído hablar. Yo... una vez vi como se llevaban a media docena de chicas del grupo. —La mirada de Nist se apartó de la de Marl. Era un recuerdo desagradable y le costó continuar—. Nos habían rodeado y nos tuvimos que disgregar en un sálvese quien pueda. Me escondí en el interior de un tronco podrido, era más menudo que ahora, y así pude observarlos. Diría que se comunicaban entre sí para coordinarse, pero no emitían voz alguna. Llevan una coraza en el rostro, brillante, negra. Desde el escondite en el que me refugié pude ver como actuaban. No parecían humanos. —El semblante de Nist no dejaba lugar a dudas. Aquellos seres inspiraban miedo. Era la primera descripción que obtenía de los oscuros y se sintió inquieto. Aquella jungla guardaba más peligros y misterios de los que había adivinado cuando la contempló por primera vez desde las montañas.

—¿Por qué Timber no tolera al vagabundo?

Nist valoró la respuesta antes de darla, mientras miraba fijamente al cónclave en cuya conversación Sando estaba plenamente integrado.

—Él era el anterior líder. Yo no lo conocí como tal... pero de vez en cuando viene por el clan e intenta convencer a Timber, pero este no le hace ningún caso. Siempre acaban peleados... y me refiero a que llegan a las manos. Creo que tienen perspectivas muy diferentes de las cosas. Dicen que él ya ha sufrido la enfermedad... y por eso entiende cosas que nosotros no. De todas formas... creo que hay una persona que te podría contar mucho más de él que yo mismo. Jeny.

Marl tomó nota de aquella pista. Las ganas de volver a hablar con Jeny se hacían más perentorias tras esa indicación. Pero las palabras de Nist le llevaron a explorar otra de las cuestiones que le intrigaban.

—¿La enfermedad? ¿Qué es? Parece que te refieres no a una enfermedad común o cualquiera...

Nist negó con la cabeza.

—No lo sé exactamente. La llamamos la enfermedad..., aunque realmente es algo que nos cambia. Cuando se supera lo recuerdas todo, recuperas toda la memoria. Al que lo sufre le provoca una especie de locura... y acaban abandonando el campamento. Se adentran en la jungla. Unos lloran... otros ríen. No he conocido aún a nadie personalmente que lo haya sufrido y no te sé decir, pero todo el mundo habla de ella. Se tiene fiebre, sangras por nariz y orejas... y otros síntomas, y se dice que afecta más a los mayores. Así que tendrás que preguntar a alguien mayor que yo, o al menos que lleve más tiempo en el grupo.

Marl asintió. Miró al grupo, disperso en una pequeña calva del bosque. Sus ojos se quedaron fijos en Jeny, en el otro extremo de la circunferencia. Sería muy

llamativo desplazarse hasta donde se encontraba, pero en cuanto pudiera hablaría con ella. Intuía que tendría muchas de las respuestas que necesitaba, si no todas.

El debate que tenía lugar entre Timber y su pequeño grupo de fieles se alargó, y finalmente se corrió la voz de que permanecerían en aquel lugar para pasar la noche. Se distribuyeron algunas viandas, tortas fundamentalmente que se habían amasado y cocido por centenares mientras habían permanecido en su anterior campamento. Era su provisión habitual para marchas como aquella, sin rumbo fijo, en permanente huída.

## Capítulo 14

Había caído la noche, oscura y sin luna, apenas podía verse nada en derredor. No se habían encendido fogatas y los expedicionarios dormitaban desparramados por el claro. Marl sabía que se había establecido un perímetro vigilado y una serie de turnos de guardia, para los cuales no habían contado con él. Había tomado buena nota de dónde se había establecido Jeny con las últimas luces del día y decidió probar fortuna acercándose discretamente en su dirección. No había señales de Sando, a quién había perdido la pista horas atrás cuando se incorporó al cónclave de Timber.

Se movió a hurtadillas entre la vegetación, evitando los espacios donde sus compañeros de fuga dormitaban. De noche las distancias resultaban confusas y comprendía que iba a ser difícil localizar a la chica en cuestión, sobre todo una vez calculó que había llegado a la zona donde había visto acurrucarse a Jeny un par de horas atrás y donde presumía seguiría tumbada. Oía algunos ronquidos y la respiración pausada de quien duerme profundamente. Se preguntaba si acaso aquella aventura merecía la pena, pues le parecía seguro que existía entre aquella gente una perenne sensación de precariedad y desconfianza. Intuía que de alguna manera él mismo resultaba sospechoso por alguna razón que desconocía. Decidió zafarse de esos pensamientos y concentrarse en la tarea de localizar a Jeny.

Agazapado junto al tronco de una palmera solitaria escudriñó los alrededores. Descubrió un par de siluetas, pero eran dos chicas a las que había visto fugazmente y cuyo pelo oscuro le indicó que no se trataba de quien buscaba. Un grupo de adolescentes dormitaba unos metros más allá y también fue descartado. Estaba a punto de abandonar su intención cuando creyó descubrir una figura solitaria junto al tronco de un árbol, justo en la linde del pequeño claro en el que se hallaban. Se acercó furtivamente, pisando con toda la prudencia de la que era capaz. Quería evitar a toda costa ser descubierto. Estaba ya próximo a esa silueta y se detuvo a fin de que su vista se acostumbrara a la penumbra, aun más acentuada por la copa del árbol en el que se hallaban. La débil luz de las estrellas apenas bastaba para distinguir otra cosa que no fueran sombras. Permaneció en silencio varios minutos mientras sentía que su piel se humedecía por el sudor. Optó por gatear lentamente hacia ella.

Por fin estaba lo suficientemente cerca para distinguir los rasgos de su cara, su fina nariz, el delicado contorno de sus cejas. Era ella. Iba a despertarla cuando observó algo inaudito. Un brazo la mantenía sujeta a la altura del regazo. Alguien la abrazaba, alguien que permanecía recostado junto a ella, a su espalda. Marl se sobresaltó por la sorpresa. No esperaba algo así. ¿Quién era aquel que era pareja de Jeny? Era una imprudencia acercarse más, pero decidió erguirse. La silueta de un joven se contornaba a la vera de la chica. Marl aguantó la respiración. Entonces una ligera brisa movió las palmas que daban sombra a la pareja y muy débilmente Marl distinguió el rostro que lo había intrigado, aunque el descubrimiento deparaba una situación aún más complicada. Era Timber quién se encontraba allí tumbado. Jeny era

pareja del jefe del clan.

Discretamente regresó hacia una posición alejada de aquel lugar, y cuando encontró un escondrijo de apariencia cómoda y con el suelo mullido, se recostó. Sus músculos clamaban por un descanso. Y aunque una infinidad de preguntas se agolpaban en su mente y una desagradable sensación enturbiaba su estómago, no lograba quitarse a Jeny de la cabeza. Pero el cansancio hizo mella. No tardó en sumirse en un sueño profundo cargado de pesadillas y situaciones inverosímiles.

\* \* \*

Se levantó apesadumbrado. No solo era una sensación de cansancio físico. Un sentimiento de melancolía y frustración se había apoderado de él mientras dormía. Masticó el desayuno con desgana, imbuido en un aire taciturno, como contagiado por el mismo espíritu pesimista que dominaba al grupo. Con la primera luz del alba se inició la marcha. Marl no sabía a dónde se dirigían, pero en cualquier caso tenía ganas de llegar, de detenerse, de descansar. Hasta la fecha sólo le habían hablado vagamente de mitos que no entendía y que nadie se esforzaba por explicarle mejor, como si el simple transcurrir del tiempo debiera colocar cada cosa en su sitio y, de esa manera, él acabaría entendiendo lo que los demás ya daban por sentado de hacía tiempo.

No buscó ni a Nist, ni a Jeny ni a ninguno de sus escasos conocidos. Tampoco reparó en que Sando no se encontraba echándole el aliento en el cogote. Estaba listo para caminar. Un extraño agotamiento psicológico había hecho presa en él y aceptaba la situación con resignación. Desconocía cuál era el origen de su cambio de actitud y lo achacaba al agotamiento.

Anduvieron de nuevo durante horas interminables. Llegaron a un río anchísimo de aguas terrosas cuyos meandros debieron bordear arduamente hasta lograr dar con un punto idóneo para vadearlo. Estaba infestado de enormes cocodrilos. Aquel éxito animó al grupo. Se corrió la voz de que los oscuros no podrían seguir fácilmente sus pasos. Marl fue incapaz de entender esa leve alegría. Se contentaba con recibir su ración de comida y observar. Se sentó en lo alto de una rama a la cual trepó recordando sus habilidades previas al contacto con el grupo. Allí, un tanto aislado del resto, se dedicó a comer pausadamente relamiéndose en su melancólico sentimiento de abandono.

—Ayer noche te arriesgaste mucho al venir a verme.

La voz de Jeny sonó inesperadamente cercana a él. Del sobresalto estuvo a punto de perder el equilibrio. Su torta de pan sin embargo sí que se le escapó de entre los dedos y cayó al suelo rebotando y deshaciéndose por el camino al contacto con varias ramas.

—Jeny... —acertó a decir Marl desconcertado al toparse con ella a escasos centímetros de él. Estaba erguida sobre una rama más baja, pero dejaba la altura de su

rostro muy cercano a la de él. No se mostraba incómoda en esa situación, al contrario que Marl.

—Sí. Te vi acercarte en la penumbra. Al principio no sabía quién eras y estuve a punto de dar la voz de alarma, pero después, cuando te distinguí, me hizo mucha gracia verte avanzar tan... discretamente en la oscuridad. Parecías un auténtico felino.

Marl puso cara de circunstancias.

—Sólo quería hablar contigo —musitó.

—Sí, claro —asintió Jeny con picardía.

—Vi que no estabas sola. No sabía que Timber era tu pareja.

—Podías haberle saludado también —replicó con aire divertido.

Marl se rió. Aquello era una provocación para sacudirle su aire enfurruñado y lo había logrado.

—Y, ¿qué querías preguntarme?, si puede saberse. Y además, ¿por qué dirigirse a mí con toda la gente que formamos el clan? —inquirió la chica con curiosidad.

Marl se sintió repentinamente azorado. Aquella chica lograba intimidarle. Por su frescura, su mirar risueño... o que simplemente resultaba extraordinariamente atractiva. Sabía que eran muchas las cosas que quería saber... pero sólo una acudió a su mente en aquel instante.

—¿Qué hizo que te emparejaras con Timber? —casi se arrepintió de haber realizado aquella pregunta de inmediato. Eran tantas las cuestiones importantes que debía formular que aquella era la más superficial y absurda, pero no vio manera de echarse para atrás sin parecer un paleta. Observó el rostro pensativo de Jeny que le miraba, ahora ya sin atisbo de sonrisa alguna.

—Es una historia larga, Marl, y no sé si tengo tiempo de contártela ahora... y si tú serás capaz de entenderla.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —dijo convencido Marl.

Jeny echó un vistazo al resto del grupo. Desde lo alto se atisbaban aquí y allá a distintos miembros que permanecían sentados contra troncos de árboles o a la sombra, dando buena cuenta de sus almuerzos. Algunos incluso dormitaban.

—Fue hace un par de años. Calculo eso más o menos atendiendo a que han transcurrido dos estaciones lluviosas desde entonces. El grupo era mucho mayor, casi un centenar, y Timber no lo comandaba. Al frente estaba... bueno, da igual el nombre. Lo conocerás por el vagabundo. Creo que Timber y los otros empezaron a referirse a él por ese mote y con el tiempo todos nos acostumbramos a llamarlo así.

Marl asintió, serio.

—Yo era alguien importante en el grupo. Él... contaba mucho conmigo. Tenía mano izquierda con los más pequeños y también sabía ponerme en mi sitio con los mayores. Además él me respaldaba siempre.

—¿Cómo era?

—Caótico e impredecible. Parecía realmente loco. A veces nos contaba cosas...

que no comprendíamos. Yo creo que a él la enfermedad le afectó de una manera especial y que recuerda otra época, como si hubiera vivido otra vida antes de ahora. Timber y los suyos dicen directamente que estaba chalado. A mí personalmente me gustaba, me caía bien. Creo... creo que entendía muchas cosas que nosotros no alcanzábamos a entender... o que no queríamos asumir.

Jeny calló, como si recordara algo.

—Entonces sufrimos un ataque de los oscuros, el más terrible que yo recuerde en toda mi vida. Hubo muertos, se llevaron a muchos y se produjo una gran dispersión. Incluso al cabo de años logramos dar con algunos de ellos que se habían perdido en el interior de la jungla. También encontramos restos de otros que no lograron sobrevivir en solitario. Fue una época terrible y todos nos sentíamos desolados... empezando por él líder. Entonces Timber dio un golpe de mano. Desbancó al vagabundo y lo desterró. Desde entonces se le conoce con ese apelativo porque le obligamos a vagar lejos de nosotros, aunque de vez en cuando se deja ver. Antes tenía un nombre... un nombre que Timber no quiere ni oír mencionar, es tabú.

Marl asintió. Sí, aquel grupo escondía un pasado cargado de dolor y odio.

—Era una víctima fácil, ¿entiendes? —Prosiguió Jeny—. Se produce una tragedia y en vez de culpar a los causantes de la misma, a nuestros enemigos, Timber tomó el dolor y la frustración de los que quedamos y cargó contra él. Yo misma también lo traicioné... —Jeny murmuró esas mismas palabras y bajó la cabeza abatida. Marl comprendió que se trataba de un recuerdo doloroso del cual no se enorgullecía—. Timber también quiso contar conmigo en la dirección del grupo y al principio le ayudé. Tal vez eso nos acercó el uno al otro... no sé.

—Pero ahora no te veo formar parte de los cónclaves.

Jeny asintió seria y su mirada se desvió de los ojos de Marl hacia lo profundo de la jungla.

—Sí. Así es mejor, créeme.

Marl aguardó a que Jeny ampliara su explicación, pero los segundos pasaron. Era un hilo que no llevaba a ningún sitio.

—¿En qué consiste esa misteriosa enfermedad de la que hablas? ¿Tiene algo que ver con nosotros? Me refiero al hecho de despertar en una cueva completamente a oscuras, lleno de dolores y con la mente en blanco... Comprendo la leyenda de los renacidos pero... ¿no es increíble esa historia? Nacidos de la montaña... Yo soy un ser adulto, debo tener un pasado, igual que tú, igual que cada uno de nosotros, y cada vez que intento asirlo es como si se me escapara entre los dedos y sufro un dolor interior agudo... y un vacío, un vacío que da vértigo, —Jeny asentía a cada una de sus palabras—. Y Jeny, es precisamente esa sensación de vacío la que me obliga a concluir que necesariamente algo tuvo que llenarlo previamente. Mi vida tiene una trayectoria de años, no sólo de unas pocas semanas o meses en esta jungla. Lo presiento, lo sé.

—Sí, Marl... debes tranquilizarte. —Jeny se sentía incómoda, y Marl se alarmó



un tanto. No creía haber dicho nada inconveniente. Pero la joven se descolgó ágilmente del árbol así que Marl se vio obligado a hacer otro tanto. Conforme llegó al suelo se alejó del árbol en el que habían permanecido. Marl tuvo que correr para alcanzarla y la sujetó del brazo a fin de detenerla.

Quiso hacerle una pregunta, pero su propia mueca de extrañeza ya era en sí misma una inquisición.

—Nada Marl, no pasa nada. Simplemente es que... me recuerdas tanto a él... Hablaba y decía eso mismo que has dicho tú.

Marl la soltó y se quedaron mirándose en silencio, él perplejo, ella con una expresión atormentada, como si fuera una situación ya vivida que no deseaba repetir.

Entonces una sombra se interpuso entre los dos. Sando acababa de llegar y resultaba claro que no le agradaba la expresión de preocupación de Jeny. Su semblante de mirada hosca y sus bíceps tensos hicieron ver en seguida a Marl que si no reulaba de inmediato tendría que vérselas con él.

Marl asintió abatido y se volvió a su retiro en lo alto del árbol. Había perdido por completo el apetito. Mientras se encaramaba a su lugar de retiro cayó en la cuenta de que Jeny, después de todo, no había respondido claramente a sus preguntas, y lejos de aclararlas, se había enredado en una explicación que aún permanecía inconclusa.

## Capítulo 15

La mansión de David Pemberton rebosaba suntuosidad. De estilo colonial y de colores claros, dominaba desde un pequeño altozano un amplio y cuidado jardín, donde abundaban coloridas hortensias y rosales en flor. El césped que rodeaba los parterres era de un verde intenso y los límites del mismo venían establecidos por arbustos podados con formas sinuosas y redondeadas y rocas de color oscuro que sobresalían en distintos puntos del terreno, logrando un efecto natural que rompía lo que de otra manera pudiera abrumar por su simetría o monotonía. Varias palmeras flanqueaban el camino que conducía a la rotonda dispuesta frente al pórtico de la casa. Allí una mujer de color, joven y esbelta, con aire de ejecutiva y que lucía un ajustado traje de color negro, aguardaba a que los invitados descendieran del taxi.

Luck se sintió impresionado por el lujo y el buen gusto que exhibía la casa. El zaguán amplio e iluminado bajo el incipiente crepúsculo, reflejaba los matices anaranjados de la puesta de sol. Diversos óleos con barcos de vela navegando sobre mares embravecidos y bajo cielos tormentosos decoraban las paredes. Mobiliario y enseres decimonónicos relucían con el brillo de la manufactura reciente. La asistenta les invitó a pasar a una amplia sala de estar, de aspecto más prosaico e informal, aunque igualmente decorado con muy buen gusto. Les informó que el anfitrión tardaría pocos minutos en llegar. Su voz le resultó a Luck dulce, de un acento caribeño y sensual.

Allí también abundaban los óleos de corte clásico cuyo contenido resaltaba sobre el estuco veneciano color crema con el que estaban decoradas las paredes. La sala disponía de amplias cristaleras cuyas puertas permanecían abiertas con descuidada familiaridad, toda una invitación a disfrutar de la bella apacibilidad de los jardines de aquella vertiente de la casa. Una fuente que no alcanzaban a ver hacía llegar su suave murmullo desde su escondrijo.

Cada uno de los invitados se entretuvo inspeccionando los diversos elementos de la estancia. El profesor Roy se detuvo ante un óleo en particular que mostraba un bello rostro de mujer vestida con ropas de encajes de tul perteneciente a la época victoriana. Luck no pudo evitar acercarse a un Steinway, un soberbio piano de cola de madera coromandel pulida. Sus dedos jugaron sobre el teclado, que emitió unas notas prístinas y puras. Sin darse cuenta inició los primeros compases de *Star Wars*. Cuando levantó la vista su mirada se cruzó con la de Marcie, que le observaba entre divertida y admirada. No pudo evitar sonrojarse un poco y dejó inmediatamente de tocar en mitad de un acorde inacabado.

El profesor Logan mostraba a Susan un raro objeto cuidadosamente dispuesto bajo una urna de cristal. Se trataba de un brazalete en forma de serpentín que se enrollaba en el antebrazo. Tanto el principio como el final del mismo mostraba la cabeza de un ofidio y en su recorrido figuraban grabados varios cartuchos de jeroglíficos egipcios.

El señor Pemberton hizo su aparición al cabo de escasos minutos con un avanzar pausado. Parecía un lord británico extraído de una novela de George Eliot. Vestía un traje de lino *beige*, con chaleco de idéntica calidad y corbata oscura sobre una impecable camisa blanca. Su rostro moreno y su mirada clara, de ojos azules, mantenía sin embargo un rictus severo que desaparecía brevemente con cada sonrisa. Su barbilla venía adornada por una abundante pero milimétricamente delimitada barba blanca. Su voz atemperada parecía incapaz de alterarse o mostrar un sentimiento distinto de la cortesía.

Saludó a todos los presentes. Ya había memorizado cada uno de sus nombres, su currículum y méritos, como demostró fehacientemente en cada estudiado saludo que dirigió a cada uno de sus invitados. Se entretuvo con los profesores Roy y Logan, por cuyos trabajos y publicaciones recientes se interesó, especialmente con el segundo. Aparentaba ser un gran conocedor de las tesis del doctor Jung. La conversación amenazaba con ser monopolizada por este aspecto, pero hábilmente supo interrumpir educadamente la disertación del profesor Logan para presentarse a Susan e inquirirle por los mecenazgos que emprendía la fundación que regentaba. Por último Marcie y Luck fueron objeto de su atención a los que inquirió por sus perspectivas de trabajo e investigación. Tras estos prolegómenos, y mientras hablaban de la impresión que el archipiélago había causado en los visitantes, el anfitrión los invitó a pasar a la sala adjunta, el comedor.

No estaban preparados para la espléndida vista marina que se contemplaba desde el promontorio donde estaba situada la mansión. La parte posterior de la casa en la que se encontraban moría abruptamente sobre un breve acantilado del cual emergía el brumoso sonido de las olas batientes. Más allá, una playa de arena rosada describía un suave arco y el bosque, de un verde intenso, la engarzaba como una piedra preciosa envuelta en esmeraldas. El tapiz celeste se desvanecía en un suave contraste, de un azul oscuro e intenso en el cénit, hacia un anaranjado ardiente en la línea del horizonte. Luck sintió que el lugar adquiría un encanto inusitado. Observó el perfil de Marcie, que al igual que él, se deleitaba en la contemplación del atardecer. Su corazón le inspiró involuntariamente una certeza, la de que estaba perdidamente enamorado.

De fondo una suave melodía apenas perceptible, un registro de voz femenino y dulce. Bossa nova, reconoció Luck mientras se volvía en busca de sus compañeros. El anfitrión asignaba los asientos de los comensales. Observó que le habían asignado emplazamiento frente a Marcie. Bendijo interiormente al señor Pemberton.

La cena se inició con un Jerez. El señor Pemberton celebró la llegada del equipo de investigación y les deseo éxito en su trabajo.

—Por cierto, profesor Roy —comentó una vez finalizó el convencionalismo del brindis—, me he informado de su actual teoría, la evolución súbita, y por lo que sé, no se halla exenta de polémica. Ciertamente es una propuesta sumamente original, sobre todo en lo que incumbe al género humano, que creo que es precisamente el

punto en el que usted se ha empeñado en buscar corroboración empírica. ¿No habría sido más fácil abordar su demostración en una especie inferior... que resultase más manejable? ¿Con ratones de laboratorio, por ejemplo?

El profesor Roy sonrió complacido con la posibilidad de explayarse con su tema preferido.

—Bien, el hombre tiende a pensar que todo el universo que conoce es estable e inmutable. El día sucede a la noche, las estaciones se repiten cíclicamente. Pero la ciencia nos dice que todo cambia, permanentemente, incluida nuestra propia especie. Hace años que llevo contemplando la posibilidad de que la evolución se esté produciendo. Si ha ojeado mis publicaciones, y a mis críticos de paso, comprobará que mis premisas surgen de la conciliación de la teoría de la evolución darwiniana con lo que sabemos de genética. Llevo años estudiando poblaciones humanas, particularmente aisladas del resto, en busca de indicios. Y por supuesto, podría haber abordado la cuestión desde un punto de vista mucho más académico y menos aventurero, se lo reconozco. Pero seguramente si hubiera hecho eso yo ya no sería Samuel Roy. —Sonrió complacido de su explicación que sin duda le parecía tan ingeniosa como audaz.

—Aplaudo su... osadía —aceptó el señor Pemberton—. Así que a guisa de ese planteamiento va a la caza de lo que usted denomina «el despertar», si no me equivoco.

—Así es. Aunque he de reconocer que aún no he hallado nada digno de mención... pero siempre me fascinó que la historia de la especie humana esté salpicada de capítulos de coexistencia de especies diferentes. Ya saben, no sólo se trata de cromañones y neandertales, también tenemos que nuestra propia especie convivió en Asia con una línea de *homo erectus*, nuestros ancestros, que habían sobrevivido durante decenas de miles de años más de lo que se creía. Incluso se especula que dicho ancestro, el *homo erectus*, convivió hace dos millones de años con otras dos especies Homo que no llegaron a prosperar. Los ejemplos así abundan. Cada año se descubren nuevas coexistencias. La idea de que la evolución del hombre es una línea sucesoria tranquila y homogénea en la que se suceden cambios progresivos y graduales hasta nosotros es pueril y equivocada. Se trata de un camino plagado de bifurcaciones, absolutamente caótico, muchas de las cuales mueren en callejones sin salida, desde luego, pero que ha provocado una incesante convivencia de especies Homo distintas, en numerosas ocasiones a lo largo de la prehistoria. Pensar que eso mismo no ha de suceder en nuestros días es tan infantil como seguir creyendo que la Tierra es el centro del Universo.

—Es sin duda muy buen argumento, profesor Roy. Le felicito por su confianza en sí mismo. Sin embargo sus críticos le acusan de disipar fondos de investigación en viajes costosos y extravagantes, más propios de un aventurero excéntrico que de un investigador.

El profesor Roy se carcajeó, distendido.

—Mis críticos dicen cosas mucho más desagradables que ese eufemismo — repuso con una amplia sonrisa en la boca. Luck diría que el profesor se enorgullecía de su fama de mujeriego, conquistador y aventurero extremo, una combinación de cualidades más apropiada para un personaje de cine que uno de carne y hueso. Luck intuía que el profesor se deleitaba doblemente en esa vida, tanto por lo que disfrutaba como por la admiración y envidia que despertaba. Cuando se sentía fastidiado por esa exagerada autocomplacencia de su mentor, Luck consideraba, sardónico, que sólo le faltaba un sombrero y un látigo para encarnar a quien tanto parecía querer emular.

—Por mi parte siempre me he planteado la evolución del hombre desde el punto de vista de teorías como el transhumanismo, aunque no comparto los postulados más radicales que algunos teóricos defienden —intervino Susan—. Creo que el futuro de la evolución del hombre pasa por el propio hombre. Será una evolución dirigida, eso se me antoja incuestionable. Tal vez por este hondo convencimiento el profesor me deslumbró con su arrogante seguridad. —Susan sonrió complacida—, y no me costó mucho convencer a mi Consejo para lograr este patrocinio —dijo mientras señalaba con picardía al aludido—. Pero aparte de famas y reputaciones más o menos dudosas, no dejo de reconocer que la tesis del profesor es fascinante y abre una nueva posibilidad, y aunque sea remota y sólo sirva para corroborar que se trata de una hipótesis falsa, es digna de estudio.

El señor Pemberton sonrió levemente, complacido y divertido por la explicación mientras Samuel Roy brindaba irónico por las palabras finales de Susan.

—Me resulta sumamente gracioso que consideren nuestro pequeño archipiélago como cuna de una nueva especie. —El señor Pemberton retomó la palabra—. Históricamente ese papel siempre le ha correspondido a las planicies orientales de África, si no me equivoco. Pero señorita Susan, ya que menciona las tesis del transhumanismo, y declarándose estudiosa de la misma, parece extraordinario verla apoyando un proyecto como éste. Yo particularmente también comparto esa opinión de que será el propio hombre, ayudado por la ciencia, el que marque la pauta de la evolución de la propia especie. El dominio de la genética crece día a día. Tarde o temprano la humanidad llegará a un umbral en el que seremos capaces de lograrlo, umbral que se traspasará inevitablemente. Si no lo hacen unos, lo harán otros. La cuestión moral de si es algo que debe hacerse o evitarse quedará superada, como tantas veces en la historia de la ciencia, por la vía de los hechos.

Marcie hizo entonces ademán de intervenir. Tomó la palabra primero con voz vacilante, pero su tono se fue afianzando a medida que exponía sus ideas.

—Esa es una cuestión que me preocupa, señor Pemberton. Observo que sin embargo a usted la no existencia de límites de alguna clase en la manipulación genética no le inquieta demasiado, pero yo sí tengo objeciones morales. No se trata de que, por ejemplo yo sea una persona de fe cristiana. Mi familia tiene firmes raíces en la iglesia baptista con la que siento especial afinidad y cuyos valores comparto en gran medida. Gracias a ellos me esfuerzo por lograr un mundo más justo y

solidario... Como comprenderán no se trata de seguir un código de normas acerca de lo que está bien y está mal. Me refiero a una filosofía de vida que implica la trascendencia del yo y que facilita la comprensión del género humano como una verdadera hermandad. Muchas veces me he preguntado en relación al asunto que tratamos, cuando coexistieron dos especies humanas, si la razón por la cual una próspero sobre la otra fue esta capacidad trascendente o mística, la capacidad de pensar más allá de uno mismo. Comprendan que este sentido, aunque pudiera tener un origen religioso, en el hombre moderno abarca facetas muy diferentes, desde la capacidad de identificarse con un equipo de fútbol o adscribirse a una ideología política. En todas esas facetas el individuo ejerce una capacidad intelectual que supera la fuerza egocéntrica del instinto. Incluso se llega a entregar la vida por una causa. —Marcie hizo una pausa en su disertación—. Y ahora, ante ese esquema de cómo podrían ser el hombre del futuro, observo que este género de progreso puede crear distorsiones imposibles de reconciliar y que chocan frontalmente con esa aspiración de fraternidad a la que me refería. Las clases sociales, diferenciadas hasta ahora por cuestiones accesorias y más o menos fáciles o difíciles de corregir, según se quiera ver, podrían perpetuarse y cristalizar de una forma definitiva. Una especie de diferenciación entre morlocks y elois que describía H. G. Wells en su *Máquina del tiempo*. Es una perspectiva nada agradable, la verdad.

El profesor Roy carraspeó.

—Ciertamente Marcie, encuentro lo que has dicho del todo razonable. Ha de saber que comparto sus inquietudes y sus valores cristianos y que su análisis de la evolución del hombre y la existencia de esa capacidad mística del homo sapiens como característica triunfadora es verdaderamente interesante, —intervino el profesor con tono condescendiente mientras acompañaba sus palabras con un brindis de su copa de vino, como celebrando el pequeño discurso de la joven, que tras su aventurada exposición había enrojecido levemente. Luck la consideró más hermosa que nunca—. Poco puedo añadir a lo que ha dicho, —prosiguió el profesor—, si acaso remarcar que son muchos los escritores que han conjeturado con un mundo futuro donde la especie humana ha evolucionado de manera divergente... En cierto sentido también la conocida saga cinematográfica de *El planeta de los simios* va en esa línea. Dos especies homínidas, una dominante, otra dominada. De hecho la historia de nuestra propia especie demuestra un hecho fehacientemente y que no es muy halagüeño. Cuando coexisten dos especies humanas, sólo sobrevive una.

—También suscribo las objeciones de Marcie... —comentó tímidamente Luck a fin de mostrar su simpatía por ella—. ¿Acaso no implica ese progreso genético que existirá una evolución condicionada por los recursos económicos de las personas? Sería terrible que una cuestión tan importante cree una brecha insalvable entre ricos y pobres. No sólo los más pudientes podrán seleccionar genes mejores para sus hijos, sino dotarles de las mejores aptitudes genéticas tanto por condición física como intelectual. ¿Qué pasaría a largo plazo?

El señor Pemberton se había quedado en minoría con sus planteamientos. Enarcó las cejas, levemente contrariado.

—Sin duda son muy ciertas esas aseveraciones y siento haberme quedado solo al defender mis convicciones transhumanistas, a excepción claro está de la señorita Andersson. Siento que no he sabido explicarme adecuadamente, —se disculpó conciliador a continuación. Acababan de servir una ensalada de salmón como entrante y una sirvienta la había distribuido en los platos de cada comensal según las indicaciones de cada cual. El señor Pemberton se llevó un diminuto bocado a la boca y tras terminar de deglutirlo prosiguió—. Sin embargo su argumento, aunque justo, resulta pueril. Desgraciadamente desde que el hombre existe abundan las diferencias sociales, los que tienen poder o capital, de los que no. Sin duda avanzamos hacia esa situación, nos resulte más o menos del gusto de cada uno. Como tantas revoluciones tecnológicas que han afectado al género humano, el progreso es imparable. Por mi parte prefiero considerar que finalmente esa evolución alcanzará a todo el mundo... de la misma manera que cuando se produce un avance médico nadie protesta indicando que serán los más pudientes los primeros en beneficiarse del mismo.

Pero Marcie no se mostraba tan conciliadora.

—Claro que en una cuestión como esta... bien podría pensarse que tal vez esas primeras generaciones de hombres evolucionados quisieran perpetuar su supremacía sobre el resto del género humano... —continuó—. Sin duda se trata de un riesgo ante el cual habría que plantearse medidas... un código ético y normativo de cómo proceder.

—Pero bueno, —protestó el señor Pemberton con su voz meliflua—. A fin de cuentas el transhumanismo aspira a algo positivo, mejorar el ser humano en todos los planos, incluso alcanzar la inmortalidad gracias al progreso científico. Yo incluso me atrevería a decir que podría alcanzarse una cualidad moral superior derivada de dicha inmortalidad. ¿No sería la misma fuente de apaciguamiento de todo tipo de ansias, conflictos y guerras? ¿Consideran que algo así es malvado?

Susan meneó la cabeza, con seguridad.

—Ciertamente que resulta una idea atractiva, para el individuo concreto, desde luego —contemporizó Susan—. No lo voy a negar. Sin embargo la consideración de que sea el conjunto de la humanidad inmortal, o que simplemente el hombre alcanzara una longevidad que ahora nos parece inalcanzable... ¿qué clase de mundo haría eso factible con los recursos limitados y con la población mundial creciendo a un ritmo trepidante? ¿Quién decide quién es inmortal y quién no? ¿Habría que tener un programa de natalidad... restringido a cero? Parece algo contra natura. De hecho la naturaleza nos ha hecho mortales... ¿Qué sucedería si una especie como la humana viviese cientos, miles de años, si las promesas de la revolución nanotecnológica se cumplieran? La humanidad se podría comparar entonces a un virus, que cuando invade una célula se multiplica sin fin hasta que la revienta. Lo cierto es que se generan cuestiones que resultan difíciles de determinar. Coincido en que es muy

posible que las premisas transhumanistas se cumplan... y reconozco que captan todo mi interés, de hecho las suscribo. Pero también me preocupa las consecuencias de las mismas. A menudo considero que la humanidad avanza completamente a tientas en estos aspectos.

El señor Pemberton asintió, y repuso con voz sibilina.

—No me irá a negar señorita Anderson que no le agradecería ser inmortal, ¿no es así? —Después de una pausa inesperadamente larga en la que mantuvo la mirada con la mujer, se dirigió al resto—. Todo esto me recuerda a las clásicas objeciones de carácter maltusiano que establecían límites al crecimiento de población y recursos, ya enunciadas en el siglo XIX. Si Malthus levantara la cabeza... —El señor Pemberton sonrió para sí, complacido de lo que exponía—. La señorita Evans por otro lado es partidaria de las tesis del profesor Fukuyama, que por lo que veo conoce bien. ¿Y usted, profesor Logan? Permanece en silencio sin decir nada. ¿Cree verdaderamente posible la inmortalidad de un hombre posthumano? ¿Cómo cree que afectaría al hombre actual volverse inmortal?

Logan miró a su anfitrión durante unos instantes sin decir palabra, como si su mente vagara a miles de kilómetros de allí, y de pronto, al regresar, estuviera por completo al margen de la conversación.

—Lo cierto es que para su tranquilidad yo sí que comparto sus tesis transhumanistas, señor Pemberton. —El profesor Logan sonrió antes de seguir—. Pero no era en esto en lo que meditaba mientras les oía hablar. Desde mi punto de vista la psique humana viene condicionada por un motor muy particular, el de la insatisfacción. Recientemente leía un artículo interesante en el que abundaba en la universalidad del dolor humano, en un sentido metafísico, por supuesto, pero a mi particularmente me resulta más atractiva y acertada la idea de la insatisfacción como motor universal de nuestra lógica psíquica. Este planteamiento viene a decir que todo acto humano surge condicionado por la necesidad de conciliar un deseo insatisfecho. Nuestra psique persigue adecuar una realidad dada con una realidad deseada. Ante la divergencia de la misma surgen todo tipo de sentimientos; frustración, esperanza, miedo, ...incluso el odio hacia quienes interpretamos frustran nuestros deseos. Pero el común denominador de todas ellas, su germen, es la insatisfacción. Y claro, es ante todo la insatisfacción un derivado de nuestra temporalidad. Queremos lo que queremos porque sabemos que todo tiene un tiempo y un lugar... ideas que subyacen en nuestra consciencia porque en todo momento está presente en ella nuestra finitud. ¿Cómo afectaría a ese motor de la psique la certeza de la inmortalidad... o de una longevidad desmedida? —El profesor se hizo el interesante sin pretenderlo, porque bebió un largo trago de agua. Al observar que todos permanecían atentos a sus palabras se ajustó la montura de las gafas que se había resbalado ligeramente sobre su nariz y prosiguió—. Oh, por supuesto que no tengo respuestas para esta pregunta. Nunca había considerado esta posibilidad ni, obviamente, jamás he tenido la oportunidad de investigar la psique de un hombre inmortal.



El convencimiento y la seriedad con la que el profesor Logan concluyó su discurso provocó las sonrisas de todos. Finalmente el señor Pemberton que se había quedado particularmente serio, retomó la palabra.

—Vaya, profesor Logan, cierto que las tuyas son unas conclusiones interesantísimas, —comentó mientras se servía un poco de la ensaladera que había quedado en el centro de la mesa.

—Nos estamos poniendo muy filosóficos, —comentó sonriente el profesor Roy justo después de vaciar de un trago la copa de vino tinto que le acababan de servir. Llevaba un buen ritmo ingiriendo el caldo, observó para sí Luck—. Pero estoy seguro de que el señor Pemberton no le preocupa tanto la inmortalidad como el hecho de que el CDC se haya interesado por sus pacientes.

El señor Pemberton le miró impertérrito. No sabría decir Luck si el profesor Roy había hablado con calculada osadía o simplemente era uno de sus habituales deslices por su falta de tacto.

—Francamente, cuando recibí la petición del CDC para colaborar con ustedes no presté mucha atención. Pero posteriormente, al recibir la relación de científicos que nos visitaría no pude evitar una sorpresa mayúscula al observar el nombre del profesor Roy incluido en la misma. Lo cierto es que la suma de ambas circunstancias me sorprendió, desde luego. Me siento halagado porque nuestra pequeña isla sea objeto de este interés. A menudo los isleños nos sentimos olvidados por el resto de la humanidad y de pronto ese aislamiento se desvaneció. Sí, una verdadera sorpresa.

—Pero esa sorpresa no le ha impedido limitar su colaboración. Me ha resultado sorprendente, incluso chocante, que nos negaran el acceso a las tomografías de los pacientes. Es un hecho insólito que dará que hablar. Llamaré la atención de los respectivos centros de investigación americanos y británicos, se lo aseguro. —El profesor Roy, aunque hablaba con cierto tono irritante, no dejaba de lucir una sonrisa forzosamente ancha.

El señor Pemberton pareció sentirse incómodo e incluso Luck notó como el tono de su voz se hizo más aflautado y tenso.

—Me temo, señor Roy, que nuestros estatutos nos impiden facilitar dicha información a terceros, especialmente cuando los tratados de colaboración establecen que para las patologías que nos ocupan, completamente inocuas, prima el secreto del expediente médico de nuestros pacientes. Si tienen algún problema al respecto pueden dirigirse a nuestro bufet jurídico.

En ese momento llegaban sendas bandejas de marisco variado, ante las cuales todos los comensales mostraron su admiración, siendo el profesor Roy el más entusiasta de todos ellos.

—He de felicitar a nuestro anfitrión por este espléndido despliegue gastronómico. Me siento extraordinariamente halagado. —Y levantó su copa en dirección al señor Pemberton, secundado por el resto de comensales, que sonreían encantados.

A partir de ese momento se rebajó la tensión de la conversación y el diálogo fluyó

hacia aspectos más intrascendentes y pintorescos de la vida en las Bermudas. Luck sintió como el vino le aflojaba la lengua, y sin darse cuenta apenas, se encontró charlando en más de una ocasión con Marcie, compartiendo risas y haciendo comentarios cómplices.

El sol, en el poniente, refulgía con tonos que doraban el idílico escenario, confiriéndole la textura de un ensueño inasible, hasta que finalmente se ocultó, plácido, tras el tapiz extendido de un océano inacabable.

## Capítulo 16

El único que compareció a la mañana siguiente en el desayuno del hotel, además del propio Luck, fue el profesor Logan. Ambos compartieron mesa y desayunaron, en un primer momento cada cual abstraído en sus pensamientos, pero poco después, a cuento de algún detalle intrascendente, el profesor Logan arrancó con una de sus disertaciones de psicología, lo que hizo que Luck se sumergiera aún más, ayudado por la voz monótona y el contenido incomprensible de la charla del profesor, en su agitada maraña de sentimientos.

Sí, en primer lugar Luck se encontraba en un estado emocional efervescente. La víspera había constatado que Marcie había aprovechado los escasos momentos que permitió la velada para conversar con él, y habían sido momentos electrizantes, divertidos, de compenetración, y el mero recuerdo hacía que su corazón latiera más deprisa. Sin embargo no sólo era esa la única cuestión que se dirimía en su interior. Había otras consideraciones que le resultaban sumamente incómodas.

Luck comprendía que se encontraba en una situación profesional que era una verdadera encrucijada. Su actual beca, a punto de expirar, hacía que la oportunidad de proseguir sus carrera académica dependiera íntegramente de aquel proyecto disparatado que había emprendido el profesor Roy sin contar con él. Movido como un burdo peón de ajedrez, se había dejado llevar, engañado, al centro del tablero, muy propiciamente convertido en una pieza fácil de sacrificar. Observaba la falta de escrúpulos del profesor y sentía enervarse interiormente, pero después su sonrisa cándida y la complicidad con la que le hablaba obraban como un hechizo y no comprendía cómo, emergía una corriente de empatía hacia aquel hombre, le inundaba el espíritu y, cosa prodigiosa, parecía que todo había de perdonárselo. Incluso lo sucedido la noche anterior en su falsa declaración de persona de valores morales e incluso religiosos para simpatizar con Marcie. Aquella falta de escrúpulos le superaba y no veía la manera de dejar en evidencia al profesor. Todas sus ideas maquiavélicas quedaban en el terreno de la imaginación.

Luck no se consideraba una persona religiosa, ni mucho menos. Su padre sin embargo, pastor luterano, sí había influido notablemente en su carácter, responsable y metódico. Primero, ante todo, como un deber sacrosanto, estaba la imperiosa necesidad de cumplir con las obligaciones. Luck había sido educado para ser un estricto cumplidor de sus responsabilidades. En segundo lugar venían las cuestiones accesorias. Desde mucho antes que Luck supiera entender lo que le decían, su padre ya había incrustado en su mente ese código de valores. Y con el tiempo había comprendido que se habían grabado de tal manera que habían supuesto un serio hándicap en su vida. Luck era bien parecido, no tenía dudas al respecto. Durante sus estudios universitarios recordaba varias chicas monas que se habían puesto a tiro, pero cada vez que Luck observaba a una joven que fijaba sus ojos en él en la biblioteca de la universidad o se sentaba a su lado en clase, más firmemente hundía

su cabeza en el libro que estuviera estudiando o en los apuntes que estuviera anotando. Era algo superior a su comprensión y mucho se temía Luck que la rígida educación paterna seguía pesando en él, como un reflejo condicionado enseñado a una rata de laboratorio. Ahora, en aquel momento, en medio de su complicada situación profesional que requería estar muy centrado en todos los tejemanejes que el profesor Roy ponía en marcha, parecía un ejercicio de suprema frivolidad flirtear con la hermosa Marcie. Luck sentía un peso enorme, el de su conciencia, que le impelía a dejar a Marcie de lado y centrarse en salvar su carrera.

—¡No! —exclamó Luck, absolutamente absorto en lo que pensaba, interrumpiendo la disertación del profesor Logan.

El profesor levantó la vista de sus huevos con beicon y le miró con severidad.

—Bueno... negar que la ruptura entre Jung y Freud no se debió a su singular discrepancia respecto al papel del psicoanálisis está suficientemente documentado, jovencito, así que afirmar lo contrario con la frivolidad con la que usted lo hace debiera ser materia de reflexión.

Luck asintió confundido. Ignoraba exactamente en qué cuestión había interrumpido el monólogo del profesor Logan. Afortunadamente no tardó, tras sermonearle debidamente sobre su atolondrado juicio, en recuperar el hilo discursivo anterior y el desayuno prosiguió tan anodinamente como antes, lo cual permitió a Luck retomar el curso de sus pensamientos.

Y sí, no estaba dispuesto a que en esta ocasión ni su vida profesional, ni sus escrúpulos, ni la sempiterna sombra de su padre mirándole ceñudo desde la tumba, desbaratasen su propósito. Masticó enérgicamente mientras dentro de él cobraba fuerza esa determinación. Poco a poco la agitada mezcla de emociones fue mitigándose para dejar tan sólo un intenso propósito que se traducía en una presencia más animosa y alegre. Se encontró prestando más atención a las palabras del profesor Logan y hasta le parecieron acertadas y plenas de sentido, aunque no comprendiera muy bien qué era aquello de la neurosis freudiana irresuelta y por qué Jung insistía tanto en ese factor.

Y era tal el ánimo que lo embargaba que tomó una resolución. Hablaría decididamente con el profesor Roy, dispuesto a enmendarlo y a indicarle de una vez cuáles eran los límites que cabía esperar de una persona de su rango académico. Entendía Luck que al menos, el profesor Roy, debía esforzarse por ganarse la reputación de persona íntegra y honesta, calificativos que distaban mucho, muchísimo, de poderse atribuir al profesor en la actualidad. Había pasado la noche dándole vueltas a todo aquello y por fin, en el desayuno, había visto la suficiente luz como para tomar una resolución.

\* \* \*

Diez minutos después era el propio Sammuél Roy quien le abrió la puerta de su

habitación y le invitó a pasar cordialmente al interior de su espléndida *suite*. El profesor vestía tan solo un batín corto y blanco, con el logotipo del resort en el bolsillo del pecho. Llevaba el pelo alborotado y húmedo que indicaba que acababa de ducharse recientemente. Había un intenso olor a tabaco habano en la habitación. Sobre la cama, una bandeja con los restos de un abundante desayuno, demostraba que el profesor no había escatimado en comodidades.

—Llegas a tiempo para encomendarte un recado que confío sabrás ejecutar con profesionalidad.

A Luck no le gustó ni el trato cordial del profesor ni la palabra «recado», que parecía arrastrarle una vez más hacia un cometido indigno de un estudioso del género humano, en concreto de su historia antropológica. Además su estado de humor circunspecto era el idóneo para soltar todo lo que tenía que decirle a su mentor y no desea enredarse en conversaciones banales. Ya estaba bien de argucias, engaños, maquinaciones y todo tipo de embustes en los que se veía envuelto o de los que era testigo. No le agradaba ver esos fingimientos en uno u otro sentido, el último de los cuales había sido emular una presunta moralidad adornada de cierta pátina cristiana para agenciarse la simpatía de la señorita Evans, algo que a todas luces a Luck le indignaba por deshonesto. Ese era su estado de ánimo y sus palabras las había ensayado varias veces durante su noche insomne, en especial en aquellos escasos momentos en los que había logrado apartar la sonrisa de Marcie de su imaginación.

—Verá profesor Roy...

—Sam, llámame Sam por favor, y acércate aquí muchacho, que quiero enseñarte algo.

Roy tomó a Luck del brazo y casi lo empujó hacia una mesita de estilo siglo de oro francés desde la cual se disfrutaba de unas vistas de la bahía que hechizaban al que las contemplaba. De hecho Luck perdió el hilo de lo que quería decir. Cuanto intentó retomar la iniciativa de la conversación era demasiado tarde. El profesor le mostraba su caja de puros como si él mismo la hubiera fabricado y armado con sus propias manos.

—¿Qué te parece muchacho? ¿Verdad que es un regalo espléndido?

Luck asintió cariacontecido. No se iría de aquella habitación sin decir lo que tenía que decir así que decidió armarse de paciencia.

—Creo que mi amigo se va a sentir especialmente querido cuando reciba este regalo. Es un amante del tabaco... realmente un auténtico pirado, así que sabrá apreciar esto, muchacho. —El profesor soltó unas risotadas, satisfecho del éxito que esperaba cosechar con aquella simple caja de tabaco, por muy cara que hubiera resultado—. Mira Luck, aquí en este papel tienes el nombre y la dirección. Seguro que cerca de la oficina de correos de Hamilton encuentras alguna papelería donde encontrar un papel regalo mono para envolver la caja. Es algo serio, muchacho, así que ni se te ocurra comprar algo cursi, ¿entendido? Debe ser elegante, fino, Luck. Excelente, esa es la palabra.

Luck asintió.

—Bien,... ¿y esa cara de circunstancias? ¿Te han dado una mala noticia? No me digas que ha fallecido un familiar o algo así. Siéntate, siéntate.

El profesor al fin reparaba en el aspecto descompuesto de su pupilo, y lo condujo hacia una zona amplia de la *suite* donde había dos butacas enfrentadas estilo Luis XIV. Luck se sintió incómodo al ver las piernas del profesor completamente desnudas cruzadas delante de él. Se esforzó por recuperar la concentración.

—Verá prof... señor... digo... Sam. —No resultaba tan fácil mostrar la disconformidad con el carácter de una persona cuando se está frente a ella. Con la imaginación los diálogos resultaban extraordinariamente fluidos y en ellos la razón propia triunfaba indefectiblemente. La realidad era más compleja o extraña, como lo atestiguaba la extraña pinta de su interlocutor. Aquel batín lo desconcertaba—. Lo que quería expresarle es mi disconformidad con ciertas formas de su proceder.

El profesor miraba atentamente a su pupilo, con una expresión en su semblante que Luck nunca había visto con anterioridad. Aquello le incomodó porque siempre había pensado que iba a lograr avergonzar al veterano profesor. Aquella mirada distante le inquietaba.

—Mmm... he observado, y he sufrido en mis carnes, como es usted... como eres, quiero decir, —corrigió Luck al recordar la insistencia del profesor en tutearle—, tendente a la tergiversación y a la manipulación de los que te rodean. Yo he sufrido tus argucias en varias ocasiones consecutivas e incluso me has obligado a inventar un cuento con el que entretengo al pobre profesor Logan. Cada vez que lo pienso se me revuelven las entrañas. He sido arrastrado hasta esta isla con un engaño, del que me sacaste cuando ya era demasiado tarde para poder librarme. Me pregunto desde cuando preparaste el plan para ningunear por completo el desarrollo de mi tesis y embarcarme en tu estudio, tan improbable como fantasioso. Seguramente desde el mismo momento en el que nos conocimos. Es un engaño que ya tengo plenamente asumido, pero aún así me siento molesto y humillado.

El profesor asentía, pero su barbilla se había alzado en un rictus de orgullo y altanería que no le gustaba nada a Luck. No parecía avergonzarse de nada, sino que su postura se hacía aun más inamovible. Luck observó que su propia voz temblaba ligeramente, pero era demasiado tarde para la retirada. Había que lanzarse al ataque con todo lo que tenía a mano.

—Ayer mismo. Fui testigo de cómo en su insistencia por acercarse y seducir a la señorita Evans te hacías pasar por simpatizante religioso y hasta fervoroso creyente... cuando... tú y yo sabemos que tu moral es... digamos, —Luck no recordaba las palabras que había utilizado en su discurso imaginario. Se sentía como un globo desinflándose rápidamente—. Sí, quiero decir que tu moral es cuanto menos muy flexible. En eso a ninguno de los dos nos cabe la menor duda.

—Sí, claro, ...a ninguno de los dos —repitió con un tono sardónico el profesor. Sus ojos eran apenas indistinguibles por los párpados entrecerrados del académico,

como si urdieran un plan nada agradable para el futuro de Luck.

—Sí. No me parece que el estar acechando a mujeres y seducirlas bajo engaños y falsas apariencias sea algo correcto. Comprenda que me hace sentir extraordinariamente incómodo ser testigo de semejantes... estratagemas.

—Te lo dije, Sam, este chico es una joya.

La que había hablado no era otra que Susan Andersson. Salía del baño de la habitación, en el otro extremo de la estancia, y también iba vestida con el corto batín blanco del hotel, que permitía mostrar unas piernas, hasta la altura de los muslos, que dejaron a Luck azorado y sin casi aire en los pulmones. Su pelo estaba revuelto y su semblante hermoso sonreía con un aire feliz.

—Anda, Sam, deja de asustar al chico con esa mirada tuya de mafioso de Chicago. —Sam alteró el semblante con fastidio. Había disfrutado de la conversación, de su aire reservado y distante que tanto había puesto nervioso a Luck, y ahora reía distendido de nuevo. Luck mientras tanto permanecía con la boca abierta.

—Así me gusta Luck, —aseguró Susan dirigiéndose a él en tono protector—, que te preocupes por el honor de las mujeres que te rodean. Todo un caballero, no como este trotamundos, mujeriego y aventurero... y también incorregible, bien lo sabré yo. Además debes tener en cuenta que este académico al que tanto quieres enderezar fue estudiante de arte dramático en su primera juventud, así que no te dejes engañar por sus poses gansteriles y sus miradas de perro abandonado.

Luck miraba a Susan con cara de no entender nada. Su semblante mostraba un absoluto desconcierto.

—Has de saber, querido Luck, que Sam y yo estuvimos casados hace años —aclaró finalmente la mujer, que sonreía divertida por el azoramiento del joven—. Pero nuestras vidas profesionales siempre han resultado de lo más incompatibles, así que permanecemos en un estado sentimental ambiguo. Amantes ocasionales o separados rejuntados, elige la que más te agrada, —Susan se rió al pensar en algo—, pero por lo que más quieras, no cambies jamás. Me ha encantado como has puesto firme a Sam, hay pocos hombres que se hayan atrevido a tanto... Y que después hayan vivido para contarlo —rió finalmente.

Sam le miró contrariado.

—Por Dios mujer, el muchacho ha soltado un par de simplezas con voz temblorosa. Estoy seguro que si hubiera llegado a escuchar mi réplica habría salido corriendo por la puerta directo al cuarto de baño de su habitación del miedo que le habría metido encima. ¿Verdad Luck? —y el profesor le propinó una buena palmotada en la espalda.

Luck se sintió abatido. Había vuelto a pasar. No sabía cómo, pero Sammuel Roy le había ganado la mano otra vez. Era superior a sus fuerzas. Su filípica se había quedado en... ¿otra anécdota divertida? ¿Una simpática metedura de pata? ¿Qué pasaba con él y con su tesis? En un momento de suprema lucidez se preguntó qué sería lo siguiente. Miró entonces desconfiado la inofensiva caja de tabaco que estaba

sobre la mesita, entre las dos butacas.

—Espero que no me vuelva a meter en un lío con esa caja de tabaco, profesor. No se trata de algo ilegal, ¿verdad?

El profesor puso cara de ofendido mientras Susan regresaba al cuarto de baño y cerraba la puerta tras de sí, no sin antes soltar una nueva y alegre carcajada.

—¿Ilegal? ¿Cuándo te he metido yo en algo ilegal sin que tú lo supieras? No, hombre, Luck, no es mi manera de proceder en absoluto. ¡Qué rematadamente poco me conoces! Meterte yo en algo a ilegal sin tú saberlo... La verdad es que si insistes, muchacho, creo que vas a lograr cabrearme de verdad... con lo buena gente que soy yo. Y sería una lástima créeme, Luck, sería una lástima porque he de decirte que siento verdadero aprecio por ti. —El profesor Roy se acomodó en el sillón y miró hacia el techo de la habitación, como buscando inspiración celestial. Después sus ojos se clavaron de nuevo en Luck. Era una mirada cálida, cargada de sinceridad—. Te tengo por un chico honesto, virtuoso, trabajador... y muy inteligente. ¿Crees que te habría embarcado en esta fantástica aventura de descubrimiento si no creyera que eras el compañero idóneo? ¿Sabes la cantidad de locos y cernícalos que me atosigan constantemente para formar equipo conmigo? Verdaderos advenedizos que como vampiros quieren chupar la sangre de la fama que corre por mis venas. Pero con una mirada puesta en ti el día que te presentaste en mi despacho, me di cuenta de que eras un tipo serio, de confianza Luck... Pocos pimpollos los hay así. Me recordaste a cómo era yo cuando tenía tu edad. Sí, tu honestidad me impresionó, y eso, es algo, querido amigo, que hoy día escasea una barbaridad. Me siento afortunado por tu compañía. No hagas por favor, que me sienta equivocado o arrepentido por ello. — Finalizó con voz inusitadamente seria.

Las palabras del profesor, con un tono de honda sinceridad, casi conmovido, impresionaron a Luck, que sintió por un momento que sus ojos se humedecían. Una nueva corriente de empatía se había restablecido entre ambos. No había duda que al menos, en cuanto a Susan atañía, había metido la pata. El remordimiento por aquel juicio equivocado junto al aprecio que le mostraba su tutor desarmaron a Luck completamente. Asintió emocionado mientras musitaba un tímido «gracias». Sí, había sido engañado... pero, ¿dónde se había quedado su ira contenida? Barrida por un chiste, sepultada por unas palabras amables.

Durante unos largos segundos reinó un silencio electrizante en el que cada cual se sumió en sus particulares sentimientos de lealtad y respeto, o al menos así lo vivió Luck.

Finalmente el profesor Roy se levantó de su asiento. Su expresión se había demudado extraordinariamente formal ahora. Le habló a Luck como en confidencia.

—Luck, anda, acércate aquí. Quiero mostrarte algo que es verdaderamente importante. Para que veas cuánto confío en ti.

Luck se incorporó y se dirigieron a la mesa escritorio de la que el profesor había tomado la caja de puros cuando se presentó en la habitación. Ahora observó que el



portátil del profesor, un *mac* última generación, permanecía discretamente encendido pero con la tapa cerrada, en una esquina de la mesa. El profesor se sentó frente a la misma y Luck tomó una silla que situó a su lado. El profesor le mostró entonces lo que estaba investigando al desplegar la pantalla del portátil.

—¿Sabes lo que es esto?

Parecían los planos de distribución de un edificio, pero a Luck aquello le resultaba por completo desconocido.

—Es el King Edward, Luck. ¿Ves? Aquí está la entrada principal del hospital. Aunque este que ves se corresponde con el plano de la tercera planta, a la cual nos interesa acceder.

—¿Acceder?

—Por supuesto Luck. Tenemos ahí las pruebas que necesitamos. No las dejaremos escapar, ¿verdad? —Roy se enfrentó con Luck, mirándole fijamente—. *Nam et ipsa scientia potestas es* —soltó alegre—. ¿No es así? El conocimiento es poder. Y no vamos a permitir que se nos escape de las manos, ahora que está a nuestro alcance.

Luck empezaba a comprender de lo que estaba hablando el profesor, pero se resistía a creerlo.

—¿De qué estamos hablando exactamente profesor?

—Sam... Sam... Muchacho. ¿De qué crees que estamos hablando? Recordarás que nos han negado el acceso a las tomografías. Bufet jurídico, ¡ya! No nos vamos a enterrar en pleitos legales si con llegar al despacho adecuado tenemos el tema resuelto, ¿no crees? Aquí lo tenemos, exactamente en este despacho, el del doctor Bennet. Gestiona el TAC de los chicos hospitalizados. *Veritas liberabit vos*. La verdad nos hará libres... y lo vamos a demostrar. Pillaremos esas tomografías cerebrales Luck, y sabremos de verdad lo que tenemos entre manos. No se lo esperan. Es algo demasiado osado. Creen que con un par de analíticas nos vamos a conformar, pero eso es porque no conocen al verdadero Samuel Roy... ni tampoco al genuino Luck ...

—Wright.

—Al verdadero Luck Wright, sí. ¿Qué te parece la idea?

—Pero estamos hablando de... ¿solicitar esas tomografías por otro cauce?

El profesor Roy se carcajeó, ufano.

—Sí, podríamos decir que será por otro cauce. Me gusta tu sentido del humor, muchacho. Ya sabes —le guiñó un ojo—, con nocturnidad y alevosía, y un par de pasamontañas y ropa negra. Creo que sé por dónde podemos entrar, en horario de madrugada será fácil colarnos en el hospital por sus dependencias administrativas, en la cara norte del edificio. No hay obstáculos desde una carretera local. Desde allí sólo hay que subir un par de pisos y localizar el despacho del doctor Bennet...

—Por favor, no siga. —El rostro de Luck había enrojecido. De nuevo se estaba viendo arrastrado a una aventura temeraria, ésta franqueando por completo el límite

de la ley para adentrarse en el territorio del robo, violación de la propiedad y no sabía cuántas cosas más—. Eso es un delito profesor. ¿Cómo se atreve a contar conmigo para eso? Precisamente todo lo que le dije hace un rato en relación a su proceder deshonesto y torticero... y me lo niega, para a renglón seguido proponerme la comisión de un delito. ¿Está usted en sus cabales? —La ira reaparecía. Luck sentía sus sienes enrojecer y su corazón latir pesado y rápido.

—Muchacho. A menudo la ciencia ha debido progresar transgrediendo algunos límites, que vistos con la suficiente perspectiva, son irrisorios. En el siglo XVII, en pleno auge de la medicina, los únicos cadáveres que se permitía diseccionar eran los de los criminales ajusticiados, pero como no había tantos, muchos anatomistas optaban por robar cadáveres de los cementerios. ¿Increíble? A veces la ciencia avanza por caminos serpenteantes...

—Por Dios, profesor, esto no es un camino serpenteante, es ¡un verdadero delito! Ni loco se me ocurriría acompañarle en semejante empresa.

Y dicho esto Luck abandonó apresuradamente, rojo como la grana, y cerrando la puerta de la habitación tras de sí con más fuerza de la debida.

—¡Ni loco! —gritó por el pasillo camino de su habitación. Era un grito destinado a conjurar el más mínimo resquicio que permitiera a su mente albergar espacio a las artes dialécticas del profesor Roy y le arrastrase aún más abajo en el fango de su vida inescrupulosa.

\* \* \*

Luck entró en su habitación como una exhalación y arrojó sobre la cama la caja de tabaco dispuesto a hacer ese pequeño servicio al profesor, pero absoluta y férreamente convencido de no colaborar en aquella felonía que le repugnaba por completo.

No se sentó, sino que paseó inquieto de un lado de la habitación a otro. «¿Cómo se atreve?» se decía una y otra vez, y a veces cambiaba a «¡Cómo se atreve!». Y su enfado se volvía aún más virulento en ocasiones porque una vocecita dentro de él, un instinto aventurero y fantasioso de su infancia que apenas había sobrevivido a su educación estricta y metódica, decía tímidamente, de vez en cuando, «...y si tuviera razón...». Y para sofocar esa idea perniciosa Luck arrojaba sobre ella un cúmulo de improperios interminables e imprecaciones malsonantes.

Luck se entretuvo imaginando cuál sería el mejor desplante que pudiera darle al profesor... pero inmediatamente tropezó con dos muros infranqueables. Si se despedía de él ya no pintaba nada en las Bermudas y tendría que despedirse del grupo, incluida la propia Marcie. Y esa simple idea le laceraba el alma y le hacía sentir una incomprensible angustia localizada en la boca del estómago, algo que no recordaba haber sentido jamás antes. Y lo que resultaba aún más prosaico, si abandonaba aquel grupo de estudio y regresaba a Nueva York llegaría a tiempo de ver

cómo se agotaban sus últimos días becados y se convertiría en un paria académico, condenado a buscarse la vida como el común de los mortales, fuera de esa burbuja pintoresca y protectora que es la universidad. Y a Luck le encantaba la investigación al amparo de esa burbuja pintoresca y protectora. Otra sensación de desaliento aún más fuerte se apoderó de él.

Abatido se dejó caer sobre un mullido sofá. Se sentía agotado mentalmente. Aquel duelo entre sus juicios morales y su carrera académica lo agotaba. Intentó recordar en qué momento exacto de su vida lo jodió todo. Sí, lo sabía perfectamente porque más de una vez se había preguntado por qué el destino había obrado tan maquiavélicamente con él. Fue una tarde de verano, recién finalizadas las clases y en las que en el campus se respiraba ese aire relajado y bucólico que precede a las vacaciones, en la que buscando al profesor Julian Coleman, para el cual llevaba una recomendación, tropezó con Sammuel Roy. Fue un error fortuito. Habían cambiado los despachos, pero Luck no lo sabía. Así que creyéndose en presencia del profesor Coleman, expuso su historial académico y su proyecto de investigación para finalmente realizar un formidable alegato en el que se solicitaba lo admitiera como becario. Al profesor Roy le había encantado aquella mezcla de pundonor e ingenuidad y le aseguró que «la cosa estaba hecha». Cuando Luck comprendió el error, un par de días más tarde conoció al verdadero profesor Coleman, la maquinaria del papeleo administrativo ya estaba en marcha, y cuando todo el mundo le previno de las excentricidades de Sammuel Roy intentó quitar hierro al asunto. Hay veces en la vida en las que estamos en una encrucijada, y nosotros ni siquiera lo sabemos, pensó abatido Luck.

Llamaron a su puerta y Luck se dirigió a ella con el ánimo alicaído. Si era el profesor Roy se negaría a colaborar con él. No lo denunciaría, pero jamás se metería en la boca del lobo y lo arriesgaría todo por algo así. No pensaba iniciar una vida delictiva justo cuando más que nunca quería destacar como erudito serio y formal.

Era Marcie.

No tuvo tiempo de saludarla, aunque intentó decir hola, porque ella se abalanzó sobre él, tomó su cara entre sus manos, y ligeramente de puntillas para estar a su altura, acercó su boca a la de Luck. Fue un beso largo, cálido, carnosos. Luck sintió que unos fuegos artificiales estallaban en su cerebro e intentó comportarse como debiera esperarse de él. Abrazó a la muchacha, primero azorado, después con más pasión.

—Oh, Luck, qué feliz me haces. Siempre me había fijado en ti.

Nuevo beso, largo y ardiente. Luck sentía el cuerpo de la chica apretando el suyo. Verdaderamente lo estaba abrazando con fuerza.

—Ayer me di cuenta de que te gustaba... y cielos. Siempre te había visto tan distante, tan centrado en tu trabajo, que pensaba que eras de esos incapaces de fijarse en una mujer, y mucho menos en mi, que aún no he completado mis estudios de postgraduado.

—Yo... la verdad... es que me había fijado en ti desde hacía tiempo —confesó Luck con una sonrisa ancha y tonta en la boca.

Abrazados llegaron junto a la cama y se dejaron caer mientras se sucedía una apresurada sesión de besos. La mano de Luck se deslizó sobre la esbelta cadera de la chica, que no parecía poner la más mínima objeción a sus avances. Luck no sabía hasta dónde podía llegar ni hasta dónde le iba a permitir avanzar ella. Ciertas alarmas sobre escrúpulos morales empezaron a sonar en su cabeza como sirenas de ambulancias.

—Qué feliz me siento por este momento Luck. Pensé... Pensaba que me ibas a rechazar. A fin de cuentas sabes tan poco de mí, mientras yo lo sé todo sobre ti.

—Vaya... me sorprende tanto conocimiento.

—Es fácil, Luck. Tú estás haciendo carrera universitaria, das clase, y cualquier alumno, sobre todo si eres de posgrado como yo, puede hacer preguntas. Así que acabas enterándote de todo.

—¿Todo?

—Sí, claro. Has de saber que fue muy comentado cuando planteaste trabajar con el profesor Roy. Caramba, todos pensábamos que había que estar como un cencerro para elegir a un tío con tanto arrojo como el profesor, siempre metido en expediciones arriesgadas... ya sabes. Un aventurero de los pies a la cabeza y además de mente brillante. Todo el alumnado lo idolatra.

—Sí, bueno... pensé que algo de acción estaría bien —murmuró Luck a la vez que ya se arrepentía de lo próximo que iba a decir pero era algo casi inevitable dadas las circunstancias—. Siempre pensé que el profesor y yo formaríamos un buen equipo.

Marcie se rió.

—Sí, la verdad es que hacéis una pareja formidable, tú tan comedido y el tan impredecible.

El diálogo se interrumpía a veces con besos y caricias.

Pero finalmente fue Marcie la que se puso seria. Luck supo que hasta allí había llegado su primer escarceo amoroso. Marcie puso una mano sobre su mejilla y su semblante se ensombreció.

—Hay algo que me preocupa mucho, Luck. No sé si debo contártelo. —Sus párpados se cerraron y cuando volvieron a abrirse su mirada de ojos castaños era más intensa que nunca. Luck sintió que daría la vida si era preciso por los hermosos iris que tenía ante sí.

—Confía en mí —murmuró.

Marcie sacudió la cabeza.

—No estoy aquí por casualidad, Luck —reconoció—. Hace tiempo que conozco las teorías del profesor... de hecho conozco al profesor bastante bien, aunque no viene ahora al caso contarte por qué. He seguido sus viajes, sus conferencias, y cómo ha ido evolucionando su pensamiento, cómo ha establecido diferentes sistemas de

señuelos con los que poder confrontar su teoría... Me aproveché de todo eso para formar parte de este equipo, Luck. Te diré que Samuel Roy es mucho más brillante de lo que su apariencia estafalaria podría hacer pensar. Por eso estoy aquí. Quería que lo supieras antes que nadie.

Marcie suspiró. Hizo una pausa mientras cerraba los ojos de nuevo. Acurrucados, pegados el uno al otro en la cama, Luck consideró que aquel era el momento más dulce de su existencia. Daba igual lo que sucediera después, aquel recuerdo permanecería en su memoria hasta el último día de su vida y sólo por aquel instante merecería la pena vivir cien años sin ninguna otra compensación, aún si fuera un ermitaño célibe en medio de un desierto. Los preciosos minutos recostado junto a Marcie bastaban para dar sabor y sentido a toda una existencia.

—Y Luck, no te puedo decir por qué razón estoy al tanto, al menos de momento no puedo, no debería, pero si debes saber que la teoría del profesor respecto a las Bermudas...

—¿Si? —inquirió Luck con voz ronca dado que Marcie había vuelto a callar.

—Es cierta, Luck, es cierta. Ha dado en la diana...

—¿Es acertada? ¿De veras? ¿Cómo puedes aseverar algo tan... increíble con esa seguridad? —A Luck las preocupaciones de Marcie le resultaban lejanas y superfluas y que incluso aseverara con tanta solemnidad que las conjeturas del profesor tenían fundamento le parecía hasta gracioso. Una estúpida sonrisa de felicidad desdibujaba su semblante. Con tal de mantener a Marcie entre sus brazos Luck estaba dispuesto a hablar de cualquier asunto. ¿Había un elefante volando frente a la ventana? ¡Por supuesto!

—Luck te estoy pidiendo que confíes en mí. Tan sólo te diré una cosa que posiblemente te resulte sorprendente. Sé de lo que hablo porque yo soy nativa de aquí Luck, soy de las Bermudas. También, precisamente por eso, debo advertirte que este lugar entraña peligro para todos nosotros, sobre todo para el profesor y para ti.

—¿Para mí? ¿Si yo no tengo vela en este entierro?

Marcie le miró confundida.

—Bueno... perdón, —se explicó Luck—, quiero decir que a fin de cuentas la mente del profesor es la que ha ideado la teoría de la evolución súbita. Yo soy su becario, su ayudante... No sé qué interés puedo tener para nadie.

—Luck... tú conoces la teoría, la respaldas en tanto que estás con el profesor. Para determinadas personas sois una amenaza real. Piénsalo. Tratáis de mostrar a la luz un secreto que aún no ha sido revelado. Tal vez eso sea lo último que desean. ¿Comprendes?

Luck tragó saliva, pero aún seguía irradiando felicidad.

—Da igual Luck. Desde el momento en el que obtengamos alguna prueba tenemos que salir de aquí disparados. Para ellos sois los tipos que podéis destapar todo el pastel y me temo que no van a consentirlo fácilmente.

—...todo el pastel... —repitió Luck ensimismado. La magia del momento se

estaba desvaneciendo. Marcie se incorporó y se sentó en el borde de la cama. Luck hizo otro tanto. Ya no podía perderse en aquellos ojos inmensos y preciosos y su embobamiento finalizó. La posición vertical le hizo recapacitar sobre todo lo que Marcie le había contado como si despertara de un sueño y aún recordara su argumento.

—Debes creerme Luck. Es importante lo que estamos haciendo aquí... y de hecho... hay algo que debo hacer y para lo cual necesito tu ayuda.

—Dime, puedes contar conmigo para lo que sea —expresó Luck sin vacilación mientras tomaba la mano de la chica entre las suyas. Necesitaba tocarla de alguna manera, sentir que aquello era real.

—Estaba pensando en esos tomografías que nos denegaron, Luck, y creo que voy a entrar a copiar los archivos digitales esta misma noche. Su negativa es una señal de que quizás revelen algo importante.

—¡No! —exclamó Luck sin pretender ser tan brusco. Marcie le miró sorprendida—. Quiero decir que no está bien que corras peligro alguno. Además... además... — Luck miraba a Marcie mientras su mente se retrotraía a la conversación mantenida una hora antes con el profesor Roy. Era una situación de pesadilla. Luck sentía como las palabras acudían a su boca sin que fuera incapaz de detenerlas. Era demasiado tarde para ello, y como si fuera un espectador que observa desde la grada, se oyó decir lo siguiente— ...precisamente el profesor y yo consideramos que esa sería una buena pista para la investigación que llevamos a cabo. Es algo que no se nos había escapado, Marcie, y pensábamos ir esta misma noche para acceder a esas tomografías de una manera... u otra.

—¿En serio, Luck? —en su expresión preocupada asomó una sonrisa.

—Sí, Marcie, cariño. —Luck se sorprendió utilizando sea palabra y hablando con inesperada fortaleza—. No te preocupes por ello. Lo tenemos todo ultimado... hasta pasamontañas y ropa apropiada.

Marcie se rió al oír aquello.

—Caramba, del profesor Roy no me extraña, pero de ti, Luck, es lo último que creería. Te aseguro que por tu carácter tranquilo y formal jamás me imaginé que fueras capaz de hacer algo así... me sorprendes y se me antoja algo increíble, la verdad... Resultas mucho más fascinante y atractivo ahora que te conozco un poquito mejor.

Y Marcie volvió a besar a Luck con toda la pasión que pudo.

Pero Luck ya no estaba ni tan relajado ni tan apasionado. En su mente bullían mil ideas entremezcladas, y entre todas ellas intentó evocar exactamente en qué punto argumental había dejado su conversación con el profesor y de qué manera podría ser retomada sin que su dignidad no fuera menoscabada en su totalidad. Seguramente había alguna forma de manifestar que todo había sido un gran equívoco y que por supuesto, podía contar con él para el desarrollo de toda actividad que considerase imprescindible para el progreso y el bien de la ciencia. Y eso abarcaba todo género de

actividades, por muy delictivas que éstas pudieran aparentar ser.

—Ay mi madre —murmuró para sí.

## Capítulo 17

Llegaron a un paraje pantanoso en el que abundaron las orquídeas. Inmediatamente lo denominaron con ese nombre, jardín de las orquídeas. Las había exuberantes y blancas, violáceas y seductoras, de colores vivos y formas cautivadoras, que mantuvieron a más de uno entretenido deleitándose en el encanto de aquel edén en penumbras. El inesperado placer animó a Marl. Descubrir la belleza de la jungla había sido un lujo hasta la fecha, y en el avanzar cauto a través de aquellas aguas pantanosas le permitía descubrir, en los claroscuros del atardecer, un código nuevo y amable con el que reinterpretar aquellos bosques.

Pero el encantó se deshizo bruscamente. Los rastreadores de vanguardia avisaron de la abundancia de cocodrilos. Por ensalmo todo el mundo se puso en guardia y se dieron largos rodeos evitando zonas sospechosas de albergarlos. La escasa luz existente resultaba ideal para camuflar a los letales saurios.

Se estaba haciendo de noche y se encontraban en medio de una marisma interminable dónde iba a ser imposible acampar. Por si fuera poco la marcha era inusualmente lenta, dificultada por una molestísima nube de mosquitos que había que apartar a cada paso. Marl descubrió a su alrededor rostros preocupados y exhaustos que no se atrevían a proferir una palabra de queja. Se daba cuenta que era necesario tener un contrapeso al poder hegemónico que ostentaba Timber, cuyas decisiones y forma de dirigir olvidaba a los más débiles, pero maldita la gracia le hacía encarnar ese rol, al que por edad, parecía estar predestinado a asumir. Empezó a sentir en su interior una sensación desagradable, la pugna entre ese papel responsable al que su conciencia apelaba y los deseos de pasar desapercibido, encerrado en sí mismo, aguardando pacientemente a que las respuestas empezaran a llegar. Temía que si se involucraba en la vida del clan esa preocupación acabaría dejando en segundo término aquello que le debería ser prioritario.

Finalmente, mientras avanzaba a trompicones, pisando un desagradable suelo fangoso que se hundía hasta sus tobillos, concluyó para sí que alguien debía intervenir en esa especie de consejo de gobierno que rodeaba a Timber, y que representara los intereses del grupo bajo un prisma que no fuera exclusivamente físico, que no tratara a aquellos muchachos como mercenarios sujetos a una disciplina militar.

Aún meditaba en estas cuestiones y cavilaba sobre los pasos a seguir cuando observó la llegada de un par de exploradores. Corrían desde retaguardia y en cuanto localizaron a Sando se dirigieron hacia él. La llegada, entre chapoteos ruidosos, no pasó desapercibida, creando de inmediato una ola de desasosiego en la columna que se evidenció en cuchicheos y murmuraciones casi inaudibles. Marl observó las caras de preocupación que mostraban sus compañeros inmediatos. Sando, al darse cuenta que la columna había detenido su marcha, gritó inmediatamente la orden de avanzar, y mediante gestos ostentosos con los brazos, hizo más patente su enfado. Una vez se



recuperó el paso y comprobado que los cuchicheos se apagaban, tomó a los dos exploradores consigo y avanzaron resueltos al encuentro de Timber.

Poco después el aviso de apretar el paso se propagó en susurros, desde las primeras posiciones en las que presumiblemente iba Timber, hacia atrás. El grupo reaccionó con nerviosismo y cada cual obró el milagro de extraer fuerzas sin saber ni de dónde ni cómo, y se aceleró la marcha. Se avanzaba sin precaución alguna, se aventuraron adentrándose aún más en la ciénaga. Anochecía y cada caminante provisto de una tosca lanza, removía las aguas en su entorno a fin de alejar o detectar la presencia de un funesto enemigo. La fila india con la que se movía se alargaba y las prisas hacían que la distancia entre unos y otros se acrecentase, especialmente allí donde algún caminante se sentía particularmente cansado o débil por la jornada, haciendo que todo el grupo fuera cada vez más vulnerable y su distribución más dispersa.

La noche se cerró sobre ellos, pero no había trazas de detenerse, siquiera de hacer una breve pausa para cenar. El nerviosismo era latente. Marl se dio cuenta que la figura embarrada que tenía tras de él era Nist. Sus ojos le miraron aprensivos, llenos de miedo, pero también su semblante mostraba determinación. Había que seguir adelante como fuera y estaba decidido a ello.

El zumbido asombró a Marl. Se inició como un rumor sordo, un bordoneo lejano que claramente no procedía de nada natural que la jungla pudiera engendrar, y se originaba por encima de las copas de los árboles. Ese misterio le cautivó en un primer momento, pero viendo la reacción de sus compañeros, que apretaban el paso, comprendió que el pánico se apoderaba del grupo. El caminar rápido se transformó en carrera. Los de fuerzas más exiguas quedaban inmediatamente rezagados por los que aún eran capaces de aguantar el nuevo ritmo. A veces, para adelantar unos a otros, se tomaban caminos alternativos que nadie había explorado, arriesgándose a un encuentro fatal con un cocodrilo. Aún así ese temor era inferior a lo que se avecinaba a sus espaldas. Marl observó como Nist le adelantaba ágilmente y se perdía en la oscuridad. Pronto la fila india se había disgregado en una caótica marcha hacia delante, jungla a través, donde la disciplinada fila que se había seguido hasta entonces se deshacía enteramente y donde las sombras humanas en plena carrera se confundían con la de troncos y helechos. El chapoteo de sus pies inseguros cada vez resultaba más inaudible. El ruido aumentó su volumen hasta devenir en un rumor infernal, que los rodeaba y envolvía, como si fuera la misma selva la que atronaba en su contra.

Varios optaron por separarse definitivamente del grupo, con la esperanza de que sus adversarios harían mella especialmente en donde mayor concentración de renacidos hubiera. Pero Marl vio como algunos desaparecían entre aullidos en las ciénagas, atrapados por un mordisco mortal. Aquel lugar se hallaba infestado de cocodrilos. Optó por intentar seguir los pasos de Nist. Desconcertado, observó a una joven que apenas podía correr ya. Su mano en el costado le indicaba que estaba al límite de sus fuerzas. Se dirigió hacia ella, pero ésta respondió con una mirada furiosa

y la voz de «sálvate» que lo alejó de ella, confundido y con un vago sentimiento de cobardía imponiéndose en su interior. ¿Qué podía hacer si no tenía siquiera un arma? Y, ¿dónde estaba Timber y sus acólitos? Ellos eran los más fuertes y veteranos y le constaba que al menos tenía un arsenal de lanzas y arcos y flechas más que dignos, a diferencia del resto que estaba provisto por palos toscamente afilados y que además eran más débiles y menos cualificados para la lucha. Aquel planteamiento de huida precipitada y caótica apuntaba a que iba a terminar de una forma calamitosa.

De pronto la jungla se iluminó. Potentes haces de luz penetraron aquí y allá, deshaciendo de golpe la oscuridad de zonas amplias de la selva, con un resplandor comparable al de un sol intenso de mediodía. La foresta bullía en esos puntos, como si un tornado en miniatura la azotara sin compasión. Algunos, agotados y sorprendidos por aquella inesperada y deslumbrante aparición, detenían su carrera y, desfallecidos y con las manos apoyadas sobre sus rodillas, corroboraban con ese gesto su rendición. Otros levantaban los brazos, y llorosos, clamaban. Marl aceleró su paso que ya era una carrera sin medir ni hacia dónde iba ni contra qué tropezaba. Su pecho partía ramas, sus pies se hundían en el fango, y con las manos extendidas hacia delante intentaba apartar helechos y cuantas plantas y ramas pudieran entorpecerle el paso. Pronto sus brazos se llenaron de cortes y sus piernas de heridas leves, pero ese dolor no bastaba para detenerlo. Una idea ocupaba toda su consciencia; quería, ante todo, alejarse de aquellas luces y sonidos diabólicos.

De pronto los vio. Fue una visión fugaz, por el rabillo del ojo, mientras no cejaba en su carrera. Caían del cielo, sombras silenciosas, amparadas en la oscuridad, que como un relámpago negro llegaban al suelo provocando un chapoteo siniestro al aterrizar. Los oscuros. Los estaban rodeando. Las luces del cielo los dispersaban hacia donde después se descolgaban aquellos seres de aspecto humano de las cuales solo había logrado atisbar sus siluetas.

Un nuevo sonido se entremezcló con el del potente zumbido. Se trataba de una especie de restallido con el que Marl careció recursos para compararlo, si acaso con el chasquido de un látigo. Recordó que era una de las armas favoritas de Sando que había visto utilizar en alguna ocasión para ahuyentar a las fieras, pero este restallido era mucho más fuerte y sonoro. No tuvo tiempo siquiera en valorar aquel parecido. Su carrera resultaba en extremo extenuante, y cuando creía que ya no podría dar un paso más, algo lo golpeó por su costado derecho y lo derribó brutalmente. Cayó cuanto largo era. Por un momento quedó completamente sumergido en el agua cenagosa y temió ahogarse, pues tragó gran cantidad de líquido. Apenas tenía fuerzas para incorporarse y el golpe lo había dejado aturdido.

Agitó manos y pies en busca de un asidero y finalmente logró sacar el torso y la cabeza del agua. Temía haber sido hecho prisionero, pero para su sorpresa no era así. Con quien había chocado era con Nist, que había optado por tomar un camino oblicuo al de las luces y las sombras que caían del cielo y eso le había llevado a cruzarse con su trayectoria. En la oscuridad habían chocado violentamente.

Marl observó desde donde estaba, medio sumergido, unas figuras que se acercaban a ellos, silenciosos. Eran de aspecto humano, completamente revestidos por una indumentaria negra, como una coraza rígida, que apenas reflejaba algún brillo. Eran hombres sin rostro, porque éste se encontraba cubierto por una especie de máscara bruñida e impenetrable de aspecto oval. Su fisonomía aguerrida intimidaba y sus movimientos felinos les conferían un aire aún más amenazante.

El destello de una idea brindó un plan desesperado a Marl. Era posible que no los hubieran visto, así que chistó a Nist y le obligó a medio hundirse en el cieno, dejando tan solo la parte superior de la cabeza fuera del agua. Se arrastraron así tras unas plantas acuáticas y aguardaron. El sonido resultaba ensordecedor y entremezclado con aquel rumor que se originaba por encima de la arboleda se oían claramente algunos gritos de sus compañeros, despavoridos, aterrados. Marl tenía ganas de llorar de pura impotencia. Raleaban los restallidos metálicos que parecían proceder de distintos puntos cardinales. El cerco se cerraba en torno a ellos. Avanzaban en su dirección, pero se mantuvieron quietos como piedras, con la esperanza de no ser descubiertos de esa manera. Ya no tenían otra opción. Levantarse y correr sin ser descubiertos estaba más allá de cualquier posibilidad de éxito, concluía para sí Marl, completamente desalentado.

Y las sombras pasaron junto a ellos sin descubrirlos. Su tosco camuflaje, a base de sumergirse casi completamente en el cieno, había servido *in extremis* para salvarse. Era tal el agotamiento que Marl comprendió entonces que no había sentido miedo, de la misma manera que entonces, que se creía a salvo, no experimentó alivio alguno. Un curioso estado de ánimo de abatimiento y resignación lo dominaba.

Pasaron unos minutos que se hicieron eternos. Las siluetas de los oscuros habían pasado de largo y no había señas evidentes de su presencia, más allá de la batalla desigual que transcurría lejos de allí. Marl hizo señas a Nist para que le siguiera. Reptando sobre el cieno fueron alejándose paulatinamente del epicentro de la acción. Poco a poco el bordoneo que procedía del aire fue mitigándose, al igual que los gritos y los restallidos, cuyo origen Marl también desconocía, pero por el que no sentía la más mínima curiosidad por averiguar en qué consistían. En su huída ni siquiera valoró la posibilidad de ser interceptado por un reptil. Ante esa eventualidad la única valoración que logró realizar fue la de ir por delante de Nist y asumir directamente él el riesgo de toparse con un depredador. Sin embargo fue Nist el que le alertó de que debía virar su rumbo. No sabía cómo pero había sido capaz de distinguir delante de él un brillo tenue, a ras de agua, que bien pudieran ser las pupilas de un reptil. Con cautela Marl emprendió un rodeo. Deseaba con todas sus fuerzas verse en tierra firme y abandonar aquel lodazal.

Sus deseos no tardaron en verse finalmente satisfechos. Atravesaron un denso manglar cuyas aguas fueron haciéndose paulatinamente menos profundas hasta que de improviso se encontraron trepando un pequeño desnivel de tierra arcillosa, húmeda, pero tierra firme a fin de cuentas.

Marl no tenía ningún plan. Tan sólo pensaba en alejarse de la refriega para, quizás, con el alba, regresar en busca de supervivientes o gente que como ellos hubiera logrado escapar al cerco. Pero sus fuerzas resultaban tan escasas que, cuando sus pies notaron el contacto con hojarasca seca, ambos optaron, sin decirse palabra, por arrojarse al suelo y descansar. Pronto Marl se sumió en un sueño de pesadillas, nada reparador, en el que no cejaba de agitarse y de sufrir bruscos despertares. Cada vez que sufría uno de esas súbitas convulsiones se encontraba a sí mismo mirando en derredor como un cervatillo asustado, escrutando en la oscuridad la posible presencia de sus perseguidores. Junto a él, Nist reposaba con un sueño profundo y afortunado.

Sin embargo, en uno de esos momentos de duermevela, en el que a pesar de sentirse completamente exhausto su cuerpo dolorido le negaba el descanso, fue capaz de atisbar una de esas siluetas a las que había aprendido a temer en su corta experiencia. Aún era noche cerrada, una noche que a Marl se le antojaba interminable, pero había bastado que aquel ser pasara de una zona de penumbra a otra en la que la claridad lunar cortara la negrura con un leve haz de luz, para que aquella máscara informe revelara su presencia con un reflejo. Avanzaba en su dirección. No sabía cómo, pero habían sido descubiertos. Marl sintió un ahogo a la vez que su cuerpo se tensaba. Palpó con las manos en su derredor, buscando cualquier género de instrumento que pudiera utilizar como arma. Consideró que ya era imposible volver a repetir su anterior treta de sumergirse en el cieno, éste quedaba justo en la dirección en la que se acercaba el oscuro. Sintió una parálisis completa, propiciada por un sentimiento de fatalidad insuperable que incluso desbancaba al miedo o al ansia de proteger al ser más débil que yacía a su lado.

Sus músculos se relajaron. Lo que habría de ser habría de ser. Ignoraba por qué aquellos seres querían acabar con su vida, a tenor de lo que siempre habían dicho los renacidos. Desconocía qué sentimientos albergaban en su contra, por qué los consideraban enemigos, o peligrosos, o qué razones les movían a obrar de aquella manera. Había tantas preguntas sin respuesta. Nunca las encontraría.

Aquel ser se aproximaba directamente hacia ellos, y no era el único. Dos más, uno por cada lado, avanzaban con una cautela excesiva en su dirección. No querían sorpresas y eran metódicos y prudentes. No había nada que hacer. Esperar solo el desenlace fatal. Dirigió la mirada hacia Nist, que dormía ajeno a todo lo que estaba a punto de ocurrir. Le invadió un profundo sentimiento de compasión, y también envidió el no tener que experimentar un último miedo y soportar esa agonía. Ojalá todo fuera rápido.

Algo inesperado sucedió, pero Marl no sabría explicar qué exactamente. El oscuro de su derecha había sido derribado. Un golpe seco hizo que volviera la cabeza en esa dirección para sólo encontrar que alguien nuevo entraba en liza. Era un hombre delgado y ágil que se movía rápido entre el follaje. Pronto los otros dos oscuros también lo descubrieron y cambiaron de objetivo. Esgrimieron algo en sus manos que produjo una oleada de estallidos, como relámpagos que electrificaban el

aire. Una salva de destellos luminosos partió en dirección al agresor, que se aproximaba hacia ellos decidido y veloz. Esquivó aquella salva de disparos rodando por tierra, ocultándose fugazmente tras troncos de árboles, saltando sobre el ramaje, sin perder un ápice el ritmo de su carrera. Finalmente alcanzó al oscuro que Marl tenía frente a él, a escasos diez metros. Había esquivado con pasmosa facilidad los disparos efectuados por el arma del oscuro y ahora, plantado ante él, lo desarmó con un golpe certero en su antebrazo. Entonces el oscuro intentó golpearle, pero sus puños rasgaron el aire una y otra vez mientras el hombre, que apenas era una sombra en la oscuridad, esquivaba sin aparente esfuerzo cada tentativa. En un momento en el que el oscuro quedó desequilibrado asestó varios golpes en los costados que hicieron que el humano de negro se arqueara hacia delante para ser abatido con un puñetazo final propinado en la sien. A pesar del blindaje el agresor sabía dónde golpear. En ese momento Marl observó que llegaba el último de los atacantes que intentó alcanzar a su salvador tan inútilmente como su compañero anterior. De nuevo el otro rodó por el suelo, eludió los golpes limpiamente y cuando tuvo oportunidad asestó contragolpes plenos de fuerza que hicieron gemir al oscuro, hasta que finalmente también quedó derribado en el suelo.

Entonces el hombre suspiró, como aliviado de terminar una dura faena, y se encaminó hacia donde permanecían Marl y Nist. Éste último se había despertado y había observado, al igual que Marl, toda la escena lleno de incredulidad.

El hombre se acercó a Marl, que se hallaba tan cansado que ni siquiera intentó incorporarse, y se arrodilló frente a él. Sus ojos eran claros y su melena rubia casi llegaba hasta los hombros. Vestía una indumentaria de cuero fina, bien hilvanada, mucho mejor que los más toscos ropajes de los renacidos, y cosa rara, estaba perfectamente afeitado, lo cual lo rejuvenecía un tanto. Marl estimó que debía superar holgadamente la cuarentena de años. Tal vez llegara a los cincuenta. Lo que no esperaba fue el saludo que le brindó.

—Caramba, por fin tú. Ya era hora de que despertaras. Te he estado esperando. — Fue dicho con un tono que Marl sintió como un reproche, pero esa actitud le resultaba absurda. No conocía de nada a aquel hombre.

Y dicho esto les conminó a que les siguieran sin demora «si querían vivir». Marl y Nist se miraron incrédulos, pero torpemente se incorporaron y siguieron como pudieron a su inesperado benefactor.

## Capítulo 18

Marl no sentía ya hambre. No recordaba la última vez que se había llevado algo a la boca. Lo que le embargaba era una sensación de mareo y náusea que le provocaba un sudor frío y una certeza de cercanía a la muerte. Sentía una indiferencia absoluta.

Ni siquiera el extraño saludo de su salvador había despertado en él ganas de preguntar de qué se conocían. Más bien parecía un autómatas que seguía sin voluntad sus indicaciones. Les había dicho que le siguieran, que les pondría a salvo y que podrían recuperarse descansando y alimentándose en un refugio seguro. Eso le bastaba y le sobraba. Quería comer y dormir. Después ya tendría tiempo de pensar. Apenas le quedaban fuerzas para preocuparse de sí mismo, pero también encontraba un acicate en el hecho de preocuparse por Nist. El rostro pálido del muchacho era una señal clara de que se encontraba al límite de cuanto era posible soportar.

El hombre que los guiaba se movía furtivamente, como si fuera capaz de dilucidar en cada instante en qué sitios era oportuno detenerse, los más umbríos, y en cuales moverse más ágilmente. Observaba el suelo, las sombras, la inclinación de las ramas y Marl lo estudiaba cuando se detenía a examinar una rama rota o un rastro, invisible en el suelo salvo para su sagaz vista. Aquella seguridad en cómo se movía y actuaba inspiró alivio al joven. En un momento en el que se adelantó y los dejó descansando con la indicación que no se movieran Nist hizo una aseveración contundente.

—Creo que es él. El vagabundo.

Al poco rato regresó portando agua. Estaba contenida en toscos recipientes fabricados con cortezas de árbol que cumplían su función a duras penas, pero tanto a Marl como a Nist le procuraron unos preciosos sorbos de líquido que les supieron a gloria. Hasta Marl creyó percibir que el color del semblante de Nist abandonaba su blancor. Sólo en el momento que saciaron su enorme sed comprendió Marl que habían estado al límite de la deshidratación.

Les condujo por parajes casi inaccesibles, ascendentes, y en de vez en cuando los obligaba a descansar mientras él se adelantaba para inspeccionar el terreno. En ocasiones proseguían cuando regresaba sin mayor explicación, y en otras deshacían lo andado y retomaban una ruta alternativa, siempre manteniendo su guía un perturbador silencio que no admitía pregunta alguna.

Al atardecer llegaron a lo alto de una cresta montañosa, no lo suficientemente escarpada como para que la vegetación desapareciera del todo, pero sí lo bastante para que los árboles ralearan y que las sombras de la jungla se mitigaran. Allí los introdujo en el interior de una gruta que en una primera apariencia resultaba engañosamente pequeña. Pero tras un recodo, casi oculto en la oscuridad del fondo de la misma, el camino emprendía una brusca subida que desembocaba en una nueva abertura en la roca, mucho más grande, que terminaba en una breve explanada rocosa, limpia por completo de vegetación, y que brindaba una panorámica estremecedora de todo cuanto les rodeaba. Desde allí, mirando hacia los cuatro

puntos cardinales, se divisaba un mar de verdor interminable. Sólo la cresta de la montaña en la que se hallaban, que continuaba en dirección este convirtiéndose en una discreta cordillera, rompía esa monotonía de inmenso verdor y vida. Marl sintió que por primera vez en mucho tiempo se liberaba de un sentimiento de opresión y miedo con el que había convivido en el interior de aquella espesa foresta. Se sintió aún más agradecido cuando su salvador reapareció portando alimento en sus manos. Se trataba de algún género de carne asada, quizás hacía un día o dos, pero no se hallaban ni él ni Nist con ánimo de remilgos, y allí mismo, sentados al tibio sol del atardecer, dieron buena cuenta de las viandas que se les habían ofrecido.

El hombre les miraba sonriente. Era una sonrisa que Marl no sabía interpretar. Tenía un aire de picardía, de inteligencia, que le resultaba molesto. Aquel hombre daba a entender muchas cosas que ellos ignoraban, especialmente él, y Marl se sentía incómodo. Intuía en su mirar un cierto desprecio, un «mira en qué se ha convertido», que le irritaba. Además no parecía dispuesto a dar ningún género de explicación. Si sabía cosas de él mismo, ¿por qué no hacía preguntas, se preocupaba por lo que había sido de él, mostraba un mínimo interés? Pero no. Callaba, como si ya lo supiera todo. Incluso cuando Marl, que ya se encontraba saciado, quiso iniciar una conversación en relación a aquel punto que lo martirizaba, indagar sobre su pasado que aquel hombre debía conocer, éste le indicó con un gesto que callara y que no admitiría otra pregunta. Ante las primeras palabras de Marl su semblante se volvió terriblemente serio y su sonrisa desapareció como por ensalmo.

—Es el momento de descansar. Lo necesitáis, y mañana os aseguro que va a ser una jornada muy dura.

Era una voz inflexible, que no daba oportunidad alguna a réplica. Una vez Marl dio muestras de doblegarse a esa voluntad, la sonrisa volvió a aparecer en el semblante de aquel hombre misterioso, una mueca que a Marl era incapaz de interpretar. Pero lo cierto era que, objetivamente, aquel hombre les había salvado la vida en dos ocasiones, frente a los oscuros primero, y después alimentándolos cuando su estado de agotamiento era límite. De momento seguirían con él.

\* \* \*

Los despertó de madrugada. El cielo aún permanecía oscuro y las estrellas ocupaban todo el firmamento como un reguero de diamantes. Abajo, en el bosque, bullía la vida nocturna con infinidad de sonidos de animales e insectos. El vagabundo, pues Marl había decidido dar la razón a Nist al respecto, les ofreció fruta de desayuno y tras comérsela en silencio, tan sólo intercambiando miradas inexpresivas entre ellos, les indicó que le siguieran.

—Haced lo que os diga. Vamos a estar en verdadero peligro, así que ni una palabra, ni un ruido, ninguna tontería —advirtió.

Cuando aquel hombre se ponía serio lograba que sus palabras impresionaran.

Tanto Marl como Nist asintieron preocupados.

Descendieron por un camino diferente al utilizado la víspera para alcanzar aquel refugio. Marl no sabía dónde los conducía ni la razón para que aquel camino fuera peligroso, pero recordando las habilidades de combate cuerpo a cuerpo que el hombre había mostrado hasta el momento, se preguntaba cómo interpretaba él el concepto de «verdadero peligro».

Reemprendieron la marcha a través de la jungla, pero de una manera que nunca antes Marl había realizado anteriormente. Avanzaban a hurtadillas. El vagabundo se movía de escondite en escondite, siguiendo ellos muy pegados a él. En ocasiones se adelantaba a explorar y tardaba largos minutos en regresar. Cuando lo hacía sonreía, quizás para tranquilizarlos, pero algo había en su semblante que a Marl se le antojaba engañoso y en más de una ocasión un radar interior le advertía que aquello no era tan sencillo como esas muecas tranquilizadoras intentaban infundir.

Llegaron a la ciénaga. Las sospechas de Marl se confirmaban. Estaban regresando al lugar de la emboscada, un día después. ¿Cuál era la razón para hacerlo? Marl admitió secretamente que se alegraba del ánimo y seguridad de aquel hombre. Estaban haciendo lo correcto, regresar en busca de supervivientes, algo que le habría encantado poder hacer él mismo pero que comprendía que no estaba en disposición de emprender sin ayuda. Por primera vez se alegró sinceramente de seguir los pasos del que era su guía. Le infundía más seguridad de la que Timber había logrado dar en su estancia con los renacidos. Bien era cierto que Timber también le había salvado la vida...

Los pensamientos de Marl se interrumpieron cuando el vagabundo llegó tras un largo periodo de exploración.

—Os habría dejado en el refugio pero... es muy probable que tengamos que salir pitando de aquí...

—¿Salir pitando?

—Sí, joder, salir a escape...

Marl volvió a mirar extrañado al hombre. No entendía aquel lenguaje o argot.

—Habrá que salir corriendo... a toda mecha... a toda velocidad. Esto está infestado de oscuros. Y como decía, si os dejaba solos allí es posible que me fuera muy difícil regresar a buscaros. Esto lo tenemos que hacer juntos.

Marl asintió y apartando una gruesa y amplia hoja que lo ocultaba echó un vistazo en su derredor, sin distinguir nada que indicara la presencia de sus enemigos.

—Es posible que tenga que abatir a algunos. Están peinando esta zona. Creo que hay supervivientes y los están buscando. Tenemos que encontrarlos primero y escapar.

Nist y Marl asintieron. Marl sentía la necesidad de argumentar que aquel objetivo parecía un tanto temerario, pero finalmente se limitó a mirar dubitativo al vagabundo, y éste, comprendiendo sus dudas, le dio un cachete en las mejillas y murmuró «se buen chico», que a Marl no le hizo ninguna gracia. El vagabundo empezaba a mostrar



ciertos defectos. Demasiado arrogante.

Ahora se movían con mayor cautela, si esto era posible. El vagabundo los llevó a las lindes de un amplio claro del bosque, en cuyo centro un gran artefacto, de colores grises y oscuros, que lucía extraños símbolos blancos en sus costados, reposaba como una colosal fiera adormecida. A su alrededor pululaban las sombrías figuras humanas, enfundadas en sus corazas impenetrables. Portaban objetos que Marl interpretó como las armas con las que habían intentado abatir a su protector la víspera. Se desplegaban hacia el extremo opuesto del claro, porque la parte por la que se aproximaban estaba completamente desprovista de vigilancia, no así las lindes que se hallaban frente a ellos, casi un centenar de metros más allá.

—Seguidme.

Rodearon el claro adentrándose de nuevo en la jungla. Al cabo de unos quinientos metros el vagabundo cambió el rumbo, de nuevo en dirección a los oscuros. Buscaba infiltrarse entre sus líneas. Marl se sentía inquieto y su corazón golpeaba el pecho con más fuerza. Le recordó a la presión que sentía cuando el tigre estaba en pos de él.

Avanzaron por una zona que el vagabundo buscó *ex profeso*. El sotobosque era denso, poblado por abundante vegetación selvática de amplias hojas que, al avanzar a hurtadillas, los ocultaba por completo a la vista. Tan sólo el vagabundo se aventuraba a asomarse cada poco tiempo y confirmar que su ruta era la adecuada. El camino descendía en una suave loma que terminaba en terreno embarrado y resbaladizo. Habían llegado a las lindes de la ciénaga.

Sucedió entonces un hecho imprevisto. Se dieron de bruces con un oscuro. Éste no los vio porque avanzaba lentamente en la misma dirección que ellos mismos, y se encontraba un par de metros por delante de su posición. Marl tuvo tiempo de estudiarlo en detalle. Desde luego se asemejaba una figura humana. Corpulento, alto y delgado. Parecía un hombre en plena forma a juzgar por su complexión. Su uniforme incluía un género de armadura ligera. Comprendió entonces mejor porque el vagabundo no atacaba sin más cuando lo había visto combatir la víspera contra ellos cuerpo a cuerpo. Los puntos donde podía golpear sin duda eran escasos y debía aguardar a que éstos quedaran desguarnecidos durante el combate.

El vagabundo tomó una piedra y se acercó despacio, a espaldas del oscuro, con ánimo de abatirlo. Nist y Marl aguardaban, conteniendo la respiración, ocultos entre los matorrales.

Pero cuando el vagabundo ya estaba a punto de alcanzar su objetivo una rama enterrada en el cieno se agitó al ser pisada, y la parte que sobresalía del agua crepitó ruidosamente. El oscuro se giró entonces y descubrió al hombre que pretendía golpearlo.

—Sería más fácil si te rindieses —murmuró el vagabundo con aire de guasa, pero eso al oscuro no le intimidó. Intentó con una mano desenfundar su arma pero el vagabundo la interceptó y ésta saltó por los aires y cayó en la laguna perdiéndose irremisiblemente de vista. Sin embargo con la otra mano el oscuro extrajo una

cachiporra que pendía de su cinto. Dio un paso atrás para tomar fuerza y golpeó.

Pero su golpe rasgó el aire. El vagabundo se agachó e incorporó tan rápidamente que parecía que el arma lo había atravesado sin tocarlo. De nuevo el oscuro arremetió con una sucesión de golpes en zigzag, pero el hombre se movía de tal manera que nunca era ni siquiera rozado por aquel arma. Parecía una coreografía ensayada. El oscuro se detuvo en su ataque para tomar aire, y ese momento lo aprovechó el vagabundo para golpearlo en el costado. Marl creyó oír el crujido de costillas rotas. El hombre uniformado apenas podía sostenerse en pie y su adversario lo remató con una gruesa rama que quebró al golpearlo en la cabeza. El oscuro cayó en la ciénaga cuan largo era.

—Sigamos —cuchicheó el vagabundo como si el combate hubiera sido poca cosa.

Marl pasó junto al oscuro y lo observó. Aquella máscara ligeramente espejada no dejaba ver más allá de ella misma, devolviéndole la imagen de sus propios rasgos. Marl sintió una súbita palpitación al ver su reflejo. De nuevo había estado a punto de recordar, de recordarlo todo. Un estallido de luz en su memoria lo había dejado aturdido, pero tan pronto había venido esa súbita inspiración como se había ido. Descubrir su propio rostro en aquel momento había sido como sufrir un terremoto interior.

Pero el vagabundo les instó a seguir. Su expresión seria no admitía excusas.

Avanzaron por la ciénaga con máxima cautela. De nuevo su guía buscaba las partes más densas de follaje y las más umbrías. Los obligaba a acurrucarse en la parte más impenetrable de la foresta, donde se acumulaban gruesas raíces aéreas de árboles de troncos majestuosamente anchos, como esculpidos con un siniestro sentido del arte, y allí los hacía aguardar de nuevo durante largos intervalos de tiempo en tanto él reconocía la zona. En más de una ocasión los obligó a hundirse en el cieno hasta la nariz, permaneciendo en aquella incómoda posición hasta media hora, sin que Marl ni Nist fueran capaces de discernir por dónde se avecinaba el peligro que el vagabundo sí era capaz de determinar. Interpretaba cada uno de los sonidos del bosque como si fuera un código que indicase explícitamente todo cuanto ocurría en su derredor. Inspeccionaba helechos y plantas como si estas le hablasen, miraba el cieno con detenimiento, y en otras ocasiones husmeaba el aire como un sabueso. A veces se detenía, cerraba los ojos y se abstraía, como un monje orando, implorando ayuda a lo Alto. Marl comprendía que aquel hombre interpretaba un lenguaje para él completamente desconocido.

De pronto alteró el rumbo que habían seguido, girando un ángulo de noventa grados, a su izquierda. Se mostraba más inquieto y alerta que nunca. Marl se sentía extraordinariamente tenso. Hasta la última fibra de sus músculos estaba contraída al máximo en cada paso que avanzaba.

El vagabundo se detuvo. Habían llegado a un lugar por el que prácticamente resultaba imposible seguir hacia delante. Raíces enormes se elevaban como paredes

laberínticas en todas direcciones, lianas y plantas conspiraban para tejer una red que requería de un machete afilado para poder desenmarañarlas, y la escasa luz del sol del mediodía daba a aquel recinto natural el aspecto de una gruta.

—Sé que estáis aquí... podéis salir, soy yo. —El vagabundo cuchicheo dirigiéndose hacia las sombras de las raíces que se hundían en aguas negras pero poco profundas.

Marl aguardó expectante, conteniendo la respiración... y de pronto se produjo el milagro. Una cara, dos, tres... varias más emergieron de aquella negrura. Eran rostros asustados pero llenos de determinación. La primera a la que reconoció Marl fue a Jeny. Su pelo claro y largo caía húmedo sobre sus hombros. Apenas iba vestida con una falda muy corta y una chaleco que le cubría hasta el ombligo. Dev estaba junto a ella con cara asustada. De otro extremo emergieron Timber y Sando, ambos armados con sendos garrotes. También estaba Sira. Parecía tan decidida y firme como cuando se había aventurado a llegar al aguajal cruzando un tronco podrido sobre una laguna infestada de cocodrilos. Pero ahora incluso había algo salvaje y desconocido para Marl en su mirada. Llevaba el cabello suelto, en vez de trenzado, como días antes.

Entonces Marl reparó en el rostro del vagabundo. Nunca lo había visto así. Estaba rojo de ira y Marl sintió miedo. ¿Quién era ese hombre de comportamiento tan imprevisible y cuyos ojos inyectados en sangre buscaban la mirada de Timber?

—¿Qué es lo que has hecho desgraciado? —inquirió en un murmullo de furia contenida a Timber. Este le devolvió la mirada sin perturbarse, pero no respondió.

—¿Crees que acaso no sé lo que has hecho? —El hombre volvió a inquirir a Timber, pero este aparentó que no tenía nada qué decir. Su semblante mostraba hasta desprecio por el vagabundo, pero éste no iba a aplacarse fácilmente. Mantuvo la mirada firmemente clavada en el que fuera el líder del clan sin que nadie se atreviera a mediar palabra. Marl observó que Timber, a pesar de su aspecto indiferente, tragaba saliva y aferraba su garrote con tanta fuerza que sus nudillos emblanquecían.

Entonces todo sucedió muy rápido. El vagabundo amagó un golpe, lo cual hizo reaccionar a Timber, que esgrimió su garrote buscando al hombre, pero éste lo esquivo sin problemas y aprovechó el momento que el flanco de Timber quedó descubierto para lanzar un puñetazo a su mejilla. Timber rodó sobre sí mismo y se hundió en la ciénaga.

Pero Timber no estaba sólo. Sando, que estaba ahora en las espaldas del vagabundo intentó golpearle, pero éste adivinó su estratagema y se echó hacia adelante para evitar el garrote que iba contra su cabeza. El garrote acabó estrellándose contra una gruesa raíz con tanta fuerza que se quebró. Antes de que Sando recuperase el equilibrio, una patada en el pecho propinada por el hombre, lo derribaba, de espaldas sobre el agua, un par de metros más allá. Tardaría varios minutos en recuperar la respiración.

Entonces el vagabundo se dirigió a Timber, que medio incorporado en el suelo, se palpaba la mejilla inflamada y enrojecida donde había sufrido el golpe. Jeny

permanecía a su lado aliviándolo.

—De momento te permito que vengas con nosotros, pero... a la más mínima daré buena cuenta de ti. Y sabes a qué me refiero.

Timber asintió, esta vez cabizbajo. Marl diría que sendas lágrimas asomaban a sus ojos. Nunca imaginó que vería a aquel líder, siempre seguro de sí, fuerte y decidido, derrotado de aquella manera. Marl intuía que el abatimiento no procedía tanto del golpe como de las increpaciones del hombre de la selva.

—Vamos, —dijo finalmente el vagabundo, sin referirse a nadie en particular—, salgamos de este nido de víboras.

Y todos emprendieron la marcha, entre temerosos y aliviados, en pos de aquel hombre que para Marl representaba ahora la mayor de todas las incógnitas.

## Capítulo 19

La noche era fresca. Tanto Luck como el profesor Roy se habían pertrechado con ropas de color oscuro y el profesor había manufacturado, a saber cómo, una especie de pasamontañas con los que cubrirse la cara una vez en el interior del edificio. Para su consternación, las inmediaciones del hospital King Edward Memorial en horario nocturno se hallaban perfectamente iluminadas. No parecía existir ningún punto de acceso a salvo de miradas indiscretas.

Pero el profesor había hecho los deberes. Había estudiado concienzudamente imágenes vía satélite del emplazamiento del hospital y sabía lo que debía hacerse. Rodearon las instalaciones médicas, que también abarcaban un enorme solar en el que se aventuraban futuros edificios anexos, y llegaron a un aparcamiento reservado al personal que se hallaba en la parte posterior del conjunto de edificios, alejado de la carretera principal que pasaba junto a la fachada de urgencias. Desde allí podría accederse a las instalaciones de una forma más sencilla y discreta. Hacia su izquierda se erguía un edificio moderno de diseño cubista en el que se aglutinaban la mayoría de los servicios del hospital. Tan pronto se adentraron en aquella zona Luck fue presa de una inesperada zozobra. Sus escrúpulos hacían acto de presencia.

El profesor Roy se deslizó agachado entre los coches oteando por delante prudentemente, a la espera de descubrir algún guardia o algún tipo de control. Luck iba detrás tan pegado a él como podía. Finalmente el profesor se detuvo entre dos vehículos, en una zona donde reinaba la más completa oscuridad. Luck se agazapó junto a él.

—Bueno muchacho... aquí estamos.

Luck asintió.

—La verdad, no dejes de pensar que me tienes asombrado. Siempre te tomé por alguien más cabal, pero créeme... comprendo que sufras altibajos emocionales, incluso episodios psicóticos, pero... deberías consultar con un especialista y dejar de fumar lo que Dios sabe estés fumando.

—Pero profesor, le aseguro que yo...

—Basta, Luck, no digas nada. Ya sé. Todos los drogatas sois iguales, juráis y perjuráis que nunca habéis consumido nada salvo en alguna esporádica ocasión, conozco las excusas... pero si te vieras esta mañana, presa de un arranque de ira desatada negándome tu ayuda... y sólo un par de horas después, Luck, como quien dice al cabo de un instante, comportándote como un corderito preparado para el sacrificio, todo mansedumbre, comprenderías que no es normal semejantes cambios. No es normal Luck y sé lo que hacen las drogas, por muy naturales que estas sean... He convivido con tribus indígenas de medio planeta, muchacho, y más de una consume auténticos explosivos psíquicos. He tenido que probarlas... por razones de trabajo exclusivamente, Luck, y cómo sé de qué va la cosa te prevengo. Espero que dejes de consumir lo que estés consumiendo porque vas a conseguir cambiar el buen

concepto que tengo de ti. Está claro que se te está yendo de las manos.

El profesor Roy finalizó su discurso meneando la cabeza en señal de desaprobación. No era la primera vez esa tarde que le sermoneaba de esa manera y ya sabía que cualquier intento de explicarse le hacía quedar aún peor. No quería incluir a Marcie en sus argumentos.

Así que Luck apretó los dientes mientras miraba fijamente al profesor Roy. Debió hacer un esfuerzo contumaz para no replicar. Allí tenía al veterano profesor de conducta licenciado, regalando sus oídos con un sermón paternalista mientras así con ambas manos una pata de cabra, dispuesto a tomar a la fuerza toda una institución benéfica, un hospital, robar datos de pacientes y a saber qué otras líneas rojas legales rebasar. Mientras tanto el profesor echaba un vistazo por encima del capó del coche que los ocultaba procurando no hacer ruido con la pata de cabra. Luck ignoraba cómo se la había agenciado, pero Sam consideraba que era un instrumento práctico para el cometido propuesto.

«Y pensar que antes te tenía por alguien intachable», murmuró el profesor con tono de fastidio, pero no lo suficientemente bajo como para que Luck, que se sentía extraordinariamente incómodo, no lo oyera.

Se encaminaron siguiendo las zonas más oscuras del aparcamiento hacia la parte posterior del edificio principal. No se veía un alma. A esas horas de la noche la mayoría de las ventanas del inmueble permanecían a oscuras, incluidas las que estaban a nivel de la calle. Parecía relativamente fácil acceder al interior del edificio, aunque Luck se preguntaba cómo lo harían sin producir desperfectos. Pero el profesor Roy tardó poco tiempo en despejar las dudas al respecto. Le indicó que se cubriera con el pasamontañas y los guantes. «Nada de huellas», indicó con solemnidad.

Las ventanas se dividían en tres módulos acristalados. Roy golpeó el cristal más bajo, primero con el objeto de ver si llamaba la atención de alguien, pero viendo que nadie respondía atizó un potente *drive* sobre el cristal, que se astilló en mil pedazos. Luck sintió que la adrenalina se le disparaba y sus piernas tenían la consistencia de un flan. «Bueno, ¿qué te esperabas?».

Aguardaron un largo minuto, pendientes de si sonaba alguna alarma o tal vez que un guardia hiciera acto de presencia, pero esa era la zona externa del hospital más alejada de las urgencias, donde se concentraba la mayor parte del ajeteo nocturno. Se hallaban junto al área administrativa, formada por despachos y oficinas que permanecían completamente desocupadas en horario nocturno. Sin demasiado esfuerzo decidieron entrar una vez que verificaron que no había nada que temer.

Se encontraron en un despacho individual del cual se accedía a una pequeña salita de espera. De allí accedieron a un largo pasillo tenuemente iluminado con unos pilotos que lo flanqueaban, que dejaba a ambos sendas hileras de puertas, cada cual con su placa identificativa. Se trataba de salas de consultas.

Sammuel Roy había estudiado concienzudamente los planos del edificio. Avanzó con paso seguro por el mismo hasta que localizó una escalera, junto a un par de

ascensores, y emprendió una subida veloz hasta la tercera planta. Todo se hallaba completamente a oscuras y en silencio. Estaban lejos de la zona de ingresos y no se percibía sonido alguno. Aquella planta tenía un aspecto mucho más confortable que los pasillos de consultas por donde habían accedido al hospital. Aquí los pasillos eran amplios y embaldosados con una piedra de aspecto marmóreo. Las paredes estaban revestidas de una madera de haya, y cada despacho estaba identificado por una placa de metacrilato con el logo del hospital y el nombre del doctor correspondiente. Había varias salitas de espera, amplias y de sillones confortables, con vistosos ventanales que permitían ver en lontananza los reflejos de cielo nocturno en el mar. Pero de improviso observaron la luz de una linterna que iba y venía por el fondo del pasillo que iban a tomar. Rápidamente emprendieron camino en la dirección opuesta y cuando llegaron a una nueva esquina aguardaron a ver qué sucedía.

Se trataba de un guarda haciendo una ronda. Era un hombre de color, obeso, que canturreaba, con voz grave, un *soul*. Se acercó a un punto de control, alargó la mano que portaba un pequeño sensor y regresó por donde había venido.

Luck sentía el corazón a mil por hora. Su cuerpo estaba tan tenso como un muelle de acero y su mente maldecía una y otra vez aquel embrollo. El profesor Roy le tocó el hombro para que lo siguiera. Regresaron por donde habían huido. Al pasar junto a las escaleras observaron que el canturreo se perdía por la planta de arriba. El guarda seguía con su ronda. Estaban solos.

No les llevó mucho tiempo identificar la placa que buscaban. Tal y como se temía Luck, la puerta estaba cerrada con llave. El profesor Roy no tuvo el más mínimo escrúpulo en aplicar su potente instrumento. Desmadejó el dintel por completo en primer lugar y después, haciendo palanca sobre la cerradura que había quedado al descubierto, logró que la puerta cediera con facilidad. Luck se quedó tan sorprendido por la maestría con la que había obrado. Sam, que ya se había adentrado en el despacho, tuvo que retroceder sobre lo andado y tirar del brazo a Luck, que seguía impresionado por su faena, para que lo siguiera.

Había una pequeña recepción con una mesa de secretaria. Más allá un amplio despacho de muebles elegantes, parqué y un espléndido monitor de televisión que ocupaba la pared principal, también forrada en madera. Allí era sin duda donde se proyectaban la imagen de los escáneres cuando el médico atendía a sus pacientes. El profesor no lo dudó ni un segundo y se dirigió rápidamente al equipo informático, discretamente oculto bajo la mesa de despacho del doctor Bennet.

«Ajá», dijo por lo bajo el profesor, y extrajo un *pendrive* del ordenador que miró satisfecho. Luck observó que se trataba del típico interfaz de control inalámbrico de ratón y teclado. Con fuerza lo comprimió entre sus dedos hasta que logró aflojar la carcasa. Se guardó la pequeña placa de circuitos que había en el interior y extrajo otra diferente de uno de los bolsillos de su pantalón. Era diminuta, pero Luck observó que portaba además de la habitual placa de circuitería una pequeña placa micro de telefonía móvil. El profesor encerró la pequeña placa USB con la carcasa que había

liberado y volvió a enchufarlo todo en el ordenador. Luck en seguida comprendió que aquel era un dispositivo de comunicación 4G.

—Pero profesor... ¿no notarán enseguida que el teclado y ratón ya no funcionan? El profesor sonrió y chasqueó los dedos.

—Nada de eso. Viene con el *software* apropiado y rápidamente se autoconfigurará. Gracias a Dios por los dispositivos *plug and play*. Y no sólo es eso. Tiene un mal bicho ahí dentro también. En cuanto arranque el ordenador empezará a reenviar a una dirección de la nube todo tipo de archivos de datos... sin que el usuario lo sospeche. Y además nos depara una sorpresa adicional. Yo mismo podré acceder al ordenador desde donde quiera.

—¿Pero cómo...?

—Amigo mío, hay que tener contactos hasta en el infierno... —y chasqueó la lengua mientras con un signo daba a entender que ya todo estaba concluido y que le siguiera—. Quédate aquí Luck. Si observas cualquier incidencia avísame. Tengo que concluir algo.

Luck no entendió a qué se refería Sam con eso de «concluir algo», pero no tenía ánimos para hacer preguntas. Deseaba largarse de allí cuanto antes. Ignoraba si iba a tener o no mala conciencia por toda aquella aventura. No eran demasiados desperfectos. Una puerta y una ventana. Quizás si hiciera un donativo al hospital por un valor aproximado su conciencia quedaría plenamente acallada. Durante unos minutos en los que la mente de Luck se esforzaba por controlar cualquier indicio del guarda aproximándose por la escalera, intentó valorar a cuántos dólares podría ascender esas reparaciones. Consternado llegó a la conclusión de que tal vez entre mil y mil doscientos dólares dado que se trataban de materiales de primera y que incluso el aluminio de la ventana había quedado ligeramente abollado y eso supondría cambiar el marco... ¿Por qué tardaba tanto Sam?

Luck se impacientaba. Sentía su pelo humedecido, empapado en sudor debido al grueso pasamontañas que le había facilitado el profesor. Estaba abismado en la observación de la escalera de mano cuando un sonido como de campanilla, cantarín y con un ligero eco, justo a sus espaldas, avisaba que una de las puertas de los ascensores se disponía a abrir. Luck sufrió un sobresaltó. Ni se le había ni pasado por la cabeza que el guarda utilizara el ascensor.

Corrió como alma que lleva el diablo intentando no hacer ruido alguno, pero justo cuando doblaba la esquina del pasillo que lo situaría a salvo, el guarda gritó. Había sido descubierto.

Luck sintió que algo se desplomaba en su interior, como si lo que pretendía que iba a ser sólo una gamberrada pudiera poner en peligro toda su carrera y hasta su propio futuro. Se imaginó detenido, acusado y condenado en las Bermudas, inhabilitado para la carrera docente, acabado. Su corazón parecía querer escaparse por la boca. «Lo que se puede llegar a pensar en una fracción de segundo», pensó en un instante de lucidez.



Y al doblar el corredor se topó horrorizado con el trabajo de Sam. Mientras él había estado vigilando, su compañero de felonía había arrancado varias puertas más de su sitio y según corría por el pasillo observó que el interior de los mismos había pintadas en color rojo, todos los con eslóganes similares: «Bermudas independiente». Era una pantomima, una estratagema para desviar la atención de su verdadero objetivo. Sintió deseos de estrangular a Samuel Roy a la vez que consideraba que era una maniobra brillante. «¡Está loco!». Fue el pensamiento fugaz y absurdo que resumía ambas ideas. De pronto se dio de bruces con Sam, que salía de uno de los despachos mientras aún agitaba el espray en la mano.

—Me han visto —musitó Luck mientras arrastraba en su huida al profesor, que descubría al fondo del pasillo la figura redondeada del guardia emergiendo fatigosamente tras el recodo del pasillo.

Sam se rehízo en seguida. Conocían bien la distribución de la planta así que le guió de inmediato a unas escaleras de servicio que se encontraban unos metros más adelante. Tras ellos el guarda trotaba más que corría, sin dejar de gritar. Descendieron apresuradamente por unas escaleras estrechas iluminando el camino con sus linternas, hasta llegar a la planta baja. Salieron prácticamente frente a la oficina por la cual habían penetrado. Se introdujeron en la misma y cerraron la puerta sigilosamente. Tras ellos no se advertía nada. No tardaron sino escasos segundos en descolgarse por la ventana y emprender una veloz carrera cruzando el aparcamiento. A sus espaldas todo permanecía en silencio.

«Todo ha salido bien», se repetía Luck, aunque ahora sentía un desagradable malestar. El subterfugio que había ideado para acallar su conciencia ya no funcionaba. No quería ni pensar en la idea de enviar un donativo al hospital. No. Después de ver los destrozos que había practicado Samuel Roy para enmascarar su trabajo. Era algo que superaba con creces sus posibilidades económicas.

Ya sentados en el vehículo que habían alquilado, y cuando regresaban camino del hotel, observaron como las luces de las distintas oficinas de la planta baja se estaban iluminando. Para cuando llegara la policía ellos ya estarían a salvo en sus respectivas *suites* del hotel.

Unos minutos más tarde Samuel Roy se sirvió ufano un vaso de *whisky* que se proveyó de la nevera de la habitación y se sentó en la balconada a contemplar el reflejo de la luna sobre el océano en compañía de Susan, que le sonrió con complicidad, cuando se sentó a su lado. Por su parte Luck experimentaba los latidos de su corazón con tal virulencia en su pecho que se sentía como un caballo de carreras encerrado en su cajón de salida, y paseaba nervioso por su habitación, con la luz a oscuras y pensando qué debía hacer para desligar su vida académica de aquel salteador de hospitales que era su mentor.

## Capítulo 20

Luck apenas concilió el sueño y pasó una noche interminable dando vueltas y vueltas en la cama, presa de una agitación insomne. Su cabeza bullía en un frenesí discursivo inacabable. Rememoraba los momentos tensos de la noche y a veces incluso soltaba una sonora carcajada pensando en lo rocambolesco de toda la situación. Después consideraba las consecuencias penales de su hazaña y una angustia incontenible se apoderaba de la boca de su estómago con la intensidad de la náusea. La mezcla de emociones tan dispares, del enamoramiento apasionado por Marcie o de repulsa por el profesor Roy y su maquiavélico proceder, le impedían encontrar sosiego ni consuelo en ningún pensamiento. Ni siquiera la lejana posibilidad de que el profesor pudiera estar dando en la diana servía para mitigar sus preocupaciones. Recordaba entonces las increíbles palabras de Marcie advirtiéndole que estaban en peligro, algo que Luck consideraba completamente fuera de lugar y exagerado, así como la idea del éxito que implicaba formar parte de un gran descubrimiento, pero eso no bastaba para consolarle. Ni siquiera una ducha fría relajó su mente. Pensó repetidamente en acudir a la habitación de Marcie, pero esa idea, por la razón que fuera, le resultaba increíblemente incómoda. No estaba seguro de cómo proceder. Se daba cuenta de que en ciertos aspectos seguía siendo un niño atrapado en un cuerpo adulto. Por otro lado, visitar al profesor Roy, que seguramente estaría acompañado por su mujer, o su exmujer... o amante, ya no sabía qué título era el más apropiado para Susan, se le antojaba como una mala ocurrencia. No sabía si resultaría contraproducente. Un instante pensaba en dejarlo plantado en las Bermudas y regresar a Nueva York, pero al instante siguiente quería saber en qué terminaba toda aquella trifulca infernal. Además estaba Marcie. Luck buscando un símil con el que reflejar sus sentimientos, recordó aquella tortura mongola del desmembramiento, sometiendo al reo a la tensión de varios caballos tirando en direcciones contrarias. Luck se sentía interiormente desmembrado.

Ya bien adentrada la madrugada consideró la posibilidad de aliviar su tensión con una copa de algún licor, y entonces recordó el minibar que disponía en la habitación. Fue dicho y hecho. En pocos minutos había ingerido dos desagradables vasos de alcohol que ni siquiera se molestó en aliviar con algún hielo. Una cálida sensación de dominio le invadió entonces. Pensó que tal vez fuera un buen momento para intentar conciliar el sueño, pero justo entonces llamaron a la puerta.

Era Susan, acompañada de Marcie. Hacían una ronda reuniendo al equipo.

—Buenas noches Luck, espero que hayas descansado algo porque Sam no ha parado desde que regresasteis. Hay mucho de lo que hablar.

Y el trío se encaminó a la *suite* de Sam. El profesor Logan, sentado junto a su colega, examinaba unas imágenes de tomografías en el portátil de Sam. Este tenía un aspecto un tanto febril que Luck nunca había visto antes. Había desaparecido su aire socarrón. Con el pelo revuelto y la barba sin afeitar parecía mucho mayor. Sin

embargo sus ojos brillaban con un frenesí que intimidó a Luck.

—Luck, ven, siéntate aquí que me gustaría que oyeras la explicación del profesor Logan sobre las tomografías que —carraspeó— nos han enviado del hospital. ¡Ey!... caramba Luck, es de madrugada pero apestas a alcohol... muchacho —observó el profesor al reparar en el aliento de Luck—. No dejas de sorprenderme. Bajo tu apariencia pacífica y serena no hay duda que llevas un ritmo de vida bastante licencioso.

Luck no se sentía con ganas de discutir acerca de su reputación. También comprendió de inmediato que Samuel Roy no quería que el profesor Logan estuviera al tanto de sus actividades criminales de ahí su eufemismo, «enviado del hospital». Aunque lo cierto era que el profesor Roy había dicho la rigurosa verdad. Su *pendrive* se debía haber activado. Tras el allanamiento del hospital seguramente habían acudido los doctores afectados a comprobar que todo estaba en orden. Era evidente que se había encendido el ordenador del doctor Bennet, y de inmediato el *software* maligno instalado en el *pendrive* había iniciado su labor de espionaje. Enviaba información ingente a una velocidad notable. Por lo que pudo observar Luck en la pantalla del portátil del profesor, un pequeño contador informaba discretamente de la información descargada. Los megas de datos se acumulaban por decenas en muy pocos segundos.

El profesor Logan por su parte saludó lacónicamente a los recién llegados. Su mirada ojerosa mostraba claramente que la vigilia no era un horario al que estuviera acostumbrado. Sin embargo, al igual que su colega, parecía presa de una inusual excitación, pero no la mostraba en su locuacidad, sino en una mirada ausente, abstraída, que se perdía en una realidad más allá de la que le rodeaba.

Poco después el profesor Roy cedía la palabra al Hugh Logan para que explicara lo que mostraba la pantalla, una tomografía cerebral, una imagen en blanco y negro que representaba una sección del cerebro humano de uno de los pacientes del doctor Bennet.

—Le comentaba a Sam, que estas tomografías me resultan extraordinarias. Se trata sin duda de un joven, a juzgar por el tamaño y aspecto. Salta a la vista como primera y prácticamente única apreciación a resaltar sobre cualquier otra cuestión menor, la existencia de un córtex superdesarrollado. Yo lo llamaría un hipercórtex. Damas y caballeros, nunca había visto nada similar.

Luck y Marcie asintieron pero sin demasiado entusiasmo. El profesor Roy rogó a su colega que se explicara con más detalle.

—Mmm..., vamos a explicarlo de una forma sencilla. El córtex es la capa superior del cerebro humano. Se trata de un tejido nervioso y abarca unas diez mil millones de neuronas con alrededor de cincuenta trillones de sinapsis, ya saben, el número de enlaces neuronales. En el córtex tiene lugar las principales acciones intelectuales relacionadas con la consciencia, ...imaginación, percepción, pensamiento, juicio... decisión. Ahora bien. Me imagino que no estarán

familiarizados tanto como yo con la observación de tomografías, algo indispensable para mi estudio de la consciencia. Por ello, sin ser un experto neurólogo, me atrevería a aventurar que estas tomografías muestran un córtex extremadamente rugoso, sin llegar a presentar aspecto de ser una patología enfermiza, como la polimicrogiria, la paquigiria o cualquier otro trastorno de los pliegues del córtex. Este es un asunto importante. No se trata de una característica fisiológica sin importancia. —El profesor Logan hizo una pausa para ajustarse las lentes—. Como comprenderán la existencia de un número de pliegues significativamente mayor se traduce inmediatamente en la existencia de una cantidad muy superior de neuronas... y aún más importante, en un número incalculable de sinapsis.

—Y muchachos. No se trata de una o dos tomografías —apuntó de inmediato el profesor Roy—. Tenemos decenas de ellas. Es algo realmente prodigioso —concluyó casi exclamando.

El grupo se enmarañó en una conversación caótica donde todos hablaban y preguntaban a la vez. El profesor Roy hablaba con Susan frenéticamente mientras reía con nerviosismo y aseguraba que lo había encontrado. Logan seguía pasando imágenes con la superficie táctil del portátil mientras hablaba sólo, y Luck tomaba un poco a parte a Marcie y le informaba de cómo había ido la noche y su asalto al hospital. Sentir que la joven tomaba sus manos y escuchaba con atención supuso el primer bálsamo de la noche. Por primera vez sintió que no se encontraba absolutamente solo frente a todos los peligros, reales o imaginarios, que su mente hipocondríaca le había presentado durante la velada.

Pero al cabo de pocos minutos una conversación se impuso sobre las demás. Ambos profesores discutían.

—Pero profesor Roy... —explicaba su colega mientras meneaba la cabeza—. Es imposible saber qué repercusión práctica tiene un cerebro así. Tal vez algunas, tal vez ninguna. Ha de pensar, ante todo, que el hombre actual tardó miles de años... decenas de miles de años para ser exactos... para extraer parte del potencial de nuestros cerebros, desde la escritura al habla, desde la música y el arte hasta viajar a la Luna. Nuestro cerebro es exactamente el mismo que nuestros primeros antepasados de la especie, hace treinta mil o cincuenta mil años. ¿Comprende? Tal vez tenga razón en un sentido formalista de la palabra y estemos ante el nacimiento de una nueva especie homo... pero de ahí a conjeturar que tienen extraños poderes mentales, media un abismo.

—Ah, profesor Logan, usted siempre tan comedido. ¿Por qué no deja volar la imaginación y se atreve a conjeturar algo? A echar los dados y a imaginar, en base a sus propios conocimientos, qué clase de consecuencias podría tener un cerebro más desarrollado. Tampoco es algo descabellado. Estamos entre amigos, no en un congreso internacional donde su prestigio podría quedar en entredicho. —Rogó el profesor Roy, ansioso de avanzar en conjeturas e implicaciones.

—Usted me quiere arrastrar a su universo mediático de portadas de revistas y

titulares sensacionalistas, —protestó el profesor Logan—, pero profesor Roy, ha de tener en cuenta un hecho que puede ser más que probable, y es que estas personas no tengan ni siquiera consciencia de que son diferentes a nosotros. Por lo que aprecio su capacidad craneal es idéntica a la nuestra. Ningún otro aspecto morfológico induce a pensar en otros rasgos diferenciadores. Insisto. Es probable que ni siquiera comprendan la verdadera naturaleza de su cambio por muy identificado que lo tengan en sus tomografías.

—Exacto, Hugh... has dado en la diana. Es un cambio evolutivo que tienen perfectamente localizado... y sin embargo está claro que no ha sido divulgado. ¡Lo mantienen en secreto!

—Es verdad —admitió humildemente el profesor Logan—, aunque tal vez se trate de algo tan sencillo como que lo están preparando para su publicación en una revista del ramo. Los revisores suelen ser muy exigentes y un asunto como este no será cuestión de enviar unas imágenes y ya está. Al menos si yo formara parte del equipo investigador me tomaría la molestia de estudiar muy a fondo estas características e intentar descubrir qué implicaciones tiene para el individuo un cerebro así. Recuerda, Sam, que no todos los cambios evolutivos son para mejor. En la evolución siempre se trata de un juego de prueba y error... hasta acertar.

El profesor Roy se sentía contrariado. No lograba que Hugh Logan saliera de su imperturbable y prudente postura. Admitía que había algo especial allí, pero se negaba en redondo a entrar o admitir hechos o posibilidades de lo que aquel descubrimiento implicaba. Sentado en la silla con los hombros hundidos y su pelo habitualmente pulcro y bien peinado, ahora desordenado en greñas, le envejecía notablemente y le confería un aspecto de derrota, de falta de ideas. Marcie se acercó hacia él y apoyó sus manos sobre sus hombros, como brindándole afecto y apoyo. Luck sintió una oleada de celos. De pronto la imagen de Marcie, apoyada junto al profesor Roy en el cóctel tras la conferencia de apenas una semana atrás, emergía de sus recuerdos con una fuerza aniquiladora. Su corazón se aceleró.

El gesto de la chica actuó como un revulsivo, y el profesor Roy recuperó la iniciativa con autoridad.

—Yo lo haré por usted, profesor Logan, yo lo haré por usted. No tengo miedo a arriesgarme con una teoría sobre la que llevo tiempo meditando y en la que creo firmemente. La evolución de la consciencia, la llamaré. —El profesor se movía impaciente mientras lograba captar la atención de todos los presentes. Luck había conseguido aliviar sus miedos, rodeado por sus colegas y especialmente, por la cercanía de Marcie—. Viene a decir que el progreso evolutivo de la humanidad no se ha afianzado tanto en su inteligencia bruta, en su potencia de cálculo, podríamos decir, como corrobora el hecho de que, técnicamente, el hombre de neandertal nos superaba en ese terreno y sin embargo nuestros ancestros se impusieron a esa teórica mayor capacidad intelectual. No, yo considero que el cerebro sapiens medró en una cualidad distinta a la inteligencia, la consciencia. La consciencia del yo, la capacidad

de comprenderse y de comprender el entorno, de trascender de sí mismo... en suma, de superar su instinto y reflexionar. —El profesor observó a su público que aguardaba con miradas un tanto escépticas y sonrió. Susan no parecía excesivamente interesada en la conversación y se dedicó a navegar por el ordenador de Sam—. Ah, sí claro, sé que no he dicho nada absolutamente excepcional. Pero... la humanidad tiene una burda soberbia que le impide muchas veces comprender las cosas con perspectiva. Pensamos, ingenuamente, que nuestra especie ha llegado al culmen del conocimiento consciente, ¿verdad? Y sin embargo yo oso decir que no, que aguardan especies humanas donde la consciencia será más amplia, más potente... en suma, superior.

—Pero profesor... —Luck no podía callar—. ¿Eso no significa a fin de cuentas lo mismo? ¿No significa que serán más inteligentes?

El profesor meneó la cabeza negativamente con furia.

—No Luck, no. No prestas atención. Lo que quiero decir es que... la consciencia es una cualidad superior, diferente de la inteligencia...

—Pero profesor... eso está muy bien pero, ¿qué significa y en qué se concreta que existan individuos con una capacidad consciente mayor? —Luck quería descubrir cuál era la última conjetura del profesor, a dónde quería llegar. Sintió que Marcie le apretaba su mano con fuerza, como si fuera testigo de una escena de suspense de una película de terror y necesitara comprobar que no estaba sola.

Pero el profesor se sentó abatido, callado. Finalmente respondió.

—Luck... la verdad es que no tengo ni idea qué puede implicar eso. Es como si a un mono le dijeras que si fuera más inteligente podría resolver raíces cuadradas. El mono no comprende lo que son las raíces cuadradas, por lo tanto no comprende el sentido de tu aseveración. Me temo que a nosotros nos sucede otro tanto. Es algo que escapa completamente a nuestra comprensión... Tal vez hablando con ellos podamos averiguarlo.

—¡Ah...! —Luck gritó. Marcie le había hecho verdadero daño al apretar tan fuerte su mano. La joven se disculpó.

Susan aprovechó entonces el silencio reinante para llamar la atención de los presentes.

—Veréis... estoy observando toda la información que se está volcando en tu ordenador, Sam... y veo que también se incluye determinada correspondencia. Y en concreto dentro de los correos hay un intercambio de *mails* muy curiosa. —Todos se acercaron hacia donde estaba la mujer—. Veréis. Hay un diálogo breve de correos entre un grupo de usuarios entre los que está nuestro amigo el señor Pemberton. El asunto es Aurora, ¿os suena de algo?

Nadie respondió, pero el profesor Roy tomó ágilmente una silla y se sentó junto a Susan.

—Veo que hablan del proyecto Aurora. ¿Qué tiene de particular ese proyecto? —inquirió.

—Fíjate Sam. Aquí, en la respuesta se dice literalmente: «La misión Osiris está en

marcha, todo va sobre el calendario previsto». Si te fijas todos los comentarios son satisfactorios hasta que finalmente el señor Pemberton pone fin a la conversación indicando que este no es el medio apropiado para tratar un tema tan delicado. — Susan se echó para atrás en su silla, apoyándose en el respaldo—. Fue precisamente esa frase la que me llamó la atención. Tema tan delicado. ¿Qué puede ser eso?

—¿Has buscado esas palabras en los documentos descargados? Osiris, Aurora...

—Sí, pero son nombres comunes. Un dios egipcio de la resurrección y la fertilidad, sobre el que puedes encontrar ingente información. Otro tanto sucede con un término tan común como aurora. Sugieren ideas muy pretenciosas y ambivalentes.

Todos se quedaron callados y finalmente convinieron que era momento de dormir. Luck recibió un beso y una caricia de Marcie cuando esta le dejó junto a la puerta de su habitación. Estuvo por invitarla a entrar, pero no sabía si era lo correcto y el momento pasó. Cuando finalmente entró en su habitación y cerró la puerta tras de sí comprendió que, efectivamente, debía haberla invitado.

## Capítulo 21

Sólo Jeny tenía acceso al vagabundo. Había un nexo entrambos que Marl percibió desde el primer momento. Se dieron un fuerte abrazo cuando el enfado del hombre acabó por desaparecer. Hablaron en susurros durante la caminata y a veces con simples miradas parecían entenderse perfectamente. «Esperadme aquí», «ocultaos» o cualquier otro mensaje los interpretaba Jeny con una perspicacia que demostraba lo bien que conocía al guía del grupo.

Avanzaron sinuosamente por la ciénaga siguiendo el mismo patrón que habían mantenido cuando solo acompañaban al vagabundo Marl y Nist. Sandó y Timber iban los últimos de la fila india, acompañados por Sira. Marl intuía que las simpatías de la joven seguían puestas en su antiguo líder, a juzgar por la deferencia con la que atendía sus deseos o la atención con la que le escuchaba. Dev, por el contrario, iba siguiendo los pasos de Jeny como un perrito faldero. Nist y Marl se encontraban en medio de un pulso entre dos fuerzas latentes condenadas a volver a enfrentarse. El rostro de Timber, pétreo y oscurecido por sentimientos no demasiado difíciles de adivinar, presagiaba nuevas tormentas y Marl lo evitaba cuanto era posible.

En ocasiones se detenían varios minutos en un mismo sitio mientras el vagabundo se adelantaba. Era evidente que Timber se sentía incómodo en cada ocasión en la que se demostraba quién estaba al frente de la comitiva. A veces el hombre que los lideraba llegaba con el semblante entristecido o solemne y Marl no sentía ganas de preguntar qué ocurría. Se imaginaba que proseguía la búsqueda de supervivientes pero que ésta resultaba infructuosa.

Pero no sólo los oscuros habían hecho estragos. Según le comentó Jeny en un momento que se quedaron solos, lo peor no eran aquellos hombres de uniforme negro como el carbón, que preferían llevarse a sus presas vivas o en ocasiones abatirlas, sino los cocodrilos. Más tarde comprendió aún más gráficamente esta explicación cuando hallaron restos sanguinolentos de extremidades de una persona. Dev se echó a llorar e inmediatamente Jeny le chistó y se aproximó para consolarlo. Marl se sintió horrorizado al descubrir una mano y parte de un antebrazo flotando sobre las aguas turbias. El semblante de Nist se descompuso.

Cuando ya casi anochecía el vagabundo decidió sacarlos de allí.

—Ellos se han ido ya lejos de aquí —comentó—. Nosotros también debemos irnos cuanto antes. No me extrañaría que regresaran con refuerzos.

A menudo, cuando Marl echaba un vistazo al grupo de rezagados, observaba que estos cuchicheaban entre sí. No esperaba nada bueno de su compañía y empezó a desear que tal vez lo mejor que pudiera suceder es que el grupo se dividiese en dos y cada cual fuera por su cuenta. Él por su parte seguiría con el vagabundo. Intuía además que Jeny permanecería junto a él. A pesar de que era pareja de Timber, sospechaba que un problema grave se interponía entre ambos. Las explicaciones de Jeny en relación a Timber no se fundamentaban en un sentimiento de amor. Podría



haber algo de gratitud... e incluso algo más perverso, pero Marl no lograba deducir qué podía ser.

Cuando anocheció empezaron a trepar a lo alto del cerro donde el vagabundo los había alojado la noche anterior. Fue Sira la que protestó indicando que necesitaban buscar un refugio para la noche, pero el vagabundo ni se inmutó. Siguió trepando loma arriba. Ni Dev ni Jeny dijeron nada, por lo que fue Marl el que indicó que tuvieran paciencia, que ya faltaba poco. Sira observó el rostro de Timber, que se relajó con ese aviso, e hizo otro tanto. Los dos, junto con Sando, no se mostraban nada satisfechos con aquel cambio de roles. Marl se decía, que si tan incómodos se sentían, nada les impedía abandonar el grupo y perderse en la selva. ¿Por qué seguían con ellos a pesar de esa enconada rivalidad que frustraba tanto a Timber?

Marl se dejó caer en el mismo lecho en el que había dormitado la víspera. El vagabundo distribuyó alimentos a sus huéspedes, que aceptaron sin señal alguna de agradecimiento. Sólo Dev se emocionó verdaderamente por volver a poder comer y descansar. Hablaba sin tapujos, con voz alta, con todos y con ninguno, y así, entre bocado y bocado, explicaba cómo había estado a punto de morir de agotamiento y que aquella comida le estaba salvando la vida. Marl y Nist se sentaron juntos y en silencio. Intercambiaban miradas que expresaban que compartían la desconfianza hacia el grupo de Timber, que comía aparte, conversando quedamente entre ellos sin hacer partícipes a los demás de sus ideas.

Por su parte el vagabundo se había alejado junto con Jeny a la parte más elevada del cerro. Marl podía oír el susurro de sus voces mientras mantenían una conversación larga y sostenida. Ignoraba de lo que hablaban y sintió un deseo enorme de participar en ella, pero intuía que caso de presentarse el vagabundo le invitaría de inmediato a volver sobre sus pasos.

El cielo estrellado brillaba sobre ellos como una colosal bóveda artísticamente diseñada, en la que un hábil joyero hubiera incrustado diamantes de extraordinario valor. Desde su despertar, Marl nunca había reparado en ello, seguramente porque hasta entonces no había experimentado la seguridad de ese momento, la suficiente como para permitir que su espíritu pudiera deleitarse en la belleza que lo circundaba. Aunque sí, sí había tenido momentos de solaz aunque de naturaleza muy distinta. Jeny.

Tan sólo Jeny había supuesto un enorme alivio a los pensamientos que le atormentaban. Recordó las conversaciones que habían mantenido con la muchacha, en la laguna, o subidos a la copa de un árbol. Su mirada había provocado en su interior una excitación eléctrica. Podría recordar su sonrisa hasta el día de su muerte. De hecho, bastaba rememorar su semblante, el tono de su voz, o su delicada sonrisa, para sentir que era transportado a otro mundo de agrídulce felicidad, completamente ajeno a los peligros que le rodeaban.

Con esa imagen se sumió en un sueño profundo, distante de todo y de todos.

\* \* \*

Cuando despertó el sol estaba ya alto. La sombra de la roca contra la cual se había acurrucado, una mole enorme que coronaba el cerro, lo había mantenido a la sombra, resguardado de la luz y el calor que hubiera podido despertarlo. Se despertó lentamente y sintió un hambre intensa. Recordó que apenas había cenado algo. Se sentía demasiado cansado y el reencuentro con Jeny había ocupado tanto sus pensamientos que el hambre había pasado a ser una sensación secundaria.

No había nadie en el campamento. Todos se habían ido. Todos, excepto Jeny. Sentada sobre lo alto de la roca bajo la cual él había descansado, miraba el horizonte del sur, afilando la mirada sobre la alfombra verde que se desplegaba ante ella, como si fuera capaz de distinguir que había más allá de su extensa infinitud. Enormes cumulonimbos, blancos y algodonosos, flotaban como inmensas carabelas cruzando livianas aquel océano imaginario y creando un pintoresco contraste de colores.

—Buenos días Marl —saludó jovialmente Jeny.

Marl pensó que aquella sonrisa no podía deberse simplemente a un saludo de buenos días. Su corazón se aceleró. Le devolvió el saludo y se sentó junto a ella. Varias frutas apiladas y un cuenco con agua yacían a su lado y Marl masticó una de ellas con fruición. Estaban frescas y jugosas.

—Hacia allí es donde debemos ir... al menos es lo que nos sugiere el vagabundo.

—¿Qué sabes de él Jeny?

Le devolvió la mirada con aire divertido.

—Sé muchas cosas Marl. La cuestión es que no sé si debo contártelas.

Marl le miró expectante. Había tantas cosas que aún ignoraba. Pero Jeny arrancó de golpe.

—El vagabundo... prefiere que nadie le llame por su nombre. Él es uno de los pocos que ha despertado y que no se ha ido.

—¿Despertado? Es decir, el recuerda todo, ¿no? La vida antes de esto.

—Sí, recuerda todo.

—Cuando me rescató se refirió a mí como si me conociese —comentó Marl casi sin pensar.

Está vez el que logró despertar la curiosidad del otro fue Marl. El semblante de Jeny se tensó de pronto. Pero Marl cabeceó.

—Sólo fue eso, Jeny. Me dio a entender que me conocía, me dijo algo así como, «llevo tiempo esperándote», y dicho además con un grave tono de fastidio.

Jeny asintió lentamente.

—Sí. Él no se ha ido porque debía esperar al menos a dos personas. Una eres tú. La otra soy yo, Marl.

Marl sintió como un golpe en el pecho al saber eso.

—¿Espera... por nosotros? Quieres decir ...

—Sí, a que despertemos. —Jeny suspiró y volvió a mirar al horizonte—. Dice que podría decirnos cosas que nos obligara a despertar, a recordarlo todo. Pero... cuando lo intentó con otros de los renacidos... enloquecieron. Es peligroso forzar las cosas. Lo que sucede naturalmente no debe ser violentado. Así que es muy cuidadoso con todo ello. Sin embargo cree que hay algo en el sur que debemos ver con nuestros propios ojos. Dice que es necesario... para que incluso cuando despertemos, comprendamos y creamos.

—¿Creer? ¿Creer el qué?

Jeny sonrió.

—Sí, el vagabundo es condenadamente misterioso cuando se lo propone. No tenemos otra opción, mal que le pese a Timber, él sabe que yo seguiré a ese hombre. Es uno de los temas candentes que tenemos Timber y yo.

—¿Uno? ¿Qué más temas hay?

Jeny le miró con una sonrisa, escandalizada, y soltó una carcajada.

—¡No seas curioso! —le increpó—. Además, tú mismo eres un problema enorme para él, parece mentira que no te des cuenta.

—¿Darme cuenta de qué? —Marl empezaba a sentirse un tanto estúpido pidiendo tanta aclaración por algo que para Jeny resultaba obvio.

—Está claro Marl, que entre tú y yo existe un vínculo. Un vínculo que va más allá al simple hecho de que el vagabundo esperase por nosotros. Timber también es consciente de ello y... le preocupa.

El semblante de Jeny se había serenado. Sin su sonrisa, pero con el semblante relajado, miraba hacia el horizonte de nuevo, con la frente alta y el pelo ondeando levemente con la brisa. Una belleza distinta se encarnó en ese perfil delicado y amable. Marl sentía su corazón acelerado mientras se deleitaba en esas palabras. «Entre tú y yo existe un vínculo». Debió de hacer un esfuerzo sobrehumano para apartar la vista de la chica y dejar que su mirada se perdiera en el mismo infinito que contemplaba ella.

Pero... ¿cuál era ese vínculo?

\* \* \*

El vagabundo parecía de mejor humor. Regresó acompañado de Dev y Nist, cargados ambos con pesados fardos de leña. No estaba seca, por lo que la esparcieron en una zona soleada. Al vagabundo le gustaba mantener su escondrijo siempre provisto de lo necesario. Él por su parte vertió un odre lleno de agua en un aljibe natural formado en la roca que después cubrió con una piedra plana. Marl se asombró de lo precavido que resultaba aquel hombre.

Los presentes se congregaron en su derredor. Él miró en todas direcciones, como buscando a los tres que faltaban, pero no hallándolos decidió prescindir de ellos. Se acuclilló mientras con una ramita que tomó de la leña desparramada empezó a dibujar

en el suelo.

—Bien. Estamos aquí, en esta pequeña loma en mitad de este territorio plano y selvático. Más al norte se encuentra la ciudad de nuestros enemigos. Al Oeste se encuentran las cuevas en las que renacimos. Al sur está el territorio prohibido. Y al este... al este no tengo ni puñetera idea de lo que hay allí... Y tampoco me hace falta saberlo. Según he oído cuando estuve en la ciudad la última vez, se hallan varias *megaurbes* pero a unas distancias inalcanzables para nosotros. Son enemigas nuestras igualmente, pero también son rivales entre sí. Cada ciudad —la mirada del vagabundo se detuvo especialmente en Marl, como si estuviera recalcándole una lección— es enemiga de las demás. Son ciudades estado, independientes, con sus gobiernos y sus leyes.

—Y aún así... ¿seguro que no nos acogerían? Sería lógico suponer que si...

—¿Que el enemigo de tu enemigo es tu amigo? —Sonrió el hombre—. No en este caso, no en este caso. Allí todos los hombres y mujeres como nosotros son sometidos al condicionamiento.

—¿Condicionamiento? —preguntó Marl extrañado.

—Esclavitud, si lo prefieres —explicó con una sonrisa sardónica el vagabundo. Sus ojos claros brillaban irónicos, como si disfrutase con aquella lección—. En este condenado mundo no sé qué oportunidades tenemos ni dónde podremos vivir tranquilos. Lo que sí es seguro es que... aquí no hay nada que hacer. —El hombre se rascó una ceja mientras miraba pensativo su tosco mapa. Después de pensar un rato descargó la rama sobre uno de los círculos que había dibujado—. Iremos aquí —afirmó con autoridad—. El territorio prohibido. Sí. Es allí donde hay que ir. Tarde o temprano todos vosotros despertaréis y recordaréis. Cuando eso suceda debo estar presente, debo explicaros una serie de cosas... y he de aguardar vuestras respuestas. —Esta vez su mirada se posó en Jeny, que la sostuvo unos segundos que se hicieron interminables—. En aquellos territorios hay algo que debéis ver. Es necesario porque de lo contrario nunca creeréis la verdad... nunca comprenderíais lo terriblemente mal que ha ido todo.

El grupo quedó en silencio.

—Así que tu plan es ese. Ir a los territorios prohibidos.

Timber había llegado con los suyos. Había un desdén agresivo en sus palabras. El vagabundo se irguió y no mostró temor por el tono bravucón del antiguo líder.

—No tienes por qué venir con nosotros, Timber —dijo despacio pero retador—. Eso sí. Jeny se viene conmigo. No lograrás que vuelva a seguir contigo.

—Eso ya lo veremos —repuso provocador Timber. Sus bíceps estaban tensos y Marl presentía que estaba a punto de presenciar un nuevo combate.

—No estoy seguro cuál es tu jugada, muchacho —dijo el hombre mientras cerraba con fuerza sus puños. La ramita que sostenía cayó al suelo astillada—, pero sospecho muchas cosas. El día que averigüe cuál es tu juego date por muerto si no me gusta lo que pretendes.

—No tengo ningún juego ni nada que ocultar.

Timber miró a Jeny durante un rato largo, pero ella se parapetó tras del vagabundo. Timber sonrió primero y después soltó una carcajada.

—Iremos con vosotros, por supuesto —rió—. Necesitáis nuestra ayuda, sin duda.

Marl se dio cuenta de que Timber había asumido el mando de aquella facción rebelde del grupo. Deseó que se hubieran largado. La convivencia que podría ser agradable y de camarería iba a estar sujeta a tensiones como aquella constantemente, estaba seguro de ello. También le había agradado ver que Jeny estaba dispuesta a alejarse de Timber. Cada vez entendía menos qué hacían esas dos personas juntas. Era cierto que Timber podía resultar atractivo, pero su personalidad mostraba un carácter arrogante.

Prepararon la partida sobre la marcha. El vagabundo distribuyó toscas mochilas entre todos ellos en las que cargaron alimentos y pequeños odres llenos de agua. Después camuflaron la entrada de la gruta y borraron todo vestigio de su presencia en el lugar. Especial esmero aplicó el vagabundo en borrar las señales del fuego. Cuando estuvo enteramente satisfecho se puso al frente de la expedición. Descenderían por la ladera sur y seguirían ese rumbo durante varias semanas, sin descanso.

## Capítulo 22

Serpentearon ladera abajo ayudados por troncos de árboles y matorrales en los cuales se apoyaban o agarraban según fuera el caso, dado que la pendiente pronunciada y la hojarasca y detritus que se acumulaba en el suelo lo hacían extremadamente resbaladizo. Sin embargo Marl se encontraba más cómodo que cuando habían emprendido la malograda marcha que capitaneó Timber, días atrás. Aquel hombre le inspiraba una rara sensación de confianza, y pese a que destilaba un humor negro y un pesimismo agrio, Marl creía leer entre líneas que aún tenía un as en la manga. El vagabundo aún creía que su vida tenía un propósito, una misión.

El día resultó especialmente fresco. La humedad habitual de la jungla se había mitigado. El vagabundo lo atribuía a que se estaban alejando de las principales cuencas fluviales, el terreno era más seco y la humedad menor, pero advirtió que más adelante dejaría de ser tan agradable. Marl se sintió un tanto fastidiado por la necesidad de aquel hombre de terminar todos sus comentarios con un aviso más bien negativo.

La fila se fue haciendo cada vez más larga y Marl se encontró caminando junto a aquel hombre. Decidió no desaprovechar la conversación.

—Entonces, ¿me conoces de antes de... llegar aquí? —preguntó mientras seguía tan cerca como le era posible el paso al que comandaba la marcha.

—Así es, muchacho. Te conocía bastante bien, la verdad.

—¿No puedes decirme algo que me ayude a... recordar?

—No, no puedo.

—Pero...

—No hay nada que hablar al respecto. Lo más que podría hacer es llevaros a las cuevas. Mostraros el lugar donde empezó todo este infierno. Tal vez allí, viendo algo, pudierais recordar. Es el despertar forzado menos agresivo que conozco. Las primeras veces que intenté forzar el despertar diciendo cosas para que todos recordarán tuvo consecuencias nefastas. En cierto sentido contribuí a fabricar recuerdos diferentes, falsos, que entraron en conflicto con la propia memoria de cada uno. Eso es algo peligroso. Tiene que ser uno mismo el que recupere la memoria por su cuenta.

Marl se quedó pensativo ante esas palabras.

—Y... ¿por qué no vamos a la cueva ahora?

El vagabundo soltó una carcajada mientras apartaba una liana de su camino. Al soltarla está vino a caer directamente sobre Marl que apenas tuvo tiempo de esquivarla.

—Vamos a ver. En esta especie de *tour* que vamos a emprender, en la que yo hago de guía turístico sin remuneración, vamos a intentar seguir un orden lógico. Es preciso primero que veáis algo sin lo cual, lo que recordéis, no serviría de nada. Por la naturaleza de ese lugar es conveniente ir y verlo. Las palabras podrían quedarse cortas, ser malinterpretadas, o lo que es peor, incluso pensar que os estoy mintiendo.

—Pero vamos a perder mucho tiempo si...

El vagabundo le interrumpió con una gran risotada.

—¿Perder mucho tiempo? Me temo que el tiempo es ya el menor de nuestros problemas. Tenemos tiempo de sobra, ¿entiendes lo que te digo? De hecho... cuando ya da todo igual porque todo se ha ido al garete, ¿quién tiene prisa? —El vagabundo se volvió sonriente y le guiñó un ojo—. Y por otro lado hasta que vuestro cerebro reblandecido no decida espabilarse poco podemos hacer.

Marl suspiró. Bien. No era hombre que fuera a cambiar de criterio porque él le objetara cualquier inconveniente.

—Y después de ese lugar que debemos ver... ¿Cuál es la segunda parada de nuestro *tour* turístico?

—La segunda parada la haremos en las cuevas. Regresaremos desde el sur, pero en una ruta que nos lleve hacia el noroeste. Podríamos permanecer allí un tiempo con la esperanza de que aquel lugar acabe por recordaros algo. Es una posibilidad que merece la pena no desechar.

—Y...

—Y por último iremos a la ciudad-estado de Póntobar.

—¿Ciudad-estado?

—Sí. Allí verás cómo viven los condicionados. Son hombres y mujeres como nosotros, en apariencia. La única diferencia es que... son como esclavos. Verás, me imagino que te intriga eso pero... lo mejor es verlo. Es fácil hacerse pasar por un condicionado. Yo lo he hecho unas cuantas veces.

—¿Qué pasa si te descubren?

—Te convierten rápidamente en uno de ellos... o te matan. No estoy muy seguro de ello.

—Pero... ¿Quiénes tienen esclavizados a los condicionados?

—Bueno, otros condicionados, por supuesto. Los oscuros, que obedecen las directivas de los pretores. Y estos a su vez deben obediencia a los verdaderos amos, los senadores. La cadena de mando incluye muchos mandos intermedios, pero no te voy a aburrir ahora con sus rangos y galimatías. Los importantes son los senadores, y sus esbirros principales, los pretores. Ellos son los que gobiernan Póntobar, por supuesto.

—¿Así que esa ciudad-estado es la que gobierna toda esta jungla? ¿Ellos son los que nos persiguen, no es así?

—Ellos son los que nos persiguen. Y sí, gobiernan esta jungla... hasta ciertos límites al este que nunca he llegado a atravesar. Hay otras ciudades estado más allá, enemigas de Póntobar, y después mucho más allá, debe estar el océano.

—¿Y no deberíamos acudir allí en busca de ayuda?

—¿Ayuda? —El hombre rió de nuevo—. No, no es así ni mucho menos. Nosotros somos piezas muy valiosas para ellos, para cualquiera de ellos. Estamos sin condicionar y además venimos de un sitio muy especial, Marl. Por eso somos el más

peligroso de sus enemigos, para cualquiera de los senados que gobiernan todas esas ciudades, sin duda, su principal presa somos nosotros.

—Entiendo —murmuró Marl no muy convencido.

—No, chico, me temo que aún no entiendes nada. —El vagabundo se deleitaba en sembrar la duda en Marl—. Hay una profecía. Una profecía capaz de acabar con todos ellos de un plumazo y devolver la libertad a los condicionados y hacer que tú y yo, y todos nosotros vivamos estúpidamente felices y comamos perdices, ¿comprendes? —El tono cínico del hombre se hacía más extremo por momentos. Marl callaba.

—¿No quieres que te cuente cuál es esa profecía?

—Pues sí, la verdad —murmuró.

El vagabundo volvió a reírse estrepitosamente.

—Pues no te la puedo contar porque no tengo ni puñetera idea de cuál es, Marl. Jeny es la que conoce los detalles, pero... claro, aún no ha despertado, con lo cual no hay nada que podamos hacer de momento. Y aún así hay más. Será una profecía muerta antes de nacer porque... ¿de qué sirve una profecía cuando ésta ya ha visto pasar su tiempo de cumplirse sobradamente? Que yo sepa no podemos ir al pasado y cambiarlo, ¿verdad?

—Eso me temo —replicó Marl acobardado por el tono belicoso del hombre.

—Así es, chico, así es. Así que vete acostumbrándote a vivir en el anonimato, perseguido y acosado, haciéndote pasar por lo que no eres. La otra alternativa es tan absurda como imposible salvo que me expliques como construir una máquina del tiempo...

—Pero entonces, ¿para qué esforzarse tanto?

—Eso digo yo, chico, eso digo yo. Y te aseguro que no paro de repetírmelo una y mil veces al día, desde que me despierto sacudiéndome los mosquitos de encima hasta que me acuesto acordándome de los hijos de mala madre de los senadores de Póntobar. Me lo repito mil y una veces al día; ¿por qué coño estoy haciendo de niñera de esta gente desmemoriada si ya nada queda por hacer y todo está perdido?

El hombre suspiró largamente. Después de un minuto en los que habían avanzado en silencio concluyó la frase, casi hablando para sí y levantando los hombros como expresando resignación.

—Sí, supongo que si no fuera por esto me aburriría.

\* \* \*

Se trataba de un felino enorme. Sando y Sira fueron los primeros en descubrir que estaba acechándolos. Cuando dieron la voz de alarma el grupo busco refugio en un árbol de gruesas ramas al que resultó fácil acceder.

—No podemos quedarnos aquí mucho tiempo, está a punto de anochecer —comentó Jeny preocupada. Por más que escrutaba la selva en derredor no descubría a



qué se debía tanta alarma. Pero Sando y Sira afirmaban con seguridad que lo habían visto.

El vagabundo sacó su arma de la mochila. Tenía cara de fastidio, como si no le gustara lo que estaba a punto de hacer.

—Más vale que lo ahuyentemos ahora que hay luz. Dentro de unas horas será noche cerrada. Si sigue rondándonos será el momento ideal para que nos ataque. —Y dicho esto se descolgó del árbol y avanzó cauto entre los matorrales bajos que rodeaban la base del árbol en el que se refugiaban. En la selva reinaba un silencio extraño y los pasos del vagabundo sobre la hojarasca producían chasquidos delatadores.

—Voy a necesitar ayuda. Hay que hacer más ruido para provocar que salga de su escondrijo.

—¿Nos quieres convertir en cebos humanos? —Preguntó Dev ofendido por la posibilidad de que se le obligara a bajar del árbol.

—Tiene razón —murmuró Timber—. Resulta absurdo consumir horas de sol en un refugio. De noche la fiera será muchísimo más peligrosa que ahora. Hay que ir a por ella cuando podemos verla.

Timber también se descolgó de la rama ágilmente y se incorporó en la partida de caza. Con un palo empezó a golpear un tronco cercano. Marl fue el siguiente en descolgarse y hacer otro tanto. Sentía una extraordinaria agitación, pero la presencia del resto del grupo le infundía confianza. El vagabundo esgrimía el arma con una mano y con la otra también empezó a batir con un palo contra un tronco. Se incorporó el resto del grupo a la tarea y en poco tiempo el estruendo que provocaban era audible en una buena distancia a la redonda. El vagabundo hizo un ademán con la mano y el grupo siguió avanzando con el estrépito como medio para provocar una reacción del felino.

A medida que batían con fuerza y avanzaban, paso a paso, la confianza en el grupo crecía. Marl sentía como una corriente eléctrica invadía su cuerpo. Era la pura excitación, la adrenalina ardiendo por sus venas, experimentando un sentimiento vital intenso y salvaje. Se dio cuenta que sus compañeros también lo vivían así. El rostro de Jeny, sonrojado, era diferente, exaltado. Timber sonreía como un loco y Sando miraba serio, concentrado, como si experimentase un éxtasis. Sira ponía el alma, de la que destilaba rabia pura, en cada golpe de madera contra madera. Incluso Dev y Nist parecían enardecidos.

Avanzaron durante largos minutos, como si se tratara de un ritual ancestral y salvaje, hasta que finalmente lograron lo que se proponían. Fue el vagabundo el que distinguió una figura huidiza entre los matorrales. Dejó de golpear y echó a correr en su dirección. El resto avanzó con precipitación en pos de él, pero sin dejar de producir su estruendo primitivo. Un estallido eléctrico hizo enmudecer a todos. El vagabundo reapareció entre los matorrales, sonriente.

—Le he dado un buen susto al gatito ese. No volverá a molestarnos, os lo

aseguro. Y volvió a guardar su arma en su mochila. —Venga, a seguir el paso, ya hemos tenido diversión más que suficiente.

Reemprendieron la marcha, pero algo había cambiado en el grupo. Todos hablaban con todos. El vagabundo se burlaba de la falta de valor de Dev y este se defendía argumentando que era el que más ruido había hecho de todos. Jeny y Sira se reían juntas de esas bromas mientras Timber y Nist intercambiaban opiniones acerca de lo grande que era la fiera. Sando explicaba con una locuacidad impropia en él lo que había llegado a ver. Marl escuchaba a todos, divertido y alegre al ver que de pronto aquella leve adversidad había propiciado tantos lazos de camarería que sólo unas horas antes le habrían parecido imposibles de establecer.

—Y tú Marl... estaba claro que golpeabas con fuerza para ver si así no se notaba tanto que tus rodillas temblaban como sonajeros —se burló el vagabundo.

Marl se rió.

\* \* \*

El vagabundo logró cazar un antílope con la última claridad del día, por lo que dejaron sus provisiones intactas e hicieron una fogata en la que asaron la carne y alrededor de la cual celebraron una reunión animada. No se había extinguido la camarería de horas antes y todos charlaban vivaces. Marl, agotado y hambriento, disfrutó como pocas veces antes del sabroso alimento, mientras apoyado en un tronco caído, participaba y reía de la conversación junto con el resto.

Hubo un momento al final de la cena en el que todo el mundo calló. Marl aprovechó el ambiente distendido por ver si lograba sonsacar algo más a su guía.

—¿Por qué no nos cuentan como son las ciudades? Ya que al parecer has estado allí bastante tiempo...

El vagabundo le miró y entrecerró los ojos. Los demás le miraron expectantes.

—Cristal, acero, hormigón... Y mucha gente. También hay una gran cantidad de vehículos que funcionan con algún género de células solares. Toda la ciudad funciona con energía solar. Y eso sí, disponen de un escudo invisible, como una inmensa cúpula, que impide que la aviación enemiga pueda sobrevolarla.

—¿Un escudo invisible? ¿Aviación enemiga? —preguntó Dev con cara de asombro.

—Sí, algo así tengo entendido. También hay mucha, muchísima gente. Varios millones de personas. Cientos tal vez. Tienen fábricas, campos de labranza, y un enorme río la atraviesa de lado a lado.

—¡Háblanos de la muralla! —Rogó Nist.

El vagabundo sonrió.

—Sí, existe una muralla altísima que rodea la ciudad, con una puerta en cada uno de los puntos cardinales. Dentro de las murallas no hay jungla ni selva. Edificios altísimos donde vive y trabaja la gente, parques, jardines pero no hay selva, como

aquí. La naturaleza está domesticada. Los ciudadanos ignoran lo que hay más allá de la muralla.

—Y la muralla es para defenderse de sus enemigos —apuntó Nist.

—Me temo que no. La muralla es para que sus habitantes no puedan escapar. Es como una prisión, un sitio donde la gente vive encerrada. Tienen todo tipo de lujos y comodidades, pero están obligados a obedecer a sus jefes. Son como esclavos, y todo lo que hacen está destinado a mantener y defender a los senadores. Si no cumplen, son eliminados.

—¿Cómo son los senadores? ¿Los has visto cuando estuviste allí?

—No. No los he visto ni yo ni nadie. De hecho creo que tan sólo los altos funcionarios, y los pretores tienen acceso a ellos. Viven en el centro de la ciudad, en un recinto cerrado herméticamente que denominan la Ciudadela de lo Alto. Se dice que tienen un pequeño ejército de asistentes personales, pero viven allí con ellos y jamás han salido de allí.

Todos callaron al oír esa historia. Cada cual se imaginó que género de vida podría ser la de un ciudadano encerrado en sus muros. Por un lado no tendrían que preocuparse por convertirse en alimento de tigres o cocodrilos pero por otro...

—¿Qué hacías en la ciudad? —preguntó Timber serio.

—Mmm... —el vagabundo caviló unos segundos antes de responder—. Tuve que ir allí. Quería saber cosas que ignoraba. El mundo había cambiado mucho desde lo que yo recordaba. Y cuando desperté... tuve que saber, era una necesidad que... Bueno, ya os pasará igual a vosotros.

—¿Y averiguaste lo que necesitabas? —insistió Timber.

—Sí. Averigüé... cosas terribles. Todos nosotros estamos aquí por una razón, pero esa razón ha dejado de tener sentido. Esto ha sido todo un gran error, un completo desastre.

—¿Te refieres a la profecía que sólo yo sé? —preguntó Jeny.

El vagabundo asintió.

—Sí. Cuando despiertes y recuperes tu memoria recordarás algo que sólo tú sabes, algo que daba sentido a nuestra presencia aquí y que sólo te fue revelado a ti... obedecía a un plan que ha fracasado, que carece de todo sentido. Es algo absurdo y terrible a la vez. —El vagabundo soltó una de sus risotadas amargas.

—Entonces... ¿por qué ese empeño tuyo en llevarnos al sur, al territorio prohibido? Y después llevarnos a las cuevas... —insistió Timber—. Qué más da todo ¿no?

—Sí, es verdad, ¡qué más da todo! Sin embargo te aseguro que soy una persona tenaz. Es algo superior a mis fuerzas. Jamás he abandonado nada de lo que he emprendido y no pienso empezar ahora. Lo que está en mi mano es protegeros y ayudaros. Cuando se haga la luz con lo que Jeny deba decirnos... entonces veremos.

Aún estaba hablando el vagabundo cuando Marl, un tanto amodorrado consecuencia de un estómago agradecido y un cuerpo cansado, relajado y sintiéndose

cómodo contra el respaldo que se apoyaba, tuvo una breve ensoñación. Las palabras del vagabundo habían tenido la virtud de evocar con su imaginación el cómo sería la ciudad de la que hablaba. Mientras cavilaba en ello y escuchaba a medias la conversación general, con los ojos entrecerrados por el sueño, de pronto se apareció ante él lo que debía ser una urbe, llena de gente vestida con trajes grises y sombreros variopintos, con vehículos multicolores que iban de un lado a otro, circulando por calles oscurecidas por la sombras de incontables rascacielos, incómodas por el estrépito del gentío y el tráfico. Fue una visión fugaz y colorida, pero que obró un efecto vertiginoso. De repente todos sus recuerdos, toda su memoria, se precipitaba a llenar el vacío de todo lo que era él mismo. Y a una angustiosa sensación de vértigo y náusea le sucedió una cefalea aguda que le hizo gemir de dolor. La conversación se desvaneció y todo el mundo exterior se convirtió en negrura. Las voces y otros sonidos se apagaron, el brillo del fuego se oscureció, sus miembros dejaron de obedecerle y Marl dejó de controlar todo cuanto él era o hacía. Se hundió en un mar oscuro de sufrimiento en el que finalmente se desvaneció.

## Capítulo 23

Luck no podía conciliar el sueño. Todo era demasiado extraño, demasiado precipitado. En apenas unos días su vida había dado un vuelco. Era como si se hubiera lanzado en paracaídas sobre un territorio inexplorado. Se había enamorado perdidamente. Su estado anímico subía y descendía como una montaña rusa. Cada palabra de Marcie, cada mirada, eran capaces de conducirlo a lo más alto... pero cualquier otro gesto, una mirada ausente, una sonrisa no correspondida, o ese coqueteo con el profesor Roy, lo conducían a un infierno recóndito que Luck ignoraba que pudiera existir en su corazón. Tumbado en la cama meditaba sobre cómo terminaría aquella historia y consideraba que poco más o menos se sentía como una toallita de papel arrojada a la taza del baño, que gira y gira con el agua, vertiginosamente, sin ningún control sobre su destino, para poco después desaparecer para siempre en un torbellino tuberías abajo. «Así que es esto lo que se siente».

Recordaba las palabras admonitorias de su padre alentándole a escoger una buena mujer, no la típica veleta vanidosa, eran palabras suyas, inconstante y caprichosa, capaz de seducir con mucha fuerza, pero también de infligir castigos muy severos. Se veía a sí mismo siendo un chaval y escuchando aquellas filípicas admonitorias que a lo que se veía no habían servido de mucho. De entre todas las mujeres parecía que había escogido a una que no tenía sus sentimientos demasiado claros. Comprendía que una chica joven podría sentir admiración por la potente personalidad del profesor Roy, pero... la diferencia de edad era enorme. Y entonces una avalancha de imágenes relativamente eróticas, del profesor Roy en bañador, rodeado de excelsas beldades en bikini, en paradisíacas playas de cualquiera sabía qué mares tropicales, proyectadas en la conferencia de antropología y evolución, acudían a su memoria para ahondar su inseguridad. Indudablemente al profesor Roy le iban las jovencitas. Luck se agitó inquieto en la cama y cambió de postura. Solo unas horas antes se habían besado apasionadamente... y sin embargo esa cercanía, esa confianza... Luck lo supo entonces. Ambos habían sido amantes. Existía algo que los había unido, que había servido para establecer entre ambos una cómoda confianza. Tal vez ella estuviera enamorada de él, pero el profesor, inconstante y mujeriego, había decidido dejarla de lado y regresar a los brazos de Susan. Ella, entonces, en venganza, decidía tomarle a él, Luck, como arma para despertar los celos del profesor. «Dios mío», pensó abatido Luck comprendiendo el papel de secundario simplón que le había tocado desempeñar en esa obra de romances no correspondidos. «Está enamorada de él». Una profunda sensación de vértigo le invadió. El puzle encajaba de esa manera a la perfección.

Nada salvo eso le afectaba. Su futuro académico le importaba menos que nunca. El reciente descubrimiento de las tomografías explicadas por el profesor Logan carecían de interés alguno. Lo único que ocupaba su cabeza enfebrecida y le revolvió hasta la náusea era la idea de haber sido usado como un muñeco para un ajuste de cuentas romántico. ¿Pero cómo arrancarse el pensamiento de Marcie si ya estaba

incrustado en lo más profundo de sus entrañas?

La madrugada tocaba a su fin. Los cortinajes dejaban pasar en sus límites del suelo una leve claridad del albor. Había sido una noche en blanco y Luck se sentía enfermo. Hablaría con Marcie, le diría lo que había descubierto. Pondría las cartas bocarriba y la obligaría a confesar. Al menos no quedaría como un idiota o un pusilánime. Reaccionaría por una vez con energía. Ya estaba harto de estar supeditado a la voluntad de quienes le rodeaban. A fin de cuentas, él, Luck Wright, había sido capaz de dejar la casa de su progenitor para liberarse de su pesada influencia. Si había sido capaz de eso también pondría finalmente límites a las influencias egoístas que pesaban en su vida.

Llamaron a la puerta. Fue un golpeteo suave, tenue. Si hubiera estado dormido habría sido imposible que lo oyera. Era Marcie. Le miraba con semblante serio. Un dedo a los labios, indicando que guardara silencio. Le tomó de improviso de la mano y tiró de él. Quería que lo siguiera. No pudo decir nada. Tampoco quiso.

La mano de Marcie, pequeña, frágil, más fría que su propia piel, obró un efecto balsámico sobre el espíritu lleno de confusión de Luck. Me lleva a su habitación, pensó atolondrado. Y así fue.

«Tal vez no quiera sino crear una mayor tensión entre nosotros a fin de escenificar una escena con el profesor a continuación y despertar sus celos».

Marcie cerró la puerta tras de sí e inmediatamente besó a Luck. Un beso ardiente, pero rápido. Luck correspondió como acto reflejo. Después maldijo su estupidez.

—Luck. Tenemos que esperar unos segundos. —La voz de Marcie parecía tensa, preocupada. Luck iba a preguntar qué ocurría, pero llamaron inmediatamente a la puerta. Era el profesor.

Luck sonrió. Era tan burdo todo.

—¿Qué sucede aquí Marcie? —interrogó el profesor. Su semblante era de cara de pocos amigos. La mirada que se cruzó con Luck destilaba severidad.

—Corremos peligro Sam. ¿Dónde están Susan y Hugh? ¿Los avisaste?

—Por supuesto. No tardarán en llegar. ¿Qué sucede?

Marcie meneó la cabeza.

—Lo saben Sam. Saben lo de tu *pendrive*, que has descargado información... y quieren acabar con nosotros antes de que salga de esta isla.

—Para eso es demasiado tarde. Ya he enviado las tomografías. Calculaba que tal vez podríamos correr peligros pero... desde el momento que las he difundido podemos considerar que estamos a salvo.

—Ellos calculan que aún pueden poner límites a tu transgresión, que pueden contenerlo, Sam. No sé si comprendes lo que quiero decir con eso. Y vienen para acá.

Llamaron a la puerta. Susan y el profesor Logan acudían a la cita. Marcie les informó escuetamente de la situación. El profesor Logan no entendía de qué se hablaba, pero Susan interpretó inmediatamente la situación. Se llevó en un aparte al profesor Logan y le comentó algo de tal manera que pudiera entender que su estancia

en Bermudas se había tornado complicada, pero sin explicar toda la verdad. Luck observaba sus cuchicheos y las expresiones de sorpresa de Logan mientras atendía a la conversación entre Marcie y Sammuel Roy.

—No podemos salir por recepción ni por cualquiera de las salidas principales. Será lo primero que controlarán. No podemos huir por la costa, demasiado visibles. La única opción es cruzar el bosquecillo que está justo detrás del hotel, junto a la carretera de servicio, y desde allí alcanzar un descampado. Es una zona industrial de contenedores y acumulación de material de construcción. Tiene salida por una carretera por completo ajena al hotel. Si conseguimos llegar allí estamos a salvo. He conseguido que un coche con una persona de fiar nos aguarde allí.

El profesor Roy analizó el plan en silencio. Su mirada revelaba desconfianza.

—¡No tenemos tiempo Sam! —Suplicó Marcie.

—Parece mentira... no me creo que se arriesguen a tanto. La verdad saldrá a la luz, no pueden ocultarlo —argumentó en voz baja.

—Creen que sí Sam.

—Pero cómo pueden... —por primera vez Luck observaba a su mentor con un genuino desconcierto.

—Sam, créeme —insistió Marcie—. Sí que pueden. Llevan mucho tiempo haciéndolo, Sam.

Su súplica final hizo mella en el profesor.

—Vámonos, vámonos. Tengo que recuperar mi portátil...

—No Sam, no hay tiempo. Estoy segura de que ya están aquí... —Marcie suplicaba verdaderamente—. Salgamos por el balcón que da a la piscina. Seguidme.

Pero Sam no se arredró por las circunstancias. Desapareció como una exhalación y regresó en menos de un minuto con el maletín de su portátil pegado al pecho, de igual modo que un pasajero sujetaría el bien máspreciado que quisiera salvar de un naufragio inminente.

Y el grupo se encaminó tras de Marcie, que andaba rápido y nerviosa, unos metros por delante de todos ellos. Luck se esforzaba por seguir el paso. Su cabeza le ardía. Una noche insomne, los celos, los nervios por todo lo ocurrido hacía tan sólo unas horas en el hospital... eran eventos que aún no había llegado a asimilar realmente. Y ahora eran tan repentinamente descubiertos... ¿Cómo podía saber Marcie que ya las autoridades estaban al tanto de sus delitos? ¿Por qué no acudía la policía y en cambio hablaba de que sus vidas corrían peligro?

Marcie vestía una blusa ajustada y unos *shorts* que mostraban unas piernas gráciles y bien formadas. Constantemente volvía su rostro hacia ellos y Luck sentía palpar su corazón con más fuerza. «Pero qué estúpido soy», se decía una y otra vez.

Abandonaron la zona de clientes del hotel, rodeando el edificio principal, y accedieron a la parte trasera. Una carretera de servicio que serpenteaba por un espeso bosque llegaba hasta un pequeño muelle de carga y descarga del Tuckers. A lo lejos, en el último recodo, dos hombres de color estaban plantados, aguardando, pero según

tuvieron al grupo a la vista se comunicaron por radio y echaron a correr en su dirección.

Marcie gritó.

—¡No hay tiempo!

Echaron a correr hacia el bosquecillo, en el que se adentraron velozmente. En unos pocos segundos la vegetación los rodeó y la escasa luz del alba no bastaba para ver con claridad. El hotel y la vía de servicio dejaron de verse. El grupo avanzó comandado por Marcie. Corrían con las manos por delante, apartando ramas y arbustos, pisando torpemente en terreno accidentado que apenas distinguían. Para Luck la carrera resultó una eternidad, pero apenas en cinco minutos habían llegado al otro extremo de la linde del bosque. La predicción de Marcie era acertada. Más allá de la carretera se descendía hacia una zona donde yacían acumulados un sinnúmero de *container* de transporte de mercancías, así como grandes montículos de grava y otros materiales de construcción. Las luces de un todoterreno parpadearon. Allí estaba su vehículo. Echaron a correr campo a través.

Luck era el que corría con más agilidad y se adelantó sin pretenderlo al resto. Decidió aguardar y ser el último en cubrir la retirada. Dejó que el profesor Logan, escoltado por Sam y Susan lo adelantaran, pero cuando esperaba la llegada de Marcie, ésta no se produjo. Había desaparecido. Se quedó atónito, aguardando su reaparición, se preguntaba dónde diantres se había metido. Miró hacia el trío que corría limitados por la escasa velocidad del profesor Logan, acercándose a su vehículo de escapatoria. Todavía podría alcanzarlos. Una última mirada hacia el bosque... y los vio llegar. Un coche estacionó justo dónde acababan de dejar el bosque. Dos hombres descendieron del vehículo. Llevaban rifles.

Luck pensó que sería mejor echar a correr, pero los hombres ya estaban con el rifle en el hombro. Vio el reflejo de la mira telescópica. Podría huir pero... ¿y los otros tres?... ¿y Marcie? Iba a echar a correr cuando ella reapareció. Se había mantenido oculta en la espesura, y ahora que aquellos hombres iban a abatirlos con facilidad, surgió con una agilidad felina dispuesta a detenerlos. Saltó por encima del capó del vehículo y golpeó con ambos pies en la espalda de uno de ellos. El sonido de un disparo vibró en el tranquilo amanecer de aquel solitario rincón cuando el arma salió despedida de las manos del francotirador. Era una bala perdida. El otro hombre giró su rifle en dirección a Marcie, pero ésta se movió con una velocidad inusitada. Un segundo disparo hirió los oídos de Luck, pero la bala hizo añicos uno de los cristales del todoterreno pues Marcie había golpeado el rifle con una patada veloz y certera. No hubo tercera bala. Marcie golpeó al hombre. Utilizó el propio rifle, el cual agarró con fuerza, para con un movimiento inesperado, golpearle la cara. Antes de que se repusiera le atizaba un nuevo puñetazo que lo derribaba definitivamente en el suelo. Otro tanto hizo con el primer contrincante que estaba intentando recuperarse de su primer encuentro. Una patada en la cara lo hizo rodar por la ladera.

Luck estaba asombrado. Había sido todo fulgurante, vertiginoso. La palabra



rápido no bastaba para describir la escena. Marcie se plantó a su lado, con una sonrisa indescifrable y le animó a correr. Cuando ellos llegaron al coche los otros tres acababan de tomar asiento. Luck y Marcie se sentaron en la parte trasera, apretados, pues compartían espacio con Susan y el profesor Logan. Samuel Roy iba de copiloto.

El coche arrancó derrapando y levantando una espesa media luna de polvo. Conducía un hombre joven, Luck calculó de su misma edad. Era bien parecido y una camiseta oscura permitía mostrar unos brazos musculosos. Manejaba el volante con seguridad. Condujo en absoluto silencio.

Roy aprovechó que poco después el vehículo tomaba una de las serpenteantes carreteras de la isla y de que todo parecía en calma para girarse hacia atrás y hacer una mueca a Marcie, como preguntando, ¿y éste quién es?

—Tranquilo Sam, es un antiguo novio mío.

Pero el que no se quedó nada tranquilo con aquella explicación fue Luck.

## Capítulo 24

—¿Te encuentras mejor? —la voz de Jeny, sentada junto a él, le dio la bienvenida cuando Marl abrió los ojos. Se sentía aturdido y confundido. Recordaba todo perfectamente y se sintió aliviado al percatarse que el dolor había desaparecido. Esa constatación le procuró un intenso bienestar y devolvió el saludo de Jeny con una sonrisa—. Ya veo que sí —observó la joven—. No has de preocuparte. Todos pasamos por eso. Son síntomas que preceden al despertar. ¿Has sufrido más ataques como éste?

Marl negó con la cabeza. Se sentía agradecido por la compañía de la joven. Debía ser tarde. El cielo se percibía oscuro y estrellado por entre las sombras nocturnas de los árboles.

—Está bien así, entonces. Irás sufriendo estos ataques cada vez con más frecuencia hasta que se aproxime tu despertar definitivo.

—¿Tú has sufrido algún dolor así, Jeny? —preguntó con un susurro.

Jeny asintió.

—Varios. Pero muy espaciados entre uno y otro. Todavía queda tiempo para que llegue mi hora. —Jeny recapacitó—. ¿Tuviste alguna visión de algo previa al ataque?

—Creí recordar algo, y tuve la impresión de que estaba a punto de recuperar toda la memoria, como una avalancha de imágenes que estaba a punto de arrollarme, pero sentí... miedo. Es como si hubiera rechazado aceptar todo ello... y el miedo se transformó en un dolor intensísimo. Sólo de pensar en él...

—Lo sé. Es terrible. Sí, es tal y como lo has descrito. Es como si nuestra mente se defendiera de ese conocimiento y prefiriera mantener nuestra identidad actual, nuestros recuerdos presentes y rechazara todo lo viejo. Una verdadera batalla interior que no comprendemos. Pero el tiempo juega a nuestro favor.

Callaron. Marl observó el campamento. La hoguera crepitaba con brasas intensas pero sin llama. Alrededor de ella todos dormían acurrucados. Más allá el vagabundo montaba guardia, y apoyado contra un tronco, miraba absorto hacia el interior de la jungla, como si ésta ofreciera respuestas a quien estuviera dispuesto a escuchar paciente. Sus ojos se cruzaron de nuevo con los de Jeny. Ella había apoyado su mano sobre su pecho, como para tranquilizarlo cuando se despertó, y aún seguía allí. Podría sentir los latidos de su corazón a través de su palma. La mirada de Jeny, hermosa y serena, seguía pendiente de él.

—Cuéntame algo de él —dijo mientras encaminaba la mirada hacia el vagabundo—. ¿De qué nos conoce?

—Está claro que nos conoce de antes de haber quedado dormidos. Pero ignoro todo sobre él... incluido de qué nos conoce. Es hermético respecto a eso. Esperará a que despertemos. Es tenaz y no quiere precipitar las cosas.

—Le vi como acababa con varios oscuros. Sus movimientos eran rapidísimos... era capaz de esquivar sus armas...

—Los que despiertan tienen varias cualidades con las que ahora no contamos. Según me ha dicho el vagabundo dispondremos de una gran capacidad de anticipación, como si supiera qué es lo que va a hacer una persona, o animal... o incluso lo que va a suceder. Es una capacidad premonitoria que en el combate es muy eficaz.

—Eso es formidable. ¿Tendré yo esa cualidad también?

—Puede ser.

Marl se quedó pensativo. Disponer de aquella capacidad sobrehumana constituía todo un regalo. Dudaba que pudiera realizar las maniobras de combate que hizo el vagabundo cuando los rescató a Nist y a él de varios oscuros.

Suspiró. Deseaba que aquel momento se prolongase indefinidamente. Pensar en que pudiera llegar el alba y acabar con aquel hechizo le causó pesar.

—Jeny... háblame del vínculo que nos une.

—No sé exactamente de qué naturaleza es pero... existe. Es entre nosotros dos tan solo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo estás tan segura?

Jeny le miró intensamente. Cavilaba pros y contras pero su rostro no mostraba ni inquietud ni duda. Finalmente se limitó a ofrecerle su antebrazo.

A la débil luz de las brasas Marl no comprendía qué le mostraba la chica, pero finalmente esforzó la vista e incluso tomó entre sus manos el brazo de la chica porque no podía creer lo que estaba viendo. Allí, labrada sutilmente en su delicada piel, lucía un tatuaje simétrico e idéntico al que él mismo poseía. Una figura geométrica, inversa a la suya, que indudablemente, como dos piezas que se ensamblan, mostraban que estaban hechas para encajar la una en la otra. Era un puzle de dos piezas, una figura que se completaba, un vínculo que los unía.

¿Pero qué significaba? Cuando Marl dirigió una mirada a Jeny cargada de interrogantes ella se limitó a negar con un leve movimiento de la cabeza y su expresión se oscureció.

## Capítulo 25

El viaje al sur adquirió una cómoda monotonía. Días de marchas intensas, con ocasionales paradas, pero sin imponer un ritmo brutal o una disciplina militar. Parecía más bien una excursión en la selva con el ánimo de disfrutar de la caza y la convivencia más que de alcanzar un objetivo a toda costa. El vagabundo no mostraba ninguna prisa y se acomodaba al ritmo de los más rezagados, que habitualmente era Dev, pero éste adquirió buena forma en pocos días por lo que su avance a través de la jungla adquirió buen paso.

La estación empezaba a cambiar. Eran habituales intensos aguaceros de media tarde. El cielo se oscurecía repentinamente, según llegaban negros nubarrones por el oeste, y tras el estallido de truenos imponentes, se desataba el diluvio. Era inútil guarecerse porque la selva quedaba empapada como una esponja sumergida en agua. Pero tan pronto pasaban las nubes, el sol y el calor reaparecían como si nunca se hubieran ido. Entonces una intensa niebla se elevaba del suelo y convertía por unos minutos la selva en un lugar fantasmagórico, en la que la claridad del sol iluminaba a ráfagas el paisaje con una áurea de fantasía. Finalmente la niebla se desvanecía y con el calor las prendas se secaban rápidamente. El grupo avanzaba imperturbable dentro de esa rutina.

Con frecuencia hallaban obstáculos naturales en su camino. De repente el terreno alcanzaba un valle fluvial e iniciaba un descenso brusco, el suelo embarrado resultaba traicionero y las pendientes abruptas dificultaban mantener el paso. Cruzar los cursos de agua resultaba complicado. Las intensas lluvias habían provocado que los caudales de los ríos medraran notablemente. Las aguas, turbias, arrastraban con fuerza piedras de considerable tamaño y resultaba una temeridad atravesarlas sin más. Debían hallar vados donde los ríos se estrecharan y resultase más fácil urdir otros métodos alternativos, aprovechando lianas, troncos caídos, o bien buscar partes donde la intensidad de la corriente menguara y se formasen remansos, más fáciles de atravesar.

Marl logró a duras penas mantener algunas conversaciones a solas con Jeny, pero eran cortas y esporádicas. Resultaba difícil encontrarse a solas con ella. El grupo avanzaba compacto, e incluso en los momentos de descanso o cuando se repartían tareas, o bien Timber o bien alguno de sus acólitos, se las ingeniaba para permanecer junto a la joven. No sucedía otro tanto cuando era Timber el que quería conversar a solas con la chica. En esas ocasiones el semblante de Sando se volvía inesperadamente amigable y daba conversación a Marl o era Sira la que le entretenía solicitándole ayuda en cualquier tarea menor pero necesaria.

Marl comprendía que los hilos que mantenían unidos a todos ellos juntos pasaban necesariamente por Jeny. Él mismo estaba rematadamente enamorado de ella, más cuando le reveló la existencia de una razón desconocida que establecía un lazo entre ambos. Esa confianza los unía de un modo tan misterioso como romántico, que permitía a Marl sumirse en un permanente estado de ensoñación. Pero era consciente

de que también existía una atadura entre Jeny y Timber. Desconocía su naturaleza exacta porque la propia Jeny no había sido transparente, pero intuía que era ella y sólo ella la razón por la cual Timber y los suyos mantenían el paso y no se habían perdido en la jungla desde hacía semanas. Y Jeny seguía al vagabundo. Su promesa de que era ella la que tenía que mostrar a todos una profecía, por muy inservible que esta fuera, junto con el hecho de que él había despertado y debía esperar por el despertar de la muchacha, convertían al hombre en un guía imprescindible. Jeny había comprendido que en su día fue un error alejarse del vagabundo. No lo volvería a repetir. Y Marl constataba que esos hilos invisibles que los unían a todos entre sí se tensaban ocasionalmente, recordando a cada uno de ellos cual era su posición en el grupo. Sin embargo Jeny obraba al margen de esas cuitas. Marl intuía que ella había tomado una determinación firme, aunque desconocía por completo qué género de decisión había asumido. Pero sólo así se explicaba que en ningún momento mostrara duda ni vacilación. Ante todo, parecía, que su lealtad estaba con el hombre que los había rescatado. Marl también había adoptado una decisión similar.

\* \* \*

Las montañas emergieron ante ellos inesperadamente. El terreno se hizo escarpado e inaccesible y perdió su aspecto terroso por la alfombra de hojarasca en descomposición que lo cubría y su lugar lo ocupó una roca cortante. La vegetación empezó a ralear. El ritmo decayó progresivamente y todos, incluso el vagabundo, empezaron a dar muestras de agotamiento una vez llegaron a un punto donde la ascensión se hizo más vertical. Entretanto el sol castigaba sus espaldas y el calor se volvía opresivo.

En uno de los descansos que hicieron, hacia el mediodía, Marl oteó el horizonte. Hasta donde alcanzaba la vista lucía un cielo despejado, salvo por el oeste, desde el que se acercaba veloz un cúmulo de nubes oscuras, cargadas de humedad, que barría la selva con una neblinosa cortina de lluvia a su paso. Marl sintió que aquel contraste de colores, desde el azul intenso del cielo, el verde oscuro de la selva, y el negro rocoso de la montaña por la que trepaban, formaban un mosaico colorido y contrastado, como si un pintor colosal hubiera desparramado sobre un lienzo tres colores distribuyendo cada uno de ellos en franjas delimitadas con tiralíneas.

La cumbre hacia la que se dirigían no se trataba de un simple cerro aislado. Con la altura que habían ganado Marl comprobó que se integraba en una amplia y prolongada cordillera cuyas estribaciones se perdían en lontananza, tanto hacia el este como hacia al oeste.

Observó que Nist y Dev ahora encabezaban la ascensión. Se habían ido haciendo buenos amigos durante el camino. No en vano tenían edades similares y sus caracteres, aunque diferentes, Nist más reservado, Dev más hablador, encajaban perfectamente uno con el otro. Dev había adelgazado a consecuencia del severo

ejercicio que imponía la expedición y la alimentación justa que se iban procurando por el camino. No había tiempo para excesos culinarios. Por otro lado el grupo de Timber era hermético y en raras ocasiones interactuaba con él. Era como si Timber hubiera dado una consigna, la de mantenerse al margen del resto del grupo. Esa norma sin embargo no se aplicaba a Jeny. De alguna manera los tres intentaban incorporarla a su grupo, y ejercían sobre ella una presencia constante que Marl constataba una y otra vez. Era rara la ocasión en la que ambos podían charlar aisladamente. En cuanto un tema de conversación tocaba asuntos que les concernían a ambos, no tardaba en incorporarse alguno de ellos con algún comentario o noticia que rompía en añicos ese paréntesis de intimidad. Por otro lado el vagabundo, si bien no daba señales de hostilidad hacia Marl, era parco en palabras. Cualquier tema de conversación que derivase hacia su vida anterior al despertar era rápidamente atajado. El hombre le miraba con sus ojos claros, como queriendo taladrar su mente, pero callaba.

Allí, en lo alto, cuando faltaba tan poco para llegar al sitio al que el vagabundo había insistido tanto en llevarles, Marl repasaba el estado de cosas y se preguntaba qué es lo que iban a ver y cómo iba a afectar eso a la continuidad del grupo. Si era algo definitivamente revelador ¿cambiaría la relación de fuerzas del grupo? ¿Cómo reaccionaría Jeny, o Timber... o incluso él mismo?

El aspecto de la montaña que tenían ante sí era imponente. Roca negra, joven, áspera, quemada. No recordaba haber visto nunca nada igual, como un tajo de un planeta alienígena incrustado en una tierra extraña, que apenas se había dejado colonizar por vegetación o fauna. Difícilmente se distinguían vestigios de verdor en aquellas elevadas laderas. Solo algunos riachuelos, torrentes de montaña más bien, alegraban con su rumor aquellos parajes inhóspitos. Un desierto ascendente, consideró Marl según analizaba aquel paisaje despoblado que tenían por delante. La roca, arisca, les provocaba pequeños cortes en manos y piernas y debían esforzarse en ser cuidadosos a la hora de buscar apoyos para seguir el ascenso. Marl comprendió lo que era el vértigo cuando tras un descanso observó el precipicio que se abismaba a sus pies. Sin darse cuenta la pendiente se había hecho casi vertical. Ahora tenían bajo ellos un verdadero precipicio. Por delante el vagabundo Nist y Dev ascendían despreocupados. A pesar de la altura, todavía resultaba asequible apoyarse un poco más arriba, incorporarse, y trepar un poco más a lo alto.

Las nubes oscuras se acercaban, amenazadoras, y los ánimos se enfriaban. Timber, Sira y Sando también iban en silencio. Ya no cuchicheaban entre ellos ni gastaban bromas como hacían con frecuencia. Su humor se había enfriado.

De pronto un hálito de aire gélido acarició sus espaldas. La brisa se convirtió en un viento fuerte y sin previo aviso una cascada de agua se precipitó sobre ellos desde el cielo. La tormenta tropical que solía aparecer a media tarde tenía un aspecto perverso, muy distinto al que mostraba cuando llaneaban en el interior de la jungla. Marl debió sujetarse con fuerza a la roca en la que estaba agazapado mientras la

corriente de agua resbalaba por su cuerpo y sobre la roca, precipitándose hacia abajo como una cascada colosal. Por encima de él el vagabundo gritaba una consigna. El rumor del viento y el aguacero impedían oír qué decía, pero Nist y Dev, más cercanos a él reemprendieron el ascenso después de un breve descanso. Miró hacia abajo y tropezó su mirada con la de Jeny, cerca de él, que le miraba expectante con el rostro crispado. Sufría con resignación el embate de la lluvia torrencial. Había que seguir.

Varios truenos resonaron con un bramido demoledor, como si quisieran echar abajo la montaña entera. El agua redobló su fuerza. A Marl le costaba mirar hacia arriba. Los ojos sufrían el acoso de la lluvia. Vivía una sensación de pesadilla, el agua resbalaba por sus mejillas como si llorase desconsoladamente, mientras su cuerpo tiritaba azotado por el frío.

Y de pronto paró. Marl sentía que estaba al límite de sus fuerzas cuando el viento cesó. Un rayo de luz arrancó de la montaña un colosal arco iris, inesperado y diáfano, que embelleció aquella roca negra y muerta con un halo de misterio. El arco iris atravesó, como un puñal, las nubes, rasgándolas, dispersándolas. La tormenta cesaba. Una tibia caricia de sol les hizo sonreír a todos. El vagabundo gritaba desde su posición que faltaba poco, que pronto podrían descansar.

Marl observó las palmas de sus manos, rasgadas y aún húmedas, dejaban resbalar pequeños hilos sanguinolentos. No le dolían, pero intuía que tarde o temprano resultarían molestas. Se encaramó a la siguiente roca y ayudó a Jeny cuando le siguió. Ambos se sonrieron. Sabían que allí arriba hallarían al menos una respuesta a las preguntas que les atormentaban.

Llegaron a la cima. El viento aullaba allí arriba. La montaña formaba una barrera infranqueable para las corrientes de aire más densas, y como si fuera un enorme dique de contención que a duras penas podían superar, las corrientes de aire surcaban la cima de la montaña con ímpetu. El cabello y las ropas de los expedicionarios se alborotaban, como si quisieran escapar de ellos.

No estaban preparados para la vista que se extendía ante ellos en todas direcciones.

El vagabundo los condujo a una pequeña meseta desde la cual podían ver el paisaje de forma más cómoda. «Mirad», les dijo con orgullo, pero también su tono escondía un acertijo. ¿Qué era aquello que veían? Desde allí podían contemplar un panorama tan espléndido como desolador.

Era una cadena montañosa que encerraba un valle. Las montañas se extendían a derecha e izquierda, para perderse finalmente en el horizonte, aunque se intuía que sendas cadenas montañosas tendían a cerrarse sobre sí mismas en un territorio lejano e invisible a sus ojos. A sus pies, encerrados, yacía un valle tan negro y calcinado que nada parecía poder arraigar en él. Era negro como el carbón... o la ceniza. Un paisaje de otro lugar y otro tiempo. Resultaba increíble haber abandonado una jungla tan vital y efervescente de todo tipo de fauna y flora, para, tras una delgada línea orográfica, hallar algo tan remotamente opuesto y distinto. El grupo miró anonadado

el panorama. Se sentían desconcertados. Como el de Marl, sus semblantes mostraban las preguntas que aún no llegaban a formular en voz alta. Su intelecto buscaba respuestas, algo que explicase esa diferencia, ese contraste tan brutal. Sabían por lo que había dicho el vagabundo que además ese paisaje estaba relacionado con su propio destino, pero no hallaban lógica en nada de ello. Jeny miró extrañada a Marl. No comprendía qué podía significar aquello ni lo que pudiera tener que ver con ellos.

Habían transcurrido unos minutos en silencio cuando sucedió lo imprevisto. La pequeña meseta sobre la que estaban era terreno inestable, y el peso del grupo provocó un leve corrimiento de tierras. Fue Dev, que sin darse cuenta de lo que hacía, al apoyarse sobre una roca inestable, la desequilibró. La roca cayó ladera abajo, arrastrando consigo grava y otras rocas, como un pequeño alud, que a su vez, desancló rocas aún mayores, aumentando el efecto devastador. De pronto todo el terreno sobre el que permanecían se desmoronó como una montaña de arena inestable. Todos retrocedieron apresuradamente, buscando una roca sólida sobre la que asirse.

Marl observó por el rabillo del ojo que Jeny, aunque rápida, no lograba aferrarse a nada. Estaba a punto de precipitarse con todo el alud cuando le extendió la mano a la vez que se sujetaba con su otra mano en una roca mientras rogaba interiormente que aguantara su peso. Su piel se incrustó en la roca afilada como si estuviera llena de pequeñas cuchillas, pero aguantó. Sintió todo su musculatura tensa como una cuerda, no solo sosteniendo su peso, sino el de Jeny, que pendía completamente de él. Gimió.

Pudo ver entonces que más arriba casi todos se habían puesto a salvo. El que estaba en una posición aún más precaria que la suya era el vagabundo. Era el que más cerca del borde de la meseta se había situado, y el que más distancia debía salvar para ponerse a resguardo del desmoronamiento. Ahora se aferraba con una mano a una asidero inestable. Había sufrido un duro golpe y su hombro se había dislocado, su brazo izquierdo colgaba inútil como un peso muerto. No se quejaba, pero su situación era desesperada.

Jeny hacía esfuerzos por alcanzar una posición segura para desprenderse de la ayuda de Marl y poder así liberarlo. Pero si querían ayudar al vagabundo no iban a llegar a tiempo. Dev ayudaba a Nist a ponerse a salvo. Se dolía de un brazo que sostenía flácidamente. La única ayuda posible para el vagabundo dependía del grupo de Timber, que más rezagados, no habían tenido problema en ponerse a salvo sin mayores contratiempos. Una idea cruel pasó por la mente de Marl. ¿Y si Timber aprovechaba la ocasión? Bastaba con no hacer nada, o con decir que era un rescate peligroso. Timber, quieto, sopesaba la situación. Los segundos se hacían eternos.

Aquel hombre era su única esperanza de entender algo. Sin él estarían perdidos. Marl comprendió de golpe cuánta esperanza había depositado en él. Los había salvado, los estaba guiando, aguardaba a que despertaran para mostrarles qué debían hacer, ayudarles. ¿Qué harían sin él? ¿Volver a depender de Timber y su escuadra de leales?



Se sentía desesperar e instó a Jeny a que se pusiera a salvo, pero ella a duras penas encontraba asidero alguno. Necesitaban ayuda también con urgencia. Marl sentía su mano acalambrada y los músculos de sus antebrazos empezaban a doler intensamente.

Entonces Timber hizo lo imprevisto. Se deslizó sobre un terraplén inclinado de grava que finalizaba en un precipicio en cuyo borde permanecía asido el vagabundo. La grava permitió que Timber resbalara sobre ella provocando un nuevo tumulto de pequeñas rocas. Timber en su trayectoria por la pendiente iba ganando velocidad. Marl temió que la maniobra de Timber resultara excesivamente temeraria. Parecía que no iba a poder frenar y se precipitaría sin remedio en el vacío. Una nube de polvo lo envolvía y el rumor de la roca desmenuzada se precipitaba hacia el vacío, justo al lado de dónde pendía el vagabundo, como una premonición de muerte.

Pero en el último instante sus pies se apoyaron en una roca que emergía de la grava y que aguantó milagrosamente su peso. Timber permaneció sujeto a ella mientras un torrente de pequeñas piedras y rocas caían como una lluvia de escombros en el abismo. Entonces se descolgó desde su asidero y sus brazos atraparon el antebrazo del vagabundo con fuerza. Ambos se miraron. Marl sintió que una corriente eléctrica vibraba entre ambos hombres, antes adversarios, ahora compañeros ante la muerte. El vagabundo hizo un esfuerzo con su brazo sano y logró encaramarse sobre el borde del acantilado mientras Timber lo ayudaba. Segundos más tarde ambos se encontraban de nuevo a salvo en zona segura, y trepaban hacia el refugio donde aguardaba el resto.

Cuando Marl ya se sentía completamente al límite de sus fuerzas sintió el alivio de la desaparición del peso de Jeny. Sando y Sira se habían deslizado por un tramo seguro, paralelo del que pendían, y habían logrado asir a Jeny y conducirla a su lado. Una vez libre, Marl pudo encaramarse a la roca de la que colgaba y ponerse igualmente a salvo.

Tras el susto sintió un alivio intenso. Habían estado a punto de morir.

Aquel paisaje inhóspito, tras el percance, adquiría además ahora un aura de peligro, una admonición a todo aquel que osara siquiera plantar su mirada sobre sus territorios yermos.

\* \* \*

Se retiraron a una zona apartada y protegida del viento. Atendieron las heridas de Nist y el vagabundo fue capaz de reparar la luxación del hombro con ayuda de Marl. Tendido en el suelo le indicó lo que debía hacer. Marl apoyó el talón sobre su hombro y tiró progresivamente del brazo hasta que un clac sordo avisó que la articulación volvía a su lugar. Después todos callaron durante largos minutos que aprovecharon no solo para descansar, sino para reponerse del susto que habían sufrido.

Marl se sentó junto a Jeny, que descansaba sobre una roca amplia y plana, con los

pies colgando. Observaba aquel paisaje extraño. El sol del atardecer proyectaba las sombras de la cordillera sobre un valle profundo y muerto, haciendo el paisaje aún más lóbrego. ¿Qué era aquello? Se preguntaba Marl.

—Ahí está la razón de nuestra existencia y de nuestra presencia aquí —exclamó de improviso el vagabundo. Se había puesto de pie y hablaba en voz alta, de forma que todos lo oían, aunque no miraba hacia nadie, si acaso hacia aquel panorama de desolación que se extendía ante sí—. Este es nuestro fracaso —enunció mientras abría los brazos, como si pudiera abarcarlo de esa manera. Después de unos segundos en silencio los bajó y prosiguió hablando hacia un público imaginario que residía en las quebradas que se abrían bajo sus pies—. Arriesgamos nuestras vidas para evitar que esto que vemos... sucediera. Debíamos haber despertado mucho antes... pero algo ocurrió, algo que aún no comprendo aún. Todo salió mal... rematadamente mal. Ahora... nuestra presencia aquí carece de interés.

El vagabundo inclinó la cabeza hacia delante, vencido. Hincó las rodillas en el suelo y sus manos se hundieron en la gravilla, que tomó en sus palmas para después cerrar los puños con fuerza, mientras levantaba los brazos y arrojaba ese polvo hacia el cielo.

—¡Por qué! —era un grito de furia y de rebeldía—. Por qué... —murmuró a continuación casi inaudiblemente. Su voz se apagó. La cabeza apoyada sobre el pecho, sus largas melenas ocultando su rostro, no dejaban entrever qué sentimientos afloraban en él en ese momento—. Hemos llegado tarde... terriblemente tarde. Es todo inútil.

Marl sentía ganas de preguntar, de decir algo, pero intuía que el vagabundo no hablaba ni para él ni para ninguno de los presentes, tal vez para un poder superior, un Destino, un Dios.

—Ochocientos años tarde... —gimió—. No tiene ningún sentido esto, ningún sentido en absoluto, —y Marl observó que las lágrimas surcaban su rostro y que aquellas leves convulsiones de su pecho demostraban que el vagabundo lloraba.

Todos callaron, contagiados por una pena que no comprendían, miraban aquel paisaje triste sin entender aún cuál era la razón del pesar del hombre que los había conducido hasta allí. Era un momento solemne, casi sagrado, cuya transcendencia no podían inferir, tan solo acompañar con un respetuoso silencio la compunción del hombre que se enfrentaba a la adversidad.

Al cabo de unos minutos el vagabundo retomó la palabra, esta vez dirigiéndose a los presentes.

—Algún día, no muy lejano, comprenderéis qué significa esto... y entenderéis mi dolor y lo compartiréis conmigo. Miradlo bien, retenedlo en vuestra retina. Que no os quepa duda, que no surja la desconfianza en vuestras mentes, más adelante, cuando despertéis y podáis enlazar vuestra historia personal con el tiempo y el lugar que desde aquí contempláis.

Y volvió a ponerse en pie y, en silencio, se retiró a las sombras.

El viento aullaba en la cumbre. Pese a que estaban resguardados del mismo, no sucedía así con los silbantes gemidos que la tramontana arrancaba de las aristas de rocas y piedras. Parecía un coro de ángeles que clamaba, en una sinfonía apoteósica, la excelencia y el misterio de aquel paisaje.

\* \* \*

Marl se quedó pensativo durante varias horas mientras anochecía y los demás aprovechaban para comer o buscar un lugar donde hacer noche. El terraplén destruido sobre el que había sufrido el percance unas horas antes aparecía ahora muy distinto. Las sombras del atardecer le conferían un aspecto siniestro. Reconoció la roca en la que se había apoyado Timber para rescatar al vagabundo, así como el saliente último en el que el hombre había estado aferrado. Su vida había dependido de los dedos que, como un garfio endeble, se había anclado en aquel pequeño espacio. Una labor de salvamento encomiable.

Pero algo le inquietaba. Eran esos larguísimos segundos en los que ni Timber ni Sira o Sando hicieron lo más mínimo, en la que la mirada del líder había quedado fija en el débil hilo que sostenía la vida del vagabundo. Le preocupaba imaginar cosas que no eran. ¿No habría dejado morir al vagabundo si realmente esa era su intención? ¿Por qué salvarlo entonces? ¿Por qué dudar de las intenciones de Timber? Y sin embargo, una incertidumbre hería intensamente sus pensamientos. No dejaba de ver en aquella acción un cálculo frío que le desagradaba.

Claro que también podían existir otras razones y que la aversión que sentía hacia Timber tuviera más bien que ver con el hecho de que era la pareja de Jeny.

Suspiró.

Entonces Nist gritó. Un grito de dolor ahogado que Marl reconoció al instante. Al volver la cabeza descubrió a Nist, unos metros más allá, caído en el suelo, con la espalda arqueada y sus músculos tensos. Su rostro crispado delataba un dolor insoportable.

«Es un ataque», murmuró el vagabundo mientras se acercaba a él y se sentaba junto a su costado. En el otro Jeny sostenía la mano del muchacho, que apretaba los dientes y gemía de dolor mientras sus parpados se cerraban con fuerza. Marl recordó el intenso dolor que él mismo había sufrido unos días atrás y se compadeció.

Un hilo de sangre brotaba de la nariz del joven, y también de sus oídos.

—No es el primer ataque que sufre —comentó Jeny mirando al vagabundo, que asintió.

—Pronto despertará —replicó.

## Capítulo 26

Luck se sentía agotado y necesitaba descansar. Sentía sus sienes ardiendo y la falta de sueño agravaba un desagradable malestar que anunciaba algún género de enfermedad. Los últimos días había dormido mal, inquieto, pero la noche reciente, ya terminada, la había pasado absolutamente en blanco. La había iniciado con el asalto al hospital y había finalizado con la persecución y los disparos. No quería pensar en nada, porque se sentía confuso, pero lo que más le urgía era abandonar aquella isla y retomar su antigua vida. Le daba igual todo, era incapaz de involucrarse en aquella historia de conspiración y secreto y carecía del alma ambiciosa y aventurera de Sammuel Roy, de eso estaba seguro.

Pero también estaba Marcie.

Y ante su recuerdo cerró los ojos y se dejó dormir.

Tony les había llevado al otro extremo de la isla, unos treinta kilómetros de carretera hacia el sur. Habían dejado atrás Hamilton, la capital, y recorrido una estrecha y sinuosa carretera salpicada de las casas típicas del archipiélago, pintadas de llamativos colores pastel y coronados por tejados blancos como la nieve. Todas aquellas construcciones resaltaban enormemente con los colores vivos de palmeras, prados y vegetación de un verde intenso, y con el cielo azul en ocasiones manchado por nimbos blancos y esponjosos. Pero aquel escenario, hasta hacía poco tiempo tan idílico, ahora parecía siniestro y engañoso.

Al final habían abandonado la carretera que cruzaba de extremo a extremo la isla principal, y girando hacia la izquierda, se adentraron en un sendero de grava, estrecho e incómodo por los baches, que iba dejando casonas de aspecto lujoso a ambos lados del camino. Finalmente Tony se introdujo por una de esas veredas laterales y poco después detenía el vehículo en el estacionamiento de una mansión que a Luck le recordó el aspecto de un *lodge* de la sabana africana. Se trataba de una construcción de madera bruñida, de largos porches, de amplios ventanales que comunicaban la casa con un jardín exuberante repleto de plantas tropicales. Una intensa algarabía de pájaros que provenía de una enorme pajarera. La vista al mar desde la casa era majestuosa. Una serie de terrazas, las más altas cubiertas por una galería porticada, descendía siguiendo el desnivel del terreno hasta que morían finalmente sobre un pequeño cantil que daba a una playa de arena rosada. El mar, más allá, de un color verde turquesa de aguas límpidas y transparentes, parecía extraído de un folleto de ofertas turísticas.

Tony distribuyó habitaciones a cada miembro del grupo. A Luck le correspondió una amplia, con vistas al mar, que contaba con un balcón cuyas puertas abrió de par en par. Desde allí podía descender hacia el jardín y tomar varios senderos que se bifurcaban en distintas direcciones. Unos se adentraban en el bosquecillo que rodeaba la mansión mientras otro descendía hacia la caleta cercana.

«Parece que nos esperaban», pensó con un último destello de lucidez. Necesitaba

descansar y fue lo que hizo. Tumbarse y quedarse dormido fue todo una misma cosa.

\* \* \*

Fue Marcie quien le despertó unas horas después. Se sentía más despejado, y tal vez por el hecho de que fuera ella la que estaba junto a él, extraordinariamente tranquilo.

—Vamos ven, desayunemos algo mientras charlamos.

Había preparado un succulento desayuno que permanecía en una bandeja sobre una mesa de madera, en el balcón de la habitación. Se sentaron y empezaron a servirse con cierta avidez. Luck cayó en la cuenta de que era mediodía y llevaba muchas horas sin llevarse nada a la boca.

—Marcie... ayer te jugaste el tipo. Fue algo completamente desproporcionado... Pero no entiendo aún cómo, a Dios gracias, ese hombre no te alcanzó con el fusil. Estabas junto a él... parecía imposible que fallara.

—No tiene importancia, me moví con rapidez.

—Ya lo creo. ¿Eres experta en artes marciales o algo así? Jamás había visto nada igual.

Marcie hizo un mohín, como quitando importancia a su heroicidad.

—Hay cosas que se ven venir. Simplemente me anticipé.

Luck untaba unas rodajas de pan sándwich con mantequilla. Había una selección de embutidos y zumo de naranja. Una cafetera humeaba y Luck anotó mentalmente finalizar su ágape con una buena taza.

—Los demás descansan... pero hay algo que quería hablar contigo en primer término. —Marcie le miró con cierta severidad—. Debéis iros de aquí cuanto antes. Ya ves lo peligroso que es esto.

Luck sentía unos deseos irrefrenables de darle la razón a la chica, pero no quería quedar como un patán o un cobarde. Además presentía que cuando Marcie hablaba de abandonar las Bermudas esa intención no la abarcaba a ella. Por algún motivo ella sí estaba dispuesta a seguir allí, corriendo un peligro innecesario.

—No me iré sin ti. —Fue lo que dijo Luck. Era algo que decía completamente convencido, así que se sintió aliviado por defender una postura que no era una simple pose.

Marcie volvió a negar con la cabeza y le tomó la mano.

—Luck, no digas eso. No sabes lo que está ocurriendo. Debéis huir cuanto antes. Aún no conocéis todo lo que está en juego, y si lo llegais a averiguar... sería aún más peligroso.

—Pero ¿y tú qué diablos piensas hacer?

—Yo... yo ya tengo una vía de escape, Luck. Formo parte de... un plan... No debo decirte más Luck. —La mirada de Marcie lucía más cristalina que nunca. Luck se dio cuenta, sintiéndose que de alguna manera había obrado con torpeza, de que

Marcie estaba a punto de llorar.

La joven se levantó y tiró levemente de la mano de Luck, que se la cedió, y junto a ella tomaron uno de los senderos que descendían hacia el mar, pero no hacia la vertiente oceánica, sino a una que daba a una hermosa bahía interior. A través del sendero que cruzaba algún camino de grava y dejaban ocasionales casas aisladas a derecha e izquierda, llegaron a una caleta de aspecto paradisiaco. Vegetación frondosa y una estrecha playa de aguas tranquilas. La bahía formaba un semicírculo perfecto y un pequeño islote sobrecargado de vegetación añadía un toque pintoresco a la estampa. Varios yates y otras embarcaciones de recreo se mecían pacíficamente al son de las olas, mientras el leve rumor del mar era el único sonido que llegaba a sus oídos.

Marcie le llevó a una zona umbría de la playa, y cuando estuvieron rodeados de vegetación acercó a Luck junto a sí incitándole a besarla. Luck dejó que sus sentidos le guiaran. No supo ni pensó lo que hacía, ningún pensamiento irrumpió en su mente, alertándole de errores o arrepentimientos futuros. Un sentimiento ocupó todo su ser. Su corazón permanecería para siempre junto a aquella mujer por la que sentía un amor infinito, y mientras la desnudaba, besaba su piel y la acariciaba, sentía que el fuego que alimentaba esa pasión, era con cada latido, más ardiente.

## Capítulo 27

Los días en la casa de Pilchard Bay, pues así se llamaba la bahía junto a la que se situaba, transcurrieron con absoluta calma. Su único contacto con el mundo exterior era Tony. Luck tuvo tiempo de observarlo. Piel morena, delgado, cuerpo atlético, ostentaba la fisonomía del joven que pasaba los días en la playa practicando surf. Cuando intentó conversar con él apenas le respondió con monosílabos. Más tarde se dio cuenta que su mutismo era por igual para todos los de grupo, salvo con Marcie, con quien mantenía acalorados diálogos en apartes o alejados de la casa. No era raro que después de una visita en la que Tony descargaba víveres y cualquier cosa que los huéspedes le hubieran pedido, se alejara por un sendero en compañía de Marcie para charlar. Luck no se sentía nada cómodo con esas charlas bis a bis. Se imaginaba perfectamente de qué versaban sus conversaciones. Un antiguo novio que se justifica por sus errores pasados y que hace propósito de enmienda, que le dice a su exnovia que ahora se ha dado cuenta de lo mucho que la ama, que estaría dispuesto a sacrificar cualquier cosa por ella sin dudarlo y que todo el tiempo que han permanecido separados le ha servido para darse cuenta de que ella es verdaderamente el amor de su vida. Luck pensaba en este género de ideas y sentía que su cuerpo se tensionaba. Después, cuando Marcie regresaba con la cara descompuesta y sin ganas de hablar, ni tan siquiera dejarse acariciar por él, sentía que estaba perdiendo terreno frente a su nuevo competidor. Aún así se daba cuenta de que poco podía hacer sino aguardar pacientemente a que la chica se decidiera y si acaso, esforzarse por no mostrar ante ella ni inseguridad ni melancolía, cuestión esta que le resultaba verdaderamente difícil de superar.

Salvo estas incidencias, el profesor Roy se había mostrado extraordinariamente confiado, tanto en Marcie como en Tony, pese a que no tenía ninguna referencia de él salvo la dada por Marcie. A Luck le escamaba sobremanera que siendo el propio profesor el que le había prevenido acerca de Marcie, se mostrara ahora tan confiado con ella. Por su parte Luck no albergaba la más mínima sospecha sobre la que ahora era sin duda su novia. Incluso estaba convencido que su heroico combate con los hombres que iban a disparar contra ellos les había salvado la vida.

Sin embargo, en el cúmulo de situaciones vividas, Luck comprendía que había circunstancias que no terminaban de encajar del todo, pero cuando intentaba que Marcie se sincerase con él, ella rehuía la conversación y le suplicaba que no la presionase. Si llegara el momento donde tuviera que explicarse él sería el primero en saberlo, le aseguraba. Y con esa promesa Luck se quedó algo más tranquilo, aunque rumiando un sin fin de preguntas incongruentes.

Por otra parte el profesor Logan no mostraba sentirse especialmente afectado por aquel retiro forzoso. Pasaba horas delante de su portátil escribiendo, leyendo y recabando información para su libro. Cuando no era así daba largos paseos por la costa. En aquella zona de la isla apenas había un alma humana. Ocasionalmente

solicitaba ayuda a Luck, pues estaba reconstruyendo su narración de nuevo, ya que sus apuntes habían quedado abandonados irremisiblemente en el hotel. Luck se veía entonces obligado a reconstruir su narración en donde mezclaba sus propios recuerdos soñados de la amazonia, con varias de las situaciones extrañas que habían vivido en la propia isla. Luck se asombraba de que el propio profesor Logan no se diera cuenta del paralelismo de algunas situaciones, pero pensaba que de esa manera haría el trabajo del profesor más sencillo. Deseaba acabar con aquello cuanto antes y maldecía el compromiso al que su mentor le había obligado a someterse.

Tony tampoco se libró del afán académico del profesor Logan y fue requerido para mantener una larga conversación con el erudito neurólogo en un par de ocasiones. Tony no mostraba cara de buenos amigos, pero como no se le ocurriera ninguna excusa a tiempo, no pudo librarse de colaborar. Siempre con un rictus de incomodidad en su semblante que provocó las risas de Marcie, le dedicaba su atención de mala gana. Como decía después el profesor Logan en apartes cuando alguien se interesó por el tema de conversación, «es mi experimento testigo».

El profesor Roy y Susan por su parte, parecieron vivir una idílica luna de miel, pues se les veía siempre juntos, paseando de la mano, sentados el uno junto al otro en una actitud cariñosa, mostrando su mirada siempre el brillo del que se sabe enamorado. Estaba claro que aquel viaje había servido para retomar su vieja relación, compuesta por muchos retazos de tiempos vividos en compañía, salpicados en medio de lagunas y ausencias mucho mayores. Para Luck resultaba obvio que Susan era la media naranja del profesor. Era la única persona a la que se veía con capacidad de chistar al indomable Samuel Roy, de contradecirle abiertamente, y desmontar cada una de sus poses teatrales que tanto intimidaban o impresionaban a Luck como si fuera un taxidermista avezado desplumando un ave exótica. En cualquier caso ambos disfrutaban realmente de aquella vida retirada y no daban muestras de la más mínima preocupación. El profesor había dicho que esperaba respuesta del CDC y entretanto no había nada que pudieran hacer.

Los días tranquilos sirvieron para relajar a los miembros del grupo y que el intento de asesinarlos se asimilara como una mala experiencia pasada que probablemente no volvería a repetirse. Pronto un plan de escape de la isla empezó a cobrar forma. Se embarcarían en un yate de recreo al cual tenía acceso Tony, con capacidad de salvar las mil millas que los separaba de la costa norteamericana, para allí dejarlos finalmente a salvo. Debían confluír varias circunstancias para que el plan pudiera llevarse a cabo. La primera verificar que no habría problema con el barco, cuestión en la que Tony no mostraba dudas de conseguirlo. Tanta era su seguridad que se diría que quería verlos partir de inmediato. En este punto Luck se sentía un tanto preocupado porque recordaba las palabras de Marcie que le advertían que ella debería quedarse en las Bermudas. Y en segundo lugar, que la climatología no fuera adversa en la semana que duraría la travesía. Y en este sentido las noticias no eran muy alentadoras. Una tormenta tropical que se había formado en el Caribe emprendía



singladura hacia el norte amenazando con devenir en huracán. Seguiría una ruta paralela a la costa norteamericana, cruzando justo su vía de escape. Sería una imprudencia enfrentarse en alta mar con una embarcación pequeña a semejante meteorología.

Por otro lado avisar a la policía respecto a la situación que estaban viviendo había sido una opción que se había descartado de entrada, tanto por parte de Marcie, que se negó tajantemente, como el propio profesor Roy, que recordó en privado a Luck que si bien habían tomado todo tipo de precauciones en su incursión hospitalaria, tal vez no fuera de más no tentar a la suerte. Todos asumían que no podían cometer el error de subestimar a sus enemigos, pues estos habían empleado hasta la fecha unas medidas de carácter contundente.

Pero una tarde de cielos cubiertos que anunciaba la proximidad de la tormenta tropical el profesor Roy sacó a todo el mundo de su ensimismamiento anunciando que tenía comunicación con Druid Hills, Georgia, con su amigo Raymond. En poco tiempo todos formaron en torno al portátil del profesor, única pertenencia que en todo momento había arramblado consigo, incluso en su precipitada huida del hotel, y permanecieron atentos a la conversación. Tanto Tony como Marcie estaban presentes.

—¿Qué tal Sam? —Saludó cordialmente un hombre de cara de rasgos suaves y espesa barba. Sus mejillas redondeadas permitían adivinar que se trataba de un hombre grueso. Por lo demás se veía que vestía una camisa a cuadros azules oscuros tapada en gran parte por una bata blanca que lucía en su pechera su identificación oficial del CDC. A Luck le resultó imposible determinar qué ponía allí.

—¿Qué pasa viejo colega? —Saludó jovialmente el profesor Roy—. Cada vez que te veo Raymond me pareces más viejo. Los años no pasan en balde ¿eh?

—Mira quien fue a hablar, si ya estás peinando canas, viejo salido... Ah, caramba, Susan, me alegro de verte... —Luck intuyó que al tal Raymond le resultaba chocante ver a la exmujer de Samuel Roy en su compañía—. Y saludos al resto de la peña. —Todos respondieron con un coro ininteligible de palabras.

—Bueno, Raymond, cuéntanos qué es lo que tienes. Espero que os hayáis esmerado en la analítica y no me vengas con escasez de presupuestos o cosas así.

Raymond rió con una sonora carcajada.

—Habrase visto este sinvergüenza. Cualquiera diría que eres mi jefe, viejo granuja. De hecho, si mis superiores supieran en qué se gasta el dinero mi departamento, seguramente me darían un buen par de tirones de orejas... salvo que vieran los resultados que he obtenido, y entonces tendrían que guardarse su mal humor de jefes amargados para otra ocasión. —Raymond sonrió satisfecho.

—Venga, desembucha, que me tienes sobre ascuas.

Raymond puso una divertida cara de póquer.

—Vamos a ver. Recibí tus dos muestras. La primera, la oficial, la que llegó por el conducto reglamentario era pura basura. No había por donde mirar aquello. Todo completamente normal, nada extraordinario... una pérdida de tiempo completa, Sam.

El profesor Roy rió con fuerza.

—Así me gusta a mí hacer las cosas. Sabía que iba a pasar. No es la primera vez que mis mensajes son interceptados o que las muestras que envió se pierden misteriosamente. Así que opté por distribuir las muestras en dos partes. Una oficial enviada directamente al instituto, y otra oficiosa, ¿no es así?

—Sí, Sam... —Raymond interrumpió irritado— la segunda me llegó a mi domicilio. Una caja de habanos estupenda. Me sentí extraordinariamente feliz pensando que al fin un amigo se acordaba de mí. Cuando descubrí que habías introducido los tubos de laboratorio en el interior de los puros casi me da un infarto, viejo cretino. Desperdiciar semejante material...

Ambos rieron con fuerza como si fuera la mejor ocurrencia del mundo. Luck recordó que había sido él el que ingenuamente había enviado esa caja de puros envuelta en papel de regalo. Pensó que tal vez había sido buena idea que el profesor no le indicara el verdadero contenido del paquete, porque entonces se habría sentido extraordinariamente nervioso. En cualquier caso el hecho de que el paquete original hubiera sido interceptado y sustituido por otro indicaba que había personas con importantes resortes en la isla que estaban velando para que un secreto no saliera a la luz pública.

—Desembucha Raymond, —instó el profesor Roy.

—Veamos. La segunda muestra empezó dándonos pruebas hematológicas normales. Sin embargo con la bioquímica la cosa se complicó bastante. Empezamos a descubrir... cosas... muy interesantes. Y cuando digo cosas me refiero a proteínas. Sam, llevamos varias noches sin pegar ojo. No hemos salido prácticamente de aquí ni para ir a comer. Esto nos tiene sobre ascuas. Hemos utilizado todo el arsenal del que disponemos aquí, Sam, y te aseguro que no es poco. Y algunos misterios ya han sido descifrados. —Raymond hizo una pausa, sonriente, se echó para atrás en su silla giratoria—. Tenemos varias proteínas y hormonas que nunca habíamos detectado ni en un ser humano... ni en ningún ser vivo de este planeta, Sam. Nuestras bases de datos son infalibles. Esto es algo nuevo. Así que nos pusimos a trabajar. —Raymond sonrió satisfecho, como haciéndose de rogar—. Nos ha costado horrores pero hemos logrado definir sus estructuras químicas y sabemos a qué tipo de proteínas pertenecen. La primera de ellas es la somatropina, como sabréis, la hormona del crecimiento. En concreto no se trata de esta proteína en sí misma, es diferente. Nuestros colegas de Pittsburg aseguran que es muy similar a un tipo de proteína que interviene en la formación del cerebro en el feto humano. En cualquier caso estamos estudiándolo aún. Y en segundo lugar tenemos un nuevo misterio. Así como en todas las muestras tenemos la presencia de somatropina, no sucede otro tanto con el segundo hallazgo que hemos realizado. Se trata de una familia nueva de moléculas tiroideas que aparecen en siete de las diez muestras que nos habéis enviado. Esto nos trajo de cráneo hasta que al final empezamos a comprender. Averiguamos que estas moléculas tienen cinco y seis átomos de yodo, en vez de tres o cuatro, que es lo

normal. ¿En qué afecta al organismo este tipo de hormonas? No tenemos ni idea, aunque a más de un descerebrado del laboratorio ya se le han ocurrido varias ideas a fin de experimentar con conejillos de indias. Aún no os puedo conjeturar nada sobre las mismas.

—Así que... esas hormonas tiroideas solo las tienen algunos individuos... ¿no todos?

—¿Verdad que es extraño?

El profesor Roy asintió. Se mesó el cabello, pensativo.

—No está mal, Raymond, el trabajo que habéis hecho.

—¿No está mal? ¿No está mal? Esto es un trabajo para el premio nobel, Sam. Creo que me debes una... y además una explicación. ¿A quiénes pertenecen estas muestras? Está claro que se trata de personas distintas pero... ¿qué me tienes que decir de ellas?

Sam dudó un instante antes de responder, y lo hizo con otra pregunta.

—¿Estáis secuenciando su ADN, no es así?

—Por supuesto Sam. Eso nos llevará tiempo, pero una cosa así merece ser estudiada hasta el final.

—Eso esperaba de ti, ni más ni menos.

—Oye Sam, pero me tienes que decir...

Pero Samuel Roy ya había oído lo que quería. Simplemente cerró la tapa de su portátil y la comunicación se interrumpió bruscamente. Todos exclamaron un tanto sorprendidos por su actitud poco amable.

—Oh, amigos, no os preocupéis por Raymond. Es un tío cachondo. Siempre es él el que me deja con la palabra en la boca. Ahora me tocaba a mí darle con la tapa en las narices. —Y se rió de su propia broma.

—¡Bien!, ¿qué os decía? Aquí lo tenemos. Está claro que, primero, intentaron destruir mi descubrimiento alterando el envío oficial que realicé a través del correo ordinario. ¡Figuraos! Un paquete con membretes de la CDC por todos lados... Me imaginaba perfectamente lo que iba a suceder. Pero les gané la mano porque no sospecharon la existencia de un envío alternativo. Y segundo, intentaron impedir que llegaran las muestras originales por los descubrimientos que ha puesto sobre la mesa mi amigo Raymond. Está claro. Una proteína del crecimiento afecta al desarrollo del cerebro. Ahí tenemos el proceso que sufren los adolescentes del hospital. Es un salto evolutivo, una mutación, que genera un humano más desarrollado...

—Muy bien Sam, —aplaudió Susan—, pero sin embargo eso no explica las anomalías del tiroides. No la tienen todos los individuos. ¿Qué significa eso? Tal vez esos análisis no sean tan exactos.

Todos callaron.

Marcie tomó la palabra.

—Tal vez yo tenga algo que decir al respecto.

—¡No! —gritó de inmediato Tony.

Ambos intercambiaron una mirada cargada de tensión. Finalmente Tony le hizo un gesto a Marcie conminándola a salir de la sala de estar y ambos desaparecieron en el jardín, adentrándose rápidamente en el bosque que rodeaba la casa.

## Capítulo 28

El vagabundo cambió a partir de ese día. Dejó de tener interés en guiar al grupo y ahora era, sólo cuando los demás aguardaban sus instrucciones, que emprendía la marcha en la dirección que estimaba oportuna, pero sin entusiasmo. Marl sabía que los conducía hacia las montañas donde se emplazaban las grutas donde habían despertado. Era una visita que le intrigaba enormemente. Ahora entrarían allí pertrechados y con antorchas. ¿Qué vería allí? ¿Qué esperaba descubrir? Comprendía que seguramente le sucedería lo mismo que al escalar las montañas del sur. Su desilusión sería proporcional a su expectativa.

Sumergirse en la umbría jungla supuso un alivio. Después de estar expuestos horas interminables a la luz solar en la cumbre de la cordillera, Marl sentía su piel ardiente y quemada. El descenso de la montaña les había llevado igualmente un largo día de marcha en el que hasta que no alcanzaron las estribaciones, de pendientes más leves y accesibles, resultó una labor complicada y peligrosa. Estaban exhaustos e incluso heridos, como el caso de Nist, con un antebrazo roto y entablillado. Sin embargo el vagabundo había logrado recolocarlos con facilidad. Había sido una rotura limpia y a pesar de que el muchacho decía encontrarse bien, se lo inmovilizó rígidamente. No obstante supuso un freno a la hora de abordar las partes más complicadas del descenso.

Volver a dormir en tierra mullida, junto a una fogata y devorar fruta fresca y jugosa resultó un bálsamo que todos agradecieron. El paisaje árido del valle que se encontraba al otro lado del macizo que habían dejado al sur parecía lejano e irreal. No resultaba creíble que rodeados de la exuberancia de vida en la que descansaban ahora pudiera existir tan cerca un hábitat tan drásticamente opuesto. ¿Cuál era la razón de ser de esa diferencia? Todos dormitaban y Marl se quedaba haciendo guardia, mirando el crepitar de las llamas y arrojando leña ocasionalmente. La compañía del fuego no sólo era un alivio para combatir el fresco nocturno, sino una buena garantía de defensa respecto de los carnívoros de la selva.

—Hola Marl.

Jeny se había acercado y sentado junto a él sin que apenas la oyera. Ambos se recostaban contra un tronco grueso que permitía permanecer en una posición cómoda.

—Te debo la vida. Si no hubieras esperado por mí y agarrado con fuerza... ya no estaría aquí.

Marl sonrió y negó, como queriendo quitar mérito a su acción.

—Un sitio peligroso esa montaña. Parecía más bien como un terrón de piedra y grava, que a la más mínima pudiera venirse abajo.

Jeny asintió.

—¿Qué piensas de ese lugar? —preguntó.

—No sé. No comprendo al vagabundo. Sinceramente, pensé que nos iba a mostrar algo más concreto. Una inscripción, un lugar antiguo que pudiera tener un significado

para nosotros... o un sitio donde hubiéramos vivido. Pero... ese valle de la muerte... no me dice nada, no lo entiendo.

—Ni yo Marl, ni yo. No sé qué pensar. Confío en ese hombre. Lo conozco de mucho más tiempo que tú. Sé que busca nuestro bien... y sé que anhela la verdad. Juré protegerme... incluso cuando yo lo dejé de lado, hace tiempo, y decidí secundar a Timber. Pensé que nunca me lo perdonaría. Podía haberse ido, ¿sabes? Él ya ha estado en la ciudad, puede camuflarse entre los condicionados y vivir allí... mucho mejor que en la selva, y más seguro. Y sin embargo yo sé que siempre ha rondado el campamento de Timber, siempre ha sido como un ángel guardián para mí.

—Tal vez por lo que sabes.

—Hay algo más en su mirada, Marl. Él nos conocía. A ti y a mí. Lo sé, porque a ti también te mira y te trata de una forma especial, distinta al resto. Sé, estoy segura, de que nunca nos abandonará ni nunca nos traicionará.

—Y... ¿qué harás si Timber vuelve a imponerse y de alguna manera vuelve a alejarte de él?

—No lo permitiré. No al menos hasta que haya despertado. Confiaré en él ciegamente... No permitiré que vuelva a suceder.

—Pero ¿...y qué harás con Timber?

Jeny apartó de sus ojos de Marl y dejó que su mirada se perdiera en las llamas.

—No sé. Le debo mucho a Timber pero... no sé si me ha engañado.

—¿Engañado? ¿Con Sira?

—No es eso, no. Por supuesto Sira está colada por él pero... no... es otra cuestión que me ronda por la cabeza desde hace tiempo y hay veces que estoy convencida de que es así... otras veces no.

—¿Cuál es, Jeny?

Jeny apoyó su mano en el antebrazo de Marl. Sus ojos volvieron a fijarse en los de Marl. Estaban tan cerca que Marl se dio cuenta que estaba dejando de prestar atención a lo que decía. Se imaginó lo que sería unir sus labios con los de ella.

—Marl, Timber es el único que conozco de entre nosotros que nunca ha sufrido un ataque previo al despertar, como el que sufriste tú hace unos días, o Nist ayer mismo, cuando estábamos en la cumbre. A veces me pregunto si... él ya no ha despertado...

—Pero... parece absurdo esconder esa condición. No le costaba nada decirlo.

—Así es, tienes razón y ese es el motivo por el que creo que es algo que carece de importancia pero... no dejo de darle vueltas a eso. ¿Qué sentido tendría que nos hubiera mentido en esa cuestión? El vagabundo no tiene reparo en admitirlo. ¿Por qué Timber no iba a ser transparente en eso? Y esta duda ha corroído nuestra relación. Nunca se la he contado a él, pero noto que me afecta y me hace sentir tensa. Él se ha tomado esto con paciencia y lo atribuye a una etapa pasajera de mi carácter. No me presiona, al menos directamente, y se lo agradezco, pero no sé cuánto tiempo voy a aguantar así.

Jeny calló. Marl comprendía cada vez más las implicaciones que tenían las dudas que el comportamiento de Timber había sembrado en la chica.

—Jeny, ¿por qué confías tanto en mí? Lo que me has dicho...

—Sí, Marl. Tengo mucha confianza en ti. Sé que nos conocíamos antes de que perdiéramos la memoria. A veces he sentido que podía pronunciar tu verdadero nombre y una sensación de confianza y fe me embarga. Es como un espejismo que no puedo aún entender... cada vez que estoy a punto de alcanzarlo, se desvanece.

Y dicho esto Jeny le besó en la mejilla. Un beso ligeramente más largo y delicado de lo que habría servido para dar unas simples buenas noches.

Marl tardó media hora larga en tranquilizarse. Su corazón latía rápido y su mente bullía. Jeny sentía también una atracción por él, era evidente, y eso multiplicaba el afecto por ella. Estaba perdidamente enamorado, tanto, que el simple hecho de considerar que pudiera estar malinterpretando las palabras de ella y sus sentimientos hacia él, le provocaban una náusea intensa. No podía ser así, imposible, se decía.

Una vez serenado, consideró la conversación que habían mantenido en relación a Timber. Le resultaba curioso que siendo en apariencia una cuestión baladí, Jeny estuviera obsesionada con la posibilidad de que les hubiera mentido y que ya hubiera despertado. No tenía ningún sentido. Pero, sin saber exactamente por qué, algo en relación a aquel tema le inquietaba. En su memoria había un registro, un recuerdo, que estaba allí insistiéndole que aquella conjetura pudiera ser cierta. Pero por más que repasaba los sucesos de las últimas semanas no encontraba nada concreto en lo que sustentar esa hipótesis. Había algo que debía compartir con Jeny cuanto antes, pero... ¿qué era?

\* \* \*

A los dos días de iniciada la marcha camino de las montañas del oeste, donde se hallaban las cuevas, el grupo sufrió una demora. Al amanecer todos habían desayunado frugalmente y preparado sus exiguos pertrechos, pero Nist se mantenía acurrucado en su rincón sin moverse apenas. Sudaba copiosamente y su piel ardía. Era evidente que había sangrado por nariz y oídos durante la noche. No se había quejado. El malestar duró todo un día y menguó por la noche, para alivio de todos. El vagabundo decía que su despertar era inminente y Marl y los demás miembros del grupo aguardaban expectantes.

A la mañana siguiente se encontraba plenamente recuperado y la jornada se inició con normalidad. Sin embargo Nist sufrió una recaída más grave al mediodía. Se había despertado mostrando un color natural y su aspecto había recobrado la normalidad. Pero en plena marcha sufrió una repentina migraña, tan intensa, que poco después se desmayaba. La fiebre regresaba, pero esta vez fue con mucha más virulencia. Palideció mortalmente, deliraba. Todos se afanaban en procurarle agua y aliviar su temperatura, pero incluso el vagabundo reconocía que nunca había visto un proceso

de despertar, si acaso era eso lo que sufría el chico, tan intenso y demoledor. Otros síntomas como sangrar por nariz y oídos se repetían. Todos sentían una profunda pena junto con una impotencia absoluta. Jeny y Sira se repartieron las tareas de cuidarlo más directamente mientras que el resto aguardaba solícito instrucciones. Sólo el vagabundo encontró una tarea útil a base de preparar una infusión con efectos analgésicos que se la administraban en pequeñas dosis y que mitigaba el aspecto sufriente del muchacho. Marl, que había tomado un gran cariño por el que consideraba había sido su primera amistad desde que conoció al grupo de Timber, se sentía profundamente apenado. No podía probar bocado mientras veía a su amigo en ese estado.

Las horas transcurrieron en silencio así como la noche que siguió, en la que procuraron aliviar los síntomas de la fiebre humedeciendo la cabeza y facilitándole agua fresca constantemente. Las guardias nocturnas transcurrieron sin novedad pero el enfermo no mostraba síntomas de recuperación.

El día siguiente Nist deliró en ocasiones. Sus palabras resultaban ininteligibles, como si hablara demasiado rápido. Esa era una señal que confirmaba, según explicó el vagabundo a Marl, que se trataba de un proceso de despertar, aunque también reiteró que nunca había visto uno con síntomas tan graves.

Nist se consumía a ojos vista. No podía ingerir alimentos y tan solo aceptaba las infusiones y el agua. A veces se sumía en un sueño profundo, pero de improviso su cuerpo sufría violentas convulsiones que entre todos procuraban aplacar a fin de evitar que se hiciera daño. Sus ojos quedaban en blanco y su aspecto cadavérico lo hacían irreconocible a ojos de los demás. Todos se sentían apenados y las conversaciones entre ellos resultaban lacónicas.

Durante la noche a Marl le tocó hacer una guardia junto al enfermo de madrugada. Habían acampado en el linde de un claro que, aunque sin árboles, albergaba una densa maraña de matorral y helechos que lo hacía casi impenetrable. Sin embargo quedaba a la vista una buena franja de cielo estrellado. Nist parecía intranquilo y no cesaba de murmurar palabras incomprensibles que pronunciaba en sueños. Marl lo contemplaba, siempre pendiente de él, hasta que finalmente calló. Sus labios se detuvieron y su semblante adquirió un aspecto más pacífico.

Marl se relajó. Una estrella fugaz espectacular cruzó el firmamento de lado a lado. Era una noche sin luna y las estrellas brillaban con fuerza. Los sonidos de la selva orquestaban una banda sonora extraña para aquella visión celestial. Tanto aún sin entender... pensaba Marl ensimismado en aquel cielo lejano.

De pronto Nist asió el antebrazo de Marl. Le agarraba con fuerza. Había despertado y buscaba a alguien con quien hablar. Sus ojos vidriosos se clavaron en Marl. Deliraba. No lo reconocía.

—No, por favor... yo no quiero ir... yo no quiero ir, —Nist murmuraba a una velocidad endiablada pero Marl pudo entender esas palabras—. Papá, mamá... no quiero irme sin vosotros, quiero quedarme... —los ojos de Nist estaban bañados en



lágrimas y el muchacho seguía gimiendo un murmullo de palabras indiscernibles—. Nunca más os volveré a ver... —gimió.

Marl tomó su cabeza entre sus manos y la depositó sobre el lecho que le había preparado. Después sostuvo sus manos entre las suyas. Poco a poco el enfermo se fue sosegando, hasta volver a sumirse en el estado de agitada inconsciencia previo al ataque.

\* \* \*

La mañana siguiente deparó a todos una agradable sorpresa. Nist descansaba en un sueño profundo y tranquilo, respiraba sosegadamente y su pulso era normal. Su piel había dejado el sepulcral tono amarillento que la fiebre había propiciado. Todos aguardaron expectantes a que abriera los ojos y cuando lo hizo prorrumpieron en exclamaciones de alegría. A la vista de todos estaba que el proceso había finalizado. Sin embargo Nist no participó de aquella alegría, sino que miró en su derredor con angustia. Fue el vagabundo, que había estado más pendiente de la reacción del muchacho, el que se encaró con él y le habló. Le preguntó por su estado y cómo se sentía, y viendo que estaba sediento le acercó uno de los odres. Lo vació de un trago largo que dejó escapar tanta agua como la que tragaba, tal era su necesidad.

—Nist... ¿es ese tu nombre?

El muchacho negó con la cabeza lentamente.

—Muy bien... eso significa que has despertado. ¿Comprendes lo que significa?

Nist, o el que antes se había llamado así, asintió mientras miraba en derredor suyo.

—Muy bien chicos. Necesito hablar con él a solas. Soy el único de los presentes que ha despertado y este momento es crucial, así que... apartaos.

La voz del hombre resonó autoritaria. No iba a admitir un solo pero a su orden, así que todos obedecieron mansamente. Marl se retiró una veintena de metros y se sentó junto a Jeny en un tronco desde el cual observaban la conversación entre hombre y muchacho sin poder alcanzar a oír palabra alguna.

—¿Qué crees que estarán hablando? —preguntó Marl en un susurro.

—No sé, Marl. Lo único que te puedo decir es que cuando uno de nosotros despertaba se volvía frenético. Hablaba demasiado rápidamente, como si tuviera una prisa terrible. En poco tiempo comprendía que nosotros no podíamos ayudarle y optaba por abandonar el poblado... Se daban cuenta que no podrían convivir con nosotros. Cambiaban completamente y eso también despertaba temor. De pronto su carácter era diferente, su forma de hablar, hasta su nombre. Todo eso inspira miedo, como te puedes imaginar.

—Y... ¿nunca contaban nada de lo que recordaban?

—Que yo sepa sólo el vagabundo lo intentó verdaderamente... Provocó que varias personas del poblado sufrieran el despertar a base de decirles su verdadero

nombre y de recordarles cuál era su situación antes de venir aquí. Eran voluntarios que estaban dispuestos y que no querían esperar a que llegara su hora. El resultado fue horrible. Varios enloquecieron y los que no, quedaron en coma y finalmente fallecieron. Desde que yo recuerdo siempre se ha instado a los que despiertan a no revelarnos nada de su memoria... incluso se les alienta a irse porque se teme que sin querer provoquen el proceso.

Marl calló. Observó los alrededores. Timber y los suyos se habían perdido de vista. No les había sentado bien la voz imperiosa del hombre y se adentraron en la jungla como si les trajera sin cuidado lo que ambos tenían que decirse.

El vagabundo hablaba mientras el que antes era Nist escuchaba. Marl no estaba seguro de lo que sucedía, pero Nist lloraba ocasionalmente y entonces el vagabundo le infundía ánimos. Otras veces Nist levantaba ligeramente la voz o incluso se ponía en pie, nervioso, pero el vagabundo lograba acallarlo, y si era necesario le hablaba con una autoridad marcial, con lo que el muchacho volvía a su sitio, abatido y desconcertado. Marl callaba mientras, taciturno, pensaba qué secretos compartían aquellos interlocutores tan desiguales, un muchacho imberbe y un hombre curtido. Finalmente Nist pareció entrar en razón. Sea como fuera había asimilado su situación con extraordinaria rapidez y se limitó a escuchar y asentir a lo que le decía el veterano explorador. Era como si lo instruyera sobre el mundo en el que vivían, a tenor de las veces que el muchacho asentía, como si se tratara de un alumno aventajado memorizando una lección de su maestro.

La conversación entre ambos, hombre y muchacho, finalmente decayó. Se quedaron en silencio durante largos minutos, cavilando sobre la mejor decisión a tomar, o al menos eso se imaginaba Marl.

—Es curioso que a nosotros la cicatriz o el tatuaje que tenemos en el brazo no nos haya provocado el despertar, ¿no crees Marl?

—¿Debería?

—Si lo que cuenta el vagabundo es cierto, cualquier mención o recuerdo de nuestro pasado podría provocar una recuperación de la memoria forzada, y según parece eso es nefasto. Y tú y yo nos hemos traído este recuerdo compartido de nuestro pasado. No sé tú, pero yo a menudo me pregunto qué teníamos en común, qué hizo que tú y yo compartiéramos este grabado. Y a pesar de haber meditado sobre ello tiempo... se ve que no ha provocado mi despertar.

—Sí, tienes razón. —Marl se volvió a mirar hacia Jeny, que le sonreía—. Nunca había considerado esa cuestión. De todas formas ¿qué crees que significa esa figura?

—Marl, es un dibujo que sólo tiene sentido estando ambas partes unidas. ¿Qué crees que significa eso?

Marl se sintió repentinamente azorado. Se ruborizó instantáneamente, delatando su rubor cuál era su pensamiento.

—Sí, yo también creo lo mismo, Marl —dijo Jeny mientras su mano tocaba la de él.

Pero Marl no sabía qué terreno pisaba. Estaba Timber. Ese pensamiento tensó su mirada y Jeny comprendió sin mediar palabra lo que pasaba por su mente y retiró su mano.

—Sí. Es una situación complicada... y necesito recordar. Odio tanto estar en este estado. Me siento inútil... me siento idiota.

\* \* \*

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

Se habían sentado a cenar y Marl había optado por acercarse a Nist, o como quisiera llamarse a partir de ese momento. Durante la caminata de la jornada todos habían guardado una respetuosa distancia. Marl comprendía el por qué. No sólo eran las advertencias del vagabundo. Todos sabían lo que sucedería si de repente aquel chico les decía cuál era su verdadero nombre, o cualquier otra información que pudiera obrar como un explosivo en su mente. Nist les intimidaba, y Timber y su grupo parecían ser extraordinariamente cautos ante esa amenaza.

Pero Marl decidió correr el riesgo. Confiaba en que el vagabundo lo hubiera instruido adecuadamente, así que cuando acamparon junto a una cascada e hicieron una fogata sobre una roca enorme y plana, Marl no dudó en sentarse junto a él y establecer una conversación una vez se quedaron solos.

—Da igual eso. Creo que prefiero que me sigas llamando como me has conocido. Nist está bien. Me gusta ese nombre.

—¿Es verdad que recuerdas todo... todo antes de...?

—Sí, Marl. Lo recuerdo todo. Pero te ruego que no me preguntes en relación a nuestro pasado. No entenderías nada de lo que te contara. No sólo te resultaría absolutamente increíble, sino que sabes que podría obrar un mal en ti. No quiero hacerte daño, aunque fuera sin querer o por pretender ganarme tu confianza. Y la respuesta a la pregunta que ibas a hacerme es también que sí. Ahora comprendo qué es la tierra prohibida, y todas sus terribles implicaciones. —Nist sacudió la cabeza—. Es lo que dice el vagabundo. Algo salió mal y desconocemos las consecuencias.

—Lo sé... simplemente te tengo envidia. Ansío tanto recordar... saber por qué estamos aquí...

—Ahora debemos tener paciencia. Hay que esperar a que todos despertéis. Después... ya se verá.

Marl recordó el delirio del muchacho, como clamaba ayuda a sus padres, de los cuales no quería separarse. Era un recuerdo duro que no merecía la pena mencionar. Al menos conocía esa parte de los recuerdos de Nist y comprendía el dolor que debía sentir al pensar en ello. Nist le miró fijamente. Marl se percató de que aquel chico que él había conocido, callado, reservado, prudente, había sido suplantado por otro muy diferente. El nuevo Nist parecía mucho más inteligente, más rápido de pensamiento, y sobre todo, más maduro. Su semblante se dulcificó.

—¿Cuándo vas a dar el paso Marl? —preguntó de improviso Nist.

—¿A qué te refieres?

—Jeny. Se nota que estás loco por ella. Y otro tanto podría decirse de ella acerca de ti.

Marl suspiró.

—No todo es tan sencillo.

Nist se sonrió.

—Sí, por supuesto que es sencillo. Somos nosotros los que hacemos las cosas complicadas. Y si me disculpas, debo dejarte. Debo hablar con él, me espera.

Y el muchacho se levantó, y a la luz de la luna caminó por un estrecho sendero, junto a la catarata, que conducía a un alto en el que el vagabundo, sentado, esperaba paciente a que llegara Nist para seguir charlando.

## Capítulo 29

Las jornadas que siguieron fueron monótonas en cuanto a los parajes de la selva que atravesaron. A menudo se sorprendían de la enorme diversidad de vida animal que albergaba el bosque. Aves, simios, pequeños antílopes, enormes pecaríes y los más peligrosos depredadores que no sólo estaban formados por los tigres sino también por panteras oscuras que procuraron más de una sorpresa desagradable. También comprobaron que abundaban enormes pitones y todo género de ofidios, algunos de colores agresivamente llamativos que invitaban a pensar que se trataba de especies potencialmente venenosas.

Pero lo que más cambió para Marl el despertar de Nist fue la estructura del grupo. Nist y el vagabundo conformaron una pareja inseparable, por lo que Marl perdió contacto con los que habían sido sus principales interlocutores. Por otro lado advirtió que Dev había empezado a congeniar mejor con Sira y Sando, y que se decantaba por entrar en la órbita de Timber, cuestión que no le hacía a Marl ninguna gracia. Pero puesto que el vagabundo parecía darle igual hacia qué preferencias personales se inclinaba cada cual, intentó asumir idéntico punto de opinión al respecto.

Y por otro lado Jeny, el centro de sus pensamientos, era sometida a un caballeroso y continuo galanteo por parte de Timber en el que resultaba violento inmiscuirse. De hecho en cada ocasión que charlaba con ella no pasaba mucho rato sin que Timber, o algún acólito suplente, hiciera acto de presencia, y entonces las conversaciones perdían la chispa y la complicidad que existía entre ambos.

El viaje a las montañas de las cuevas tocaba a su fin. Una tarde, después de un duro día de marcha, el propio Marl subió a lo alto de un árbol y oteando el horizonte contempló la puesta de sol sobre una agreste cordillera cuyas cumbres estaban salpicadas de neveros blanquecinos. Era allí dónde se dirigían. Fue cuando descendió del árbol cuando se encontró con Jeny, que había ido tras él sin darse cuenta.

—Falta poco para llegar —comentó Marl, con ilusión expectante.

—Esperas que sea una pieza más que ayude a hacer que todo encaje, ¿no es así?

—Sí, comprendo que tal vez suceda como aconteció en la tierra prohibida, algo incomprensible para nosotros de momento. Nist coincide completamente con el diagnóstico de nuestro guía. Algo salió terriblemente mal y esa verdad está contenida en la tierra yerma al que el vagabundo nos llevó. Ignoro qué es lo que había allí, o que debíamos haber visto en ese lugar para sacar una conclusión distinta...

—Me imagino que cuando lo comprendamos sufriremos la misma desesperación e incomprensión que sufrió Nist.

—No se lo he comentado a nadie pero... cuando Nist deliraba se estaba despidiendo de sus padres, como si no quisiera venir a este lugar sin ellos. Era como si fuera a partir de viaje y los dejaba atrás inexorablemente. Me ha hecho reflexionar mucho. Está claro que... viniéramos de dónde viniéramos, jamás regresaremos, Jeny. Creo que era eso básicamente lo que le decía nuestro hombre a Nist cuando

conversaba con él.

Jeny asintió.

Quedaron en silencio un rato. Lejos oían las voces de los demás preparando el campamento. Habían cazado un pecarí y lo festejaban.

—¿Por qué no me cuentas cuál es tu vínculo con Timber?

La pregunta tomó desprevenida a Jeny, que le miró con los ojos abiertos de par en par. Después negó con la cabeza.

—Le he estado dando vueltas a lo que me comentaste de Timber. A veces tengo el presentimiento de que tienes razón en tus conjeturas. Es igual a cuando tienes un nombre en la punta de la lengua y no eres capaz de pronunciarlo. Esa misma sensación me viene cuando dices que Timber ha despertado... pero lo cierto es que después no tengo ningún argumento para sostener esa idea. A veces creo que... me gustas demasiado y que deseo que tu relación con él no prospere. —Marl se sorprendió a sí mismo, no pensaba que fuera a ser capaz de mostrar lo que sentía su corazón tan claramente, pero era un sentimiento tan fuerte y nítido que no lo había podido reprimir—. Jeny, has de contármelo. Si no... tal vez sea peor. Creo que debería apartarme de ti... de vosotros. —Los ojos de Marl buscaron los de Jeny. Ella los apartó, pero después de un instante los volvió a fijar en él. Había solemnidad en su mirada.

—Me salvó la vida, Marl. Me salvó la vida poniendo en riesgo la suya... Estaba enamorado de mí, y en ese momento comprendí que no podía haber entrega y valor más grande, que daba igual las palabras, lo que estuviera dicho o lo que no, aquel hombre se enfrentó a la muerte... y de hecho aún me maravillo que pudiera librarse...

—¿Qué sucedió?

—Fue una emboscada de los oscuros. Una más. Los últimos días de gobierno del vagabundo. Nos había organizado, nos instruía y nos preparaba para infiltrarnos en la ciudad... para que despertáramos allí, conviviendo con la gente normal y que fuera cual fuera nuestro propósito, no creyéramos como salvajes, sino formando parte de una sociedad diferente a nosotros, pero en la que nos podíamos integrar. Él estaba convencido de que podríamos lograrlo porque el mismo lo había conseguido, —Jeny hizo una pausa—. Timber se oponía a esa idea frontalmente. Faltaba poco para que el primer grupo partiera cuando una flota de naves voladoras rodeó nuestro campamento y nos diezmó. Muchos eran atrapados como simples presas, otros asesinados. Yo me encontraba en un pequeño grupo que logró zafarse del primer cerco, pero no habíamos comprendido que simplemente nos encaminaban hacia trampas mortales. Un pelotón de oscuros disparó sobre nosotros... y en ese momento llegó Timber. Logró abatir a uno de ellos y con su arma logró mantenerlos a raya mientras me ponía a salvo. Días más tarde nos reencontramos, como tantos otros, en la selva. Estaba malherido, pero milagrosamente había sobrevivido. Yo ya entonces sabía que me amaba. Pude leer entre líneas lo que había sucedido. En la refriega estuvo pendiente

de mí, me siguió y cuando me vio en peligro... se jugó la vida... Aquella entrega ablandó mi corazón que hasta entonces no le había correspondido. Todas mis amigas me decían que estaría loca si rechazaba un amor como ese...

Marl asintió. Timber... tantas suspicacias que despertaba su comportamiento, pero les había salvado la vida a los tres. Era absurdo e injusto poner la mácula de una sospecha sobre su conducta.

De pronto sus nombres empezaron a sonar en la jungla. Los buscaban, los echaban de menos, pero la intensidad de la búsqueda de Timber, de sus llamadas, delataba que estaba inquieto. Estaba claro que sentía celos de él y que la mera idea que pudiera estar a solas con Jeny lo alteraba.

—Deja que vaya yo primero —comentó en voz baja Jeny, mientras Marl asentía en silencio. Se sentía deprimido.

\* \* \*

Habían llegado. Ante sí un río de montaña, amplio, de aguas turbulentas pero someras, despejaba el terreno para mostrar una montaña de paredes escarpadas. El terreno ascendía en suaves lomas cubiertas de vegetación, pero ésta no había logrado conquistar las laderas pedregosas y elevadas de la cordillera que se erigía ante ellos, cuyas cumbres más altas permanecían cubiertas de nieve y glaciares. La brisa que descendía de la cumbre era fría y la temperatura había bajado sensiblemente.

Pero lo que llamó la atención de todos los miembros del grupo, excepto del vagabundo, que ya conocía aquel paraje, era un brillo metálico que incluso en la distancia, reflejaba potente la luz solar, como si de un espejo se tratara. Todos se dirigieron al vagabundo para preguntar por aquel lugar, pero él se limitó a decir que aquel era el destino al que se dirigían. Pronto lo verían con sus propios ojos.

Y así fue. A la mañana siguiente el camino se hizo cuesta arriba. Las estribaciones montañosas estaban densamente pobladas de vegetación y surcadas por barrancos sucesivos que escondían en lo más profundo torrentes de montaña, alegres y cantarines. Era frecuente ver entre los árboles, por encima de sus cabezas, planeando como siluetas oscuras y calculadoras, aves rapaces que escrutaban el bosque en busca de presas y que ocasionalmente emitían graznidos agudos.

Pero poco a poco la vegetación empezó a ralearse. La altura de los árboles decayó y matorrales y plantas disminuyeron su presencia. Por fin empezaron a pisar roca y piedra. Entonces, en una loma desde la cual el camino se empinaba, pudieron observar la estructura de brillo metálico que habían visto con anterioridad en la lejanía.

Se trataba de un gran cilindro, ovalado en sus extremos, que carecía de aristas en su diseño original. Todo él adolecía de elementos de relieve de ningún género, aunque su superficie mostraba enormes magulladuras, incluso partes quebradas, como si hubiera sufrido un accidente o un grave percance. Todos comentaron que

parecía más bien como si un gigante hubiera incrustado en la montaña un puñal de metal, o como si ese objeto, lanzado a través del aire a una velocidad inimaginable, se hubiera empotrado en la montaña, infringiéndole una grave herida.

Era obvio que se trataba de una estructura artificial, una obra del hombre, y esta primera impresión de civilización que observaba Marl, le impresionó vivamente, mucho más que la observación de la tierra prohibida, pero para su desencanto, no evocó en él ningún recuerdo, lo cual era aún más desconcertante. Según había dado a entender el vagabundo en reiteradas ocasiones tanto él como el resto, habían renacido, si no en ese mismo sitio, en un lugar semejante, en una estructura como aquella, que no obstante, debía estar enterrada en la montaña. Pero Marl, ni recordaba de su pasado anterior semejante estructura, ni en su existencia en aquel mundo selvático había visto nada igual.

—Eso puede ser porque la estructura que te albergaba estuviera muy enterrada en la montaña —explicó el vagabundo con parquedad y sin dar mucha importancia a ese hecho. Se notaba impaciente por llegar al interior de la estructura y su paso era acelerado, a pesar de lo empinado del camino que seguían.

Y a medida que ascendían el tamaño resultaba aún más colosal.

—¿Los oscuros nunca han estado aquí? —pregunto Dev, preocupado por el aspecto y el lugar al que se aproximaban.

—Tal vez, pero ellos no prestan mucha atención a estos restos... como a otros vestigios. Ellos viven encerrados en sus ciudades. Lo que les preocupa de verdad es la existencia de hombres libres... de los que no están condicionados.

Los que no están condicionados. Marl recordó las explicaciones que le habían dado al respecto pero aún así le resultaba difícil de asimilar. Hombres voluntariamente esclavizados. ¿Cómo y por qué?

—Sé que os he explicado muchas veces lo que son los hombres condicionados, pero eso no tardaréis en verlo con vuestros propios ojos. Cuando veáis, entenderéis.

Timber gruñó. Aquella era una idea que no le hacía ninguna gracia.

—Deberíamos alejarnos de allí. Es peligroso para nosotros, nos capturarán.

—No pienso debatir contigo. Si no quieres venir con nosotros te puedes quedar en la selva... pero una cosa sé con seguridad. Si hemos venido hasta aquí es por lo que hay dentro de esas ciudades.

—¿Qué es lo que hay? —preguntó Marl.

El vagabundo se detuvo y se volvió, fijando su mirada intensamente en Marl.

—No lo sé, me da igual. Lo único que sé es que debemos destruirlo.

\* \* \*

Alcanzaron el enorme objeto metálico. Las partes que estaban semienterradas permanecían sucias, cubiertas de polvo y no brillaban. Aún así Marl limpió con su mano una pequeña porción de su superficie a fin de sentir su tacto liso y bruñido.



Nunca había palpado nada igual. El metal tenía una temperatura fría, se hallaban en la zona sombreada de la estructura. El vagabundo sabía perfectamente a dónde debía dirigirse. Trepando por una ladera de grava y rocas sueltas no tardaron en llegar a un punto sobre el cual un gran portón permanecía abierto de par en par. Una entrada.

Desplegaron entonces las antorchas que habían preparado la víspera y las encendieron. Nadie hablaba. Era un momento intenso. Temían y reverenciaban aquel lugar del cual procedían. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué era?

Avanzaron por un pasillo lleno de polvo y tierra, y al poco tiempo llegaron a una cámara amplia que las antorchas apenas iluminaban. No había un solo resquicio por el que se filtrara la luz del exterior. El silencio era apagado, sin ecos. Se distribuyeron en el interior de la cámara, pero era un simple distribuidor. El vagabundo tomó el mando y los llevó por un pasillo que, descendente, se adentraba en el interior de la estructura. Pronto llegaron a otra cámara, pero esta no estaba vacía. Había sido destruida en parte por un cataclismo. Parte del techo estaba hundido, lleno de escombros y metal deformado. El peso de la montaña había aplastado la estructura de metal, que de improviso terminaba en una pared de roca vetada. Pero no hacía falta seguir más allá. Allí vieron la primera cápsula. Estaba semienterrada entre rocas y grava. Acercaron las antorchas y percibieron que la capsula no estaba cerrada herméticamente, sino que estaba entreabierta, simplemente el resquicio de unos centímetros. El vagabundo les indicó que mirasen en su interior. Dev, curioso, fue el primero en aproximarse y tan pronto lo hizo soltó un alarido y retrocedió asustado. Poco después Marl comprobaba la causa. Un esqueleto yacía en el interior. Un cráneo, las costillas, la luz de la antorcha mostraba paulatinamente la tragedia de aquel hombre o mujer que despertó en el interior de aquel ataúd del cual no pudo salir. El peso colosal que se abatía sobre la cápsula solo había permitido que la tapa abriera un pequeño resquicio. Por el mismo asomaban los dedos trémulos del esqueleto, que aún pendían en el exterior, dando fe de los intentos desesperados de su propietario por escapar del sarcófago.

Nadie dijo nada. El vagabundo había seguido avanzando hacia otro grupo de cápsulas que habían escapado al derrumbe. Estaban todas abiertas, como las crisálidas de insectos gigantes, abandonadas una vez habían cumplido su función. Marl se preguntó si lo que recordaba de su despertar podría ser un lugar similar a aquel. Observó gran cantidad de tubos abandonados en el interior del recipiente y recordó la desagradable sensación de desprenderse de los mismos. Con un estremecimiento recordó las cicatrices que aquellos catéteres habían dejado por todo su cuerpo.

Las cápsulas no tenían distintivos, tan sólo unos símbolos que resultaban ininteligibles para Marl. De nuevo sintió una corriente eléctrica por todo su ser. Una sacudida, como la que ya había sentido una vez anteriormente, al estar a punto de recordar. Primero un vértigo, como el que se asoma a un abismo insondable, mortal, en el cual está a punto de precipitarse, pero en un desesperado intento de salvarse,

reulaba, y tras el vértigo se sucedía una náusea intensa. Marl se mareó. Un sudor frío bañaba sus sienes.

—¿Qué significan estos símbolos? —rogó al vagabundo con voz entrecortada, mientras señalaba al azar una hilera de los mismos que marcaban una de las cápsulas abiertas.

Este le miró en silencio un rato. Parecía que estaba a punto de ignorar la pregunta. Pero finalmente, mientras se volvía y seguía avanzando, respondió.

—Sammuel Roy, eso es lo que pone ahí.

## Capítulo 30

Durante dos días ni Luck ni nadie de la casa volvió a tener noticias ni de Marcie o Tony. Habían desaparecido después de una tensa discusión en los jardines de la casa. Ambos se subieron con cara de enfado en el todoterreno y Tony condujo agresivamente por el estrecho camino, perdiéndose de vista mientras el motor del vehículo rugía furioso.

Luck se quedó especialmente preocupado por la chica. Ignoraba qué género de secreto mantenía aquella estrecha relación entre los dos, pero verse excluido de la misma, el hecho de saber que Marcie no estaba siendo absolutamente sincera con él, le hacía sentirse como un cero a la izquierda. Se sentía utilizado. Primero había considerado la opción de que tal vez los sentimientos de Marcie estuvieran confusos y que su relación no era sino un medio de despertar los celos de Samuel Roy, aunque ahora miraba a Tony como un rival mucho más a tener en cuenta.

El resto del grupo también se mostraba inquieto por ella, especialmente Susan y Sam, pero decidieron confiar en su buen juicio y llegaron a la conclusión que cuando estuvieran resueltas sus diferencias acudirían de nuevo a la casa. No había motivos para desconfiar. A fin de cuentas había sido Marcie la que tras el ataque en el hotel, los había puesto a salvo.

Las conclusiones del CDC habían alimentado la imaginación del profesor Roy, que enfebrecido, pasaba las horas frente a su portátil escribiendo, o más bien, reescribiendo su libro, *Supremacía*, que según él mismo anunciaba a los cuatro vientos en cuanto tenía ocasión de compartir, iba a dejar muy atrás en ventas a todos sus éxitos anteriores. El resto del tiempo que no estaba escribiendo lo pasaba en compañía de Susan, que habitualmente no salía de su habitación y era la que más contrariada del grupo se encontraba. Ansiaba regresar a su vida normal, y aquel escondite en el que ya había transcurrido una semana le empezaba a resultar agobiante.

No sucedía lo mismo con el profesor Logan, que no cesaba de escribir su estudio acerca de las tesis del doctor Jung, y según informaba al propio Luck ocasionalmente, la eminencia suiza insistía que todo sueño no deja de ser una manifestación de premoniciones, como le sucedió al propio Jung al presentir el inicio de la Primera Guerra Mundial. Así que se mostraba particularmente convencido de que el largo y pormenorizado relato de Luck indicaba algo de esta naturaleza. Mientras mantenían largas conversaciones, Luck sentía un profundo malestar al haberse prestado al engaño que le propuso el profesor Roy y en más de una ocasión estuvo a punto de confesar que gran parte de su relato no estaba basado en absoluto en un sueño, sino en una pintoresca invención. Pero veía tan ilusionado al académico que no encontraba forma de sincerarse.

Y después de dos días interminables Marcie regresó acompañada de Tony. Luck estaba sentado en una silla de mimbre en el porche de la casa, observando un cielo

gris oscuro, completamente encapotado, que avisaba lluvias intensas, cuando percibió el sonido de un vehículo acercándose por el camino. Al distinguir la silueta parda del todoterreno se puso en pie y aguardó a que el vehículo se detuviera frente a él, pero incluso antes de eso ya se había abierto la portezuela y una impaciente Marcie descendía ágilmente y se arrojaba a los brazos de Luck en un abrazo tan cálido como imprevisto. Ambos permanecieron abrazados largos segundos y Luck sintió que todos sus miedos se esfumaban misteriosamente, tanto, que ni los recordaba.

El profesor Roy carraspeó para interrumpir discretamente aquella muestra de cariño. Para sorpresa de Luck, Marcie dio otro cariñoso abrazo al profesor. La pesadilla de sentirse de nuevo utilizado reapareció con fuerza. No entendía a Marcie, pero por otro lado le parecía caer en un infantilismo inmaduro el pedirle explicaciones de las situaciones que despertaban sus celos.

—Tenemos perfilado un plan para sacarlos de las islas sanos y salvos —dijo Tony introduciendo el tema de la seguridad del grupo en primer lugar—. Se están realizando controles de carretera por toda la isla. Las autoridades buscan tanto al profesor Roy como a Luck, aunque no hay acusación formal. Resultará imposible abandonar la isla por conductos oficiales. La única opción restante es a través de una embarcación de gran eslora capaz de alcanzar el continente —explicó.

—Y tenemos una —continuó Marcie a renglón seguido. Luck admiró su semblante serio—. Sin embargo no puede llegar hasta aquí. Los embarcaderos de la bahía Pilchard son inaccesibles salvo para yates de recreo de menor calado. Así que el plan es sacarlos de aquí en una pequeña lancha capaz de pasar bajo el puente levadizo de Sommerset y alcanzar el puerto de Hamilton. Una vez allí os refugiaréis en un piso franco hasta que llegue el momento de embarcar y partir.

—¿Por qué no salir directamente en el barco cuando lleguemos al puerto de Hamilton? —preguntó el profesor Roy.

—Es por Nicole.

—¿Nicole? —Luck le miró extrañado.

—Es una tormenta tropical que puede convertirse en huracán. No es extraño en estas latitudes —explicó Tony—. Se aproxima a las islas desde el sudoeste. Cuando esté cerca será un buen momento para el traslado. Una vez haya pasado podréis partir tranquilamente.

—Tomad este móvil —Marcie se lo entregó a Luck—. Cuando llegue la hora os avisaré. Debéis estar pendientes.

Luck intercambió una mirada con Marcie, interrogativa. «¿Vendrás conmigo?». Pero Marcie, sin decir ni una palabra, negó con los ojos. Luck veía en ella un reflejo de su propio dolor.

—También hemos venido porque era necesario dar una serie de explicaciones —dijo Marcie concluyendo con un suspiro.

De nuevo aquella forma de hablar recordó a Luck que Marcie en muchos sentidos seguía siendo una gran desconocida. Apenas la conocía y todo cuanto ella era o hacía

seguía envuelto en un halo de secretismo. Inexplicablemente ese misterio aún la hacía más atractiva. Había meditado al respecto y su propósito de seguir junto a ella se había fortalecido frente a cualquier otro argumento.

—Hablemos entonces, Marcie, sin más demoras —aceptó el profesor. Explicó que Susan estaba dándose un baño en la playa y el profesor Logan estaba abstraído con su estudio, por lo que los cuatro se sentaron en el porche.

Luck observó que mientras Marcie parecía agitada, el semblante de Tony resultaba por completo inexpresivo.

—Sammuel Roy, hace tiempo que nos conocemos, sabes que soy una persona de fiar, ¿no es así? —preguntó Marcie.

El profesor asintió serenamente. Luck recordaba nítidamente sus advertencias respecto a Marcie y aquella respuesta sin fisuras le dejó intrigado.

—Tengo la explicación que tanto deseas para los resultados que arrojó la analítica del CDC, pero has de prometerme que si os cuento la verdad os iréis de la isla conforme el plan que os dije.

—Por supuesto —aseguró el veterano académico.

Pero Luck protestó de inmediato a lo que Marcie le solicitó que aguardara a que ella finalizara sus explicaciones.

—Sam, tenéis entre manos dos tipos de resultado de analíticas, según comentaba tu compañero Raymond. Unos que tienen una proteína que afecta al crecimiento del cerebro, y otros, que además mostraban una bioquímica de tiroides atípica. La explicación que resuelve ese enigma es que no existe una especie superior al homo sapiens, como pronosticabas, sino dos.

El profesor Roy emitió un largo silbido mientras que Luck se quedaba boquiabierto al recibir la información.

—Sí, son dos especies más evolucionadas —insistió Marcie—. Lo sé bien, porque tanto Tony como yo formamos parte de uno de esos clanes, el que se autodenomina como Primera Estirpe, —la cara de Marcie mostraba sufrimiento. Miraba fijamente a Luck, quería desentrañar cómo se sentía, pero Luck a pesar del impacto que supuso esa noticia, sintió que su amor por Marcie se mantenía tan firme como antes. Tomó su mano y la sostuvo entre la suya con delicadeza. No veía en ella nada diferente de una mujer convencional.

—Un momento. —El profesor Roy parecía que había recibido una bofetada de la cual aún se estaba reponiendo—. ¿Dos especies? ¿Cómo es eso? ¿Qué implica todas esas mutaciones respecto a nosotros, el homo sapiens?

Marcie dudó en responder. Miró fijamente a Tony antes de proseguir, y éste le consintió su petición con un leve gesto de la cabeza.

—Bien, pero recuerda que tras esta conversación habréis de abandonar la isla, sin excusa alguna. —Marcie tomó aire—. La primera estirpe, de la cual formamos parte nosotros dos, tiene como característica principal un crecimiento del cerebro distinto del humano, más evolucionado. ¿Qué significa eso en la práctica? Bien, es difícil de

entender para el que carece de esta cualidad. En el caso nuestro podríamos decir que se trata de un género de clarividencia o premonición, más desarrollado que en el hombre moderno. Es decir, nuestra capacidad de análisis, de recabar información del entorno, es más amplia e intensa, al igual que nuestra memoria. De esa manera somos capaces de extraer conclusiones de lo que va a suceder con más facilidad y rapidez que una persona normal. En la práctica, para una persona, podría decirse que somos capaces de predecir lo que va a suceder en un entorno determinado... y los más preparados, los que han cultivado este don... son capaces incluso de predecir el futuro.

—Clarividencia... —dijo pensativamente el profesor Roy—. Jamás lo habría dicho.

—Muy al contrario, profesor... su tesis era más acertada de lo que cree. En cierto sentido nuestra mente ha dejado muy poco espacio al inconsciente. El hombre moderno también es capaz de tener premoniciones, de tomar decisiones en relación a su intuición, ¿verdad? Pero... ¿cómo se conforma una intuición? Para ustedes es un proceso oscuro e indiscernible, por eso la intuición se sigue o no, porque no tiene lógica ni es un juicio formado o meditado. Algunos se dejan llevar por la misma y otros no, o incluso está claro que existen personas con un instinto en diversas facetas de la vida, negocios, deporte, amor... claramente superiores y se convierten en figuras que destacan, ¿no es así? En nuestro caso la intuición ha dejado de convertirse en algo oscuro e indiscernible, sino que es un proceso claro y visible mentalmente.

—Y esa visibilidad no es otra cosa que el inconsciente haciéndose visible, haciéndose consciente —murmuró el profesor Roy—. ¡Caramba! —exclamó después de unos segundos, mientras repensaba en el argumento de Marcie. Se rascó la mejilla con el índice, abstraído. Después su rostro se iluminó con una sonrisa de honda satisfacción al considerar que su vaticinio había estado bien encaminado.

—Pero Marcie... y entonces, ¿qué sucede con la segunda especie humana? ¿Qué ventajas otorga esa bioquímica distinta de la sangre? —preguntó Luck que intuía que la historia de Marcie aún estaba por acabar.

—La segunda especie... Esa mayor capacidad consciente de todo cuanto sucede abarcaba un ámbito inesperado, el control total de nuestro propio cuerpo, de nuestro organismo. En cierto sentido la evolución del hombre, si lo consideran desde esta perspectiva, es un paso constante en el control de nuestras propias funciones, se le va robando espacio al instinto y la consciencia asume más y más funciones. Ustedes, si quieren, pueden modificar su estado de ánimo a voluntad, en la medida que son capaces de controlar o no sus procesos mentales. Eso implica cambiar constantes vitales indirectamente, ¿no es así? Por supuesto, la mayoría de los individuos no ejercen esa capacidad, pero si quisieran, a través de la meditación podrían lograrlo. En nuestro caso esa capacidad se vio inmensamente ampliada... Eso nos permite una mejor defensa y prevención de enfermedades, mayor capacidad de regeneración ante lesiones... y dio pie a algunos miembros de nuestra estirpe a plantearse una mejora

radical del propio individuo, una mejora controlada por nuestra consciencia ampliada. Fue un hombre llamado Gregorius Turner el que impulsó esta división siglos atrás. El patriarca de la Primera Estirpe no vio con buenos ojos ese salto cualitativo y las tesis de Gregorius se consideraron una práctica prohibida... Pero las promesas que ofrecía esa *automanipulación* consciente eran muchas. Un grupo, en secreto, capitaneado por Gregorius, fundó una nueva estirpe. Su objetivo, llevar al género humano a un nivel de evolución muy superior, de hecho, llegar a sus límites. Los *homo superus*, se autodenominaron, o Superiores. Y poco a poco, a medida que sus logros eran más y más patentes, fueron recabando adeptos hasta el punto en el que, a día de hoy, son mayoría. Las muestras de sangre que incluyen hormonas del tiroides diferentes no son más que la punta del iceberg.

—¿Quiénes son? ¿Dónde están? —preguntó Luck—. No sé, pero... eso que estás comentando me recuerda mucho, salvando las distancias, a lo que decía el señor Pemberton...

—Da igual eso ahora —replicó tajante Marcie—. Lo único que debéis saber es que no tienen previsto que su existencia salga a la luz, por lo menos ahora. El señor Ajedrez nos ha dicho que...

—¿El señor Ajedrez? —preguntaron al unísono Luck y el profesor.

Marcie cabeceó molesta por la interrupción.

—Es nuestro líder... por así decir. No importan mucho estos detalles, salvo que tenemos la advertencia de que debéis salir de aquí sin falta tan pronto sea posible. Vuestras vidas corren grave peligro... y acabarán descubriendo esta casa. —Marcie hizo una pausa en la que intercambió una larga mirada con Tony—. Hasta la fecha las relaciones entre las dos estirpes son tensas, pero si supiera que os estamos encubriendo... un incidente tan grave podría ser definitivo y desencadenar una guerra entre nosotros... una guerra que no podemos ganar —terminó con voz más débil.

Las palabras de Marcie contenían una advertencia definitiva.

—Bueno... no tantas prisas Marcie. Deja que asimile todo esto —solicitó el profesor Roy, que se puso en pie e inició un lento paseo por el porche mientras se rascaba la cabeza—. Siempre había pensado que yo iba a ser el descubridor de algo grande. Tenía tanta fe en la idea que... Y ahora resulta que ya estáis aquí... quiero decir, que lleváis tiempo entre nosotros. El amanecer... ya ha tenido lugar... y son dos especies...

El profesor hablaba pausadamente mientras se mesaba los cabellos. Intentaba asimilar todo ello.

—Sí, profesor Roy —aseveró contumaz Tony, que hasta la fecha no había abierto la boca—. Y rece para que sólo haya visto el amanecer. Tal vez pueda llegar a ver el ocaso... pero de su civilización —sentenció ariscamente.

—Calla —le reprendió Marcie a Tony con mirada muy severa. La sonrisa irónica de su amigo desapareció lentamente.

Tanto el profesor como Luck intuyeron que aquella no era una amenaza gratuita,

pero fue Marcie la que rompió el incómodo silencio recordando una vez más el plan. Pendientes del teléfono para dirigirse al embarcadero de la bahía Pilchard. Dicho esto besó a Luck en la boca, casi por sorpresa, y en compañía de Tony, partieron raudos en el todoterreno. Luck creyó percibir que los ojos de la chica estaban sobrecargados de lágrimas a punto de derramarse.

—Hay algo que no acabo de entender profesor Roy —dijo cuando llegó a sobreponerse a la emoción contenida.

—Dime muchacho.

—Si no recuerdo mal, creo que me previno acerca de Marcie. Dijo literalmente que era una persona de poco fiar.

—Oh, claro que sí, Luck, por quién me tomas —se explicó el profesor, ofendido—. Tengo un profundo afecto por esa jovencita, a la que casi considero mi hija. En fin. Vi con que aviesas intenciones me mostrabas tu interés por ella y cuando empecé a comprender tus debilidades..., no me hacía gracia que un drogadicto se emparejara con ella, así que intente alejarte de Marcie diciéndote eso. Pero bueno... ella ha hecho su elección, espero que sea para bien, muchacho, porque ten por seguro que te tendré bien vigilado —concluyó finalmente el profesor mientras le apuntaba con su índice y pronunciaba las palabras con un acento de protección paternal que sonrojó a Luck. Y dicho esto se adentró en la casa, dejando a Luck con la palabra en la boca.

«No sé como lo hace, pero siempre consigue darle la vuelta a todo», se dijo para sí Luck, asombrado por la capacidad del profesor Roy, tras ser pillado en una mentira, de terminar su explicación con una amenaza. Tal vez debería enfadarse, pero por alguna razón era incapaz de ello. En lugar de eso se rió. «Increíble».



## Capítulo 31

El atardecer se enturbió. Gruesas nubes habían ido oscureciendo la tarde prematuramente, la brisa del mar se calentó repentinamente y un olor raro, eléctrico, provocaba que la atmósfera se percibiera distinta, amenazadora. Los huéspedes de la casa aguardaban impacientes que llegara la hora convenida para dirigirse al embarcadero. Todas las consultas sobre meteorología habían sido efectuadas. Nicole, una tormenta tropical que estaba cobrando fuerza por horas y devendría en huracán de categoría tres en las próximas horas, pasaría a escasas cien millas del archipiélago. Pero a tenor del aspecto del firmamento se adivinaba que esa distancia no era salvaguarda suficiente. Las autoridades habían emitido incesantes alertas y multitud de sirenas recordaban a la población la obligación de refugiarse convenientemente.

Nadie decía nada, pero en la mente de todos se adivinaba una misma idea. Salir al mar con un temporal abalanzándose sobre ellos no parecía sensato. Marcie no había llamado para cancelar la orden. Estaba segura de lo que hacía, o al menos eso barruntaba Luck, que se preguntaba incesantemente si ella lo acompañaría o no, si Marcie se había despedido ya de él o se presentaría en el barco en el muelle a la hora convenida. Esa duda le laceraba el corazón.

Y estaba por tomar una decisión. Haría lo que ella misma hiciese, bien embarcar, bien permanecer en la isla, afrontar lo que hubiera de afrontar. Separarse de ella se le antojaba imposible.

De pronto una bocanada de aire caliente cobró una fuerza feroz y golpeó a todo el grupo. La gorra del profesor Roy salió volando y se perdió de vista sin siquiera tocar el suelo. La vegetación se plegó a la fuerza inesperada del viento como si hubieran estado aguardando la orden de inclinarse ante él. Un rugido intenso como Luck nunca había oído en la naturaleza, hizo inútiles todas las palabras que cada uno de ellos profirió. Alarmados, se introdujeron velozmente en la casa.

—¡Cerrad puertas y ventanas! —ordenó el profesor Roy, que veía como el vendaval, que se colaba por alguna puerta abierta, arramblaba con todo lo que tenía por delante y derribaba muebles, estanterías y cuantos objetos pudieran ser arrojados al suelo. El sonido de cristales rotos y de puertas batiendo contra las jambas alimentaba el clima de intensa confusión.

Después de un largo minuto de frenesí, la casa quedó sellada. Fuera, aullaba un viento furioso, implacable.

—Esto va a ser una locura —murmuró Susan. Era la primera vez que Luck la veía sin su aplomo habitual. Ni siquiera el profesor Roy le contestó. Todos miraban por las ventanas como el viento arrastraba hojarasca, ramas, objetos de toda índole que volaban oscureciendo la luz del atardecer.

El teléfono que Marcie había dejado al grupo vibró entonces con un mensaje.

«El plan sigue adelante. Si no hay más comunicación, a las nueve en el sitio convenido».

Luck pensó que sería una misión suicida pero calló. El resto del grupo parecía abatido. Sólo el profesor Logan, abstraído, por encima de las circunstancias y los elementos, estudiaba concienzudamente sus notas manuscritas, un fleje de papeles que manipulaba y reescribía, sentado en una zona apartada del resto, en una esquina de la mesa del comedor.

Desde la ventana de poniente Luck observó, con los últimos atisbos de luz, un mar embravecido, espumeante, y más allá, un horizonte negro que se extendía sobre ellos, maligno. Una última luz, una última claridad fue repentinamente sepultada por un brazo de negrura que emergía del sudoeste, y ya ni siquiera la violencia del mar golpeando los cantiles de la costa fue visible. Todo fue entonces el estrépito de la tormenta, el retumbar de las paredes de la casa azotadas por aquella fuerza natural.

Nadie dijo nada hasta que llegó la hora. Hubo momentos de ligeras calmas, en los que arreciaba el temporal, pero fueron meros espejismos. Bastaba entreabrir ligeramente la puerta de la casa para comprobar que allá fuera el viento arrasaba todo cuanto no estuviera firmemente sujeto al suelo. En la oscuridad de la noche la tormenta parecía una pesadilla, una fantasmagórica ensoñación imposible que abatía todo cuanto estuviera a la intemperie, como si de improviso la gravedad hubiera cambiado sus sempiternas leyes en los objetos, y estos, en vez de caer naturalmente al suelo, volaran ingrávidos hacia un destino azaroso.

Fue Luck el que avisó que había llegado el momento, y también fue el primero en abrir la puerta de par en par y salir al exterior. Enfundado en un grueso suéter, más como protección que por la temperatura, inusualmente alta para ser ya horas nocturnas, se encaminó tambaleándose hacia el sendero que conducía a la bahía Pilchard. Era una bahía interior, protegida por el propio archipiélago. Poco le preocupaba el viaje que iban a emprender en semejantes condiciones. Ignoraba qué rumbo podría tomar una embarcación con un temporal así, pero había algo a lo que incluso atribuía mucha más importancia. Era saber de Marcie.

Se adentraron en fila india por un sinuoso sendero que Luck y Marcie habían recorrido más de una vez. Pasaron cerca de donde habían mantenido sus encuentros amorosos, pero la semblanza del lugar era tan tétricamente distinta en aquellas horas, que a Luck le parecía haber sido trasladado a otro mundo, a un lugar de pesadilla.

No llovía, pero la fuerza del viento arrastraba gotas del mar desde la costa oeste de la isla, cientos de metros a su izquierda, y en poco tiempo todos quedaron empapados. El terreno se volvía resbaladizo y el viento los derribaba una y otra vez. Luck se detenía con frecuencia para observar las tambaleantes figuras que avanzaban torpemente tras de él. A veces le creía oír gritos, se volvía, pero descubría que nadie había dicho nada. Era el rugir del viento y su imaginación que le jugaban malas pasadas.

Un recorrido que andando no les hubiera implicado sino quince minutos de agradable paseo por un sendero arbolado, sombrío y tranquilo, se tornó interminable, fatigoso, pero sobre todo peligroso. Luck comprobó que golpes de ramas, caídas y

tropiezos habían ido mellando su cuerpo. Se sentía agotado. Detrás Samuel Roy intentaba proteger con su cuerpo a Susan y el profesor Logan hacía lo posible por avanzar sin distanciarse de los tres primeros mientras sostenía en una carpeta su preciado manuscrito. Luck sintió una punzada de culpabilidad al comprender que era su estudio onírico lo que tanto protegía el profesor.

Las luces del muelle al que se dirigían era lo poco que podía verse, junto a la iluminación de algunas casas aisladas junto a la costa. En el otro extremo de la bahía se encontraba Hamilton y otros núcleos de población, pero el huracán lo había oscurecido todo y la negrura impenetrable no permitía el paso de las luces urbanas.

¿Cómo navegar en estas aguas?, se preguntaba Luck de vez en cuando, pero aún así su mente ardía en deseos de reencontrarse con Marcie. Debía hablar con ella a toda costa.

El embarcadero era un lugar relativamente resguardado. Varias pequeñas embarcaciones habían sido introducidas a playa adentro con el fin de protegerlas y otras habían sido emplazadas sobre remolques. Las más grandes estaban a merced del oleaje y se sacudían contra el pequeño pantalán en el que estaban amarradas. Un pequeño yate permanecía con las luces encendidas. Había alguien a bordo.

Luck aprovechó un instante en el que la fuerza del vendaval disminuía para correr por el pequeño muelle y abordar la embarcación. Un hombre de aspecto curtido y piel morena le salió al paso.

—¿Luck? —preguntó.

—Sí, es él. —Tony apareció para ayudarlo a embarcar. Al ver la mirada inquisitoria de Luck en seguida comprendió la pregunta—. A Marcie la verás en Hamilton. Está ocupada con otros preparativos. —Le tranquilizó.

Poco después embarcaba el resto del grupo. Sus rostros desfigurados por el esfuerzo y las circunstancias le resultaban extraños a Luck, aunque comprendió que el mismo debería presentar un aspecto igualmente horrible. Cansancio y temor. Preocupado por la ausencia de Marcie deseaba de todo corazón que aquella no fuera una argucia para evitar despedirse de él y así permanecer en el archipiélago mientras él partía.

Se trataba de un yate de recreo, de una eslora de menos de diez metros, que ofrecía cierto resguardo de la intemperie a sus tripulantes, y una cabina abierta, espaciosa, que comunicaba con los sillones de los pilotos. El hombre de tez curtida ocupaba el puesto de piloto, mientras que Tony se situaba a su lado. Luck y el resto se despararon en asientos de la cabina mientras el barco era zarandeado por el viento. Una vez soltaron amarras el barco partió raudo en dirección noreste. Los motores zumbaban, pero su rugido apenas competía con el estruendo del huracán.

—¡Vamos a sotavento! —clamó Tony a fin de explicar qué iban a hacer—. Hay que alejarse de aquí antes de que llegue el huracán. Todavía está lejos.

—Eso significa que vamos en la dirección que sopla el viento —explicó a gritos el profesor Roy a Susan y Luck.

Pero incluso sus gritos resultaban difíciles de comprender. El barco sufría un zarandeo severo, subía y bajaba conforme las olas lo embestían. El agua se estrellaba contra el casco de la embarcación y empapaba y sumergía el parabrisas de la cabina. El piloto mantenía firme el timón y la otra mano, apoyada en la doble palanca que controlaba la potencia de los motores, empujaba hasta el fondo, buscando más fuerza de donde tal vez ya no había. Nada se veía delante de ellos. Los monitores digitales sin embargo mostraban la posición de la embarcación en relación a la costa. Se encontraban relativamente resguardados. En unos minutos cambiaron el rumbo, en dirección sudeste, en busca del paso estrecho bajo el puente de Somerset.

Tony se acercó un momento al grupo para dar explicaciones. La bahía de Pilchard, donde se encontraban, la formaba una lengua de tierra estrecha, en la que había varias poblaciones, y que escondía pintorescas playas, ensenadas y algunos estrechos, al norte, por donde incluso se podía salir a mar abierto. Pero esos pasos eran muy peligrosos con el temporal, además de que abundaban arrecifes y rocas por lo que era una salida descartada. El otro acceso a la bahía era el estrecho paso entre dos islas que conformaban la bahía y que les permitiría acceder al mar interior del archipiélago, en cuyo otro extremo se situaba el puerto de Hamilton, su destino.

—Thomas conoce perfectamente estas aguas. Nos sacará de aquí —explicó finalmente Tony. Después distribuyó chalecos salvavidas a todos los pasajeros.

Luck se sentía mareado. No. No había dicho nada de reunirse con Marcie en ningún momento. ¿Significaba que se había despedido sin una palabra? ¿Sin ninguna explicación? Él ansiaba permanecer junto a ella. Se daba cuenta... de que estaba dispuesto a renunciar a todo.

Allí, delante de ellos, debía estar el paso. Un lejano relámpago iluminó una muralla de piedra en mitad de unas aguas de crestas blancas y espumeantes. Y en el centro de ese muro, una negrura, angosta y pequeña que anunciaba el paso que buscaban. Era ridículamente estrecho y Luck parpadeó para intentar penetrar con la mirada lo que creía haber distinguido. Unas débiles luminarias, en lo alto del muro, alumbraban la carretera que transcurría sobre el puente. En su extremo derecho, un puente levadizo, minúsculo, se distinguía borroso por las ráfagas de viento cargado de agua y el vaivén de la embarcación.

El piloto maniobraba frenético. Ahora empujaba la embarcación hacia delante, ahora la frenaba, alteraba la dirección de los motores para conseguir enfilar el rumbo del yate, que zarandeado por las aguas, era sacado de su ruta una y otra vez y amenazaba con embarrancar en el momento más inesperado.

El puente estaba ya sobre ellos y las negras paredes del interior del paso oscurecieron aún más la noche. El sonido de las boyas amarradas a ambos lados de la embarcación al golpear y raspar la pared resultó inesperadamente nítido en medio de la vorágine nocturna, pero impelidos por las fuerzas combinadas del viento y el agua, pasaron finalmente bajo el puente. Una vez hecho eso el piloto empujó las palancas del motor hasta el fondo. Más adelante, justo en frente de ellos, a lo lejos, las luces de

la capital, brillaban trémulas. La embarcación subía y descendía las olas abruptamente, hasta el punto de parecer volar. Saltaban cada vez que superaban las crestas de las olas, que se hacían más elevadas cuanto más se alejaban de la costa.

Luck se dio cuenta de que tiritaba. Si bien la temperatura del aire resultaba cálida, el agua que empapaba su cuerpo era gélida. Y se hallaba completamente empapado. Al principio había atribuido el temblor al estado de nervios en el que se hallaba. Las palabras de Marcie insistiendo que corrían peligro, mientras habían permanecido en la seguridad de su escondrijo, no habían calado lo suficiente. Ahora que se veían obligados a moverse asumiendo semejantes riesgos comprendía que la amenaza era algo real y que allí mismo, en aquella embarcación que surcaba aquel mar bravo, todo adquiriría unos tintes de extraordinario peligro. Susan también se mostraba afligida y se acurrucaba en el pecho del profesor Roy, que la sostenía con ternura. Por su parte el semblante del profesor Logan, con los cristales de las lentes empañadas y salpicadas de gotas, mostraba una inesperada determinación. Luck aseguraría que Hugh Logan estaba por completo al margen de los peligros que corrían en aquella expedición. Se limitaba a seguirlos con la esperanza de llegar a un sitio donde volver a rumiar sus estudios.

Y el puerto apareció ante ellos. Las luces de sus focos se movían al vaivén de las olas, pero cada vez parecían más cercanos y reales. Habían logrado la hazaña. Apenas había barcos en sus muelles. Todas las embarcaciones grandes habían abandonado el lugar buscando refugios lejos de aquella costa golpeada por el Nicole. Tony señaló un muelle apartado y Thomas giró el timón para encaminar la embarcación en pos del sitio indicado.

Una farola azotada por el viento, que se combaba frenéticamente y parecía a punto de ser arrancada de su posición, alumbraba el pequeño embarcadero al que se dirigían. Tony realizó con maña las labores de amarre provisional con dos gruesas sogas que dejaron el barco inmovilizado. Poco después descendían a tierra. El viento casi los derriba. Era aún más intenso que al principio, cuando se desató el temporal.

Tony soltó de nuevo amarras y Thomas abandonó el muelle, en busca de un puerto más seguro. Luck consideró la maniobra como una temeridad.

—¡Seguidme! —gritó Tony, e inició el ascenso por unas escaleras de piedra húmeda que les llevarían al puerto.

Se encontraron en una explanada amplia y desolada. Algunos contenedores apilados en la distancia, así como varios vehículos de transporte, indicaban que estaban en un muelle de mercancías. Una furgoneta hizo varios destellos y arrancó en su dirección. El grupo aguardaba mientras era azotado por el viento y la lluvia. La furgoneta al llegar junto a ellos, abrió una puerta lateral de par en par. Dos hombres uno blanco y otro de color iban en los asientos delanteros. Otro, también de color, era el que había descendido para abrirles la puerta.

—Un momento —exclamó inesperadamente el profesor Roy, que iba a ayudar a Susan a subir al vehículo—. Yo a ti te conozco.

El hombre de color hizo ademán de extraer una pistola de su espalda, pero el profesor le golpeó con fuerza y este rodó por el suelo. Un arma, un pequeño revolver, cayó al suelo y giró como una peonza, efecto del impulso que había recibido.

Luck no comprendía lo que estaba pasando, pero unas palabras del profesor Roy lo alertaron.

—Son los que nos estaban siguiendo Luck. Aquí pasa algo raro. ¡Corred!

Los hombres de la furgoneta abrieron las puertas al ver la agresión que sufría su compañero. Luck se encaró con el más cercano. Era de brazos gruesos. Poco iba a poder hacer con él. Pero el hecho de hacerle frente servía para entretenerle. El otro hombre llegó corriendo y se encaró con el profesor. Susan y Logan echaron a correr en dirección a las luces de la ciudad. Tony había desaparecido corriendo en dirección a la zona más umbría del puerto.

Entonces sonó un disparo. Sirvió para que todos prestaran atención. Uno de los asaltantes había desenfundado una pistola... y había disparado. El profesor Logan permanecía en el suelo, caído de costado. Sus papeles, abierta la carpeta al golpear el pavimento, volaban despavoridos en todas direcciones, como una bandada de pájaros que levantando un vuelo fulgurante, desaparecían. Páginas olvidadas para siempre en la negrura de la noche.

## Capítulo 32

Póntobar. La primera impresión fue desconcertante. La ciudad era un muro.

Se trataba de una muralla de proporciones colosales, casi una verdadera cordillera, pero era artificial, una construcción humana, desabrida e impersonal. El contraste monolítico de la estructura de la pared, que sobresalía más de un centenar de metros por encima de la foresta, resultaba perturbador, como un capricho excéntrico colocado por los dioses en mitad de un paisaje con el que nada tenía que ver. Una aberración, un despropósito.

Todo el grupo exclamó y expresó su asombro de diversas formas. Se hallaban en un lejano altozano donde la vegetación raleaba. Entre la maleza y por encima de las copas de los árboles del valle que se sucedía a continuación, se divisaba la inmensa pared recorriendo la línea del horizonte casi de un extremo a otro. Las murallas eran tan altas que nada podía verse sobresalir por encima de sus muros, si bien se percibía que la atmósfera que se aposentaba sobre la urbe tenía una textura y densidad distinta, un aspecto gris y caliginoso, que se iba difuminando hacia un azul claro a medida que se alejaba la vista de su perímetro.

La selva era un océano de verdor que arremetía contra esas murallas inútilmente, como olas marinas rompiendo contra un acantilado inaccesible.

—¿Cómo entraremos allí? —preguntó Dev, más hablando consigo mismo que con los demás. Lo cierto es que, vista de lejos, asemejaba una fortaleza inexpugnable. No costaba mucho imaginar que si las medidas de seguridad incluían una salvaguarda tan impresionante como aquel muro, las puertas debían tener controles que fueran a la par de ese despliegue.

—No os preocupéis por eso ahora. —El vagabundo hizo una mueca despectiva, seguro de sí.

Como era ya tarde decidieron descansar en aquel altiplano. A medida que atardecía Marl se dio cuenta que un resplandor leve y anaranjado emergía desde dentro de las murallas, un brillo que se intensificó cuando el cielo se salpicó de luces estelares. Entonces vieron que la ciudad iluminaba el cielo con su resplandor e incluso arrebatava el protagonismo a los astros celestes, haciéndolos apenas indistinguibles. El muro también permanecía iluminado. Potentes focos colocados sobre las almenas superiores iluminaban las paredes, logrando que si lo que de día ya resultaba impresionante, de noche adquiriera un efecto incluso sobrecogedor. ¿Qué sucedía tras esos muros? ¿Qué clase de personas habitaban Póntobar?

Durante la cena se reprodujo una discusión que ya se había mantenido durante los días previos.

—Esto me parece una temeridad —objetó Timber, con aspecto malhumorado. Llevaba todo el día refunfuñando. La comida había escaseado y el vagabundo no quería cazar para después no verse en la obligación de hacer fogatas. Sólo habían comido frutas y Timber se había quejado por todo. Sira secundaba todas las palabras

de su líder con una mirada ceñuda que mostraba su disconformidad también con el plan establecido.

El vagabundo permanecía en silencio mientras mordisqueaba nísperos con fruición, pero su mirada seguía impertinentemente clavada en el joven que se quejaba.

—Sé que te refieres a mí indirectamente, Timber —respondió Jeny que se sentía aludida—. Ya hemos hablado de esto suficientes veces en los últimos días. Si lo consideras una temeridad no me acompañes. Ni Sando ni Sira tampoco, que está claro que en este punto toman partido por ti. Ni si quiera tú, Dev, deberías venir si realmente no te apetece.

Dev se sonrojó. Había permanecido al margen de la polémica. Pero Marl comprendía perfectamente al muchacho. Era el más débil e inseguro del grupo. Nada tenía que hacer al lado de gente decidida y resuelta como el trío integrado por Timber. Se sentía infinitamente más cómodo con Nist o con el propio Marl. También tenía un estrecho lazo de confianza con Jeny, y aunque el vagabundo tenía un carácter destemplado a veces y un temperamento difícil, nunca le había hecho un desplante, mientras que la gente de Timber no dudaba en burlarse de su torpeza o de su debilidad.

—Jeny tiene razón. —El que intervino entonces fue Nist. Su personalidad era pasmosamente extrovertida ahora, y no mostraba el más mínimo respeto por la autoridad de Timber. Marl intuía que de alguna forma se sentía superior a su antiguo líder y ese trato sin pudor soliviantaba a Timber. Su brazo se había recuperado del accidente en la montaña sin dejarle secuela alguna y todo en él infundía seguridad—. No tenéis ninguna obligación de venir con nosotros. No entiendo tanta insistencia en impedirnos acudir allí.

Pero Timber ignoraba las palabras de Nist pese a que le incordiaban. Sus ojos permanecían adscritos a la mirada de Jeny. Estaba claro que su único interés era ella, su único anhelo, su único deseo. Marl comprendió. Estaba locamente enamorado de ella. Pero aún entendiendo eso, ¿por qué tenía tanto miedo de entrar en la ciudad? Según el vagabundo no tendrían problema en infiltrarse en su interior. Tenía contactos y pasarían desapercibidos. Había explicado esa idea con suficiente claridad, tanto que había logrado disipar todas sus dudas. No acababa de comprender la negativa de Timber a entrar en Póntobar.

Durante un par de minutos el grupo permaneció en silencio, Timber mirando insistentemente a Jeny, el vagabundo fijos sus ojos en Timber. Nadie cedía.

De pronto Timber se puso en pie bruscamente, arrojó la fruta a medio mordisquear que tenía en su mano y se alejó del campamento con andar encorajinado.

\* \* \*

Al atardecer del día siguiente, tras una cómoda caminata, llegaron al zulo del



vagabundo. Era un escondrijo en mitad de la espesura que aprovechaba una vieja estructura de hormigón. Una escalera se introducía en la tierra hasta llegar a una cámara amplia por la que se filtraba luz del exterior gracias a pequeñas rendijas abiertas en la pared, como aspilleras, a distancias regulares. Con la luz del ocaso se apreciaba que parte del recinto había sido despejado. Allí, ordenadamente, había dispuestas gran cantidad de prendas de vestir que nada tenían que ver con los toscos taparrabos y vestimentas de piel curtida que todos llevaban encima.

—Habrás que acicalarse y aquí tengo todo lo necesario.

Y efectivamente. Aprovecharon un curso de agua cercano para limpiarse concienzudamente. El aspecto era la principal precaución que debían tomar para pasar desapercibidos en el interior de la urbe. De ahora en adelante el cuidado personal sería imprescindible. El vagabundo afeitó a cada uno de los componentes del grupo, eliminó las greñas y las melenas tanto de unos como de otras, y finalmente cuando cada cual dispuso de las prendas que llevaban los condicionados, todos quedaron boquiabiertos del aspecto tan radicalmente distinto que tenían. Calzaron unas sandalias cómodas, al menos para los que las hallaron de su talla, y el ambiente por unas horas resultó divertido y relajado. Marl se encontró riendo en compañía de cada uno de ellos y hasta el semblante siempre severo del vagabundo se distendió. Él también se había acicalado y afeitado y parecía haber rejuvenecido una década.

\* \* \*

—Las ciudades de los senadores. —El vagabundo iniciaba su lección. Se hallaban en lo alto de una loma desde que la cercana mole del muro de Póntobar resultaba impresionante—. Allí vive la gente condicionada. Son personas normales, hacen lo que cualquier ser humano, intentan ser felices. Tienen sus trabajos, cada cual una profesión, una ocupación. Los hay que cultivan la tierra o se dedican a tareas de granja. Otros trabajan en fábricas de todo tipo. Hay industrias de bienes de consumo, hay manufacturas, artesanos, talleres diversos. Tribunales de justicia, colegios de enseñanza primaria y universidades, hospitales y servicios de policía. Todo lo que puede albergar una gran urbe, incluido gentes de vida bohemia, artistas... y como no, incluso la facción anarquista que juega a hacer la oposición a un régimen que en el fondo idolatra, porque sin él su rebeldía sería absurda. Todo el elenco que el género humano puede brindar en cuanto a personalidades y ocupaciones las encontraremos allí. Ahora bien... ¿cuál es la diferencia de esta ciudad y sus gentes que viven apretujadas entre sus elevadas murallas y nosotros? —El vagabundo se paseaba de un lado a otro, ataviado con su vestimenta de ciudadano, una toga de color marrón que conformaba sus hombros con pliegues amplios que terminaban en mangas igualmente anchas. Un cinturón sencillo de cuero ceñía la toga a la cintura, y el resto de la prenda caía hacia el suelo hasta el punto justo en el que se veían las sandalias. El vagabundo resopló mientras recorría con la mirada a cada uno de los integrantes del grupo—. La

diferencia —prosiguió con voz más elevada—, es que son personas condicionadas. Su vida está condicionada, depende, exclusivamente, de que cada mañana, cuando despiertan, se inyectan un suero, sin el cual sus metabolismos colapsarían en poco tiempo. ¿De qué depende que una persona viva o muera en la ciudad? De que su trabajo, su labor, sea eficiente, como si se tratara de un hormiguero donde cada hormiga obrera tiene una tarea asignada. Solo que en ese lugar que contemplamos, la pereza, la traición, la desidia, o incluso un error tonto, allí, dentro de esos muros, se paga con la vida.

El vagabundo se apoyó en una roca. La claridad de la luz de luna iluminaba su semblante, resaltado sobre la toga, que al ser de color oscuro resultaba casi invisible en la penumbra nocturna. Calló para meditar lo que iba a decir a continuación.

—Imaginaos lo que es vivir de esta manera, no un día o dos, semanas, meses, años... décadas. Desde que naces. El destino de cada uno viene condicionado por su tarea diaria. Cualquiera puede delatarte, incluso traicionarte o calumniarte. En ocasiones, si un individuo rinde por debajo de lo establecido, le plantean a última hora del día la tesitura de optar entre dos alternativas; delatar a un conocido o amigo, o sufrir en carne propia el castigo de privación del suero vital. La desconfianza impera. Imaginaos el agotamiento de no saber si, cuando te acuestas, tu dosis de suero que te permitirá seguir viviendo estará aguardándote al día siguiente, junto a la cabecera de tu cama cuando despiertes, y todo porque tal vez dijiste algo inapropiado a tu interlocutor mientras almorzabas. Tu marido o tu mujer... tus hijos. Todas las relaciones están envenenadas por ese ponzoñoso suero. Todo gira en torno a los dispensadores de suero... en suma, a los senadores que gobiernan la ciudad, los verdaderos amos y señores, auténticas y verdaderas deidades para los condicionados. Su voluntad es la ley, su esencia, el secreto. Muy pocos son los que gozan del privilegio de acceder a ellos.

El vagabundo se giró hacia la ciudad y la contempló unos segundos en silencio. De noche la luz emergía de la gigantesca olla que conformaba el muro del perímetro como si fuera el fuego de una fundición de proporciones titánicas.

—Allí, en el corazón de la urbe, existe otro recinto amurallado e impenetrable, la Ciudadela de lo Alto. Es imposible acceder a ella. Sólo los pretores y los altos funcionarios tienen ese privilegio. Allí moran los senadores. Rodeados de un poderoso ejército, protegidos por una guardia implacable. —La voz del vagabundo se tornó amarga a medida que proseguía. Apretó el puño de la mano derecha y lo blandía, amenazador, con cada frase, como si golpease a un enemigo imaginario. Parecía transfigurado—. Ellos son los culpables de la destrucción del mundo del cual procedemos. A ellos debemos enfrentarnos, derrotarlos y destruirlos. Ellos han de ser el objeto de nuestra ira y nuestra venganza.

La mirada del hombre echaba chispas. Todos aguardaron solemnes a que prosiguiera. Marl sintió que su cuerpo se electrificaba por la tensión. Ni siquiera pensó en si era una locura o si era factible. Sintió la emoción de las palabras en carne

propia, las hizo suyas, las convirtió en su consigna porque obedeciendo aquel mandato parecía que todo cobraba sentido. Su enemigo era el culpable de su estado, de su mente vacía, de sus recuerdos perdidos, de la destrucción de un mundo que ni siquiera podía añorar. Nist también participaba, incluso en mayor medida que él, de la rabia que había inoculado el vagabundo con sus palabras. Murmuraba por lo bajo «debemos destruirlos a todos» una y otra vez. Parecía próximo al paroxismo. ¿Qué recuerdos tenía aquel muchacho que llenaba su corazón de resentimiento?

El vagabundo relajó el gesto y su voz se moderó. Volvió a hablar con normalidad.

—Existe un camino, un medio de acceder al interior de la urbe sin utilizar las puertas principales. Esas puertas nos resultarían por completo inaccesibles ya que un simple control nos delataría como hombres libres. Se trata de un conducto subterráneo, una construcción muy anterior a la ciudad, que inesperadamente conecta con su red de saneamiento. Desde allí podremos acceder al interior de la ciudad. Ahora debéis descansar porque esta madrugada, antes del alba, partiremos al interior.

Las palabras del vagabundo resultaban taxativas y su mirada se encontró con la de Timber, que agazapado, parecía una fiera calculando sus posibilidades de efectuar un ataque con éxito.

A Marl le habría gustado charlar con Jeny, pero fue el vagabundo el que acaparó toda su atención. Por alguna razón quería conversar con ella, y resultaba evidente que se trataba de un tema serio. Timber los miraba con recelo y su expresión demostraba un claro descontento. La pareja se sentó sobre una roca plana en lo alto de la cima. Marl los observaba mientras el sol se ponía justo tras ellos, silueteando sus figuras con un aura mágica.

—Sigo sin entender tus razones, Timber, y eso me preocupa. —Era Nist el que se había acercado a él. Marl no estaba lo suficientemente lejos para desentenderse de la conversación. Sando, Sira y Dev se habían retirado a descansar y ya no se les veía en la pequeña loma donde se habían reunido a cenar.

—Nist, eres un pequeño que no entiende nada de lo que sucede, —le increpó Timber, beligerante.

Nist entrecerró los ojos.

—Y tú eres un gran bastardo, cobarde y simplón —repuso el muchacho con un tono gélido.

Timber alzó la cabeza. Jamás nadie le había replicado de semejante manera. Marl se quedó de piedra. Timber era mucho más fuerte que Nist y él juntos. Los músculos del joven se tensaron como la cuerda de un arco antes de disparar la flecha, pero Nist se erguía frente a su antiguo líder muy seguro de sí mismo. ¿Qué cambio se había operado en él tras el despertar que le brindaba semejante seguridad y era capaz de retar a alguien mucho más fuerte que él?

Pero Timber sopesó los pros y contras, y finalmente, por alguna razón, aplacó su enfado. Su tensión muscular se esfumó y hasta su semblante se relajó con una mueca de desprecio.

—Eres un ignorante Nist. ¿No comprendes que vamos a la boca del lobo? Allí están los oscuros, los que nos persiguen, capturan y matan. ¿Qué crees que nos harán cuando nos descubran? Si hacen de nosotros nuevos condicionados nos podremos dar por contentos... ¡y ese es el mejor de los casos!

—Lo sé Timber, no hace falta que me recuerdes eso. Pero sin embargo lo que sí recuerdo y tú olvidas es que si estamos aquí es por la razón exacta que acaba de darnos ese hombre. Vinimos a destruir a los senadores, son nuestros enemigos, son los que destruyeron nuestro mundo... nuestras familias y seres queridos. Es posible que no lo recuerdes pero te digo que es así. De nada valdría el viaje que hemos hecho hasta aquí si no es siquiera para intentarlo.

—Pero... ¿y cómo podréis? Es una locura absoluta.

—Los que nos enviaron tendrían un plan...

—¡El mismo vagabundo dice que es un plan que falló!

—Yo confío en ese hombre. —Intervino con serenidad Marl—. Y si es verdad que el plan original ha fracasado, forzosamente habremos de encontrar otro. Y para ello será bueno estudiarlos primero, infiltrarnos en la ciudad, averiguar tanto como podamos y descubrir sus puntos débiles. Estoy con Nist. No pienso huir, ni esconderme en la selva, ni evadir mi responsabilidad. ¿Acaso ha servido de algo? Por lo que veo lleváis tiempo en la selva huyendo de los oscuros, siendo atrapados, diezmados y exterminados. Una estrategia absolutamente estéril. ¿Quedarnos aquí en la jungla? ¿Para qué? No soy un luchador... ni siquiera comprendo mi cometido en esta misión, Timber, y hasta que no despierte seguiré en tinieblas. Así que sabiendo lo que sé no veo otra opción. Seguiré a ese hombre, de eso estoy seguro.

Timber sacudió la cabeza, negando.

—Y si... ¿despertáis en el momento más embarazoso? Seremos vulnerables. Tú, Nist, sufriste un proceso muy complicado. ¿Tendremos seguridad allí donde estemos? Para ti a lo mejor todo es sencillo y claro... pero el resto de los que no hemos despertado hemos de sufrir ese trauma y nuestras vidas quedarán a merced de circunstancias que eventualmente pueden ser peligrosas. Es muy fácil jugar con la vida de los demás. Yo estoy acostumbrado a pensar por todos. —La mirada de Timber brilló, eléctrica—. No tengo inconveniente en arriesgar mi vida por salvar la de otros. Lo he acreditado suficientes veces, independientemente de lo bien o mal que me puedan caer quienes estaban en peligro. Esa honestidad al menos no me la podéis rechazar.

Marl asintió y tanto él como Nist callaron. Solo unas semanas atrás había salvado la vida al propio vagabundo, su antagonista natural. Y no sólo eso. Jeny le había reconocido que debía su vida también a Timber, y él mismo ¿no había sido salvado de las garras de un tigre cuando ya lo había abatido, por el propio Timber? Marl recordó como, tumbado en el suelo, bocabajo, desangrándose, podía ver los movimientos del joven enfrentándose a la fiera, anticipándose milagrosamente a sus zarpazos y acometidas. Había sido una temeridad... y un milagro.

—Tienes razón Timber —contemporizó finalmente Marl—. Pero no nos puedes negar nuestro derecho a luchar. El que no quiera puede quedarse fuera. Así lo veo yo.

Timber se levantó del suelo, donde había estado sentado, con las piernas cruzadas. Escupió y se alejó despacio sin decir palabra.

Cuando ya se había alejado Marl se encaró con Nist.

—¿Por qué provocarle de esa manera Nist? ¿A qué venía eso?

Nist le sonrió.

—Tranquilo Marl, agradezco que te preocupes por mí, pero no es necesario.

—¿No es necesario? Timber pesa el doble que tú, es mucho más fuerte y no creo que tuviera problema en darte una buena paliza. ¿A qué viene ahora esa arrogancia?

—Es el despertar Marl. Me ha cambiado. No es sólo que recuperas la memoria. Es mucho más...

Marl le miró interrogante.

—Es el tiempo —dijo después de un momento, mientras miraba hacia la ciudad lejana.

—¿El tiempo? ¿Qué pasa con el tiempo?

—Transcurre más despacio... mucho más despacio. Es como si fuera todo a cámara lenta cuando me interesara. Puedo pensar diez veces más rápido que antes, ver qué te dispones a hacer o decir incluso antes de que las palabras salgan de tu boca. Tu expresión, tus ademanes, me permiten adivinar las intenciones que albergas en tu cabeza. Así sucede con todo. Si Timber intentara atacarme... sería como pelear con un crío, créeme. Cuando despiertes lo entenderás, de verdad.

Nist también se alejó y Marl se quedó pensativo. Algo había dicho el muchacho que le dejó intranquilo.

Cuando más tarde se acostó y al intentar relajarse cerró los ojos, fue consciente de una extraña inquietud que le impedía dormir. Al principio la atribuyó a la aventura que emprendían a la mañana siguiente, pero más tarde, cuando descartó esa hipótesis, lo comprendió de pronto. Fue como una luz brillante, tan intensa, que resulta hiriente a la vista. Una idea pasmosa había cuadrado inesperadamente en su cabeza resolviendo una incógnita. Resultaba descabellado, pero tenía sentido. En cuanto pudiera hablaría con Jeny, con discreción. Era extraordinario... y era importante.

## Capítulo 33

Se despertaron temprano. El vagabundo había hecho la última guardia y, mucho antes del alba, paseó por el campamento despertando a sus miembros por el expeditivo medio de propinar ligeros puntapiés en piernas o pies. Marl se encontró que los demás, al igual que él mismo, mostraban aspecto malhumorado. Hicieron petates con las ropas que debían utilizar en la ciudad y se pusieron en marcha con un silencio solemne. Marl sentía en la boca del estómago una incómoda sensación. Nervios y miedo.

Hacía tiempo que no marchaban en plena oscuridad y resultó ser una tarea incómoda y lenta. De vez en cuando tropezaban o una rama inesperada les provocaba un doloroso encontronazo. Cuando empezó a clarear, en una zona del bosque donde raleaban los árboles, la muralla de la ciudad apareció ante ellos, con su presencia apabullante, emergiendo amenazadora desde las entrañas de la tierra y queriendo alcanzar el firmamento. Poco después llegaron al lugar al que el vagabundo identificaba como la entrada secreta a la ciudad.

Consistía en un gran arco, de hormigón armado explicó él, medio derruido. Un túnel que a duras penas se mantenía en pie. En su interior los escombros y los sedimentos arrastrados por el agua hacían el acceso casi imposible, pese a que la abertura original debía ser enorme. Un pequeño riachuelo salía de entre las rocas como un manantial de montaña.

En silencio el guía repartió las antorchas que había preparado la víspera y prendió fuego a cada una de ellas. En su escondrijo acumulaba brea y las antorchas resultaron ser una magnífica fuente de iluminación, mucho mejor que otras más toscas que hasta la fecha habían utilizado.

El vagabundo trepó por una rampa de gravilla hasta alcanzar una pequeña abertura, casi en la parte más alta de la estructura del túnel, y tras introducirse en el interior, desapareció sin decir palabra. Jeny y Marl se encaminaron tras él, y lo mismo hicieron Nist y Dev. Por último, tras un largo minuto en el que Sando y Sira aguardaron sin inmutarse, Timber asintió, y los tres últimos siguieron los pasos de los demás.

Tan pronto Marl alcanzó el paso estrecho e introdujo la antorcha en el interior de la gruta comprendió que les aguardaba un camino penoso y difícil. Apenas había espacio para caminar erguido, por lo que debía avanzar encorvado, con mucho cuidado de no quemarse con la llama que portaba. El estrecho pasaje descendía abruptamente y durante los primeros cien metros era frecuente resbalar arrastrando consigo una gran cantidad de gravilla y guijarros. Más adelante el camino se hizo llano, pero la altura de la gruta seguía siendo escasa. El brazo le dolía por el esfuerzo y cada cierto tiempo había de cambiar de postura. Delante de él avanzaba Jeny con agilidad. El vagabundo apenas era un reflejo de luz en paredes que quedaban distantes, mucho más adelante que ellos.

Afortunadamente para Marl, la altura del techo del túnel creció y después de una hora de caminata pudo erguirse por completo. Fue un alivio, pero su espalda y sus riñones estaban sobrecargados y los músculos doloridos se resistían a adoptar la postura erguida. Del vagabundo no había ni rastro, pero dado que no había otro camino que seguir, avanzaron, eso sí, por una cámara mucho más amplia, abovedada, hecha del material que habían visto a la entrada. Había infinidad de filtraciones de agua que goteaban produciendo una cacofonía de ecos delicados. Del techo pendían raíces colgantes, húmedas, a las que se le habían adherido musgo y líquenes como cortinajes hechos jirones, que a menudo acariciaban sus rostros con un incómodo tacto. Se trataba de un escenario fantasmagórico y oprimiente. El aire resultaba rancio. Tenía un sabor distinto al de la jungla. Se acostumbraron a avanzar pisando un lodazal que se hundía hasta los tobillos y que ralentizaba su marcha. Las recientes huellas del vagabundo delataban su paso por allí, pero no se distinguía ninguna luz que avisara de su presencia.

El lodazal terminó y el paso se hizo más cómodo, más largo y rápido. Marl perdió la noción del tiempo. ¿Habían transcurrido dos horas o cuatro? O quizás más... Por detrás de ellos no había luces. Sucesivos obstáculos difíciles de superar que surgían ocasionalmente, como una pila de escombros o un paso estrecho, frenaban un poco la marcha, y dado que tras Marl iba Dev, el más torpe del pelotón, éste había hecho de tapón, retrasando al resto del grupo.

—Jeny, creo que tenías razón respecto de Timber. —Marl decidió que era un buen momento para plantear el descubrimiento que había hecho la velada anterior.

—¿En qué sentido? —preguntó ella sin detenerse ni volverse hacia él.

—Creo que ya ha despertado, aunque actúe y obre como uno de nosotros.

Jeny tardó en responder.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando me salvó del tigre. Yo estaba malherido, tumbado en el suelo y apenas pude ver lo que sucedió. La herida del tigre me había dejado aturdido pero... recuerdo vagamente el combate. El tigre se abalanzaba una y otra vez hacia Timber, yo entonces no sabía que era él, pero éste se movía mucho más rápido, increíblemente rápido. Sólo he visto moverse así al vagabundo cuando atacaba a los oscuros que nos iban a prender a Nist y a mí. Había olvidado la escena y atribuía esa rapidez al hecho de que yo me encontraba semiinconsciente. Pero hablando ayer con Nist... me explicó que los renacidos tienen una percepción del tiempo distinta, sus mentes operan mucho más rápido que los simples renacidos como nosotros.

—Lo sé.

Marl negó con la cabeza, enfadado e incrédulo.

—¿Y no me lo habías dicho?

—Tampoco me lo preguntaste.

Marl suspiró.

—¿Y tú porque sospechabas que Timber había despertado ya?

—Por sus sueños.

—¿Sus sueños? ¿Te los contaba?

—Ten cuidado aquí Marl... esto es muy resbaladizo —el camino llegaba a una pendiente lisa, húmeda y empinada. Avanzaron en silencio durante un rato. Al llegar abajo observaron que estaban en un recinto amplio del cual partían diferentes bóvedas en distintas direcciones—. ¿Dónde se ha metido?

—Tendremos que esperar aquí, Jeny... pero por favor... ¿por qué sospechabas de Timber?

—Hablaba en sueños, Marl. —Ambos se miraron—. No, no era lo que decía, sino cómo lo decía. Los que han despertado pueden hacer muchas cosas mucho más rápido que nosotros, no solo es pensar, también hablar. Timber una vez habló en sueños, muy rápido, como sólo había visto que el vagabundo cuando se pone nervioso es capaz de hacer... no entendí lo que dijo, pero fui incapaz de quitarme la idea de la cabeza de que ya no era un simple renacido. Desde entonces sospecho de él.

—¿Y ahora qué haremos?

—No lo sé Marl. No entiendo por qué oculta eso... y me lleva a pensar qué otras cosas sabe y calla. Por otro lado nosotros tres le debemos la vida. Si quisiera hacernos algún daño... ¿no lo habría hecho ya? Ha tenido mil ocasiones para ello. No sé lo que pasa por su mente, y eso me da miedo. —El semblante de Jeny se oscureció—. Y lo peor de todo es que él se da cuenta de eso... me quiere, no tengo duda al respecto... pero ve que yo le temo. La relación que había entre nosotros está quebrándose y aunque trato de aparentar normalidad... no puedo. Esas sospechas me han hecho ver todo cuanto hizo en su día por gobernar el clan con unos ojos nuevos y... no lo acabo de entender. Hay algo turbio en él y el hecho de que nos haya mentido es la prueba.

Ambos callaron.

—No le quitaré el ojo de encima, Jeny.

—Calla, ahí llegan los demás. Tendremos que esperar todos juntos a que aparezca el vagabundo.



## Capítulo 34

Luck estaba profundamente conmocionado. Sintió como lo tomaban de los brazos, lo empujaban al interior del furgón, y cómo, mientras este se movía violentamente por la conducción brusca y las sacudidas del viento, era incapaz de centrar un pensamiento en ninguna idea concreta.

El profesor Logan había sido asesinado y el resto del grupo, a excepción de Tony, secuestrado. Los maniataron con brusquedad. Luck recibió un fuerte golpe en la cabeza cuando intentó forcejear con su captor.

Le daba igual lo que le sucediera en ese momento. ¿Qué había sido de Marcie? Tony había escapado. ¿Lograría dar con ella y obtener ayuda? ¿O tal vez formaba parte de aquel secuestro, de aquel asesinato? El estupor le impedía llegar a ninguna conclusión. Ni siquiera era consciente del abatimiento que dominaba tanto al profesor Roy como a Susan. Callados, inmovilizados con respectivas bridas en las muñecas, cada uno de los tres iba lastimosamente ensimismado en su pesar. Sólo el profesor había estallado inicialmente gritando e insultando a aquellos hombres, pero después de un fuerte puñetazo en la cara que le provocó un sangrado profuso de la nariz, quedó sumido en silencio. Ahora, con el rostro amoratado, con sangre seca en su bozo, labios y barbilla, Samuel Roy parecía una sombra de sí mismo.

No había tráfico alguno. Las calles azotadas por el viento se antojaban peligrosísimas. Señales de tráfico, vallas, ramas, todo se convertía en un proyectil que cruzaba inesperadamente ante ellos raudo como una bala. Sin embargo, al no respetar las señales de tráfico pronto llegaron a su destino, aunque Luck no podía decir ni dónde ni cuál era. Una verja metálica se abrió y la furgoneta entró velozmente en un amplio garaje, cuesta abajo. Tras ellos quedó el huracán y sus inagotables aullidos. Descendieron torpemente del vehículo y fueron conducidos hacia un ascensor. Allí fueron separados. El primero, el profesor Roy, se subió a la cabina acompañado por uno de los hombres. Las puertas se cerraron tras ellos. Un minuto después fue Susan, y finalmente en el último viaje, Luck fue llevado hasta una segunda planta, siempre escoltado por un hombre musculoso con cara de pocos amigos. Ignoraba de qué clase de edificio se trataba. Sólo deducía que permanecían en Hamilton porque el recorrido desde el muelle había sido corto, y aunque no reconocía las calles por las que había avanzado y girado la furgoneta, se daba cuenta de que no habían abandonado la pequeña capital de la isla.

Cuando llegaron a la segunda planta comprendió que se hallaba en un edificio de oficinas. Pasillos, despachos, todos en penumbras, aunque tuvo la impresión de hallarse en uno de tantas sedes sociales de multinacionales del ramo del seguro que radicaban en Bermudas. Sin embargo, tras superar una puerta vigilada por un guarda de seguridad, el aspecto del inmueble cambió por completo. Frío, sin mobiliario ni decoración, sino salas de reunión completamente asépticas, algunos despachos con enormes pantallas de televisión o equipos informáticos, y finalmente una especie de

calabozo, donde fue arrojado.

Se trataba de una habitación cuadrada y pequeña, de paredes blancas, como el resto de las que había visto en ese mismo ala del inmueble, sin mobiliario alguno y con una intensa luz blanca iluminando hasta el último resquicio de la cámara. Nueve metros cuadrados, calculó Luck sin pensarlo. Un espacio aislado por completo. Allí el huracán simplemente no existía. No se oía ni el más mínimo murmullo procedente del exterior. Seguramente con el propósito de evitar que ningún sonido escapara de su interior.

Estaba agotado, pero era incapaz de descansar. Febril era la palabra que definía su estado físico. Su mente ardía. Ni siquiera era capaz de valorar si su situación resultaba delicada o no. Había visto el cadáver ensangrentado del profesor Logan y aún esa visión le provocaba una sensación parecida a un puñetazo en el estómago. Le costaba respirar. No comprendía aquel asesinato cruel y brutal. Completamente innecesario. La idea, incomprensible en sí misma, le resultaba tan inexplicable que pensaba que estaba viviendo una pesadilla, que pronto habría de despertar y descubriría entonces que todo había sido un mal sueño. Pero los minutos transcurrían y Luck se repetía una y otra vez los mismos pensamientos, recorriendo las mismas ideas sin llegar a ninguna conclusión.

De pronto recordó las palabras del profesor. La insatisfacción es el motor del mundo. Pensó en esa dicotomía de la que había hablado, lo que una persona desea *versus* el *status quo* de esa persona en la realidad. En la diferencia entre ambas realidades, la mental y la física, nacían los deseos humanos, y posteriormente, como una consecuencia inevitable, los sentimientos, tanto los agradables como los más insidiosos. En ese momento febril que experimentaba, esa idea le brindó una escapatoria al cúmulo de emociones que se agolpaban en su mente. Le permitió adquirir una perspectiva nueva de sí mismo, tranquilizadora, madura. No era un niño pequeño asustado. No se dejaría llevar por el pánico, ni por el miedo a lo que pudiera pasarle. Deseaba en la vida muchas cosas que se habían malogrado, pero todas ellas habían contribuido a acercarle a Marcie, lo mejor sin duda que le había ocurrido nunca, y a pesar de todo lo que le sucediera, el convencimiento de esa verdad hacía que todo mereciera la pena. Su sentimiento se imponía, poco a poco, a todo lo demás. Rememoró los labios de Marcie en su primer beso inesperado, la cascada de sentimientos que nacían de él, desconocidos, desbordantes, las caricias que se habían dispensado en su escondite en la playa en esos escasos días en los que decidieron conocerse de verdad, en las que las palabras fluyeron y sus cuerpos se encontraron. Luck sabía que no podría tener una experiencia como esa jamás en la vida, y por ello estaba decidido a apostar todo por ella. Nada merecía la pena sin ella... ese pensamiento, esa idea, era a lo que se aferraba. Lo importante era que ella estuviera bien, que estuviera a salvo, y Luck sabía que Marcie sabía defenderse muy bien. De sobra había visto como se las gastaba.

Respiró más sereno.

El profesor Logan sabía que estaba enamorado. Lo había deducido... de sus sueños... de su relato. «Estas enamorado», había dicho. «Se nota porque en tu relato onírico figura una joven que es... tu heroína, claramente. El amor, Luck, es lo único que contrarresta nuestra insatisfacción, si es verdad que hablamos de amor porque a veces esa palabra enmascara otro género de deseos. Ese sentimiento Luck, lo he estudiado y analizado detenidamente, ¿sabes? Es curioso porque el amor tiene mucho que ver con cosas tan dispares como la ideología... o la religión, conceptos que tienen como común denominador la trascendencia del individuo. Cualquier idea, concepto, que se abraza con devoción, nos libera de nuestra insatisfacción... y el amor, en su certero sentido, es la esencia misma de la trascendencia». El profesor había enarcado las cejas lentamente. Hacía eso con frecuencia. Detenerse y dar la impresión de que había concluido por completo. Ahora que ya no estaba le resultaba inimaginable no poder seguir conversando con él. «La capacidad de pensar más allá de uno mismo. Cuando se ama verdaderamente, se está dispuesto a todo, incluso a entregar la propia vida, ¿no es verdad? Pero lo mismo sucede cuando uno abraza una fe, o cuando se sigue una ideología con pasión. Hay mártires de la religión... y de las causas más variopintas, como hay héroes nacionales. Es el mismo mecanismo mental, Luck, el que nos lleva a trascender el propio yo. Los grandes místicos fueron los pioneros en descubrir el potencial que encierra nuestro espíritu. Después llegaron ideologías, que por su fervor, compiten como si fueran nuevas religiones, nuevos credos, nuevos mitos, en suma. Por eso... hay que elegir bien cuál es nuestro mito, Luck, ¿comprendes? Nunca dejes que te lo impongan sin haber descubierto tú primero si la bondad reside en él». Luck recordaba que las referencias a Jung en el profesor Logan eran omnipresentes.

El amor. Sí, el amor que sentía por Marcie era arrebatador, pero también era una fuente de insatisfacción... Había sentido celos, sospechas, temores, derivadas de su propia inseguridad e inmadurez. Comprendía, ahora que parecía que todo estaba perdido, con una precisión diáfana alejada de cualquier duda, que su actitud había sido estúpidamente infantil. Como si Marcie fuera una propiedad por la que temía que le fuera arrebatada. Sí, el profesor debía referirse a aquello cuando decía que el concepto de amor puede ser engañoso y amparar actitudes que nada tienen que ver con él.

Por otro lado ahora sus preocupaciones de beca y futuro académico, así como las discrepancias con el profesor Roy respecto a cómo enfocar su tesis, le resultaban todas ellas cuestiones tan pueriles y peregrinas que incluso llegó a sonreír al recordarlas, como un hombre maduro que recuerda sus travesuras de infancia.

Luck se había ido serenando. Debía escapar de allí, pero la puerta, que intentó forzar en repetidas ocasiones, se hallaba firmemente anclada a la pared. Era inamovible. La manilla giraba libremente sin lograr mover mecanismo alguno. Forcejeó, la golpeó, la embistió. Todo resultó inútil. Paseó inquieto de un lado a otro.

Gritó. Pero el sonido rebotó en las paredes y regresó a sus oídos apagado, vacío.

Regresó a su esquina y se dejó caer hasta el suelo resbalando por las paredes. Volvió a sumirse en sus pensamientos. Debían haber pasado ya varias horas, aunque no tenía nada de sueño. Su mente bullía.

Al final el profesor Roy tenía razón. «Una mente brillante», se dijo recordando como su teoría acerca de la evolución súbita había sido acertada. Habían descubierto algo, indudablemente. Sin embargo no todo encajaba en ese enunciado. Marcie. Era raro que el hombre que formulaba una teoría sobre la existencia de un homínido superior tuviera justo a su lado un ser de esa especie, Marcie, sobre la cual ejercía algún género de ascendencia. De nuevo parecía que el profesor tenía un as en la manga que había escondido con habilidad. Luck se sorprendía que en esos momentos de peligro su mente trabajara con más claridad que nunca. Las ideas se sucedían vertiginosas. De nuevo una argucia del profesor Roy le dejaba en evidencia. A saber con qué rocambolesca explicación resolvería esa acusación.

De pronto la puerta se abrió. Un hombre fornido, de color, de pantalón negro y ajustada camiseta blanca que marcaba unos brazos poderosos, se introdujo en el interior. Dejó dos sillas de plástico, ambas de color negro, enfrentadas la una a la otra, y regresó al exterior, cerrando la puerta tras de sí. Aquel mobiliario que contrastaba tanto con la blancura del lugar parecía propio de un escenario surrealista.

Decidió seguir sentado en su esquina. Allí, cabizbajo, soportaba más cómodamente la intensa luz blanca que estaba provocándole una molesta migraña.

Al poco rato se presentó el señor Pemberton. Entró discretamente, echó un vistazo a la estancia desnuda, como reprobándola, y después fijo su atención en Luck, que le miraba boquiabierto. Con un amable gesto le indicó al joven académico que se sentara frente a él.

—Lamento reencontrarnos en las presentes circunstancias, pero espero que esté en condiciones de charlar conmigo.

—¿Qué tiene que ver usted con todo esto? Sabrá que sus asesinos han matado al profesor Logan. —Le recriminó Luck de entrada. Se puso en pie, hostil, retador, con los puños cerrados por la rabia.

El señor Pemberton asintió mientras cerraba lentamente los ojos. Volvió a indicarle la silla vacía frente a él.

—Sí, un final lamentable. No esperaba yo que la violencia se desatara de manera tan gravosa. —Suspiró lentamente, como si le costara seguir hablando—. Sin embargo, como comprenderá, no podemos permitir que nadie que conoce nuestro secreto sobreviva. Así ha sido durante siglos y no vamos a cambiar esa tradición ahora. Es algo que también lamento profundamente porque usted y sus colegas me caían realmente bien.

Luck miró furioso a aquel hombre venerable mientras se preguntaba si no era conveniente golpearlo en ese momento, mientras tuviera ocasión.

—Comprendo su tensión. Su pulso acelerado, sus pupilas dilatadas. Está pensando en atacarme, pero me veo en la obligación de advertirle previamente de

algo muy importante. Tiene sólo una posibilidad entre muchas de salir con vida de este lugar, y esa posibilidad depende exclusivamente de que usted y yo finalicemos esta conversación.

El señor Pemberton miró largamente a Luck, que poco a poco iba relajando su musculatura y aflojando la presión de sus manos, que rígidas, habían blanqueado los nudillos de los puños. Luck bufó.

—¿Qué tiene que decirme? —escupió. Comprendía que no tenía miedo. Solo la idea de qué había sido de Marcie, su preocupación por ella, que se encontrara bien, era cuanto le oprimía el corazón.

El señor Pemberton se mesó la barba blanca unos segundos. Luck recordaba la parsimonia con la que se explicaba en la cena que brindó en su mansión, y al parecer, ese carácter apacible no cambiaba por muy violentas que fueran las circunstancias. Como el señor Pemberton tardaba en responder Luck decidió hacerle caso y de mala gana se sentó frente a él.

—*Quo fata ferunt*, ¿sabe lo que significa? —Luck negó con la cabeza—. Es el lema que figura en nuestra bandera local. A dónde el destino nos lleve. Ese era el lema de los que fundaron esta colonia, siglos atrás. Es importante este hecho porque... ellos son los primeros de nuestra saga. El fundador de la Primera Estirpe, Isaiah Turner, había crecido en la Inglaterra de principios del siglo XVII, dónde se casó, era muy consciente de que su mente era muy superior a la de sus congéneres. El entorno social en el que vivía era complicado para que su familia medrara sin llamar la atención, porque de hecho Isaiah había amasado una pequeña fortuna. Y lo cierto era que su suerte en los negocios despertaba muchos celos. Convenció a su mujer para buscar un lugar discreto donde su descendencia pudiera prosperar sin interferencias, y así llegaron este lugar. En aquella época las Bermudas eran un archipiélago casi deshabitado donde algunas compañías marítimas recalaban muy ocasionalmente. Fue así como aprovechando un convoy que se dirigía al Nuevo Mundo, el Sea Venture se separó ingeniosamente del resto de la flotilla y naufragó, a propósito, en estas costas. Aquí nos establecimos, impusimos nuestro orden, y desde aquí crecimos y nos expandimos. —El señor Pemberton sonrió benévolamente—. Incluso con el tiempo mantuvimos nuestro anonimato forjando una leyenda de buques desaparecidos, el famoso triángulo de las Bermudas. Todos aquellos que pretendían hacer público nuestro secreto alimentaban esa mitología.

—No entiendo a qué viene esta inútil lección de historia —replicó Luck, aprovechando una pausa en la explicación. El señor Pemberton dirigió hacia él su mirada impertinente y parpadeó. Para él la aclaración era obvia.

—Verá, señor Wright. Quiero que comprenda, ante todo, una idea crucial para su supervivencia. De ninguna de las maneras nuestro secreto va a salir de esta isla. No han sido los primeros en descubrirnos... y ya ve el escaso éxito de sus predecesores. Nadie sabe nada de nosotros... y así seguirá siendo. De hecho, hace escasas horas tan solo, se ha solucionado uno de los flecos que todo este desagradable incidente había

producido. Sabemos que un grupo del CDC logró hacerse con muestras de sangre inapropiadas. Subestimamos las argucias del profesor Roy, evidentemente. En cualquier caso el amigo del profesor Roy, Raymond Floyd, así como todo su equipo de trabajo, han sufrido un desafortunado incidente de carácter vírico. Falló la contención de un peligroso virus con el que trabajaban y todo el personal quedó fatídicamente expuesto. Todos han fallecido víctimas de la fiebre de Marburgo a lo largo de la última semana. Observó por su expresión que no sabía de esta noticia. — El señor Pemberton asintió. Extendió entonces su móvil, un *Smartphone* de última generación, y un discreto titular de un diario norteamericano ilustraba la noticia como un siniestro desgraciado—. Sí, las autoridades no han querido darle mucha publicidad. A fin de cuentas ha sido un accidente laboral y nunca ha llegado a existir riesgo para la población. Las agencias de noticias apenas han hecho eco a este suceso.

Aquí el señor Pemberton se detuvo y, una vez devuelto su móvil al bolsillo interior de su chaqueta, se entretuvo en comprobar el estado de sus uñas. Después de un rato observó el rostro de Luck. Parecía que había estado aguardando a que el mensaje que había transmitido madurase en su cabeza.

—Su especie, señor Wright, resulta a veces insoportablemente lenta a la hora de tomar decisiones o cambiar actitudes. Tal vez por eso me he visto en la obligación de forzar mi modo de ser, ¿sabe? Me obligo a hablar con suma lentitud a fin de esperar... sí, esperar pacientemente, a que mis mensajes sean comprendidos, entendidos, asumidos. Dada su precaria situación me resulta desconcertante que, aún así, tarden tanto en comprender que están derrotados, completa, absoluta, irremisiblemente derrotados. Sólo tienen un asidero al cual aferrarse... y esa es mi mano tendida, dándoles una única oportunidad.

Luck se mostró desconcertado. ¿Aquel hombre le brindaba una oportunidad? ¿De qué clase? ¿Por qué?

—Sí, se trata no solo de la única opción si desea sobrevivir, sino también una oportunidad, una verdadera oportunidad por la cual habría miles, millones de seres de su especie, aceptarían gustosos su situación, sacrificando y traicionándolo todo, hasta sus creencias más hondas, con tal de lograr el don que le ofrezco. Sí, se trata de un don, señor Wright. —El señor Pemberton habló con una voz extremadamente débil, sibilina.

—¿Por qué me ofrecen ese... don? No entiendo.

—Bueno... usted es de las pocas personas que ha descubierto nuestra existencia. Puesto que ha mostrado un talento excepcional se ha ganado el derecho a conocer esta opción. —El señor Pemberton se reclinó hacia atrás en su asiento mientras juntaba las yemas de sus dedos—. Verá, somos pocos aún, pero nuestra influencia, nuestro poder, señor Wright, abarca esferas que usted no es siquiera capaz de concebir. Eso es así porque nuestro pensamiento no es efímero ni nuestra mentalidad no es tan cortoplacista como sucede en su torpe especie. Pero abarcar tanto siendo tan pocos... implica la necesidad de tener colaboradores. Y necesitamos colaboradores

hondamente motivados, intensamente implicados con nuestra causa.

—¿Nuestra causa? ¿Es que tienen una ideología, un programa... un plan?

De pronto Luck recordó dos palabras que emergieron en su mente inesperadamente. Las habían encontrado casualmente en el ordenador pirateado del hospital. Aurora. Osiris.

—Querido señor Wright. Por supuesto que existe algo así como un... plan, aunque esa palabra se queda pequeña para expresar adecuadamente lo que perseguimos. Más que un plan se trata de una Redención. La Redención del Hombre, podría decirse. No es algo pueril o infantil... un nuevo orden mundial, como quien dice. Se trata de una nueva humanidad para un nuevo mundo... ¿Ve el mundo actual, dividido, enfrentado, destructivo? La codicia es el estandarte de nuestra sociedad, los valores son simples eslóganes con los que los políticos engañan al vulgo... todo es miseria. En su avaricia el hombre está destruyendo el propio hábitat en el que vive, emulando al más mortal de los virus, pero a diferencia de estos, la humanidad no tiene otro cuerpo anfitrión al que trasladarse después. Esta humanidad está acabada, no porque lo diga yo ni ninguno de los míos. Es algo que para todos resulta evidente, ¿no cree? —Pemberton hizo una pausa en la que escudriñó el semblante de Luck, que se agitaba inquieto. Estuvo a punto de replicar, pero decidió esperar paciente al final del discurso—. Usted tiene la oportunidad de formar parte de algo completamente nuevo, de dejar su impronta en una nueva humanidad, con otros valores y otras normas. Sé que ha recibido una educación moral rígida y que en su corazón debe albergar nobles y naturales ideales. ¿Qué haría con ellos en este mundo sino malgastarlos y olvidarse de ellos? Le oferto una oportunidad única por la cual puede formar parte del nuevo mundo que pensamos construir, un mundo pacífico, un mundo en armonía. —El señor Pemberton extendió la palma de la mano derecha extendida hacia Luck. Un pequeño inyectable con un líquido transparente y acuoso reposaba sobre su palma. Su mirada se clavó férreamente en los ojos de Luck. Al cabo de unos segundos su semblante se relajó y continuó su explicación—. También la puede rechazar... —y extendió la otra palma de la mano izquierda de idéntico modo. Estaba vacía. Poco después cerró el puño de esa mano lentamente y la retiró y la volvió a apoyar sobre su muslo. Sólo mantenía la palma de la mano con la cápsula—. Bien. Sólo le queda una opción razonable señor Wright.

Luck le miró preocupado. Parecía que no iba a tener mucho tiempo para decidirse, pero ese futuro del que hablaba su interlocutor infería consecuencias desastrosas para la humanidad.

—Una nueva humanidad para un nuevo mundo... ¿qué es lo que pretenden hacer exactamente? —preguntó tenso.

—No se precipite en sus conclusiones. Tan sólo le puedo tentar con una promesa que hará que su participación de ese nuevo linaje tenga un premio que no podrá desdeñar.

El señor Pemberton calló y miró fijamente a Luck. La mirada se prolongó

segundo a segundo, hasta hacerse interminable. Luck no comprendía. De alguna manera aquel hombre le estaba indicando que ese conocimiento, ese don, él ya lo conocía. Pero Luck repasaba lo poco que habían averiguado sobre la Primera Estirpe y los Superiores que Marcie le había contado y no concebía qué clase de don podía ser aquel al que se refería el señor Pemberton.

Pero tras un largo minuto comprendió como una revelación a qué se refería su captor. Incluso se dio cuenta que en la cena que había brindado en su casa había tenido un atisbo de la misma, aunque la había desechado. Ahora todas las piezas se articulaban con súbita coherencia. Los Superiores, con una capacidad consciente mayor, eran capaces de controlar su propio organismo, tal y como Marcie les había explicado. Por otro lado la conversación sobre la inmortalidad en casa de aquel hombre... de pronto Luck comprendía que ambas cosas eran la misma. La diferencia entre las dos especies de superiores estribaba que una rama, la escindida, había descubierto la capacidad de prolongar la vida mejorando conscientemente las aptitudes del cuerpo, su funcionamiento. Era la estirpe que había vulnerado una regla inicial y que había crecido en secreto hasta que su número se hizo tan importante que ya gozaban de supremacía sobre el linaje original, la Primera Estirpe. Éste, del que formaba parte Marcie, parecía condenado a la extinción, a apagarse lentamente hasta desaparecer.

Todo encajaba. Se encaró de nuevo con el señor Pemberton que le miraba atentamente.

—¡Ajá! —exclamó el señor Pemberton—. He visto la luz de una revelación en su interior. —Sonrió complacido—. Sí, mi joven huésped. Estamos hablando de otorgarles el don de la inmortalidad. Un regalo de un Dios, ¿no es verdad? Y se preguntará ahora, ¿a cambio de qué? A cambio de su total colaboración. Nos servirá fielmente, con devoción, con cuidadoso esmero. A diferencia de nosotros, usted no podrá controlar su cuerpo, no podrá regenerar su organismo sin nuestra sabia colaboración. He aquí, en este diminuto recipiente que le ofrezco, el secreto de la vida eterna... pero es una vida eterna condicionada a nuestro servicio enteramente. No quiero engañarle. La dosis encierra una trampa química, y caso de no renovarse sucesivamente con nuevas dosis administradas cada cierto tiempo, un lustro aproximadamente, su vida se extinguirá tan rápidamente que no sabrá lo que le ha sucedido. Por supuesto, no será un servicio como los de los hombres que le han conducido hasta aquí. Obviamente tiene otras aptitudes que nos serían de mucha utilidad fuera de este archipiélago, como puede comprender. Y sus prestaciones serían generosamente recompensadas. Una calidad de vida más que excelente, se lo puedo asegurar. No vamos a darle un don como ese a cambio de... una existencia austera. Le necesitamos en puestos donde su influencia sea manifiesta, su poder considerable. —El señor Pemberton emitió unos leves quejidos que Luck comprendió se trataba de su forma discreta de reír—. Sí, dicho con palabras vulgares, vivirá como un maharajá.



Luck respiró hondamente. Se encontraba completamente confundido.

Comprendía que la oferta que tenía ante sí era cierta. No era un farol, no era un embuste. Podía trabajar codo con codo con aquella nueva humanidad que parecía estar copando todos los puestos de poder, haciéndose con el control del mundo, si lo que decía era cierto. Sin duda tenían planes para hacerlo todo mejor, para organizar la vida de la gente, para corregir desequilibrios, acabar con guerras, finiquitar la pobreza. Las palabras de la velada transcurrida en la mansión del señor Pemberton regresaron de improviso a él. Toda aquella elucubración acerca de que un mundo mejor, transhumano, era factible. Sí, ¿no había dicho que confiaba que el progreso se extendiera a toda la humanidad? ¿No decía con sinceridad que confiaba que ese progreso supusiera finalmente la redención del hombre?

Luck suspiró.

Pero... ¿Y Marcie? ¿Se habría visto tentada por aquella oferta? Seguro que sí. Pero estaba seguro que no había aceptado. ¿Por qué tenía tanto empeño en sacarlos de la isla? Sabía seguro que esa oferta sería formulada. No la entendía como algo bueno... ¿por qué?

—Observo que te debates. Sudas. Tu pulso se acelera y no lo sabes, pero las pupilas de tus ojos muestran leves cambios de presión que me indican que una tormenta de ideas sacude tu cabeza. Es divertido ver vuestros procesos mentales. Es parecido a... como diría... sí, es como ver una película a cámara lenta. Se pueden apreciar detalles que de otra manera sería imposible, ¿no es verdad?

El señor Pemberton le sonreía. Sus ojos grises parecían querer taladrarle el cerebro.

Había algo que no encajaba en aquella ecuación. Esa oferta magnífica... Tenía algo despiadado en su interior. El asesinato del profesor Logan, completamente gratuito, violento, innecesario.

Marcie... era la única persona que conocía de ese otro linaje, la Primera Estirpe. Marcie lo amaba. Estaba seguro de ello. No se podía fingir cuando una persona se enamora porque el propio Luck se daba cuenta de ello. Tony también los había ayudado y no había aceptado aquella tentadora oferta. Tony. Unas palabras dichas por él de pronto adquirirían sentido. «Recen para que no lleguen a ver el ocaso de su especie».

El ocaso de su especie.

Aurora.

El nacimiento de una nueva era.

No podía ser casualidad. Allí estaba la explicación que le faltaba. No sabía cuál era el plan, la denominada misión Osiris, pero en cualquier caso se trataba de algo funesto.

El señor Pemberton sonrió de nuevo.

—Bravo. Veo que poco a poco va enladrillando el edificio sin necesidad que tenga que ayudarlo como si fuera un párvulo. Me resulta gratificante ver cuán

considerables esfuerzos implica forjar un razonamiento certero en vuestra especie. Viendo el caótico y desenfrenado mundo que han construido, una algarabía de voces completamente discordantes, irracionales, caóticas, enfrentadas en naciones, sociedades, razas, me resulta maravilloso cuando observo una mente discernir, aunque sea un brevísimo destello tan solo, una pequeña verdad, un simple pensamiento acertado. Sí, maravilloso. Bravo.

El señor Pemberton cruzó las manos sobre el regazo. Su semblante se endureció inesperadamente y su voz se hizo extraordinariamente severa. Su cuerpo se inclinó levemente hacia delante, hacia Luck.

—Bueno, chico. Ahora es el momento de la verdad para ti. Sabes lo que tienes que escoger, tú decides. Aguardo.

Luck se agitó pero no dijo palabra.

Pensaba en Marcie. Ella había sido fiel a los principios de su estirpe, pese a que nada le ataba a ellos, pese que nada la ataba al homo sapiens. Y por otro lado... ser parte, colaborar, con algo que pudiera poner en peligro a la humanidad... ¿cómo podría sobrevivir con semejante carga? La mirada atribulada de Luck se cruzó de nuevo con la del señor Pemberton.

—Bien. Observo que ya ha tomado una decisión. Lo lamento. Le comento, —dijo con un deje de desprecio—, que afortunadamente no todos son tan ridículamente íntegros como usted.

Y el señor Pemberton abandonó la habitación. El pomo que antes Luck había movido inútilmente arriba y abajo, ésta vez sí que articuló el mecanismo y el hombre abandonó tranquilamente la estancia. La puerta se cerró tras él con un chasquido lúgubre.

Luck se sentía agotado, deshecho. Una tensión terrible lo había roto por dentro. Su instinto de conservación y el regalo de una vida inmortal por un lado. Por el otro, el peso de su conciencia, una conciencia que ni él mismo llegaba a entender.

## Capítulo 35

Estaban cerca. El tramo final del camino era ascendente. En una última parada que efectuaron para vestirse con los ropajes que cargaban, el vagabundo les recomendó encarecidamente ir en silencio, así que todos avanzaban con extrema precaución. Habían transitado primero por un túnel amplio y despejado, hasta llegar a un final abrupto. El techo se había derrumbado y resultaba imposible seguir por allí. Pero una enorme grieta en la pared daba paso a una gruta, una falla, que separaba dos grandes moles de roca enfrentadas, y por la misma avanzaron unos quinientos metros, a veces superando tramos verdaderamente angostos. Tras atravesar una estrechez en la que se puso a prueba la agilidad de cada miembro de la expedición, llegaron al borde de un pozo que se abría a sus pies. De ella emergía luz artificial.

—Vamos a acceder a una de sus estaciones de reciclaje de agua. Puede resultar sospechoso que gente como nosotros aparezcamos por aquí. No tengo uniformes del personal de la estación... pero estos que llevamos son mucho más convenientes para movernos por la ciudad, creedme —explicó el vagabundo.

Todos callaron, aunque Marl se preguntó a qué se referiría con ser «más convenientes», pero no dijo nada. Estaba demasiado nervioso para preguntar. El primero en deslizarse por el agujero fue el propio vagabundo, que se descolgó ágilmente hasta el suelo, dos metros por debajo. Miró en todas direcciones y avisó para que se descolgara el siguiente. En pocos segundos todos habían descendido. Se encontraban en un pasillo amplio, de metal, que suspendido en el aire, recorría un circuito sobre enormes depósitos de agua de forma redonda. La iluminación, un tanto pobre, mostraba que se encontraban en unas instalaciones subterráneas enormes, tanto, que los depósitos, alineados de cinco en cinco, se perdían de vista en la distancia.

—Seguidme, la salida es por aquí.

Y el vagabundo se encaminó rápidamente en un sentido, siguiendo una ruta que ya conocía. En poco tiempo abandonaron aquel camino serpenteante de metal y tomaron una escalara ascendente que llevaba a un acceso que daba al exterior. La luz del sol les sorprendió a todos. Eran tantas las horas transcurridas bajo tierra que esperaban salir al anochecer, pero por lo que se veía, aún era mediodía. Se encontraban en un área industrial, con multitud de vehículos y operarios que iban y venían en desorden. Tal y como había pronosticado el vagabundo, sus prendas poco tenían que ver con la vestimenta uniformada de los operarios, hombres y mujeres, que Marl observó en su derredor. Si los vieron, fingieron la mayor de las indiferencias porque nadie se les acercó. Por otro lado el vagabundo sin decir nada enfiló directo hacia una enorme verja abierta de par en par que desembocaba en una calle abarrotada de gente. El grupo siguió con presteza a su guía, que se zambulló sin temor en el caos de la multitud de gentes y vehículos que atestaban la calle.

Marl se sintió mareado casi de inmediato. Una avenida de varios carriles de

vehículos en los que la saturación de tráfico era tal que estos apenas avanzaban, estaba flanqueada a su vez por amplias aceras igualmente abarrotada de gente. Enormes edificios delimitaban los extremos de aquel caudal multitudinario. El desorden circulatorio impresionaba. Todo el mundo hacía un uso inmoderado de las bocinas de sus vehículos. Propiamente dicho, no había carriles por los que circular, sino que cada cual se movía en medio del caos circulatorio como buenamente podía, ocupando huecos y aprovechando el más mínimo avance del que iba delante para pegarse a él inmediatamente o adelantar a los conductores más lentos de reflejos. Los gritos entre conductores de berlinas, chóferes de vehículos públicos, camioneros o simples peatones estaban a la orden del día.

Los transeúntes se movían por aceras amplias a ambos lados de la corriente de tráfico. Allí había todo tipo de personas vestidas de las maneras más estafalarias. Marl comprendió que su propia vestimenta resultaba extrañamente austera, visto que muchos hombres y mujeres lucían vestidos de cortes impecables, coloridos y vistosos, aunque por otro lado abundaba gente desharrapada que suplicaba ayuda, mendigos arrinconados en las calles, niños gimoteando teatralmente a los viandantes, y una mujer anciana que dispensaba monedas a todos y cada uno de cuantos le salían al paso.

Intentó decir algo a Jeny, pero el clamor del gentío era tal que comprendió que sería inútil intentar mantener una conversación. Había comercios en todos los locales formados por los bajos de los edificios, pero incluso en el borde de la zona peatonal que lindaba con el tráfico rodado, se acumulaban puestos de mercadillo. Marl ojeó algunos de ellos. Vendían especias de aspecto multicolor y abigarrado, como si se tratara de fuegos artificiales cuyos colores hubieran sido atrapados en forma de polvo. También había artesanos que tallaban piedras para orfebrería, carpinteros y curtidores, todos entremezclados con vendedores de ropa... o incluso armas.

Aquel escenario ensordecedor de gentes apelotonadas, con las que era inevitable tropezar una y otra vez, produjo una enorme tensión en Marl. Llevaba meses en los que apenas había visto a nadie. De pronto, en aquel lugar, en aquella avenida, en la que se sentía como si la poderosa corriente de un gran río los arrastrara, comprendía que debía estar rodeado por varias decenas de miles de personas.

También se dio cuenta de un fenómeno extraño. Los mendigos, los vendedores, todos los que tenían algo que pedir o algo que ofrecer, asaltaban a los transeúntes sin compasión, los acribillaban a preguntas y peticiones, iniciaban mil ofertas ofreciendo una canasta de mimbre, un tarro de cristal, o una bolsita de una especia de un verde fluorescente, a todos cuantos se ponían al alcance de sus manos huesudas y de sus voces estridentes. Pero tanto él como todos y cada uno de los miembros de la comitiva quedaban a salvo de la verborrea de unos y otros, como si una invisible urna de cristal los protegiera de esos advenedizos. Su uniforme basto y vulgar, al desfilar en fila de a dos por entre el gentío, conformaba una especie de séquito, y Marl se preguntó si tal vez su apariencia tendría algo que ver con esa circunstancia.

Observaba esos rostros sudorosos, de mirada frenética, pidiendo dinero o solicitando un regateo, que contrastaba brutalmente con los transeúntes que vestían sofisticados ropajes, de brillos metalizados, colores chillones, y gafas de sol estrambóticas, algunas tipo espejo, otras negras y diminutas, que avanzaban indiferentes a la turbamulta, como si ésta ni existiera. Muchas mujeres se distinguían con sombreros amplios como pamelas, pero con lazos extraordinariamente enrevesados, sus vestidos ofrecían contrastes de colores clásicos, blanco y negro, pero otras veces resultaban escalofriantes combinaciones de colores cuyo único fin exclusivo era llamar la atención por su gusto dudoso. Muchos eran los que lucían una cabellera retocada con tintes que conferían al pelo un aspecto metálico, como un curioso casco de cobalto, titanio, plata, oro... y que moldeaban el pelo con formas artísticas esculturales, o bien lo dejaban caer, lacio, en forma de largas melenas. Marl no podía evitar que su vista se detuviera en exceso en más de una ocasión en semejantes distintivos capilares. Dentro de la amalgama de gentes diversas el gremio de la prostitución no resultaba escaso. Si bien Marl no fue objeto de ninguna insinuación directa, eran muchas las mujeres que se ofrecían a quienes se ponían al alcance de sus caricias, sí recibió más de una mirada lujuriosa que provocó que la sangre se le subiera a la cabeza. Aún así sucedía algo con su grupo que lo hacía situarse al margen de la agitación y el frenesí que les rodeaba.

Pero por más que intentaba asimilar ese mundo distinto, cruel y superficial, Marl añoraba más que nunca la soledad de la jungla, la tranquilidad de los parajes salvajes, con todos sus peligros y fieras. Comprendía que él jamás podría adaptarse a esa vida acelerada y exuberante, que como una comida excesivamente especiada, parecía atragantársele en el paladar. Del estupor inicial pasó a un estado de mareo, de agotamiento psicológico, al ver tantas y tantas cosas que no comprendía y que su cerebro era incapaz de asimilar.

Trenes aéreos surcaban el espacio aéreo de la avenida cada cierto tiempo, agregando a la cacofonía reinante, un nuevo y atronador sonido. Se cruzaron con una partida de oscuros que con paso militar escoltaban a un prisionero que gimoteaba clemencia. Lloraba y solicitaba perdón. Marl alcanzó a oír que él era el único que cuidaba de su hija de tres años y qué iba a ser de ella cuando él muriese. Era fácil adivinar que iba a ser ajusticiado, pero la masa era completamente insensible a sus lamentos, como si fuera una escena invisible, o tal vez demasiado repetida, y la guardia negra se abría paso con facilidad pues el gentío los esquivaba con temor o incluso fingía no verlos.

A veces la densidad del tráfico peatonal era tal que necesitaban salirse de la acera y caminar por la atestada vía de tráfico. Allí adelantaban a vehículos atascados, pero también a porteadores que con sus propias fuerzas arrastraban carretillas cargadas hasta la exageración de fardos voluminosos. Eran hombres curtidos, de piel morena y sudorosa y mirada perdida, auténticas mulas de carga acostumbradas a una faena pesada que había arrancado de su mirada cualquier señal de inteligencia. El contraste

de observar sofisticados aparatos que sobrevolaban la ciudad con portadores de aspecto primitivo arrastrando mercancías en carros rudimentarios resultaba apabullante, incomprensible. Era puro surrealismo.

Se cruzaron con un grupo de jóvenes de ropajes de cuero negro con incrustaciones metálicas, de andar agresivo, cuyos rostros estaban tatuados con símbolos tribales y poco después con un grupo de monjes que representaban la personificación de la humildad. Aquel carnaval de gentes tan variopintas resultaba tan incomprensible como desalentador. La ciudad era un misterio en sí mismo y Marl comprendió que jamás desentrañaría su sentido.

La avenida estaba encajonada entre imponentes rascacielos. Algunos relucían como el sol, otros se erguían viejos y decrepitos, a punto de derrumbarse. La luz del sol, reflejada en los cristales que revestían sus estructuras, arrancaba mil brillos y dotaba a la escena de un encanto mágico, como la realización de una fantasía onírica, un mundo imposible, o una ciudad soñada.

El vagabundo se detuvo en medio de una plaza. La acumulación de gentes que iban y venían en distintas direcciones resultaban mareantes. A su alrededor los edificios lucían neones publicitarios que abarcaban todas sus fachadas, en una exhibición de derroche de luz e imaginación. Empezaba a anochecer cuando el vagabundo les sonrió al constatar los semblantes de desconcierto y agotamiento que mostraban todos y cada uno de ellos.

—¡Bienvenidos a Póntobar, la ciudad que nunca duerme!

\* \* \*

Duke era amigo del vagabundo. Era un hombre grueso de abultada barriga. Su semblante, cuadrado, venía recargado con una tupida barba, que acumulaba el bello que su cabellera echaba en falta. Sus ojos eran pequeños y se movían rápidamente de uno a otro. Parecían buscar la aprobación a todo cuanto decía. Una sonrisa permanente era su rasgo más característico. Marl se dio cuenta poco después de conocerlo que incluso, tras dar una mala noticia o explicar un asunto escabroso, la sonrisa, siempre presente, contribuía a que Duke pareciera no estar del todo en sus cabales.

Vivía en un apartamento pequeño, pero desde el mismo había practicado accesos a un piso colindante, mucho más amplio, que llevaba abandonado mucho tiempo. Era una práctica habitual en la ciudad. La sobrepoblación hacía que cualquier recoveco que no estuviera debidamente custodiado fuera rápidamente acaparado por los que necesitaban vivienda, o los que simplemente querían mejorar su estatus. Marl se quedó con la impresión de que allí también imperaba la ley de la jungla.

Desde las sucias ventanas del apartamento el caos de la calle se veía lejano, como de otro mundo. El sonido llegaba amortiguado por la distancia, pero incluso cuando se hacía el silencio, podía oírse la sinfonía de bocinas entremezclada con el bullicio

de la gente y el clamor de los transportes aéreos. Marl se preguntó si sería capaz de acostumbrarse a semejante trasiego.

El vagabundo dio un fuerte abrazo a Duke cuando llegaron y realizó las presentaciones precipitadamente, como diciendo, «ya habrá tiempo de conocerse mejor más adelante». Todos agradecieron el silencio. Duke no tardó en reaparecer portando una gran bandeja con viandas y bebidas. Comieron con fruición, haciendo comentarios lacónicos. Los nervios y la emoción habían acentuado el apetito. Pero una vez finalizaron, el vagabundo preguntó a todos en general qué impresión les había deparado su primer contacto con Póntobar. Hubo entonces exclamaciones, y cada cual, emocionado, contó lo que más le había sorprendido. A Marl le recordó la algarabía a alguno de esos escasos momentos de camaradería que ocasionalmente habían surgido entre ellos. Ni Timber, ni Sando ni Sira, formaron un subgrupo aparte con intereses y liderazgos distintos como tantas veces sucedía. El ambiente se relajó y todos rieron. Además Duke tenía una risa aguda, con un deje rítmico, como un hipo que se repetía, que resultaba contagiosa. Marl aprovechó una pausa en la que el ambiente se serenó, cuando ya todos habían finalizado su almuerzo, para preguntar por lo que tanto le había intrigado.

—¿De qué vamos vestidos exactamente, Duke? Me he fijado que la gente nos rehuía, o nos respetaba. Diría que intimidábamos.

Duke le miró con su sempiterna sonrisa y le hizo un guiño.

—Un chico listo este, Sam —dijo mientras miraba al vagabundo. Pero antes de que nadie pudiera decir nada en relación al nombre con el que se había dirigido al vagabundo, siguió con su explicación. Duke hablaba rápido, escupía las frases con una voz inesperadamente aguda—. Sois los adoradores de la ciudadela. ¿A quién adoráis? Por supuesto, a los Senadores, dioses vivos entre nosotros. Ellos disponen, cada día, de quién vive y quién muere. Ellos administran el suero de la vida que cada mañana aparece junto a nuestros camastros, en un dispensador que, a través de una laberíntica red de conductos, conecta con la fábrica del suero situada en el corazón de la Ciudadela de lo Alto, donde los sabios senadores la elaboran. El elixir de la vida... o la droga mortal. Sin ella estamos condenados. Y vosotros sois los que confías en su divina justicia y en su divina sabiduría senatorial. Sois sus ayudantes en este mundo terrenal y aspiráis, a través de una obediencia ciega, a que un día podáis ser llamados a compartir sus goces en su morada, en la Ciudadela de lo Alto, allí donde habitan los Senadores, acompañados por sus fieles acólitos, los pretores, y servidos dócilmente por los altos funcionarios, que ostentan el privilegio de atender a sus divinidades. El pueblo os teme, os odia y os respeta a un mismo tiempo, porque vuestra justicia es implacable, y ante cualquier ofensa a la ley dictada por los senadores, no dudáis un segundo en denunciarla. No hay soborno ni súplica que os detenga, imponéis la justicia divina del Senado sin que los melindres de la plebe o ningún primitivo sentido de la moral se interpongan. —Duke se aproximó a Marl y se agachó, acercando su rostro al suyo, tanto que Marl sintió su fétido aliento. Tomó grácilmente

la solapa entre sus dedos mientras concluía su disertación—. Por eso la gente teme este color nauseabundo. Si fueras un ciudadano corriente y vieras a un monje ataviado como vosotros, acercarse a tu persona mientras te acusaba en voz alta de una desobediencia, sabrías de inmediato que tus días han terminado en ese momento.

Duke se incorporó y rió.

—Por eso cuando Sam pensó en acaparar vestimentas para cuando algún día llegara con vosotros hasta aquí... ideamos que éste sería el disfraz más conveniente. Hay que ser muy osado o un verdadero loco para acusar a un adorador de traidor, —concluyó.

—Entonces... ¿son los senadores los que gobiernan la ciudad? —Preguntó Jeny, a la que interesaba aquel asunto.

Duke meneó la cabeza cómicamente de un lado a otro, mientras paseaba por el inmenso salón en el que se hallaban, preocupado de atender a sus invitados, distribuyendo alimentos, bebidas o incluso algún licor, como era el caso del vagabundo. Era una habitación atiborrada de mobiliario, todos de diferentes formas, de colores abigarrados, que en su absoluta imposibilidad de emparejamiento o buena conjunción, formaban inesperadamente una insólita reafirmación de estilo. La personalidad de Duke, extrovertida y parlanchina, encajaba con aquel decorado.

—Señorita... Jeny, si no me equivoco. Los senadores no gobiernan la ciudad. Gobiernan nuestras vidas. Ellos fabrican el suero que nos permite vivir un lapso más de tiempo. Cada mañana, cada ciudadano de Póntobar ha de inyectarse la dosis que permite que su metabolismo no colapse. Hace siglos que nuestros antepasados sufrieron esta dependencia... Sin él sencillamente morimos en pocas horas. Los que fabrican el suero en la Ciudadela de lo Alto y lo dispensan son los senadores. Desde allí una serie de conductos recorren toda la ciudad y llegan hasta cada domicilio, hasta cada lugar donde mora cada uno de nosotros. Un fallo, un error, una indiscreción que ponga en duda el funcionamiento del sistema... y mueres. No hay perdón, ni clemencia. Una denuncia de un vecino, de una mujer rencorosa, de un hijo ofendido... —Marl vio que los ojos de Duke se humedecían y sendas lágrimas resbalaban por sus mejillas. Cayó en la cuenta de que estaba relatando algo vivido intensamente—. Y mueres sin piedad. Basta con suprimir una vez la administración del suero. Aquí, amigos míos, uno aprende a contar con la única ayuda en la que verdaderamente se puede confiar, que es la que proviene... —Duke recorrió con sus pequeños ojos a cada uno de los presentes mientras sus sonrisa lucía imperturbable—, ...;de uno mismo! —y rió estrepitosamente por lo que él consideraba una señal de agudo ingenio.

—Pero viendo lo que hemos visto... —esta vez era Nist el que hablaba—, no parece que haya mucho orden en la ciudad. Más bien reina el puro caos. Diría que lo que vendían en cada esquina eran drogas. Me fijé en más de uno que compraba polvos fluorescentes y los esnifaba sobre la marcha...

Duke rió divertido por el comentario.



—¿Las drogas? Qué palabra tan... extraña. No, aquí no se consumen drogas, al menos no en ese sentido peyorativo con el que has nombrado la palabra. Podría decirse que ese opio del que hablas es el alimento por excelencia de Póntobar. Todos lo consumimos, todos lo necesitamos. Es la única manera de soportar la angustia. ¿Sabéis? No tenemos ningún problema con la población aquí. Cuando las divinidades estiman que quizás existe un exceso de población... borran de la existencia a barrios enteros de un día para otro... hay entonces un breve estallido de pánico, de gente gritando, llorando... es una histeria pasajera, pero triste, realmente triste... —Duke se quedó pensativo, sumido en recuerdos que incluso fueron capaces de borrar su sempiterna sonrisa—. Es pura suerte el que te toque o no. Nadie sabe cuántos habitantes viven encerrados en esta especie de prisión infernal, pero una cosa es absolutamente cierta; somos demasiados. Y sabiendo eso, ¿cómo crees que puedes vivir, día tras día, con una certeza tan cruel de que tal vez mañana ya no exista para ti? Ese opio es nuestro aliado y sí, está perfectamente autorizado por los senadores. Sin él enloqueceríamos de verdad, muchacho. Si quisierais probarlo tengo aquí de todo tipo. ¡Mirad! —y Duke se dirigió a un espectacular aparador de madera, taraceado de formas clásicas y exquisitas, y fue abriendo uno a uno la multitud de pequeños cajones que lo conformaban—, ésta de aquí es la ambivaline, el color rojo de la pasión que te permitirá gozar de ensueños lujuriosos e inacabables, y ésta otra, verde, es la huiline, que hará que tu cuerpo flote ingrávido y te permita recorrer distancias increíbles, sobrevolando el mundo como si fueras un ave. Y aquí la negra y temible canopia, la que produce sueños turbulentos, verdaderas pesadillas, que harán que cuando regreses a nuestra bella ciudad de Póntobar te parezca que vives en el mejor de los mundos posibles, ¡quién lo diría! La azul estimatina, ¡ah!, con ella descubrirás mundos distintos, extrañas criaturas, seres sobrenaturales, el mejor de los ensueños...

Duke rió e hizo una pausa. Aprovechó y de uno de los cajones sacó un pellizco de polvo amarillento que se llevó a la nariz y aspiró como si fuera el más común de los movimientos.

—Y esta que he tomado me sirve para permanecer despierto... porque... ¿qué despilfarro es dormir cuando tu tiempo puede acabarse en cualquier momento, verdad? Y no sólo te mantiene despierto, sino que arranca a toda esta insulsa realidad que nos rodea más color y más vida, hace que... tengas ganas de sonreír en todo momento... y... ¿no es la sonrisa la mejor muestra de felicidad que puede lucir un ser humano? Así que este opiáceo amarillento que llamamos estimatina es mi polvo de la felicidad, no puedo vivir sin él, chicos. Puedo olvidar el comer o el beber, pero no este polvillo dorado que me permite afrontar mi existencia en este tugurio con una sonrisa de oreja a oreja.

Y dicho esto se dejó caer sobre un mullido diván mientras contemplaba como los demás lo admiraban boquiabiertos. Se sentía como un actor tras terminar una costosa escena de una representación, satisfecho pero exhausto, eso sí, con su ancha sonrisa

figurando en su rostro como si de una careta se tratara. En sus mejillas aún se reflejaba el brillo en los surcos húmedos por las lágrimas derramadas.

—Es terrible la existencia de ese suero —comentó Jeny, pensativa.

—Ah, el suero, el suero. ¿Qué haríamos sin él? Hace años hubo una guerra terrible. Fue hace más de un siglo, porque yo aún ni había nacido. Una ciudad rival nos había declarado su hostilidad por una causa que nadie sabe exactamente cuál fue. Y no queráis saberlo, porque inmiscuirse en los asuntos de los senadores cuesta caro. Pero sabed que se creó un ejército formidable, primero para defender la ciudad, y cuando digo ciudad pensad más bien en la Ciudadela de lo Alto. Sus divinidades estiman más bien en poca cosa nuestra existencia. Obviamente una guerra entre senadores solo podía acabar con la destrucción de uno de los bandos. Se cuenta que fueron los rivales los que sufrieron una terrible derrota, a fin de cuentas nosotros aquí seguimos, ¿no es cierto? Su ciudadela fue destruida y toda su ciudadanía sucumbió en el plazo de veinticuatro horas una vez se interrumpió el suministro del suero. Terrible, ¿os imagináis el horror? —La sempiterna sonrisa de Duke hacía que su relato resultara aún más macabro—. Y no obstante en la actualidad sabemos que existe tráfico comercial con otras ciudades. Ignoro cuáles, dónde están, cómo se llaman. Lo único que sé es que existen trenes bala que surgen disparados de la Estación Central en todas direcciones e igualmente regresan abarrotados de mercancía. Comercian tanto con materias primas y productos elaborados a través de vehículos automatizados. Ningún humano viaja en ellos... Todo lo que sucede más allá de nuestras murallas está completamente vedado.

—¿No sabéis nada de la jungla que rodea la ciudad?

—Había rumores. Para mí, hasta el día que conocí a Sam, todo eran habladurías. Yermos desolados, escenarios postapocalípticos... no sé si conocéis las leyendas del origen de los senadores...

—¡Cuéntanos! —rogó Dev.

El vagabundo no decía palabra, pero sus ojos se entrecerraron. Marl lo miraba de vez en cuando, pensando que tal vez censurase las palabras de su anfitrión en cualquier momento.

—El mundo sufrió una terrible hecatombe hace mil años. Aquí ignoramos como eran las cosas antes, pero la leyenda asegura que no existían los senadores, o al menos no nos gobernaban como ahora, por lo que no había condicionamiento ni el suero de la vida. Pero el hombre de aquella época era insensato y no supo predecir que algo terrible se precipitaba sobre el planeta... un asteroide de grandes proporciones llamado Bennu. Los primeros senadores, que supieron ver el peligro que acechaba, organizaron refugios para sobrevivir al holocausto astronómico. De aquellas simientes proceden las actuales ciudades, con su organización política centrada en torno a los que salvaron la humanidad. Crearon el suero de la vida, un suero que permitía a aquel que lo tomara vivir eternamente, como ellos...

—¿Viven eternamente? —interrumpió Marl incrédulo.

—Hijo, ¿por qué crees que son dioses? —Duke le volvió a guiñar el ojo—. Y no sólo lo crearon para ellos. También para nosotros, los simples mortales. Pero el suero contenía una trampa. Debía ingerirse con frecuencia porque una vez el metabolismo se adaptaba a su ingestión, su privación resultaba mortal. Dicen que inicialmente bastaba una dosis por muchos años, pero no sé si eso es una fantasía. Desde que yo recuerdo siempre la dosis imprescindible ha sido diaria, aunque de pequeño conocí a una persona que había vivido casi dos siglos, algo inaudito la verdad, y que contaba que antaño él mismo ingería el suero una vez a la semana y que incluso mucho antes bastaba con una ocasión por mes. En cualquier caso, muchachos, nos tienen cogidos por las pelotas, ¿no creéis? —Duke rió estrepitosamente, tanto que se le saltaban las lágrimas. El resto de la tertulia le miró perpleja, incrédulos por lo que oían—. Mirad una demostración empírica de cómo opera el suero. Insertada en mi piel, invisible, tengo un pequeño implante, un chip delator, que analiza mi sangre cada cinco minutos y establece cuánto me queda. ¡Observad! —Duke asió un pequeño aparato luminiscente y lo acercó al antebrazo. Al momento una pequeña pantalla se iluminó y él la mostró satisfecho a la concurrencia—. ¿Veis? Dieciséis horas cuarenta minutos es lo que me queda de vida. ¿Verdad que es un tiempo magnífico? Podré dormir sin miedo a que el límite me sorprenda. Cuando uno se acostumbra a ver menos de una hora, incluso minutos, dieciséis horas cuarenta minutos es un exceso, un dispendio, una eternidad. —Duke volvió a reír convulsivamente—. Así somos los condicionados. Disfrutamos de una vida eterna salvo que por cualquier circunstancia inopinada seamos desechados, por bajo rendimiento, traición o... simples hablaturías de un vecino cascarrabias, de todo he visto ya. Vivimos en este encierro permanente del que en raras ocasiones se sale. Pero eso es alto secreto. Sólo los oscuros, que tienen un condicionamiento aún más fuerte, pueden operar en el exterior, y como os podréis imaginar, no revelan nada a nadie, salvo que deseen morir, claro está. En suma, una situación en la que provisto de las combinaciones adecuadas de nuestros polvos coloreados, amigos míos, uno se puede procurar una relajada y paradisíaca existencia. Eso sí, para la correcta combinación de los ingredientes debe desplegarse todo un arte del discernimiento místico.

La tertulia duró toda la tarde, hasta que anocheció. Tras tomar una sopa caliente Duke les mostró dónde podían dormir. Su apartamento era pequeño, pero se había apropiado del colindante. Su anterior inquilino había muerto hacía una década y nadie lo había reclamado. Duke actuó con presteza. Primero falseó la puerta del apartamento. De un día para otro unos albañiles tabicaron el acceso y pintaron la pared de tal modo que nadie habría dicho que allí había una puerta. Después procedió a abrir una desde su propia casa y así arrambló con un buen suplemento de metros cuadrados. No lo tenía amueblado de una forma tan exuberante como su propia vivienda, pero desde que había conocido a Sam, un par de años atrás, ya habían urdido el plan para acoger a varios renacidos en su casa, así que había varios camastros esparcidos en lo que parecía una comfortable mezcla entre sala de estar y

barracón militar.

El vagabundo, Sam, invitó a todos a que descansaran. El día había sido intenso en emociones y a la mañana siguiente iniciarían su adiestramiento en la ciudad. Él por su parte se quedaría hablando en privado con Duke. Tenían mucho qué contarse.

Cada cual eligió una cama y Marl procuró estar ágil a la hora de situarse junto a Jeny. Su atracción por ella no hacía sino crecer y su secreto compartido en relación a Timber había estrechado aún más sus lazos. Marl no olvidaba la consigna de no perder de vista a Timber, pero mientras estuvieran todos juntos, poco sentido tenía su vigilancia.

Tan pronto apagó la luz Duke, todos quedaron en silencio. El mullido colchón sobre el que descansaban representaba una comodidad a la que no estaban acostumbrados, y las emociones y los nervios vividos en su llegada a la ciudad los habían dejado exhaustos. Marl oyó las voces de Duke y Sam conversando, distantes y amortiguadas, en la sala de estar, con algunas risas intercaladas pero que poco a poco fueron apagándose, a medida que hablaban de asuntos más serios, hasta que sólo quedó en un rumor de voces indistinguibles. Con ese sonido, familiar y hogareño, dejó que el sueño lo venciera.

Pero no duró mucho su descanso. Dormía profundamente cuando sintió que algo golpeaba su mano. Abrió los ojos y descubrió que era Jeny, postrada en su cama, alargaba una mano hacia él implorando ayuda. Se incorporó rápidamente y se acercó a ella. Sudaba, su mirada parecía perdida y su temperatura era elevadísima, ardía en fiebre. La calmó, tomándole de las manos y le dijo que iba en busca de ayuda. Seguramente Duke tuviera algo para aliviar aquellos síntomas. Se trataba de un nuevo ataque del proceso. ¿Sería el último? ¿Despertaría ella ya?

Había luz en la sala de estar. Duke y Sam conversaban en voz baja. Ambos mantenían un vaso de cristal, ancho, con un licor ambarino en su interior. Se mostraban serios y taciturnos.

—Sam... es Jeny, creo que sufre un ataque. —Marl explicó la situación.

Sam y Duke se incorporaron. Duke le dijo a Sam que la llevara a una habitación privada de su propio apartamento mientras él preparaba algo que aliviaría la fiebre y el malestar.

Marl sintió un mareo. Deseaba ayudar, pero era como si sus pies habían echado raíces en aquel mismo lugar, resultaba incapaz de mover un solo músculo. Un sudor frío bañó de pronto su frente y un malestar intenso lo obligó a arquearse y apoyar sus manos en el respaldo de un sillón cercano.

¿Qué le sucedía?

Había sido al pronunciar el nombre del vagabundo. «Sam». De pronto una vívida sucesión de imágenes se acumuló en su mente. Veía aquel mismo hombre, ataviado con otras ropas y un aspecto muy diferente. Se dirigía hacia él sonriente, con camaradería. Vivió la escena con un realismo tal que todo cuando había a su alrededor se desvaneció. Estaba en otro lugar, completamente distinto. Era otra

época, otro mundo. Él mismo vestía unas prendas absolutamente diferentes.

Sus piernas flaquearon y se dejó caer al suelo. La visión se desvaneció, y con ella desapareció el cúmulo de emociones y recuerdos que se agolpaban tras ella, como un dique que estuviera a punto de estallar y que mostraba tras sus muros de contención la presumible avalancha que se produciría si su fortaleza flaqueara.

Poco a poco Marl normalizó la respiración, el sudor se secó, el malestar cesó. Cuando llegó a la habitación dónde habían dejado a Jeny, Duke y Sam montaban guardia junto a ella. Dormía. Su respiración regular y su semblante sereno indicaban que descansaba con bienestar.

—¿Qué hacías Marl? Pensé que ya dormías en tu camastro.

—Descansé un poco en la sala de estar...

—¿Tres horas?

## Capítulo 36

Sam despertó temprano a Marl. Le conminó a que se vistiera con rapidez y que no se preocupara por el desayuno. Le informó que Jeny dormía tranquilamente y que Duke se ocuparía de administrar fármacos que harían que el proceso que padecía fuera más llevadero, sin fiebres altas ni dolores. Marl asintió atento a las explicaciones y mientras el resto del grupo aún se desperezaba, él y Sam abandonaron el apartamento.

Regresar a la calle fue como sumergirse en medio del torbellino de un huracán. En la paz del apartamento Marl había descansado del bullicio callejero, pero al regresar a él sintió en toda su psique la presión de aquella mezcolanza de gentes apresuradas. El olor intenso del gentío lo abrumaba. Era una sensación incómoda. No era un olor desagradable, pero era diferente. Comprendió que allí no sólo respiraba un aire mil veces respirado por sus congéneres, también los vehículos que atestaban las calles exhalaban vapores, los transportes aéreos dejaban tras de sí una neblina que poco a poco se posaba sobre los transeúntes, las fábricas lejanas erguían un ejército de chimeneas que emitían cortinas de humo blanquecino o grisáceo... y el cielo era de un color gris tenue a pesar de que no se distinguía una sola nube en todo él.

Sam sabía a dónde quería ir. Optaron por tomar calles más estrechas y menos concurridas. Eran calles sombrías porque la confluencia de enormes rascacielos dejaban un margen tan estrecho que limitaba enormemente la llegada de luz natural. El ambiente enrarecido intimidaba. Era habitual encontrar a personas tiradas en la calle, timadores profesionales que retaban a jugar a incautos que no obstante picaban en sus argucias, vendedores de comida rápida que cocinaban en rudimentarios carros-cocina alrededor de los cuales se congregaban un surtido de parroquianos, y algunos comercios desvencijados de aspecto miserable que vendían todo tipo de géneros. Ocasionalmente pasaban junto a un taller que no dudaba en disponer de toda la calle para acumular sus piezas de recambio o directamente trabajar sobre los artefactos que estuvieran reparando, sin distinguir entre el espacio público y el privado. Había templos por doquier, grandes edificios con aparatosos pórticos de entrada o diminutos altares situados en el rincón más insospechado de la calle. Cualquier esquina servía para erigir un pequeño templete ante el cual los devotos dejaban deslucidos ramilletes de flores o extraños cachivaches. Había menos transeúntes por esos callejones, pero ocasionalmente se cruzaban con patrullas de varios oscuros, que avanzaban siempre en formación militar, emparejados, con la mirada al frente y el rostro por completo oculto tras su máscara.

Cuando desembocaron de nuevo en una plaza concurrida Marl sintió que volvía a sumergirse en un océano humano. Se trataba de una amplia explanada, ajardinada pobremente, que debía no obstante ocultar algún género de construcción subterránea, porque se veían numerosos accesos que se enterraban en el suelo. Aquel espacio abierto y amplísimo, rodeado de rascacielos en todos sus límites, concentraba un

gentío incalculable. En cada uno de sus metros cuadrados se apiñaban al menos dos o tres personas que se desplazaban en direcciones dispares.

—La estación central, —se limitó a comunicar Sam.

Marl comprendió que por las dimensiones de la plaza debía ser una estación enorme. Desde allí partían todos los transportes subterráneos de la ciudad. Duke les había explicado cómo operaban las líneas comerciales, pero cuando vio emerger, del otro extremo de la plaza, un bólido que salía disparado por una línea férrea aérea, que soportada por pilares, recorría el centro de una avenida hasta perderse fulgurante fuera del alcance de su vista, comprendió que se trataba de un transporte soberbio.

—¿Cuánta gente vive en esta ciudad? —preguntó abrumado mientras seguía el paso de Sam, que avanzaba decidido hacia una de las enormes bocas, que como fauces hambrientas, tragaban a la multitud por millares. Marl reparó en la existencia de veloces rampas móviles que permitían a la gente moverse con mayor rapidez y menor esfuerzo y que acentuaban la sensación del apetito voraz de aquellas hendiduras horadadas en el suelo.

—Algunos dicen que cien millones... otros que tal vez mil millones...

Pero Marl dejó de atender las explicaciones de Sam. El ruido de la gente, la maquinaria, el zumbido de los trenes bala que llegaba hasta ellos desde las profundidades de la estación... todo ello contribuía a crear un sonido ensordecedor, bronco, en el que la voz humana apenas era audible. Sam al ver como Marl se entretenía mirando en derredor le instó a que no perdiera el paso.

Bajo tierra la iluminación artificial era intensa, tan cegadora como un intenso día de sol. Acostumbrado a las penumbras de la jungla esa abrumadora claridad obligaba a Marl a entrecerrar los ojos y mirar al suelo. Comprendió por qué la mayoría de los ciudadanos utilizaban todo tipo de artilugios para ocultar los ojos, no sólo gafas tintadas, sino también máscaras de aspecto cristalino, más o menos opacas, que cubrían la mitad o incluso el rostro completo, asemejándose algunas incluso a las impenetrables que portaban los oscuros.

Tomaron un tren. Atestado de gentes, no parecía que el agobio fuera a darles una tregua. En su interior también había vendedores ambulantes y mendigos profesionales, además de la variopinta multitud conformada por grupos de aspecto tribal, ciudadanos vestidos de etiqueta extravagante, individuos de toda clase de razas y etnias. Al final del vagón se produjo un altercado y en una de las paradas una gran cantidad de gente salió al exterior, algunos de ellos peleándose entre sí. La gran mayoría de los pasajeros miraba la escena con indiferencia y hastío. Cuando el tren reemprendía la marcha la disputa cesó abruptamente tan pronto una pareja de oscuros apareció en el andén.

El transporte aceleraba y frenaba progresivamente conforme abandonaba o se acercaba a una estación, obligando a los pasajeros a sufrir un constante vaivén. En cada parada se producía un intercambio ingente de pasajeros que entraban y salían, pero a pesar de lo apretujados que iban, en torno a Sam y Marl se creaba un espacio

abierto, reflejo de la intimidación que sus sencillos ropajes de tela burda inspiraban.

En un momento determinado Sam incitó a Marl a seguirle. Habían llegado a su destino. Se abrieron paso a través de pasajeros y una vez en los andenes tuvieron que localizar las escaleras de salida. Tras un recorrido laberíntico en pos de una multitud que iba en la misma dirección, nuevas rampas móviles los condujeron esta vez hacia la superficie. Habían llegado, y Marl no tuvo duda alguna de dónde se encontraban. Ante él se erguía majestuosa, con una arquitectura gótica a la vez que fantasiosa, la Ciudadela de lo Alto.

Ciertos aspectos de la construcción la asemejaban a una gigantesca catedral gótica, de piedra luminosa, resplandeciente como la nieve, con inmensos contrafuertes que soportaban elaborados estribos y arbotantes, todos ellos abarrotados hasta la exageración de pináculos afilados y gárgolas apabullantes que seguían un sofisticado diseño fractal, sobrecogedor y hermoso a la vez. En sí el edificio central de la Ciudadela, aunque lejano de dónde se encontraban, se asemejaba a la fantasía de un niño hecha realidad, una especie de castillo celestial flotando sobre las nubes, pues al parecer, la base de aquella extraordinaria estructura quedaba oculta por la neblina que envolvía la ciudad entera. A él se accedía a través de larguísimos puentes que emergían de distintos puntos cardinales. Marl alcanzaba a ver con claridad dos de ellos, y apenas distinguía en sus partes más lejanas otros dos como sombras difusas que apenas se adivinaban en el horizonte.

La ciudadela en sí misma era una ciudad dentro de una ciudad, con sus correspondientes muros, eso sí, no tan altos como los que encerraban a aquella muchedumbre humana y los aislaban de la jungla exterior, y sobre ellos se distinguían un sistema de almenas con sus garitas y guardias oscuros. Había edificios tras aquellos muros, todos rutilantes y fantasiosos. Acumulaban un lujo y esplendor que hacían del resto de la ciudad exterior, con sus avenidas y rascacielos, algo tosco y rudimentario. No era de extrañar que el respeto por los senadores aumentara a la vista de esa riqueza inaccesible.

Avanzaron por una amplia avenida que accedía a uno de los pórticos de la Ciudadela. Se trataba de una puerta con un arco de medio punto, de líneas clásicas, sobresaturado de arabescos y cuyas hojas, de brillo metálico, estaban cerradas a cal y canto. A medida que se acercaban a la muralla el tránsito de vehículos disminuía, al igual que el gentío, que poco a poco fue disolviéndose ante ellos como por arte de magia. Cuando faltaban cien metros para llegar a la puerta se encontraban solos en un paseo ajardinado. Los edificios de la ciudad con el estrépito de sus calles había quedado atrás. Estaban adentrándose en otro mundo muy diferente.

Marl se apercibió entonces de algo insólito. Los muros de la Ciudadela no eran del material basto que rodeaba la ciudad, sino de un material mucho más noble. Era metálico, de tal forma que su brillo medraba conforme se acercaban. También acontecía un hecho sorprendente. La atmosfera que envolvía a la ciudadela era distinta. Algo impedía que la contaminación de Póntobar atravesara esos muros, de



hecho agudizando la vista Marl distinguió una especie de cúpula invisible que resguardaba por completo la ciudadela.

—Es el escudo de la Ciudadela, Marl. La única forma de entrar a ese lugar es a través de esas puertas... y si hay alguna cosa que nos pueda permitir acceder ha de ser éste uniforme.

—No intentarás entrar ahora, ¿verdad?

—¿Y por qué no? Si queremos derrotar a los que nos han destruido... no queda más remedio. Hay que intentarlo. Duke es un experto conocedor de todo lo turbio que se mueve en la ciudad. Este es el mejor disfraz que podemos utilizar, el que, después de los oscuros, inspira más respeto, y además son los únicos que pueden entrar en el interior de la ciudadela. El templo principal de la hermandad de los Adoradores se encuentra en su interior.

Sam avanzaba a paso firme y Marl se mantenía junto a él. Estaba claro que no podían aparecer como dubitativos ante la guardia armada que se apostaba en la puerta. Junto al muro, una pequeña edificación albergaba el cuartel. Media docena de oscuros formaban frente a la puerta, alineados como estatuas. No estaban allí todo el tiempo, sólo cuando detectaron que dos individuos se acercaban hacia la puerta habían salido en formación y se disponían a recibirlos. Un oficial los comandaba.

Marl tragó saliva. Cuando se encontraba a una decena de metros de la formación el oficial salió a su encuentro. Una franja de color rojo y amarillo tiznaba su hombro derecho y su casco, lo cual establecía algún género de diferencia con el resto de los militares que carecían de esa marca.

—¿Qué queréis, adoradores? No tenemos ninguna entrada programada en el recinto para esta tarde. —Su voz resultaba apagada. El caso amortiguaba el sonido y le confería un timbre inhumano.

—Tenemos solicitud de nuestros superiores para ser recibidos en el Templo Celestial —repuso Marl, sin mostrar ningún género de intimidación por el aspecto de aquellos soldados. Marl recordó cómo había reducido a los tres oscuros que estaban a punto de prenderle a él y a Nist, semanas atrás, en la jungla.

El oficial chequeó un pequeño dispositivo en su antebrazo, movió con la otra mano una serie de controles y la pantalla se alteró varias veces.

—Negativo. No se tiene constancia de ninguna autorización. Sin ella no podéis pasar. —Su voz resultó tajante, e incluso belicosa. A Marl no le costó imaginar que no les importaría iniciar una bronca para paliar el aburrimiento de aquel trabajo tan monótono.

Sam se quedó mirando el cristal opaco del casco del oscuro, allá donde debían encontrarse sus ojos. Su planta ante el soldado era arrogante. No dijo nada, ni movió un músculo, como si pensara crear un problema a aquel soldado que cumplía órdenes.

—Traigo una importante denuncia ante mi consejo. Me esperan.

—Pues deberás anunciar a los miembros de tu consejo que deben respetar las directivas. Sin autorización expresa de un alto funcionario o un pretor aquí no entra ni

sale nadie.

Sam escupió.

—Bien. Cuando me pidan explicaciones recordaré al oficial que estaba de guardia esta tarde en esta puerta.

Y dicho esto con bastante rabia se volvió y se alejó rápidamente del lugar. Marl se apresuró a seguirle intentando imitar la misma ira fría que destilaba su supuesto cabecilla.

—Esto ha sido una temeridad —comentó Marl cuando ya estaban lo suficientemente lejos de la guardia de oscuros.

Pero Sam hizo un gesto despectivo y no respondió.

—¿No te preguntas cómo se ha podido llegar a esto? —inquirió el hombre al cabo de unos minutos, conforme se iban acercando al bullicio característico de la ciudad.

—Si tuviera algo qué recordar, tal vez. Para mí ahora mismo esto es lo único que existe y ha existido. ¿Olvidas que no recuerdo nada de cómo eran las cosas antes?

Sam cabeceó.

—Hace siglos las cosas eran muy diferentes, Marl.

—¿Hace siglos? No creo que hayamos vivido tanto, ¿no te parece?

—No siempre esta ciudad ha existido de la manera en que la ves ahora, caótica y desenfrenada, con una población desbordada. Según me ha contado Duke hace pocos siglos reinaba un orden muy diferente. Los senadores habían establecido un control férreo al que toda la ciudadanía estaba sometida. Era el imperio de la eficiencia y no había rincón en la ciudad que no fuera reflejo de ese apogeo sin par. Pero se cansaron. Los hombres se revolían una y otra vez contra ese imperio, pese al condicionamiento, y las rebeliones se sucedían sin tregua. Al final los senadores optaron por dejar que el propio género humano sucumbiera a sus debilidades, permitieron todo lo que antes se había prohibido, en aras a la eficiencia y de su propio bien, y la humanidad entera que vive dentro de estos muros se precipitó hacia la vida hedonista, el consumo de drogas, la prostitución, la anarquía, homicidios o violaciones, no hay delito que sea penado por sí mismo porque no existe más que la justicia de los oscuros, arbitraria, particular, incomprensible... los senadores sólo exigen las tasas de productividad oportunas que les permita mantener su hegemonía, y se dedican a exterminar todo género de sublevación contra su autoridad y orden. Una vez debilitada la resistencia era fácil contar con delatores, y así se dio paso a esta sociedad esquizofrénica y débil que observas, y aunque la vida no vale nada y tu existencia pende de un hilo, todos se esfuerzan en exprimir al máximo cada uno de sus segundos. Ahí tienes a Duke, un buen hombre, que vive para evadirse en su mundo alucinógeno cada vez que puede.

—¿Confías en él?

—Por supuesto. Sabe que nosotros tenemos mucho más que perder que él mismo. Ya no espera nada de la vida. Es un hombre agotado que ha vivido demasiado y lleva mucho tiempo sólo. Esta desesperado y lleno de miedo. Querría morir, pero la idea de

la muerte le sobrecoge. Anhela a la vez que teme que cualquiera le delate, como ya le sucedió antaño, y por eso, sabiendo que nosotros jamás podríamos hacer eso, pretende nuestra amistad.

Marl asintió. Estaban llegando a la boca de metro que debían tomar para regresar a la estación central.

Cuando emergieron de nuevo al aire libre anocheceía. Ambos se encontraban exhaustos y hambrientos. La jornada había resultado agotadora. Sam aprovechó un vendedor callejero para comprar unos rollos de carne y verduras envueltos en pan de maíz. Resultó ser una comida succulenta y ambos recuperaron fuerzas para el regreso al apartamento.

El alumbrado público se alternaba con neones agresivos y pantallas luminosas con todo tipo de publicidad. Muchos prostíbulos anunciaban sus servicios con imágenes más que explícitas, pero la gente actuaba indiferente a la publicidad que saturaba las calles. Las bocinas de los vehículos redoblaban por momentos y en ningún momento decrecía la actividad febril de la calle. Si un vendedor ambulante se retiraba otro ocupaba su lugar de inmediato. Los comercios no cerraban nunca. La ciudad insomne bullía.

—¿Nunca duermen? —preguntó Marl al darse cuenta de que daba igual la hora, todo parecía seguir igual.

—Las fábricas no se detienen jamás. Cuando un obrero termina su trabajo otro le reemplaza. El condicionamiento obliga a todos y los senadores aprovechan hasta el último recurso humano para mantener su maquinaria en marcha. Necesitan de nuestra existencia para mantener su estatus y el dominio de su estirpe depende de esta sociedad domesticada. Y es tanta la población que siempre las calles están rebosantes de gentes que van y vienen. No olvides que si no puedes justificar tu existencia de alguna manera, eres eliminado sin compasión. Descansar sin hacer nada es peligroso en esta ciudad, Marl.

—Y por ejemplo, los monjes como nosotros, ¿los adoradores?

—Depuran el sistema. Eliminan a los que consideran inútiles, vagos o perniciosos por alguna razón. A la denuncia de un adorador sigue un castigo definitivo.

—¿Y si no encuentran a nadie culpable de ninguna falta?

—Bueno, me imagino que deben justificar su existencia, ¿no crees? Si su propia vida depende de encontrar individuos que han de ser eliminados... seguro que al final, de una manera u otra, acaban denunciando a alguien.

—Este es un lugar terrible entonces.

—El principal artículo de consumo aquí son las drogas, Marl, de todo género, pero la gente tiene que consumir constantemente para que el miedo o la locura no se apoderen de ellos. Es un mundo desquiciado.

Varias prostitutas se acercaron a ellos sonrientes y seductoras. Marl se sonrojó al observar los cuerpos semidesnudos que se ofrecían ante él al pasar junto a ellas. A continuación varios vendedores de drogas ofrecían paquetitos de diferentes colores,

polvos como los que había enseñado Duke en su casa, pero allí había aún más variedad de colores, intensos y fluorescentes, llamativos como si se trataran de piedras preciosas imposibles de rechazar.

Llegaban ya al apartamento cuando Marl, que se sentía agotado, vio algo que reactivó todo su cuerpo como si hubiera sido accionado un interruptor de encendido. Unos metros por delante dos monjes, vestidos como ellos, se asemejaban enormemente a la figura de Timber y Sando. Iban a cruzarse, pero como avanzaban por extremos de la calle opuestos era muy posible que, entre el gentío, ni se apercibieran de ese encuentro fugaz. Recordó con fuerza la consigna que había establecido con Jeny. Debía seguirlos, ver qué hacían. Tal vez no sacara nada en claro, pero ese deseo pudo más que cualquier otro.

—Sam, sé que estamos junto al apartamento, pero me gustaría dar una vuelta por mi cuenta. No temas por mí.

Sam le miró curioso mientras Marl daba media vuelta y se escabullía en la corriente de los que iban y venían, pero se limitó a dejarlo ir.

\* \* \*

No resultó difícil seguir a los dos monjes que caminaban delante de él. En alguna ocasión dudó de si se trataban de sus compañeros de expedición, pero hubo un momento en el que se detuvieron a observar la mercancía de un vendedor expuesta sobre el suelo y casi chocó con ellos. Los reconoció de inmediato, pero se apartó de la corriente de transeúntes que se deslizaba como un río caudaloso, para evitar pasar junto a ellos, y cuando reemprendieron la marcha él lo hizo de nuevo manteniendo un margen de unos metros de seguridad.

La tensión mantuvo a Marl despierto y disipó el cansancio que arrastraba del día. Habían tomado la avenida principal en la misma dirección en la que lo habían hecho Sam y él mismo a primera hora de la mañana, pero el ambiente era tan distinto que Marl no veía nada que pudiera reconocer. En pocas horas daba la impresión de que todo cambiaba de lugar, y más si se tenía en cuenta que la iluminación nocturna alteraba por completo la fisonomía urbana. Las luces publicitarias, resplandecientes y cambiantes, creaban extrañas sombras en los rostros de los viandantes, haciéndoles aún más impersonales. Nadie renunciaba a sus gafas de sol o sus protectores lumínicos, como si aún estuvieran bajo el sol del mediodía, dotando al gentío de un aspecto inhumano. Sólo ocasionales transeúntes que como Marl, iban a rostro descubierto, contribuían a recordar que todos eran humanos.

Ahora una emoción nueva lo embargaba. Estaba solo y siguiendo a Timber, tratándolo como un sospechoso en un ambiente hostil y desconocido. Acompañado de Sam, seguro de sí mismo y conecedor de antiguo de la ciudad, se había sentido como un turista inmerso en un país desconocido. Ahora, en la soledad de su persecución, todos los hombros contra los que se rozaba, cada vez que solicitaba paso

para que alguien se apartara de su camino, parecía hallarse frente a una potencial fuente de conflictos que no sabría cómo gestionar. No obstante respiró hondo y decidió llenarse de determinación. Timber era su prioridad y desistió de preocuparse de todo lo demás.

Para su sorpresa Timber y Sando fueron a la Estación Central. Aquel torbellino de gentes ya no le impresionó tanto como la primera vez e incluso empezó a sentirse cómodo. Tomaron varias líneas en un viaje interminable que debió de ocupar buena parte de las horas de madrugada. No obstante cuando emergieron a la superficie aún la oscuridad nocturna era absoluta.

Marl sentía que su cuerpo, al ponerse de nuevo en marcha, se enlentecía por momentos. Pese que su atención en Timber era total, sus fuerzas menguaban. Sus piernas caminaban al límite de su potencia y la escasa comida ingerida a última hora del día se demostraba que era claramente insuficiente. Marl se consoló pensando en que cuando regresara al refugio de Duke saciaría con creces su hambruna.

El único temor de Marl en su labor persecutoria era que sus perseguidos se adentraran en zonas poco densas, de tal manera que su presencia pudiera quedar fácilmente en evidencia. Si le reconocían iba a ser muy difícil explicar la coincidencia como fruto de la casualidad. Así que cuando estos temores empezaron a cobrar forma no tuvo más remedio que irse distanciando de Timber y de Sando. A pesar de que toda la ciudad bullía uniformemente, la avenida por la que avanzaban decididos decrecía su tráfico paulatinamente. Las actividades disminuían, los edificios se empequeñecían, hasta llegar a un punto donde toda vida. Una amplia explanada completamente a oscuras se extendía ante ellos. Más allá una silueta asombrosamente reconocible, perfectamente iluminada, como un diamante engarzado en un anillo gigantesco, se delineaba con una claridad deslumbrante, la Ciudadela de lo Alto. Y Timber y Sando avanzaban hacia ella con el mismo paso decidido que Sam y él mismo lo habían hecho unas horas antes. Verse en la misma situación con tan pocas horas de diferencia le resultó desconcertante, inaudito.

Dejó que la distancia entre ellos creciera. La explanada no contaba con fuentes lumínicas, así que Marl se aprovechó de la oscuridad para realizar su labor de espionaje. Apenas distinguía a las siluetas que caminaban delante de él, pero a medida que se acercaban a la fortaleza, los muros de aspecto metálico, iluminados potentemente, ofrecían un contraste que permitía distinguir cómo Timber y Sando conversaban. Ignoraba qué decían, pero por la seguridad del primero y los amagos de detenerse del segundo, daba la impresión de que era Timber el que sabía lo que estaba haciendo y Sando oponía cierta resistencia a sus intenciones.

Llegó un momento en el que Marl decidió detenerse. El reflejo de las luces del muro de la fortaleza que representaba la Ciudadela lo ponía en franca situación de ser excesivamente visible, así que optó por tumbarse en la hierba y otear lo que acontecía desde la distancia. Los minutos en los que ambas figuras tardaron en acercarse al puesto de control de la puerta resultaron eternos. Mientras observaba reparó que

aquel no había sido el acceso al que habían acudido aquel mismo día Sam y él mismo. La perspectiva del edificio central que se erguía en el interior de la muralla y que era claramente visible desde cualquier punto exterior a los muros, era diferente. Marl recordaba ver claramente dos puentes de pilares de arco, como modernos acueductos, que ascendían desde distintos puntos de la ciudadela. Pero desde donde se encontraban daba la impresión que tras la misma puerta a la que se aproximaban surgía uno de aquellos accesos que tras una empinada pendiente, desembocaba directamente en la puerta principal del edificio de aspecto catedralicio.

Timber se encaró con el oficial de guardia y habló con él con aparente seguridad. Tanto Timber como Sando mantenían una gran sangre fría, erguidos y quietos, mientras el oficial acudía a su cuartel. Varios oscuros rodearon a las dos figuras. Los minutos se hacían interminables. Marl se preguntaba qué es lo que pretendía Timber. Además, aquellas horas nocturnas eran las menos aptas para solicitar un acceso al interior. Timber no había tenido tiempo para instruirse en cómo proceder para sortear la guardia de oscuros, y teniendo en cuenta que el propio Sam llevaba años de ventaja sobre ellos en el conocimiento de cómo funcionaban las cosas en Póntobar, su pretensión se antojaba como un imposible.

Algo sucedió. El oficial regresó y se llevó a un aparte a Timber. Conferenciaron. Entonces se volvieron hacia Sando, que había quedado solo entre varios oscuros, y el oficial transmitió una orden. Los soldados se abalanzaron sobre el desprevenido Sando que forcejeó con todas sus fuerzas. Marl sin darse cuenta agarró con fuerza la hierba y enterró sus dedos en la tierra. ¿Qué estaba sucediendo?

El forcejeo de Sando obtuvo éxito, logró liberar un brazo con el que golpeó al otro oscuro que lo sujetaba. Quedó libre y echó a correr antes de que llegaran refuerzos que pudieran prenderlo. Marl observó la rápida escena tenso. Valoró incluso si merecía la pena en acudir en su auxilio, y ya estaba a punto de ponerse en pie y gritar el nombre de Sando cuando una salva de disparos eléctricos alcanzó a Sando por la espalda, que cayó al suelo derregado, como un saco de paja. Quedó inerte, inmóvil, y mientras los guardias caminaban despacio hacia él, Marl sintió que algo en su interior se quebraba. No se molestaron ni en agacharse para comprobar que sus disparos habían abatido mortalmente al joven.

Timber y el oficial habían observado la escena sin inmutarse. Uno de los soldados regresó de la escena mortal e informó a ambos, después se retiró.

Poco después sucedía algo asombroso. La puerta de la Ciudadela se abría para Timber, que se adentraba en ella, solitario y seguro de sus pasos.

Marl poco a poco iba comprendiendo lo que estaba sucediendo. Timber era un traidor. Debía regresar cuanto antes al apartamento para alertar del peligro en el que se encontraban.

## Capítulo 37

Luck se sentía exhausto. La conversación con el señor Pemberton lo había dejado agotado. Incluso largo tiempo después de haberse despedido, Luck rememoraba la conversación con el hombre una y otra vez. En su mente bullía un conflicto que lo atormentaba. ¿Estaba su vida realmente en juego? Las palabras y el tono melifluo de su captor, tan desprovisto de animadversión, parecían imposibles de contener una amenaza tal. Pero lo cierto era que todo indicaba que su vida, al igual que la del malogrado profesor Logan, se hallaba próxima a su fin. ¿Debería haber aceptado aquella fascinante oferta de inmortalidad? Tal vez pudiera hacer frente a la amenaza que implicaban las palabras del señor Pemberton estando dentro de su propia organización, un infiltrado, aguardando el momento oportuno para delatarlos, para destruir sus funestos planes. Pero Luck comprendía que esos pensamientos eran fruto de su debilidad. ¿Quién era él para poner freno a una organización que presumía de un poder ilimitado? Hacía un momento le había mostrado el siniestro alcance de su capacidad de acción, un equipo del CDC eliminado de cuajo. Era una presunción pueril suponer que algún día dispondría de una opción de hacer verdadero daño a esa nueva especie humana. Sería un simple peón, prescindible desde el primer momento en el que se sospechara de su fidelidad. No aceptar ese papel supondría engañarse permanentemente. Sería un colaborador, vil y rastrero. La historia mostraba en todos los tiempos y épocas oscuras de la humanidad siempre había habido personas, anónimas y serviles, capaces de participar en las mayores atrocidades, a veces embutidas de fanatismo y odio, otras de fría indiferencia, presumiendo incluso de la honorabilidad de su conducta. Siempre que había estudiado la historia Luck había mirado aquellos seres con desprecio, pero entonces, en ese momento en el que se sentía profundamente abatido y atemorizado, en el que comprendía que si no cedía le eliminaría de en medio como un vulgar saco de basura en un contenedor, entendió como el mero afán de supervivencia obra el milagro de acabar con todo tipo de escrúpulos morales y cortapisas. Luck se aferraba a Marcie. Permanecer junto a ella entrañaba mantenerse firme. ¿No había resistido ella misma también la misma tentación?

Un fuerte golpe en la puerta sacó a Luck de sus cavilaciones. Alguien llamaba. ¿Era Marcie gritando su nombre? Se incorporó ágilmente y se aprestó junto a la puerta, que golpeó mientras gritaba que se encontraba allí. Pero apenas oía nada del exterior. La insonorización era casi completa. Entonces sintió que algo golpeaba la cerradura metálica. La manilla vibró extrañamente mientras la puerta gemía con un gañido metálico. Luck comprendió. Alguien disparaba contra la cerradura para desbaratarla. Se apartó de la puerta.

Poco después ésta se abría violentamente. Marcie había golpeado la puerta con una potente patada y finalmente había cedido a sus embestidas. Junto a ella se hallaba silencioso el profesor Roy. El sonido del huracán, en el exterior, regresó como una

amenaza sorda. Las ventanas dejaban ver palmeras agitadas violentamente y rayos que caían aquí y allá. Cortinas de agua barrían intermitentemente el campo visual, emborronando las siluetas de los edificios colindantes.

—¿Estás bien, Luck? —Marcie estaba frenética. Armada con sendas *uzis* y ataviada con ropa oscura y ajustada parecía una amenazadora mezcla entre un ninja y Lara Croft. Su pelo rubio, anudado con una coleta, ondeaba parsimonioso mientras le conducía de la mano tras ella. A su lado el profesor Roy caminaba en silencio, absorto, como si hubiera sufrido un *shock*. Apenas le dijo nada, se limitaba a seguir a su rescatadora como un sonámbulo.

Marcie los condujo a lo largo de una amplia oficina acristalada hasta llegar a una ventana en concreto. Los cristales temblaban con cada embestida del viento. Fuera el espectáculo era dantesco. Algunos árboles habían sido derribados. Las farolas y semáforos se agitaban, a punto de ser arrancados de sus anclajes. Las luminarias públicas apagadas hacían más siniestro el panorama. Todas las viviendas que Luck podía observar desde allí, permanecían con las luces apagadas. Todo indicaba que se trataba de un apagón. Algunos relámpagos iluminaban la bahía de la ciudad, mostrando un espumeante mar que parecía tragarse a todas las pequeñas embarcaciones que allí estaban ancladas. Luck pensó que muchas debían haberse hundido tras las embestidas de aquellas aguas.

—Aquí es.

Marcie se desprendió entonces de una mochila que llevaba a su espalda y en la que Luck ni siquiera había reparado. Extrajo arneses y una larga cuerda. Con inusitada pericia aprovechó una columna de la oficina para establecer un anclaje. Después disparó sin compasión contra el cristal de una de las ventanas y éste salto hecho añicos. De pronto los tres se encontraron envueltos en una turbulencia de aire cálido y húmedo. Luck sintió que sus ropas quedaban empapadas por completo en cuestión de segundos.

—¡Vámonos! —gritó Marcie imponiendo su voz sobre el estruendo que llegaba del exterior. Tomó del brazo al profesor Roy y le ayudó a ponerse el arnés. Luck observó que el profesor era lento de reflejos, extraordinariamente parsimonioso. Comprendió que su rostro reflejaba auténtico desagrado, malestar. Algo marchaba mal.

—¿Qué pasa profesor?

Pero el profesor le devolvió una mirada vacía. Parecía contener un sufrimiento indescriptible. Abrió la boca, pero no dijo nada.

—Sam —le dijo Marcie—. Tú sabes cómo hacer *rappel*, ¿verdad? Date prisa, no tenemos tiempo.

Y lo guió del brazo hasta la ventana. Cuatro pisos en caída libre. Luck se estremeció al observar la altura. Sentía vértigo.

—Profesor... —volvió a decir.

Pero Sam le miró con la misma cara de horror, incapaz de decir palabra. Se



descolgó mientras el viento lo empujaba violentamente contra los cristales de las ventanas. En dos saltos llegó al suelo, donde se dejó caer torpemente.

—¿Qué sucede Marcie? —De pronto comprendió—. ¿Dónde está Susan? No nos podemos ir sin ella.

Pero Marcie negó con la cabeza.

—Ahora tú, Luck. No hay tiempo.

Pero antes de que hubiera terminado la frase lo agarró y lo arrastró al suelo junto con ella. Una fracción de segundo después uno de los ventanales junto a los que se encontraban estalló hecho añicos. No había sido obra de la tormenta. Marcie lo empujó violentamente contra el suelo mientras ella quedaba acucillada, oculta tras la columna.

En la oficina había escaso mobiliario. Solo algunas mesas de despacho de aspecto aséptico, con sus correspondientes sillas y algunos ordenadores que hacía pensar en un lugar sin apenas uso o sin estrenar. Desde el otro extremo de la sala se oían voces. Alguien les había disparado.

Y no fue el único disparo. Una nueva ráfaga, apenas audible sobre el rumor del huracán, tableteó haciendo añicos más ventanas. El viento parecía querer sacarlos a la fuerza de allí, tal era el empuje con el que les arrastraba.

Pero Marcie no se amilanó. Luck observó su rostro sereno, calculador. Echó un rápido vistazo a la sala y volvió a parapetarse tras la columna que también servía de soporte a la cuerda que era su vía de escape. Se irguió. Luck no sabía qué hacer pero se daba cuenta de que ella se mostraba completamente tranquila, como si hubiera vivido esa situación muchas veces anteriormente.

Entonces Marcie echó a correr. Luck quiso decir algo, contenerla, prevenirla... ayudarla, pero simplemente tuvo que limitarse a mirar. Marcie corrió oblicuamente, mientras con una mano apretaba el gatillo de su uzi. El aire se llenó de olor a pólvora, la oficina resplandeció por las llamas que despedía el arma. Y mientras disparaba saltó sobre mesas, rodó sobre el suelo, y yendo de un lado a otro, como una fiera que trepa a lo alto por un sendero escarpado que conoce perfectamente, sus armas no dejaron de abrir fuego, segando el aire en direcciones precisas.

No había pasado ni cinco segundos cuando, tras el silencio final, Marcie reapareció junto a Luck.

—Date prisa Luck, no tenemos tiempo.

Luck la miró asombrado. Su semblante era el de siempre. ¿Quién era ella? ¿De quién se había enamorado?

Se puso el arnés torpemente mientras ella le indicaba como manipularlo.

La emoción superaba con creces su capacidad de vértigo. Se descolgó torpemente, pero en pocos segundos había llegado al suelo, junto al profesor Roy, que se había refugiado en un portal cercano. Su rostro permanecía ensimismado, su pensamiento lejos de aquel lugar. Algo terrible había pasado. Luck pensó en Susan. Quizás había sido la primera en ser eliminada.

No sabía qué hacer o qué decir.

Marcie reapareció junto a ellos.

—Han dado la alarma, tenemos que salir de aquí cuanto antes. Esto es peligroso, y no sólo por el huracán.

Caminaron por una calle inundada completamente. El agua rebasaba la altura de los tobillos y andaban de la mano a fin de evitar cualquier riesgo de perderse unos de otros. Parecía imposible que en aquel escenario de pesadilla pudiera darse una persecución a vida o muerte. Pero las armas que llevaba Marcie se lo recordaban a Luck constantemente. Había visto como reponía los cargadores con una pericia consumada.

De pronto una plancha enorme de metal apareció volando directamente hacia ellos con la velocidad de un proyectil. Se arrojaron al suelo mientras retumbaba sobre su cabeza con una especie de aleteo metálico y golpeaba el lateral de un vehículo aparcado, dejando sobre su carrocería una profunda hendidura, como si hubiera sido un cuchillo rebanando una fruta. La plancha desapareció en el cielo como si fuera una simple hoja de papel.

Marcie les hizo señas para que la siguieran. Ella avanzaba en primer término seguida del profesor. Luck cerraba el grupo. De vez en cuando miraba hacia atrás. Temía ver emerger la silueta de sus perseguidores tras cualquier recodo. Se sentía extraordinariamente agotado. No podía creer todo lo que había vivido en los últimos días, pero especialmente, en las últimas horas. Se daba cuenta ya entonces de que nada podría volver a ser igual en su vida. Nada.

Marcie detuvo la marcha. Se encontraban junto a un muro bajo, de color *beige*. Varios coches habían sido arrastrados por la fuerza del viento y bloqueaban la calle, que por otro lado, parecía ser un torrente de aguas bravas. Aunque el caudal corría con fuerza no tenía el suficiente arrastre para convertirse en un problema.

—Hay un coche que se ha detenido unos metros más adelante. No sé si nos han visto. Esperad aquí.

Luck y el profesor se agazaparon tras un sedán grande mientras observaba como Marcie corría calle arriba, escondiéndose de vez en vez tras vehículos que el viento había movido de su posición o incluso volcado.

No lo oyó, pero el resplandor de las uzis de Marcie escupiendo balas iluminó brevemente a intervalos la calle. Alguien replicaba desde unos metros más arriba. De nuevo la silueta de Marcie corriendo de un escondite a otro, avanzando inexorable, hacia sus enemigos. Su sombra amagaba en una dirección y después en otra, pero sus movimientos eran precisos. Ahora correr, ahora detenerse, siempre disparando... y tras una pausa de recarga de munición, otra vez a empezar.

Al final las luces se apagaron. Durante unos segundos que a Luck le resultaron eternos nada supieron de su salvadora. Finalmente la figura atlética de la coleta inconfundible surgió de entre las sombras. Con un gesto les indicó que debían seguirle.

Avanzaron un tanto más y se introdujeron en una zona ajardinada. Un rótulo que el viento había roto parcialmente indicaba que estaban en una propiedad privada. Llegaron a un portal que Marcie pudo abrir con unas simples llaves. Aquel gesto tan prosaico, tan normal y cotidiano, significó para Luck que toda aquella pesadilla era efectivamente real, no era un mal sueño.

Sentía mareos.

Se encontraron en un gran zaguán de un edificio de viviendas, completamente a oscuras. Revestido de mármol, tanto paredes y columnas como el propio pavimento, con diversos espejos cubriendo distintos paños de pared así como por la decoración barroca, Luck comprendió que se trataba de viviendas de lujo. Accedieron a una segunda planta por las escaleras. Los ascensores así como todos los sistemas eléctricos se encontraban fuera de servicio.

Marcie se dirigió directamente a una vivienda determinada cuya puerta principal no tuvo problemas en abrir haciendo uso del mismo manojó de llaves utilizado anteriormente.

—¡Estamos a salvo! —exclamó mientras cerraba la puerta tras de sí y manipulaba los cerrojos a fin de asegurar su cierre.

El profesor Roy se adentró en la vivienda. Estaban en un gran salón que lindaba por un lado con lo que se atisbaba como una amplia cocina y por otro pasillo se accedía a lo que debía ser la zona de las habitaciones particulares. Samuel Roy se desplomó sobre un sillón y, sentado, apoyó la cabeza sobre las palmas de sus manos. Luck comprendió que se hallaba conmocionado.

Una mirada a Marcie bastó para que ella comprendiera la pregunta.

—Susan no resistió, Luck. Se inyectó el preparado. Ya no podía venir con nosotros. La tuvimos que dejar allí, —terminó con un suspiro—. La tuvimos que dejar allí...

## Capítulo 38

Luck pudo finalmente descansar unas pocas horas que más se parecieron a un duermevela. Constantemente su cuerpo se sobresaltaba con gestos espasmódicos, o bien desagradables pesadillas relacionadas con todo lo que acababa de suceder lo despertaban bañado en sudor. Descubrir que la realidad era aún tan dura como lo que había soñado suponía un efecto descorazonador y la tristeza se apoderaba de él cada vez que comprendía que nunca más disfrutaría de la compañía del excéntrico profesor Logan. La ausencia de Susan también suponía un durísimo golpe, y si bien no había fallecido, simplemente atisbar el dolor que despertaba la pérdida en el profesor Roy lo enmudecía.

La imagen del profesor, siempre eufórico y entusiasta, que no se arredraba ante nada, había sufrido una drástica metamorfosis. Luck comprendía que en gran medida, sus juicios habían sido erróneos. Siempre, guiado por habladerías que el propio profesor alentaba divertido, lo había considerado como un mujeriego y juerguista. El tiempo había ido desdibujando esa percepción. Recordaba como ceñía la esbelta cintura de Marcie en la noche de la gala tras la conferencia. Lo había interpretado como un ademán propio de un Casanova experimentado cuando la realidad parecía mostrar que entre ambos existía un lazo más bien familiar. Además, mantenía un extraño matrimonio con Susan Andersson, que si bien no era plenamente formal, aquel abatimiento extremo que había hecho acallado a un hombre tan locuaz y que había arrebatado el brillo de su mirada y envejecido su aspecto de forma fulminante, mostraba su corazón tenía un dueño y ese dueño no era otra persona que la mujer cuyo destino se había escindido irremisiblemente del suyo.

Luck intentó comprender cómo una mujer que siempre se había antojado tan firme y enérgica a la hora de tomar decisiones hubiera podido venirse abajo. Siempre se había considerado a sí mismo como una persona débil de carácter, y sin embargo, sin comprender exactamente los motivos, había elegido morir antes de colaborar con sus enemigos. Suspiró, y tras revolverse en la cama en la que estaba tumbado, intentó dormir de nuevo.

Fuera, el vendaval seguía aullando sin que diera trazas de que fuera a acabar. Las ventanas se sacudían frenéticamente, y parecían a punto de estallar, pero el agotamiento de Luck era tal que todo aquel estruendo no le impedía, de vez en vez, quedar sumido en un profundo sopor.

Una sintonía de teléfono móvil lo despertó. Al entreabrir los ojos observó a Marcie, que lo silenciaba rápidamente. Estaba junto a él, sentada en un sillón. Había sido incapaz de conciliar el sueño y se había mantenido en vela. El resplandor de la pequeña pantalla iluminó el rostro de la joven y Luck se sintió afortunado por sentir su compañía.

—Debemos irnos ya —murmuró—... en cuanto amaine el temporal, pero según parece ya ha pasado lo peor. Tal vez en una hora, con el alba, podamos salir a la calle.

Tenemos que llegar hasta un embarcadero, y si es posible antes de que claree mucho mejor.

Marcie hablaba en susurros y Luck asintió.

Parecía mentira que todavía estuvieran en la misma interminable noche. Sólo hacía unas pocas horas habían abandonado la casa de la bahía Pilchard. Daba la impresión de que se habían trasladado al otro extremo del mundo. ¿Conseguiría Marcie ponerlos finalmente a salvo?

Luck se levantó a beber agua. Una sed sofocante le provocaba malestar. Su camiseta permanecía húmeda por su propio sudor y se preguntó si sería factible cambiarla por una limpia y si el legítimo dueño de la casa se lo permitiría. Cruzó la sala mientras descubría al profesor Roy sentado en la misma postura en la que lo dejó cuando se retiró a una de las habitaciones a descansar. Echado hacia atrás en un sillón amplio, con los brazos extendidos, cada cual apoyado en su respectivo reposabrazos, y la mirada perdida en la tormenta, más allá del ventanal. Una espaciosa terraza en la que macetas y muebles habían sido derribados y en el que imperaba el caos se extendía en primer término. Ocasionalmente los relámpagos iluminaban la ciudad apagada, otorgándole un aspecto fantasmagórico.

Luck optó por no decir palabra. Una vez en la cocina bebió un vaso grande de agua. Cuando regresaba a su habitación el profesor Roy lo detuvo con su voz. Nunca había hablado ni tan despacio ni con tanta gravedad.

—Ha sido culpa mía, Luck. Yo los arrastré hasta aquí. Infravaloré a lo que nos enfrentábamos.

Luck quedó en silencio un rato que le hizo eterno. No sabía si realmente el profesor hablaba con él e iba a continuar su monólogo.

—Profesor... usted ha sido brillante en sus conjeturas, pero de ningún modo podría prever todo lo que ha sucedido.

El profesor Roy meneó la cabeza, negando.

—No. No, Luck. Siempre he sido un poco farsante e irreverente. Lo sé. He triunfado por mis tesis radicales pero... en este caso no puede decirse que la idea fuera totalmente mía. A decir verdad... fue el padre de Marcie el que me la sugirió. —El profesor hizo una nueva pausa. Luck comprendió que se estaba sincerando. Se sentó frente a él mientras la mirada del profesor seguía perdida en la lejanía—. Yo por supuesto que no lo entendí así en su momento, cuando me explicaba la posibilidad de que existiera una nueva especie humana en nuestro planeta y negué la idea... durante mucho tiempo. Era Frank, un amigo mío de mis primeros tiempos de profesor universitario. Sí, el padre de Marcie. Frank Evans y su mujer fallecieron hace un par de años en un accidente y en parte me hice cargo de ella por temporadas, cuando ella no estaba ocupada por sus estudios. Cuando surgió la posibilidad de investigar la incidencia que el CDC mostraba en las Bermudas até cabos en seguida. Comprendí que Frank no estaba esbozando una teoría incompleta para que yo la rematara. Él me estaba mostrando indicios porque sabía la verdad. Él era uno de ellos

y quería mostrar la verdad al mundo. Me estaba utilizando aunque sus pistas eran difusas. Nunca se me ocurrió pensar que la evolución iba a tener lugar aquí. Correteé por medio mundo inútilmente. Finalmente decidí aprovechar la ventaja y enuncié la teoría de la evolución explosiva. Ya estaba acostumbrado a vivir rodeado de polémicas y esta era una más. Pero cuando vinimos hacia aquí alertados por el CDC me hice muchas... Muchas preguntas, Luck... pero preferí ignorar los riesgos y seguir con mi estúpida diversión de ir tirando piedras en todas direcciones a ver qué pasaba. Y ha pasado esto —concluyó con tono funesto.

Luck no supo qué decir y permaneció quieto, mudo, pensando incontables respuestas posibles, pero ninguna parecía ofrecer ningún consuelo. Al poco llegó Marcie y se sentó a su lado. Ambos encontraron sus manos, que se entrelazaron.

La tormenta amainó. El cielo del este empezaba a clarear cuando abandonaron el apartamento. Aún soplaba un viento desagradable a la intemperie, cargado de partículas de agua marina. La ciudad asemejaba una zona de guerra o el escenario de graves disturbios. Todo tipo de enseres rotos se desparramaban por las calles, e incluso los vehículos, volcados o desplazados por la fuerza del viento, contribuían a que la sensación de caos fuera absoluta. Algunas palmeras habían sido derribadas por el viento, y muchas ramas de árbol habían sido desgajadas de sus troncos. Las calles permanecían desiertas, salvo algunos servicios de emergencia como policías, bomberos y ambulancias, que ocasionalmente se desplazaban cautelosos de un lugar a otro, cumpliendo cometidos urgentes. El paseo, que transcurría junto al puerto por donde avanzaban trotando, parecía que había sido devastado por un terremoto.

No tardaron mucho en llegar al embarcadero al que les guiaba Marcie. El panorama allí también resultaba desolador. Numerosas embarcaciones se hallaban medio sumergidas y los pantalanés habían sido sacados de quicio. Corrieron por uno de ellos hasta alcanzar uno de los yates de mayor calado. Marcie les indicó que subieran y hábilmente desamarró el barco y lo arrancó. Las aguas, aunque agitadas, ya no tenían nada que ver con las que habían tenido que enfrentarse horas atrás.

No fue una travesía larga. Se dirigieron haciendo un prolongado arco, hacia una de las islas menores situadas en el mar interior del archipiélago. Se trataba de un islote pequeño, de suaves pendientes arboladas y una discreta casa oculta entre la foresta. Un pequeño fondeadero, vacío cuando llegaron, les permitió atracar. El día clareaba.

Cuando Marcie se aseguró que la embarcación estaba bien sujeta por las amarras y los flotadores laterales que tocaban el muelle en posición correcta, se encaró con Luck y el profesor Roy.

—Bien. Nunca pensé que llegaría este momento... pero él ha pedido que vengáis, así que os he traído.

—¿Él? ¿Quién es él? —preguntó Luck extrañado.

—El señor Ajedrez, por supuesto.

Marcie les condujo por un sendero empedrado hasta el pórtico de una magnífica casa de campo. Una galería de columnas a modo de porche rodeaba la fachada principal de la casa. A través de las puertas blancas y acristaladas, un filtro de cortinas vaporosas tamizaba la vista de un interior cálido, repleto de mobiliario de lujo y decorado con un gusto clásico. Una piscina rodeada de un pórfido elegante y fino se encontraba atestada de hojarasca y ramas que el viento había arrastrado hasta allí. El césped que rodeaba la casa también se encontraba salpicado de los desperfectos naturales que el huracán había provocado, pero ni en la casa ni en las inmediaciones se apercebían graves destrozos.

Marcie abrió la puerta principal sin dificultad, y cuando la cerró una vez dentro, un silencio, como de recinto sagrado, los sobrecogió. Luck comprendió que la casa estaba perfectamente insonorizada del exterior. Era, como si literalmente hubieran sido trasladados de improviso a otro lugar y otro tiempo.

—Seguidme —murmuró Marcie. Su voz sonó solemne.

Aquella casa sin guardas ni servicio alguno extrañó a Luck, que pese al cansancio, no dejaba de tomar nota de todo aquello que le llamaba la atención. Incluso estuvo a punto de preguntar a Marcie si aquella era su casa, dada la familiaridad con la que se conducía.

Cruzaron el espléndido salón que habían visto someramente desde el exterior. Tal como se adivinaba desde el exterior, allí se acumulaba lo mejor de la ebanistería, tanto por la calidad de los labrados como por el material empleado. Sillones aterciopelados, cómodas bruñidas o armarios acristalados, todos relucían como nuevos. Un papel pintado de aspecto clásico decoraba las paredes, por lo demás repletas con óleos diversos, todos retratos de época.

Marcie los llevó seguidamente a través del comedor y de allí pasaron a una amplia biblioteca que estaba sumida en penumbras. Era una estancia alargada, con algunos sillones de aspecto confortable formando un círculo en su centro. Una mesa baja, de aspecto imponente, bellamente taraceada, se disponía en medio de ellos. Algunas mesitas con sus respectivas lámparas estaban estratégicamente dispersas aquí y allá, aunque todas las luminarias permanecían apagadas en ese momento. Igualmente los pesados cortinajes no se habían descorrido aún, por lo que la luz del alba apenas se filtraba por entre sus resquicios. El resto de las paredes de la habitación que no ocupaban ni puertas ni ventanales, estaba revestido por altos muebles atestados de volúmenes. Luck comprendió de inmediato, al echar un vistazo al estante más cercano, de que no se trataba de libros vulgares. La mayoría eran de encuadernación cartoné rematados en piel, cueros que podían tener uno o más siglos de antigüedad. Sus lomos, labrados, con textos dorados, inducían a pensar en ediciones muy antiguas. *Divina Commedia*, leyó en uno de esos títulos que recorrió

con el dedo, como para cerciorarse de que el libro era real.

Marcie les rogó que esperasen allí y los dejó solos. Desapareció en el otro extremo de la biblioteca por una puerta simétrica a la que habían empleado para entrar. Luck se paseó por la estancia mientras el profesor Roy, que seguía en su estado de aturdimiento, se sentó en uno de los sillones y pareció que su mirada se perdía en una visión que sólo él alcanzaba a distinguir. Sus labios se movían, en una conversación imaginaria, pero ninguna palabra brotaba de su boca.

Luck comprendió que seguramente muchos de aquellos libros eran auténticos incunables. Se trataba de una colección magnífica pero sus escasos conocimientos de la materia simplemente le permitían conjeturar sobre ello. Estaba avanzando junto a una estantería cuando de pronto comprendió que no estaban solos en la estancia. Había alguien más allí. Sentado, entre las sombras de la habitación, en un sillón con orejeras, una figura los observaba. De hecho fue al descubrir inesperadamente el brillo de sus ojos lo que sobresaltó al joven. La figura apenas se movía. Tal vez parpadeó y después tomó un vaso de agua de una mesita cercana y bebió un corto sorbo de líquido. Luck se quedó quieto, como petrificado. Poco después una voz emergió de las sombras.

—Tranquilo joven, están en lugar seguro. —Era una voz anciana, sin duda. Frágil, lenta. Luck comprendió de golpe a quién le recordaba esa voz. Al señor Pemberton.

—Puede sentarse aquí al lado. ¿Tendría el gusto de conversar conmigo unos minutos?

—Sí... por supuesto —repuso Luck sin poder evitar el tono nervioso que imprimió a su voz. Avanzó con torpeza entre las sombras hasta situarse junto a un sillón vecino, donde se sentó. El anciano quedaba ligeramente a su derecha.

El hombre permaneció en silencio un largo rato, que a Luck se le antojó eterno.

—Joven, he estado considerando desde hace varios días su relación con Marcie. Ella habla maravillas de usted, aunque no sé si el amor le ha nublado los sentidos... ¿Qué me dice al respecto?

—Marcie... es una chica extraordinaria. Yo... siento un profundo sentimiento hacia ella, señor... ¿Usted es su...? —Luck no quería meter la pata, pero ignoraba por qué debía explicarse ante aquel hombre. Marcie no le había dado ninguna indicación, ninguna pista de la conversación que iba a mantener.

—Soy una persona que la aprecia profundamente. En estos tiempos que corren en los que nuestros clanes se precipitan hacia una desgraciada guerra fratricida, Marcie ha dado muestras de una madurez y entrega poco habituales. Ella es ahora mismo el principal pilar sobre el que descansan mis esperanzas. —El hombre suspiró.

Luck notaba que su visión se iba acostumbrando a la semioscuridad de la habitación. También podía influir que la claridad que procedía del exterior se hacía más intensa, pero lo cierto era que lograba distinguir con más nitidez algunos de los rasgos de aquel hombre de voz venerable. Era extraordinariamente enjuto, de cabello



exiguo y rasgos muy marcados, como si hubiera salido de un campo de concentración donde lo hubieran sometido a desagradables penurias.

—Nuestra historia, como seguramente ya conocerás, está plagada de errores. Verás Luck. Nuestra especie, si es que podemos autodenominarnos tan pomposamente de esa manera, es diferente de los humanos convencionales... Hace varios siglos se nos concedió un don inesperado. En aquellos tiempos, tres siglos atrás, este don recayó inicialmente sobre una familia puritana inglesa, que contempló con asombro cómo uno de sus hijos disponía de extraordinarias capacidades mentales que le permitían inferir cosas que para el resto de los mortales les resultaban completamente opacas. Isaiah Turner, este joven muchacho, fue el primer eslabón de esta cadena. Descubrió que su intuición era prácticamente un don de premonición, en muchos sentidos. Con el tiempo comprendió que este don venía determinado por una capacidad de memorizar detalles de la realidad que al común de los mortales les resultaba desapercibida, invisible. La suma de multitud de detalles de cómo se comporta una persona permiten sospechar a un hombre común si alguien le miente. Para Isaiah Turner la sospecha o la probabilidad no existían, todo eran evidentes certezas. La verdad y la mentira no le resultaban difusas, de la misma manera que prever la conducta humana, sus acciones y pensamientos. Y esto le permitían tener una percepción certera, tanto los flujos de la bolsa como cuál iba a ser el precio final en un regateo en la lonja de pescado. Obviamente este don le permitió progresar rápidamente, tanto que empezó a llamar la atención. La palabra brujería se usaba con mucha facilidad en la Inglaterra de los Estuardo, incluso si uno se encontraba en la capital de una metrópolis como Londres. Había formado una familia cuando decidió huir y fundar una estirpe que progresara a salvo de miradas indiscretas. Esa fue la razón por la que vinieron a estas remotas latitudes. Pero por lo que se ve, la historia de Caín y Abel estaba condenada a repetirse. También entre los primeros hombres superiores, como a algunos gusta llamarse, surgieron voraces discrepancias. Isaiah Turner, era, a pesar de las persecuciones que había sufrido en su tierra natal por parte de los propios puritanos, un hombre de profundas convicciones religiosas y morales... no así su primogénito. Él, que igualmente poseía en herencia ese mismo don, o si lo prefiere, esa particular configuración cerebral que multiplica las sinapsis de forma exponencial, comprendía que el don también implicaba una capacidad imprevista. Empleado desde un punto de vista introspectivo, el dominio sobre el organismo humano era total, hasta tal punto que era capaz de regenerar tejido enfermo o destruido a nivel celular. Estamos hablando de una capacidad de regeneración que virtualmente blindaba su salud frente a enfermedades, tumores, ... envejecimiento. De pronto un regalo aún más importante que el de la intuición preclara se hizo patente para él, la longevidad. Un debate mortal se estableció entonces entre padre e hijo, y tras una disputa que rompió la familia, se acordó no sobrepasar el límite de la mortalidad, que para el progenitor implicaba graves objeciones morales.

El anciano hizo una pausa para tomar un largo trago de agua. Después dejó su cabeza apoyada contra el respaldo, como para descansar... o tal vez para tomar fuerzas y seguir con el relato.

—Obviamente las cosas no quedaron así. La familia creció y su influjo y dominio sobre este archipiélago fue total. No sólo disponían ya de un importante capital, sino que su don permitió desde el principio imponer un orden y mando sobre todo lo que acontecía en este territorio sin que su poder resultara ostensible. Un gobierno perfecto a la sombra, en el que medrar con tranquilidad, sin interferencias del mundo exterior. Isaiah Turner se sentía satisfecho y razonablemente a salvo. Pero su hijo Gregorius, el primogénito, no estaba dispuesto a renunciar fácilmente al regalo que había vislumbrado. En secreto, a espaldas de sus hermanos y su propio padre, fue reclutando entre la prole de la familia, un grupo de adeptos a su forma de percibir el don que poco tenía que ver con los preceptos de Isaiah. La desobediencia a su padre conllevó aparejado, como consecuencia inevitable, nuevos pecados de mayor envergadura. Ensoberbecido por el aura de sentirse inmortal, de pronto el dominio sobre este pequeño archipiélago resultaba ridículo como aspiración para unos seres cuyo destino debía ser necesariamente mucho más digno. Pronto una idea se apoderó de esta escisión secreta de entre los nuestros, la idea de la supremacía. Hace trescientos años se puso en marcha una maquinaria destinada a conseguir el dominio sobre un mundo, que hasta entonces el homo sapiens había dominado sin rivales. Y ese dominio implicaba desbancar indefectiblemente a la actual humanidad de su trono al frente de la creación.

El anciano carraspeó ligeramente y miró hacia Luck, que sintió el brillo de aquellos ojos como una mirada que penetraba hasta el fondo de sus pensamientos. Creyó que tal vez fuera un efecto inducido por su intensidad. De cada pestañeo, de cada pulso en su sien, un tic o un movimiento imperceptible de sus dedos... de todo parecía que era capaz de extraer una certera conclusión sobre él mismo. ¿Qué opiniones obtendría de aquel análisis? ¿Si acaso que era un muchacho relativamente simple volcado hasta hacía poco en una carrera académica más bien mediocre? ¿Pondría alguna clase de impedimento a su relación con Marcie?

—Sí, ya veo que a ustedes les cuesta comprender la magnitud de los retos a los que se enfrentan, aunque tal vez es verdad que tardan mucho en unir los cabos... en comprender que todo está relacionado, en analizar las implicaciones de unos factores sobre otros, causas y consecuencias. Para mí a veces todo resulta tan dolorosamente claro y nítido que... prefiero estar en penumbras... Contradictorio, ¿verdad? —Volvió a suspirar antes de proseguir—. Marcie me contó hace unos días su descubrimiento casual de un mensaje interceptado. No nos ha costado mucho concluir gracias a esa valiosa información la naturaleza del plan de los Superiores. Le explicaré. Aurora es el proyecto por el cual el hombre moderno será desbancado de su feudo y su civilización derribada. Osiris es el cómo se efectuará. Se trata de un asteroide, uno por el que la NASA siente inclinación al estudio, denominado Bennu.

Dada su órbita próxima a la Tierra y que de hecho entraña un infinitesimal peligro de choque con nuestro mundo en el siglo venidero, la NASA ha establecido una misión para investigarlo. La misión Osiris está en marcha. Es una misión que permitirá tomar muestras del asteroide y observar y conocer mejor su órbita. Eso es lo que se ha explicado en los medios de comunicación al público. Pero también tiene un objetivo secreto y terrible. Fijará un pequeño impulsor de escasa capacidad, pero con el devenir de las décadas logrará un objetivo perverso. El impacto contra la Tierra será inevitable a finales del siglo XXII. Observo que se sobresalta al oír esto, pero considere que para personas inmortales un plazo de un par de siglos es algo más que razonable, sobre todo ateniéndonos al objetivo que se persigue. El impacto de un asteroide de ese tamaño contra nuestro planeta tendrá consecuencias devastadoras. Aurora abarca un plan de contingencia que permitirá la supervivencia de los Superiores así como un selecto grupo de colaboradores humanos.

—Algo se podrá hacer... —Luck sentía la garganta seca, apenas podía hablar. La voz serena y lenta de aquel hombre había logrado hacer que el mensaje resultara aún más impresionante.

—Sí, es verdad joven, algo se podrá hacer... Si ellos tienen Aurora nosotros tenemos Hypnos. —Se quedó unos segundos pensativo—. ¿Es usted aficionado al ajedrez?

—No mucho la verdad, sé jugar pero...

—Hay un tipo de apertura muy famosa que se denomina gambito. Verá, los primeros compases de una partida determinan el carácter de cada contendiente. Se puede ser conservador y afianzar cada posición contumazmente, o ser más arriesgado y estar dispuesto a sacrificar piezas con tal de obtener ventajas tácticas, ¿comprende? El gambito trata justamente de eso. Se arriesga una pieza con la esperanza de... obtener otro género de ventaja que permita la victoria final. —El anciano sonrió. Una blanca hilera de dientes relució en la penumbra—. El ajedrez es un juego que esconde muchas metáforas, Luck. Sacrificio. Redención. Sacrificio porque a menudo un contendiente ofrece víctimas propiciatorias como celadas que permiten cobrar piezas aún mejores o propiciar un certero jaque mortal. Redención porque la más insignificantes de las piezas, el peón, en un momento dado, si alcanza el extremo opuesto del tablero, se corona como nueva dama, la pieza más poderosa y temible del juego. Piense en ello. Piense.

Luck quedó en silencio, aguardando a que el hombre concluyera su explicación.

—Sí, sacrificio y redención. Algo de esto tendremos por delante, me temo. Después de todo este tiempo, la partida proseguirá sin mí. No obstante, joven, espero que algún día comprenda el valor de mis palabras y sepa que, al fin y al cabo, el arrepentimiento derivado de reconocer un error e intentar extirparlo también es otro género de redención.

Luck se quedó extrañado por aquellas enigmáticas palabras, pero el anciano calló inesperadamente. Su mirada le traspasó y por un momento se llenó de inquietud. Pero

después un sopor irresistible fue tomando posesión de su cuerpo. Una noche casi insomne donde había estado sometido a peligros y a una intensa presión psicológica, hicieron finalmente mella en él. Sus ojos se fueron cerrando paulatinamente y Luck, justo antes de sumirse en la inconsciencia, se dio cuenta que iba a quedarse dormido.

\* \* \*

—Luck, Luck —Marcie movía los hombros de Luck, que poco a poco iba despertando del profundo sueño en el que estaba inmerso.

—Todo está arreglado Luck, vendrás conmigo.

—¿Dónde?

—Lejos —respondió lacónica.

Luck sintió una repentina alegría. Había dicho que irían juntos. Ella no parecía demasiado contenta, pero Luck hacía tiempo que había decidido que Marcie era lo más importante que había pasado en su vida.

—No sonrías tanto, Luck —le regañó mientras depositaba un cálido beso en sus labios—. Será peligroso, muy peligroso. —Sus labios dibujaban una sonrisa cuando Luck volvió a ver su rostro cercano.

—Me da igual —repuso mientras esbozaba otra amplia sonrisa al ver la alegría de la chica.

—No digas tonterías.

—Por cierto Marcie, ya sé por qué le llaman el señor ajedrez.

—¿Ah sí? —Marcie le miró realmente extrañada.

—Sí. Siempre pone ejemplos de ajedrez para explicar sus ideas, ¿no?

—Pues no exactamente, Luck. Se le llama así porque es el que mejor de nosotros tiene desarrollada la clarividencia. Es capaz de inferir qué sucederá en el futuro de una persona o una sociedad simplemente observando la realidad. El señor Gregorius es prodigioso incluso para mí misma, que tengo esa facultad. A diferencia del resto, él siempre ha sabido interpretar el signo de los tiempos y ha decidido certeramente qué es lo que iba a suceder, preparándonos debidamente e incluso anticipándonos a los acontecimientos. De ahí su sobrenombre.

Luck se quedó de piedra.

—¿Gregorius Turner es el señor ajedrez? —preguntó con un hilo de voz.

—Exacto, sí, ¿cómo es que lo conoces?

—Creo que... estuve hablando con él hace un rato aquí...

—Imposible Luck, nunca sale de su habitación, que está en el otro ala de la casa. Apenas puede moverse. Es muy mayor.

Marcie meneó la cabeza y le miró extrañada pero después le instó a que se levantara de su cómodo sillón. Tenían poco tiempo para llegar a Hypnos, según le dijo apremiante. No había tiempo para hablar.

## Capítulo 39

Marl fue testigo de cómo se llevaban el peso muerto de Sando. Un transporte cargó con él y se adentró en la ciudadela. Las puertas de doble hoja se abrieron brevemente y por unos instantes Marl vislumbró en la penumbra un acceso ajardinado e iluminado en el que no se veía un alma.

Cuando comprobó que todo volvía a la normalidad y los guardias desaparecían en su cuartel o en las garitas situadas a ambos lados de la puerta, reptó alejándose de la zona de claridad de la explanada. Una vez juzgó que estaba suficientemente lejos, se incorporó y avanzó nervioso hacia la linde de la ciudad. En cuanto llegó a la zona habitada y pudo sumergirse en el anonimato de la multitud se sintió más seguro. No tardó mucho en encontrar una boca de metro y allí no le costó mucho orientarse hacia la Estación Central.

El trayecto se le hizo infinitamente largo. Pensaba que ahora que Timber había vuelto sus cartas boca arriba, incluso traicionando mortalmente a uno de sus más fieles acólitos, ¿qué no haría con el resto? ¿Para eso les había salvado la vida, para entregarlos a los senadores, sus acérrimos enemigos?

En estas cosas pensaba mientras los vagones en los que viajaba se vaciaban y llenaban alternativamente. Ya no reparaba en los aspectos excéntricos de las personas ni en las modas psicodélicas. Su pensamiento lo llenaba la idea de salvar al grupo.

Pero la entereza que le sostenía a duras penas se desmoronó cuando emergió de las largas rampas de acceso a la superficie desde la Estación Central. Allí, en medio de la amplia explanada, rodeado de una multitud que iba y venía, en plena madrugada y a pesar de la temperatura fresca, Marl empezó a sudar. Un insólito descubrimiento lo abrumaba. Había viajado anteriormente acompañado de Sam, y no había prestado demasiada atención al camino que habían seguido desde allí hasta el apartamento de Duke. La explanada se asemejaba a un inmenso círculo del cual partían, como radios de un círculo, amplias avenidas atestadas de gentes y de tráfico. Rascacielos, anuncios luminosos, pitidos, gritos, el murmullo incesante de una multitud en movimiento, similar fuera cual fuera la dirección en la cual mirase. Carecía de referencias. Había tanto que ver en sus paseos de ida y vuelta que realmente no se había fijado en nada particular. No había tenido tiempo en establecer una guía, una orientación. Todo había sucedido demasiado rápido. Los rascacielos tenían una arquitectura anónima y funcional, eran parecidos unos a otros. Las avenidas mantenían una anchura similar, e igualmente se hallaban saturados de vehículos. No había patrón que pudiera establecer para diferenciar una de la otra.

No le quedó más remedio que decidirse, pero se sentía desalentado. Comprendía que el fracaso de su regreso urgente a casa implicaba poner en juego las vidas de todo el grupo. No estaba preparado para aquello.

Desalentado inició el camino por una de las avenidas que intuía se encontraba en la misma dirección que había tomado unas horas antes con Sam. Había perdido la

cuenta de las horas que llevaba sin comer ni beber, por lo que un malestar profundo también hacía mella en él y le producía un sentimiento cercano a la claudicación.

Comprendía que aunque la dirección tomada parecía ser la misma que cuando había ido con Sam, eso no quería decir nada. Desde la estación Central no se divisaba la Ciudadela, es decir, no había ningún sistema de referencia claro. Bien podía estar yendo en la dirección diametralmente opuesta a la verdadera.

Algunos de los rascacielos bajo los que transitaba tenían soportales que le resultaban vagamente conocidos, pero había otros locales que juraría no los había visto jamás. De todas formas en su ir y venir con Sam por la misma avenida en la que estaba el apartamento de Duke, se había sorprendido con esas mismas consideraciones, así que dudaba mucho de que su juicio pudiera servirle de algo.

Pasaron varias horas en las que Marl sintió desesperarse. Debía haber llegado ya al portal del apartamento, y no había sido así. No había más remedio que regresar y tomar otra avenida y volver a intentarlo. No se le ocurría cómo resolver aquel entuerto.

En un momento de desesperación decidió preguntar a los vagabundos y vendedores ambulantes. «¿Conoce a un tal Duke?» preguntaba desesperado, pero la gente le eludía, seguramente porque creían que estaba buscando a esa persona para ajusticiarla, y todos respondían con evasivas o directamente que no conocían a nadie así. Cuando Marl comprendió que la gente no veía en él un chico asustado sino a un adorador del cual debían desconfiar y al que temían, comprendió que nunca obtendría ayuda de nadie. Sintió un nudo terrible en el estómago que le provocó una arcada de náuseas. Vomitó mientras la gente circulaba a su alrededor como si fuera un simple árbol plantado en un alcorque en mitad de la acera.

Amaneció. Marl andaba a trompicones. Ya no tenía monedas para pedir un simple trago de agua y se temía que nadie fuera a compadecerse de él. Había perdido la cuenta de las avenidas cuya ruta había iniciado y después vuelto a desandar. Había desechado algunas que con aspecto de ser demasiado anchas o demasiado estrechas, lo suficientemente distintas para no perder tiempo con ellas. Mientras deambulaba casi sin fuerzas, no pudo evitar que sus ojos llorasen.

Cuando no podía más se metió en un callejón más oscuro y con menos público y se dejó caer en un portal. Tan pronto lo hizo sus ojos se cerraron y se sumió en un sueño de pesadillas, intranquilo y nervioso.

\* \* \*

—Eh muchacho, despierta.

Alguien le sacudía el hombro mientras le hablaba. Al abrir los ojos, somnoliento y con sensación de estar enfermo con fiebre, Marl se encontró con una mujer joven que le hablaba. Escasamente vestida, su aspecto resultaba provocador. Unas piernas desnudas bien formadas y atléticas terminaban donde empezaba un breve corsé sobre

el cual vestía una especie de chaleco, y al estar inclinada hacia él, el escote le permitía ver la perfección de unos pechos turgentes. El rostro de la mujer estaba maquillado en exceso, con unos contornos de ojos que combinaban oscuros con amarillos y naranjas, y su pelo llevaba los característicos tintes que metalizaban el cabello. No obstante su mirada agresiva, su voz resultaba amigable.

—¿Eres tú Marl?

Marl se sobresaltó tanto al oír su propio nombre que la chica comprendió en el acto que se trataba de él.

—Un amigo me dio aviso que te podías haber perdido por el barrio, que no eres de esta parte de la ciudad y que quieres llegar al piso de Duke. No hay problema con eso. Sígueme.

Y la chica echó a andar rápida y provocativamente. Seguramente no sabía hacerlo de otra manera, pensó para sí Marl.

Siguieron el callejón por el que se habían introducido sorteando todo tipo de negocios y gentes de dudosa actividad. La extraña pareja creaba el suficiente desconcierto como para que nadie se metiera con ellos, pero Marl recordaba como Duke les había recordado a Sam y a él que no era aconsejable ese tipo de lugares poco transitados.

Cruzaron una avenida de lado a lado y volvieron a internarse en otro callejón oscuro de similar aspecto. Marl comprendió que estaban siguiendo una línea perpendicular hasta alcanzar al avenida donde moraba Duke.

Fue en la siguiente avenida donde la chica se despidió, no sin antes indicarle el camino que debía seguir para llegar al portal de Duke. Estaba cerca.

Marl sacó fuerzas de su flaqueza y echó a correr en pos de la dirección indicada. Ni siquiera se despidió de quién la había salvado. Ya habría tiempo más adelante de dar las gracias.

\* \* \*

La primera sorpresa desagradable con la que se topó Marl fue que la puerta del apartamento no estaba cerrada. Es decir, bastó un leve empujón para que la hoja se abriera sin oponer resistencia. El metal del que estaba formada aparecía deforme en varios puntos. Había sido reventada, y así, aunque vuelta a poner en su sitio, se distinguía la violencia a la que había sido sometida. El corazón de Marl sufrió un vuelco cuando entró en la vivienda. Todo estaba patas arriba, como si hubiera sido el escenario de un combate sin tregua. Los muebles destrozados yacían caídos caóticamente por todo el apartamento, todo se había sometido a un registro concienzudo y devastador, y el resultado era su semejanza a un campo de batalla.

Marl desfallecía. Sintió sobre sí toda la responsabilidad y la culpa de semejante tragedia. Después se llenó de un profundo furor, un sentimiento de rabia como jamás había sentido, que volcó en la traición de Timber. Jamás podría perdonar aquel acto

de ignominia.

Pero la rabia cedió pronto a un sentimiento de impotencia. Pensó en la inmensidad de la ciudad, en lo inalcanzable que se había vuelto Timber, seguramente en el refugio de la Ciudadela, y después consideró sus escasas fuerzas y medios. Apenas podría decir cómo llegaría al día siguiente, cuanto más acometer una venganza como la que se proponía.

Pensó en sus compañeros, especialmente en Jeny, y sintió el remordimiento de haber callado sus sentimientos, de no haberlos expuesto, de no haber desacreditado a Timber ante los demás. Tal vez si hubiera compartido la información con Sam... Se había comportado como un crío inmaduro cuando era mucho lo que estaba en juego.

Encontró una botella de agua fresca en la cocina y la bebió de un trago. Incorporó uno de los sillones y se sentó en él, abatido y agotado. Aunque el cansancio físico le incitaba a cerrar los ojos y dormir, su mente bullía en un tormentoso recorrido que se repetía una y otra vez, donde el sentimiento de culpa daba paso a la tristeza por la pérdida, y de ahí volvía a empezar, una y otra vez, sin que Marl hallara medio de salir de aquellos pensamientos de pesadilla.

Pero de pronto oyó un sonido que tensó su cuerpo como si hubiera sufrido una violenta descarga eléctrica. Procedía del amplio cuarto situado junto a la sala de estar de Duke, la extensión del apartamento en la que se había acomodado todo el grupo. Marl ya había echado un vistazo para descubrir que estaba completamente patas arriba, como el resto del inmueble. Pero si de algo estaba seguro es que allí no había quedado nadie. No se le había ocurrido pensar que tal vez pudieran haber escapado, o tal vez que no estuvieran en el apartamento cuando llegaron los oscuros, o que incluso los espías de Duke los hubieran alertado con tiempo.

En cualquier caso ese sonido había provenido del interior de la vivienda, y la dirección de la que procedía indicaba el amplio cuarto al que se dirigió de inmediato.

Los camastros estaban volcados, al igual que todo género de mesas y sillas o cualquier otro enser. Cojines y colchones habían sido rasgados, el suelo estaba repleto de fragmentos de cerámica y cristal pues todo lo que pudiera considerarse posible escondrijo o recipiente de algo había sido destruido para verificar su interior. Todos los enseres personales de Duke yacían descompuestos por doquier.

Marl contuvo la respiración, aguardando que el sonido volviera a repetirse. La espera se hacía interminable. Estaba por abandonar la idea de que hubiera oído algo. Revisó cada uno de los rincones, cada uno de los posibles escondrijos bajo montañas de sábanas y mantas desperdigadas o colchones arrimados en esquinas. Tras una intensa búsqueda concluyó que allí no podía haber nadie. Tal vez su imaginación le había jugado una mala pasada.

Pero ya abandonaba el cuarto de nuevo cuando volvió a oírlo con claridad. Un golpe sordo, como procedente de un mueble hueco, que llegaba hasta él amortiguado por un objeto que se interponía. Marl entonces se fijó en las paredes. Todas lucían un papel pintado con filigranas y arabescos de tonos azul marino y verde oscuro. Era una



decoración sobrecargada la que le gustaba a Duke, pero aquel dibujo endiablado que se repetía indefinidamente obligaba a la vista a dejar pasar sin apercebirse muchos detalles. Cuando Marl se obligó a un escrutinio más intenso descubrió que el papel ofrecía una discontinuidad apenas discernible, un hueco del grosor de un filamento de un cabello dibujaba la silueta de una puerta.

El golpe volvió a oírse de nuevo. Había sido allí mismo. Marl golpeó la pared en ese punto y al momento comprendió que ese era el lugar. Allí, frente a él, a diferencia de los tramos de pared colindantes, el golpe le devolvía un eco sonoro en vez de un sonido apagado.

Palpó lo que debía tratarse de una puerta invisible una y otra vez sin encontrar medio alguno de abrirla. Pensó en usar la fuerza, pero tal vez eso bloqueara el mecanismo y fuera una mala solución. Optó por aplicar fuerza en puntos diversos de la falsa pared. Para su sorpresa un leve «clack» la avisó que un mecanismo se había liberado. Se apartó y poco a poco una puerta se abrió ante él. No era un gran espacio, un simple armario, pero Duke mantenía allí sus posesiones más preciadas en muebles con numerosos cajones que atiborraban el estrecho espacio de arriba abajo. Y precisamente en el suelo, tendido y ensangrentado, yacía acurrucado Nist. Su semblante pálido miraba hacia Marl pero su boca casi no tenía fuerzas para articular palabra.

Marl preparó un camastro con el colchón que halló en mejores condiciones y con toda la delicadeza que pudo trasladó a Nist al mismo. Estaba malherido y su cuerpo parecía desmadejado. Observó que junto al muchacho descansaba un arma, una pequeña pistola de pulsos eléctricos, similar a la que utilizaban los oscuros.

Inspeccionó el cuerpo de Nist pero no mostraba signos visibles por los que hubiera sido herido, salvo por el hecho de sangrar profusamente por la boca. Diversos puntos de quemadura en la ropa revelaban que había sido alcanzado por descargas de la mortífera arma. La piel mostraba contusiones moradas en esos puntos, pero resultaba evidente que el daño principal afectaba a los tejidos interiores. Marl no sabía cómo aliviar el dolor de Nist. Tal vez algunos de los polvos de Duke sirvieran.

—Marl...

Nist había recuperado la consciencia, lo suficiente para abrir los ojos y reconocerle.

—No te preocupes Nist, cuidaré de ti.

Nist movió la cabeza. Marl no comprendía lo que quería decir.

—Nos atacaron de improviso. Duke recibió un aviso, pero ya no teníamos tiempo para huir, así que nos parapetamos en el interior... apenas pudimos hacer nada. Eran demasiados. Menos mal que tú, Timber, Sando y Sam no estabais.

—¿Sam no estaba?

—Salió a buscarte. Ayer te fuiste a dar una vuelta y no regresabas así que él se sentía responsable... —A Nist le costaba terminar las frases largas y a menudo hacía pausas para tomar aire y añadir palabras—. Salió al mediodía porque la búsqueda que

había iniciado Duke con sus contactos no daba resultado. Timber y Sando también salieron ayer noche a dar una vuelta y aún no habían regresado...

—Fue Timber el que nos traicionó. Lo vi con mis propios ojos, Nist. —Marl no pudo contenerse. Pensó que Nist merecía saber al menos eso.

Nist resopló con fuerza. Era imposible saber qué cosas pasaban por su mente.

—¿Qué fue de los demás? ¿Qué sabes de ellos?

—Marl... los demás murieron. Cuando me alcanzaron Duke me ocultó en su gabinete secreto. Los demás murieron...

Marl sintió que su propia existencia se hundía en pozo oscuro y frío. La noticia lo dejó desolado.

—Jeny no. A ella se la llevaron. Desde el interior del escondite existe un circuito cerrado de televisión. A ella se la llevaron... lo vi.

Marl suspiró. Al menos Jeny estaba viva. Pero resultaba imposible sentir el más mínimo alivio contemplando a su amigo en tan lamentable estado.

—Nist, descansa... debes recuperarte. Debo buscar un médico cuanto antes. —Marl sentía que estaba a punto de llorar. La desesperación por no saber qué hacer por Nist lo abrumaba.

—No, Marl... No... hay algo que Jeny me dijo a mí cuando supimos que los oscuros venían a por nosotros... Jeny despertó, Marl. —Los ojos de Nist se abrieron, como haciendo un esfuerzo por transmitir sus palabras incluso a través de sus pupilas —. Su nombre es Marcie.

Marl sintió una descarga de adrenalina brutal en su riego sanguíneo. Aquel nombre provocó una avalancha de recuerdos e imágenes. Esta vez se trataba de un torbellino inabarcable, incontenible. Intentó como en ocasiones anteriores detenerlo, frenarlo, retroceder, pero sus intentos por relajar la mente y evitar aquel vórtice huracanado que barría su consciencia resultaban por completo inútiles.

Nist no se daba cuenta de lo que le sucedía a Marl. Siguió hablando pero sus palabras llegaban como ideas borrosas a su interlocutor que, imbuido por un vértigo incontenible, apenas podía mantenerse erguido junto al moribundo.

—Marl... Marcie me dijo que no todo estaba perdido, que aún había esperanza... Que el plan de Gregorius se había cumplido según sus designios, pero para que culminase tú debías entregar tu vida... deberías inmolarte...

Las palabras de Nist rebotaban en los oídos de Marl con un eco diabólico, como si de pronto hubiera sido trasladado a un escenario donde sueños absurdos se hacen realidad. A medida que Marl iba recordando quién era, con todo lo que ello implicaba, un espasmo nervioso paralizaba sus pulmones y hasta su propio corazón. Sentía que estaba al borde de la muerte. Su verdadera identidad luchaba por recuperar el control de su cuerpo, pero mientras emergía, la mente sufría un colapso total.

Antes de caer desvanecido las últimas palabras de Nist parecieron ser las de su propio epitafio.

—Marl... Marcie me dijo que te amaba. Debía decírtelo... debía... Ella lloraba

Marl... Ella... lloraba... por... ti...

## Capítulo 40

Marcie los había introducido en el aeropuerto por la zona de carga de mercancías. Un operario que lucía un mono gris con manchas de grasa se había sincronizado con ella y facilitado la apertura de una reja de control de vehículos de carga. Se dirigieron a una zona de las pistas alejada de la terminal principal y de los aviones de pasajeros, al norte de las instalaciones. Un piloto, un hombre de barba recortada y gafas de sol Ray Ban, que vestía pantalones azul marino, camisa blanca y corbata oscura, al pie de un *jet*, aguardaba su llegada. Subieron rápidamente, sin apenas saludarse, y tras ellos el piloto cerró la escotilla. Sin dilación se instaló en la cabina. Luck oyó como establecía contacto con la torre de control solicitando pista para despegar. Las turbinas de los motores empezaron a girar, inundando la cabina con un rumor sordo.

Jirones de nubes grises conferían al atardecer un tono melancólico. Qué diferente le resultaba a Luck aquel mismo aeropuerto del que recordaba a su llegada. Recordó como apenas tres semanas antes habían aterrizado en la isla. Faltaban, ahora que abandonaban las Bermudas, Susan y el profesor Logan. Sintió un vacío en su pecho al recordarlos y la tristeza se apoderó de él. El propio profesor Roy era una sombra de sí mismo. Parecía a punto de llorar. Su mirada lo decía todo. No encontraba palabras de consuelo que pudieran ser pronunciadas. Se sentía incapaz de decir nada. Marcie, en ocasiones, le murmuraba algo o le daba un largo abrazo mientras los ojos del profesor dejaban escapar sendas lágrimas de dolor. Pero callaba. No decía una palabra que mostrara su dolor. Simplemente se dejaba llevar como un anciano enfermo, incapaz de discernir dónde está.

Ir a Hypnos. Era toda una incógnita. ¿Qué lugar era ese? ¿Cuál era el plan de ese extraño personaje, Gregorius Turner? Había sido él el que había desencadenado la stirpe escindida de los Superiores, casi trescientos años atrás, desatando una guerra fratricida y auspiciado una conjura destinada a acabar con la humanidad, a arrebatarse el planeta a los hombres y destruir su civilización. Él mismo que había provocado la escisión era ahora el principal defensor de la humanidad... ¿cómo se explicaba eso? Había hablado de arrepentimiento, ¿por qué?

Aurora. Un plan frío y calculado, desde hacía varios siglos, al que aún le quedaban más de un centenar de años para que pudiera concretarse. La inmisericordia de aquella maquinación entrañaba una maldad que Luck no podía comprender. Aún no entraba plenamente en su cabeza que todo ello fuera algo cierto y real. Sin embargo la muerte del profesor Logan, su propio secuestro y los relatos que les habían sido revelados convertían todo lo acontecido en una historia que le costaba asimilar. Resultaba extraño. Todo lo era. Incluso su amor por Marcie estaba ensombrecido por lo que desconocía de ella. Y si todo era cierto, ¿quién era él, qué tenía de especial Luck Wright, que pudiera atraer a una chica que ostentaba unas habilidades cercanas a los poderes de los superhéroes de los comics? Parecía una relación destinada a sufrir serias descompensaciones. No conocía a Marcie pese a

que, no sabía cómo, en su interior una fuerza poderosa le hacía ver con claridad que sin ella la vida no merecería la pena. El amor era un vínculo de una naturaleza poderosa capaz de salvar una distancia y unas diferencias aparentemente insuperables.

Abatido, centrado en pensamientos nada alentadores, observó como el avión iniciaba su lenta rodadura sobre el asfalto de la pista.

Marcie. Su mirada clara, sus rasgos perfectos, así con delicadeza las manos del profesor Roy mientras le miraba a los ojos y le intentaba consolar. Su voz, como un arrullo tierno de una madre a su bebé, apenas llegaba a sus oídos, por lo que no podía sino adivinar qué le estaría diciendo al hombre destrozado que tenía ante sí.

Cuán equivocado había estado con el profesor Roy. Una vez más se daba cuenta de los banales que pueden llegar a ser los juicios sobre las personas que nos rodean, incluso aunque creamos que las conocemos bien y que las hemos catado certeramente. La fachada fantástica del profesor Roy era simplemente una máscara que escondía los sentimientos más profundos. Tal vez aquel comportamiento de *enfant terrible* al que sometía al mundo académico no era sino la respuesta infantil al desplante que Susan Andersson, el amor de su vida, le había dado a los pocos años de casarse. Él seguía enamorado, a pesar de todo, y su notoriedad no sería si acaso un reclamo, un protagonismo público desmedido, destinado a recuperar a la mujer de sus sueños, una manera de decir, «Aquí estoy y el mundo me admira. Algo debo tener».

Luck suspiró. Tal vez nunca sabría la verdad. El profesor Roy había sido estudiante de teatro. Tenía una facilidad metódica en encubrir lo que pensaba. Actuaba en todo momento, adoptando poses, palabras, actitudes, propias de un actor sobre un escenario. Pero en esas horas funestas en las que sentía había perdido a Susan irremisiblemente, donde no tenía energía ni ánimos, no había máscara que ocultara su debilidad.

Luck sospechaba que en cuanto se recuperase borraría de su memoria esas horas como si nunca hubieran existido. Simplemente diría que algo le había sentado mal o que le habían administrado una droga. Disimularía ese sufrimiento bajo una alfombra interior y volvería a ser el que era. Pero ahora, con todo al descubierto, Luck sintió una profunda pena por el profesor. Las cicatrices quedarían escondidas de las miradas ajenas, al igual que el dolor. Sí, seguiría adelante como si nada hubiera pasado y el profesor Roy, aventurero y de corazón de hierro, seguiría recorriendo el mundo en pos de nuevos retos.

Pero... ¿qué retos? Después de lo que sabían estaban en permanente peligro de muerte. Las palabras del señor Pemberton habían sido muy claras al respecto. No dejaban cabos sueltos. El problema que suponía el equipo del CDC ya había sido zanjado expeditivamente. Sólo restaban ellos tres. ¿Qué clase de futuro podría esperar? Si era cierto lo que había insinuado en la conversación mantenida en el cuarto blanco, su poder alcanzaba todas las instituciones importantes del mundo. El hecho de haber averiguado lo que el equipo de investigación de Atlanta estaba

descubriendo demostraba una capacidad sorprendente de atajar cualquier amenaza. Luck sentía que una sombra se cernía sobre su existencia. Mientras el avión rodaba por la pista consideraba que no dejaba un peligro atrás, sino que afrontaba uno aún mucho mayor y más incierto. Vivir clandestinamente, de incógnito, tal vez incluso fuera de su propio país. Y aún así... ¿cuánto tiempo podría escapar de esa gente?

El avión efectuó un último giro y aceleró abruptamente. Segundos después Luck observaba como la pista se alejaba progresivamente. Poco después, las islas Bermudas, con sus verdes salpicados de casas, remachados sus contornos por playas de arena clara y reluciente, fueron quedando atrás, como pensamientos que han pasado fugazmente por la imaginación, pero que incapaces de ser retenidos, se olvidan irremisiblemente, así el océano las disipó en la distancia.

Hypnos. Gregorius Turner parecía muy seguro de que su jugada, su gambito, tendría éxito. Había hablado de sacrificio y redención. ¿Qué clase de sacrificio y qué clase de redención? Incluso la conversación mantenida parecía, cuantos más minutos pasaban, más irreal y fantasiosa. Marcie insistía que había sido imposible ese diálogo, por lo demás tan claro en su memoria. La mera existencia de la duda, de la certeza de que aquel hombre no había salido de su habitación, junto con el hecho de sentirse agotado y sucumbir a un sueño profundo finalmente, le hacía considerar que tal vez aquello no fuera sino un mero pasaje onírico que su mente había recreado mientras dormía, extenuado mentalmente por todos los percances sufridos. ¡Pero era un sueño tan vívido!

—Háblame de Gregorius Turner. —Solicitó a Marcie cuando ésta finalmente se sentó junto a él. Parecía agotada. Era como si la máscara de la eficacia y la seguridad hubiera sido finalmente apartada de su rostro, y ya relajada, mostrara lo que verdaderamente sentía. Luck asió su mano con fuerza. Ella también lo necesitaba a él. Su mirada mostraba gratitud.

—Gregorius Turner es el hijo primogénito del primero de nosotros, Isaiah Turner, el padre de la Primera Estirpe. Gregorius se enfrentó a su progenitor, aquí, cuando ya estaban establecidos en las Bermudas, a principios del siglo XVIII. Representó la escisión de la estirpe, aunque Isaiah, en ese momento, desconocía por completo las consignas de su hijo. Éste se había dado cuenta que nuestras capacidades podían volcarse en una dirección insospechada, el control absoluto de nuestro cuerpo a nivel celular. La posibilidad de regenerar tejidos dañados, por enfermedad o por cualquier otra causa, alimentaba la esperanza de que podrían ser inmortales. Esa perspectiva les brindó unas posibilidades y ambiciones que chocaban frontalmente con las creencias de Isaiah, un hombre de ascendencia puritana que interpretaba nuestros dones como una gracia divina que debía ser correspondida con un comportamiento altruista. Gregorius entonces reclutó, poco a poco y en secreto, a gente para su causa hasta que, una vez desaparecido el fundador de la estirpe por muerte natural, se mostraron a la luz. En aquel momento Gregorius, al ser el primogénito, gozaba sobre todo el linaje de una significativa ascendencia. Fue incorporando uno a uno a su programa y

relegando a los que no se dejaban seducir por sus ideas. Los Superiores nacieron en secreto pero su número no dejó de crecer incesantemente.

Marcie suspiró, como si contara una historia familiar de la cual se avergonzara. Se veía que era algo desagradable, pero que quería compartir con Luck cuanto antes. Era un secreto que los separaba y Luck se emocionó al comprender la razón de la sinceridad de Marcie. Apretó con ternura su mano mientras ella proseguía el relato.

—Más tarde surgiría la confrontación. Resultaba evidente que Gregorius y una serie de acólitos estaban alcanzando una longevidad inexplicable. Se trató de una confrontación fría, en la que nuestra rama fue desgajándose y reduciéndose poco a poco. Mis padres abandonaron la isla al nacer yo. Querían protegerme de ese enfrentamiento, y también educarme alejada de las tentaciones con la que la gente de Gregorius iba ganando adeptos. Ahora los míos estamos en franca minoría, apartados del poder, ninguneados... sabemos que los superiores preparan un plan terrible para imponer un nuevo orden...

—Lo sé. En mi ensoñación Gregorius me hablaba de la misión Osiris. —Marcie miró sorprendida a Luck. Ella aún no le había revelado esa información, pero Luck le instó a seguir.

—Y, ¿cómo es que es Gregorius es ahora vuestro aliado? —preguntó Luck.

—Sí, es sorprendente. Tardamos años en aceptarlo. Un día, hace un par de décadas, se presentó ante uno de los nuestros... Yo era muy pequeña por lo que desconozco los detalles de la historia. Nos reconoció que se había equivocado y que era preciso hacer algo para enmendar sus propios errores. Al principio se desconfió, pero uno a uno fue desgranando cada uno de los secretos que hasta la fecha nos habían ocultado. Era información valiosa que nos permitió sobrevivir e incluso cobrar fuerza... y esperanzas. Explicó que había renunciado a la inmortalidad y a su plan. Los superiores intentaron acabar con su vida... y de hecho les hicimos creer finalmente que lo habían logrado. Muy pocas personas saben quién es en verdad el señor ajedrez.

—Tú me lo has contado, Marcie.

—Sí... pero eso va a dejar de ser importante a partir de poco tiempo, me temo... es algo que... presiento.

—¿Explicó por qué se había arrepentido?

Marcie asintió.

—En su introversión no sólo estaba mejorando su propia salud, sino también sus cualidades mentales progresaban paulatinamente. La premonición fue una de ellas, hasta tal punto que era capaz de urdir verdaderas maquinaciones tendentes a generar conflictos, o acabar con ellos, de una manera sorprendente, en cualquier lugar del planeta, con una astucia y efectividad maquiavélicas. Con leves acciones era capaz de provocar desequilibrios insospechados. Según él, todo está relacionado, de tal manera que tirando del hilo más insustancial, se pueden lograr efectos devastadores en el lugar más alejado del planeta. Sólo él es capaz de ver esos hilos, Luck. De esta

manera, en su día, urdió el plan de los Superiores. Coligió el avance exponencial de la ciencia, que se iniciaría a finales del XIX, y se dio cuenta que tarde o temprano el progreso permitiría fulminar a la humanidad selectivamente. De acuerdo con ello los superiores trabajaron con disciplina extendiendo su dominio sobre gobiernos y naciones. Pero de pronto Gregorius fue capaz de ver más allá del momento en el que su estirpe ejerciera la supremacía sobre el mundo. Fue una visión, que incluso a él, obsesionado con la poder y el dominio, le resultó terrible.

—¿Y eso fue lo que le hizo desistir? ¿No habría sido más fácil destruir su plan desde dentro?

Marcie asintió.

—Lo intentó... pero para entonces sus pupilos se habían hecho con las riendas. Se vio obligado a desistir... a huir.

—El señor Pemberton...

Luck pensó que un nuevo misterio se agregaba a toda la trama, ya de por sí, increíble. Imaginó a los miles de millones de personas del mundo viviendo su día a día, preocupados y entretenidos en afanes más o menos pueriles, mientras un grupo de seres más inteligentes tendía sobre ellos un manto de negrura, de oscuridad, que acabaría con todo y con todos. Una hecatombe de la que surgiría una nueva civilización, esta vez no humana, al menos, no la humanidad que él conocía. El tiempo no era un problema para eso. Seguramente él jamás llegaría a ver ese cambio. Finales del siglo XXII, recordó. ¡Qué lejos parecía esa fecha! Al menos tan lejos que incluso hacía que todo pareciera irreal. Nunca lo vería.

Marcie retomó la conversación mientras miraba por la ventanilla.

—Lo único que sé es que nos dirigimos al sur de las montañas rocosas, cerca de Los Álamos. Allí está nuestro punto de recogida. Ignoro en qué consiste el plan de Gregorius denominado Hypnos porque no se ha permitido a nadie, fuera de sus instalaciones, revelar en qué consiste. Nunca he estado allí... sólo deduzco que... de alguna manera, va a representar para todos nosotros... un sacrificio. En parte no quería que vinieras conmigo por eso, Luck.

Luck sintió que una corriente eléctrica recorría su cuerpo. Las palabras de Marcie coincidían con las del anciano. Las preguntas referentes a cuál era el objeto del sacrificio y de la redención adquirirían un nuevo sentido, al caer en la cuenta de qué él iba a formar parte protagonista e involuntaria de aquella oblación.



## Capítulo 41

El *jet*, un Gulfstream 550, tenía como destino final Los Ángeles. Según pudo saber Luck, acudía a recoger a una importante estrella de Hollywood que iba a descansar a su mansión de las Bermudas. Aquel vuelo no tenía previsto realizar oficialmente ninguna parada técnica hasta su destino final, pero sin embargo todo estaba preparado para realizar una breve escala en un remoto rincón de las estribaciones sureñas de las Montañas Rocosas, un lugar indeterminado al oeste de Los Álamos, Nuevo México. Era algo que Marcie y los suyos habían arreglado a espaldas de los controles de pasajeros del aeropuerto de las Bermudas. Aquel escondido lugar era su destino.

El avión inició, cuando llevaba más de tres horas largas de vuelo, maniobras de descenso y aproximación a un aeropuerto. Luck se entretuvo contemplando el paisaje cada vez más cercano mientras el avión efectuaba un amplio giro, seguramente para encarar la pista. Un valle verde, despoblado, se extendía como una alfombra impecable, y a su alrededor las cumbres de montañas cubiertas de bosques pintorescos rodeaban aquel paraje idílico. No se veía ninguna construcción, sino un territorio salvaje, tal vez un parque nacional, pensó Luck. Un pequeño cauce trazaba un recorrido caprichoso cruzando el valle de lado a lado. Se trataba de un lugar desprovisto de rastro alguno de civilización. Luck se tomó la molestia de mirar por la ventanilla contraria y el paisaje no difería en nada del otro. Algún camino de tierra, pero ni siquiera carreteras, era la única indicación de presencia humana por aquellas latitudes. El avión estaba cada vez más próximo al suelo, pero Luck no observaba nada por delante que indicara que se tratara de un aeropuerto. Finalmente, cuando la toma de contacto con la tierra era inminente, una pista de tierra apelmazada surgió casi en el momento de aterrizar. Inmediatamente las turbinas invirtieron el giro y el piloto activó *spoilers* y frenos. La aeronave frenó con brusquedad en un intervalo de tiempo sorprendentemente corto y los pasajeros sintieron el tirón de la frenada. El piloto no tardó en emerger de la cabina.

—Rápido. No tenemos mucho tiempo.

Los tres pasajeros descendieron a una planicie de tierra apelmazada. En todas las direcciones que mirasen podían contemplar un valle fértil, lleno de prados, en los que no se distinguía ni una sola construcción. El *jet* aumento la potencia de sus motores e inició una lenta maniobra de giro de ciento ochenta grados. Cuando encaró la pista en la que había aterrizado aplicó la máxima potencia a sus motores, y con un rugido voraz se despidió de los tres pasajeros, que miraron perplejos como el avión ascendía raudo hacia las nubes y se perdía pronto de vista entre varios cirrocúmulos.

Luck sintió frío. Sin duda estaban en una meseta elevada. La brisa del oeste era seca, pero muy fría. Echó de menos alguna ropa de abrigo. Acababan de abandonar unas islas de clima templado y ahora se encontraban en un ambiente de alta montaña. Miró a Marcie y le interrogó con los ojos; «¿Y ahora qué?». Pero Marcie se encogió

de hombros. Había que esperar.

Marcie y Luck se sentaron junto a una roca que aún acumulaba algo del calor del sol del mediodía. El profesor Roy permaneció todo el tiempo en el mismo sitio en el que se había acomodado cuando el avión se fue, sentado con las piernas cruzadas, absorto en su pena. Luck y Marcie se mostraban impacientes, mirando en todas direcciones, preguntándose qué debían hacer, pero era la chica la que tenía las ideas más claras.

—Si nos han dicho que esperemos, esperaremos.

Luck sentía un hambre felina, pero no decía nada.

Y esperaron varias horas. El cielo primero adquirió un tono de azul oscuro y Venus fue el primer punto luminoso que irrumpió en el firmamento. Poco después las estrellas, tímidamente al principio, fueron ocupando un lugar sobre un fondo cada vez más oscuro. La densa aglomeración de astros de la Vía Láctea cobró un protagonismo espectacular.

De pronto la lejana luz de unos faros de coche irrumpió en el valle. Era la única señal de un ser humano que habían visto en todo el día. No podía ser una casualidad.

El vehículo avanzaba en su dirección lentamente según su percepción. El carretera de tierra era accidentada e incluso de lejos se percibía el bamboleo de las luces subiendo y bajando, esquivando baches y siguiendo el arbitrario ir en una dirección y después en otra, que imponía amoldarse a los relieves del valle. Cuando finalmente se detuvo ante ellos con un tosco frenazo, los tres se quedaron mudos esperando cuál sería el siguiente paso. Un hombre joven se bajó del todoterreno. Vestía vaqueros y llevaba un sombrero tejano.

—Hola, mi nombre es Tom. Usted es sin duda el profesor Roy, Marcie Evans, Luck Wright —a medida que los citaba extendía su mano franca hacia cada uno de ellos, propinándoles un agitado estrechamiento de manos—. He venido a hacerme cargo de ustedes. Vamos a Hypnos.

Los tres apenas comentaron nada. Se sentían agotados y hambrientos y con pocas ganas de conversación. Sin embargo Tom tenía ganas de charlar.

—¿Qué tal todo por Bermudas? Parece que los acontecimientos se precipitan, ¿no es verdad? Todo esto es muy interesante... realmente apasionante, a mi modo de ver. Los preparativos están prácticamente concluidos... a falta de que ustedes llegasen, claro está. Las pruebas médicas comenzarán tan pronto puedan asearse un poco. Por supuesto deben estar en ayunas. Debe ser incómodo después de la jornada que han vivido pero... el doctor Singh no admite retrasos en la materia. Hypnos debe ser lanzado de inmediato. Después la base se sellará, como ya sabrán... Seguimos escrupulosamente las indicaciones del señor Gregorius, si bien cuando nos advirtió unas semanas atrás que ustedes se sumaban al lanzamiento, claro está que los protocolos saltaron por los aires. —El joven soltó una risotada—. Obviamente, aunque todo se ha alterado, contábamos con personal especializado. Todo está listo, créanme.

Luck escuchaba más asombrado que otra cosa la cantidad de información que inesperadamente les brindaba aquel joven tejano, pues su acento lo delataba, pero se hallaba sin fuerzas siquiera para preguntar nada. Quería creer que todo cuanto iban a hacer con él era para su bien. Mientras estuviera junto a Marcie se sentía capaz de afrontarlo todo. Luck observó a aquel joven risueño y parlanchín. Conducía con desparpajo, más a menudo mirando hacia ellos que hacia el polvoriento camino por donde llevaba el coche. Una pulsera con una gran placa que con su nombre grabado bailoteaba en su muñeca, reflejando el brillo del salpicadero una y otra vez.

—¿Cuándo podremos descansar? —preguntó Luck que ansiaba dormir varias horas seguidas. Sentía su mente embotada y su cuerpo extenuado.

—Calculo que se pasarán la noche entre analíticas y escáneres. Sé que es muy incómodo, pero para lo que el resto se evaluó en varias semanas es preciso realizarlo con ustedes en pocas horas. Todos los equipos médicos están esperando por ustedes. Como les digo, el lanzamiento se efectuará tan pronto se confirme que son aptos para el... viaje —concluyó con una sonrisa en su boca. La última palabra la pronunció de manera enigmática.

Luck se fijó en el semblante jovial del conductor. De pelo corto y rubio, oculto en parte por el sombrero, sonrisa casi permanente en la boca, parecía un tipo optimista y alegre por naturaleza. Podía estar hablando de viajar al espacio pero lo afrontaba como si se tratara de una cuestión de rutina, dada la frivolidad que imprimía a su tono de voz.

Tom siguió hablando durante el trayecto. Les comentaba lo bella y hermosa que era la región que atravesaban. En la noche, Luck era consciente que el vehículo había emprendido una ruta de montaña, levemente ascendente, y que abandonada las llanuras del valle. Ahora trepaba, encaramándose poco a poco por entre las colinas que bordeaban las montañas, hacia las cumbres más altas. Atravesaban bosques que en la noche resultaban impenetrables, y de improviso emergían en áreas rocosas, más agrestes y desprovistas de vegetación. Por la ventanilla Luck descubría un cielo estrellado como pocas veces había visto. La voz de Tom subía y bajaba, y ocasionalmente se reía de sus propios chistes, pero Luck no prestaba atención. Ensimismado, dejaba que sus ojos se cerrasen y entraba en un estado de duermevela del cual se despertaba ocasionalmente cuando el coche sufría una sacudida especialmente brusca.

Llevaban cerca de dos horas de conducción por parajes desérticos en los que no se adivinaba ningún género de instalación o construcción humana, cuando Tom aviso que ya estaban llegando. Luck entonces se frotó los ojos. Avanzaban por un estrecho valle de montaña. A su izquierda zigzagueaba un torrente, y bosquecillos dispersos se aglutinaban en distintos puntos de las laderas que iban cruzando. Se hallaban en un lugar recóndito y apartado. Por delante de ellos no se distinguía el más mínimo atisbo de civilización, ni siquiera la luz de una bombilla. Todo era negrura.

De improviso abandonaron el camino principal que habían seguido y tomaron

otro mucho más accidentado. Tom redujo la velocidad del vehículo. Los baches hicieron que tanto Marcie como el profesor Roy, que iban sentados atrás, reaccionasen con algún murmullo de queja.

El camino ascendía aún más abruptamente que antes. La pendiente se hacía más inclinada y el sendero hacía eses con giros de ciento ochenta grados. El vehículo peleaba cada metro para lograr el arduo ascenso. No parecía un camino transitado. Piedras, baches, surcos trazados por aguas pluviales, todo se confabulaba por hacer de aquel pasaje un sitio intransitable.

De improviso, tras un último giro, una pequeña meseta apareció ante ellos. La pendiente se suavizó y el coche dejó de traquetear. Tom enfiló el vehículo directamente hacia un cantil de piedra que se erguía ante ellos. En la oscuridad, la roca clara de la montaña reflejaba tenuemente la luz de las estrellas, casi como si tuviera un hálito fosforescente. Luck escrutó esa pared esperando distinguir algún tipo de edificación, pero su escrutinio fue en vano. Tom condujo hasta situarse a escasos metros de la pared pétreo. Fue entonces cuando desenfundó un *walkie talkie* que descansaba en su guantera y en el que Luck no había reparado. Se dirigió con un código a alguien y pidió la apertura de la base. Una voz entrecortada por interferencias eléctricas le dio el ok. Entonces, inesperadamente, una puerta de dos hojas se dibujo ante sus asombrados ojos. El lugar al que se dirigían estaba oculto de miradas indiscretas, situado en una parte recóndita de las montañas rocosas, excavado en la propia montaña, y resultaba por completo invisible a cualquier observador externo. Luck sintió una punzada de temor al comprender que iban a desaparecer en su interior. Nadie tendría noticias de cuál era su paradero.

Cuando se completó la apertura de sendos portones, un túnel amplio y abovedado, débilmente iluminado, se abrió ante ellos. Tom introdujo el todoterreno raudo. Los baches cesaron y el recorrido resultó mucho más amable, aunque breve. En apenas cinco minutos llegaron a una gran rotonda donde permanecían estacionados varios vehículos similares, e incluso un par de camiones de transporte de ruedas gruesas, preparados para transitar por aquellas pistas de montaña.

Una delegación de hombres y mujeres ataviados con bata blanca les aguardaba. Luck sintió como el profesor emitía un leve quejido de disgusto.

Empezó entonces una ardua labor de reconocimiento médico. Nadie se explicó ante ellos, sino que tres equipos médicos formaron en su derredor, los sentaron en sillas de ruedas y los llevaron por un largo pasillo del cual partían puertas acristaladas a ambos lados. El rumor de los pasos junto con el ruido metálico de la silla de ruedas formaba un conjunto tétrico. Por encima de esos sonidos un leve rumor, como el de un gran ventilador introduciendo aire, conformaba una extraña dodecafonía.

Marcie y el profesor Roy desaparecieron tras diferentes puertas acompañados de su respectivo equipo médico. Finalmente a Luck lo introdujeron en una sala que parecía un quirófano. Sin mediar palabras el equipo de enfermería extrajo sangre, efectuó una medición de la presión sanguínea así como un cardiograma. Poco

después lo pusieron a caminar en una cinta eléctrica mientras un grupo de electrodos por todo su cuerpo lo monitoreaba. Los médicos, una mujer de color de pelo rizado y un hombre de tez blanca salpicada de pecas y pelo ligeramente pelirrojo cuchicheaban sin que Luck pudiera discernir nada de lo que decían. Le recordaba a la reverencia que siente la gente cuando está en el interior de un templo y no alza la voz.

Según terminó la prueba de esfuerzo le hicieron la temida punción lumbar. Luck se dejaba hacer, confiado en que todo aquello, de alguna manera, estaba relacionado con las misteriosas palabras de Gregorius Turner. Había hecho dejación de voluntad, por la cual, si Marcie confiaba en toda aquella gente y el proyecto Hypnos, él haría otro tanto. Quería pensar que todo aquello era para su bien, para el bien de todos.

Le inyectaron algo en sangre y lo llevaron a otra sala de la cual salía el profesor Roy, llevado en silla de ruedas. Su mirada perdida demostraba que al igual que él, se dejaba hacer. Aún se encontraba en estado de *shock*. Siguió con la mirada el rostro apagado del profesor hasta que desapareció tras una puerta acompañado de su séquito de médicos.

A Luck lo introdujeron en la sala. De inmediato comprendió que le iban a hacer un TAC, una tomografía en tres dimensiones por la cual un ordenador iba a reconstruir fielmente su cerebro. El líquido que le habían inyectado era ligeramente radioactivo. La prueba resultó agradable, básicamente porque le administraron un sedante ligero, que ayudado por el cansancio que arrastraba, le permitió sumirse en un sueño profundo. Sin embargo cuando lo sacaron del aparato el despertar le resultó terriblemente desagradable. Una sensación de resaca y agotamiento físico le impedían siquiera pensar. En alguna ocasión, cuando alguno de los doctores estaba cerca de él, llegaba a preguntarles para qué demonios eran todas aquellas pruebas, pero se limitaban a ignorarlo soberanamente.

Por último lo tumbaron en una camilla que llevaron de nuevo, a través de un largo pasillo, a una sala grande y fresca. Con el rabillo del ojo observó que tras unas cristaleras un grupo de personas observaba. En el otro lado había un potente haz de focos, bajo una camilla más amplia, preparada con sábanas de hospital de color verde. Luck comprendió que se encontraba en un quirófano. Pensó que aquello ya había ido demasiado lejos, pero de pronto una mascarilla tapó por completo su boca y nariz. Intentó incorporarse pero su cuerpo no reaccionó. En un último atisbo de lucidez comprendió que iba a ser intervenido. Pudo captar una última sensación antes de perder la consciencia; le estaban afeitando la cabellera.

## Capítulo 42

Despertó como si hubiera sido apaleado. Le costaba moverse y sus primeros recuerdos le procuraron una emoción incontrolable de pánico. Como un relámpago, las últimas imágenes percibidas antes de que la anestesia hiciera efecto fueron las previas a la intervención quirúrgica. Las recordó nítidamente mientras gritaba nervioso «no», como si la negación pudiera impedir lo que ya había acontecido. Precipitadamente llevó sus manos a la cabeza. Un vendaje envolvía todo su cráneo. Había sido trepanado, seguramente víctima de alguna clase de experimento clínico que tenía que ver con la evolución cerebral diferenciada de los superiores. Un conejillo de indias. De pronto recordó algunos artículos que había leído sobre el taxidermia. Los japoneses en la Segunda Guerra Mundial desarrollaron unas técnicas de experimentación científica en humanos propios de una película de verdadero horror. Extirpar partes del cerebro para ver cómo reaccionaban los individuos y qué capacidades perdían era una de las prácticas más habituales. Sintió que su tensión aumentaba.

¿Qué le habían hecho?

Pero no tenía aún fuerzas para incorporarse. Todo lo que veía era la absoluta negrura. Tal vez estuviera completamente ciego. Era una manera de anularlo paulatinamente, un método de tortura sofisticada que acabaría finalmente con su vida. Pensó en sus amigos. El profesor Roy, malgrado igualmente. Marcie. Le costaba creer que se hubiera sometido a esa operación si entrañaba algún riesgo. Ella sabía manejarse bien, habría hecho algo. Luck se relajó por unos instantes. A fin de cuentas estaba allí guiado por ella. No había cesado de insistirle en las últimas horas que deseaba unir su destino al suyo. Sería indigno desdecirse ahora. Ella siempre le había advertido que sería peligroso.

Le parecía oír voces, lejanas, como detrás de una puerta. Giró la cabeza. Estaba apoyada sobre una almohada y aunque permanecía con los ojos abiertos de par en par apenas distinguió una leve claridad. Se filtraba por el marco de una puerta. Con el paso de los minutos su vista fue acostumbrándose a la oscuridad. Lentamente una serie de contornos fueron dibujándose a su alrededor. Una mesita de noche, un armario, un sillón con una mesa, y la propia cama junto a la cual un dispensador de suero inyectaba un líquido traslucido en su torrente sanguíneo. ¿Qué era lo que le habían hecho?

Había descansado de sobra, y aunque sentía náuseas de sólo intentar moverse, se incorporó lentamente de la cama y apoyó los pies en el suelo. Estaba helado. Se arrancó el tubo que iba enganchado a una aguja hipodérmica incrustada en su antebrazo derecho y cerró una pequeña válvula para que la sangre no se derramase. Sintió un súbito mareo cuando se incorporó. Una bata holgada le recordó que debía vestirse. Acertó al adivinar que en armario estaría su ropa. Había sido lavada y planchada. Al menos eso indicaba que no tenían intenciones perversas con respecto a

él. Cada uno de los movimientos para colocarse la ropa le resultó arduo. Sus miembros se negaban a obedecer con precisión. Finalmente se calzó. Le había llevado un tiempo interminable vestirse y se sentía cansado. Tenía un hambre atroz.

Se dirigió a la puerta, que abrió lentamente. Un pasillo, de suelo gris y paredes blancas, permanecía iluminado con fluorescentes de luz amarillenta. Había algo en todo aquello que inspiraba desconfianza. Avanzó por el pasillo, pegado a la pared. Una doble puerta, al final del largo corredor, despertaba su curiosidad. Se trataba de una puerta de vaivén, de doble hoja, con sendas claraboyas circulares, por una de las cuales se asomó.

Aquel corredor desembocaba en un amplio *hall* que se hallaba muy concurrido. La mayoría de las personas vestían bata blanca y formaban corrillos. También las había sin ningún tipo de uniformes, jóvenes e incluso niños. Observó que igualmente había personal armado, aunque en general, todos charlaban distendidos. Al fondo una zona de mesas y sillas indicaba la existencia de una cafetería. Se trataba de una especie de plaza pública subterránea. Algunas fuentes y varias jardineras con palmeras y vegetación exuberante embellecían el lugar. La iluminación era artificial en todo el recinto y un techo elevado, tallado en roca natural y con forma de bóveda, contaba con potentes lámparas que lograban crear un ambiente relativamente cálido. Luck estimó que debía rondar el centenar de personas los allí congregados. Decidió aventurarse y ver qué sucedía si se inmiscuía entre ellos.

Avanzó torpemente entre la gente sin que nadie reparase en él. No reconoció en ninguna de las personas que veía los rostros conocidos de enfermeras o médicos que le habían atendido cuando llegó a Hypnos. ¿Qué era aquel lugar? ¿Qué se esperaba de él? Sin darse cuenta sus pies le llevaron hacia la cafetería. Su instinto había decidido por él. Un autoservicio exhibía diferentes platos calientes. Observó que una pareja, ambos ataviados con bata blanca, tomaban una bandeja y se servían sendos platos. Luck decidió combinar un par de chuletas de cerdo con verduras a la plancha. Se disponía a sentarse cuando oyó su nombre sobre las voces y los sonidos de fondo. Era una voz clara y juvenil que reconoció al instante. ¡Marcie! Agitaba un brazo sonriente. Estaba sentada en una mesa, junto con el profesor Roy. En seguida comprendió algo que le intrigó. Tanto el profesor Roy como Luck tenían sus cabezas envueltas en vendajes, no así Marcie, cuya cabellera rubia caía exuberante formando ligeros bucles. Habitualmente llevaba coleta, no así esta vez. En cualquier caso no había sido sometida a la misma operación que ellos, ¿por qué?

Marcie le recibió con un largo beso y un abrazo y Luck se sintió extraordinariamente reconfortado. Bendijo a aquella chica que era capaz de, con su sola presencia, alejar todos los fantasmas que rondaban por su cabeza. De pronto el propósito de mantenerse junto a ella cada uno de los días del resto de su vida le pareció más firme que nunca y esa seguridad disipó cuantos miedos lo habían acosado.

Después de los saludos se sentaron. El profesor Roy exhibió una sonrisa tímida.

Era evidente que aún no se había recuperado del todo del *shock* que había supuesto perder a Susan. Aún así su mirada parecía más vívida que antes y aunque hablaba poco daba la impresión de que volvía a encarar el futuro, que pensaba y se preocupaba más allá de él mismo.

—¿Qué nos han hecho Marcie? ¿Qué significa esta operación?... me alegro por ti, porque es evidente que no la has sufrido pero...

—No lo sé, Luck —interrumpió Marcie—. Se lo estaba explicando ahora mismo a Sam. Esta operación se ha desarrollado en secreto. Gregorius explicó cada parte de un plan complejo a grupos diferentes, cada uno de los cuales desconoce por completo cuál es el papel del resto. Sólo sé que finalmente ha contado con nosotros y que además nos considera piezas importantes en esa estrategia. Pero desconozco aún que esperan de nosotros.

—Pero esa estrategia no me incluía a mi inicialmente, ¿verdad? —preguntó Luck desconcertado.

—Sí, Luck. Sí te incluía... aunque hice todo lo posible por alejarte de ella. Presiento que es algo arriesgado y peligroso... no me parecía justo que te arriesgaras por mí.

Luck negó con la cabeza. Sería la enésima vez que le decía que la amaba y que estaría dispuesto a todo con tal de acompañarla, pero la presencia del profesor Roy le intimidó y calló.

—Sea como sea, —dijo inesperadamente el profesor Roy—, aquí estamos. No hay marcha atrás. Sólo nos queda confiar en que Gregorius Turner sepa lo que hace. Parece ser que somos los únicos humanos que quedamos que sabemos de la existencia de los superiores. Raymond y los suyos han sido eliminados, según me ha confirmado Marcie.

—Así es, Sam. —Corroboró Marcie—. Y lo único que nos resta es esperar. No nos han querido decir nada, pero estas instalaciones tienen un propósito. Sí me he dado cuenta en varias ocasiones que la gente aquí habla mucho del «lanzamiento», en especial cuando se refieren a nosotros. ¿Qué es el lanzamiento? No tengo la menor idea.

Luck comía con fruición mientras escuchaba. La imagen de un cohete despegando y surcando el espacio con un destino desconocido era lo único que le sugería esas palabras. También recordaba la palabra «viaje». ¿Quién la había dicho? Había estado tan agotado que no había tenido ni curiosidad por preguntar a qué se referían. Aquel universo bajo tierra resultaba tan distinto de los cielos abiertos de las Bermudas y de sus interminables vistas del océano que el contraste resultaba desconcertante y aumentaba su sensación de claustrofobia.

De pronto una cara conocida se presentó ante ellos. Vestía ropas vaqueras aunque en esta ocasión no llevaba sombrero. Se trataba de Tom, el joven que les había recogido en el todoterreno después de que el *jet* los dejara en mitad del valle.

—Que tal damas y caballeros. ¿Ya se encuentran recuperados? Me gustaría



entonces que me siguieran. El doctor Singh les aguarda en su despacho.

Los tres intercambiaron miradas entre sí y se dispusieron a seguir los pasos de su guía. Les condujo a un salón colindante, más pequeño, en el que apenas había algunas parejas charlando en sillones dispuestos en grupos esparcidos por la sala. Parecía la sala de espera de un pequeño aeropuerto, salvo que desde allí no había ventanales que dieran a las largas pistas de aterrizaje, sino a multitud de puertas de despacho, algunas de las cuales permanecían abiertas. Hacia una de ellas se dirigió Tom y después de llamar y aguardar que le dieran el visto bueno, rogó a sus huéspedes que entraran mientras él aguardaba fuera.

Un hombre sin bata, vestido informalmente, de tez oscura y labios gruesos les saludó cordialmente. Tenía un acento inglés raro y Luck se percató al poco tiempo que debía ser indio.

—Bienvenidos a Hypnos. Mi nombre es Umesh Singh. —Tras estrechar la mano a cada uno de ellos les rogó que se sentaran.

—Bien, me imagino que tendrán muchas preguntas y yo estoy aquí para aclararles sólo algunas de ellas. En primer lugar he de decirles que será el propio señor Turner el que especifique más claramente el objetivo de su misión. De hecho será solo una persona de ustedes tres la que conocerá completamente el designio final de todo cuanto hemos estado haciendo en este lugar bajo tierra en los últimos diez años. —El hindú sonrió ampliamente. Sus gafas redondas de montura de pasta negra oscilaban con el movimiento de sus mejillas—. Supongo que querrán hacerme muchas preguntas, pero les ruego esperen a que finalice mis explicaciones. —Era Luck el que quería decir algo pero el doctor se anticipó a sus curiosidad deteniéndole—. Sí, llevamos una década preparando... «su viaje». Ciertamente que se trata de una verdadera aventura, que no está exenta de peligros y seguramente el señor Turner les explicará claramente que es lo que espera de ustedes cuando lleguen a su destino, porque eso es algo que ignoramos todos nosotros. Mi primera obligación, sin embargo, tiene un cariz desagradable. Debo comunicarles una mala noticia. Gregorius Turner falleció en la madrugada en la que ustedes llegaban a Hypnos. Afortunadamente un video encriptado dirigido a la señorita Evans contiene toda la información que precisan para llevar a cabo su objetivo. Sólo ella es capaz de acceder al mismo y solo ella tendrá conocimiento de su contenido poco antes del lanzamiento.

—¿Dónde está ese lugar tan peligroso al que debemos ir? —Luck no podía seguir conteniéndose.

—Bien caballero. No se trata de dónde, sino de cuándo. Su viaje no va a ser un viaje en la distancia, sino en el tiempo. Los vamos a enviar al futuro.

—¿Al futuro? ¿Se puede viajar al futuro? —Preguntó incrédulo el profesor Roy con voz ronca.

—Sí, por supuesto, aunque para ello no precisamos de las vertiginosas máquinas del tiempo que se ven en las películas de ciencia ficción. El nombre de Hypnos no es casual, el dios griego del sueño, y tiene mucho que ver con lo que hemos desarrollado

en estas instalaciones. Aquí en Hypnos hemos investigado la ciencia de la criogenización con éxito... al menos un éxito relativo. Confiamos en salvar nuestra estirpe y de paso... salvar a la humanidad en un tiempo no demasiado lejano. Eso es algo, que lamentablemente, según el plan ideado por el señor Gregorius Turner, no estamos en condiciones de hacer en este momento de la Historia.

—No entiendo a qué se refiere con eso —preguntó Marcie desconcertada.

—Verá señorita. Como le digo, no soy un experto conocedor de la mente extraordinario del señor Turner, pero si he llegado con el tiempo a colegir una serie de ideas que las circunstancias, desgraciadamente, han ido confirmando. Y lo que he llegado a comprender, a esbozar gracias a pequeñas revelaciones del propio Gregorius Turner junto con la comprensión paulatina de lo que implicaba el gran secreto de lo que aquí hemos desarrollado es que, desgraciadamente, nuestra causa está perdida, completamente perdida... al menos en este tiempo. El poder de los superiores es hegemónico. Nuestra pequeña estirpe no puede hacer nada para detenerlos... la humanidad aún menos. Todos nosotros estamos marcados... y condenados. Eso lo sabía Gregorius. La única manera, la única opción de sobrevivir a nuestra derrota, era hundirnos en el tiempo, desaparecer, para después de un siglo, cuando ya no fuéramos sino una anécdota olvidada, reaparecer en secreto y... derrotarles antes de que el plan terrible pueda ser llevado a cabo. —El doctor Singh esbozó una sonrisa de triunfo mientras su puño surcaba el aire en un puñetazo a un oponente invisible. Después su sonrisa se diluía y proseguía hablando, aunque con menos entusiasmo—. Precisamente por esto observarán que la mayoría de sus compañeros de misión son bastante jóvenes. A todos nos pareció que era lo más correcto, como cuando un barco se hunde y los naufragos optan por salvar primero a los niños, ¿no es así? —El semblante del doctor Singh se ensombreció momentáneamente—. Bien es cierto que no tengo ni idea de cómo se realizará esto, porque los planes del señor Turner son como cajas herméticas que contienen instrucciones precisas dirigidas exclusivamente al titular de cada recipiente. Yo he llevado a cabo mi cometido tan bien como he podido, pero mi labor está a punto de finalizar... tan pronto como realicemos el lanzamiento.

—El lanzamiento es...

—Sí, el lanzamiento es el proceso de criogenización. Serán envasados en cápsulas donde se mantendrá su actividad vital en un proceso de letargo creciente, hasta la congelación final. Dentro de ciento cincuenta años un proceso automatizado los despertará uno a uno, hasta el centenar de elegidos que formarán nuestra vanguardia de ataque.

—¿Centenar? No sé si somos pocos para lo que se espera de nosotros... —Esta vez fue el profesor Roy el que interrumpió.

—Sí. La mayoría son jóvenes y niños como les digo. Son la esperanza de nuestra estirpe.

—¿Pero y qué se supone que vamos a hacer dentro de ciento cincuenta años? El

mundo estará tan cambiado que... —Luck sentía que aquel plan era una locura inconcebible. ¿Qué medios tendrían? Y además acompañados de jóvenes imberbes, parecía una acción temeraria. Empezaba a dudar de las verdaderas intenciones de Gregorius Turner.

—Eso es el señor Turner el que tendrá que explicárselo a la señorita Marcie, insisto —replicó conciliador el doctor hindú—. Hablar conmigo en relación a eso es tan estéril como preguntárselo a una maceta, créanme, por favor.

—¿Tiene algo que ver con ese viaje la operación a la que nos han sometido al profesor y a mí? —preguntó Luck mientras recordaba que esa grave intromisión en su cuerpo representaba una afrenta injustificable. Sentía que todo estaba desquiciado—. No entiendo porque no nos explicaron previamente todo esto, además ni que decir tiene que una operación así requería de nuestra autorización.

—Bien, lo cierto es que una vez se eligió esta vía para ustedes no les quedaba otra opción. El señor Turner no dio margen de elección alguno para ustedes. Era sí o sí, por lo que informarles de la conveniencia de la operación habría supuesto con total seguridad una considerable pérdida de tiempo. Es uno de los defectos que su especie, la sapiens, nos resulta más... incómoda para nosotros. Créanme, no lo digo con ánimo peyorativo, pero es la verdad. No obstante gracias al implante observarán con el tiempo que su agilidad mental mejora drásticamente. Y como les decía, por otro lado, las indicaciones del señor Turner era una cuestión incontrovertible... —El hindú volvió a mostrar su sonrisa con toda la anchura que le era posible como excusándose—. Y por cierto, en relación a la operación me alegro de comunicarles que ha resultado todo un éxito, si bien tardarán un tiempo en comprender las virtudes de lo que les hemos implantado.

—¿Implantado?

—Sí, una segunda glándula pineal. Se trata de un biodispositivo compatible con su genética, capaz de segregar una serie de hormonas que modificarán lentamente su estructura cerebral. Los aproximará a nuestras capacidades, si bien no al cien por cien, sí lo suficiente para que puedan ser individuos capaces de afrontar los retos a los que se enfrentarán sin contar con hándicaps excesivos respecto a los superiores. Como les digo, el señor Turner no dio opción respecto a esta cuestión. Lamento profundamente haber resultado tan expeditivo en este asunto.

—¿Está su ciencia de la criogenización a salvo de todo peligro? Ciento cincuenta años supone mucho tiempo para estar... «envasados» —terció el profesor Roy que no parecía demasiado satisfecho con todo aquello. Sus rasgos demostraban que si bien aceptaba resignado su destino, éste no le satisfacía lo más mínimo.

—Tiene usted razón señor Roy. Este viaje... no está exento de peligros, pero se han procurado minimizar todas las contingencias. El proyecto se desarrolla en el más estricto secreto. Aunque este es el emplazamiento de investigación y de lanzamiento, como nos referimos al inicio del proceso crio, pero la ubicación definitiva de las cápsulas es un secreto que yo mismo desconozco. Se han preparado distintas

estructuras metálicas, emplazadas en el interior de núcleos rocosos, a fin de superar cualquier género de eventualidad, tanto natural como artificial. Por ese lado nuestro proyecto resulta invulnerable.

—¿Por ese lado? ¿Y por... otros lados? —preguntó Luck que intuía que el doctor Singh había dejado para el final las malas noticias.

—Desde el punto de vista médico... tenemos un pequeño contratiempo —se explicó el doctor mientras unía las yemas de sus dedos en una pose conciliadora—. De hecho presenta un grave inconveniente que no hemos logrado solventar aunque tenemos claro que remite con el tiempo. Pero he de informarles del mismo, no obstante.

Los tres le miraron extrañados. Luck se echó hacia adelante en su silla, atento a las explicaciones del doctor Singh.

—Verá. Hemos realizado numerosos experimentos de criogenización, no solo con ratones de laboratorio, como podrán imaginar, sino también incluso con humanos. Tom, el chico que aguarda fuera, ha sido uno de los voluntarios que se ha sometido a prueba. De hecho él es uno de los seleccionados para compartir su viaje. Bien. Lo cierto es que aunque sospechamos cuál es la causa, no sabemos cómo ponerle remedio. Uno de los componentes que se inyecta en sangre imprescindible para el proceso criogénico, favorecerá una reacción química que afecta temporalmente al tejido neuronal, específicamente a la memoria... la borra por completo, aunque como digo, temporalmente. Con el paso del tiempo tiene lugar una patología febril en el que el cerebro se recompone finalmente, sin dejar secuela alguna, eso está comprobado. Tras dicho trauma se recupera íntegramente todo el contenido de la memoria. Me temo que no hemos logrado poner remedio a este inconveniente, que por otro lado, es simplemente transitorio.

—Dice usted que nos va a enviar al futuro pero que cuando despertemos... ¿no recordaremos para qué estamos allí? —Fue el profesor Roy el que preguntaba con un tono sardónico, incrédulo de lo que oía.

—Bien, es probable que incluso la pérdida de memoria sea... más severa.

—Explíquese —insistió el profesor Roy que recuperaba por momentos su personalidad más agresiva.

—No recordarán siquiera cómo se llaman.

## Capítulo 43

Necesitaron varios días para recuperarse completamente de la operación y ultimar los detalles del viaje, durante los cuales Luck sintió que descansaba verdaderamente. La principal novedad fue la incorporación de Tony al grupo de viajeros. Había llegado un par de días después de ellos, y aunque estaba integrado en otro grupo de instrucción, era evidente para Luck que seguía a Marcie a todas partes en cuanto él se apartaba de su lado. Sólo le dio explicaciones a ella y se mostraba parco con Sam y Luck. Había logrado escapar de la emboscada en las Bermudas y cuando se puso en contacto con los suyos, una vez el huracán Nicole se hubo alejado de aquellas costas, se preparó su viaje a Hypnos, que se realizó en absoluto incógnito. Debido a ello preguntaba con frecuencia dónde estaban localizadas aquellas instalaciones, y se quejaba de que no pudiera ya mantener contacto con ningún familiar suyo para explicar que se encontraba bien.

Luck por su parte se sentía a salvo completamente en aquel escondite de la montaña. Marcie consiguió que les permitieran uno de los días salir al exterior y dar un largo paseo. Las estribaciones sureñas de las Rocosas conformaban en aquella región una aglomeración de montañas y valles que en pleno verano lucían un verde intenso. Los valles por los que discurrían torrentes cantarines se veían completamente desprovistos de presencia humana. Ninguna construcción podía verse desde aquellos parajes, siquiera una carretera, y todo lo más que podía hallarse eran las pistas forestales de tierra o senderos de excursionistas por los que transitaban sin tropezar con alma alguna. En ese paseo descubrieron una pequeña gruta donde hicieron el amor apasionadamente. Se juraron amor el uno al otro y mientras Marcie descansaba con su cabeza apoyada en el pecho de Luck, este sentía que nada en el mundo podría arrancarle la felicidad de ese instante.

Pero el día del lanzamiento se acercaba inexorable. Todo el complejo Hypnos bullía de actividad. Se realizaron los últimos test médicos y los integrantes de la misión, la mayoría muy jóvenes, recibieron en frecuentes reuniones de grupo, numerosas explicaciones acerca de cómo se desarrollaba el proceso *crio*. Era imprescindible su total cooperación para mantener las constantes vitales dentro de ciertos parámetros, por lo que también se incluían sesiones de relajación y técnicas de concentración y respiración. Por último les presentaron los equipos *crio*. Se trataban efectivamente de capsulas ojivales, completamente metálicas, en cuyo interior un tejido acolchado y mullido recibiría sus cuerpos adaptándose a su figura. Estaba preparado para cambiar los puntos de apoyo con el paso del tiempo dado que incluso congelados era conveniente evitar la aparición de desgastes ocasionados por la concentración del peso durante largos periodos de tiempo. Una luz blanca difusa iluminaba el interior de aquellos «chismes», según se refería a ellos el profesor Roy, induciendo a pensar en un lugar confortable y protegido de lo que aconteciera en el mundo exterior. De hecho el profesor Singh insistió con frecuencia a los integrantes

de la expedición que las cápsulas eran completamente autónomas energéticamente hablando, además que en sí misma, la ojiva tenía un revestimiento acorazado. Se abriría bajo dos circunstancias, o bien llegada la fecha prevista de apertura, o bien, si por cualquier irregularidad, su ocupante despertaba debido a una interrupción de la criogenización. Entonces podría accionar una barra de pánico, situada frente a su pecho, que abriría de inmediato la cápsula. Aunque en este último caso, el profesor Singh advertía, que si por cualquier género de fallo, la batería autónoma fallaba, el proceso de descriogenización se desarrollaría de forma natural y los cierres de la ojiva quedarían en modo abierto automáticamente.

Luck, durante las sesiones, observaba a sus compañeros de viaje. La mayoría resultaban adolescentes y solo unos pocos eran de su edad o incluso mayores. El profesor Roy era el mayor con diferencia. Luck se sentía abrumado por la responsabilidad que conllevaba sentirse uno de los mayores, más aún cuanto el contenido de su misión permanecía en un absoluto secreto. Solo la cercanía de Marcie lograba calmar las tormentosas dudas que acudían a su mente. Las esperanzas de toda su vida, con sus ambiciones y amigos, quedaban irremisiblemente atrás. Era algo que le dolía profundamente, pero era consciente que, en cualquier caso, aunque desistiera de participar en el lanzamiento, ya no podría recuperar de ninguna forma. Su anhelada vida tranquila y académica, salpicada por esporádicas aventuras en la selva peruana, habían quedado relegadas al cajón de deseos imposibles a los que debía renunciar. La única compensación a todas las angustias derivadas de su participación en Hypnos se encarnaba en la jovencita que iba junto a él. La amaba, aunque seguía representando para él un enigma imposible de discernir. ¿Qué veía ella en él? ¿No era acaso muy inferior en todo género de cualidades? El doctor Singh lo había definido básicamente como torpes, de razonamiento lento, el homo sapiens tardaba una eternidad en relación a un superior en asumir circunstancias nuevas. Se preguntaba si esa cualidad no sería un obstáculo en el futuro. A veces, en las charlas, Luck dejaba de escuchar las explicaciones científicas dadas por un ponente para caer en ensoñaciones de todo tipo de lo que podrían toparse en el futuro. Siempre Marcie estaba a su lado. ¿Sería siempre así? Y esa pregunta que emergía de vez en cuando entre multitud de imágenes disparatadas le provocaba un dolor punzante en el pecho, como si acabara de recibir una noticia profundamente desagradable.

También era cierto que el profesor Singh les había prometido que el implante reduciría su retraso respecto a los superiores y no les haría estar ni a él ni al profesor Roy en inferioridad de condiciones, especialmente en una serie de cualidades intuitivas. Tal vez ese implante redujera las diferencias respecto a Marcie, aunque no se imaginaba capaz de las técnicas de combate de su novia. La había visto actuar en varias ocasiones, moviéndose con una agilidad y velocidad asombrosa, anticipándose a las mismas balas de sus agresores y anulándolos con una pericia sobrenatural. No, él jamás podría lograr nada ni remotamente parecido. Así que en más de una ocasión en la que Luck, abrumado por sus dudas, estaba a punto de preguntar a Marcie qué

veía ella en él, optaba por callar, por cobardía, creía él, porque no podría asumir la respuesta que ella le pudiera dar. Y se conformaba entonces con besarla en la boca y apretarla con ternura junto a sí. El tiempo acabaría disolviendo esas dudas, confiaba él.

Pero no era la única que le asaltaba. Una idea empezó a roer sus pensamientos hasta el punto de resultar insufrible. Olvidarían hasta su propio nombre. Eso significaba también que olvidarían el de los demás... olvidaría a Marcie, olvidaría su amor. Sería como empezar de cero. El doctor Singh había dicho que con el tiempo el efecto pasaría, pero lo cierto es que no estaban seguros de cuánto tiempo se requeriría. La criogenización se había ensayado en periodos relativamente cortos de tiempo, varios meses. ¿Qué pasaría después en más de cien años? ¿Podría ser un efecto permanente? En ese caso no sólo perdería el pasado, sino hasta el único motivo por el que emprendía aquel viaje suicida, su futuro, el único posible, Marcie.

No quiso confesar con la joven los temores que esos pensamientos despertaban en su interior, pero una noche que permanecían abrazados y pensativos en el dormitorio de Luck, Marcie le explicó que ella también tenía ese mismo miedo. Temía olvidarlo todo, incluido a él. No vieron cómo podrían combatir semejante situación. Entonces Luck tuvo una idea. Se harían un tatuaje en sus antebrazos. No podrían indicar nada que implicara un mensaje. Tendría que ser un símbolo que sólo cobrara sentido estando el uno junto al otro. No habría tatuadores en Hypnos, pero sí había bisturís láser en quirófano. Tal vez con ellos pudieran hacer ese símbolo que cuando se reencontraran en el futuro les diera pie a saber que existía un vínculo entre ambos. Marcie lloró de alegría y alivio al resolver sus miedos con aquella solución. Luck supo entonces que todas sus dudas respecto de ella eran infundadas, y sin siquiera pensárselo dos veces, le rogó que se casara con él.

\* \* \*

La víspera del lanzamiento resultó electrizante. Todos los que iban a participar en el mismo se mostraban extraordinariamente nerviosos. Algunos parecían más locuaces, otros más encerrados en sí mismos, meditabundos. El profesor Roy había recuperado su compostura habitual, si bien no estaba ni triste ni abatido, sí se mostraba reservado. Su carácter guasón y extrovertido se había oscurecido y ocasionalmente hacía gala de un humor negro que a Luck y a Marcie chocaba extraordinariamente. Ambos permanecieron juntos muchas de las horas previas, pero sin nada qué decirse. Todo ya había sido explicado. No había secretos entre ambos.

A Luck le resultó imposible conciliar el sueño. Su mente bullía frenética. Iba a dormir más de cien años. ¿Qué mundo le aguardaría más allá? ¿Serían capaces de llevar a cabo un plan sin duda arriesgado? ¿No los habría embaucado Gregorius Turner en una última treta, un señuelo que mantuviera entretenida a la facción de la Primera Estirpe que se había negado a someterse a su voluntad? A veces confiaba, a

veces recelaba. Un tumulto de emociones y sentimientos le hacía vibrar, como sacudido por terremotos interiores, cada vez que estas oleadas de dudas arremetían contra él. Pero finalmente sólo encontró paz en una idea. Debía abandonarse a su suerte. Empezaría aquella misión con el más altruista de los ánimos. No sólo era su vida. Toda la humanidad dependía de que fueran capaces de resolver con éxito un plan cuyo secreto debía escapar a toda costa a su tiempo. Debía renunciar a saber qué sería de él y de todos. Sólo podía confiar más allá de él mismo. Debía trascender de sí, de sus inquietudes. Él no era más que una simple hoja arrastrada por el viento. Se sometería.

Pensó entonces en el plan oculto que le revelaría Gregorius Turner a Marcie mediante un video encriptado que sólo ella podría ver, grabado pocas horas antes de que su protagonista muriese. Ese video lo vería Marcie, lo comprendería y lo grabaría en su mente, y, más de cien años después, cuando despertara y recuperase la memoria, estaría en facultad de reorganizar a los suyos y asestar un golpe inesperado y mortal en la conjura que el propio Gregorius Turner había ayudado a urdir siglos atrás. Era demencial, pero era cuanto tenían.

\* \* \*

Mucho antes de que sonara el despertador se había ataviado el ligero mono blanco que habían distribuido a todos los miembros de la expedición. Cuando salió al pasillo se mezcló con un silencioso grupo de expedicionarios, que como él, se dirigían a la sala de las ojivas. Parecían los integrantes de una extraña procesión religiosa. Nadie decía nada, pero Luck sentía las pulsaciones golpeando sus sienes. Oía su propio corazón palpar rápido y profundo, como sordas campanadas de difuntos. Aquella procesión, aunque fuera de monos blancos, destilaba un aire fúnebre. Era una despedida. Nunca más volverían a ver a los que se quedaban. Para los que permanecían, los expedicionarios morirían, serían primero recordados, después olvidados. Nunca más volverían a reencontrarse. De la misma manera, los que se iban, sentían que todos sus seres queridos iban a quedar irremisiblemente atrás. Era una despedida sin retorno posible.

No le estaba permitido hablar con nadie, ni siquiera con el profesor Roy, mucho menos con Marcie. Ella debía acudir a una sala de visionado y recibir las instrucciones de Gregorius Turner. Un mensaje del cual Luck lo desconocería todo y que debería mantenerse así, escondido en el tiempo y a salvo de que pudiera divulgarse más allá de aquella cueva profunda horadada en la roca. Una salvaguarda impresionante urdida por Gregorius Turner para preservar la invulnerabilidad de su plan.

No se había permitido la presencia de familiares de expedicionarios en Hypnos. No habría lágrimas ni gritos histéricos, ni abrazos, ni caricias. Una despedida anónima y fría, horriblemente impersonal, inhumana.



Cuando llegaron a la sala de las ojivas cada una de ellas estaba rodeada por el pertinente equipo de ayuda. Médicos y técnicos aguardaban a que el expedicionario correspondiente se acercara a su cápsula para iniciar un ritual que se había ensayado multitud de veces en los últimos días. Luck se dejó hacer mientras su vista se perdía en la inmensa cámara circular. Cientos de viajeros como ellos se preparaban para su encapsulamiento. Un chico joven, adolescente, lloraba mientras dejaba que los operarios auxiliares le preparasen para el proceso. Nunca habían estado todos juntos allí. Sólo unos pocos expedicionarios por cada vez, junto con el personal técnico que iba a dar soporte al proceso de lanzamiento.

Luck buscó con la vista a Marcie. Estaba cerca de él, a una docena de metros. Tan sólo una ojiva se interponía entre ellos. Se desvestía tímidamente de su mono. Sólo quedarían vestidos con una mínima prenda interior que según habían explicado los médicos, acabaría por disolverse en la solución en la que permanecerían sumergidos. Se trataba de un líquido que a pesar de permanecer por debajo de los cero grados, no se congelaría. Eso permitía llevar a cabo el proceso *crio* sin temor a que la aparición de hielo, con la consiguiente dilatación volumétrica, provocara daños en el paciente o en la cápsula. Luck no comprendía la dinámica de la criogenización, pese a la gran cantidad de veces que se lo habían explicado. Comprendía tan solo que en manos de aquellos expertos simplemente era un conejillo de indias. Todo su discurso técnico destinado a tranquilizar al expedicionario apenas lo había logrado.

Le inyectaron varios catéteres en piernas y brazos. Resultó inesperadamente doloroso y dejó por un instante de contemplar a Marcie, que también se dejaba manipular mansamente, como un carnero en un matadero. La víspera les habían afeitado la cabeza a todos. Marcie, sin cabello, resultaba inusualmente bella. Sintió una oleada de afecto por ella que le nubló la vista. «Adiós Marcie. Nos veremos en el otro lado».

Entonces su mirada se cruzó por fin con la de ella. Marcie no podía hablar, pero sus ojos transmitieron un mensaje que Luck no esperaba encontrar. Acababa de recibir el mensaje de Gregorius Turner. Sólo ella sabía del contenido de su misión, cómo y cuándo ejecutarla. Tal vez por eso, lo último que Luck esperaba encontrar en los iris de su amada, era un brillo que nunca antes había visto en ellos, el reflejo de un miedo cervical.

## Capítulo 44

Cuando Marl abrió los ojos comprendió que ya no era Marl. Era, siempre había sido, Luck Wright.

Un sentimiento de profundo pesar se apoderó de él. Se sentía exhausto y le costaba respirar. Era como si hubiera despertado en una pesadilla y después hubiera comprendido que no era tal, que lo que estaba viviendo era la realidad, su realidad. Alguien le sacudía por los hombros. Sammuel Roy.

Ahora reconocía perfectamente aquel hombre. La sucesión de recuerdos desde que lo había conocido hasta el momento en el que se habían introducido en las cápsulas lo apabulló. Abrió la boca desmesuradamente, parecía que sus pulmones se negaban a seguir funcionando, que todo su cuerpo colapsaba en un agarrotamiento muscular total. Su tez se puso lívida y sus ojos desorbitados intentaban transmitir una solicitud de socorro.

—Respira tranquilo Luck... respira tranquilo.

Luck consiguió finalmente tomar aire. La palidez de su semblante se mitigó y la sangre volvió a afluir. No obstante aún le costaba respirar con facilidad. Pensaba, pensaba... a una velocidad vertiginosa, repasaba todo cuanto había vivido en las últimas semanas e intentaba enlazarlo con sus últimos recuerdos antes de la cápsula. Mil preguntas sin respuesta se apelotonaron en su mente y mil conjeturas le atormentaban. Sintió el dolor de la pérdida de Marcie como una opresión en el pecho que le dificultaba respirar. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando contempló el cuerpo de Nist, sin vida, junto a él. Sam apretó su mano en su hombro mientras su mirada expresaba también aflicción.

Cuando finalmente logró recuperar el pulso y las emociones, se recostó contra uno de los sillones caídos de la habitación mientras que Sam se sentaba frente a él. Le había preparado algo de comer que Luck ingirió vorazmente. Se sentía desfallecido y exhausto. Las últimas cuarenta y ocho horas le habían resultado extenuantes, pero el proceso de despertar había sido aún mucho más duro.

Una vez repuesto Luck informó a Sam de todos sus descubrimientos, de cómo había seguido a Timber y a Sando y cómo éste había sido traicionado por su antiguo líder. De la angustia que vivió intentando retornar al apartamento, pero cómo se perdió en la inmensidad de Póntobar. Sam le explicó a su vez cómo él había decidido partir en su búsqueda a la mañana siguiente a su desaparición y de cómo Duke lanzó una alarma en su red de contactos para que si alguien encontraba a un miembro de los adoradores, solitario y con aspecto confuso, lo encaminaran a su domicilio. Gracias a eso Luck había logrado regresar, pero demasiado tarde.

—¿Qué es lo que ha pasado, Sam? Parece que estamos en otro mundo, en otra galaxia... Este no puede ser nuestro hogar...

—Sí que lo es, Luck, sí que lo es. —Sam asintió varias veces hasta comprobar que la incredulidad de Luck iba desapareciendo de su rostro—. Es lo que siempre

expliqué. El plan de Gregorius estaba pensado para trasladarnos a un periodo que él consideraba crítico, para evitar el impacto del asteroide Bennu sobre la Tierra a finales del siglo XXII. Pero no lo pudimos evitar. ¿Recuerdas el paisaje que os lleve a ver desde lo alto de una cumbre, en el sur? —Luck rememoró el lugar, y no sólo las vistas, sino incluso el incidente que estuvo a punto de costar la vida a Sam y en el que Timber intervino providencialmente—. Aquel inmenso circo natural al que la vista no alcanza a ver por completo, es el cráter de impacto de Bennu. Golpeó a la Tierra en el medio oeste de Estados Unidos, de tal forma que provocó una hecatombe mundial. Me imagino las muertes, sobrevenidas por miles de millones, un auténtico exterminio, Luck, del cual solo emergieron los superiores, con los condicionados, los que ya habían escogido como esbirros para servirles como simples esclavos. El impacto alteró incluso la inclinación del planeta, modificó el clima y creó este mundo tan distinto y diferente en el que estamos tú y yo ahora. —Sam hizo una pausa y agarró con fuerza el hombro de Luck, como para dar más rotundidad a su aseveración final—. Luck, por alguna razón las capsulas fallaron en su tiempo de apertura. La misión fracasó. Estamos a principio del tercer milenio, ochocientos años más tarde de lo previsto.

—Pero eso no tiene sentido... —Luck se sintió conmocionado.

Sam lo miró unos instantes en silencio. Luego prosiguió.

—Sí, ha sido un desastre, todo el proyecto, nuestra venida hasta aquí...

—No... no... —interrumpió Luck. Se sentía débil pero debía decir algo—. Marcie dijo algo a Nist antes de que llegaran los oscuros. Le dijo que el plan de Gregorius estaba en pleno vigor.

Sam se quedó de piedra.

—¿Repíte eso? —requirió vehemente.

—Marcie dijo que el plan de Gregorius se estaba cumpliendo según sus designios.

—Eso quiere decir...

—Eso quiere decir que él sabía que nuestro mundo estaba perdido, que nuestra civilización estaba condenada, y decidió enviarnos a nosotros aquí, un lapso de tiempo mucho mayor del que nos había informado. Sólo Marcie lo sabía. Por eso la vi llorando cuando ingresaba en su cápsula. Por eso recibió el mensaje justo antes de embarcar.

—¿Por qué haría eso? Condenado hijo de perra —gruñó Sam.

—Seguramente imaginaba que si sabíamos que el contaba con la destrucción de nuestra especie nos negaríamos a colaborar en su plan.

Sam asintió.

—Marcie es la única que conoce las intenciones de Gregorius —comentó Luck, aunque era algo que Sam no necesitaba recordar—. ¿Qué pintamos en este momento de la Historia? Lo desconozco por completo. Lo único que sé es que si queremos seguir adelante con el plan debemos rescatarla. Ella posee la clave de este misterio.

—Eso haremos... aunque me temo que esté en la ciudadela. Timber habrá

informado ya de quienes somos. El elemento sorpresa ha desaparecido. Me imagino que Gregorius no podría sospechar una cosa así. No contaba con un traidor, con ser descubiertos de esta manera, y que los superiores gozaran de un poder absoluto y de un control total. Es como lanzar un dardo a través del sistema solar y acertar en una diana diminuta en el otro extremo. Nuestras posibilidades son ínfimas. Por Dios, que son ochocientos años... Ha sido un plan absurdo y una temeridad inútil. ¿Qué haremos? Mi único aliado en la ciudad está muerto. Carecemos de medios... ¿Sacrificarnos en una misión suicida?

Luck le contempló serio. Tardó en responder.

—Sí, esas fueron precisamente las palabras de Marcie. Y soy yo el que debe inmolarse... aunque no entiendo ni cómo ni por qué... pero si con ello logro algo, aunque sólo sea salvarle la vida a ella, lo haré sin vacilar, Sam.

\* \* \*

Descansaron todo el día en el apartamento. Luck se sentía extraordinariamente débil así que Sam procuró cuidarlo. Luck devoró con apetito todo cuanto le preparó y a última hora de la noche se sentía con fuerzas de nuevo para mantener una conversación y urdir un plan.

Sin embargo su entusiasmo y su determinación chocaron con el abatimiento de Sam.

—Llevo tiempo estudiando la ciudadela. Duke me proporcionó todo género de información sobre ella. Es inexpugnable. Tendríamos que hacer carrera como altos funcionarios, o como simples oscuros, pero no pasaríamos un simple filtro, Luck. No somos como ellos, no estamos condicionados. No llevamos el implante que sirve para medir nuestro límite vital... Es una batalla perdida.

Luck insistió en todo tipo de ideas pero Sam negaba con la cabeza. Acceder a través de vías de suministros o de sistemas de alcantarillado era algo que ya había estudiado hacía tiempo. Suplantar a personas con acceso también implicaba un riesgo altísimo, además que conllevaba extirpar sus implantes de límite vital que obviamente no iban a funcionar con su metabolismo no condicionado. Luck comprendía que todas las ideas que acudían en tropel a su cabeza ya habían sido estimadas por Sam y Duke mucho antes y se habían descartado.

Mientras hablaban Luck recobró fuerzas suficientes como para empezar a moverse. Fue entonces cuando lo percibió.

—¿Qué me sucede Sam? Me siento... más rápido, no sólo de movimientos, también en cómo pienso y llego a conclusiones. No me había percatado hasta ahora pero... es cierto.

Sam le sonrió.

—¿Recuerdas la operación a la que nos sometieron? Creo que fue un regalo de Gregorius. Algo incorporó a nuestro cerebro que se ha desarrollado durante los años

crio. De alguna manera nos han hecho capaces de emular algunas de las propiedades mentales de los superiores.

—Y eso implica pensar más rápido, ¿verdad?

—Pensar más rápido, moverse más rápido... y sobre todo un instinto o una capacidad de precognición bárbara. Si dejas gobernarte por él serás capaz de anticipar a todo lo que vaya a hacer o decir alguien una vez que dejes que ese nuevo instinto tome el control. Todos los indicios y rasgos mínimos de tu interlocutor o adversario serán como leer un libro abierto. Es un arte, difícil, pero que con el tiempo harán de ti un verdadero superior.

Luck se quedó pensativo.

—Por eso eras capaz de combatir con tanto éxito a los oscuros...

—Ellos son simples mortales —sonrió Sam. Era la primera vez que Luck le veía un gesto distendido en mucho tiempo. Una sonrisa original del Sam bravucón que recordaba. No obstante no tardó mucho en disiparse y su expresión volvió a tornarse sombría.

Tras una larga pausa ambos se quedaron viendo como la ciudad iba iluminándose conforme la noche avanzaba. El apartamento de Duke estaba en una planta suficientemente alta para gozar de un panorama formidable de Póntobar. Rascacielos y avenidas conformaban una jungla iluminada y viva, que no obstante resultaba a Luck muy distinta de las ciudades del siglo XXI que recordaba. No, Nueva York no era así. En Póntobar había un hálito de inhumanidad, de crueldad, que resultaba impensable en su querida ciudad de la costa este. A lo lejos, el intenso brillo de la Ciudadela deslumbraba al resto de luminarias como un pequeño astro en el centro de su sistema solar. Infundía respeto y temor. La morada de los senadores, de los superiores.

—Ya sé de qué manera podemos acceder al interior de la Ciudadela —comentó Luck de pronto, súbitamente inspirado en la visión que contemplaba.

Sam le miró inquisitivo.

—Entreguémonos.

## Capítulo 45

En el parque Morningside Park, cerca de la Universidad de Columbia, el profesor hallaba un remanso de paz en el sauce que había junto al lago. Sentado a su sombra oía el sonido de la cascada mezclado con el vocerío de los niños que jugaban a la pelota en el prado que había a su espalda. Era su rincón predilecto para el picnic de media mañana, entre clase y clase, cuando el sol lucía espléndido en el cielo y su caricia tibia bastaba para calentar su viejo organismo en un día de frescor primaveral. La laguna apacible, con algunos patos paseando sobre sus aguas oscuras, era todo cuanto necesitaba para que su mente se contagiara de la paz que emanaba del paraje.

Allí estaba, la mujer de blusa blanca y pantalones vaqueros, paseando al perro. Era morena y de un tipo esbelto. Se preguntaba cómo sería su vida al margen de cuanto él observaba. Intentaba adivinar hechos deduciéndolos de apariencias y actitudes. Parecía una persona enérgica y metódica. La había observado antes. Tenía un algo que le alertaba de un carácter fuerte.

El sándwich de berros estaba delicioso. La señora Williams que atendía su apartamento y le preparaba un tentempié en la fiambrrera que llevaba al trabajo, tenía un gusto excelente capaz de sorprenderle gratamente cada día. Eso le recordó que después de las clases debía acudir a Ted's, la tienda de verduras del barrio. Aún debía decidir qué se haría para la cena. Si encontraba berenjenas las haría al horno, gratinadas. En caso contrario tal vez una sencilla ensalada de rúculas, tomates, maíz... Ya se vería.

Limpió los cristales de las gafas con la corbata. Le gustaba llevar sus cristales inmaculados y tenía la costumbre de utilizar la corbata para esa labor. No era muy elegante, lo reconocía, pero bueno, se podían tener manías peores.

Contempló su maletín. Tenía tiempo, así que decidió adentrarse un poco más en el libro rojo de Jung, su diario personal, una joya en la que le gustaba sumergirse una y otra vez. Un personaje fascinante e inspirador.

Leía con devoción. Se adentraba en la mente de Jung, en sus divagaciones y conjeturas, y disfrutaba. Después se deleitaría en su clase de psicología clínica. Jung había investigado el origen de la locura y sus modelos conductuales habían divergido de Freud, ocasionando finalmente una desagradable ruptura. Sí, Jung era más práctico y comprendía que reducir todo a un único factor, por potente que este fuera, resultaba simplista en exceso. Aburriría a su audiencia con algún capítulo de la tensa relación entre ambos psicólogos. Sonrió complacido. Le encantaba esa personalidad que su propia fisonomía, enclenque e insípida, reforzaba. El sabio académico, imbuido en sus cuitas pedagógicas, filosóficas incluso, incapaz de mirar más allá de su mundo interior, profundo y oscuro. Aislado. Ocasionalmente hallaba entre su alumnado una mente capaz de seguirle. Entonces disfrutaba verdaderamente. Su discurso pedagógico tenía un verdadero oyente. En cierto sentido suponía un reto. Acentuaba la monotonía de su voz, su exposición se hacía más vaga y se hundía en disertaciones

improvisadas. No cejaba hasta ver a su pupilo desfallecer. Se sentía como el potro indómito que no se deja cabalgar y que sacude su cabalgadura hasta que finalmente queda sólo, salvaje, invicto. Su soledad absoluta representaba un reto fascinante, más aún ahora, que el peligro se había acentuado. Su coraza de erudición debía mostrar más fortaleza que nunca.

Como siempre reservó algunas migajas para los patos. En cuanto arrojó las primeras al agua todo el elenco familiar de ánades se apresuró a dar buena cuenta de ellas. No mostraban excesivo agradecimiento, pero el profesor estaba convencido de que, en secreto, más de uno de aquellos patos había aprendido a reconocer su encorvada figura, ataviada con traje de *tweed* y corbata a juego, y simplemente al verle llegar a su banco junto al lago, sus ojos mostraban un brillo de contento que ningún otro paseante lograba distinguir.

Era hora de regresar al aula. La mujer de blusa blanca que paseaba al perro había desaparecido.

\* \* \*

En el Teds mantuvo una amigable conversación con el tendero, un indio de dientes amarillos y sonrisa permanente. Ignoraba la causa por la que despertaba su empatía, pero cuando entraba en el estrecho establecimiento atestado de verduras y penetrante olor a tierra, sentía como un invitado espléndidamente agasajado. Conocía a la mujer de Hismad y su hijo adolescente, y no era raro que el tendero avisara a la familia para que supieran de la llegada del ínclito profesor. Tal recibimiento en aquel modesto comercio lograba conmoverle. Seguramente tocaba alguna fibra sensible de su orgullo académico, siempre sediento de muestras de reconocimiento. Al final había optado por unas relucientes berenjenas que prometían un sabor delicioso una vez enternecidas al calor del horno. Sus jugos gástricos se anticipaban al deleite de la frugal cena.

Anocheecía. A través de los cristales de la tienda, un tanto sucios y atiborrado de carteles con ofertas que reclamaban la atención del transeúnte, el profesor se entretuvo mirando la calle tranquila mientras aguardaba a que el tendero le sacara la cuenta. Sus dedos se movían ágiles en la calculadora. El hijo llegó con una oferta de última hora, unas naranjas de aspecto espléndido que recomendó al profesor. Sabían que era su debilidad.

Un joven de color, en el extremo opuesto de la calle, parecía aguardar a su novia. Apoyado contra la pared, con un jersey de aspecto clásico y unos zapatos de cordones, tenía pose de modelo. Lo suficientemente mayor para no ser un alumno de la cercana universidad, y lo bastante joven para no ser un profesor. Sin embargo su vestimenta formal, con camisa y pantalones de tela fina le conferían el aspecto de una persona resuelta. A saber cuáles serían sus preocupaciones domésticas. Una hipoteca, hijos... demasiado pronto aún para eso. Tenía edad de disfrutar de la vida.

El tendero le ofreció la bolsa de su compra junto con el cambio.

Cuando salió al exterior el joven de color había desaparecido, se había diluido en el anonimato de la gente corriente que circulaba por la calle.

Esperó a su autobús y cuando ascendió rebuscó en el bolsillo derecho de su pantalón. ¿Por qué hacía aquello si sabía perfectamente que las monedas estaban en su bolsillo izquierdo? A veces se metía demasiado en su papel. Cambió pesadamente la bolsa de las compras a su otra mano y finalmente dio con las monedas. Podía haber sacado los billetes, pero habría enervado seguramente al conductor, pues estaba prohibido pagar con papel moneda. Detrás una señora se impacientaba y el chófer miraba con semblante de pocos amigos. Sonrió feliz cuando logró dar el cambio exacto después de sumar pausadamente las monedas dos veces. Había refrescado notablemente y se sintió a gusto al confort del aire caldeado del interior del vehículo. Echó de menos su gorra de *tweed*. Aún hacía frío y aquel pequeño indumento contribuía a proporcionarle una agradable sensación de placidez.

\* \* \*

En el apartamento el teléfono mostraba un indicador de que había recibido llamadas. Seguramente publicidad, no podía ser de otra manera. Fue dejando cada cosa en su sitio. La chaqueta colgada en un armario junto al recibidor, las llaves y monedas sobrantes en una pequeña caja de madera de la sala de estar, de camino a la puerta principal, y su bolsa de compra, junto con la fiambarrera, en la encimera de la cocina. Comprobó que en el frigorífico le aguardaba su otra fiambarrera cargada con el succulento contenido que le serviría de almuerzo al día siguiente. El «Libro rojo» lo dejó en la mesa de la cocina. Le haría compañía durante su cena.

Tenía apetito y ya era tarde. Se dirigió a la cocina y preparó meticulosamente las rodajas de berenjenas y después extendió sobre las mismas las lonchas de queso gouda. Mientras esperaba se sentó en su sillón favorito de la sala de estar. Estuvo tentado de ver la televisión, pero comprendiendo que nada de lo que fuera a ver le iba a interesar, desistió siquiera de intentarlo. En su lugar se entretuvo observando los cuadros de su piso de alquiler. No eran suyos, pero ejercía sobre él una misteriosa fascinación un retablo enorme con un óleo del Everest. Según le habían informado había sido comprado en Katmandú y estaba pintado por un artista local. El profesor se imaginó que haría cuadros así por docenas, destinados al público turista. No obstante la pintura lograba reflejar una mezcla de colores fascinante. El rojo del atardecer junto con los jirones de nubes que rodeaban la cima, creaban un aspecto fantástico y épico. Era fácil ensoñarse con ese óleo.

Recordó de pronto que un mensaje le aguardaba en el teléfono. Marcó el código para acudir a su buzón de voz.

—Profesor Logan... —era una voz familiar la que se dejaba una sucinta explicación.



Se trataba de su secretaria de la facultad. Había vuelto a olvidarse su maletín con sus cosas en la clase. Unos amables alumnos la habían reintegrado y ella lo custodiaba.

Sí, el profesor tenía el sambenito de ser un despistado absoluto. Una fama ganada a pulso. Era rara la semana en la que no descuidaba algún enser personal y lo abandonaba en algún rincón de la facultad, siendo el maletín uno de sus favoritos para esa función. Dentro dejaba algún libro, o incluso algún tipo de libreta con anotaciones personales. Le gustaba aquel juego. Después verificaba si sus pertenencias habían sido minuciosamente registradas comprobando pequeñas marcas que se alteraban al ser manipuladas. En el cien por cien de las ocasiones confirmaba tal extremo. Se preguntaba si algún día se cansarían de ese trabajo de réditos tan escasos.

\* \* \*

La cena le resultó fabulosa. Mientras saboreaba la berenjena, sentado en la pequeña mesa de la cocina, leía, absorto el libro rojo de Jung. Ocasionalmente miraba hacia el exterior, pero la negra ventana de la cocina le devolvía su propio reflejo, un hombre mayor con gafas de concha y pelo cano cenando solo en su cocina. Reparaba siempre en un sensor de incendios que velaba por su seguridad. «Interesante», se decía.

Cuando se acostó y apagó la luz era temprano, pero le gustaba dormir pronto para madrugar convenientemente. Disfrutaba llegando entre los primeros profesores a la facultad aún cuando sus clases no empezaban nunca a primera hora. Las preparaba a conciencia y disfrutaba con esa rutina.

Apagó la luz de su mesilla. Apoyado en dos almohadas, le gustaba dormir ligeramente alzado. Cerró los ojos.

¿Qué habrá sido de Luck?

Le caía bien aquel muchacho. Tras el incidente de las Bermudas había perdido la pista a todo el grupo. Sabía que todos eran gente resuelta y podrían salir adelante por muy enrevesada que se les pusieran las circunstancias. Sonrió al recordar como lo habían mantenido siempre al margen de sus cuitas y del interés que tenía en él el profesor Roy para que les acompañara en aquel viaje. Su teoría de la evolución súbita.

Sentía un profundo afecto por todos ellos y los echaba de menos. Creía conocerlos bien... aunque siempre es difícil conocer verdaderamente a alguien, concluía para sí. Añoraba la extraña sensación de aventura que sus amigos habían infundido en aquel viaje a las Bermudas, alejándole por completo de su vida anodina e insulsa. No sólo Roy había contribuido a añadir sal a su vida, un verdadero entusiasta por naturaleza, sino Luck, con su aspecto siempre desconfiado y un tanto huraño, no dando crédito a las ideas de su director de tesis pero siempre de mirada

noble y elevados sentimientos, o Susan, más alegre y siempre dispuesta a disfrutar de las cosas de la vida sin complejos ni lastres, o la enamoradiza Marcie, que iba tras de su tímido galán del que se había enamorado como una colegiala. Habían formado un variopinto elenco académico y el profesor sabía que haber formado de aquel extraordinario grupo era una ocasión que no volvería a repetirse.

Lástima que una bala lo hubiera dejado fuera de combate. Apartado de la escena de acción, debió regresar a casa tras la pertinente estancia hospitalaria y un sinfín de interrogatorios policiales. Nunca se supo nada del agresor. No importaba, era agua pasada. Él había cumplido con su papel... y menudo papel.

«Luck, Luck... espero que te vaya bien muchacho», pensó con un leve remordimiento.

## Capítulo 46

Sam y Luck se encaminaron decididos rumbo a la puerta a la que le habían negado la entrada días atrás. El día era gris. Iba a haber tormenta con seguridad. La brisa de la mañana resultaba fría y las nubes se movían veloces sobre sus cabezas, cargadas del magnetismo que precede a la descarga de un rayo.

Habían salido de madrugada, y ahora, con las primeras luces del alba, se aproximaban a un punto de no retorno en su aventura. Habían discutido largo y tendido en los últimos días sobre la propuesta de Luck y aunque Sam la había rechazado inicialmente, finalmente optó por ver las ventajas que les procuraba, y aferrándose a esa débil esperanza, habían decidido abalanzarse hacia su destino, fuera cual fuera.

La guardia oscura formó ante ellos. El brillo plástico de los visores que cubrían sus rostros, de un leve tono anaranjado, les confería un amenazador aspecto de cabeza de insecto, insensible e inhumano. Sus corazas asemejaban la dureza de cuerpos queratinosos. Resultaba difícil de imaginar que tras aquellos uniformes se albergara una persona de carne y hueso.

Un oficial se presentó ante ellos. Se notaba por su andar más informal y su aspecto más relajado que era el que llevaba el mando. No hizo falta que hiciera pregunta alguna. Se plantó ante los dos adoradores y se limitó a esperar sus argumentos. La insignia metálica de oficial, un discreto emblema rojo y amarillo, brillaba discretamente en el lateral de su casco y hombrera.

—Venimos a solicitar audiencia a los senadores. Somos hombres libres. Han capturado a nuestra compañera Marcie y venimos a informarnos de su estado.

El oficial estudió su propuesta en silencio unos segundos. Tras sopesarlo hizo un ademán a uno de sus soldados, que se acercó con un instrumento que desenfundó de su cartuchera, una especie de cilindro alargado, que una vez activado con un chasquido dirigió alternativamente hacia Sam y Luck. Una vez concluyó entregó el cilindro al oficial, que lo estudió brevemente antes de devolvérselo a su subordinado.

—Esperad aquí —ordenó con desprecio.

El oficial abandonó al grupo mientras se dirigía a su puesto de mando. Con un ademán indicó a la guardia que rodeara a Sam y Luck y así los oscuros formaron un círculo en torno a los dos hombres. Luck miraba atentamente a cada uno de los soldados que tenía ante sí. Intentaba averiguar sus intenciones y cualquier gesto o movimiento le indicaba una pequeña pista. Se sentía extraordinariamente seguro, liviano como una hoja, maleable como el agua.

Los minutos se hicieron eternos, pero al final el oficial regresó con paso cansino. Se plantó frente a los dos intrusos y allí, firme ante ellos, aguardó en absoluto silencio.

Poco tiempo después la puerta de la Ciudadela se abría con un bordoneo profundo, como si se estuvieran abriendo las entrañas de la Tierra, un sonido que

resultaba desconcertante e irreal. Tras ella una guardia conformada por una docena de oscuros encabezados por un oficial, enfilaron hacia el grupo. Se produjo un cambio de formación y Sam y Luck se encontraron de improviso escoltados por la nueva guardia. Se les conminó a avanzar.

La escolta venía pertrechada, además de las pistolas habituales enfundadas en sus respectivas cartucheras, de unas varas largas, de casi dos metros de altura, que incorporaban algún género de dispositivo aturdidor en su extremo.

Sam y Luck entrecruzaron sus miradas antes de echarse a caminar. Su suerte estaba echada. Iban a entrar en el corazón de Póntobar, en la Ciudadela de lo Alto, la morada de los senadores.

\* \* \*

La arquitectura de la Ciudadela era por completo singular, diferente, extraordinaria. Las formas y figuras de los edificios embelesaban, eran puro arte, en el que lo superfluo vencía a lo funcional, lo artístico se imponía a cualquier otra consideración práctica y la primacía de lo visual vencía cualquier otra consideración. Las figuras caprichosas de puentes, edificios, avenidas y parques obedecían a un antojadizo artista que hubiera decidido anteponer sus excentricidades sobre los puntos de vista prosaicos que cualquier ciudadano del lugar hubiera requerido. Numerosos puentes comunicaban unos edificios con otros, siguiendo líneas sinuosas, como trazos que una mano divina hubiera dibujado en el cielo. El metal de los edificios que delineaba su estructura y remataba sus aristas brillaba como recién pulido, pero en tonos distintos y estudiados, cromados argentinos contrastaban con otros de cobalto, el brillo del titano era diferente al del acero, destellos de oro sobre puertas y ventanas enmarcadas con dinteles de bronce. Un esplendor magnífico en una ciudad en la que no obstante se apercibía una ausencia, una carencia, que insuflaba en el espectador una vaga sensación de angustia. Allí, en medio de aquel apogeo artístico urbano se echaba en falta algo tan consustancial a una ciudad como lo era la propia humanidad. Las calles estaban vacías, los parques desiertos, los portales de los edificios cerrados, y ocasionalmente, en lontananza, alguna figura humana cruzaba una calle, o sobre un distante puente, tal vez uno de los escasos altos funcionarios que habitaban aquellos lugares, trasegaba de un edificio a otro enfundado en abultados ropajes que le distinguían como de una alcuña más elevada. Era una ciudad espléndida... pero parecía moribunda. Luck no pudo evitar llegar a esa conclusión conforme avanzaba al rápido paso impuesto por los oscuros que los escoltaban. El contraste con la vida pujante, desorbitada, de más allá de la Ciudadela resultaba apabullante.

Sortearon edificios de todo género y aspecto, desde pequeños inmuebles similares a mansiones particulares a edificios esbeltos y acristalados, dejaron plazas públicas y jardines a ambos lados de su recorrido hasta que al final emprendieron el ascenso por

una de las rampas que ascendían hacia el edificio catedralicio, el que tanto le había llamado la atención a Luck la primera vez que se habían aproximado a la Ciudadela. La rampa proveía de un mecanismo de autotransporte y velozmente fueron llevados hasta lo alto. Caían las primeras gotas de agua, gruesas y frías. El aire se enfrió repentinamente y varios relámpagos cimbrearon lejanos en el horizonte. Aún era temprano, pero el cielo oscurecía como si se tratara de un atardecer.

Sin embargo, una vez la rampa los depositó en el interior del edificio y las puertas de acceso, dos hojas de madera labrada embellecida con incrustaciones de plata con un diseño artístico al que Luck fue incapaz de comparar con nada nunca antes visto por él, se cerraron automáticamente tras ellos, el ambiente tormentoso del exterior quedó definitivamente atrás. Los sentidos de Luck se volcaron en analizar dónde estaban.

Se trataba de un amplio atrio, rodeado por una arcada de columnas de aspecto barroco. El suelo, marmóreo, diseñaba curiosas estructuras geométricas combinando dos colores, el blanco y el rosado. Sobre ellos, una bóveda en forma de cúpula tamizaba la luz del exterior a través vidrieras de aspecto abstracto, cuyos marcos se deshacían en filigranas fractales que establecían lazos de continuidad con las nervaduras que recorrían el techo. La guardia formó en torno a ellos, en posición agresiva, con las varas en ristre apuntando en su dirección. Luck sintió como su pulso se aceleraba lentamente y la respiración igualmente se hacía más profunda. Su cuerpo estaba listo, en tensión. Observaba a la guardia que tenía frente a sí mientras que Sam se encaraba con la otra parte del semicírculo.

Entonces llegó ella.

Una figura de mujer que lucía un traje resplandeciente, de tonos grises, casi cenicientos, pero que embellecían una multitudinaria colección de diamantes, avanzó hacia ellos en un silencio absoluto. Los movimientos de la mujer resultaban elegantes y etéreos, se desplazaba sobre el suelo como si se tratara de un ser espiritual, ingrávito. Sus ropajes no mostraban el más mínimo movimiento ni tampoco permitían ver un solo centímetro de la piel de su portadora, puesto que la amplia falda llegaba hasta el mismo límite del suelo sin llegar a rozarlo, las mangas finalizaban en puños ribeteados de bellas florituras y las manos estaban cubiertas por guantes de idéntica tela adornada con todo género de piedras preciosas. El cuello del traje también lucía una gorguera exquisita y sobre el mismo una fina máscara plateada que emulaba el rostro de una mujer joven así como un tocado igualmente de metal precioso, ocultaban por completo el semblante verdadero de su anfitriona.

Su voz resonó alterada por un timbre metálico, inhumano, tanto que Luck dudó de que se tratara realmente de una persona.

—Sammuel Roy y Luck Wright. ¡Vaya sorpresa!

No eran las palabras que esperaban recibir precisamente a su llegada a la Ciudadela. Ambos se sintieron desconcertados.

—¿A qué se debe el honor de esta extraordinaria visita? Siempre consideré que

habíais muerto... Ahora que os veo aquí, me resulta divertido observar la inutilidad de vuestro esfuerzo. Tantos sacrificios ¿merecían realmente la pena?

La mujer se rió con unas carcajadas chillonas que asombraron aún más a Sam y Luck. Hablaba con una familiaridad que les confundía.

—¿Cómo podéis haber sido tan estúpidamente osados de creer las patrañas de aquellos extintos seres que absurdamente rechazaron el regalo de la inmortalidad en base a unas creencias arcaicas y aceptasteis correr esta aventura disparatada? —La mujer se movía en círculo alrededor de ellos, más allá del límite establecido por los guardias que los custodiaban.

—No puedo creer en vuestra estulticia —prosiguió—. Más os valía haber muerto en vuestro día, como os correspondía, antes que haberos expuesto a tantos sufrimientos innecesarios. Gregorius... el pobre hombre desvarió al final de sus días, pero este fue su triste y penoso legado, un puñado de incautos lanzados al tiempo futuro... —la mujer soltó unas risitas—. Estaba claro que sus potencias mentales habían disminuido considerablemente. Incluso en el selecto grupo de grumetes que aquellos incautos lanzaron al futuro, había de insertarse un traidor que siempre vigiló vuestros movimientos prestos a abortar cualquier intento vacío por hacernos daño. Os veo aquí, indefensos, vulnerables, sin armas, sin tecnología, sin poder para hacer nada... —la mujer se detuvo y volvió a reírse con fuerza—. Esto es lo más divertido y trágico que he contemplado en mis últimos siglos de existencia. Os había olvidado por completo, es verdad, y fue una sorpresa recibir recado, un par de años atrás, cuando nuestro hombre despertó y nos alertó que el grupo de resistentes que había desaparecido en su día finalizaban su periodo de criogenización, ahora, ¡en el tercer milenio! ¡Con casi ocho siglos de retraso respecto a todo cuanto pudierais haber hecho para evitar el impacto de Bennu! Un verdadero fiasco. El pobre hombre estuvo a punto desistir de su misión y debimos instarle a que continuara. Resultaba divertido ver lo que hacíais, viviendo primitivamente en medio de la jungla, sufriendo nuestro acoso, estudiado y metódico, para haceros desaparecer lentamente. —La mujer hizo una pausa. Se había detenido frente a Sam—. Sí, es una pena que todo quedara en un sacrificio estúpido. Sam, ¿por qué no aceptaste el suero? Podríamos haber vivido felices tantos años...

El rostro de Sam, antes en tensión, se oscureció. Una sombra mortal helaba su corazón.

—¿Susan? —murmuró incrédulo.

La mujer flotó levemente en otra dirección. Su vista se dirigió hacia los ventanales que había más allá de los soportales y que mostraban un cielo turbio y una lluvia intensa. No dijo nada.

—Muéstrame tu rostro. Quiero ver en qué te has convertido.

—Da igual eso ahora —repuso hosca.

El semblante de Sam se crispó. Apretó la mandíbula con fuerza antes de hablar.

—Para mí estás muerta desde el momento en el que te vendiste a esta gente. ¿Tan

poca convicción tenías en tus propios valores e ideas, que al ofrecerte una simple pócima de la longevidad, vendiste tu alma y te convertiste en la sierva de estos tiranos? —Sam pronunció la pregunta con verdadero desprecio.

—Sigo siendo la misma mujer de siempre, no te equivoques.

—¿Y ha merecido la pena? ¿Ver tanta muerte y destrucción siendo tú misma parte de la mano que obró semejante holocausto? ¿Ser cómplice de semejante crimen... mereció la pena la vida que has vivido, la vida que ahora tienes, oculta bajo una máscara, disfrazada de atracción de feria?

La mujer, que había permanecido alejada del grupo mirando el ventanal volvió de improviso hacia ellos, velozmente.

—Calla Sam. ¿No sabes que vuestras vidas dependen de mí ahora? Basta una orden para que mis lacayos os abrasen y me supliquéis clemencia. —Su voz sonó está vez atronadora, tanto que los guardias amenazaron instintivamente a sus custodiados.

—Ya veo en la clase de bruja en la que te has convertido. —Repuso Sam, beligerante—. Antes al menos eras bella y tenías un corazón... pero también tenías una simiente envenenada en él, la de la ambición desmedida. Por eso no podíamos seguir juntos ¿recuerdas? Siempre querías más, más, más... Yo era un trofeo escaso para tu codicia. Da verdadera pena lo que has conseguido. ¡Qué precio has pagado!

La mujer se inclinó hacia delante. Extendió su brazo hacia ellos y cerró su puño con fuerza.

—¡Acabad con ellos! —gritó con fiereza.

Luck, que ya estaba en tensión, reaccionó de una manera fulgurante. Rodó por el suelo, saliendo en un instante del círculo formado por la guardia. Cuando se incorporó los oscuros aún se estaban volviendo hacia él. Golpeó con una patada al primero de su derecha y a continuación aplicaba toda la fuerza de ambos puños al segundo, que volaba un metros más allá de su posición, desequilibrado y fuera de combate por un rato. Una mirada como una centella le hizo ver la situación del conjunto de la escena. Dos guardias del extremo opuesto del círculo, los más alejados, iban a desenfundar. Aprovechó entonces el ataque con el arma aturdidora del oscuro más cercano, la esquivó con facilidad, y aprovechó la inercia del atacante para desequilibrarlo y robarle el arma. Sobre la marcha, siguiendo la propia fuerza del movimiento giró sobre sí mismo y lanzó el arma contra uno de los atacantes que aún no había terminado de apuntar hacia él. No tuvo opción siquiera de esquivar la lanzada. La vara le atravesó la coraza y se incrustó en su costado, la pistola salió despedida por el aire.

El otro oscuro iba a apuntarle con su arma reglamentaria. Entre tanto la dama se había alejado de la escena, pero también iba a hacer uso de un arma de fuego. En una centésima comprendió que si se aproximaba a ella el oscuro no tendría opción de fuego clara y tendría que aguardar. Por su parte Sam resolvía su situación con solvencia. Varios guardas yacían en el suelo mientras otro aún volaba por los aires con parte de su casco partido.

Había pasado una semana desde que ambos habían acordado el plan de entregarse. Una semana frenética donde Sam le había puesto al tanto de cada una de sus capacidades mentales y físicas. Luck se había instruido con un denuedo formidable. No había dado tregua a su formación. En combates constantes Sam ponía a prueba una y otra vez su capacidad motora y sus reflejos, le hacía comprender las señas que indicaban una intención y lo que significaba, y Luck adquiría con una rapidez insólita las habilidades que antaño había observado en Marcie.

Ahora, en el combate contra hombres que carecían de esas capacidades y que no eran aptos para igualarse a su habilidad, Luck disfrutaba, tanto que hasta casi tenía ganas de reír. Era extraordinariamente fácil, el tiempo parecía articularse a dos velocidades distintas, la que regía para él, como una cámara lenta en el que la realidad se distinguía con una precisión insólita y en el que cada detalle cobraba una vivacidad y un colorido que la convertían en un destello de arte, y el tiempo de sus adversarios, que obraba en su contra, lento, amorfo, como el de un insecto atrapado en aceite.

Luck alcanzó a la dama antes de que pudiera apuntarle con su arma, una vara corta y plateada, y le golpeó el brazo, provocando que el artilugio rodara por el suelo con un ruido metálico. Continuó su carrera. El guardia disparaba tras él, pero con una precisión que dejaba mucho que desear. El fuego iba dirigido a un lugar donde Luck había estado hacía una eternidad. Tras pocas zancadas en una trayectoria curva alcanzó al soldado mientras este aún giraba el brazo intentando apuntar hacia él. Dos puñetazos en costado y rostro bastaron para pulverizar su defensa. Un grito sordo surgió tras la máscara partida mientras el hombre caía un par de metros más allá.

Tres oscuros se viraban en ese momento hacia él. Los primeros que había derribado en su ataque. Uno de ellos estaba malherido y lo dejaría para el final. El extremo izquierdo era el más peligroso, portaba su pistola e iba a encañonarlo. Avanzó en zigzag y dejándose caer permitió que el impulso deslizara su cuerpo hasta barrer las piernas del oscuro. Aún disparaba a lo alto cuando se lo llevó por delante. Mientras se incorporaba le propinaba una patada en la cabeza que lo dejaba fuera de combate. Los dos oscuros restantes aún estaban de espaldas a él e iniciaban el giro. Luck golpeó con fuerza el antebrazo del primero, el que estaba ya tocado, mientras agarraba su vara, que se vio obligado a soltar. Armado con ella y situado entre ambos golpeó alternativamente a uno y otro hombre, deshaciendo su armadura con cada arremetida y reduciendo su resistencia hasta el punto que finalmente ambos cayeron al suelo como si de troncos cortados se tratara.

El resto de la sala despejado... salvo por la dama de la máscara plateada. Había recuperado su arma, o más bien lo acababa de hacer. Sam era el que estaba más cerca de ella. Acababa justo de desembarazarse de su último oponente, que había caído sin sentido al suelo tras recibir un puñetazo con la consistencia del granito.

Sam corrió hacia la mujer mientras ésta enarbolaba su arma en su dirección, pero la carrera de Sam fue meteórica, y cuando el arma centelleaba en el aire disparando



un haz de luz azul, este se estrelló en la bóveda del atrio, provocando la caída de cascotes y cristal. Sam y la mujer rodaron estrepitosamente por el suelo mientras se sucedían varios disparos. Finalmente el arma rodó por el suelo hasta quedar inerte en mitad de la sala.

Luck corrió hacia ellos, pero observó con alivio que Sam se incorporaba sin problema. No sucedía así con la mujer, que de caída de costado, parecía completamente fuera de combate. Los disparos la habían alcanzado y habían provocado desperfectos en algún género de mecanismo vital que la mujer llevaba incorporado, a tenor de los sonidos de cristal roto y de metal doblado que se oyeron en la refriega.

Sam se reclinó junto a la mujer y le tomó la mano, pero inmediatamente la retiró y rasgó la tela. Se trataba de un brazo robótico, de plástico blanco y pulido bajo el que se engranaban articulaciones de acero y catéteres de distintos colores. La máscara que ocultaba el rostro parecía ligeramente desplazada de su sitio. Entonces Sam enderezó con suavidad la cabeza y con cuidado apartó la máscara.

No estaban preparados para lo que vieron.

Bajo el rostro metálico había una cara de piel cetrina, completamente desdibujado, envejecido, caricatura contrahecha y grotesca de una mujer, con las líneas que siluetean las mejillas deformemente remarcadas, y unas profundas cuencas oculares en cuya sima se adivinaba el brillo de dos pupilas negras, pequeñas, que carecían de cualquier contorno blanco que pudiera determinar sus límites. Ambos hombres exhalaban un fuerte suspiro por la impresión que les provocó descubrir aquel semblante, en el que no obstante, con horror, reconocieron en él a su antigua amiga Susan Andersson.

—Dios mío —musitó Sam profundamente conmocionado al descubrir en qué se había convertido la que en su día había sido una hermosa mujer.

—Ahórrate tu pena. He vivido más tiempo que tú. Si estoy así es porque he exprimido cada momento de mi existencia... —dijo con desprecio la anciana.

—Hablas con aliento de hiel. Tu corazón está muerto, mujer. No eres sino el producto de siglos de esclavitud a los que tu alma ha sido sometida... hasta quedar siendo lo que eres. Un engendro...

—¡Calla! —la mujer empezó a toser, pero poco después su tos se transformaba en un jadeo rítmico. Estaba riéndose—. Más pena me dais vosotros, pobrecitos, ¿no comprendéis? Dices que soy una sierva y... vosotros mismos no sois sino otros condicionados... ¿y os creéis mejores que yo? Pero... ¿es que no sabéis a quién servís y lo que pretende?

—Basta ya de charlas. —Luck estaba nervioso y no quería interrupciones. Habían ido a una cosa hasta allí y cada segundo que transcurría en el interior de aquellos muros era valiosísimo. Seguramente ya se había dado la voz de alarma—. Quiero saber dónde está Marcie... ¡ahora!

Susan entornó su mirada vidriosa y apagada hacia Luck. Habló despacio, y con

desdén.

—Ah, sí, tu amada. Id hacia vuestra perdición... Tomad el corredor central que parte del atrio y cuando lleguéis a las escalinatas bajad... bajad... Sabréis cuando habéis llegado hasta ella... —La voz de la mujer se apagaba. Sus ojos se cerraron.

—¡Vamos! —gritó Luck y echó a correr en dirección al pasillo central por el que le había indicado Susan.

Pero Sam quedó reclinado junto a ella unos segundos. Preguntaba algo.

Luck se detuvo, impaciente a que llegara su compañero. Le imprecó su tardanza.

—¿Qué hablabas con ella? —preguntó mientras corrían por un corredor amplio y desierto que contaba con unas vidrieras traslucidas que nada permitían vislumbrar del exterior.

—Quería saber quién era a ese que según ella nos ha condicionado... —explicó Sam sin detenerse.

—¿Gregorius?

—No, muchacho, no... Es algo absurdo. Miente.

## Capítulo 47

Acudir al metro, a primera hora de la mañana, suponía un revulsivo aún mayor que levantarse temprano y enfrentarse al ambiente frío y húmedo de su piso. La muchedumbre infestaba cada rincón de los vagones y el profesor Logan se sentía incómodo al sentir semejante presión social. Como siempre, encontraba alguna cara conocida. En esta ocasión se trataba de un hombre de pelo canoso y barba desordenada. Vestía un anorak de plumón, de un color verde militar, y el profesor se entretuvo pensando como hacía habitualmente, en el género de vida familiar que tendría aquel hombre cincuentón una vez finalizara su jornada laboral. Ese hombre en particular le inspiraba una vida familiar rota. Demasiado tiempo volcado en el trabajo, tal vez. Intentaba aparentar que se dedicaba a una profesión humilde, algo así como un cargador o camionero, dada su indumentaria un tanto pordiosera, aunque el profesor estaba seguro que no era así. Algunos detalles indicaban un nivel social más alto y sofisticado. Las uñas pulcras y muy cuidadas, el hecho de mantener las orejas perfectamente afeitadas o las cejas delicadamente delineadas contradecía otros aspectos de su indumentaria que parecían deliberadamente descuidados...

El profesor abandonó toda observación del mundo exterior. Cuando se preocupaba en exceso por el hecho de que le vigilaban consideraba que emprendía una actitud interior contraproducente, como si pudiera desembocar en una paranoia incontrolable. Era mejor relajarse y seguir actuando conforme establecía su papel en la vida. Se sentía además muy cómodo siendo el profesor Logan. De hecho, si no hubiera conocido a Gregorius, ése habría sido el género de vida que habría ansiado vivir. Sí, no podría decirse realmente que estuviera fingiendo. Nunca había sido una persona apta para la acción ni para los deportes. Bien claro estaba que sus aptitudes hacían que desperdiciar tiempo en esas actividades fuera algo impensable.

Rememoró el día en que conoció a Gregorius. Sonrió.

De hecho fue Gregorius quien se le presentó a él. Ignoraba cómo había sabido de su existencia. Su familia había emigrado de las Bermudas tiempo atrás. Como muchos otros, habían querido dejar al margen a su hijo de los conflictos surgidos entre la Primera Estirpe y los que se autodenominaban los Superiores, aquellos que aspiraban de una forma insana a la inmortalidad.

Él pronto se había dado cuenta de que no era un chico normal. Lo había pasado muy mal en el colegio. Era retraído, más inteligente que la media, le aburrían muchos de los conceptos que le explicaban en clase y, sin querer, a veces ridiculizaba a sus propios profesores, o incluso los intimidaba con sus conocimientos y su capacidad deductiva. Por eso, cuando los matones del colegio lo maltrataban, Hugh encontraba poca empatía entre los mayores que debían protegerlo. Así fue cómo descubrió su poder, una capacidad de influir en las personas que era poderosa y terriblemente eficaz. Él mismo era consciente que si hubiera sido una persona ambiciosa y egoísta habría podido lograr cualquier meta de poder que se hubiera impuesto. Pero su

naturaleza era modesta y humilde, fruto quizás de la educación puritana que había impregnado las enseñanzas de su madre. En cualquier caso encajaba con su naturaleza retraída, poco dada a llamar la atención.

También esa indudable capacidad de influencia sobre las personas absorbió todo su esfuerzo intelectual. Estudió las grandes escuelas de psicología y neurociencia y poco a poco comprendió que él mismo era un espécimen diferente. Sus padres se vieron obligados a contar la verdad de su genealogía. Una especie diferente con aptitudes psíquicas mejoradas. El descubrimiento lo conmocionó, pero también lo tranquilizó. Había más como él.

No obstante no le interesaba confraternizar con más gente. Simplemente disfrutaba abundando en el conocimiento de lo que su poder podía lograr, y para ello desarrolló unas técnicas de hipnosis que con el tiempo fueron más sofisticadas y profundas. Fue entonces cuando se presentó Gregorius ante él. Lo recordaba perfectamente.

Era un hombre sabio, pero consumido. Su pelo canoso, alborotado, como el de un hombre que se guía por su instinto y su vivaz perspicacia, contrastaba con su mirada apagada, como el rescoldo de una llama que ha ardido intensamente y que ya sólo guardaba en sí el recuerdo de un calor pasado. Aquel hombre estaba agotado por las dudas y el remordimiento. Le explicó que su edad era centenaria, y de cómo había emprendido, arrastrando a muchos tras de él, un camino para superar a la débil estirpe del homo sapiens. Cuando le explicó sus ideas iniciales sus ojos ardieron de nuevo con un brillo intenso, como el que recuerda un tiempo pasado en el que se es portador de una verdad inmutable que está por encima de toda otra verdad. Pero había sido capaz de mirar más allá, más allá del tiempo en el que sus metas debían lograrse, y con horror comprendió que era un camino erróneo. Ese golpe lo había dejado por completo abatido y frustrado. Era necesario rectificar cuanto antes, pero su propia gente, embarcada en la idea que el mismo había imbuido, era reacia a escucharle. Su propio hijo intelectual, David Pemberton, estaba en completa oposición a cualquier posible reconsideración de su proyecto.

El profesor Logan comprendió de inmediato que la naturaleza del poder psíquico de aquel hombre era muy diferente a la suya. Sorprendentemente diferente. Pero su capacidad casi ilimitada le recordaba a su propio poder, un poder que él, no obstante, había mantenido todo lo oculto que había sabido. No obstante, sus propios progenitores no habían guardado el secreto completamente y las habladurías habían llegado a quien no debía. Esa era la razón de la presencia de Gregorius en Manhattan, tiempo atrás, buscándole para algo insólito. Necesitaba ayuda y él era la persona idónea.

En aquel tiempo ya era un hecho cierto que las dos facciones humanas estaban enfrentadas. Dos conceptos morales en relación a cómo debía ser la evolución del hombre habían chocado irremisiblemente. Los que abogaban por guiar a la humanidad desde dentro, sin hacer nunca pública su condición de seres humanos

evolucionados, esto es, la Primera Estirpe, y los que abogaban por sacar partido al máximo de sus propios poderes, prolongando la vida al máximo y planificando un cambio en el paradigma de la civilización humana, destruyendo la erigida por el *homo sapiens* y aspirando a una nueva sociedad, más ordenada, en el que el *homo superus* impusiera sus criterios. De todos era conocido que Gregorius era el instigador de aquella causa, por eso su presencia en la cafetería de la universidad de Columbia cuando Hugh Logan no era sino un joven profesor de reciente nombramiento, lo dejó completamente confundido. Él estaba al margen de todas aquellas cuitas.

Entonces Gregorius le explicó su plan. Era un plan inconcebible. Aquel hombre se arrogaba la capacidad de predecir el futuro. Decía conocer tan bien lo que habría de suceder que era casi como si lo estuviera viendo. Su consciencia abarcaba el tiempo como si este fuera una fotografía por la que bastara recorrer la vista para inspeccionar cada uno de los detalles de lo que habría de suceder. El joven Hugh Logan no le creyó, pero eso era algo con lo que Gregorius contaba. Entonces sonrió sarcástico. Restó importancia a su rechazo y se dedicó a relatar cómo iba a ser la próxima década de la humanidad. Aquel primer encuentro había tenido lugar en los últimos años del siglo xx.

Cuando poco después sobrevino los atentados de las torres gemelas y el desarrollo general de las contiendas subsiguientes fue siguiendo las trazos barruntados por Gregorius, el profesor se sintió impresionado por el recuerdo de aquella intensa conversación de cafetería universitaria. Cuando poco después Gregorius volvió a reaparecer en su vida reclamando su ayuda no pudo negarse esta vez. Fue entonces cuando le explicó lo que iba a suceder con la humanidad y cuáles eran las líneas maestras de su plan. La ayuda que le solicitaba parecía inconcebible, ponía al límite sus propias capacidades, no sólo psíquicas, sino también morales.

Esa era una conversación que le había impresionado hondamente. Cada vez que se sentía rodeado de una multitud, cuando por ejemplo viajaba en aquellos vagones atestados de gente que se movía por el metro de Nueva York, y veía a toda aquella humanidad palpitante afanándose en sus cuestiones cotidianas, recordaba el funesto presagio de Gregorius acerca de lo efímero de la civilización humana. Ya no distinguía personas, sino cenizas. Una profunda tristeza le invadía. Más sabiendo que, aun a pesar de todo lo hecho, aquel esfuerzo que había emprendido no iba a servir para salvar ni una sola vida humana, si no, si acaso, encender una llama de esperanza que tal vez prendería en un futuro muy lejano.

Era en ese punto cuando su poder adquiriría una importancia crucial y el profesor abandonaba por unos segundos la serena humildad en la que se refugiaba y un pensamiento le henchía de vanagloria. Tal vez su contribución serviría para que algún día...

Pero más valía no pensar en ello. No se sentía demasiado orgulloso de lo que había hecho.

## Capítulo 48

La galería por la que corrieron se abría en multitud de salones vacíos y estancias que parecían abandonadas. Era aquel un palacio inmenso para los escasos moradores de los que disponía, provocando una sensación similar a la de la Ciudadela cuando recorrían sus calles, un esplendor vacío de humanidad se antojaba como un paisaje fantasmal, la vacuidad triste de un escenario ya en desuso, la nostalgia de una casa abandonada.

Tropezaron con dos altos funcionarios, hombres que vestían unos ropajes barrocos, recargados, con una pesada mitra coronando su cabeza y las manos entrelazadas, ocultas por las amplias mangas de sus vestidos. Eran ancianos de rostros ajados y mirada severa, que los observaron con desconcierto, paralizados, entre la indignación y el miedo.

Una escalera en espiral, muy amplia, descendía hacia pisos inferiores que permanecían en la más absoluta oscuridad. Era como descender al mismísimo infierno. Sam y Luck se miraron desconcertados, pero aún así iniciaron la bajada. Aliviados observaron que a medida que su carrera les llevaba a las profundidades del palacio, los tramos de escalera iban iluminándose a su paso.

El esplendor del palacio se manifestaba en cada mínimo detalle arquitectónico. Todo lucía pulcro, hermoso, y sobre todo, haciendo gala de un lujo versallesco... pero inútil, como todo lo que ha conocido la gloria pasada que no puede sino acaso evocar un estéril sentimiento de admiración. A medida que descendían y se iluminaban espléndidos pórticos cada vez que llegaban a una planta nueva, ambos comprendían que no había nadie allí. Luck temía que pudieran estar perdiendo el tiempo y que Susan los hubiera engañado con una treta, enviándolos en una dirección por completo errónea, pero no existía otra opción más que seguir. Podían incluso estar yendo directamente al cuartel general de los oscuros...

Llegaron a la planta más baja del edificio. En esta ocasión, antes de que se iluminase automáticamente con su llegada, observaron que de uno de los corredores que conducía a aquella escalinata mantenía sus apliques encendidos. Era la primera señal clara que indicaba algún género de actividad. Sam y Luck corrieron tan silenciosamente como podían a lo largo del amplio pasillo.

Atravesaron un claustro enorme por su camino central, que no obstante contaba con una marquesina de forja que les protegía de la lluvia. El claustro, rodeado por unas columnatas de mármol rojo, y cuyos jardines lo adornaban varios tipos de árboles frutales y rosas de colores diversos, languidecía bajo un intenso aguacero que impregnaba el lugar de un aroma a tierra húmeda.

Más allá del claustro, tras otros cincuenta metros de pasillo palaciego, una puerta, de doble hoja permanecía abierta. Una intensa luz surgía de su interior. Dos guardas custodiaban la puerta, que al ver acercarse a la carrera a dos intrusos adoptaron una posición defensiva. Pero Sam y Luck aceleraron su carrera y antes incluso que

puvieran reaccionar, ambos soldados quedaron inconscientes a sus pies.

Entraron en el recinto a la carrera, la pelea había alertado a varios oscuros que se hallaban en el interior. Se trataba de una sala ovalada, de suelo marmóreo blanquecino, que contaba en todo el recorrido de sus paredes con un gran número de hornacinas dispuestas simétricamente y que contenían estatuas de alabastro con cuerpos humanos en poses de aspecto clásico, todo un paraninfo que rendía tributo a una mitología desconocida. Las arcadas que sostenían el techo abovedado estaban repletas de geometrías fractales que parecían provenir de una civilización alienígena.

Luck esquivó fácilmente el golpe del primer oscuro mientras le robaba la pistola y abatía a otro que apuntaba hacia él. Después remataba al primero con varios golpes en el costado que hacían crujir sus costillas, y mientras su adversario aún no había tocado el suelo, arremetía contra el siguiente atacante, al que nuevamente esquivaba su ataque con la vara aturdidora, lo agarraba del pecho, y dejándose caer hacia atrás, lo lanzaba por encima de sí mismo. Según se incorporaba lanzaba la vara con un potente giro hacia uno de los oscuros más alejados que iba a abrir fuego sobre Sam. La vara lo golpeó en la cabeza dejándolo por completo aturdido. La sala quedaba despejada de guardias.

Se fijó entonces en el resto de personas que se encontraban en la sala. Indudablemente había dos senadores en ella. Sus ropajes, aunque masculinos, se asemejaban en mucho al que llevaba Susan. Un traje de color ceniza pero embellecido por un sinfín de brillantes dibujando caprichosos arabescos. Una de las figuras ostentaba una especie de levita cuyos faldones, amplios y circulares, que ocultaba por completo la silueta de sus piernas. Flotaba en el aire con una leve oscilación. La otra mostraba un aspecto más juvenil, su figura tenía mucho más garbo y su aspecto era más estilizado. Se erguía sobre el suelo y sus movimientos eran gráciles, a diferencia del primero, pero ambos ocultaban su rostro bajo máscaras plateadas de mirada ambigua. En el caso del primero su cabeza estaba cubierta por una capucha ornamentada con orfebrería, mientras que en el caso del que mantenía una pose más atlética, la máscara se extendía más allá del mismo rostro y ocultaba su cabello bajo un tocado dorado. Se asemejaba a la escultura de un dios griego.

Ninguno de los dos mostraba sorpresa o miedo. Más allá de ambos una figura femenina parecía encontrarse inmovilizada en una especie de sarcófago alrededor del cual varias figuras uniformadas con monos de colores llamativos manipulaban diversos controles. Luck comprendió al instante que se trataba de Marcie.

Iba a echar a correr en su dirección, pero con horror comprobó que sus músculos no le obedecían. Se había quedado clavado en el lugar. Una rigidez pétrea se extendía por todo su cuerpo. Apenas pudo girar la cabeza en dirección a Sam, que sufría un proceso similar al suyo, y caía pesadamente de espaldas al suelo. Estupefacto observó que sobre su brazo se habían clavado varios dardos.

Luck sentía que cada respiración se hacía más lenta y dificultosa que la anterior. Su visión se nubló y tuvo la vaga impresión de que caía hacia un pozo de negrura.

Todo se oscureció.

\* \* \*

Al despertar se encontró maniatado. Se hallaba en un contendor adaptado a su figura. Era mullido, y aunque los efectos del paralizante muscular que lo había inmovilizado aún hacían efecto, pudo mover la cabeza lo suficiente para darse cuenta que junto a él, en contenedores similares, se encontraban Marcie y Sam. Estaban levemente reclinados hacia delante, de tal manera que podían observar parte del paraninfo en el que se encontraban. Los dos senadores los observaban impertérritos y un equipo de operadores que vestían uniformes llamativos y coloridos completaban la escena. Sus peinados rococó y su maquillaje excesivo le recordaron de inmediato a Luck a toda aquella gente multiétnica que habitaba la ciudad exterior.

¿Qué había sucedido? ¿Qué se les había escapado? Observó nervioso a los senadores, intentando traspasar con su mirada la máscara argéntea. Impasibles, lo observaban.

—Los tres han recuperado la consciencia —murmuró uno de ellos, el que vestía de forma más sofisticada y levitaba sobre el suelo. Al desplazarse ligeramente para observar mejor a Luck le recordó a los movimientos de Susan unas horas antes—. Los efectos de los dardos paralizantes están pasando. Sabed que ha sido una temeridad vuestra aventura de intentar llegar hasta aquí. La Ciudadela cuenta con medidas de seguridad que ni soñaríais. De hecho, os aguardábamos.

El senador se inclinó levemente sobre Luck y lo observó en silencio.

—Vaya sorpresa, jovencito. Por usted no ha pasado el tiempo. —Comentó finalmente—. He de reconocer que me ha sorprendido la pericia del plan de Gregorius para alcanzar este tiempo de la Historia, aunque, como todos sabemos, su intentona por salvar el cerco al que teníamos sometidos a la Primera Estirpe resultó por completo infructuosa. Todos perecieron en aquellos días... Aún recuerdo su estancia en Bermudas, joven Luck. Poco después desaparecieron, junto con parte de la última generación de nuestros rivales. Fue un secreto muy bien guardado el del emplazamiento de las cápsulas. Todos los que no viajaron con ustedes a través del tiempo perecieron sin revelarlo... o los que lo delataron obviamente no tenían información fiel, porque jamás hallamos las cápsulas. Increíblemente la mayoría optó por la efímera mortalidad antes que aceptar la inmortalidad que les ofrecíamos...

—Preferimos ser libres. —Era Marcie la que había hablado. Luck oyó su voz cristalina y nítida junto a sí. Parecía estar sana y con vigor.

El senador abandonó la observación de Luck y se dirigió lentamente hacia el extremo donde yacía la joven.

—Siempre has sido tú nuestro principal escollo. Durante un tiempo pensamos que Gregorius había urdido contigo una conjura capaz de destruirnos. Él nos conocía perfectamente, fue el inspirador de los superiores... y finalmente un traidor. Así que,



pequeña, a estas horas nada pierdes con decir cuál era su pretendido plan. ¿No crees que el funcionamiento defectuoso de las cápsulas hace que tu secreto carezca de sentido? Los Superiores nos hemos impuesto y el futuro es nuestro. Hicisteis mal en intentar esperar al resto de la Humanidad. Ya veis, la tenemos domesticada, a nuestro servicio completo. La evolución ha colocado a cada cual en su sitio.

—¿La evolución? Vuestra estirpe está agotada. —Sentenció Marcie—. ¿O pensáis acaso que estamos ciegos? He visto estos palacios suntuosos vacíos y observo a vuestros sirvientes en este lugar de aspecto inhumano y frío. Sé que sometéis al hombre a través del suero de la vida, pero sin él vuestro dominio se acabaría. Vivís en el miedo a que el hombre se libere porque vuestra propia inmortalidad se os ha vuelto en contra. No engendráis descendencia porque no queréis compartir vuestro poder. Incluso en un mundo tan grande, peleáis y lucháis en guerras entre vosotros, como antaño el homo sapiens al que despreciabais. Recuerdo cuando explicabais que vuestro objetivo era construir un mundo mejor... ¿es acaso este? No, no lo creo.

El senador se rió. Se trataba de un carcajeo lento y pausado, casi como una tos.

—Y aquí tenemos al ínclito profesor Roy. Ciertamente que no es una alegría este reencuentro para usted, aunque para mí se trata de un breve divertimento. En esta vida ociosa y placentera descubrir a un viejo conocido he de reconocer que brinda un pequeño sobresalto digno de agradecerse.

—Usted es... Pemberton —dijo Sam, que estaba cayendo en la cuenta de con quién hablaba—. Sería bueno que se quitara esa ridícula máscara y pudiéramos observar su rostro semipodrido. Habla de inmortalidad, pero evidentemente sus poderes de regeneración no son tan buenos como les gustaría. Siempre había pensado en la inmortalidad en términos de eterna juventud. Doy gracias por no haber sucumbido a la tentación que me presentó en su día... ¡Convertirme en una especie de pasa humana! —El tono sarcástico de Sam le recordó a Luck al de los viejos tiempos, provocador y ácido.

El senador observó la cápsula de Sam durante largos segundos pero no replicó. No hallaba la respuesta satisfactoria y decidió obviar el comentario.

—Les veo a los tres muy enteros para estar a punto de morir. Pueden guardarse su valentía y su ironía. Como comprenderán a estas alturas me resultan absolutamente superfluas. Ni me impresionan, ni me ofenden. Lo que me interesa de ustedes como especímenes es su interior, en concreto, su cerebro. Hacía siglos que no teníamos acceso a un miembro de un primera estirpe como tú, Marcie. Y por otro lado es evidente que la gente de Gregorius manipuló los cerebros de estos caballeros, a fin de asemejar su capacidad a los de una especie más elevada, algo que en cierto sentido, me resulta aberrante. El homo sapiens debería quedarse en su nicho evolutivo, como especie inferior al servicio de la nuestra. Así pues sus breves existencias en este tiempo están a punto de concluir.

El senador se volvió e inició su parsimonioso flotar, alejándose de los nichos donde permanecían sujetos los tres cautivos.

—Procedan —ordenó sin demasiada fuerza, refiriéndose a los operadores que pululaban en todo momento junto a los nichos.

Sin embargo el otro senador no se movió de inmediato. Se mostró duditativo, pero finalmente de un par de zancadas se puso junto al senador veterano.

—Eminencia... —dijo, pero el resto de sus palabras se volvieron incomprensibles para Luck. Hablaba en cuchicheos. No obstante había habido algo en su voz que resultaba extrañamente familiar.

—Por supuesto que a veces deben realizarse excepciones, querido amigo —repuso en voz alta Pemberton—. Y en verdad que os estimo y os profesamos una inmensa gratitud por vuestros servicios, pero créeme si te digo que el sacrificio de estos tres individuos, sin excepción, es por tu bien. Creo que has desarrollado afectos que te desmerecen, un sentimiento pernicioso del cual nuestra especie se ha desembarazado por completo. Con el tiempo observarás cuán acertada ha sido esta decisión. Y ahora, si me disculpas...

El senador Pemberton giró de nuevo e inicio su lenta marcha mientras el más joven permanecía indeciso y confundido, mirando ora a un lado, hacia los tres cautivos, ora hacia el otro, al senador que se alejaba.

Luck sintió un pinchazo en el antebrazo. Le estaban insertando un catéter. Junto a su cabeza acercaban un mecanismo articulado. Varias sierras de forma circular empezaban a girar a una velocidad exorbitada, produciendo un leve zumbido. Luck detectó a través de sendos ruidos similares que tanto Marcie como Sam estaban a punto de sufrir el mismo proceso que él. Tensó todos sus músculos, tirando de las correas que sostenían brazos y piernas, pero resultó por completo inútil. Intentó mirar en todas direcciones en su derredor, pero la cabeza estaba firmemente asida. No podía encontrar ningún elemento que le sirviera de ayuda. Escuchó los gemidos de Sam. Debía estar forcejeando hasta la extenuación, y otro tanto sucedía con Marcie.

—¡Deteneos! —Había sido el joven senador el que había dado la orden. Los operadores se miraron desconcertados. Luck cesó en sus esfuerzos y centró en la inesperada intervención del senador. Su máscara miraba hacia ellos.

—¿Qué haces exactamente? —El viejo senador se había detenido en su marcha al oír el grito de su compañero—. Espero que estés a la altura y sepas dominarte convenientemente —le conminó con voz claramente irritada.

—No era este el pacto que habíamos establecido —explicó el aludido con vehemencia.

El senador aceleró su paso y se plantó frente a su subordinado. Parecía elevarse unos centímetros por encima de su cabeza.

—No tolero este trato. No pienses que puedes tratarme como a un igual, estúpido engreído. El don que te ha sido concedido rebasa en mucho a lo que has merecido. No conviertas mi gratitud en ira porque te arrepentirás.

—Sólo exijo lo que por justicia se me había prescrito. Tal vez el Consejo...

—¡Yo soy el Consejo! —La voz de Pemberton tronó en la sala con tal virulencia

que todo movimiento cesó. El tiempo mismo pareció quedar congelado.

—Y tú harás lo que se te diga —concluyó el senador, con voz iracunda—. Y ustedes, prosigan con la extracción —ordenó de mala gana.

El senador veterano se giraba para retirarse de la sala, pero el más joven parecía enervado. Los operadores reiniciaron su actividad febril. Luck observaba como manipulaban las consolas de su nicho. Insertaron un nuevo catéter en el otro brazo. Iban a proceder a rasurarle la cabeza mientras lo anestesiaban. Sería su último sueño.

Pero el joven senador reaccionó. Extrajo su arma de entre los pliegues de sus ropajes. Se trataba de una varilla corta, metálica y de extremos acristalados, de un diseño muy similar al que había visto que portaba Susan. En un movimiento grácil y certero dirigió el arma hacia Pemberton y se oyó un sonido cristalino.

Pero Pemberton que había intuido lo que se avecinaba, se echó a un lado a la vez que desenfundaba su propia arma. En el mismo momento que una corriente eléctrica lo alcanzaba mortalmente, él mismo dirigía el haz de su arma hacia su agresor.

Luck observó como el duelo se resolvía en una centésima de segundo. Ambos contendientes habían caído al suelo. Pemberton acompañado de varios chasquidos metálicos, como de cortocircuitos eléctricos, mientras que el joven senador se había derrumbado cuan largo era, de espaldas. Yacía malherido.

La sala quedó en silencio, los operadores cesaron en su actividad, colapsados por la escena que acababan de presenciar. ¿Qué significaba aquello?

El senador veterano yacía inmóvil por completo en mitad de la sala. El más joven empezó a moverse ligeramente, hasta lograr quedar tumbado de costado.

—Liberadles... —musitó.

Pero debió repetir las órdenes varias veces hasta que finalmente algunos operadores, que habían superado el desconcierto inicial, procedieron a soltar las correas que sujetaban a cada uno de los cautivos conforme al mandato de su superior.

El senador languidecía, su vida se debilitaba. Su cabeza apenas se mantenía erguida. Apoyado sobre un codo, en el suelo, había intentado inútilmente incorporarse. Marcie fue la primera en llegar a su lado. Segundos después lo hacían Sam y Luck.

—Marcie... —dijo el joven senador.

Marcie miraba aquella máscara delicada y argéntea que reflejaba su propio rostro sin entender nada.

—Marcie... debes perdonarme... yo todo lo hice porque te amaba.

—¿Tony? —Marcie pronunció las palabras mientras con su mano retiraba la máscara de la faz del senador. El semblante pálido de Tony reapareció ante ellos. Tony, que había sido Timber en tanto habían vivido en la jungla. Tony, que siempre había jugado con una doble baraja, al servicio de Pemberton, infiltrado, conociendo los secretos de la gente de Marcie, traicionándolos hacía ochocientos años, y volviendo a traicionarlos ahora, después de haber renacido, colaborando con los oscuros para que jamás pudieran organizarse, manteniéndoles en jaque en su mísera

existencia en la selva, impidiendo poner en marcha cualquier plan que pudiera poner en peligro el reinado de los superiores. Nunca habían tenido la más mínima opción. Y sin embargo ahora, cuando todo estaba perdido...

—Nos traicionaste —le reprochó Marcie que comprendía con cada segundo que reflexionaba la magnitud de la obra funesta de aquel hombre.

—No quise hacerlo... me obligaron —gimoteó el senador caído—. Era la única manera que tenía de mantenerte a salvo... todo lo que hice fue para mantenerte a salvo... siempre. Perdóname, te lo ruego. Yo siempre te he amado.

El senador se derrumbó. Aún respiraba con dificultad cuando entre Sam y Luck lograron incorporarlo levemente.

—¿Quieres redimirte? —Interpeló Marcie.

La mirada de Tony se sobrepuso al desmayo. Sus ojos castaños se fijaron en Marcie como si fuera el aliento del cual dependía su vida.

—Dime entonces dónde se elabora el suero de la vida. Allí debemos acudir.

Tony pareció sufrir un desmayo. Pero había cerrado los ojos y tomado aire para cobrar fuerzas. Era consciente de que le quedaban escasos pulsos de vida y quería acumularlos para acometer su última voluntad.

—Tomad mi sable. Él os abrirá las puertas que os conducen hasta...

Pero las palabras de Tony quedaron inconclusas. Su cuerpo se relajó por completo, como si se hubiera escapado un soporte que lo había mantenido rígido hasta entonces.

Luck fue consciente entonces de que a su alrededor se había congregado un numeroso corrillo. No sólo los operadores que habían estado a punto de trepanarlos minutos antes, también un pelotón completo de oscuros así como varios altos funcionarios con sus claustrofóbicos ropajes.

—Marcie... ¿para qué queremos ir a la sala del suero de la vida? —Preguntó Luck perplejo.

Marcie le tomó de la mano. Sus ojos se clavaron en los suyos. Había una expresión de dolor indecible en su mirada.

—Porque ese era el plan, Luck, ese era el plan desde el principio.

## Capítulo 49

Las clases de la mañana del profesor Logan habían transcurrido conforme a la pauta habitual. Muchas ausencias, pocas preguntas, caras de aburrimiento y una perenne sensación de *deja vu* que es propia de los que han repetido las mismas rutinas hasta la saciedad. No obstante sus discursos filosóficos solían variar lo suficiente como para que a él mismo la materia de su disertación no resultara insatisfactoria. Aún así el nivel que imprimía a sus enseñanzas desalentaba a todo alumno que intentara seguir su argumento. Abundaba en citas de autores que a su vez referenciaba a otros autores anteriores, mezclaba y relacionaba escuelas psicológicas buscando puntos de encuentro que nadie más que él encontraba y, cuando llegaba a un inesperado punto de no retorno, callaba por largos segundos, se ajustaba las gafas sobre su nariz, retrocedía mentalmente hasta el inicio de su divagación, y retomaba el hilo de la charla. A menudo observaba caras de extrañeza entre sus alumnos que se esforzaban en seguirle tomando notas en sus portátiles. No era raro que muchos lo grabaran en video para después, con calma, intentar descifrar el contenido de su alocución.

El día lluvioso no invitaba a acudir a su picnic del parque. Hubo de quedarse en la cafetería de la facultad, que aunque brindaba un ambiente más ruidoso y desapacible, al menos también era más cálido.

La fiambarrera le deparó una agradable sorpresa. Unos macarrones a la boloñesa que la señora Williams preparaba con exquisito gusto hicieron que su almuerzo resultara delicioso, tanto que desistió de echar un vistazo al libro de Jung que siempre le acompañaba.

Oteó en torno a sí, en busca de caras conocidas. Por un momento le pareció reconocer en una espalda ancha y familiar la figura del profesor Roy. Pero eso resultaba del todo imposible. El hombre en cuestión también llevaba el pelo ligeramente largo y era de color claro, pero en cuanto se giró levemente los rasgos de su semblante así como un prominente estómago deshicieron el encantamiento.

El profesor Roy... ¿dónde estaría?

Recordaba como lo había conocido, o mejor dicho, cómo lo había abordado. El intrépido profesor encarnaba una de las piezas clave que Gregorius necesitaba para agitar el avispero de las Bermudas y él lo había reclutado para la causa.

Cuando Gregorius le explicó las líneas maestras de su plan al joven profesor Logan, le pareció inicialmente una tarea muy superior a la que estimaba eran sus capacidades psíquicas. Pero Gregorius no le presionó, simplemente le explicó cómo veía el futuro del género humano y la clase de intervención crítica que habría que realizar con el devenir de los siglos a fin de salvar a la especie humana de sí misma. Al profesor Logan aquella capacidad de premonición le parecía tan fantasiosa como imposible, pero las muestras de clarividencia de Gregorius habían resultado ser tan apabullantes que en las largas tardes de silencio de su piso, en las que meditaba sobre

todo aquello, llegó a la conclusión de que tal vez podría hacerse algo por ver cumplidas las expectativas de aquel hombre irrepetible, el mismo que había detonado la secuencia de acontecimientos que habría primero de extinguir a la humanidad, y después resucitarla. Era inaudito, pero finalmente el profesor elaboró un plan que entusiasmó a Gregorius. Así arrancó, algo más de una década atrás, el proyecto Hypnos.

Hypnos, el dios del sueño, daba un nombre muy apropiado a aquel proyecto, que no obstante, su crucial importancia no descansaba tanto en el sueño como en otros factores psíquicos-hipnóticos que incumbían a los atributos personales del profesor. Esos atributos que le convertían a él, al profesor Logan, en un inesperado baluarte de la Primera Estirpe, pero también de la humanidad entera.

Pero era necesario localizar a los sujetos protagonistas de aquel proyecto. El profesor Logan dedicó un largo año a llevar a cabo la selección. Necesitaba a un erudito de características insólitas, no le valía cualquiera. Debía ser capaz de plantarse en las Bermudas con una insólita teoría y con los ánimos suficientes como para ser capaz de desentrañar el plan de los *homo superus* para lograr su suplantación en la hegemonía de la evolución. Gregorius ya había sido apartado del núcleo duro de los Superiores por su oposición al plan que él mismo había alentado. Sus dudas y críticas habían provocado la desconfianza de su hijo intelectual, el señor Pemberton. Era por tanto perentorio conocer los planes del adversario para a su vez establecer los tiempos propios para que Hypnos se llevara a cabo. El resultado no podía haber sido más satisfactorio.

Pero no sólo bastaba el profesor. Era necesario crear un equipo de tres miembros inicialmente, aunque el tiempo demostraría la importancia de incorporar un cuarto e inesperado peón, cada cual con una función muy definida. No se trataba tanto de lo que debían hacer una vez despertaran en otro tiempo, lejano, en el futuro, establecido por la capacidad predictiva de Gregorius como el mejor momento para tomar desprevenidos a los Superiores, sino por el complejo rango de relaciones que debían establecerse entre ellos que asegurarán el éxito de su misión. El profesor Logan era consciente de sus limitaciones. No podía crear relaciones o emociones inexistentes, solo podía reforzarlas las reales o si acaso alentar las que solo eran incipientes, pero ese condicionamiento establecido férreamente en la voluntad de sus peones habría de significar el principio de todos los cambios.

Gregorius había propuesto como una de sus candidatas a Marcie, una joven de la primera estirpe, muy motivada personalmente, a la que un joven que la pretendía, también de su misma estirpe, estaba a punto de decantarse por el bando de Pemberton, un tal Tony. La perspectiva de una longevidad casi eterna atraía a aquel muchacho inexorablemente hacia el bando de los Superiores, pero Marcie ejercía sobre él una fascinación que podía ser muy interesante reforzar.

El profesor Logan decidió poner a Marcie en contacto con el profesor Roy. Por aquel entonces el profesor Logan ya había sembrado indirectamente algunas de las

ideas que alentarían al profesor Roy a enunciar su teoría de la evolución súbita. Entonces Logan reparó el interés que sentía Marcie por un joven posgraduado que también mantenía trato con el profesor Roy. Se dio cuenta que el fuerte vínculo que se estableciera entre ambos podría ser el núcleo principal sobre el que fundamentar la revolución futura, y así Luck captó la atención del profesor. Una historia de amor que finalizara en un acto de inmolación era una buena base para el plan de Gregorius. Pero ese punto, la inmolación, resultaba terrible para Logan. Intentó por todos los medios que tal fin pudiera ser evitado, pero los requisitos de Gregorius resultaban insalvables. Había que neutralizar el fatídico suero de la vida, un suero que en la actualidad vigorizaba y procuraba una longevidad a quien se le administrara, pero cuyo fin último era crear una perniciosa dependencia entre los *homo superus* y sus futuros esclavos, los sapiens. El transporte de la enzima liberadora no podía sino realizarse con un implante cerebral, y su extracción solo podría deparar la muerte del portador.

Logan arguyó cuanto pudo para salvar la vida de Luck, tanto más cuanto más lo conoció. Era un joven agradable de rectas intenciones, bastaba una charla con él para observar su candidez y rectitud de miras. Iba a ser fácil implantar en él un deseo secreto de sacrificio en pos de un bien universal. Bastaba con reforzar ideas que ya tenía implantadas en su mente, enraizadas en la fe que su progenitor había insertado en él desde pequeño. Así que el inocente muchacho creía que participaba en un experimento donde narraba sus sueños al profesor y éste tomaba notas pacientemente, intentando reconstruir en aquellas ensoñaciones fantasiosas un algo en relación a su personalidad. En verdad, lo que acontecía en aquellas charlas en las Bermudas era que el profesor hacía uso de su potencia psíquica, y el pobre chico, una vez hipnotizado, multiplicaba su predisposición hacia el sacrificio personal en pos de un bien común. El profesor Logan estaba fabricando un mártir.

Aquella faceta de su participación en el plan de Gregorius le repugnaba. Buscó hasta el último momento una forma de evitarla, pero los requerimientos médicos del plan de Gregorius resultaban insalvables. Ese punto le angustiaba sobremanera. También se daba cuenta de que buscar a otro mártir le supondría de igual manera otro dilema moral irresoluble. Esa sería una carga con la que tendría que vivir el resto de sus días.

El profesor Logan abandonó por un momento sus cavilaciones y levantó la vista por encima de la taza de café con leche humeante que sorbía de vez en vez. Allí estaba, en la barra del bar, de nuevo aquel hombre de pelo canoso. Esta vez iba trajeado. Parecía uno de los decanos de la Universidad, recién salido de una reunión de altos vuelos. Tal vez con patrocinadores públicos o privados, o tal vez después de un acto académico de postín. La apariencia de ejecutivo encajaba más con su perfil. Nunca miraba directamente hacia él, pese a que el profesor Logan a veces mantenía la vista fija en él durante un largo minuto. En las últimas semanas se había cruzado con aquel individuo en varias ocasiones, siempre revistiendo una apariencia bien

diferente. El seguimiento del que era objeto era exhaustivo, pero inútil. No había ya nada en su vida que mereciera la pena ser investigado.

El profesor Logan regresó a sus recuerdos. Tenían ya tres peones en movimiento, pero la genial intervención de Gregorius procuró un cuarto e inesperado activo. Había sido la pieza más delicada de todas, pero precisamente por su dificultad y por el riesgo que entrañaba su inclusión en el equipo, el profesor Logan debió de preparar al máximo la intervención con él. Fue rápida y certera. No podía cambiar ningún rasgo de su personalidad o sentimientos... sólo los podía reforzar. Pero cuando concluyó, el profesor estaba seguro de que habían incorporado una salvaguarda clave para que su plan pudiera tener éxito en un futuro lejano, ...en un millar de años, ese era el plazo.

«Lo que haya de suceder sucederá», se dijo el profesor mientras apuraba su café de un último sorbo.



## Capítulo 50

Un murmullo de voces rodeaba a Sam, Marcie y Luck, que arrodillados contemplaban el cuerpo inerte de Tony, el joven senador, que pálido y frío, yacía con el rostro caído sobre un lado, como ansiando que regresara a él la máscara que segundos antes había ocultado su identidad y que ahora descansaba inexpresiva y burlona junto a él.

Los tres se miraron. Su situación era complicada. Un oficial se abrió paso entre la gente y se quedó contemplando el cadáver del senador. Rápidamente ordenó que la guardia formara y dispersó a los operadores y funcionarios, que no obstante, no se alejaron mucho más allá de la escena.

—Extended vuestras manos para entregaros —ordenó el oficial, que se disponía a esposar a los cautivos.

—¡No! —gritó Marcie.

El oficial hizo un gesto y un par de guardias se aproximaron para prender a la chica por la fuerza. Pero Luck se interpuso. Iba a agredir a los soldados cuando Marcie le detuvo.

—No Luck, espera. Dejadme hablar, os lo ruego.

El oficial ladeó la cara. No le gustaba aquello, pero la muchacha había captado la atención de la gente.

—¡Escuchadme todos! —Su voz clara resonó en la sala y todos callaron—. Durante toda vuestra vida habéis estado subyugados por un suero, una pócima que os permite contar vuestra existencia hora por hora. Estáis esclavizados por la arbitraria dispensa de ese líquido, sin el cual estaríais condenados. Esta cadena de esclavitud empezó siglos atrás... un método diabólico de someter a la especie humana, de condicionarla. Sois los condicionados. Vuestra vida depende de esa condición, ser dóciles a vuestros amos o de lo contrario se os priva de vuestro sustento vital.

Marcie giraba sobre sí misma, hablando para todos y cada uno de aquellos hombres y mujeres. Luck también miraba sus rostros inexpresivos, sujetos a modas tan frívolas que su apariencia humana le resultaba en ocasiones repulsiva, y en otras morbosa, por no pensar en los oscuros, la guardia de los senadores, cuya máscara despersonalizaba completamente al hombre que se ocultaba tras ella. Las palabras de Marcie no lograban alterar la expresión de aquellos rostros maquillados en exceso, acostumbrados a una inexpresividad absoluta en presencia de sus amos, los senadores.

—¡Escuchadme ahora! ¿Qué pensaríais si os dijera que tenemos la cura, que somos capaces de alterar el suero para una última y definitiva dosis que modificará por completo vuestro metabolismo, devolviéndole la independencia que nunca debió perder y de esa manera recuperar vuestra vida? Os hablo de la libertad de vivir y de morir... y nunca depender de la droga que os ha mantenido atados por una cadena tan corta.

Marcie finalizó su perorata y miró en torno a sí. Aquellas miradas apenas traslucían emoción, simplemente aguardaban. Fue el oficial el que intervino.

—Apresadlos —ordenó a sus hombres, nervioso.

—Escuchadme bien. ¡Si nos detienen se perderá para siempre esta oportunidad! —gritó desesperada Marcie.

Luck pensaba a toda prisa en lo que estaba diciendo Marcie. Intuía que el contenido de aquella promesa le afectaba. Las palabras de Nist emergieron de pronto con fuerza. «Debe inmolarse», esas habían sido las palabras dirigidas a Nist poco antes de que Marcie fuera capturada en la casa de Duke. Pero había estado tan centrado en la improbable misión de recuperar a Marcie con vida que ese designio había quedado por completo olvidado. Ahora, en ese instante en el que ella le decía que la misión cobraba todo su vigor, que todo estaba a punto para que se cumpliera el plan, comprendía inesperadamente que había llegado su hora. «Inmolación».

¿Pero cómo? ¿Por qué?

—¡Si nos detienen se perderá para siempre esta oportunidad! —gritó Marcie llena de rabia. Quería remover la conciencia de aquellos hombres y mujeres, pero era como intentar obrar un milagro imposible.

Varios guardias se aproximaron hacia ellos. Sam derribó al que intentaba ponerle la mano encima. Otros dos que se aproximaban a Marcie esgrimieron sus varas, pero los que estaban detrás de estos parecían dudar. El oficial se puso nervioso. Ordenó a otros guardias que intervinieran, pero estos se desentendieron del oficial.

—¿Qué necesitáis? —una voz resonó en mitad de aquel precario equilibrio.

Había sido un operador, un hombre de mono naranja, con la cabeza afeitada y tatuajes que ascendían por su cuello hasta las mejillas y ojos.

—Debemos llegar a la fábrica del suero, el laboratorio donde se elabora —explicó Marcie, mientras adoptaba una postura defensiva frente al oscuro que se le acercaba con una vara aturdidora.

—¡Insensatos, deteneos! —gritó el oficial—. Nadie puede llegar hasta allí. ¡Es un locura!

Entonces Marcie tomó la vara de cristal del joven senador, que yacía en el suelo, a sus pies.

—¡Tenemos acceso! —gritó Marcie mientras la esgrimía con el brazo en alto.

—¡Todo aquel que desobedezca mis órdenes no verá un nuevo ocaso! —vociferó el oficial.

Su amenaza surtió efecto. Varios guardias oscuros se abalanzaron sobre Marcie, Luck y Sam, pero, inesperadamente, estos no debieron hacer frente al ataque en solitario. Otros guardias frenaron la embestida de los primeros. Un combate sin cuartel se desencadenó entre los que protegían a los tres cautivos y los que defendían al oficial. Incluso entre los operadores y funcionarios estalló una refriega. Los que querían huir y probablemente dar la voz de alarma, eran retenidos por la fuerza por los que estaban dispuestos a arriesgarlo todo con tal de lograr la anhelada libertad.

Golpes, gritos y voces. El caos se había hecho dueño de la escena.

«Inmolación». A pesar del fragor Luck sentía que no estaba realmente presente en aquel lugar. De pronto esa palabra descubría un sentido trascendente que le insuflaba un sentimiento místico de plenitud, de posesión de la verdad. Un sentimiento lo embargaba. Era pura compasión de sí mismo, que como un animal preparado para el sacrificio, se convertiría en la víctima que redimiría de nuevo al hombre, y que consciente de esa entrega, se emborracha de un sentimiento de fraternidad universal. Aquel combate caótico que tenía lugar ante él le resultaba lejano y distante. Él tenía una cita con la Historia, con una nueva redención de la Humanidad.

Marcie y Sam observaban desconcertados el combate, y sólo intervenían cuando un guardia intentaba atacarlos. Era imposible saber de quién era cada bando. Los golpes entre soldados se sucedían, varias pistolas empezaron a abatir a unos y otros mientras ambos se limitaban a reducir a aquellos que, más desesperados, hacían uso de sus armas mortales. El bando del oficial iba perdiendo efectivos, y a pesar de los gritos de éste alentando a que desistieran de su sublevación, sus órdenes y amenazas envalentonaban aún más a los rebeldes. Uno a uno los fieles al oficial cayeron, en un círculo cuyo tamaño menguaba, y éste último, mientras disparaba desesperadamente a los soldados atacantes que le rodeaban, fue finalmente abatido por un guardia que empotró su vara aturdidora en su cráneo.

Se hizo el silencio. Todos se miraron entre sí, llenos de desconcierto, al darse cuenta de la situación desesperada en la que se hallaban. Había sido una victoria inverosímil.

Algunos oscuros ayudaron a inmovilizar a los operadores y funcionarios díscolos que habían intentado huir. Sam se coordinó entonces con la guardia, veinte efectivos, que formaron con Sam, Luck y Marcie en su centro, como si aún permanecieran prisioneros. Un grupo de operadores escoltaba a la comitiva en la retaguardia. Según Marcie iban a necesitar ayuda de expertos.

Abandonaron la estancia por un amplio corredor que desembocaba en un enorme atrio, con enormes arcos abiertos que daban a los jardines del exterior del palacio de los senadores. El cielo oscuro y borrascoso daba al escenario un aspecto de pesadilla.

Tomaron entonces una galería que se adentraba perpendicularmente en el interior del edificio.

Luck seguía estando absorto en sí mismo. Sentía como si no fuera él mismo el que gobernara su cuerpo. Era literalmente llevado en volandas por una voluntad superior, como si el acto de la inmolación, libremente aceptado por él, le hubiera permitido adquirir una consciencia superior que le liberaba de todo temor, de toda angustia. Estaba misteriosamente en paz consigo mismo. Su vida iba a ser útil a la humanidad en un grado como jamás podría haber imaginado.

Ahora lo comprendía todo. Había sido él el portador de la cura. A su llegada a Hypnos se le había sometido a una intervención quirúrgica que le había facilitado los poderes mentales que le permitían pensar y reaccionar con una velocidad pasmosa,

pero no había sido un regalo desinteresado. Aquel era un efecto colateral del verdadero propósito de la intervención, un implante. No uno cualquiera, uno que llegado el momento pudiera extirparse y aplicado convenientemente, destruir aquel suero de vida que había creado a los condicionados. No podía haber sido de otra manera. Era mucho más fácil utilizar un transporte humano para llevar su contenido a un futuro incierto y probablemente adverso, que un precario contenedor que habría exigido multitud de requerimientos técnicos. La precaria vida en la jungla habría dado al traste con un plan basado en ese método. El recipiente de la cura era una persona, era él. Gregorius había demostrado ser extraordinariamente previsor... y también despiadado, por lo que a él incumbía. Pero Luck se sentía por encima del bien y del mal. Entendía perfectamente el sacrificio que se le exigía. Él habría exigido otro tanto si los papeles hubieran sido inversos.

Al finalizar la galería el camino seguido por la comitiva tomó una rampa descendente. Se adentraban en el interior de la tierra, en las catacumbas del palacio. Pero la marcha se detuvo ante una pared. El contorno apenas perceptible de una puerta lisa, hermética, que incluso carecía de cerraduras, se interponía ante ellos.

Marcie recordó las palabras del senador malogrado y extrajo su vara de cristal del cinturón donde se lo había ceñido. Se adelantó al grupo y enarboló la vara ante la puerta. No obraba ningún efecto. El cristal lucía inerte y sin vida. Probó a manipular sus extremos pero la puerta seguía tan impertérritamente inmóvil como al principio. Ya se volvía para regresar cuando en un movimiento leve de la mano percibió que el brillo del cristal cambiaba. No sabía lo que había hecho, pero al dirigir de nuevo la vara hacia la puerta ésta se deslizó sigilosamente. La comitiva se apresuró a traspasar la entrada. La puerta se cerró tan sigilosamente detrás de ellos. Se adentraban en un mundo donde nunca antes ningún humano había entrado.

La luz era difusa y las penumbras abundaban más que los sitios iluminados. Se encontraban en un gran anfiteatro sobrecargado de una decoración psicodélica. Luck se preguntaba si aquellos filamentos arquitectónicos que pendían del techo y se desparramaban en caóticas direcciones, siguiendo sofisticados patrones fractales, tenían algún género de funcionalidad o simplemente era un género de arte que escapaba a su comprensión y a su concepto de belleza. Muchos de esos filamentos brillaban tenue y fugazmente, como conductos que transportaran algún género de energía fulgurante, pues los destellos eran breves y arbitrarios. Bien pudiera tratarse de un enorme cerebro con sus sinapsis refulgiendo con cada idea.

Luck sentía las pulsaciones de su corazón acelerándose. Aún así su conciencia se hallaba en un insondable estado de paz, del cual parecía que nada ni nadie pudiera arrancarle. Así como los otros avanzaban con precaución, procurando esconderse entre columnas y agrupaciones de filamentos, que enrollados unos alrededor de otros, asemejaban gruesas maromas, él caminaba erguido, sin ningún género de precaución, sin ningún temor, absorto en el camino que le conducía a su destino.

Marcie observaba a Luck preocupada. Sus ojos parecían a punto de llorar y su tez

había palidecido. Luck contemplaba esa preocupación y reconocía en ella el amor que sentía por él. Le sonreía con sosiego, como si con su mirada pudiera aplacar todos sus temores, como si dijera, «no te preocupes, todo está bien».

—¡Pretoreeeeees! —el grito resonó en la sala. Lo había proferido uno de los guardias que les escoltaban. El ataque provenía de la retaguardia. Luck se volvió intentando escudriñar qué sucedía, pero en la maraña de filamentos y columnas, además de la escasa iluminación, le impedían distinguir nada.

—¡Corred! —Sam empujó a Marcie y Luck hacia delante mientras él se encaminaba hacia el fragor de la lucha.

Luck y Marcie, junto con un par de operadores, se escabulleron del combate y se adentraron aún más en el anfiteatro. Debían encontrar el lugar donde se elaboraba el suero de la vida. Ahora que estaban allí debían eludir los combates y centrarse en su misión. Los sonidos de la batalla que quedaba atrás iban amortiguándose a medida que se alejaban de la escaramuza.

De pronto Marcie detuvo al grupo y les instó a ocultarse lo mejor que pudieran. Había intuido que alguien se acercaba. Luck pudo ver una figura borrosa a través de la maraña de filamentos. Se había desplazado en una carrera velocísima produciendo el mismo rumor que hace una repentina corriente de aire. Comprendió que aquellos soldados de élite eran superiores mejorados, infinitamente más capaces que él mismo. No podían hacer nada frente a ellos. Lucía una coraza metálica, de brillos plateados, y su rostro se ocultaba bajo una máscara de hierro, pero en esta ocasión no intentaba emular el rostro humano, sino que adoptaba formas inhumanas, aristas afiladas que dotaban a su aspecto de un aire amenazador y violento. Era un pretor, el custodio de los Superiores.

Se preguntó que habría hecho Sam en su lugar, o qué estaría haciendo ahora. Una extraña lucidez lo dominaba, su mente razonó sin sentimiento. Se dio cuenta de que si Sam se había enfrentado a aquellos formidables soldados probablemente estaría muerto.

La tensión se acumulaba mientras el pretor escudriñaba a su alrededor. Luck observaba su figura imponente sin sentir temor alguno. Tenía la impresión que dado lo sagrado de su misión estaba por completo al margen de cualquier peligro. Iba a morir por el bien de todos, y ante eso nada ni nadie podría interponerse. Aquel soldado dejaría de ser un problema de una manera u otra. Presentía que estaba escrito.

De pronto sucedió lo imprevisto. Una de las operadoras, una mujer de pelo rojizo que llevaba media cabeza afeitada y la otra lucía una cabellera larga y rizada, echó a correr víctima del pánico. Sus pasos alertaron de inmediato al pretor. Escudriñó entre los filamentos hasta localizarla. Segundos después la mujer yacía ensangrentada en el suelo y el pretor extraía una afilada hoja de metal de su espalda.

Pero aquella huida desesperada había brindado una oportunidad al grupo de moverse sin ser detectados. El soldado se había alejado lo suficiente como para perderse de vista.

Avanzaron entonces encorvados, buscando las zonas más sombrías del recinto, deteniéndose a observar cada pocos segundos. Después de una rutina agotadora de correr y ocultarse, lograron llegar al otro extremo del anfiteatro. Ya no se oía nada de la batalla que tenía lugar en el otro extremo del mismo, pero la distancia que los separaba del combate era tan grande que resultaba imposible saber si el enfrentamiento había finalizado o aún proseguía.

Ante ellos se abría un gran pórtico que daba paso a un salón que se hallaba completamente a oscuras.

—Debe ser ahí donde se elabora el suero. Concuerda con los rumores de los altos funcionarios médicos —cuchicheó uno de los operadores. Se trataba del mismo hombre que había apoyado la revuelta contra el oficial oscuro, el de la cabeza rapada y los tatuajes que ascendían desde el cuello hasta el rostro—. Los senadores son operados con cierta regularidad para sustituir las partes más deficientes de sus organismos y aunque está prohibido, algunos cirujanos cuentan pequeños detalles.

Decidieron descansar en el escondite en el que se hallaban. Se sentían extenuados.

Marcie apoyó entonces su mano en la mejilla de Luck y lo besó en los labios con ternura. Sus ojos brillaban cargados de lágrimas.

—Luck, sabes que te amo.

Luck asintió. Sonreía feliz. Amaba a Marcie.

—Yo también moriré contigo —prosiguió la chica—. No pienso sobrevivir a tu entrega, Luck. Cuando recuperé la memoria y vi todo lo que debíamos hacer, cuando recordé el plan de Gregorius, fue como un mazazo. Sentí que moría. Gregorius me explicó su plan en aquel mensaje de video póstumo que visioné en Hypnos, poco antes de embarcar en las cápsulas. Estuve a punto de claudicar. Me explicaba todo cuanto iba a suceder. Estábamos engañados. Nuestra misión no era evitar el desenlace fatal de Bennu sobre la Tierra. La humanidad entera estaba sentenciada, y al igual que la Estirpe Primera, nuestras esperanzas estribaban en el contraataque urdido por Gregorius, en un tiempo muy distante, mil años después, cuando los superiores fueran más vulnerables y no aguardaran nuestra reaparición... ahora, Luck, justo ahora. —Marcie se reclinó sobre el pecho de Luck—. Gregorius me explicó que su plan era destruir el suero de la vida, liberar al hombre cuando estuviera totalmente sometido, cuando el condicionamiento que antaño prometía la vida eterna se hubiera transformado en la perniciosa dependencia de la humanidad del suero de la vida que es hoy. Un único y certero golpe que dejaría a los superiores a merced del hombre. Pero para ello era necesario transportar una delicada enzima hasta hoy, mil años más tarde. Sólo había una forma de realizar ese transporte. Insertar las glándulas modificadas genéticamente en la glándula pineal de un cerebro vivo, con el cual se fundiría definitivamente. De ahí derivan tus capacidades conscientes incrementadas, Luck. Fue la intervención que sufriste en Hypnos. Pero ahora, para sintetizar la enzima que al administrarla liberará al hombre de su dependencia, será necesario

extraer la glándula por completo. Ya Gregorius me advirtió que sería una intervención fatal para ti. Me juré a mi misma que ayudaría a salvar a la humanidad con todas mis fuerzas, siempre que tú estuvieses dispuesto, y que si aceptabas tu inmolación, yo lo haría junto a ti. Se lo expliqué a Duke... y me dio esta ampolla.

Marcie abrió entonces la palma de su mano para mostrar un pequeño contenedor de vidrio. Dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Nos iremos juntos —concluyó.

Luck le besó en los labios de nuevo. Su semblante rezumaba paz, todo su corazón palpitaba sereno y feliz, pleno de un misticismo que le provocaba un sentimiento pletórico, exultante. Amaba a aquella mujer, y también amaba al género humano. Las providencia lo había elegido para cumplir un destino de sacrificio, y aceptaba aquella prueba. Se sentía seguro de sí, de su voluntad.

—No temas amor mío. Eso no es necesario —Fue cuanto llegó a decir. Ambos se abrazaron con fuerza.

Pero la mirada de Marcie expresaba determinación. No pensaba sobrevivir a Luck.

## Capítulo 51

Luck y Marcie se adentraron en la sala oscura, seguidos por el operador que les había dado las explicaciones previas del lugar. Del escaso grupo que les acompañaba parecía ser el que tenía más redaños. El resto de operadores, un pequeño y heterogéneo grupo de hombres y mujeres, permaneció escondido en el anfiteatro paralizados por el miedo.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad fueron distinguiendo formas paulatinamente. La sala era una gran concavidad que se hundía en el terreno y cuyo techo también ganaba altura paulatinamente, como una inmensa esfera achatada en sus polos. Un sonido inquietante, como un palpito lento y profundo, latía profundo, llenando con su rumor la sala. Provenía del mismo suelo.

—Ahí está Madre... es la suministradora del suero. —La voz del operador era trémula, Luck no sabría decir si por el miedo o la emoción.

Luck afinó su vista. Después de un largo minuto en silencio, observando la negrura que señalaba aquel hombre comprendió que la silueta que pretendía descubrir era mucho mayor de lo que se imaginaba. Era algo gigantesco, una forma bulbosa y deforme que palpitaba con un gorgoteo orgánico y fúnebre. Se hallaba contenida en un recinto de paredes acristaladas aislada completamente del exterior.

—¿Qué es eso? —preguntó Marcie, incrédula ante lo que distinguía. Se habían escondido tras un muro bajo que rodeaba el perímetro de la sala.

—Madre... la biomáquina... Es la que sintetiza nuestro suero de la vida. Sin ese ente la ciudad entera moriría en un plazo no mayor de veinticuatro horas. Ese ser segrega las hormonas con las que se sintetiza el suero y después se reparte. Todo el proceso está completamente automatizado. Si alteramos el suero, en menos de veinticuatro horas toda la ciudad se lo habrá administrado.

—Gregorius me dijo en su mensaje que la glándula pineal de Luck contendría un desinhibidor hormonal, algo que liberaría los catalizadores químicos que el suero de la vida bloquea. Será el fin de la dependencia de esa droga. Pero... ¿Cómo insertaremos el líquido pineal en su interior? —preguntó de nuevo.

—Existen válvulas de conexión, seguro. Los mantenedores de Madre deben acceder a su sistema bioquímico para comprobar que todo va bien. Cualquiera de ellas debería servir.

Los tres observaron las palpitations de aquel ser orgánico y deforme. Acostumbrados a la penumbra sus ojos distinguían cada vez mejor la escena. Un bulbo enorme, con una superficie esponjosa y circunvolucionada, como un córtex cerebral de un tamaño mastodóntico. Luces indirectas procedentes del techo iluminaban tenuemente la escena y confiriendo al lugar un aspecto tétrico.

Marcie abrazó a Luck mientras murmuraba que tenía miedo. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Pero Luck sentía su corazón henchido. Su vida a cambio de algo que merecería la



pena. Pensó en toda aquella multitud que habitaba la ciudad, presa de una pesadilla diaria, de la administración de una droga, sojuzgados por los senadores, auténticos amos déspotas que jugaban con ellos como fichas de un juego caprichoso y macabro. Él iba a poner fin a semejante opresión, liberando al hombre y devolviéndole, después de mil años, el poder que le había sido arrebatado. Un sacrificio que haría gustoso.

—Vamos allá —dijo con decisión.

—Aquí se encuentra todo el equipamiento médico del interior del palacio. Deberíamos encontrar un quirófano con facilidad —comentó el operador, que se adelantó a la pareja e inició el recorrido por el perímetro de la nave. El camino se hizo cuesta abajo y progresivamente se iban acercando a la silueta bulbosa. Cuanto más se aproximaban a la misma más siniestra resultaba su fisonomía húmeda y palpitante.

—Aquí, aquí... —el operador había dado con una gran puerta acristalada, que al tocarla, se desplazó silenciosamente. Varias luces blancas iluminaron una pequeña sala de operaciones, inmaculada y resplandeciente, de un color tan blanco que hería la vista.

El operador y Marcie miraron consternados hacia Luck. Había llegado el momento.

Él asintió. Vaciló un segundo, como si un destello fugaz e instintivo se opusiera a aquella locura. No, su suerte estaba echada.

El operador le indicó que se acercara a la camilla del quirófano y que se tendiese bocabajo. Luck sintió la textura almohadillada de la mesa de operaciones recibéndole con un inesperado tacto cálido. Su cabeza quedó mirando al suelo, pero la mesa se ajustó ligeramente de forma automática y elevó ligeramente su cuerpo a fin de mantener una posición más cómoda. Por encima de él un ronroneo indicaba que las luces de una lámpara quirúrgica móvil se activaban e iluminaban la mesa. El operador manejaba una consola accesoria. Conforme activaba funciones un brazo robótico emergía de un lateral de la mesa y con un ronroneo quedaba suspendido sobre él. Una luz azulada se encendió y Luck percibió como un brazo articulado recorría en paralelo a él toda la superficie de su cuerpo. Lo estaban escaneando.

—Todo está perfecto —murmuró el operador, que no cesaba de mesarse la barbilla cada vez que tenía dudas o se enfrentaba a una decisión difícil—. Bien, ahora voy a introducir los comandos de la operación. Extracción de glándula pineal. El robot quirúrgico procederá automáticamente, iniciado la operación con la perceptiva anestesia... Lamento confirmar que será una operación con un resultado... fatídico.

Marcie se había sentado junto a la mesa de operaciones y había tomado el brazo de Luck junto a sí. Luck sentía sus lágrimas resbalar por su mano, así como los besos que depositaba ella, llena de desesperación.

—Cuando empiece la operación... Me iré contigo, Luck.

El operador tecleaba sobre una pantalla de cristal. A medida que introducía los

comandos la mesa vibraba muellemente, activando mecanismos que Luck no podía observar. Su estado de paz le resultaba absurdo incluso a sí mismo. Se sentía conmocionado por la pena de Marcie y también sus ojos se humedecieron.

«Dentro de poco me anestesiarán. La luz se apagará poco a poco».

—Marcie, te quiero muchísimo —dijo finalmente. Sintió un leve pinchazo en el brazo. Aún mantenía la consciencia, pero su cuerpo dejó de obedecer sus órdenes, era incapaz de mover incluso un dedo.

Pero algo interrumpió por completo la escena. Sam había llegado.

Pero no llegó de cualquier forma, sino volando, haciendo añicos la puerta de cristal de la sala de operaciones. Algo lo había lanzado por el aire y lo había empotrado contra el cristal, que quedó astillado, marcando con una miríada de círculos concéntricos el punto del impacto. Sam cayó al suelo. Su rostro ensangrentado mostraba las secuelas del combate.

—Ah, así que estabais empezando sin mí, ¿eh? —Bromeó.

Ni Luck ni Marcie pudieron decir nada. Una figura ciclópea se había plantado frente a Sam. Era un pretor. Lanzó dos fuertes puñetazos contra Sam, tan seguidos uno de otro que apenas pudieron verse. Pero Sam se escabulló con sorprendente facilidad y golpeó la rodilla de aquel hombre de armadura, intentando provocar su caída pero sin conseguirlo.

Sam llevaba una pistola que accionó varias veces, pero la coraza del pretor absorbía las descargas como si nada. Lucille se incorporó al combate. Saltó sobre la espalda del soldado e intentó desequilibrarlo, pero éste se deshizo de ella con facilidad, arrojándola al suelo, unos metros más allá. Con un movimiento y el sonido de un chasquido una hoja de metal apareció en la mano derecha del pretor, que la esgrimió velozmente, intimidando a ambos contendientes. El pretor tomó la iniciativa y lanzó un ataque rápido y furibundo contra Sam, que logró esquivar cada una de las tentativas pero sin intentar siquiera realizar un contraataque. Estaba completamente centrado en él. Marcie se incorporó del suelo y buscó algo que pudiera hacer pero acercarse a aquel hombre armado parecía una temeridad. Sam estaba realmente apurado y el pretor lo estaba arrinconando contra dos paredes convergentes. Se quedaba sin escapatoria. Lucille se aproximó a los contendientes, pero no veía forma de derribar a aquella potente figura que esgrimía la espada cortando el aire y amenazando con alcanzar a Sam, que sólo podía retroceder paso a paso para salvar su vida.

Hasta que llegó un momento donde Sam ya estaba por completo arrinconado. Marcie había intentado romper el cerco pero el pretor se anticipaba a sus ofensivas sin perder de vista a Sam. La partida estaba a punto de expirar. Sam ya no tenía donde retroceder y el pretor iba a ensartarlo contra la pared en la que Sam apoyaba su espalda.

Marcie tuvo una idea.

—¡La pistola, Sam, la pistola!

Sam pensó en lo inútil que resultaba aquel arma a punto de quedarse sin munición, pero no tenía sentido discutir. La tiró por el aire, por encima de la cabeza del pretor, en dirección a Marcie.

El pretor no prestó atención a aquel acto desesperado, fijó su atención en Sam. No quería que se le escabullera y blandió la espada de tal manera que dejaría ensartado a aquel hombre contra la pared. Entonces sintió algo en su cuello y espalda. Aquella mujer había saltado sobre él. Era una acción inútil. No podía hacer nada contra su armadura... Pero entonces sintió como algo se insertaba en uno de sus pliegues del cuello, por debajo de la armadura... ¡era el cañón del arma!

Marcie había atrapado el arma en el aire mientras saltaba en su búsqueda y caía sobre la espalda del guardián de los senadores. La armadura que protegía a aquel soldado era prácticamente invulnerable, pero en un cuerpo a cuerpo era factible localizar un punto, un pliegue, y a pesar de lo estrecho del resquicio, insertar el cañón del arma en el mismo y realizar un disparo a bocajarro.

Cuando Marcie apretó el gatillo la mole se desmoronó como un globo pinchado.

## Capítulo 52

Un día como cualquier otro. Frío y gris. La calle húmeda, mojada por una lluvia fina y persistente, no resultaba hospitalaria. El profesor regresaba a su pequeño piso más pronto de lo común. Había obviado algunas compras que podía aplazar. Las tardes de los viernes le gustaba desperdiciar algunas horas en la librería universitaria, pero aquel día se sentía particularmente cansado y decidió posponer sus compras de libros a la mañana del sábado confiando, además, en que el tiempo le brindase además ocasión de dar un paseo por Manhattan y tomar un café al aire libre en alguna de sus cafeterías favoritas.

No obstante cuando llegó a la puerta de su piso comprendió que habían vuelto a estar en su interior. El señuelo era una simple piedrecita que se confundía con el linóleo del rellano de la escalera. El desplazamiento de esa marca tan sencilla, pero imperceptible a la vista, era una señal clara.

No obstante en esta ocasión todo iba a ser diferente. Al abrir la puerta comprobó que había gente en el interior de su vivienda. Las luces de la sala de estar le daban la bienvenida. Le aguardaban.

El profesor Logan se mantuvo imperturbable, siguió su ritual de siempre. Se desembarazó de su abrigo y lo colgó en el ropero de la entrada. Sacudió el paraguas y lo insertó en el paragüero. Vació los bolsillos de llaves, monedas y *tickets* de autobús y metro. Una vez listo se adentró en la sala de estar, dispuesto a dar la cara a sus entrometidos visitantes, pues se trataba de varias personas.

Al hombre joven de color lo reconoció en seguida. La chica morena del parque que paseaba al perro estaba más arreglada y formal, vestida de negro, pero también la identificó sobre la marcha. Ambos, de pie, hacían guardia junto a la que debía ser su jefe, una mujer a la que reconoció en el acto. De hecho se sintió hondamente sorprendido.

—¡Susan! —exclamó aturdido por la sorpresa.

—¿Qué tal Hugh? —Saludó ella, informal. Fumaba con parsimonia y no hizo ningún esfuerzo por levantarse a saludar. Se limitó a esperar a ver como el sexagenario profesor se sentaba en otro sillón de la sala, frente a ella, y no dejaba de mostrar estupefacción en su semblante.

—Ah, caramba, Hugh, deja de poner cara de sorpresa. Tú y yo sabemos que estabas al tanto de nuestro seguimiento. Llevamos meses detrás de ti... y hemos observado cómo te aferras a tu vida rutinaria para no llamar la atención.

—Mi vida de siempre, Susan —protestó incómodo el profesor.

—Sí, Hugh, sí. Tu vida de siempre. —Susan apagó el cigarrillo con fuerza en el cenicero—. Pemberton me ha explicado la situación al detalle. Conocemos las limitaciones de Luck, Marcie y Sam, y además sabemos que Gregorius tramaba algo. Y la única pieza que no encaja en todo este rompecabezas eres tú, Hugh, y nos hemos cansado de esperar. Estuvimos tan entretenidos siguiendo el rastro de los otros que

obviamos tu existencia. Aquella noche del huracán te hirieron con una bala y uno de los nuestros comprobó que habías fallecido. No obstante es obvio que no fue así. Le engañaste seguramente controlando tus signos vitales. No reparamos en ello y cuando nos enteramos que había sobrevivido lo achacamos a un error de nuestro hombre. Pemberton debió prestarte más atención, pero siempre apareciste como una pieza accesorio completamente fuera de lugar, ensimismado en sus estudios, por completo al margen del afán de notoriedad de Sammuel Roy. Pero recapacitando, con el tiempo, nos hemos dado cuenta de que eras tú verdaderamente el que controlaba todos los hilos, ¿no es verdad, Hugh? Bien. Hemos sido amables hasta la fecha, te ruego que no nos hagas cambiar de actitud.

El profesor Logan miró a la mujer que había sido su compañera en el viaje a las Bermudas un año atrás. Le resultaba por completo irreconocible. No por sus facciones. Seguía siendo extraordinariamente hermosa. Pero sus rasgos eran más afilados, más despóticos. ¿Así obraba en las personas el suero de la inmortalidad, ese por el que ella había cedido y entregado su libertad a cambio de convertirse en sierva de Pemberton y su gente?

Optó por callar.

—Sabemos que debías ser tú. Al principio Pemberton no se lo podía creer, pero indagamos. Averiguamos que existía un rumor sobre un primera estirpe con unas cualidades psíquicas excepcionales, capaz de influir en la voluntad de las personas como nadie nunca había logrado jamás. Cuando comprendimos que ese perfil encajaba como un guante contigo nos dimos cuenta de que lo absurdo, por estúpido que pudiera parecer, debía ser cierto. Así que eras tú el que controlaba todo el grupo, el que manipuló a Marcie, Sam y Luck para lograr vuestros propósitos, ¿verdad?

Susan sonrió, satisfecha de sí misma. El profesor Logan reconoció en su mirada la intención del que está a punto de mostrar su mejor carta.

—Hugh, sabemos lo de Hypnos. Lo sabemos todo, en qué consiste, quienes participan, lo que pretenden... —Susan centró su mirada en el profesor, que la seguía mirando impertérrito—. Bueno, tal vez nos falten un par de datos, pero en lo crucial, profesor, has de saber que es una iniciativa condenada al fracaso, una pérdida de recursos. El factor sorpresa de ese plan está completamente perdido, por cuanto ya sabemos de su existencia.

Susan se levantó y echó un vistazo por la ventana. Vestía un traje oscuro y ajustado que realzaba su magnífica silueta de mujer. El tráfico colapsado, siete pisos por debajo, apenas era audible a través del cristal aislante de las ventanas.

—¿Cómo podéis saberlo todo? —preguntó el profesor Logan. Era una pregunta inocua en apariencia, pero engarzaba su mejor baza.

—¿No se te ocurre pensar que tal vez tengamos un traidor entre vuestras filas? Sí, Hugh, sí, no me importa nada reconocerlo porque tú y yo sabemos que esta no sólo es una visita de cortesía.

El profesor ya sabía de sobra que estaba contando sus últimos minutos de vida.

Pero al menos esos momentos iban a servir para reforzar una impresión crucial. Sí, el traidor, Tony. Él había facilitado toda la información, todo el plan de Gregorius a sus adversarios, los Superiores. Era el cuarto peón, el último de sus condicionados. Había bastado una sola y crucial sesión con él, una tarde en Bermudas en la que le solicitó su compañía, para que en estado de hipnosis, imponerle un fuerte vínculo, irrompible, respecto a Marcie. No podría, bajo ningún pretexto, permitir que le pasara nada malo. Una salvaguarda que desequilibraría la partida en el momento más inesperado... y los Superiores jamás lo sospecharían. Ni el propio Tony era consciente de ese condicionamiento. Sus sentimientos aflorarían imponiéndose a su voluntad, haciendo que trabajara para el plan de Gregorius cada vez que la situación se volviera crítica. Tony era su agente doble, y ni él mismo lo sospechaba.

El profesor Logan retomó la conversación, cambiando de tema, volviéndose incluso agresivo. Era el recurso del que siente desesperación y no quiere reconocer su derrota. Y ahora él necesitaba aparentar la derrota más absoluta.

—¿Qué se siente al convertirse en un lacayo de los superiores? Tal vez no haya pensado, señorita Andersson, que el regalo de la inmortalidad que le han prometido no sea otra cosa sino una larga y pesada cadena —arguyó con voz ligeramente irritada.

Susan se rió.

—Te aseguro Hugh que no tengo ningún problema con eso. De hecho, cuando necesito reclutar a alguien basta poner un suculento sueldo junto con una promesa como la inmortalidad para que todos se dobleguen ante mí. Me siento como una reina. ¿Cómo si no crees que un proyecto como el Osiris ha de devenir en la catástrofe de Bennu? Una misión espacial cuyo propósito aparente es estudiar un asteroide carga con la suficiente capacidad de propulsión como para alterar levemente la órbita de ese pedrusco y convertirlo en un arma demoledora a finales del próximo siglo. Son pocos los que se resisten a una tentación así, Hugh. Además, no hay mucha diferencia en cuanto a trabajar para multinacionales que para el señor Pemberton. No tengo inconveniente moral al respecto. Me desembaracé de los escrúpulos hace ya mucho tiempo. —Susan volvió a sentarse en el sillón, y cruzó las piernas enérgicamente.

El profesor Logan se quedó pensativo. Recordaba el vaticinio de Gregorius. Resultaba imposible combatir contra el condicionamiento en su tiempo. ¿Quién podía resistirse a una tentación tan diabólica como aquella? Longevidad y prosperidad. Aunque el precio fuera una hipotética destrucción de la civilización humana, ¿qué importaba si uno formaría parte de los selectos elegidos que sobrevivirían al Armagedón y participaría en la construcción de un nuevo mundo como si de un pequeño dios se tratara? Por eso el plan de Gregorius sólo se podía desarrollar en un futuro lejano, cuando todos estuvieran sometidos al condicionamiento y este hubiera mostrado su faceta más desagradable, no una cómoda existencia de longevidad indeterminada, sino una azarosa vida donde la dependencia del sustento diario del

suero fuera vital y resultara tan imprescindible como caprichosa, algo que Gregorius profetizaba con certeza. Era en ese mundo cruel e inhumano donde el hombre estaría ansioso de recuperar su libertad perdida.

Susan retomó la conversación.

—Y además, no has hecho tú lo mismo, Hugh, hipnotizando a nuestros incautos compañeros de viaje, condicionándolos, coartándolos contra su voluntad. Si lo miras desde ese punto de vista, tu acción es incluso más reprobable que la mía.

El profesor Logan negó contundentemente.

—No Susan, no te equivoques. Tú estás siendo cómplice de un crimen mayúsculo. El plan de Pemberton es la aniquilación de miles de millones de seres humanos. Algo sin parangón en la historia del hombre. Lo que yo pretendía era evitar ese crimen si acaso disponiendo de la vida de tres personas, que además, de por sí, estaban dispuestas a ello.

Susan sonrió.

—Ya ves. Tal vez deberías haberme condicionado a mí también. —Encendió un nuevo cigarrillo con gesto enérgico.

El profesor Logan negó con la cabeza.

—Te has equivocado de bando Susan. Tú y todos los que vais con los Superiores. Es una estirpe que se agotará, consumida por un afán eterno de perpetuarse. La vida requiere de cambio, de evolución. Gregorius pensaba inicialmente que una especie con mejores cualidades y pertrechada con una existencia eterna era el siguiente paso en la escala evolutiva. Pero cuando escudriñó, a través de su clarividencia sin par, más allá del apogeo de los Superiores, comprendió que era una vía sin salida. Los Superiores se agotarán en su simple deseo de sobrevivir a toda costa. Usarán a los hombres como simples lacayos a su servicio y la humanidad se estancará y pudrirá. La inmortalidad tiene un precio; la no progenie. ¿Por qué tener descendencia que tarde o temprano se convertirá en contrapoder, en rival, en enemigo? La herencia de un legado carece de sentido con esa premisa. La inmortalidad pretenderá la permanencia del vigente *status quo*, el estancamiento, la putrefacción, algo visceralmente opuesto a lo que representa la evolución y en suma, la misma vida. Por eso Gregorius se arrepintió de su proyecto... aunque sus propios discípulos renegaron de él y siguieron adelante.

Susan le miró con interés. Sonrió escéptica.

—Sí, un argumento conmovedor pero que a mí no me va a inmutar lo más mínimo. Sabes ¿Hugh? Voy a vivir mil años, y estaré allí para ver ese futuro tan terrible. Esa idea, lejos de lo que me adviertes, me complace. —Susan miró al profesor pensativa un largo rato—. Pero basta ya de cháchara. Hemos venido por un motivo muy concreto. Queremos resolver las últimas incógnitas. Necesitamos tu colaboración.

Susan hizo un leve gesto a sus acompañantes.

El profesor Logan estaba listo. No podía revelar bajo ningún precepto cuál era el

verdadero plan de Gregorius. Su traidor había picado el anzuelo. Estaría convencido que aquel joven grupo de expedicionarios que embarcaban camino del futuro, reaparecerían antes de que tuviera lugar la catástrofe para abortarla. Nada más lejos del plan original. Gregorius pretendía que sus pupilos despertaran de su sueño mucho más tarde, cuando la supremacía de los superiores estuviera tan asentada que fuera más fácil derrocarlos. Junto con los cuatro condicionados iría un elenco de jóvenes muchachos, la simiente de una nueva generación de la Primera Estirpe. Porque el plan de Pemberton de destruir al hombre también abarcaba a sus propios congéneres que no comulgaban con sus tesis. El profesor Logan lo sabía. Ninguno de los suyos viviría mucho más allá. Pemberton acabaría con todos ellos, pero Gregorius había previsto esa contingencia. Por eso muchos de los hijos de los Primera Estirpe habían sido, con gran dolor de sus progenitores, enviados a un tiempo donde al menos tendrían una oportunidad de sobrevivir y perpetuar la especie, una estirpe que podría medrar en compañía de los hombres como aliados, tal vez incluso, entremezclando sus genes. Una nueva oportunidad.

El tiempo se acababa. Los esbirros de Susan tomaban sendos maletines. A saber qué instrumental portaban en su interior a fin de hacerlo hablar. Sabía que ese momento podría llegar desde hacía meses, cuando observó a los primeros individuos que husmeaban en torno a él. Lo seguían en su rutinaria y aburrida vida, inspeccionaban sus enseres, registraban su vivienda. Su presencia habría resultado imperceptible tal vez para un lego pero no para él.

Y se había preparado en conciencia.

Dado el control de su especie sobre sus propios procesos vitales, este control podía ir en una dirección, regenerar el cuerpo conscientemente y prolongar la vida, como hacer todo lo contrario. Cercenar la existencia como un mero acto de voluntad.

El profesor Logan cerró los ojos. Se acordó de pronto de sus amigos. Luck, Marcie, y por supuesto, el profesor Roy. Dedicó un último pensamiento a ellos. La palabra perdón resonó en su conciencia e hizo vibrar su corazón con un hondo sentimiento de compasión. Ojalá todo pudiera hacerse sin ningún sacrificio. Afortunadamente él también debería pagar con su vida el peaje por participar en aquel osado plan. No sólo era un general que enviaba a sus soldados al encuentro de la muerte, él mismo también salía a su paso. Se sintió no obstante agradecido porque su existencia no fuera fútil.

Y entonces el profesor Logan ordenó que su metabolismo se paralizase.



## Capítulo 53

Habían transcurrido dos días desde la inmolación.

La ciudad era otra.

Había sobrevenido el caos.

Pero era un caos distinto de la anarquía o la revolución. Las multitudes se aglomeraban en las calles. La gente había constatado un hecho insólito. El suero de la vida... ya no era necesario.

Los rumores se habían extendido como la pólvora al quemarse. Una intriga palaciega, una misteriosa conspiración, había permitido alterar el suero de manera que con la última dosis recibida, el organismo quedaba liberado de su maléfica dependencia. ¿A qué atribuir semejante milagro?

Las multitudes se aglomeraban en las plazas y los profetas del nuevo tiempo predicaban credos distintos, teologías diversas, teorías alternativas. Se hablaba de un salvador, de un hombre que había entregado su vida para la redención de la humanidad, para lograr su liberación del pecado que lo había debilitado y postrado ante los senadores. Ese hombre les había devuelto la dignidad, la libertad.

Los sermones religiosos se mezclaban con los discursos políticos, pero todo el mundo comprendía que todos ellos eran charlatanes. La gente quería conocer la verdad y los rumores inventaban leyendas imposibles. Los miembros de clanes enfrentados se mezclaban entre sí, los oscuros ya no llevaban el casco que ocultaba su rostro, las prostitutas desatendían a sus clientes, y los vendedores de las mil y una drogas que consumían los ciudadanos veían como sus ventas se desplomaban. Eran horas y días en donde todos querían permanecer despiertos, participar en el nuevo orden que se presentía iba a tener lugar. Nacía una esperanza.

Las puertas de la ciudadela habían sido abiertas y una multitud enardecida por la fiebre de la venganza había dado buena cuenta de los pocos senadores que habitaban el interior de aquellos muros, así como todos los altos funcionarios que encontraban a su paso. La sangre corrió por las calles de la Ciudadela mientras grupos frenéticos de gente armada, algunos con uniformes de oscuro aún, recorrían arriba y abajo las mismas avenidas, como si presintieran que aún quedaba algo por hacer, alguien más en quién saciar su sed de venganza.

Algunas facciones armadas de oscuros intentaron llenar el vacío de poder, pero la turbamulta no quería verse sometida de nuevo por amos despóticos y dictatoriales y sus intenciones eran cruelmente disueltas. La ciudadanía estaba henchida de valor. Las asambleas en los barrios prometían revoluciones y enfrentamientos, pero sus líderes eran depuestos o incluso asesinados antes de que sus propuestas o amenazas pudieran llevarse a cabo.

Las plazas bullían de gente y todo el mundo hacía lo que nunca antes se había visto en la ciudad; hablaban unos con otros. Los muros de mutua desconfianza que convertían a cada vecino en un presunto delator habían sido derribados. Se

establecían amistades, la humanidad de hombres y mujeres a floraba. La compasión no era un delito ni motivo de sospecha, la alegría asomaba con facilidad en los rostros de los adultos y se contagiaba rápidamente en la de los niños. Una existencia oprimida había concluido. Las puertas de la ciudad se abrían y el mundo selvático y misterioso del exterior mostraba un universo lleno de posibilidades y aventuras.

En medio de esas multitudes avanzaba una pareja, abrazada entre sí. Sentían en su corazón el alborozo por haber logrado un imposible. Lloraban de alegría, pero también de pena. Sentían al compañero, al amigo, que ya no estaba entre ellos. Su sacrificio había hecho posible aquella revolución. Era más que posible que aquellas gentes jamás comprendieran quién había sido ese hombre. Cómo era, quién era... poco podrían saber. Incluso ellos mismos, aunque lo contaran, dudaban de que su testimonio ganara el crédito de la gente, dudaban de si merecía la pena aclarar los hechos. La corriente de la Historia, poderosa, inabarcable, se precipitaba por encima de todos ellos como una gigantesca ola incontenible. ¿Qué más daba lo que dijeran?

Allí, en la gran explanada de la Plaza de la Estación las multitudes se arremolinaban en torno a uno de los profetas que más adeptos ganaban. Hablaba con más autoridad y seguridad que ningún otro y la gente secundaba sus aclamaciones con cánticos a veces, y con gritos afirmativos en otras ocasiones. Su voz resonaba poderosa, amplificadas por un equipo que llevaba sus palabras incluso a cientos de metros de su elevado púlpito.

La pareja se detuvo a escuchar.

—... Hermanos... yo he sido testigo del acto de entrega de ese hombre... un hombre de carne como nosotros, pero cuyo mensaje divino ha de llenar nuestro corazón de esperanza. Ese hijo del Hombre ha venido a devolvernos la libertad... pero para devolvernos esa libertad hubo de entregar su sangre verdaderamente. Es un acto de amor y de misericordia tan profundo, tan absoluto, que sólo un Dios es capaz de encarnar. ¿Comprendéis lo que os digo? —El hombre agitaba las manos con devoción al hablar, su mirada ardía de fe, sus rasgos enfatizaban cada frase. Reconocieron en él al operador que los había acompañado en la ciudadela, el que había preparado la intervención del sacrificio en el que su compañero se había inmolado. Sí, era el operador que había sido testigo y ayudante en todo el doloroso proceso. Marcie apoyó el rostro en el pecho de su acompañante mientras el discurso proseguía—. Yo he sido testigo de ese acto, y al contemplarlo os diré sinceramente, que mi corazón de piedra se deshizo en pedazos... vi mi iniquidad, mi egoísmo, mi vileza y comprendí que se me daba una nueva oportunidad... ¿entendéis hermanos? Se nos da una nueva oportunidad... ¡una nueva oportunidad!

—Vamos —musitó Marcie. Tenía ganas de alejarse del tumulto que aclamaba al orador. De descansar. De sus ojos resbalaban sendas lágrimas. En cierto sentido echaba de menos la vida en la jungla. Sencilla, con sus peligros, pero tranquila y solitaria. Además había que buscar a los otros renacidos. Había que ocuparse de ellos.

Emprendieron el camino, alejándose poco a poco de la muchedumbre y del orador

que gritaba el nombre de su salvador.

—¡Sammuel Roy... Sammuel Roy era el nombre de aquel al que se lo debemos todo!

Y la gente aclamaba el nombre de su salvador.